UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

TESIS DOCTORAL

El desborde de la ciudad liberal: cultura política y conflictos en los suburbios de Madrid (1880-1930)

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Carlos Hernández Quero

Directores

Rubén Pallol Trigueros
Luis Enrique Otero Carvajal

Madrid

© Carlos Hernández Quero, 2020

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

Departamento de Historia Moderna e Historia Contemporánea

TESIS DOCTORAL

EL DESBORDE DE LA CIUDAD LIBERAL

CULTURA POLÍTICA Y CONFLICTO EN LOS SUBURBIOS DE MADRID (1880-1930)

Memoria para optar al grado de doctor presentada por

Carlos Hernández Quero

Directores

Rubén Pallol Trigueros
Luis Enrique Otero Carvajal

Madrid, 2020

A mis padres

A mi abuela Mercedes. A mi abuelo Antonio (*in memoriam*)

AGRADECIMIENTOS

La gente suele pensar que la rutina del investigador es solitaria. Hay muchos elementos que así parecen atestiguarlo. El silencio del archivo. El enigmático orden de los libros que se amontonan en la mesa de trabajo. La página en blanco del ordenador. La escritura a horas intempestivas. Los laberintos sin salida. El botón de guardar. Las comprobaciones compulsivas. La realidad, mi realidad, al menos, ha sido bien distinta. A lo largo de los más de cuatro años que he dedicado a elaborar mi tesis doctoral he pasado en innumerables ocasiones por todos y cada uno de esos estadios. Sin embargo, no ha habido ni un solo día en que no me haya sentido tremendamente acompañado. Colegas, familiares y amigos han hecho del período de investigación y escritura una época trepidante y feliz. Toda historia tiene su contexto. Este es el mío.

Supe de la existencia de Rubén Pallol en otoño de 2012. Por aquel entonces yo era un estudiante ávido de lecturas y orientación. Ese curso preparaba un trabajo final de licenciatura sobre intelectuales fascistas en los años treinta y, aunque tenía claro que quería hacer carrera investigadora, no había encontrado nada parecido a un maestro. Conocer a Rubén cambió mi rumbo y mi perspectiva. Me sedujo su manera de dar clase. Me atrapó la facilidad con la que brotaban ideas de su mente. Me cautivó su espíritu crítico. Desde entonces he trabajado bajo su supervisión. Merced a esa experiencia he podido comprobar que Rubén no solo vive su oficio con pasión, también tiene una capacidad sin igual para obtener lo mejor de sus alumnos y elevarlos. Esta virtud, no tan extendida como cupiera imaginar en un ámbito como el universitario, es tanto más meritoria cuanto que Rubén era un neófito en el asunto. Nunca había dirigido una investigación. Así, tengo el enorme privilegio de haber formado parte de su primera hornada de discípulos. Durante estos años Rubén ha sido para mí una referencia. Su implicación, perseverancia y predisposición han sido un sólido ejemplo de actitud en tiempos bañados por la incertidumbre. Su inapagable sed de conocimiento me ha estimulado a querer ir siempre un paso más allá. Su estilo, cercano pero incisivo, ha favorecido un intercambio honesto y enriquecedor. Debatir cualquier aspecto de la tesis con él ha sido como activar una velocidad más en mi cerebro. Como entrar en ebullición. Finalmente, su buen hacer en las relaciones personales ha permitido que, además de maestro, Rubén sea también un amigo estupendo, divertido y leal. Mi complicidad con él es uno de mis mayores patrimonios.

La siguiente mención es para Luis Enrique Otero Carvajal, codirector de esta tesis doctoral. Hace ya más de quince años tuvo la audacia de diseñar un ambicioso plan de investigación de las transformaciones sociales, culturales y políticas del Madrid de finales de siglo XIX y principios del siglo XX. No fue solo audacia. También hubo mucho de habilidad personal. El núcleo humano que entonces reunió a su alrededor es hoy una gran familia y un potentísimo grupo de investigación en el que todos remamos a una. Su fe en el trabajo en equipo, heredada por Rubén y eficazmente transmitida a los recién llegados, es nuestra mayor fortaleza. Han sido tantas las horas de archivo o biblioteca, las sesiones de seminarios y congresos y, sobre todo, las vivencias extralaborales compartidas entre todos los miembros del equipo, que esta tesis no habría sido la que es sin su colaboración y sin su aliento. Fernando Vicente y Javier San Andrés son dos de esas personas nobles,

justas e inteligentes que uno siempre quiere tener cerca. En esta tesis hay un buen puñado de ideas y consideraciones que no habría parido de no ser por sus comentarios y sugerencias. Estoy convencido de que muchos historiadores aprenderán de ellos innumerables cualidades tanto en lo humano como en lo profesional. Santiago de Miguel ha sido un apoyo constante todos estos años. A él he dirigido infinidad de preguntas relacionadas con archivos, bases de datos, planos o resultados electorales. Sus respuestas, siempre rápidas, amplias y didácticas, me han sacado de algunos atolladeros. Su capacidad de trabajo, absolutamente envidiable, no está reñida con su generosidad para compartir el fruto de sus pesquisas. La cuestión no es baladí: apuesto a que nadie conoce tan bien la estructura, fondos y posibilidades de los principales archivos españoles como Santi. El día que deje de atosigarle con gráficas y tablas seguiremos compartiendo bromas, anécdotas y proyectos. En Alejandro Pérez-Olivares he encontrado siempre escucha reflexiva, dedicación entusiasta y buena sintonía. Su lectura atenta de un borrador plagado de dudas me ayudó terriblemente en un momento de desconcierto. Sus postales desde los lugares que, por trabajo o por ocio, visitaba son parte de la intrahistoria material de esta tesis. Alba Fernández es todo corazón y entrega. Jamás escamotea una buena palabra, un mensaje de ánimo o un consejo valioso. A pesar de que investiga sobre asuntos distintos a los del resto del grupo, por su calidez personal y por su iniciativa ocupa un lugar absolutamente central en el equipo. Por Sergio Cuartero siento una especial predilección. Su humor inmejorable, su hambre intelectual y su afán de superación son contagiosos. No lo es su desparpajo, porque es imposible de imitar. Con Rafael Buhigas he compartido, además de coloquios y encuentros, dos provechosísimas conversaciones sobre teoría e historia en Bilbao y en el Alentejo. Andrés Burbano, Jorge Sánchez y Mario Bañón han leído con avidez y buen ojo algún capítulo de esta tesis. Sus intervenciones en los seminarios del grupo de investigación siempre están cargadas de referencias útiles y teoría bien destilada. Tengo claro que la historia urbana se estará perdiendo a tres grandes investigadores si finalmente deciden no continuar el camino académico. Con todos ellos he vivido montones de noches épicas que me daban gasolina para el trabajo de la semana. Mil gracias.

Mención aparte merece Cristina de Pedro, mi inseparable compañera de andanzas. *Descubrimos* a Rubén en el mismo momento y ambos quedamos prendados. Desde entonces y hasta hoy todo lo vivido daría para escribir una tesis. Nuestros pasos siempre han corrido en paralelo. Y no porque el destino lo quisiera. Éramos nosotros los que lo deseábamos. Juntos nos adentramos en el Archivo de Villa en verano de 2014. Todo un ritual. Después llegó el turno del Archivo Histórico Nacional. Y luego el Archivo General de la Administración, donde cada uno investigaba para sí mismo y para el otro, y nos levantábamos emocionados, cada dos por tres, para poner en común nuestros descubrimientos. No han sido solo los archivos. La verdadera materia prima de esta tesis son nuestras interminables horas de charlas, audios, comentarios, confesiones y dudas. Ha sido tan estrecha, tan hermosa y tan sincera nuestra colaboración que soy incapaz de entender nada de lo que soy sin ella. Muy pronto leerá una tesis sobre sexualidad, juventud y relaciones de género en el Madrid de entreguerras, que está llamada a marcar un antes y un después en la historiografía sobre el asunto. Si lo cuento es porque para mí es un motivo de orgullo: Cris es parte de mi identidad.

Esta tesis también sería distinta si no hubiera hecho una estancia de investigación en el Centre for Urban History de la University of Leicester. Decidí ir a dicho centro,

vanguardia de la historia urbana a nivel internacional, por Simon Gunn, de quien había leído algunas obras que me habían dejado una huella imborrable. Desde mi llegada a Leicester Simon desbordó todas las expectativas y se volcó en mejorar mi investigación. Siempre recordaré sus sabios consejos y aquellos ejercicios de síntesis y concreción a los que me sometió. Me ayudaron mucho más de lo que él pueda imaginar. Gracias a ellos pude precisar el objeto de atención de mi tesis doctoral. Su trato, cálido, ameno y desinteresado, hizo de mi aventura en tierras inglesas una experiencia fabulosa. También tengo palabras de agradecimiento para Roey Sweet, directora del Centre for Urban History. Roey me invitó a participar en sus clases de "The City in History", una asignatura de máster en la que aprendí parte de lo que sé sobre poder, resistencia y gobierno en el ámbito urbano. Ante sus alumnos también tuve la oportunidad de presentar una pequeña muestra de mi investigación. Finalmente, Rory Booth, discípulo de Simon Gunn, e investigador sobre la bohemia finisecular en Manchester y Londres, me enseñó las calles y pubs de Leicester y compartimos interesantes conversaciones sobre historia cultural y microhistoria.

Me he beneficiado de la ayuda de muchos amigos historiadores. Álvaro París y Luis de la Cruz han sido los más importantes. Juntos hemos montado seminarios y paseos históricos por nuestro barrio, que es el mismo que protagoniza esta tesis doctoral. Igualmente, hemos intercambiado no pocas cervezas y discrepancias políticas. Álvaro es una de las mayores perlas de la historiografía española. Gracias a su generosidad he conocido algunas de las referencias teóricas más rupturistas que aparecen en esta investigación. Su experiencia y su consejo me han ayudado a simplificar esfuerzos en algún momento de ceguera. Luis ha ejercido una sanísima influencia sobre mí. Por una parte, es un pionero en los estudios sobre los suburbios de Madrid. Con buen tino y magnífica intuición, descubrió hace años algunos de los temas que analizo en la tesis. No solo los descubrió. También tuvo la grandeza y el desprendimiento de compartir conmigo sus hallazgos y ponerlos a mi disposición. Por otra parte, y consecuencia de lo ya señalado, Luis ha sido mi confidente y mi mejor interlocutor. Han sido infinitos los mensajes que hemos intercambiado hablando de esos políticos de alcantarilla que solo él y yo conocíamos: Pedro Moratilla, Francisco Ruiz, Canuto González… Luis nunca ha querido formar parte de los circuitos académicos, pero cualquiera que visite su blog o lea sus contribuciones comprobará al instante que el suyo es un talento especial. Tanto para desentrañar los pormenores del pasado como para comunicar sus ideas.

A Andrés Vicent debo la lectura atenta de algún capítulo de esta tesis. Aunque pasen los años y cada vez nos conozcamos más, sus sugerencias siempre son frescas y estimulantes. David Corrales ha sido una de las constantes más regulares en todos estos años. Sin duda, su cercanía y sus ánimos han hecho más fácil el trayecto. Con Óscar Anchorena he tenido algunas conversaciones geniales sobre republicanismo, cultura política e historia de Madrid. También hemos cruzado muchos correos interesándonos por nuestros mutuos avances. Espero que en un futuro podamos escribir algo juntos. Otro David, David Jiménez, amigo desde que coincidimos en el congreso de la Asociación de Historia Contemporánea de 2012, en Granada, ha sido uno de los refugios intelectuales en los que más he buscado guarecerme. De nuestras noches regadas con cerveza y buena comida han salido algunas ideas que han mejorado mi entendimiento del pasado. José Luis Ledesma leyó un borrador de lo que me proponía hacer en la tesis y me regaló infinidad de consejos, propuestas y autores. No he coincidido mucho con él, pero siempre

le he tenido como una persona cercana y como un historiador de altura. Aurelio Martí, Sergio Valero, Javier Navarro y Jorge Ramón Ros me invitaron a presentar mi trabajo en su seminario de investigación de la Universitat de València. Sus comentarios, recomendaciones y sugerencias fueron de gran valor. Tengo un grato recuerdo de aquel encuentro. Miguel Artola, con mucha amabilidad, me puso tras la pista de unos expedientes que podían ser de mi interés. Fran Fernández, a quien no conozco en persona, me explicó con todo detalle el panorama filosófico-ideológico del anarquismo finisecular y ayudó con ello a la realización de uno de los capítulos de esta tesis. Ernesto Aréchiga me regaló valiosas reflexiones. José Manuel Morales, Juan Carlos Aránguez, Ana Martínez Rus, Francisco José Moreno, Laura Fernández y José Antonio Montero siempre han sido muy cariñosos conmigo. Estos años también he sentido la atención de Raquel Sánchez, Carlos Píriz, Fernando Jiménez, Matteo Tomasoni, Steven Forti, Martín Artola, Concepción Lopezosa, José María Beascoechea, Eduardo Hernández, Noel Blanco y Miguel Aristondo.

Ana Rodríguez López, prestigiosa medievalista, también tiene mucha responsabilidad en mi formación. Desde que en 2008 decidiera estudiar Historia, cada verano he exprimido su tiempo en Guadarrama, lugar común de nuestras vacaciones. A lo largo de estos años ha respondido a mis preguntas con paciencia y se ha interesado sinceramente por mi trabajo y mi trayectoria. Ella fue la primera persona que me habló del doctorado, de los contratos de Formación de Profesorado Universitario y de tantas otras cosas que luego he vivido en primera persona. Todo este tiempo la he sentido como mi madrina en esto de la investigación.

Estos años he hecho media vida en los archivos. Me gustaría remarcar la disposición del personal de sala del Archivo de Villa de Madrid entre los años 2014 y 2016. José, Carlos, Nacho, Yolanda y Jerónimo me pusieron todo tipo de facilidades. No puedo decir lo mismo de la dirección, aparentemente más preocupada por guardar la documentación que por favorecer su consulta. También encontré fantástica atención en el personal de sala del Archivo General Militar de Madrid, el Archivo Histórico Nacional, el Archivo General de la Administración y la Biblioteca Nacional de España.

Uno de los momentos que más he disfrutado como investigador ha sido la reconstrucción de la vida de Pedro Moratilla. Su tataranieto, José Manuel López Díez, a quien descubrí gracias al blog de Luis de la Cruz, ha compartido conmigo los recuerdos de su familia y hemos intercambiado cuanto sabíamos sobre las peripecias de su antepasado. Ha sido una experiencia maravillosa e inesperada.

En lo cotidiano, mis mayores apoyos han procedido de mis amigos y de mi familia. En Guadarrama, mi patria carnal, he forjado mi carácter y mi personalidad. De allí son algunas de las personas más importantes de mi vida. De Cristina he aprendido mucho sobre fidelidad y constancia. En cada momento de miedo o incertidumbre ha estado a mi lado. Y no solo con ternura o buenas palabras. También con soluciones prácticas. Para mí es un orgullo llevar nuestra amistad perenne tatuada sobre la piel. Nacho, Álex, Hernán y José son mis mejores amigos. Nunca les ha faltado tiempo para interesarse por mis progresos o para rescatarme de un día de trabajo con su buen humor y su magnífica conversación. A lo largo de los años hemos ido generando un acervo de recuerdos, rituales, cánticos, lenguajes, significados, vivencias, lateos, celebraciones, consignas y

tradiciones que me han servido de ejemplo mental para pensar en lo que es la cultura en ese sentido antropológico que he tratado de imprimir al término en esta tesis doctoral. Los vínculos que hemos creado ya son eternos. Y es a través de esos vínculos cómo veo y valoro muchas de las cosas que suceden en el mundo. Álvaro y Nachín han sido dos importantes pilares de mi vida en los últimos años. Con ellos he disfrutado de innumerables momentos de camaradería y me han ofrecido siempre lo mejor sin esperar nada a cambio. Clara, Laura y Cigu han estado pendientes de mí cuando lo he necesitado. Laura, además, me ha echado un cable con las traducciones. Anto y Jaime insistieron en que les explicara en profundidad el objeto de mi tesis y siempre que he coincidido con ellos ha sido lo primero que me han preguntado. Paco, Gavio, Nene, Ricardo, Jorge, Javi, Marta, Nerea, Javi Piniella, Nico y Andrea me han transmitido su confianza. Si estos años he sido feliz, ha sido, en buena medida, gracias a todos ellos. La Llama manda y no tu panda.

Cocó me empujó a creer en mí mismo. Su afán por vivir pegada al segundero alteró algunas de mis estructuras más rígidas. Ella me enseñó a disfrutar de mi trabajo y a saborear cada página, cada día y cada investigación como un fin en sí mismo, intrínsecamente disfrutable. Le estaré agradecido por siempre. María es una persona excepcional. Su lealtad y su trato cariñoso han hecho mejores muchos días que no tenían por qué serlo. El día que deje de salvar vidas en esta pandemia espero que pueda encontrar un rato para sí misma. Deseo que logre brillar tanto como hace brillar a los demás.

En los antiguos compañeros del colegio siempre he encontrado una amistad sincera y entrañable. Marcos es alguien verdaderamente cercano. Su trato aparentemente frío esconde a un tipo noble, divertido como pocos y con una inteligencia singular. Nuestras *razzias* nocturnas por el centro de Madrid son una de mis actividades favoritas. Su interés por mi trabajo ha sido tal que ha leído prácticamente la mitad de esta tesis doctoral, algo por lo que me siento muy honrado. Guille, Juan, Álvaro y Rodri han sabido mantener firme y robusta nuestra relación aun cuando ya han pasado 12 años de la última de nuestras correrías por los pasillos del Estudio. Cuando estamos juntos no nos acordamos nostálgicamente de nuestra adolescencia, sino que actualizamos nuestras experiencias y las hacemos presentes. Esa es la clave de bóveda de la tradición.

Paula ha sido alguien fundamental para mí. Si mi trabajo de fin de máster tuvo algo de sufrimiento y esta tesis la he escrito con tanta alegría y buen humor se debe, en parte, a lo que aprendí de ella. Mi agradecimiento es infinito. Laura es una de mis amigas más recientes y, sin embargo, ha estado muy presente en todo este tiempo, dispuesta a echar un cable o a probar cervezas de alta graduación. Luis y yo casi nunca hablamos de la tesis cuando nos vemos. No hace falta. A él me unen una afinidad y unos lazos que por sí mismos aportan solidez y certeza. Lo mismo sucede con Eva. Aunque la vida ha alejado nuestros caminos, sé que antes o después siempre terminan cruzándose. Chema ha demostrado ser un cartógrafo sensacional. Estas páginas valdrían mucho menos sin los planos que su despierta mente me ha brindado. Marina y Abel fueron la viva imagen de la dulzura. A Abel debo, además, su ayuda a la hora de terminar de registrar en el ordenador las últimas fichas del Padrón Municipal de Habitantes, una de las fuentes que sustentan esta investigación. Gelu es una de esas personas que siempre me alegra ver. Andrea, Alberto, Adri, Guille, Miguel y Carlos han garantizado que todos los días, durante una hora, me olvidara de la tesis y liberara toda la tensión acumulada en el *box*

de Crossfit Tetuán. Entre carreras, remos, dominadas y sentadillas deshice muchos nudos de la escritura.

Conocí a Zayda cerca del final, pero pronto advertí que quería que me acompañara para siempre. Su irrupción en mi vida ha sido absolutamente huracanada. Fecunda. Nuestra química me parece algo inencontrable. Nuestra complicidad es brutal. Ella ha sido la principal responsable de que los últimos meses de este proyecto hayan sido tan felices. Ha sido mi psicóloga cuando me asaltaban las dudas, me ha empujado cuando necesitaba que alguien me sacara de mi zona de confort, me ha agitado cuando desfallecía y me ha dado lo mejor de sí misma, que es incalculable, cada vez que me separaba del ordenador. También ha sido paciente y comprensiva cuando no salía de mi ensimismamiento y me mostraba más distante o ausente. Guardaré para siempre en mi memoria la fuerza que me transmitió en la última semana, cuando fue mi flotador y mi trampolín. Espero poder devolverle todo lo que me ha dado en forma de un amor profundo e incondicional.

Zayda se ha convertido en mi familia. Y, con ella, también la suya. María, su madre, ha estado siempre pendiente de mí durante estos meses y me ha transmitido un apoyo firme, cercano y sincero. En pleno confinamiento, cuando dejé de hacer ejercicio, justo en el momento final de la redacción, me recordó una y otra vez lo importante que era para mi salud mental recuperar esa rutina. Se lo agradezco de corazón.

Mis tíos han seguido con interés mi evolución y me han preguntado por mi investigación siempre que han tenido ocasión. Mi tío abuelo Arturo, nacido en Tetuán en los años veinte, ha compartido con entusiasmo todos los recuerdos de su niñez. Mi abuela Lola, parlanchina empedernida y abuela orgullosa de profesión, por fin podrá presumir de tener un nieto Doctor. Mis abuelos Antonio y Mercedes han sido como unos segundos padres para mí. Antonio, que no ha llegado a ver el final de estas páginas, me acompañará en mi recuerdo para siempre y hablaré de él y de todas las maravillosas experiencias que viví a su lado a mis descendientes. Te echo de menos, viejo. Mercedes es la personificación del buen hacer, el amor sereno y la prudencia. Si algún día soy abuelo, espero parecerme a ellos.

Mi hermana ha sido una fuente de risas y apoyo todo este tiempo. Es, sin duda, una de las personas más divertidas y honestas que conozco. Si la vida le sonríe, yo seré feliz. Mis padres son el eje de mi existencia. He vivido 29 años junto a ellos y aún hoy sigo aprendiendo de sus valores y rectitud ética. Desde pequeño me transmitieron lo importante que era ser esforzado, autoexigente, responsable y solidario. No solo eso. También me enseñaron que la familia es la célula básica de la organización humana, que la capacidad de sacrificio de los padres es ilimitada y que la vida no es auténtica vida si no viene salpimentada con fuertes dosis de amor, garbo, gracia y, por qué no decirlo, gansadas. Ninguna de esas lecciones se ha impartido sobre el vacío. Con su práctica cotidiana, han sido un ejemplo vivo para mí. Cada vez que he acudido a ellos he encontrado apoyo, atenta escucha, respaldo y entrega sin fin. A estas alturas debo confesar que ambos, pero especialmente mi madre, de quien heredé la pasión por la Historia, me han acompañado alguna que otra vez al archivo para acelerar la consulta de documentación con impresiones o digitalizaciones. Mi madre también se hizo diestra lectora de algunos periódicos de los años veinte que cubrían informaciones sobre los

suburbios. De igual forma, ha leído todas y cada una de las páginas de esta tesis doctoral. El lector debe saber que las comas que falten corren de mi cuenta. Espero que encuentren parte de sí mismos en esta tesis, porque yo no la concibo sin ellos.

La Historia para mí es, antes que nada, contexto. Este ha sido el mío.

Guadarrama, julio de 2020

ÍNDICE

RESUMEN ... 3
ABSTRACT ... 5
INTRODUCCIÓN ... 7
PRIMERA PARTE. CIUDADANOS SIN CIUDAD ... 37
INTRODUCCIÓN. UN ENTIERRO EN NOVIEMBRE ... 39
CAPÍTULO 1. FUERA DE LA CIUDAD LIBERAL. LA LUCHA VECINAL CONTRA LA FRONTERA FISCAL ... 53
1. Resistencias cotidianas y motines no tan excepcionales ... 58
2. Los industriales toman las riendas. ¿Negociar es claudicar? ... 67
3. Asaltos, parodias, incendios. El cuatrienio antifiscal y el triunfo de la política popular sobre la política de notables ... 75
4. Coda. Fiscalidad, fronteras y cultura política ... 93
CAPÍTULO 2. ARQUITECTOS Y ALBAÑILES DE SU PROPIA CIUDAD. ABANDONO, AUTOORGANIZACIÓN Y LUCHA POR LOS SERVICIOS ... 105
1. Hacer ciudad desde cero. El orden de los donnadie ... 105
2. Lenguajes de extrarradio. Peticiones vecinales y conciencia de barrio ... 118
3. Las bases de una cultura solidaria. Apoyo vecinal y autoorganización ... 131
4. Coda. Suburbios, derecho a la ciudad y cambios en la cultura politica oficial ... 144
CAPÍTULO 3. LA LEY EN LA CALLE O LA LEY DE LA CALLE. POLICIA, TRANSPORTES Y CULTURA DE BARRIO EN LAS AFUERAS DE MADRID ... 157
1. El ejército de la irreverencia. Vendedores ambulantes, niños y borrachos ... 159
2. Una modernización a dos velocidades. Circular y vivir en unas calles atestadas de transportes ... 180
3. Coda. La lucha por la calle como aprendizaje político de una generación de obreros ... 197
SEGUNDA PARTE. LA CUNA DE TODAS LAS UTOPÍAS ... 201
INTRODUCCIÓN. LA CIUDAD DESCUBRE LOS SUBURBIOS ... 203
CAPÍTULO 4. GUERRA CULTURAL EN LAS AFUERAS. LA LUCHA POR LA DEFINICIÓN DEL ESPACIO PÚBLICO DE LOS SUBURBIOS ... 217
1. El arrabal descreído contra el villorrio medieval ... 219
2. De las calles a las instituciones. Los vecinos librepensadores se organizan ... 229
3. A la conquista moral del suburbio. Las misiones jesuitas de 1890 ... 237
4. La lucha por el cementerio civil y otros episodios de anticlericalismo en la periferia ... 254
5. Coda. Espacio público, guerras culturales y política contrahegemónica en la periferia urbana ... 265
CAPÍTULO 5. LA PÓLVORA Y LA SANGRE DE LOS SUBURBIOS. VIOLENCIA POLÍTICA Y REDES DE HUIDA A LAS PUERTAS DE MADRID ... 273
1. La bomba de la calle Serrano ... 273
2. Viaje al país de los anarquistas ... 277
3. El refugio de todos los perseguidos. Cobijo y redes de huida en Cuatro Caminos y Tetuán ... 303
4. Coda. Los márgenes de la política y la memoria del espacio ... 312

CAPÍTULO 6. POLÍTICA POPULAR Y POLITICA DE CLASE EN LOS SUBURBIOS DE MADRID 317
1. El hundimiento del Tercer Depósito. Una historia de dos ciudades 319
2. Radiografía del conflicto. Autonomía vecinal y lucha de clases en las protestas de 1905 339
3. 1917: la protesta sin control. Los suburbios y la invención de la huelga general revolucionaria 353
4. Coda. Las raíces populares de las expresiones de clase 369
EPÍLOGO. AÑOS TREINTA. TIEMPO DE EXTREMOS EN EL EXTRARRADIO 373
1. Entre amor y odio. El *auténtico pueblo* y los socialistas 378
2. Una historia de fronteras. Camisas azules en el Madrid rojo 390
3. Conclusiones 398
CONCLUSIONES 401
CONCLUSIONS 411
ESBOZO BIOGRÁFICO DE LOS POLÍTICOS DE ALCANTARILLA DEL SUBURBIO 419
DOCUMENTACIÓN Y BIBLIOGRAFÍA 445

RESUMEN

EL DEBORDE DE LA CIUDAD LIBERAL

CULTURA POLÍTICA Y CONFLICTO EN LOS SUBURBIOS DE MADRID (1880-1930)

Desde finales del siglo XIX y a lo largo del primer tercio del XX en los suburbios de Madrid cobró vida una cultura política fronteriza, callejera, autónoma y contestataria que desafiaba las normas de funcionamiento de la esfera pública liberal. Los vecinos de las barriadas de extrarradio, o al menos una parte significativa de ellos, imaginaban el mundo y las relaciones sociales de manera similar, como si se orientaran en el espacio público siguiendo una misma brújula o como si observaran cuanto los rodeaba con unas lentes teñidas del mismo color. Compartían experiencias, lenguajes, temores, esperanzas, resentimientos o explicaciones sobre el orden social, los derechos o el devenir de los acontecimientos públicos. Su cultura se asentaba sobre una serie de pilares fácilmente reconocibles. Algunos, como la solidaridad, la horizontalidad, la autogestión o la inclinación por la vida callejera, eran consustanciales a la propia sociabilidad vecinal en las afueras de la gran ciudad. Otros, como la defensa de la acción directa, la desconfianza hacia algunas de las principales instituciones de la sociedad liberal (el régimen parlamentario, el sistema judicial, la religión, la planificación urbanística, la propiedad privada, la policía) o la irreverencia ante los líderes del movimiento obrero, remitían a la conflictiva relación que los habitantes del extrarradio habían establecido con las elites de la ciudad.

¿Cómo se formó esa manera de entender el mundo que era tan característica de la periferia? ¿Por qué la corona metropolitana de Madrid terminó convirtiéndose en el cinturón rojo? ¿Por qué lo que sucedió en los suburbios no cuajó en otros ecosistemas de la ciudad? Esta tesis doctoral trata de dar respuesta a estas preguntas analizando las prácticas, los lenguajes, los rituales, las referencias y las costumbres de los vecinos de los suburbios en sus propios términos, atendiendo al significado que para ellos tenían.

Este ejercicio de empatía o comprensión ha exigido algunos giros de carácter metodológico. En primer lugar, se ha ensayado un marco teórico que combina lo mejor de la historia cultural de la política con las novedades de la historia urbana más reciente. En segundo lugar, junto a las tradicionales fuentes de la historia política, se ha trabajado con padrones de habitantes, documentación municipal, cartografías, peticiones vecinales, cartas de queja a los periódicos, declaraciones en comisaría, sumarios judiciales, material incautado en registros policiales y un amplio catálogo de noticias rescatadas de la prensa del momento. En tercer lugar, se ha estudiado la construcción de la cultura política de los suburbios desde el punto de vista de los hombres y mujeres corrientes que le dieron forma. De este modo, los protagonistas de la tesis doctoral han sido cientos de vecinos hasta ahora desconocidos que hicieron de albañiles, de artesanos o de fontaneros de las causas del extrarradio. En cuarto lugar, hemos optado por transmitir nuestros hallazgos y reflexiones siguiendo estrategias narrativas propias de la microhistoria.

La investigación en torno a la cultura política de los suburbios se ha estructurado en dos partes. En la primera, "Ciudadanos sin ciudad", hemos tratado de reconstruir aquellas luchas cotidianas y exclusivas de la periferia que debieron afrontar sus moradores y que terminaron curtiendo su carácter. En esta sección hemos analizado los fundamentos más prosaicos (pero a la vez más firmes y persistentes) del magma cultural contrahegemónico que cundió en el extrarradio: su naturaleza fronteriza, el protagonismo de los vecinos en la construcción y organización del suburbio, y la concepción de la calle como solar comunitario en que imperaba el mandato popular.

En la segunda sección, "La cuna de todas las utopías", hemos analizado el protagonismo sin igual que los suburbios tuvieron en los principales conflictos sociales y políticos de finales del siglo XIX y principios del XX: las guerras culturales que sostuvieron librepensadores y católicos, los episodios de violencia política y terrorismo, y las manifestaciones más radicales de protesta obrera. Para algunos, los suburbios eran un símbolo esperanzador. El contexto en el que las utopías podían hacerse realidad. Para otros, el extrarradio era un rincón siniestro que infundía temor o respeto. Fuera lo que fuese aquello que se pensara, lo que estaba claro a finales del siglo XIX y comienzos del XX era que los suburbios tenían algo especial o distintivo.

La efervescencia política de los suburbios fue un factor de primera magnitud en la crisis del modelo de gobierno de la Restauración. Por un lado, la agitación de los habitantes de la periferia desbordó los estilos, los consensos y los cauces formales del liberalismo de orden. Las demandas de los vecinos ensancharon el campo de aquello que podía someterse a debate y control popular. Sus formas de participación en el espacio público, desreguladas, tumultuosas, a veces violentas, abrieron un boquete en el encapsulado cosmos político de la época. Por otro lado, el desafío constante de los moradores del extrarradio contribuyó a socavar la legitimidad de las autoridades urbanas, que siempre encontraron problemas para garantizar la obediencia o la integración de los suburbios. Los barrios de las afueras formaron parte del tsunami social, cultural y político que hizo posible la llegada de la democracia. Con todo, la realidad era compleja y ambivalente. Las prácticas, reivindicaciones e imaginarios surgidos en la periferia tenían un inequívoco aroma antielitista, igualitario y participativo, pero la cultura política de los suburbios también integraba fibras y pulsiones difíciles de armonizar con un régimen de pluralismo político. Tal vez por ello, en los años treinta la periferia se convirtió en campo de pruebas para los movimientos que aspiraban a construir desde cero una comunidad política postliberal o antiliberal.

ABSTRACT

THE END OF THE LIBERAL CITY

POLITICAL CULTURE AND CONFLICT IN THE SUBURBS OF MADRID (1880-1930)

At the end of the 19th century and the beginning of the 20th century in the suburbs of Madrid appeared a new radical, combative, autonomous, and street-based political culture. This political culture wanted to organize the society under new basis and defied the rules and styles of the liberal public sphere. Most of the neighbours of the suburbs imagined the world and the social relations in the same way, as if they oriented themselves through public space with the same compass, or as if they looked at everything that surrounded them with the same lens. The ordinary people from the suburbs shared experiences, languages, hopes, resentments, and explanations about the social order, the community life, or their political rights. The principal foundations of their political culture were easy to recognise. Some of them, such as solidarity, egalitarianism, self-organisation of street life, were part of everyday sociability in the outskirts of the big city. Other, such as direct action, popular mistrust towards the main institutions of liberal society (parliamentarism, judicial system, religion, urban planning, private property, police) or popular irreverence towards the leaders of the labour movement, were a consequence of the ambivalence relation that the inhabitants of the suburbs established with the different urban elites.

How did this unique way of living and understanding the world appear? Why did Madrid outskirts become the red belt? Why this phenomenon did not occur in other parts of the city? This doctoral thesis tries to provide an answer to these questions by analysing the practices, the languages, the rituals and the costumes of the neighbours of the suburbs in their own terms, paying special attention to the meaning ordinary people gave to them.

This exercise of empathy has required some methodological turns. First of all, we have created a theoretical framework that combines cultural history of politics and the most recent urban history. Secondly, along with the traditional archival sources of political history, we have worked with population census, municipal documents, cartographies, protest letters sent to the press, neighbours' petitions, police records, judicial summaries, newspapers, and materials seized in police investigations. Thirdly, we have studied the making of the suburban political culture from the perspective of the ordinary men and women who built it. The main characters of the doctoral dissertation have been hundreds of common neighbours that were the artisans or the plumbers of the suburban political struggles. Finally, we have chosen narrative strategies used in microhistory to communicate our discoveries and thoughts.

We have divided this study in two parts. In the first one, "Citizens without a city", we have tried to understand those ordinary and exclusive fights that took place in the suburbs and that ended up leaving a mark on their inhabitants. To do so, we have analysed the most profound and vulgar foundations of this counter-hegemonic political culture: its border identity, the role common citizens played in the construction and organization of

the suburb and its community life, and the popular concept of the streets as a shared space where the people's mandate ruled.

In the second part of the doctoral dissertation, "The cradle of every political utopia", we have studied the conflicts that reached their peak in the outskirts: culture wars between free-thinkers and Catholics, political violence and terrorist episodes, and the most radical working-class protests. For some Madrid citizens, the suburbs were an inspiring symbol, where the impossible could become reality. For others, these neighbourhoods were dangerous and frightening places. Despite of how everybody felt about them, it was clear that by the end of the 19th century and the beginning of the 20th century, these suburbs had something special and distinctive.

Suburban political effervescence was a main factor in the crisis of the Restoration. On the one hand, the social unrest of the inhabitants of the suburbs overflowed liberal political styles, consensus, and procedures. The neighbour's demands widened the field of what was considered subject to popular control and debate. On the other hand, the neighbours of the outskirts challenged the legitimacy of liberal urban authorities, that always faced problems when they wanted to guarantee their obedience or their assimilation. The suburban belt was part of the social, cultural, and political tsunami that made possible the arrival of democracy in 1931. However, the reality was particularly complex. While the practices and the world views born in the suburbs were anti-elitist, participatory, and equalitarian, the political culture born there also had components that combined badly with pluralism, parliamentarism or respect to the political adversary. Maybe for that reason, in the 30's the outskirts were the testing ground for the movements that tried to build a new anti-liberal or post-liberal political community.

INTRODUCCIÓN

I

Los suburbios de Madrid se convirtieron en el primer tercio del siglo XX en el mayor vivero de contestación social de la capital y en uno de los puntos más conflictivos del país. Barrios como Cuatro Caminos, Tetuán, Vallecas o Ventas se labraron aquellos años una fama de espacios insumisos y difíciles de domesticar. Para muchos de sus contemporáneos, esos espacios apartados, abandonados por la administración y mal acondicionados eran la cuna de la revolución. Sus nombres asaltaban las portadas de los periódicos cada dos por tres. Motines, disturbios, huelgas, sabotajes, enfrentamientos violentos, operaciones policiales, resultados electorales excepcionales. La efervescencia política de los suburbios fue un factor de primera magnitud en la crisis del modelo de gobierno de la Restauración. Por un lado, la agitación de los habitantes de la periferia desbordó los cauces formales del liberalismo de orden. Sus demandas ensancharon el campo de aquello que podía someterse a debate y control popular. Sus formas de participación en el espacio público, callejeras, tumultuosas, a veces violentas, abrieron un boquete en el encapsulado cosmos político liberal. Por otro lado, el desafío constante de los vecinos del extrarradio contribuyó a socavar la legitimidad de las autoridades, que siempre encontraron problemas para garantizar la obediencia o la integración de los suburbios. Los barrios de las afueras formaron parte del tsunami político que hizo posible la llegada de la democracia.

El protagonismo de los suburbios no decreció en tiempos republicanos. Todo lo contrario: fue mayor que nunca. Algunos de los estilos o posicionamientos más radicales del momento encontraron en las calles de la periferia el mejor cauce para propagarse. Hablar de socialismo revolucionario, de anarcosindicalismo o de comunismo en el Madrid de los años treinta era hablar del cinturón periférico que envolvía la ciudad. A su vez, los barrios destartalados y pobres que formaban ese cinturón, convertido ya entonces en cinturón rojo, fueron objeto de deseo para las organizaciones fascistas, que buscaban disputar la hegemonía que partidos y sindicatos de clase tenían sobre los trabajadores. Sin duda, la Segunda República fue un tiempo de extremos en el extrarradio. Si la democracia había sido, en parte, hija de las luchas de los moradores de los suburbios, algunas de las dificultades que encontró en su camino fueron también, en parte, hijas de las pasiones y los resentimientos de sus habitantes.

A pesar de la importancia que adquirieron los suburbios para entender la historia política del período, el asunto no ha merecido demasiada atención para los investigadores. O no, al menos, una atención específica. En recuentos generales, o en libros dedicados a otros fenómenos, la sensibilidad revolucionaria de los barrios extremos ha pasado desapercibida o se ha tratado de explicar, de manera pasajera, como un fruto combinado de su homogénea composición social, conformada por proletarios e inmigrantes, y de la acción eficaz de las organizaciones obreras. Esta interpretación, no obstante, resulta poco convincente. La alta concentración de trabajadores manuales que había en los suburbios explica muy poco sobre cómo pensaban o actuaban. Saber cómo se ganaban el pan sus moradores tampoco aporta demasiada información sobre cuáles eran sus experiencias, cuáles eran sus emociones o cómo ordenaban sus sueños. De la misma forma, las palabras

pronunciadas por un líder en un mitin o los argumentos más repetidos en un panfleto o un periódico apenas nos permiten acceder al sentir mayoritario de las gentes de las afueras. Como mucho, nos ofrecen la posibilidad de conocer lo que pensaba la vanguardia de una determinada familia política o las estrategias retóricas, simbólicas o discursivas que los propagandistas movilizaban con el fin de ampliar sus apoyos. Pero no más.

Las interpretaciones existentes dejan sin respuesta dos grandes cuestiones relacionadas con la vida política de los suburbios. ¿Cómo llegó la corona metropolitana de Madrid a convertirse en un polvorín revolucionario? ¿Por qué lo que sucedió en el extrarradio no ocurrió en otras regiones de la ciudad o del país? Si la estructura social, los discursos de los líderes o la acción de partidos y sindicatos no permiten resolver estos enigmas, entonces, ¿cómo explicar el impresionante historial contestatario de la periferia? ¿Cuál era la fuente de la que brotaba aquel torbellino?

Los disturbios, las huelgas, las revueltas, los ateneos, las imprentas o los enfrentamientos callejeros eran la manifestación superficial de un sustrato cultural bien arraigado en el extrarradio. De un magma que bañaba la vida ordinaria. Muchos vecinos de los barrios de la periferia imaginaban el mundo y se comportaban de manera similar, como si se orientaran en el espacio público siguiendo una misma brújula o como si hablaran una jerga con la que únicamente ellos pudieran entenderse. Los hombres y mujeres de los suburbios compartían vivencias, costumbres, rutinas referencias o explicaciones sobre lo que pasaba a su alrededor o acerca de cuáles eran sus derechos. Tenían una misma cultura. Y, en la medida en que esta influía en sus esperanzas y en sus prejuicios, o afectaba al modo en que se preocupaban por o tomaban parte en los asuntos colectivos, era algo más que una cultura, era una cultura política. La cultura política de los suburbios, la base que hacía posible ese currículum de motines, algaradas y demás acontecimientos que asombraron (o aterraron) a sus contemporáneos.

Esta tesis doctoral analiza la cultura política de los habitantes de la periferia de Madrid a finales del siglo XIX y principios del XX. Investiga sus creencias, sus prácticas políticas y sus valores. Además de saber qué pensaban o qué nociones tenían sobre lo que era deseable, lo que era legítimo o lo que era inaceptable, nos interesa conocer cómo llegaron a forjarse esas ideas y cómo estas devinieron algo colectivo. Eso implica tratar de restituir el sentido que esas creencias, esos valores y esas prácticas tuvieron para los sujetos que participaban de ellas. ¿Qué significaba para aquellas gentes vivir *fuera* de la ciudad? ¿Qué sentían cuando veían un uniforme? ¿Qué importancia tenía para ellos la camaradería de las calles? ¿Por qué preferían el motín o la petición sobre otras formas de intervención política? ¿Y por qué cuando echaban mano de estas herramientas seguían habitualmente unos patrones o unos tiempos que solo ellos comprendían? ¿Qué carga emocional tenían para ellos determinados espacios o costumbres? ¿En qué medida la vida de barrio marcó su manera de mirar la política?

En este punto, es preciso señalar una obviedad: las culturas políticas no existen. No son un fenómeno que un investigador pueda encontrar en un archivo u observar en un documento o en una entrevista oral. Son, en cambio, categorías que los historiadores y otros científicos sociales creamos y utilizamos para unir multitud de versos sueltos que nos parece que riman o para juntar infinidad de piezas que, por sus colores o sus tamaños, creemos que encajan. En los suburbios madrileños de finales del siglo XIX y principios

del XX hubo muchos versos que rimaban y muchas piezas que parecían encajar. En esta tesis nos proponemos investigar cómo fueron amalgamándose y sedimentándose esos versos o esas piezas: hábitos, rituales, imágenes, narrativas y prácticas. Nuestra primera intuición, ya se ha indicado más arriba, es que la cultura política de los suburbios no fue el fruto maduro de un proceso de socialización de principios o ideas desde un núcleo irradiador. Al contrario, más bien pensamos que aquella manera de ser y estar en el mundo tuvo unos orígenes banales, prosaicos, impremeditados. La forma de pensar y de actuar que tanto distinguió a los habitantes de la periferia se configuró de manera lenta, trabajosa, anónima, cotidiana e informal. Tal vez por ello tuvo unas raíces tan sólidas.

En esta tesis doctoral nos proponemos satisfacer tres objetivos concatenados. En primer lugar, buscamos encontrar rutas que nos permitan entender la cultura que manejaban los vecinos de los suburbios en sus propios términos. Bucear en las cavidades mentales y perseguir el significado profundo de las prácticas de los habitantes de la periferia nos ofrecerá, a su vez, la posibilidad de comprender el terremoto político que fue la formación del cinturón rojo madrileño. Cubiertos ambos objetivos, y habiendo avanzado de lo particular a lo general, nos encontraremos en disposición de explicar el desborde de la ciudad liberal, entendida esta no únicamente como una realidad geográfica o una encarnación física, sino como una forma específica de racionalidad gubernamental que integraba prácticas, normativas, dispositivos de control y conceptos sobre lo que había de ser la fiscalidad, la movilidad, los usos del espacio, el urbanismo, los procedimientos públicos o las relaciones entre la ciudadanía y las elites[1].

Para abordar estos objetivos con garantías en esta investigación hemos apostado por hibridar lo mejor de la historia cultural de la política con las novedades de la historia urbana más reciente. A fin de mostrar al lector este andamiaje teórico, en las siguientes páginas se plantea una discusión de lo producido por ambas corrientes y se identifica el punto de cruce en el que quiere situarse esta tesis doctoral.

II[2]

Entre las últimas décadas del siglo XIX y los años treinta del XX se produjo un cambio radical en el modo en que la gente corriente se relacionaba con la política. Esto sucedió de manera particularmente intensa en el mundo urbano. En las ciudades, especialmente en aquellas que crecían y mudaban su piel de manera acelerada, las formas de sociabilidad, los temas de discusión, las estrategias de movilización y los conceptos surgidos de la revolución liberal se mostraron cada vez menos eficaces para dar respuesta a los retos que imponía el presente. Al mismo tiempo, nuevos sujetos, nuevas promesas

[1] Michel FOUCAULT: "Governmentality" en Graham BURCHELL, Colin GORDON, Peter MILLER (eds.): *The Foucault Effect. Studies in Governmentality*, Chicago, University of Chicago Press, 1991, pp. 87-104; Nikolas ROSE: *Powers of Freedom. Reframing Political Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999; Patrick JOYCE: *The Rule of Freedom. Liberalism and the Modern City*, Londres, Verso, 2003; Chris OTTER: *The Victorian Eye. A Political History of Light and Vision in Britain, 1800-1910*, Chicago, University of Chicago Press, 2008; Simon GUNN: "Los poderes de la ciudad: nuevas perspectivas en Historia Urbana", *Urban*, 6 (2013), pp. 101-110.

[2] Una versión preliminar de estas reflexiones en Carlos HERNÁNDEZ QUERO: "La política en su contexto. Reflexiones para una historia cultural de la política hace cien años", *Historia Contemporánea*, pendiente de publicación 2021.

de redención colectiva y nuevos soportes de información irrumpieron en escena desordenando todo a su paso. Muchos de los marcos con los que se había entendido hasta entonces la gestión y representación de las demandas populares se vinieron abajo. Ante el vacío, se abrió un período creativo en el que los más diversos actores pugnaron por conquistar la hegemonía social y cultural.

En España, el nacimiento de la política de masas ha suscitado un extenso debate entre historiadores, sociólogos y politólogos. Tras una primera hornada de trabajos que podríamos inscribir en el seno de una historia política clásica, preocupada por los líderes, las estructuras y los programas de las diferentes organizaciones, desde los años noventa han cobrado fuerza los análisis que se interrogan por las raíces culturales de los fenómenos políticos. Entre todas estas líneas de investigación, seguramente la más fecunda haya sido la historia de las culturas políticas, una corriente que ha revolucionado la manera de comprender la forja de las subjetividades políticas y ha puesto especial énfasis en la dimensión simbólica de todo proceso de socialización de ideas y valores. Sin embargo, y a pesar de los claros avances cosechados, el conocimiento disponible sobre las prácticas políticas de la gente corriente aún sigue siendo limitado. ¿Cómo imaginaban los vínculos sociales los españoles de hace cien años? ¿Qué sentido daban a las transformaciones en curso? ¿Cómo entraban en contacto con los distintos discursos políticos? ¿En qué lugares o a partir de qué vivencias e inquietudes tejían su identidad? ¿De qué manera interactuaban con sus iguales? ¿Qué formas de intervención política tenían a su alcance? ¿En qué medida les afectaba para todo ello habitar en unos entornos o en otros? Por paradójico que parezca, las motivaciones de los ciudadanos del montón han estado relativamente ausentes en los estudios consagrados a la política de masas. Ya sea por el interés que despiertan las ideas, las representaciones o los liderazgos, ya por la prioridad que se concede a los textos periodísticos o a las fuentes de partido, lo cierto es que han escaseado las investigaciones dedicadas a analizar las conductas políticas a ras de suelo. Las más de las veces los seguidores, los militantes o los electores son presentados como destinatarios o propagadores de unos referentes en cuya elaboración no desempeñaron ningún rol significativo.

Con todo, un simple vistazo a nuestro presente permite constatar que los hombres y mujeres anónimos observan el mundo y dan sentido a las relaciones sociales a partir de sus propios anhelos, temores, experiencias, necesidades, costumbres o prejuicios. Las opiniones vertidas en foros digitales, los mensajes suscritos en los portales de participación ciudadana, la politización de distintas instancias de la vida privada (tales como la comida, la vestimenta, el sexo o la medicación) o las campañas y juicios orquestados en redes sociales son el mejor ejemplo de lo problemático que es confundir la voz de los supuestos creadores de opinión con la de sus teóricos prosélitos. Estos casos ponen de manifiesto que la naturaleza de la política es mucho más parecida a una tela de araña o a un ovillo enrevesado que a una línea o vector que une a emisores y receptores de manera limpia y secuencial. Podrá aducirse que los usuarios que se inmiscuyen en controversias políticas en una red social o que los individuos que distribuyen contenidos ideológicos *online* son un producto de la sociedad de la información y que, precisamente por ello, no pueden ser tomados como tipos que rastrear en el pasado. Sin embargo, el acceso libre a la información y el intercambio de opiniones sin censura, elementos característicos del mundo actual, desvelan una condición universal, pues permiten apreciar, con una fuente típica de la historia del pensamiento político (el texto de autoría

individual), la existencia de discordancias, percepciones autónomas e ideas propias, actitudes que también emergen a la superficie cuando los historiadores estudian con el microscopio a un sujeto concreto, a una familia o a una colectividad reducida. Lo que cambia en la actualidad, por encima de cualquier otra consideración, es la disponibilidad de testimonios frente a la menor cantidad de registros procedentes de otras épocas. Pero aun siendo pocas, estas huellas existen y muestran que nuestros antepasados no eran meros figurantes de un guion que únicamente se escribía en parlamentos, cafés o casas del pueblo. Tampoco eran simples consumidores de imágenes o narrativas creadas por otros. Las soluciones de futuro o las propuestas de emancipación que la historiografía encuentra características de la era de masas no surgieron de la nada: tomaron cuerpo en contextos concretos, se fundieron con tradiciones populares, fueron adaptadas y reelaboradas en pueblos, vecindarios o lugares de trabajo y por eso mismo resultan inseparables de los modos de vida y creencias de la mayoría social.

En este preámbulo teórico se plantean vías para incorporar a la gente corriente al relato de los grandes trastornos políticos de hace cien años. Vías que han resultado decisivas para armar esta tesis doctoral. Lejos de incubar cualquier actitud adanista, en las siguientes páginas se sostiene que la historia de las culturas políticas puede ser una buena herramienta para dar cauce a esta preocupación si extiende su mirada desde la ciencia política y el análisis del lenguaje hacia la antropología. Así, en un primer apartado se lleva a cabo un balance crítico de la historia de las culturas políticas en nuestro país y se esboza una definición alternativa de sus objetos de estudio. Se propone que en lo sucesivo la disciplina se interese no solo por los conceptos y artefactos simbólicos puestos en circulación por la elite intelectual de cada movimiento sino también por los conflictos cotidianos, las formas de vida y los entornos concretos en que los individuos debatían, protestaban, votaban o se politizaban. Siguiendo estas premisas, y de acuerdo con el objeto de estudio de la tesis doctoral, en un segundo apartado se defiende la pertinencia de imprimir una mirada contextual a los estudios de cultura política. Desde mediados del siglo XIX la expansión de la sociedad urbana hizo de las ciudades espacios radicalmente novedosos para la vida en común, para la resolución de tensiones sociales o para la articulación de vínculos políticos. Fue en las calles, plazas, barrios y mercados de las ciudades donde las grandes ideologías de la contemporaneidad adquirieron un significado cotidiano y compartido por millones de personas. En las grandes urbes tomaron cuerpo nuevas formas de liderazgo político, nuevas vías de difusión de la información o nuevas maneras de entender la relación entre las elites y la ciudadanía. Por esos motivos, resulta difícil obtener un retrato minucioso de los actores, los movimientos y los conflictos políticos de los últimos siglos sin hacer una inmersión profunda en el contexto en que se gestaron y se desarrollaron. ¿Es posible comprender el nacimiento de una cultura revolucionaria e irreverente en los suburbios de Madrid al margen de esos propios suburbios? ¿Pueden entenderse las fallas culturales de la política de masas sin prestar atención al ecosistema que las hizo posibles?

1. Los cabos sueltos de la historia cultural de la política en España

El campo de estudio de las culturas políticas es uno de los más prolíficos dentro del panorama historiográfico español. En los últimos veinte años, la noción de cultura política

ha pasado de ser una categoría de uso excepcional fuera de los círculos de la ciencia política a convertirse en la herramienta preferida de numerosos historiadores. El enorme desarrollo de la disciplina ha servido para desafiar interpretaciones convencionales, pero, sobre todo, para diseñar un vasto plan de investigación en torno a los fundamentos ideológicos, lingüísticos y simbólicos de los fenómenos políticos. Tras un par de décadas de siembra intensiva, el balance lanzado por colegas y protagonistas es altamente positivo. Por un lado, esta nueva corriente historiográfica ha tenido la virtud de mostrar una ciudadanía políticamente activa, creativa, discutidora y alejada de los estereotipos de atraso o desidia que hasta hace poco presidían el relato general de la España contemporánea[3]. Por otro, los estudios de cultura política han incorporado preocupaciones más o menos ausentes en la agenda de los historiadores políticos, como el análisis de las percepciones, el lenguaje, los imaginarios y las representaciones. Gracias a ello el público dispone hoy de una lectura más compleja de los conceptos que nutrían el vocabulario político de cada época, así como de las metáforas, símbolos o rituales con que los distintos movimientos trataban de generar adhesión y construir hegemonía. El fruto de esta ola de trabajos es una "nueva historia política" curtida al calor del giro cultural, parcialmente rejuvenecida en sus objetos de investigación y beneficiada por una notable visibilidad editorial[4].

No obstante, tras esta valoración positiva cabe hacer un conjunto de matizaciones. La primera de ellas está relacionada con la escasa réplica intelectual que ha suscitado el fulgurante ascenso de la nueva herramienta historiográfica. La segunda tiene que ver con cierta frustración de las expectativas levantadas. Finalmente, la tercera matización hunde sus raíces en el uso que se ha hecho del concepto de "cultura" como sinónimo de creación o representación. Veamos con mayor detalle cada uno de estos desacuerdos, pues de ellos nace la propuesta interpretativa de esta tesis doctoral[5].

1.1. El consenso esconde el debate

Una de las cuestiones que primero llama la atención de quien se acerca al nuevo campo de estudios en nuestro país es la práctica ausencia de polémicas. A pesar de los propósitos revolucionarios que inspiran a los historiadores de la cultura política, la avalancha de títulos especializados en la materia no ha venido acompañada de querellas

[3] Jesús MILLÁN, María Cruz ROMEO: "Was the liberal revolution important to modern Spain? Political Cultures and Citizenship in Spanish History", *Social History*, 29 (2004), pp. 284-300.

[4] La bibliografía es sobradamente conocida. Citamos solo obras colectivas: Manuel SUÁREZ CORTINA (coord.): *La redención del pueblo. La cultura progresista en la España liberal*, Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, 2006; Jordi CANAL, Javier MORENO LUZÓN (eds.): *Historia cultural de la política contemporánea*, Madrid, CEPC, 2010; Manuel PÉREZ LEDESMA, María SIERRA (eds.): *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, IFC, 2010; Encarnación GARCÍA MONERRIS, Mónica MORENO, Juan Ignacio MARCUELLO (eds.): *Culturas políticas monárquicas en la España liberal. Discursos, representaciones y prácticas (1808-1902)*, Valencia, PUV, 2013; Manuel PÉREZ LEDESMA, Ismael SAZ (eds.): *Historia de las culturas políticas en España y América Latina*. 6 volúmenes, Madrid-Zaragoza, Marcial Pons-PUZ, 2014-2016; Jorge CAGIAO (coord.): *Desde los márgenes. Culturas políticas de izquierda en la España contemporánea*, Granada, Comares, 2018.

[5] Los desacuerdos, por supuesto, pueden llegar a ser infinitos en función de cuál sea el punto de partida de las críticas (la historia de género, el giro lingüístico, la historia postcolonial, etc.). Los que aquí se presentan no son, obviamente, todos los posibles, sino aquellos que resultan más llamativos desde la perspectiva privilegiada en la investigación doctoral.

académicas de enjundia o sonoras discrepancias. Es cierto que ha habido infinidad de congresos, redes de trabajo y seminarios dedicados a sentar las bases de la disciplina y que en esos foros se han producido controversias inapreciables para el lector del producto académico final, sea este un libro o un artículo. También es cierto que existen maneras dispares, opuestas incluso, de entender lo que es la cultura política. Pero lo más llamativo es que ninguna de estas diferencias ha sido lo suficientemente importante como para agrietar el consenso que parece haberse establecido en torno a su empleo. Aunque separados por su adscripción a distintos paradigmas, "viejos" y "nuevos" historiadores de la política miran con simpatía el rápido desarrollo de la disciplina y comparten diagnóstico sobre su buen estado de salud. Tanto es así que hay que remontarse casi una década, cuando el desarrollo de la historia cultural de la política estaba en pañales, para encontrar revisiones críticas o propuestas teóricas audaces[6].

Esta relativa falta de debate contrasta con lo sucedido en otras latitudes, donde el despegue de la disciplina tuvo tintes inequívocamente iconoclastas. En Francia, por ejemplo, la historia de las culturas políticas estuvo íntimamente ligada al renacimiento de la historia política tras décadas a la sombra de la escuela de Annales[7]. En la historiografía británica, la irrupción de aproximaciones culturales a la política también removió los cimientos de la academia. En este caso, los responsables del terremoto fueron una serie de autores que, aunque en un primer momento habían destacado como historiadores sociales, más tarde abrazaron las tesis del giro lingüístico, desafiaron las influyentes interpretaciones de E. P. Thompson y pusieron en entredicho la vigencia de la "clase" como categoría de análisis[8]. En España la situación es ambivalente. Por una parte, hay quienes han considerado la historia de las culturas políticas como una oportunidad de ruptura con prácticas historiográficas anteriores y se han esforzado por incorporar referentes novedosos procedentes del post-estructuralismo, la historia de la vida cotidiana

[6] Un planteamiento politológico-interpretativista en Javier DE DIEGO: "El concepto de cultura política en ciencia política y sus implicaciones para la historia", *Ayer*, 61 (2006), pp. 233-266. Una visión crítica sobre los conceptos más habituales del discurso de la historiografía política en Demetrio CASTRO: "Sobre líderes, elites y cultura(s) política(s)", *Ayer*, 65, 2010, pp. 295-313. Una discusión del republicanismo desde los planteamientos del giro lingüístico en Román MIGUEL GONZÁLEZ: "Historia, discurso y prácticas sociales: una contribución a los futuros debates sobre el republicanismo decimonónico y las culturas políticas", *Historia Contemporánea*, 37 (2008), pp. 373-408. Una minuciosa revisión bibliográfica desde los presupuestos teóricos de la historia post-social en Miguel Ángel CABRERA: "La investigación histórica y el concepto de cultura política", en Manuel PÉREZ LEDESMA, María SIERRA (eds.): *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, IFC, 2010, pp. 19-85. Planteamientos incitantes con ribetes antropológicos en María SIERRA: "La cultura política en el estudio del liberalismo y sus conceptos de representación", en Manuel PÉREZ LEDESMA, María SIERRA (coords.): *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 2010, pp. 233-261. Una reseña que se convierte en una reflexión sobre el culturalismo y la cultura política en Enrique MORADIELLOS: "Evangelios fascistas y culturas políticas franquistas", *Revista de Libros*, 24 de noviembre de 2014 [reseña de *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*].

[7] Serge BERSTEIN: "L'historien et la culture politique", *Vingtième siècle*, 35 (1992), pp. 67-77; ÍD: "La cultura política", en Jean Pierre RIOUX, Jean François SIRINELLI (eds.): *Para una historia cultural*, México, Taurus, 1997, pp. 389-407; Jean François SIRINELLI: "El retorno de lo político", *Historia Contemporánea*, 9 (1993), pp. 25-36.

[8] Gareth Stedman JONES: *Languages of Class. Studies in English Working Class, 1832-1982*, Cambridge, CUP, 1983; Patrick JOYCE: *Visions of the People. Industrial England and the Question of Class, c. 1848-1914*, Cambridge, CUP, 1991; ÍD: *Democratic Subjects. The Self and the Social in Nineteenth-Century England*, Cambridge, CUP, 1994; James VERNON: *Politics and the People. A Study in English Political Culture, c. 1815-1867*, Cambridge, CUP, 1993.

o los estudios sobre politización informal u ordinaria[9]. Por otra, si valoramos la literatura disponible en su conjunto, es lícito preguntarse hasta qué punto el análisis cultural de la política ha supuesto realmente una frontera con los usos tradicionales de la historia política o, incluso, si en ocasiones esta ha mantenido sus estilos y metodologías bajo el barniz de juventud que ofrecía la nueva etiqueta historiográfica. A nuestro entender, el mapa actual del campo de estudios se asemeja más al aspecto enmarañado de un cajón de sastre que al porte pulcro de un género perfectamente reconocible. Dentro de ese cajón, los planteamientos originales y las hipótesis sugerentes conviven con productos ya conocidos y preguntas de otro tiempo, lo que hace de la noción de cultura política una palanca de renovación historiográfica a la vez que una estrategia de conservación de estatus y capital dentro de la academia[10].

1.2. Los límites de la renovación historiográfica

La ausencia de un verdadero debate conduce a una segunda problemática ya esbozada en las últimas líneas del párrafo anterior: el desequilibrio existente entre las expectativas de regeneración de la historia política y los resultados finalmente obtenidos. Muchos de los trabajos dedicados a la historia de las culturas políticas comienzan con un repaso de los orígenes y trayectoria del concepto. Almond, Verba, Baker, Berstein, Formisano, etc. Una vez sometidas a escrutinio las principales aportaciones teóricas, los autores suelen ofrecer entonces una declaración, más o menos sofisticada, más o menos

[9] Desde diferentes prismas interpretativos, Pérez Ledesma, Cabrera o Gabriel pueden ser considerados los principales animadores de la historia cultural de la política en España. Véanse, a modo de ejemplo, José ÁLVAREZ JUNCO, Manuel PÉREZ LEDESMA: "Historia del movimiento obrero. ¿Una segunda ruptura?", *Revista de Occidente*, 12 (1982), pp. 19-42; Rafael CRUZ, Manuel PÉREZ LEDESMA (eds.): *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997 (especialmente "La cultura regresa al primer plano", del primero de los autores, y "La formación de la clase obrera. Una creación cultural"); Miguel Ángel CABRERA: *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Madrid, Alianza, 2001; Pere GABRIEL: "Sobre la cultura política popular i obrera a Catalunya al segle XIX. Algunes consideracions", *Cercles*, 8 (2005), pp. 15-42; Miguel Ángel CABRERA, Blanca DIVASSÓN, Jesús DE FELIPE: "Historia del movimiento obrero. ¿Una nueva ruptura?", en Mónica BURGUERA, Christopher SCHMIDT-NOWARA (eds.): *Cambio social y giro cultural*, Valencia, PUV, 2008, pp. 45-80. Más recientemente una nueva hornada de investigadores ha tratado con fineza el papel del lenguaje en la construcción de los agentes históricos y las identidades políticas. Véanse: Albert GARCÍA BALAÑÀ: *La fabricació de la fábrica. Treball i política a la Catalunya cotonera, 1784-1874*, Barcelona, PAM, 2004; Román MIGUEL GONZÁLEZ: *La Pasión Revolucionaria. Culturas políticas revolucionarias y movilización popular en la España del siglo XIX*, Madrid, CEPC, 2007; Jesús DE FELIPE: *Trabajadores. Lenguaje y experiencia en la formación del movimiento obrero español*, Murcia, Genueve, 2013. El citado García Balañà o Juanjo Romero han bebido de la "política de la vida cotidiana" de la que hablara Alf Lüdtke y de la historia del trabajo. Véase Juanjo ROMERO: *La construcción de la cultura del oficio durante la industrialización. Barcelona, 1814-1860*, Barcelona, Icaria, 2005. La referencia de Lüdtke en "Polymorphous Synchrony: German Industrial Workers and the Politics of Everyday Life", *International Review of Social History*, 38 (1993), pp. 39-84. Finalmente, es preciso señalar el esfuerzo teórico desarrollado por el equipo capitaneado por Pedro Rújula, que se ha manifestado en la importación de los debates franceses sobre politización informal u ordinaria. Véanse Pedro RÚJULA: "La densificación del universo político popular durante la Guerra de la Independencia", en Pedro RÚJULA, Jordi CANAL (coords.): *Guerra de ideas. Política y cultura en la España de la Guerra de la Independencia*, Zaragoza, IFC-Marcial Pons, 2011, pp. 173-190; Pedro RÚJULA, Francisco Javier RAMÓN SOLANS (eds.): *El desafío de la revolución. Reaccionarios, antiliberales y contrarrevolucionarios (siglos XVIII y XIX)*, Granada, Comares, 2017.

[10] La idea de la conservación de estatus y capital en Pierre BOURDIEU: *Homo Academicus*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2008.

explícita, de adhesión a una determinada corriente o definición de cultura política. Como consecuencia de este rito académico, en los últimos años se han vertido ríos de tinta sobre lo que es o debería ser la cultura política. ¿Un conjunto de representaciones sobre la historia, la justicia, la nación o las relaciones humanas? ¿Una serie de relatos que confieren identidad a un grupo y dan sentido a la acción política de sus componentes? ¿Los símbolos y rituales mediante los cuales se vulgariza un proyecto político? ¿Un fondo de lenguajes sin el cual no pueden articularse intereses ni prácticas políticas?[11]

Estas son algunas de las preguntas más comunes en prólogos y estudios introductorios, aunque no son las únicas que cabría plantear. Tan importante como realizar estos ejercicios de arqueología intelectual y clarificación conceptual debería ser atender a otras cuestiones relacionadas con su aplicación práctica, esto es, con el uso efectivo que los historiadores hacen de la herramienta. ¿Cuál es el objeto de estudio de la historia de las culturas políticas? ¿Qué fuentes documentales permiten abordar ese objeto de estudio? ¿Quiénes han de ser los sujetos protagonistas del relato? ¿De qué naturaleza es la relación que los investigadores establecen entre los discursos y las prácticas, entre los individuos y los grupos o entre la política organizada y la vida cotidiana? ¿Es necesario conocer el contexto para poder desentrañar los significados profundos de un texto? En definitiva: ¿cómo se hace la historia de las culturas políticas?

Si dejamos a un lado las definiciones y observamos detenidamente lo producido en España podemos advertir que, en ocasiones, la historia de las culturas políticas se ha convertido en una versión amable y remozada de lo que antes eran trabajos sobre ideologías, doctrinas o banderías. El asunto no merecería mayor consideración si únicamente se tratara de una operación estética, de un mero cambio de denominación. Pero la cuestión va mucho más allá, pues los propósitos que animan a los historiadores culturales de la política son más ambiciosos que los que antaño inspiraban a los interesados en las ideas o en los partidos. Mientras los "viejos" historiadores políticos hacían historias de lo singular (un líder, un grupo de pensadores, una fracción sindical, un movimiento), los impulsores del nuevo campo de estudios aspiran a comprender las razones globales que llevan a las personas a creer en lo que creen o a actuar como lo hacen. Bajo este prisma, la cultura política sería el sustrato de referencias, lenguajes o símbolos que hay detrás de la conducta de un determinado colectivo. El depósito de recursos con el que los ciudadanos interpretan el mundo y dan sentido a cuanto acontece a su alrededor. Algo así como una llave maestra que abre las estancias a las que antes no podían acceder los estudios políticos clásicos. Semejantes perspectivas dibujan para la disciplina una hoja de ruta de lo más prometedora.

Nuestra sensación, sin embargo, es que no siempre se ha logrado alcanzar tan elevados objetivos, que ha habido cierto desfase entre lo que se pretendía responder y las

[11] Estos interrogantes estarían vinculados a algunas de las definiciones más influyentes en el panorama historiográfico internacional. Los primeros se corresponderían, *grosso modo*, con la interpretación de cultura política formalizada por autores como Serge BERSTEIN: "L'historien et la culture politique", *Vingtième siècle*, 35 (1992), pp. 67-77; ÍD: "La cultura política", en Jean Pierre RIOUX, Jean François SIRINELLI (eds.): *Para una historia cultural*, México, Taurus, 1997, pp. 389-407. El último interrogante, por el contrario, estaría en línea con las propuestas de Keith Michael BAKER: *Inventing the French Revolution. Essays on French Political Culture in the Eighteenth Century*, Cambridge, CUP, 1990; Margaret SOMERS: "¿Qué hay de político o cultural en la cultura política y en la esfera pública? Hacia una sociología histórica de la formación de conceptos", *Zona Abierta*, 77-78 (1996), pp. 31-94.

respuestas que se brindaban. Tres han sido las cuestiones que creemos han obstaculizado el cumplimiento de las expectativas: la preferencia por el estudio de los discursos y el consiguiente olvido de las prácticas sociales, la insistencia en hacer de las organizaciones el centro del relato historiográfico y la tendencia a explicar la política como una esfera autónoma y separada del resto de campos que componen la experiencia social. No son éstas impugnaciones a la totalidad, sino ideas y sugerencias que, tal vez, puedan servir para complementar los indiscutibles beneficios aportados por la historia de las culturas políticas. Al menos, así tratamos de llevarlo a cabo en esta tesis.

a) La política como texto. Primacía del discurso y olvido de las prácticas sociales

El florecimiento de la disciplina se ha notado de manera especialmente acusada en el plano de las visiones de mundo, las narrativas o los valores acuñados por la vanguardia intelectual de cada familia política, terrenos de investigación en los que se ha alcanzado un elevado nivel de excelencia. En cambio, la nueva corriente historiográfica ha dejado una huella mucho menor en el campo de las preocupaciones, las prácticas o las experiencias de politización de la mayoría social. En ese sentido, una porción nada desdeñable de la historia de las culturas políticas se cimenta sobre las mismas fuentes que la historia política de siempre, mantiene ciertas dosis de idealismo y elitismo y en su versión más próxima al giro lingüístico parece redoblar esfuerzos en la defensa del carácter unívoco, acabado, coherente y causal de los discursos. A pesar de que entre sus propósitos figura el de rastrear los procesos de construcción colectiva de determinadas identidades políticas, con frecuencia estos trabajos se conforman con analizar, en toda su hondura, eso sí, intervenciones parlamentarias, artículos periodísticos, arengas, catecismos y otros elementos de autoría individual que, se entiende, sintetizan y soportan los pilares básicos de toda cultura política.

La inclinación por reconstruir el canon textual de una tradición política ha dado como resultado un conocimiento perfectamente estructurado de los vocablos, redes conceptuales, premisas subyacentes e imaginarios sociales que la componían. No obstante, este tipo de análisis y preferencias metodológicas también comportan algunos riesgos. El primero de ellos es el de poder confundir las fuentes con el objeto de estudio. El segundo, tal vez más importante, tiene que ver con los límites explicativos de la fuente y lo aventurado de entender las prácticas políticas como una ejecución limpia de lo enunciado en un libro, un panfleto o un corpus doctrinal. El estudio de los escritos, discursos y recursos simbólicos puestos en circulación por una constelación más o menos reducida de autores puede ofrecer mucha información sobre tribunos y pensadores, pero apenas aborda otros fenómenos culturales a la postre tan importantes como el acto singular de crear marcos de comprensión e interpretación de la realidad. ¿Cómo se transmitían esos materiales? ¿Qué prácticas y estilos comunicativos utilizaban? ¿Llegaban a sus teóricos destinatarios? Si así sucedía, ¿cómo eran recibidos, aplicados, reelaborados o resignificados? ¿Qué legitimidad tenían? Puesto que los ciudadanos no eran folios en blanco sobre los que pudieran imprimirse las líneas maestras de una cultura política, ¿cómo interactuaban estos elementos con las creencias, vivencias y sensibilidades de un determinado entorno social, estrato de edad, género, etc.? ¿Y con los

otros mensajes o referentes que la gente corriente pudiera tener a su alcance? ¿Por qué algunos de sus receptores los asumían y otros los rechazaban?

Estas son solo algunas de las cuestiones que quedan en el aire en los estudios que más atención han prestado a los contenidos divulgados por dirigentes e intelectuales. Se trata de preguntas que, además, no pueden ser resueltas con una mención apresurada a las estrategias organizativas de la familia política objeto de análisis o con una descripción epidérmica de sus redes de sociabilidad y aculturación. Hace falta ir más allá. Generalizando, podríamos afirmar que la historia cultural de la política, o al menos la de uso más extendido en nuestro país, ha sido y es mucho más exigente con la investigación de los entresijos doctrinales de cada movimiento que con el examen de las opiniones, sentimientos y capacidad de actuación de los hombres y mujeres del montón. Habrá quien sostenga que estas cuestiones carecen de interés para los estudiosos de los grandes procesos de la contemporaneidad. A nuestro juicio, sin embargo, la incorporación de estas variables al análisis historiográfico es absolutamente necesaria si se aspira a proporcionar respuestas tan omnicomprensivas como las que en ocasiones parece querer brindar la historia de las culturas políticas. ¿Acaso es posible comprender a los demócratas de mediados del XIX, a los republicanos de fin de siglo o a los fascistas de los años treinta sin tener apenas información sobre el sujeto demócrata, republicano o fascista, es decir, sobre los ciudadanos que eventualmente suscribían un programa, se involucraban en protestas o difundían y recreaban su mensaje?

b) La política como bandera. Un relato centrado en las organizaciones

De lo expuesto en el punto anterior se deriva un segundo elemento que, a nuestro entender, ha lastrado las pretensiones rupturistas de la disciplina: la excesiva asociación entre cultura política y política organizada. En las últimas décadas, las nuevas teorías de la acción colectiva (paradigmas de la identidad y los movimientos sociales) y las progresivas trasformaciones de la política occidental (declive de los partidos como agentes exclusivos del devenir político) han permitido poner el foco sobre formas de participación popular menos rígidas que las que antaño copaban el relato tradicional. Así, en sociología o antropología se han hecho cada vez más frecuentes las investigaciones sobre la cultura política de colectivos sociales amplios y transversales como grupos de vecinos, subculturas juveniles, activistas autónomos, movimientos ciudadanos, asambleas feministas, ligas de inquilinos, etc. A pesar de ello, en la historiografía española este enfoque atento a las formas de intervención pública poco estructuradas ha tenido un impacto limitado. En términos generales, la historia de las culturas políticas de hace cien años ha tomado como actores principales de su relato a comités, partidos, sindicatos, corporaciones u otras entidades más o menos estables, jerarquizadas y definidas[12].

[12] Dos ramas de estudio han bebido en España de los enfoques menos atentos a las formas políticas organizadas: por una parte, la historia de la protesta y la acción colectiva campesina a finales del siglo XIX y durante el primer tercio del siglo XX; por otra, la historia de las actitudes sociales bajo el franquismo. Ambas obedecen, como puede verse, a momentos de la historia en que las organizaciones políticas tenían menor peso o, directamente, estaban proscritas. A nuestro entender, la historia de las culturas políticas puede verse notablemente beneficiada del contacto con ambas vetas de investigación. Respecto a los primeros, baste citar Salvador CRUZ ARTACHO: *Caciques y campesinos. Poder político, modernización*

Las razones de esta elección son conocidas y descansan no solo en el repertorio de fuentes documentales privilegiadas por los autores, sino también en un hecho difícilmente rebatible: que jamás se vivió una experiencia de encuadramiento tan apabullante como la que tuvo lugar entre las décadas finales del siglo XIX y los años treinta del XX. En ese período de agitación sin igual, millones de individuos en todo Occidente unieron su destino al de diferentes organizaciones que aspiraban a la conquista del Estado y, por ese motivo, la historia de las culturas políticas ha sido indisociable de la historia de esas instituciones. Con todo, la lectura de la política como una actividad formalizada ha entrañado algunos problemas.

Por un lado, el excesivo énfasis puesto sobre partidos o sindicatos ha ensombrecido la dimensión cotidiana, azarosa y desregulada de cualquier proceso de construcción de identidades y ha reforzado, tal vez inconscientemente, narrativas que se creían ya superadas, como la del descenso de la política desde las elites hacia las masas. Por otro lado, y fruto de la persistencia de esos esquemas interpretativos verticales, se hace necesaria una mayor reflexión sobre la naturaleza de los actores que tomaban parte en el debate público. Las organizaciones estructuradas constituían uno de los principales canales de participación política de la época, mas no eran las únicas vías que la gente corriente tenía a su disposición para llamar la atención de las autoridades o expresar sus demandas. Un examen que pretenda romper con las teorías difusionistas de la política habrá de tener en cuenta no solo esas otras instancias de politización o articulación de intereses sino, también, las propias condiciones de emergencia de partidos y sindicatos y el modo en que estos agentes fueron estilizando su mensaje o mudando su piel en estrecho contacto con la realidad. En ese sentido, sigue siendo conveniente subrayar el carácter abierto e inacabado de las herramientas de participación política. Partidos y sindicatos justamente estaban siendo inventados a finales del siglo XIX y principios del XX como instrumentos de lucha. No habían estado ahí siempre, ni eran naturales o inevitables para sus contemporáneos, por lo que han de ser analizados en su propia historicidad, sin marcos preconcebidos. La afiliación o la militancia eran prácticas tan propias de su tiempo como las peticiones populares, los motines o los disturbios callejeros.

Por último, la preferencia por los actores formalmente organizados ha arrojado una visión particularmente restringida o normativa de la política. En muchos de los estudios

---

agraria y conflictividad rural en Granada 1890-1923, Madrid, Ediciones Libertarias-Ayuntamiento de Córdoba, 1994; Carlos GIL ANDRÉS: *Echarse a la calle: amotinados, huelguistas y revolucionarios (La Rioja, 1890-1936)*, Zaragoza, Publicaciones de la Universidad de Zaragoza, 2000; Óscar BASCUÑÁN: *Protesta y supervivencia. Movilización y desorden en una sociedad rural: Castilla La Mancha 1875-1923*, Valencia, Centro Francisco Tomás y Valiente, 2008; Víctor LUCEA: *El pueblo en movimiento: la protesta social en Aragón (1885-1917)*, Zaragoza, Publicaciones de la Universidad de Zaragoza, 2009; Jesús Ángel REDONDO CARDEÑOSO: *Culturas de protesta y violencia de los campesinos de Tierra de Campos (1900-1923)*, Tesis Doctoral, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2010. Respecto a los segundos, valgan como ejemplo de la abundantísima producción al respecto: J. Alberto GÓMEZ RODA, Ismael SAZ (eds.): *El franquismo en Valencia: formas de vida y actitudes sociales en la posguerra*, Valencia, Episteme, 1999; Miguel Ángel DEL ARCO, Carlos FUERTES, Claudio HERNÁNDEZ BURGOS, Jorge MARCO (eds.): *No solo miedo. Actitudes políticas y opinión popular bajo la dictadura franquista (1936-1977)*, Granada, Comares, 2013; Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: *Franquismo a ras de suelo. Zonas grises, apoyos sociales y actitudes durante la dictadura (1936-1976)*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2013; ÍD: "Tiempo de experiencias. El retorno de la *Alltagsgeschichte* y el estudio de las dictaduras de entreguerras", *Ayer*, 113 (2019), pp. 303-317; Irene MURILLO: *En defensa de mi hogar y mi pan: estrategias femeninas de resistencia civil y cotidiana en la Zaragoza de posguerra, 1936-1945*, Zaragoza, PUZ, 2013.

disponibles esta parece quedar reducida a los temas más abundantemente citados en programas, mítines, manifiestos o editoriales de periódico. Sin embargo, sabemos que el campo de la política no se agotaba en las definiciones que los líderes daban sobre lo que había de ser la nación o la clase ni tampoco en los posicionamientos que cada grupo sostenía sobre la organización territorial, los derechos de ciudadanía o el papel de la religión. Evaluando lo producido en su conjunto, podríamos decir que la historia de las culturas políticas ha excluido de su horizonte de intereses un amplio abanico de materiales ordinarios que, lejos de ser anecdóticos, fueron centrales para los ciudadanos y resultan imprescindibles para comprender su manera de imaginar el mundo. Cuestiones aparentemente menores como el uso del espacio, la libertad de movimiento, los patrones de consumo o la relación con las figuras del orden ayudaron a delimitar fronteras y modelar sensibilidades. Por ello, en lugar de tratar de fijar de antemano los asuntos que pertenecían o no a la esfera pública, quizá lo deseable sea adoptar siempre el punto de vista de los sujetos investigados para así poder recuperar todo aquello que suscitara debate, engendrara esperanzas o resentimientos y llevara a los sujetos a definir un campo de legitimidad, esto es, un "ellos" y un "nosotros". Nuestra investigación en los suburbios lo muestra de manera muy clara[13].

c) La política como isla. La independencia de la política y la indiferencia por el contexto

Un tercer factor que, consideramos, ha frenado el ímpetu renovador de la disciplina ha sido la tendencia a explicar la política como una esfera autónoma y separada del resto de campos que componen la experiencia humana. La "autonomía de la política" surgió como reivindicación historiográfica cuando las interpretaciones estructuralistas estaban en pleno apogeo y los discursos eran vistos como un mero epifenómeno de la posición que los sujetos ocupaban en las relaciones de producción. Ante semejante panorama, muchas voces comenzaron a reclamar un espacio de singularidad para la política. Mientras para los historiadores sociales clásicos las identidades y los intereses estaban prefigurados en unas vivencias cargadas de significado, el nuevo enfoque subrayaba la agencia de los sujetos y ponía el acento en el curso más o menos libre y soberano de los acontecimientos políticos.

A pesar de sus orígenes emancipadores, la insistencia en la autonomía de la política en ocasiones ha derivado en relatos tan restrictivos como aquellos que quería combatir[14]. De la explicación de los fenómenos políticos por la clase o la economía parece haberse pasado a la comprensión de la acción política como producto del lenguaje y las representaciones. La determinación de la infraestructura, vigente en otros tiempos, parece haber dejado su sitio a un deliberado rechazo a tomar en consideración elementos externos al texto y a una fe, un tanto ingenua, en la ausencia de constreñimientos y condicionantes. Si, de acuerdo con las nuevas tendencias, las subjetividades políticas son cinceladas discursivamente y las experiencias solo cobran sentido en el marco del lenguaje, el contexto pierde toda potencia explicativa y se convierte en un acompañamiento

[13] Claire JUDDE DE LARIVIÈRE, Julien WEISBEIN: "Dire et faire le commun. Les formes de la politisation ordinaire du Moyen Âge à nos jours", *Politix*, 119 (2017), pp. 7-30.

[14] Sirinelli, uno de los padres de la disciplina en Francia, señaló que el excesivo énfasis en la autonomía de la política podía conducir a una "automutilación" del relato historiográfico. Véase Jean François SIRINELLI: "Del hogar al ágora. Para una historia cultural de lo político", *HUMHA*, 1 (2015), p. 81.

coreográfico, en un telón de fondo de un guion exclusivamente político. Más que de autonomía, que implica el establecimiento de vasos comunicantes e interacción, quizá cabría hablar de independencia de la política[15].

Como es de esperar, la aplicación de estos supuestos por parte de los historiadores culturales de la política se ha plasmado en una manera muy particular de entender la disciplina. A primera vista cabría pensar que muchas de las publicaciones aparecidas en las últimas décadas toman como espacio de análisis la nación en su conjunto, pues tratan de explorar las estrategias retóricas y simbólicas con que los agentes políticos buscaban conseguir adeptos y conquistar la hegemonía para transformar el país. Sin embargo, y a pesar de esta impresión original, a menudo la historia de las culturas políticas transcurre en un plano borroso y ambiguo, a medio camino entre todos los sitios y ninguno. Poco o nada se suele especificar en estos estudios sobre las condiciones de producción de consignas o narrativas ni sobre las coordenadas socioculturales específicas que hacían inteligibles los empeños, ilusiones o prejuicios que hay detrás de cualquier ideología. Así, en algunos casos, el relato de la configuración y desarrollo de las culturas políticas adquiere la forma de una conversación privada entre las cabezas más distinguidas del movimiento objeto de estudio: se intercalan mensajes y se superponen argumentos sin más trama común que la ofrecida por las biografías particulares de estos individuos (que pueden estar en una punta y otra del país o del continente), los acontecimientos internos del partido, el devenir institucional o el vocabulario de cada época. Se trata de trabajos en los que el *cómo* y el *dónde* resultan poco relevantes para la explicación del *qué*[16].

De nuevo aquí aparecen los fantasmas señalados en puntos anteriores. Si la historia de las culturas políticas se conforma con ser una historia del pensamiento y las representaciones, claro está que no precisa del concurso del contexto para dar cauce a dichos fines. Si aspira a reconstruir cómo nacen, se expanden y se disuelven las cosmovisiones, o si trata de comprender los significados cotidianos que los ciudadanos otorgan a la acción política, entonces la disciplina seguramente necesite dialogar con infinidad de elementos que suelen considerarse ajenos a la política[17].

Como es evidente, la preocupación por el contexto no permite satisfacer de una tacada esos propósitos, pero sí puede ayudar a sortear algunos obstáculos que la historia de las culturas políticas ha encontrado en su camino. En primer lugar, la mirada contextual resulta clave para poder observar el pasado en su condición de continente extraño y distinto al nuestro. En segundo lugar, la mayor atención por los factores "extrapolíticos" quizás ayude a rebajar la capacidad causal que a veces se atribuye a conceptos, lenguajes o discursos y permita valorar que el significado de un texto no está encerrado únicamente en sí mismo ni en aquello que se ha dado en llamar su "contexto textual". En tercer lugar,

[15] Geoff ELEY, Keith NIELD: "Why does social history ignore politics?", *Social History*, 5 (1980), pp. 249-271; ÍD: *El futuro de la clase en la historia. ¿Qué queda de lo social?*, Valencia, PUV, 2010.

[16] Esta crítica en Leif JERRAM: *Streetlife. The Untold History of Europe's Twentieth Century*, Oxford, Oxford University Press, 2011, p. 4.

[17] Es preciso señalar que, en algunos de los trabajos, especialmente en los más próximos al giro lingüístico, se puede apreciar una crítica a la noción de contexto que, creemos, no hace justicia a los desarrollos de la historia sociocultural en las últimas décadas. Los autores cercanos al giro lingüístico señalan con solvencia las falencias interpretativas del paradigma causal-objetivista y muestran atinadamente los problemas del análisis culturalista de clase. Sin embargo, manejan (y rechazan) una definición de contexto como sinónimo de clase social u ocupación laboral que resulta pobre y tremendamente reductora de la complejidad social (e historiográfica).

el manejo de recursos y fuentes de tipo social o cultural puede contribuir a mostrar una realidad que no por obvia ha de dejar de ser repetida: que estos campos, al igual que el político, no son más que compartimentaciones que los historiadores utilizan para encontrar mejores puntos de acceso al pasado. Lo social, lo cultural o lo político formaban un todo indesligable en la experiencia de los sujetos y, por eso mismo, quizá resulte arriesgado estudiar los grandes credos o movimientos de la contemporaneidad como entes aislados o surgidos de la nada. Las familias o corrientes que analiza la historia de las culturas políticas se forjaron en escenarios concretos y se hibridaron con posos culturales externos a su tradición, con componentes que jamás pasaron por el laboratorio de ideas de un líder o una corte de pensadores. ¿Acaso es irrelevante el contexto para desentrañar no ya el predicamento que el carlismo tuvo en algunas regiones del norte de España, sino su esencia misma, sus recetas, sus estilos, sus anhelos o sus rechazos? En el caso de nuestra investigación, ¿podemos comprender los lineamientos fundamentales del anarquismo sin atender a las prácticas sociales y al universo mental de los vecinos de las periferias abandonadas de las grandes ciudades? ¿Podemos tomar las culturas políticas como elementos homogéneos que se proyectan por igual sobre el espacio abstracto de la nación?

1.3. La asociación entre cultura y representación

El tono crítico de las páginas anteriores no ha de llevar a engaño. Gracias al extenso desarrollo de este campo de estudios, en España disponemos en la actualidad de un prolijo mapa de los discursos, símbolos e imaginarios desplegados por las distintas corrientes políticas de los siglos XIX y XX. Sin embargo, tal y como se ha tratado de mostrar, el interés por estas parcelas de investigación ha dejado amplios terrenos a la espera de ser roturados. ¿Qué sabemos de los sentidos comunes, solidaridades, antagonismos o expectativas de la gente común? ¿Y de los lugares, rutinas o prácticas a partir de los cuales los hombres y mujeres daban significado a sus acciones o imaginaban el mundo? ¿Sabemos cómo se entretejía lo ideológico con lo cotidiano o lo informal? ¿Acaso no son estas preocupaciones cuestiones propias de la historia cultural? ¿No sería conveniente, por tanto, tratar de integrarlas en los análisis de textos, lenguajes y formulaciones intelectuales?[18]

A nuestro modo de ver, la inquietud por estas cuestiones permitiría a los historiadores de las culturas políticas realizar interpretaciones aún más certeras y penetrantes que las ofrecidas hasta el momento. No obstante, para poder abordar dicha empresa parece necesario imprimir a la disciplina un giro de carácter etnográfico. Muchos de los trabajos disponibles parten de una concepción de cultura como algo restringido al ámbito de las creaciones y las producciones intelectuales. A menudo, en estos estudios la cultura se entiende, además, como una esfera subsidiaria y exterior a la política cuya función es vulgarizar un mensaje político, exclusivamente político, a través de artefactos (memoria, caricaturas, mitos, pintura, literatura, música, ropa...) que moldean la mente y

[18] Nos inspiramos en la distinción de Chantal Mouffe entre "lo político" como campo de disputas cotidianas y subyacentes y "la política" como ámbito institucional en que se organizan y dirimen demandas e intereses. Véase Chantal MOUFFE: *En torno a lo político*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007. También en el énfasis por la "infraestructura de la política" de James C. SCOTT: *Los dominados y el arte de la resistencia*, Tafalla, Txalaparta, 2003.

las acciones de aquellos que los reciben. Así, la tercera matización al tono celebratorio que ha acompañado el despegue de la disciplina tiene que ver, precisamente, con la asociación que habitualmente se ha establecido entre cultura y representación. Nuestra intención no es negar esa evidente dimensión de la cultura política, sino apostar por ampliarla en un sentido antropológico que permita comprender también las prácticas sociales y los universos mentales de la gente común en la estela de la mejor historia cultural de la Edad Moderna[19].

En ese sentido, en esta tesis se propone tomar la cultura como un flujo que los ciudadanos actualizan y reformulan en su día a día y no tanto como un sistema de ideas que se plasma en un discurso, una alocución parlamentaria o un texto constitucional. Para poder aproximarnos a ese flujo, vivo, cambiante, en constante ebullición, urge, además de afinar las herramientas analíticas, reducir la escala de observación del fenómeno y adoptar aquello que Robert Darnton denominó el "punto de vista del nativo"[20]. Muchos son los ejemplos que pueden servir de inspiración a dicha operación. En los últimos tiempos y desde diferentes campos de las ciencias sociales, un variopinto elenco de trabajos ha mostrado que la indagación antropológica en los "contextos de experiencia y actividad" de los ciudadanos anónimos es una fértil vía de acceso a las corrientes subterráneas de aquello que llamamos política[21]. Kathy Cramer ha investigado las bases del resentimiento rural contra las elites progresistas en Wisconsin durante la Gran Recesión y ha brindado una poderosa interpretación del auge de la nueva derecha estadounidense. En su trabajo los grandes discursos o las ideologías más finamente destiladas dejan su lugar a las concepciones que la gente del montón tiene sobre el mundo que habita o a sus nociones de lo justo o lo legítimo o lo comunitario[22]. En la misma línea, Arlie Rusell Hochschild ha llevado a cabo un fascinante análisis de las convicciones más profundas de los seguidores del Tea Party en Louisiana, aquellas que los llevaron a creerse tan despreciados y maltratados como para sentirse extranjeros en su propia tierra[23].

---

[19] Lynn HUNT: *Politics, culture and class in the French Revolution*, Berkeley, UCP, 1984; Robert DARNTON: *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987; Carlo GINZBURG: *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Muchnik, 1999; Roger CHARTIER: *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*. Barcelona: Gedisa, 2003; Natalie Z. DAVIS: *El regreso de Martin Guerre*, Madrid, Akal, 2013.

[20] Robert DARNTON: *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 264. Esta manera de acercarse al objeto de estudio en Clifford GEERTZ: *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 2003. Un ejemplo incitante de esta noción de cultura para entender los procesos políticos en Javier UGARTE: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.

[21] El entrecomillado, así como otras interesantes orientaciones teóricas como los «marcos de pertinencia» o las "versiones narrativas" en Daniel CEFAÏ: "Otro enfoque de la cultura política. Repertorios de identidad y marcos de interacción, formatos narrativos de los acontecimientos públicos, regímenes de negociación y arreglos sindicales", *Foro Internacional*, 147 (1997), pp. 150-162.

[22] Kathy CRAMER: *The Politics of Resentment. Rural Consciousness in Wisconsin and the Rise of Scott Walker*, Chicago, University of Chicago Press, 2016.

[23] Arlie Russell HOCHSCHILD: *Strangers in Their Own Land: Anger and Mourning on the American Right*, Nueva York, The New Press, 2016. Otros ejemplos en la misma línea: Thomas FRANK: *What's the Matter with Kansas? How Conservatives Won the Heart of America*, Nueva York, Metropolitan Books, 2004; Christophe GUILLUY: *La France périphérique. Comment on a sacrifié les classes populaires*, París, Flamarion, 2014.

La inmersión en las actitudes e imaginarios de las personas corrientes permite alterar el objeto de atención de la disciplina. Como hemos visto, lo habitual entre los historiadores ha sido encarnar la cultura política en una tradición, un movimiento o un grupo de pensadores (la cultura política falangista, la cultura política socialista, la cultura política libertaria, etc.). La reducción de escala y el enfoque etnográfico revelan, sin embargo, que la cultura política no es (solamente) una propiedad de las familias ideológicas ni algo que se extiende de los líderes a los simpatizantes, sino un atributo de los individuos cualesquiera, algo que ha de ser observado en su contexto y que puede ser analizado históricamente. Los hombres y mujeres de finales del siglo XIX y principios del XX tenían cultura política y ésta se puede observar siguiendo su rastro en archivos policiales, sumarios judiciales, cartas privadas, peticiones y otra documentación apenas explotada por los expertos en la materia.

Así, creemos que junto a las definiciones ya canónicas de lo que es o habría de ser la historia de las culturas políticas, existe espacio para explorar una agenda de investigación alternativa. Una agenda que se pregunte no solo por la "oferta" de los distintos linajes doctrinales, sino también por las culturas políticas populares, es decir, por las distintas formas que las personas tenían de relacionarse con la política (por ejemplo, en función de su barrio de residencia, su generación, su ámbito de sociabilidad, su preferencia por determinados estilos de vida) y que no pueden reducirse a su adscripción ideológica[24]. Para lograrlo, para llevar a buen puerto el análisis de estas culturas políticas populares, será ineludible prestar atención a dos facetas de investigación. De un lado, parece necesario examinar el filtro o bagaje cotidiano desde el cual los individuos se asoman a la política y dan significado a sus acciones: cuáles son sus circunstancias, su fondo de experiencias, sus lugares de vida, sus anhelos y temores, su *ethos*, su *habitus*. De otro lado, es preciso atender a las prácticas con las que los ciudadanos crean, interpretan, conjugan o alteran ese patrimonio anterior, que nunca puede ser tomado como algo inamovible. Con todo, el estudio pormenorizado de las culturas políticas populares no debe sustituir el examen de los discursos, los símbolos y las representaciones, sino que ha de ser tomado como el complemento idóneo para ver cómo estos eran apropiados, leídos o reformulados[25].

Al hilo de estas reflexiones, en el siguiente apartado se propone un recorrido por una línea de estudios que no ha gozado de gran predicamento en nuestro país, pero que, creemos, contiene un enorme potencial como herramienta de análisis del pasado político: la historia urbana. Se trata de una corriente heterogénea que en las últimas décadas ha ensanchado sus intereses desde la arquitectura, la demografía y las infraestructuras hacia

[24] Un ejemplo sería el estudio de las subculturas juveniles. Véase Stuart HALL, Tony Jefferson (eds.): *Rituales de resistencia. Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de postguerra*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2014. Con todo, huimos deliberadamente de cualquier "populismo cultural" o distinción tajante entre "arriba" y "abajo" como si de dos esferas sin punto de contacto se tratara: las culturas políticas populares podían ser contrahegemónicas pero también funcionales al orden establecido. En lo referente a su composición social, las culturas políticas a las que hacemos referencia son "populares" en la medida en que son un atributo de la ciudadanía, sin importar cuál sea su nivel socioeconómico o su ocupación.

[25] Pierre BOURDIEU: *Outline of a Theory of Practice*, Cambridge, CUP, 1977; Ann SWIDLER: "Culture in Action: Symbols and Strategies", *American Sociological Review* 51 (1984), pp. 273-286; Clifford GEERTZ: *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*, Barcelona, Paidós, 1994; William H. SEWELL JR: "The Concept(s) of Culture", en Victoria E. BONNELL, Lynn HUNT: *Beyond the Cultural Turn. New Directions in the Study of Society and Culture*, Berkeley, UCP, 1999, pp. 35-61; Jorge JARAMILLO: "La cultura y la política en la cultura política", *Nueva Antropología*, 86 (2017).

los modos de vida, los comportamientos o la influencia del espacio en la configuración de las identidades sociales. Como consecuencia de estos virajes, la nueva historia urbana lleva tiempo proyectando luz sobre algunos de los ángulos ciegos del análisis cultural de la política: la agencia de los sin nombre, la importancia de las prácticas, el papel del contexto o el rol de las vivencias cotidianas. Esta tesis bebe de la confluencia entre el análisis cultural de la política y la historia urbana[26].

2. *Polis* y política. La mirada urbana sobre las culturas políticas populares

Desde mediados del siglo XIX la expansión desmesurada de la sociedad urbana hizo de las ciudades espacios radicalmente novedosos para la vida en común y, por tanto, también para la resolución de tensiones y demandas populares. El mundo urbano, sometido a veloces transformaciones, pasó a ocupar el centro de la política. En sus calles y plazas tomaron cuerpo las revueltas que impugnaban el orden existente o los movimientos sociales más reivindicativos. También allí se idearon nuevas maneras de comunicación política, nuevos formatos de agitación o nuevas concepciones de la representación popular o el orden público. Tanto es así, que en ocasiones parece difícil desligar la historia de las grandes convulsiones contemporáneas de la historia de unas ciudades en constante metamorfosis.

Por una parte, el estallido urbano deparó un nuevo tablero de retos y problemáticas para la organización social. Retos y problemáticas a los que había que responder y sobre los que fijaron sus acuerdos y rasgos distintivos las familias políticas. Las condiciones de vida, el socorro de la pobreza, el ensanchamiento de las ciudades, la regulación de la inmigración, la gestión de la libertad de movimiento, la división de espacios civiles y religiosos, la introducción de nuevas figuras fiscales o los asentamientos caóticos, por mencionar solamente unos pocos ejemplos, fueron campos de conflicto y diferenciación entre las distintas corrientes que pugnaban por obtener el favor popular y escuelas de aprendizaje político para los ciudadanos de a pie. En la medida en que suscitaban enfrentamiento o preocupación estos asuntos se convirtieron en políticos y politizables. El proceso de adquisición de referentes, configuración de propuestas y ensayo de recetas políticas, muchas veces descrito sobre el vacío por parte de los historiadores culturales de la política, se hizo en relación con un panorama urbano en ebullición. Así, la ciudad moderna, con la repentina aparición de necesidades y demandas novedosas, fue el terreno sobre el que los grupos políticos estilizaron su ideario y definieron sus técnicas de socialización. Es más, debido a que hasta bien entrado el siglo XX en la gran mayoría de países occidentales acceder al gobierno nacional fue una quimera para republicanos, radicales o socialistas, las grandes ciudades se convirtieron en el laboratorio en el que los grupos contestatarios pusieron a prueba el valor de sus propuestas desde la experiencia de gestión[27].

[26] Sobre el escaso arraigo de la nueva historia urbana en España, véase Rubén PALLOL: "Deudas pendientes de la historia urbana en España", *Ayer*, 107 (2017), pp. 287-302. Dicho trabajo hace un recorrido por la historia urbana nacional al que remitimos para cuestiones de detalle (o títulos concretos) que exceden el interés de este capítulo.

[27] Dos ejemplos de ciudades-laboratorio de las fuerzas antisistema en John MERRIMAN: *The Red City. Limoges and the French Nineteenth Century*, Oxford, OUP, 1985; Carl SCHORSKE: *La Viena de fin de siglo. Política y cultura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011. En España, Rubén Pallol ha estudiado cómo los

Por otra parte, la urbanización desbocada dibujó un nuevo contexto para la experiencia de lo político. Millones de personas dejaron el medio rural o las modestas villas de provincias y se desplazaron a Berlín, Chicago, París, Londres, Milán o Viena. En las calles de las grandes ciudades interactuaban a diario personas extrañas y culturalmente distantes, circulaba una avalancha descontrolada de discursos, se erosionaban viejas fidelidades y aparecían nuevos espacios de relación social y acción política, como las grandes fábricas y tajos o los arrabales proletarios. La barricada, la huelga general, el surgimiento de la cultura militante, el fin de las elecciones amañadas o los grandes rituales de masas fueron expresiones de un magma cultural metropolitano. No es que simple y llanamente fueran fenómenos que ocurrían en ciudades, es que para poder comprenderlos en toda su hondura es necesario conocer, por ejemplo, las fibras que componían el tejido de un vecindario, el modo en que viajaba y se difundía la información en una sociedad urbana, la manera en que se edificaban las relaciones entre clases o la forma en que se leían las disputas cotidianas.

Fuera de España una historia urbana renovada por el giro espacial y cultural ha mostrado que las transformaciones más descollantes que tuvieron lugar en las ciudades no fueron aquellas relacionadas con su morfología o su paisaje material, aun siendo estas cuestiones capitales, sino aquellas otras vinculadas a las costumbres, los estilos de vida y las formas de interacción de sus habitantes. Esto es, la cultura en esa dimensión antropológica que subrayábamos más arriba: preocupada por las percepciones, las sensibilidades y las rutinas de los individuos[28]. Para Simon Gunn, un autor destacado de esta ola de estudios, el espacio es integral a los procesos históricos y resulta una variable imprescindible para analizar la constitución de las identidades de género, clase o etnia, pero también las políticas. Según su planteamiento, las identidades sociales son esculpidas o afirmadas en conflictos en torno a las fronteras, la pertenencia, el arraigo, el acceso o el significado emocional que para los sujetos tenían los distintos espacios y lugares[29].

Al haber desafiado convenciones académicas en el plano de la construcción de la identidad, la nueva historia urbana permite realizar una interpretación alternativa de las culturas políticas populares. La mirada que deposita sobre temas aparentemente prosaicos como las conductas, las vivencias o los hábitos de los sujetos dibuja un sendero para

progresistas, primero, y los republicanos, después, se sirvieron del poder alcanzado en los barrios de ensanche de Madrid durante el Sexenio Democrático para plantear un modelo de gestión alternativa de lo común. Progresistas y republicanos a su vez modelaron su estilo político, sus técnicas de movilización o sus propuestas al calor de estas experiencias. Véase Rubén PALLOL: *Una ciudad sin límites. Transformación urbana, cambio social y despertar político en Madrid, 1860-1875*, Madrid, Catarata, 2013.

[28] Un mapa global de la nueva historia urbana en Shane EWEN: *What is Urban History?*, Cambridge, Polity Press, 2016. La interpretación culturalista de las transformaciones urbanas coincide en buena medida con las primeras reflexiones sobre la vida urbana llevadas a cabo por sociólogos contemporáneos como Simmel, Tönnies o los miembros de la Escuela de Chicago. Véase al respecto Francisco Javier ULLÁN DE LA ROSA: *Sociología urbana: de Marx y Engels a las escuelas posmodernas*, Madrid, CIS, 2014.

[29] Simon GUNN: "The spatial turn: changing histories of space and place", en Simon GUNN, Robert MORRIS: *Identities in Space. Contested terrains in the Western City since 1850*, Ashgate, Aldershot, 2001, pp. 1-15. Reflexiones teóricas sobre espacios y lugares en Leif JERRAM: "Space. A useless category for historical analysis?", *History and Theory*, 52 (2013), pp. 400-419. En la misma línea, Katrina Navickas ha desarrollado el concepto de *sense of place*, que analiza la carga emocional y material de determinados lugares para las luchas políticas de la gente corriente. Véase Katrina NAVICKAS: *Protest and the Politics of Space and Place*, 1789-1848, Manchester, MUP, 2016.

entender todo tipo de prácticas sociales a ras de suelo. En lugar de insistir en la capacidad evangelizadora de los discursos, esta literatura plantea que la consecuencia más clara de la urbanización fue la erosión de las convenciones dominantes en cualquier ámbito de la vida civil, ya fuera por la invasión de nuevas narrativas fruto de la alfabetización y del desarrollo de los medios de comunicación, ya porque las propias transformaciones de las ciudades, como la extensión del anonimato, la mutación de las relaciones laborales o la aparición de nuevas zonas sin control ni vigilancia, favorecieran la ruptura de viejas dependencias o lazos de subordinación. De esta manera, el contexto en estos trabajos no aparece como una estructura objetiva sino como un medio habilitante o una ventana de oportunidad siempre atravesada por disputas y desigualdades. La relación que los seguidores de este enfoque establecen entre la ciudad y la política no es directa ni causal, sino articulada, acompasada, engranada. La tesis de fondo es nítida: el mundo urbano contemporáneo fue el escenario en que se hicieron posibles nuevas actitudes, comportamientos, materiales o significados que eran plurales y contradictorios entre sí. Se trata de una concepción abierta y desregulada de la que está especialmente ayuna la historia política, tan proclive a operar con marcos lineales o preconcebidos.

Con todo, el análisis urbano de los fenómenos políticos del pasado ha distado mucho de ser uniforme. Algunos autores se han preocupado por estudiar aquellas fracturas de la vida urbana que aceleraron o fueron semilla de cambios políticos trascendentales como las revoluciones liberales o el ascenso de las culturas proletarias. La investigación de David Garrioch sobre el París pre-revolucionario es un buen ejemplo de este primer filón analítico. En *The Making of Revolutionary Paris*, Garrioch huye deliberadamente de los modelos clásicos que interpretan la Revolución como fruto del ascenso de una nueva clase o como resultado del auge de un nuevo lenguaje político. Frente a esas lecturas, Garrioch pone el foco en los cambios en los modos de vida y en las nuevas formas que tuvieron los parisinos de articular sus relaciones a lo largo del siglo XVIII. El espectacular desarrollo de la ciudad creó nuevos problemas en la administración de la vida en comunidad. Las densas redes vecinales o laborales que antaño hacían de argamasa social se desvanecieron ante el empuje de la inmigración y la transformación de la estructura productiva. Ser artesano, obrero o inquilino adquirió nuevos significados. El magma cultural del Antiguo Régimen fue poco a poco fragmentándose entre una cultura metropolitana cuyas pautas de consumo escapaban del terreno inmediato del barrio, la ciudad o incluso el país, y una cultura de la costumbre anclada en prácticas sociales consuetudinarias y ligada a los espacios de vida. Para Garrioch, muchas de las grandes disputas que hirvieron durante el período revolucionario tuvieron una lenta cocción en la vida ordinaria de los parisinos. La lucha política de la Revolución no surgía así exclusivamente de un proceso de apostolado de nuevas ideas y referentes, sino que era plenamente congruente con microrroturas anteriores plasmadas en conflictos en torno al uso cívico o religioso del espacio público, el rechazo de las nuevas autoridades policiales o la progresiva erosión de los valores corporativos que habían regido la mentalidad colectiva y por cuyos orificios comenzaron a filtrarse nuevas ideologías que rompían los lazos que unían a ricos y pobres. Fue en ese ambiente de confusión de roles donde una porción cada vez mayor de las clases educadas comenzó a aspirar a una organización distinta de la sociedad, fundada ahora sobre la ley, los derechos individuales y los principios liberales, y no sobre una comunidad armónica que desaparecía al mismo tiempo que la ciudad crecía y su gobierno se hacía más complejo. Sin caer en

determinismos de ningún tipo, Garrioch propone que fueron los cambios en la ciudad y en las prácticas sociales de sus habitantes los que hicieron posibles algunos de los acontecimientos que tuvieron lugar a partir de 1789[30].

En la misma línea cabría incluir a otros autores como Maurizio Gribaudi o David Harvey, quienes también han subrayado la íntima relación existente entre determinados episodios revolucionarios y los cambios producidos en el tuétano de la estructura urbana. Así, Gribaudi ha presentado la revolución de 1848 como una insurrección de los habitantes del viejo París contra la amenaza que las reformas urbanísticas liberales suponían para sus pautas de relación social y estilos de vida callejeros. En su investigación, Gribaudi pone de manifiesto que la identidad de clase no brotó abruptamente de las relaciones de producción industriales ni descendió desde la aristocracia obrera hacia los sectores menos movilizados, sino que fue tejida en los barrios populares del casco antiguo parisino como rechazo del proyecto capitalista de modernización urbana[31]. Por su parte, Harvey ha ofrecido una explicación sumamente sugerente de la cristalización de la política moderna en un trabajo que hibrida historia urbana, geografía y sociología. Lejos de ser el resultado de un proceso discursivo o simbólico, las identidades políticas que habitualmente se consideran típicas de la modernidad encontraron su cuna y su cauce en las nuevas formas de interacción de la ciudad liberal y en los conflictos por el control del espacio urbano que desató la remodelación física de París durante el Segundo Imperio[32]. Los estudios de Garrioch, Gribaudi o Harvey resultan de vital interés para una historia cultural de la política que ha hecho bandera de la autonomía de los fenómenos ideológicos. En sus páginas aparecen rutinas, costumbres, relaciones de poder o transformaciones materiales esenciales para comprender en toda su hondura la cultura revolucionaria de finales del XVIII, las esperanzas de 1848 o las aspiraciones de los *communards* de 1871.

El enfoque holístico que impregna estos trabajos no es, sin embargo, la única aportación que los historiadores urbanos pueden realizar al esclarecimiento de la política de los siglos XIX y XX. Otra vertiente que conviene tomar en consideración es aquella que vincula el surgimiento de determinados movimientos o actitudes políticas con espacios característicos de la vida urbana, como los barrios periféricos o los viejos centros abandonados, que adquieren en estas investigaciones la condición de verdaderos núcleos productores de cultura política. La apuesta de estos autores no es, desde luego, llevar a cabo una historia política convencional aunque geográficamente localizada, sino interpretar las formas políticas en su contexto, en su zona cero, en aquel medioambiente concreto en que cobraron cuerpo y significado cotidiano para los ciudadanos. Mención especial merecen las investigaciones de Charlotte Vorms y Tyler Stovall. En su estudio sobre el suburbio madrileño de Prosperidad, Charlotte Vorms pone de manifiesto las lógicas de construcción del espacio desde abajo. Así, aunque originalmente su trabajo podría encuadrarse en una historia urbana preocupada por la geografía y la materialidad de las transformaciones sociales, su análisis de las estrategias vecinales para conseguir servicios para el barrio tiene implicaciones evidentes para la historia política. Vorms plantea una interpretación alternativa del caciquismo y de las fuentes del poder político a

[30] David GARRIOCH: *The Making of Revolutionary Paris*, Berkeley, UCP, 2002.
[31] Maurizio GRIBAUDI: *Paris, ville ouvrière. Une histoire occultée, 1789-1848*, París, Découverte, 2014.
[32] David HARVEY: *París, capital de la modernidad*, Madrid, Akal, 2008.

nivel barrial. Su conclusión es clara: los primeros pasos del activismo vecinal surgieron en el extrarradio[33]. En otras coordenadas y partiendo de otras premisas, Tyler Stovall ha analizado la aparición de una cultura política diferenciada en la corona metropolitana de París a principios del siglo XX. En *The Rise of the Paris Red Belt*, Stovall sostiene que esta cultura, basada en las relaciones de proximidad, la precariedad, la inmigración, la estabilidad residencial y la sed de infraestructuras colectivas, fue el fermento sobre el que se formó el llamado "cinturón rojo". Stovall revela que fue a través de las luchas urbanas por los servicios básicos y la mejora del entorno de vida, y no a través de los conflictos laborales o los discursos de los líderes, cómo el Partido Comunista Francés construyó su hegemonía en los suburbios. En su trabajo los términos del relato político se invierten: los comunistas no consiguieron imponer su política de clase sobre las familias proletarias que se amontonaban en las afueras, sino que tuvieron que adaptarse a las ambiciones populares y reformular su propio plan de acción ante las nuevas realidades provocadas por una metamorfosis urbana tan imprevista como difícil de encauzar. En última instancia, Stovall pone de manifiesto que si bien los suburbios fueron el principal bastión del comunismo francés, éste, a su vez, como fenómeno político de masas, no puede entenderse sin los préstamos culturales que tomó de la experiencia suburbana, unos préstamos que alteraron su faz y su doctrina para siempre[34].

En una línea similar, en nuestro país disponemos de sólidas interpretaciones de la configuración de distintas culturas políticas como fenómenos íntimamente zurcidos a las costuras urbanas. Merced a un concienzudo trabajo con padrones municipales, planos y fichas de afiliación sindical, José Luis Oyón ha brindado un impactante fresco del auge del anarquismo barcelonés durante el período de entreguerras. A su entender, la segregación social, la inmigración no cualificada y la construcción de una rica vida callejera y comunitaria en las segundas periferias de Barcelona fueron aspectos inseparables de la propia conformación del anarquismo como agente político de importancia. Para este autor, el análisis de las relaciones cotidianas y los vínculos sociales labrados en el espacio del barrio resulta tan relevante como la exégesis de los manifiestos o las resoluciones de la vanguardia revolucionaria[35]. Más recientemente, Álvaro París, quien se mueve en un terreno híbrido entre la historia urbana y los estudios franceses sobre politización, ha puesto a prueba la fertilidad de dichos enfoques para rescatar una realidad totalmente desconocida: la de unos barrios bajos madrileños que se convirtieron en el vivero de la contrarrevolución popular en el primer tercio del siglo XIX. En su trabajo, Álvaro París recrea el *ethos* de las clases populares madrileñas y presenta un cuadro completo de sus opiniones y prácticas políticas a partir de documentación procedente de fuentes policiales. El resultado es una historia protagonizada por jornaleros, artesanos empobrecidos, lavanderas y vendedoras ambulantes, sujetos que rara vez aparecen en las historias culturales de la política y que, cuando lo hacen, suele ser en

[33] Charlotte VORMS: *Bâtisseurs de banlieue à Madrid. Le quartier de la Prosperidad (1860-1936)*, París, Creaphis, 2012.
[34] Tyler STOVALL: *The Rise of the Paris Red Belt*, Berkeley, UCP, 1990.
[35] José Luis OYÓN: *La quiebra de la ciudad popular: espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 2008.

calidad de espectadores o consumidores, siempre a la zaga de los políticos profesionales[36].

Si la primera corriente veía en las transformaciones urbanas un nuevo marco de oportunidades para la actividad política y la segunda se interrogaba por el papel del contexto en la génesis y desarrollo de diferentes tradiciones ideológicas, existe una tercera rama de estudios que se pregunta explícitamente por los lugares concretos en que la gente corriente participaba de la creación de léxicos y símbolos políticos. Esto es, por los lugares de politización informal u ordinaria. El gran acierto de este cuerpo de trabajos ha sido sacar la política de los clubes, los ateneos y las casas del pueblo para volcarla sobre las calles, mercados y parques de las ciudades, convertidos ahora en *locus* primordiales de la contienda política. La historia francesa, rica en crisis y episodios revolucionarios, ha vuelto a ser un laboratorio óptimo para el ensayo de nuevas orientaciones teóricas. Así, Lindsay Porter ha realizado un fino trabajo de recreación de la política popular en el París jacobino de 1792-1794. En un espacio público crecientemente inestable los rumores informales a la vuelta de la esquina y las palabras de la calle se volvieron un vigoroso medio de circulación de ideas y estilización de la identidad política de los vecinos[37]. Este enfoque se ha mostrado igualmente válido para estudiar el radicalismo popular en las ciudades británicas de la primera mitad del siglo XIX. Christina Parolin, por ejemplo, ha cartografiado los lugares de reunión, acercamiento de intereses y movilización de los sujetos excluidos del juego político. En las cárceles, los correccionales, las tabernas o los teatros londinenses los hombres pobres, las mujeres y los jóvenes dieron cuerpo a una esfera pública plebeya y contrahegemónica sobre la que se levantaría posteriormente el poderoso radicalismo inglés[38].

La lucha por y a través del espacio urbano ganó trascendencia a medida que las ciudades se convirtieron en entornos inmanejables para las antiguas elites que las habían tutelado. Para Leif Jerram las calles europeas fueron el cuadrilátero en que millones de personas pugnaron por marcar el compás de los nuevos tiempos, bien fueran revolucionarios entusiastas, mujeres liberadas de antiguas cargas u homosexuales, bien aquellos que querían erradicar su presencia del espacio público[39]. En la misma línea, en su investigación sobre los distritos multiétnicos de Los Ángeles Mark Wild ha comprobado la vital importancia que los rituales de encuentro comunitario al aire libre, como los corrillos o los *soapboxes*, plataformas callejeras para la improvisación de discursos políticos, tuvieron para configurar una cultura política distintiva (*the political culture of street speaking*) que facilitaría la conquista de dichos barrios por el Partido Comunista[40]. En los últimos años también han aparecido dos estudios excepcionales de la República de Weimar. Se trata de trabajos que combinan la historia de la vida cotidiana y el conocimiento de la realidad urbana para construir una narración original del radicalismo político desde los vecindarios y calles de Berlín. Pamela Swett trenza en su

[36] Álvaro PARÍS: *Se susurra en los barrios bajos. Policía, opinión y política popular en Madrid, 1825-1827*, Tesis Doctoral, Madrid, UAM, 2015.
[37] Lindsay PORTER: *Popular Rumour in Revolutionary Paris, 1792-1794*, London, Palgrave, 2017.
[38] Christina PAROLIN: *Radical Spaces. Venues of Popular Politics in London, 1790-c. 1845*, Canberra, ANUP, 2010.
[39] Leif JERRAM: *Streetlife. The Untold History of Europe's Twentieth Century*, Oxford, OUP, 2011.
[40] Mark WILD: *Street Meeting: Multiethnic Neighborhoods in Early Twentieth-Century Los Angeles*, Berkeley, UCP, 2005.

trabajo tres tipos de crisis que, a su parecer, hicieron posible el envenenamiento de la convivencia en el *kiez* obrero de Kreuzberg-Nostiz: el enfrentamiento político, los conflictos generacionales y de género en torno al debilitamiento de la autoridad paterna/masculina y la legitimación de la violencia como vía de resolución de pleitos locales no ideológicos[41]. Molly Loberg, por su parte, desplaza el foco hacia los distritos comerciales de Berlín para mostrar la feroz batalla que grandes anunciantes, vendedores ambulantes, policías, comunistas y nacionalsocialistas sostuvieron en las calles por llamar la atención de sus conciudadanos, señalar públicamente a sus enemigos e imponer sus programas[42]. En estos moldes, el activismo extremista pierde el componente de excepcionalidad y fanatismo que a veces rodea los análisis de las conductas en tiempos de apasionamiento y aparece indesligable de las rutinas, sueños y temores de la gente corriente. Se hace humano.

Estas obras dan testimonio del benéfico efecto que ha tenido el enfoque cultural y espacial de la urbanización sobre el análisis de los más dispares fenómenos políticos. Cada una de las tres líneas señaladas ofrece senderos que en esta tesis trataremos de recorrer. Más allá de la contribución explícita a la historia local de cada aglomeración urbana, esta historia contextual resulta un sugerente modelo para complementar algunos de los vicios de la historia de las culturas políticas en España. Ya se ha mencionado insistentemente la potencialidad de esta perspectiva para ensanchar los marcos de la política, desbordar el estudio de los discursos y representaciones y observar la acción de los sujetos supuestamente poco importantes. Pero aún hay otras virtudes por resaltar.

En primer lugar, la aproximación a ras de suelo dibuja temporalidades más acordes a las vivencias de los sujetos y menos subordinadas a marcos cronológicos cerrados como gobiernos, reinados, períodos de cristalización de determinadas ideologías, etc. En segundo lugar, esta perspectiva permite reintegrar las prácticas, ambiciones e identidades políticas de los individuos en el conjunto de sus comportamientos sociales. En tercer lugar, el enfoque urbano ofrece la posibilidad de conectar el tiempo corto y relativamente extraordinario de los acontecimientos políticos con el lento y trabajoso preparado de referentes culturales que se daba en los espacios de vida de la gente corriente. En cuarto lugar, la apuesta por la contextualización esboza un novedoso panorama de fuentes con las que examinar la politización popular. Para los practicantes de este nuevo enfoque los censos, los planos, las peticiones vecinales, los partes policiales o los sumarios judiciales contienen al menos tanta información política como el más ordenado de los archivos de un partido. En quinto lugar, la perspectiva urbana libera la interpretación política de la pesada carga del análisis nacional. Al menos por tres razones. Por una parte, porque la recuperación de las motivaciones que se escondían tras las prácticas de los individuos pone de manifiesto los fuertes anclajes que unían las culturas políticas populares con regiones espaciales diferentes a la nación. Por otra, porque lo urbano fue, en muchas ocasiones, un motor de agitación y adhesión tan importante como los grandes temas de debate parlamentario. Finalmente, porque a pesar de las peculiaridades de cada ciudad, las crisis y revoluciones que abordan las investigaciones reseñadas tenían un componente urbano transnacional que escapa de las lógicas institucionales de cada país. Los retos a

[41] Pamela SWETT: *Neighbors and Enemies. The Culture of Radicalism in Berlin, 1929-1933*, Nueva York, CUP, 2004.
[42] Molly LOBERG: *The Struggle for the Streets of Berlin. Politics, Consumption and Urban Space, 1914-1945*, Cambridge, CUP, 2018.

los que hacían frente Madrid o Barcelona a principios del siglo XX guardaban mucha mayor relación con los fenómenos de igual cuño que tomaban cuerpo en otras metrópolis occidentales que con las problemáticas de cualquier provincia rural. Lejos de ser historias políticas francesas, británicas, alemanas o españolas, son historias culturales de la política en una sociedad urbana interconectada y efervescente.

III

Partiendo de estas premisas, en esta tesis doctoral tratamos de recoger lo mejor de la historia cultural de la política e hibridarlo con los avances y logros registrados por la historia urbana. Creemos que solo mezclando unas y otras tradiciones podremos llegar a ofrecer un fresco completo de la manera particular de entender el mundo y leer las relaciones sociales que cundió en la periferia de Madrid a finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Una cultura política que se forjó de modo azaroso, impremeditado y tal vez banal, pero que resulta imprescindible para comprender el desborde de la ciudad de la Restauración y las tensiones que hubo de enfrentar la joven democracia republicana en los años treinta.

Una vez fijado el marco teórico sobre el que se levanta la investigación, es preciso que nos acerquemos a las cuestiones puramente metodológicas. En primer lugar, en esta tesis doctoral hemos tomado como caso de estudio los suburbios de Cuatro Caminos y Tetuán, los dos barrios que conformaban la periferia norte de Madrid. Las razones que han motivado su elección son diversas. Por un lado, Cuatro Caminos y Tetuán fueron los suburbios de mayor desarrollo en la segunda mitad del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX. Aunque originalmente habían surgido como dos arrabales separados por varios kilómetros de distancia, entre la segunda y la tercera década del Novecientos la expansión de ambas barriadas hizo que terminaran conformando un imponente *continuum* físico que, en vísperas de la Guerra Civil, superaba las 120.000 personas. Una cifra a la que no llegaban la mayoría de las capitales de provincia del país. Por otro lado, la elección de Cuatro Caminos y Tetuán permite mostrar las dos caras del crecimiento suburbano. Cuatro Caminos pertenecía a Madrid, mientras que Tetuán, un poco más al norte, dependía administrativamente de Chamartín de la Rosa, un municipio de aire agrícola y clerical aparentemente anclado en el tiempo. A pesar de que ambos suburbios compartían rasgos sociales y culturales, su pertenencia a distintos entes administrativos generó lógicas políticas diferentes y abrió, especialmente para los vecinos de Tetuán, unas oportunidades de acción, producción del espacio y autogestión excepcionales.

En lo relativo a las fuentes, en esta tesis doctoral hemos combinado documentación típica de la historia política (como periódicos y semanarios de partidos, actas electorales, extractos de discursos, normativas legales y libros de actas de las reuniones del consistorio) con fuentes de la más diversa procedencia: padrones municipales de habitantes, cartografías, peticiones vecinales, cartas de queja enviadas a la prensa o a las autoridades, declaraciones en comisaría, sumarios judiciales, material incautado en registros policiales (cartas personales, memorias, reflexiones de corte filosófico, notas sobre los más diversos acontecimientos e infinidad de pasquines y panfletos), documentación municipal (relativa a la organización vecinal de servicios e infraestructuras) y un amplio catálogo de noticias rescatadas de la prensa del momento.

La atención sobre este tipo de fuentes nos ha permitido acceder a ese conjunto de experiencias cotidianas, prácticas, lenguajes, lugares, costumbres o definiciones compartidas que conformaban la cultura política de los habitantes de los suburbios. Gracias a un concienzudo trabajo con esta documentación, hemos evitado la tentación de explicar los comportamientos de los vecinos como una mera reproducción de lo que decían líderes, intelectuales o periodistas. En su lugar, hemos podido reconstruir, aunque haya sido parcialmente, las lógicas que guiaban el universo popular de los suburbios y que hacían de lecho sobre el que se fue montando (y adaptando) la política organizada. Fuera del foco de la alta política, en las calles, en los patios y en los descampados del extrarradio, se fue formando durante décadas un marco de interpretación, lectura y significación de la realidad que puede verse en los patrones que comparten las peticiones vecinales, en las rutinas de un motín, en las fórmulas que se repiten durante años para insultar a la policía o en los rasgos comunes de los testimonios ante el juez.

Sumarios judiciales, cartas de queja, noticias de prensa, suscripciones colectivas o folletos incautados en registros domiciliarios ponen de manifiesto la extraordinaria politización de la periferia. El espacio suburbano estaba atestado de pequeños políticos cotidianos. Hombres y mujeres que deliberaban sobre los asuntos colectivos en tabernas y merenderos, vecinos anónimos que guardaban extraordinarias bibliotecas políticas en sus alcobas, gente común que participaba en colectas, formaba comisiones y recababa firmas por las esquinas, personas del montón dispuestas a dar la cara por los suyos en un tumulto o una protesta callejera. Estos sujetos son los protagonistas de esta tesis doctoral. Ellos fueron los verdaderos artesanos de la política popular. Su vida siempre transcurrió en los andamios de la política. De lo que para ellos era política. Sin sus prácticas y sin sus prédicas jamás habría podido llegar a erigirse el edificio robusto que es objeto de análisis de esta investigación. Sus nombres son tan desconocidos para la gran historia como importantes debieron de ser para sus vecinos. Sus vidas fueron fascinantes[43].

Robert Darnton dio el nombre de *Rousseaus du ruisseau* (Rousseaus de alcantarilla) a los escritores anónimos de literatura libertina que se distribuía por debajo de la manga en la Francia de la segunda mitad del siglo XVIII. Para Darnton, los artífices del cambio de mentalidad anterior a la Revolución no fueron los grandes filósofos como Voltaire o Rousseau, cuya influencia sobre las capas populares era más bien limitada, sino estos plumillas sin nombre que estaban en estrecho contacto con la gente del común. Siguiendo la estela de su feliz descubrimiento, en esta tesis doctoral llamamos "políticos de alcantarilla" a los donnadie que se implicaban en los asuntos colectivos de la periferia. Los políticos de alcantarilla se movían en el subsuelo de la política, donde desarrollaban una labor callada, continua e imprescindible. Lo suyo era la propaganda a pie de calle. Los discursos improvisados en las esquinas. Los paseos a Madrid con pliegos y pliegos de firmas a cuestas. Las reuniones clandestinas. Los escritos incendiarios enviados a la

[43] La idea de un espacio urbano atestado de pequeños políticos cotidianos procede de Padhraig HIGGINS: *A Nation of Politicians. Gender, Patriotism and Political Culture in Late Eighteenth-Century Ireland*, Wisconsin, University of Wisconsin Press, 2010. Higgins habla de las vías de politización de los sujetos previamente excluidos de la esfera pública y plantea la existencia de una cultura política diferenciada asociada a las cervecerías, las imprentas o las asociaciones de voluntarios que sustanciaría esa "nation of politicians".

prensa. Los infinitos trabajos que había detrás de la apertura de un colegio laico o del empedrado de una calle[44].

Muchos de estos políticos de alcantarilla (jornaleros, zapateros, amas de casa, electricistas, etc.) se encontraron desempeñando roles inimaginables para su posición social. En su día a día debieron combinar sus ocupaciones profesionales con su actividad como gestores, portavoces, maestros improvisados, agitadores, escritores de peticiones populares, candidatos a concejales, editores de semanarios o panfletos, etc. En esta investigación nos aproximamos al proceso de construcción de la cultura política de los suburbios a partir de las historias de vida de quienes fueron sus arquitectos, sus albañiles o sus fontaneros cotidianos. Hemos seguido las huellas de más de un centenar de estos políticos de alcantarilla por diversos archivos y hemos reconstruido sus contextos de experiencia con fuentes de carácter sociodemográfico como los padrones municipales de habitantes. Sus nombres cruzan todos los capítulos de esta tesis doctoral. Además, al final de la misma, el lector puede encontrar un breve esbozo biográfico de cada uno de ellos[45].

La selección de fuentes y la atención depositada sobre los políticos de alcantarilla nos ha conducido a transmitir nuestros hallazgos y reflexiones siguiendo una estrategia narrativa propia de la microhistoria. A pesar de haber investigado minuciosamente infinidad de asuntos, grupos y coyunturas, o tal vez precisamente por ello, por haber podido formarnos un retrato completo de las prácticas políticas de los vecinos de los suburbios de finales del siglo XIX y principios del XX, en los distintos capítulos de la tesis doctoral hemos querido aproximarnos a nuestro objeto de estudio a través de una serie de casos que encontramos particularmente significativos: historias de vida de diferentes personajes, descripciones densas de algunos conflictos, repasos por la trayectoria de lugares o grupos, franjas cronológicas muy particulares, etc. Como sucede en las aproximaciones de carácter microhistórico, el interés de los casos seleccionados no ha residido en su carácter único o excepcional, sino en su capacidad para aportar luz sobre el modo que tenían los vecinos de las afueras de ordenar el mundo, dar significado a lo que sucedía a su alrededor y participar en el espacio público. Los ejemplos y coyunturas escogidas han sido una vía de entrada a una cultura política trascendental para entender el devenir político de la ciudad y del país. Precisamente por ello, cada uno de los casos seleccionados nos ha permitido introducirnos en debates que superaban, con mucho, el marco limitado de los suburbios. Desde lo local hemos tratado de discutir conceptos, nociones o interpretaciones generales y hemos querido brindar, también, una lectura alternativa de la historia política del período.

---

[44] Robert DARNTON: *Los best sellers prohibidos en Francia antes de la revolución*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008. Por otra parte, el uso de la noción de "alcantarilla" no es inocente. Existe una amplia literatura, de Víctor Hugo (*Los miserables*) a Graham Greene (*El tercer hombre*), que muestra el novedoso espacio construido bajo las ciudades como el ámbito en el que se hace posible todo género de disidencia (malhechores, contrabandistas, perseguidos políticos, gente marginal). Los políticos de alcantarilla del suburbio quedarían, así, ligados a un espacio alternativo, tremendamente humano, alejado de toda formalidad, donde las cosas se presentan a la mirada y al olfato sin normas o reglas y donde es posible imaginar el mundo del revés. Agradezco las sabias reflexiones que me brindó al respecto Ernesto Aréchiga.

[45] Como cabe suponer, la naturaleza de la cultura del período y, sobre todo, la naturaleza de las fuentes consultadas, ha producido que la amplísima mayoría de los sujetos estudiados fueran hombres. La menor aparición de las mujeres a lo largo de la tesis doctoral no ha de verse, así, como un desinterés por contar su experiencia, sino como una limitación insuperable.

La microhistoria es incompatible con otras técnicas de investigación o narración del pasado. Esta tesis doctoral no recoge un inventario de todas las posturas o ideas posibles ni aborda todas las cuestiones que preocuparon alguna vez a los habitantes de la periferia. Lejos de ser una dolorosa renuncia, se ha tratado de una elección consciente. De un método. Por ello, el lector no ha de esperar encontrar en el relato continuidades institucionales, historias completas de movimientos revolucionarios, series estadísticas de todos los procesos electorales o datos parecidos. Cuando el conflicto que buscábamos entender o explicar así lo exigía, hemos acudido a procesos electorales puntuales, hemos analizado el desarrollo de organizaciones concretas o hemos observado los vasos comunicantes entre lo que pasaba en las calles y lo que pasaba en las instituciones. Cuando, por el contrario, esta información nada nos decía sobre la cosmovisión o las prácticas vecinales analizadas, no la hemos incluido en el relato.

La selección de casos ha estado guiada por el afán de hallar aquellas rutas que nos llevaran a comprender la forma de pensar y de actuar de los vecinos de los suburbios. Así, hemos creído que era más interesante recoger las peripecias de un pequeño grupo de librepensadores que se dedicó a sabotear actos religiosos o seguir la trayectoria de las decenas de escritores de cartas de queja sobre la situación de la barriada, que dar cumplida cuenta de toda la actividad socialista en la periferia o que hacer un recorrido por todos los centros republicanos instalados en Cuatro Caminos y Tetuán. A su vez, hemos pensado que las notas autógrafas halladas en casa de un vecino o las declaraciones de un trapero sobre los usos de la calle resultaban mejores puntos de partida para reconstruir la cultura política de los suburbios que conocer todas los resultados electorales o todas las asociaciones que operaban sobre el terreno.

Partiendo de estas premisas, hemos estructurado la investigación en dos partes. En la primera, “Ciudadanos sin ciudad”, analizamos las luchas cotidianas de los vecinos del suburbio. Batallas propias de la periferia, relacionadas con su particular ubicación en el puzle urbano, su paisaje material o su relación con la capital. Conflictos que curtieron el carácter de los moradores de los suburbios. En esta sección se examinan los fundamentos más prosaicos pero a la vez más firmes y persistentes del magma cultural contrahegemónico que cundió en el extrarradio. En un primer capítulo se aborda la lucha de los vecinos contra la frontera fiscal que la municipalidad impuso en el límite entre los suburbios y la ciudad oficial. Aquella frontera segregaba a los habitantes de Cuatro Caminos y Tetuán, los diezmaba económicamente y alteraba su vida cotidiana, pues implicaba un sinfín de trabas a la libertad de movimientos. El asunto fue origen de infinidad de motines, revueltas y asaltos y ayudó a forjar un elemento crucial de la cosmovisión de los vecinos: la sensación de estar fuera de la ciudad, de haber sido excluidos, de ser madrileños de segunda. En un segundo capítulo se analizan las prácticas solidarias y de autoorganización que los habitantes de las barriadas periféricas adoptaron para suplir el abandono institucional y la falta de inversiones públicas. Los vecinos de Cuatro Caminos y Tetuán tuvieron que diseñar sus barrios desde abajo. Varias generaciones de habitantes de las afueras se foguearon políticamente teniendo que reclamar derechos al municipio o encargándose ellos mismos de crear y gestionar los servicios. Así, en muchas ocasiones fueron los propios sujetos del montón los que construyeron sus casas, trazaron y nombraron sus calles, fundaron escuelas, montaron su propio servicio de extinción de incendios o garantizaron que hubiera agua en sus fuentes De manera algo irónica, el régimen de la Restauración creó, con su dejadez, las

condiciones oportunas para una democratización de la esfera pública y brindó a los sujetos socialmente excluidos la posibilidad de ensayar vías alternativas de organización de la vida en comunidad. En el tercer capítulo se aborda la batalla que los vecinos de las afueras sostuvieron con policías, tranvías y automóviles por el uso de unas calles que habían sido solar comunitario y que poco a poco se vieron sometidas a una creciente regulación y privatización a medida que los suburbios fueron cayendo en la órbita comercial de la ciudad. Por una parte, el aumento de efectivos policiales y normativas que trataban de prohibir o encauzar prácticas consuetudinarias del vecindario (como la venta ambulante, los juegos callejeros o el consumo de alcohol) dio pie a protestas y enfrentamientos impregnados por un fuerte aroma irreverente y antiautoritario. Para los donnadie de la periferia los guardias carecían de legitimidad para patrullar sus calles. Por otra, la electrificación y motorización del suburbio, punto de entrada y salida de Madrid para toda clase de vehículos, tuvo para los vecinos mucho de expropiación. Los frecuentes atropellos y accidentes dieron paso a una rabiosa contestación social que se materializó en el apedreamiento o quema ritual de automóviles o tranvías. Lo que para algunos era el progreso, para otros era un ataque intolerable a sus modos de vida.

Estudiada la construcción más cotidiana y banal de las prácticas, las imágenes mentales, las experiencias, los lugares o las rutinas que conformaban la cultura política de los suburbios, en la segunda sección se aborda su impacto de puertas afuera. Para poder habar de cultura política no basta con señalar que en Cuatro Caminos y Tetuán había un filtro de percepción y lectura de la realidad que era compartido por muchos vecinos. Esta comunidad de pareceres había de resultar evidente no solo para los que participaban de ellos sino también para cualquier observador ajeno a los mismos. Lo que hacía que una cultura política como la del extrarradio adquiriera verdadera entidad era, precisamente, la identificación social: que sus rasgos básicos fueran fácilmente reconocibles por el ciudadano medio. Así, en la segunda sección, "La cuna de todas las utopías", se analiza el protagonismo sin igual que los suburbios tuvieron en los principales conflictos sociales y políticos de finales del siglo XIX y principios del XX. Para algunos, los suburbios eran un símbolo esperanzador. El contexto en el que las utopías podían hacerse realidad. Para otros, el extrarradio era un rincón siniestro que infundía temor o respeto. Fuera lo que fuese aquello que se pensara, lo que estaba claro a finales del siglo XIX y comienzos del XX era que los suburbios tenían algo especial o distintivo. En un primer capítulo se examina el nombre que Cuatro Caminos y Tetuán empezaron a labrarse como cuna del anticlericalismo más intransigente, pero también como objeto de deseo para los sectores más combativos del catolicismo social. Los suburbios del norte de Madrid fueron el principal escenario de las guerras culturales que librepensadores y neocatólicos sostuvieron por la definición del espacio público en los últimos años del Ochocientos y los primeros de la nueva centuria. En un segundo capítulo se aborda la asociación entre el extrarradio y la violencia política. Los suburbios desempeñaron un papel fundamental como punto de fragua de diversas tramas terroristas, así como lugar de huida y refugio para los activistas implicados en estos sucesos. El examen pormenorizado de los sumarios judiciales e investigaciones policiales derivadas de estos atentados nos sitúa ante una realidad insospechadamente rica. Cuatro Caminos y Tetuán eran desde los años ochenta y noventa del siglo XIX un nodo fundamental de las redes anarquistas nacionales e internacionales: cantera de activistas, cuna de asociaciones, punto de creación, recepción, distribución y circulación de prensa, propaganda y otras iniciativas culturales, amén de

lugar de acogida y refugio de militantes. En el tercer y último capítulo de la sección se analiza la creciente y conflictiva vinculación entre la geografía suburbana y la política proletaria. El extrarradio fue célebre por ser el espacio por excelencia de la protesta obrera: revueltas tras accidentes laborales, disturbios por la readmisión de empleados despedidos, algaradas en demanda de mayor dignidad en los puestos de trabajo, celebraciones del Primero de mayo o huelgas que pusieron en jaque a toda la ciudad. Dentro de ese historial de insumisión hubo dos momentos en los que los nombres de Cuatro Caminos y Tetuán brillaron con mayor intensidad y asaltaron las portadas de los periódicos de todo el país: las jornadas de enfrentamiento callejero que siguieron al mayor accidente laboral de la historia de Madrid, el ocurrido en abril de 1905 en el Tercer Depósito del Canal de Isabel II, y la primera huelga general revolucionaria habida en España, la de agosto de 1917. En este capítulo se ofrece una radiografía completa de ambas protestas que desafía buena parte de la literatura disponible al respecto hasta la fecha.

La tesis se cierra con un epílogo o broche final en que se aborda la lucha que vecinos de distintas ideologías, políticos de primera línea, fuerzas de orden público y habitantes del resto de ciudad entablaron por el control de las calles del extrarradio en los años treinta, cuando los suburbios dejaron de ser periferia y se convirtieron, tras tantos años de lenta construcción de una forma de entender el mundo y moverse en él, en el centro de la política radical. En tiempos de la Segunda República resultaba imposible alcanzar la hegemonía política en la ciudad y en el país sin antes haberlo logrado en las calles de los suburbios. El fenómeno, no obstante, tenía poco de particular. La importancia de los barrios que crecían en los márgenes de las grandes aglomeraciones urbanas era común a toda Europa y América. Tal vez por ello, y a pesar de que nuestra investigación transcurra en Madrid y hable de Madrid, esta tesis doctoral no pretende ser un ladrillo más en la edificación de la historia de la capital de España sino una contribución a una problemática común de las sociedades urbanas de finales del siglo XIX y principios del XX.

PRIMERA PARTE

Ciudadanos sin ciudad

INTRODUCCIÓN. UN ENTIERRO EN NOVIEMBRE

El gentío inundaba la calle de Bravo Murillo hasta hacer el tránsito impracticable. En las callejas aledañas mujeres y hombres de la barriada de Cuatro Caminos se agolpaban en busca de un hueco desde el que presenciar la procesión civil que de un momento a otro iba a comenzar. Los más jóvenes, reyes habituales de los solares y descampados, se encaramaban en lo alto de los desmontes, impacientes por ver salir el féretro de Canuto González a hombros de sus vecinos. Eran las ocho de la mañana del 1 de noviembre de 1907 y toda la comunidad se había echado a la calle para despedir al popular tabernero. Entre la multitud asomaban los rostros de los albañiles y los ferroviarios, parroquianos habituales de Villa Constancia, la taberna-merendero que Canuto había regentado en el número 73 de Bravo Murillo, a tiro de piedra de la glorieta de Cuatro Caminos. Tampoco faltaban los traperos ni los modestos tenderos que habían tenido el arrojo o la audacia de montar sus comercios lejos del corazón de la urbe. Los primeros acostumbraban a echar un trago en casa de Canuto cuando regresaban de las calles céntricas con los desperdicios y bagatelas que los madrileños ricos no querían. Los segundos, dueños de ultramarinos o de casas de comida, habían levantado con Canuto la asociación de vecinos del barrio más de diez años atrás, cuando el suburbio que comenzaba a ser Cuatro Caminos no era más que un deslavazado poblado caminero.

A pesar de la hora y de lo desapacible del día, casi nadie quería perderse el homenaje. Unos minutos después de las ocho arrancó la marcha rumbo al cementerio del Este. Canuto bajaba a Madrid por última vez rodeado de sus vecinos como tantas veces lo había hecho en el pasado con motivo de una manifestación o de una entrevista con el alcalde. El cortejo pronto dejó atrás las casuchas bajas, las fincas vacías y los edificios desvencijados para adentrarse en las amplias avenidas de Chamberí, un área residencial planificada en la segunda mitad del siglo XIX donde había todo aquello que escaseaba en Cuatro Caminos: manzanas rectangulares, inmuebles de seis alturas, alumbrado moderno, pabellones universitarios y sirvientas haciendo recados. La estampa debía de ser ciertamente soberbia. Tirada por cuatro caballos, comandaba la comitiva una carroza fúnebre repleta de coronas, banderas y emblemas revolucionarios. Tras ella desfilaban los concejales republicanos del ayuntamiento de Madrid e infinidad de correligionarios del club de obreros republicanos de la barriada, del que Canuto había sido fundador y principal animador. Compañeros de batallas, de jornadas de gloria popular, de juicios y barrotes, de esperanzas entre brindis en el merendero. Allí estaban Cecilio San Pedro, jornalero, Blas de los Reyes, zapatero, Ricardo Yesares, escritor bohemio o Francisca Ruiz, la maestra del liceo racionalista que todos ellos habían montado para los niños pobres del suburbio. En sus brazos llevaba a la pequeña Armonía Democracia. A su zaga, doscientos chiquillos de las escuelas laicas marchaban entonando himnos y canciones. Solo ellos parecían inmunes al dolor que se apoderaba de aquella mañana sombría. Detrás de los niños, y ya sin ningún orden ni formación, una turba de chambergos roídos, gabanes desgastados y blusas remendadas avanzaba por la ciudad en completo silencio. Todos iguales, todos de negro. Eran los moradores de los Cuatro Caminos. Política, familia y barrio se confundían en un todo indesligable.

Después de atravesar Chamberí y cruzar el barrio de Salamanca, la zona *bien* de la Villa y hábitat de la burguesía de los negocios, la comitiva terminó su peregrinaje en el

cementerio del Este[1]. Ante la sepultura, vecinos, allegados y veteranos luchadores de la causa republicana evocaron la figura del finado. Sus palabras dibujaban a un hombre llano, algo tosco en los modos, firme en sus convicciones y capaz de suplir su precaria instrucción con entusiasmo febril y activismo infatigable. Hasta el día de su muerte Canuto González había sido mucho más que un mero propietario de una taberna de las afueras. Canuto era una institución en el barrio y su nombre de pila, incluso sin apellidos, era sobradamente conocido en los mentideros de la izquierda madrileña. Había quien lo recordaba sirviendo cerveza y discutiendo animadamente con los viejos revolucionarios que se reunían en su merendero para revivir tiempos mejores. Otros exhumaban al Canuto que lideraba comisiones de vecinos en demanda de servicios básicos o que aleccionaba a los bodegueros de los suburbios para defender sus intereses ante la administración. Sus más íntimos colaboradores, aquellos que habían trabajado codo con codo con el difunto, lo recordaban de un lado a otro organizando las fiestas de la barriada cada verano, cediendo su negocio para la celebración de mítines anticlericales o lanzando soflamas incendiarias contra la policía en el transcurso de un tumulto o una manifestación[2]. Los discursos de los oradores no dejaban lugar a la duda. La vida de Canuto había estado presidida por el compromiso y la pasión. Su vehemencia le había hecho conocer las mieles de la popularidad pero también el sabor amargo de mil y una noches en prisión. Nada extraordinario, no obstante, para esa camada de pequeños políticos de calle y alcantarilla que crecían a patadas en los márgenes urbanos. En la periferia, donde todo estaba por hacer, la construcción desde abajo de la ciudad obrera abrió la puerta a una nueva imaginación y práctica políticas que tuvieron en hombres como Canuto a sus mejores embajadores.

Aquella mañana de emociones y luto tuvo mucho de excepcional, de interrupción repentina de las rutinas del barrio. Los tranvías no salieron. Las vendedoras ambulantes no montaron sus cajones de frutas y hortalizas. Los cierres de los comercios permanecieron echados. Hombres y mujeres, niños y ancianos, pioneros del suburbio y recién llegados detuvieron su actividad. El vecindario casi al completo salió a brindar un último adiós a Canuto. Había motivos para ello. Con poco más de 12.000 habitantes, Cuatro Caminos parecía una gran familia[3]. Todos se conocían. Cualquiera estaba al cabo de la calle de las estrecheces de los demás. Tal vez por la posición periférica del barrio, quizás por su abandono por parte de la administración o por la pavorosa sombra de miseria que se cernía sobre sus calles, lo cierto es que en Cuatro Caminos había surgido un vigoroso sentimiento comunitario. Con el tiempo, los vecinos habían aprendido a

[1] El entierro-manifestación de Canuto González ha sido reconstruido a partir de la crónica aparecida en *El País*, 2 de noviembre de 1907. Las profesiones de los militantes republicanos mencionados han sido rescatadas de Archivo de Villa de Madrid (AVM), Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1905 y *El País*, 7 de julio de 1907.

[2] Los discursos al pie de la sepultura son una licencia narrativa. Su contenido se ha completado con los obituarios publicados los días inmediatos al fallecimiento de Canuto González: *El Heraldo*, 31 de octubre de 1907, *El Liberal*, 1 de noviembre de 1907 y *El País*, 1 de noviembre de 1907. Igualmente se han utilizado semblanzas y glosas periodísticas publicadas con posterioridad: *El Norte de Madrid*, 1 de agosto de 1916, *La Voz*, 2 de febrero de 1928, *El Liberal*, 2 de abril de 1931, *La Libertad*, 17 de marzo de 1932.

[3] Las cifras de población en AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1905. A lo largo de la tesis se utilizará la denominación genérica "Cuatro Caminos" para hablar tanto del barrio de Bellas Vistas (al oeste de Bravo Murillo) como del barrio de Cuatro Caminos (al este de Bravo Murillo) pues así era utilizada mayoritariamente por los contemporáneos. La división administrativa de los barrios no casaba con el modo en que estos eran vividos por sus habitantes e imaginados por el resto de madrileños.

desconfiar de las buenas palabras de los gobernantes. En su lugar, apostaron por salvar las dificultades del día a día con prácticas solidarias y densas redes de relación social. En este orden alternativo, Canuto había alcanzado fama entre sus iguales por haber estado al frente de infinitas luchas vecinales y por haber hecho de su merendero un lugar de deliberación de los asuntos del común. En sus sillas al aire libre o en la barra del interior, bajo la atenta mirada de las efigies de Figueras, Ruiz Zorrilla y otros quijotes de la revolución pendiente, se habían cocinado motines, colectas y recogidas de firmas[4]. Un inventario de méritos suficiente para entender la excitación que reinaba en el barrio aquella mañana de noviembre.

Ilustración. Canuto (derecha) conferenciando con un amigo. Fotografía: Alfonso. *El Heraldo de Madrid*, 31 de octubre de 1907.

La escena de la marcha en memoria de Canuto tenía un toque carnavalesco, pues invertía por unas horas el papel que vecinos y difunto representaban en el libreto cotidiano del suburbio. A diario Canuto observaba desde la puerta de su negocio cómo el barrio entraba en ebullición. Villa Constancia estaba situada en Bravo Murillo esquina con

[4] La decoración del merendero en *El Liberal*, 1 de noviembre de 1907.

Doctor Santero, una pequeña calleja antaño llamada "de Canuto González" en homenaje al más distinguido de sus moradores[5]. Desde su atalaya, a escasos pasos de la glorieta de Cuatro Caminos, Canuto disponía de unas vistas privilegiadas del ajetreo que se adueñaba del barrio al despuntar el alba. A las seis comenzaba su ritual. Primero sacaba las mesas y los taburetes. A esas horas la calle era territorio de los trajineros, recuerdo de los tiempos en que Bravo Murillo todavía era la carretera de Francia. Una hilera de carros aguardaba junto al fielato el examen de sus mercancías. Era el peaje ordinario que los vendedores de las afueras habían de pagar por introducir sus productos en el radio de la capital. Canuto terminaba de sacudirse el sueño cuando las rencillas entre los mozos y los celosos empleados de consumos iban más allá de los insultos y salían a relucir navajas y amenazas. Esas pendencias eran el desayuno habitual de la barriada. Pronto captaba su atención el espectáculo de los traperos. Carromatos destartalados, burros sucios, amos mal alimentados ocupaban altaneros el centro de la calle antes de que partieran los primeros tranvías. Se encaminaban a Madrid sin tiempo que perder. Procedían de las zonas extremas del barrio, como las Carolinas, y del arrabal de Tetuán de las Victorias, aún más al norte de Cuatro Caminos, ya fuera del término municipal de Madrid. Al filo de las siete y media abría el quiosco de prensa ubicado frente al merendero. Como buen republicano, Canuto compraba para su clientela *El País*, *El Nuevo Régimen* o *El Motín*. Curioso, ojeaba las caricaturas anticlericales o buscaba la última queja vecinal dirigida al periódico. Y en un instante, cuando volvía la vista sobre el camino, el panorama había mudado. La calzada era ya un lodazal. Las verduleras más madrugadoras anunciaban el género del día. Lo hacían a gritos porque, a esas horas, la calle era un hervidero y la circulación, el vergel de la anarquía. Unos pocos empleados pulcramente vestidos hacían cola junto a la parada del tranvía. Un guardia urbano se desgañitaba. Remolinos de proletarios y sirvientas disputaban el espacio a los distintos vehículos. Al principio eran cientos, pero enseguida eran miles. Como si de una manifestación se tratara, hombres y mujeres de todas las edades marchaban hacia sus trabajos en penosa formación. La estampa se repetía con ligeras variaciones día tras día. Mismo telón de fondo, misma compañía, mismo guion y mismo espectador de excepción. Hasta que una pulmonía segó la vida de Canuto González. El día de su entierro se trocaron los roles: el fallecido se convirtió por unas horas en actor principal del amanecer del suburbio y el elenco de artistas, en espectadores[6].

[5] AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Guía de las vías públicas de Madrid*, Madrid, Imprenta Municipal, 1916, p. 146. No obstante, en planos posteriores al cambio de denominación (febrero de 1902), como la *Guía práctica de Madrid*, Doctor Santero sigue figurando como "calle de Canuto González", lo que ilustra a la perfección la tensión latente entre el uso oficioso y el uso oficial de las vías y cómo el primero incluso terminaba por impregnar mapas y otros documentos de circulación pública. Véase Álvaro GONZÁLEZ E IRIBAS: *Guía práctica de Madrid*, Madrid, R. Velasco, 1906.

[6] La descripción de Cuatro Caminos a primera hora de la mañana ha sido posible a partir de Vicente BLASCO IBÁÑEZ: *La horda*, Valencia, Barataria, 2013, pp. 7-10. Se trata de una novela social escrita en 1905 y ambientada en el propio barrio, que por momentos se erige como protagonista colectivo de la obra. Canuto González bien podía haber sido un personaje de Blasco Ibáñez. O incluso el narrador omnisciente de sus primeras páginas. No en vano, el carácter del tabernero y su accidentada vida política fueron objeto de atención y fuente de inspiración para el personaje del señor Canuto en *Aurora Roja*, de Pío Baroja. La crónica de cuanto veía Canuto desde Villa Constancia se ha completado con pequeñas descripciones aparecidas en la prensa periódica como *El País*, 20 de octubre de 1899 o *El País*, 5 de marzo de 1907.

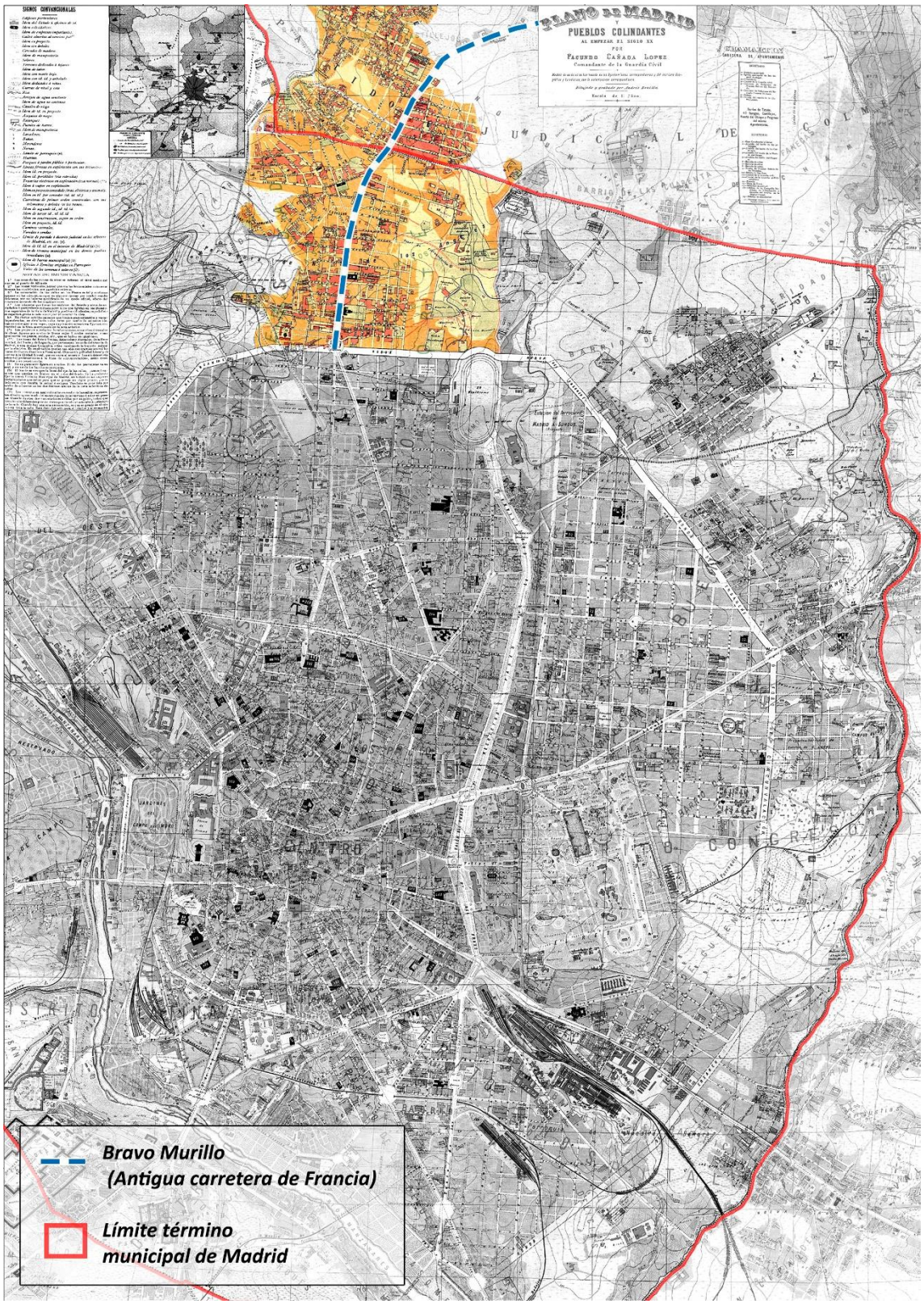


Figura. Situación de los suburbios de Madrid en 1900. Elaboración propia a partir de Facundo CAÑADA: *Plano de Madrid y pueblos colindantes al empezar el siglo XX*, Madrid, 1900.

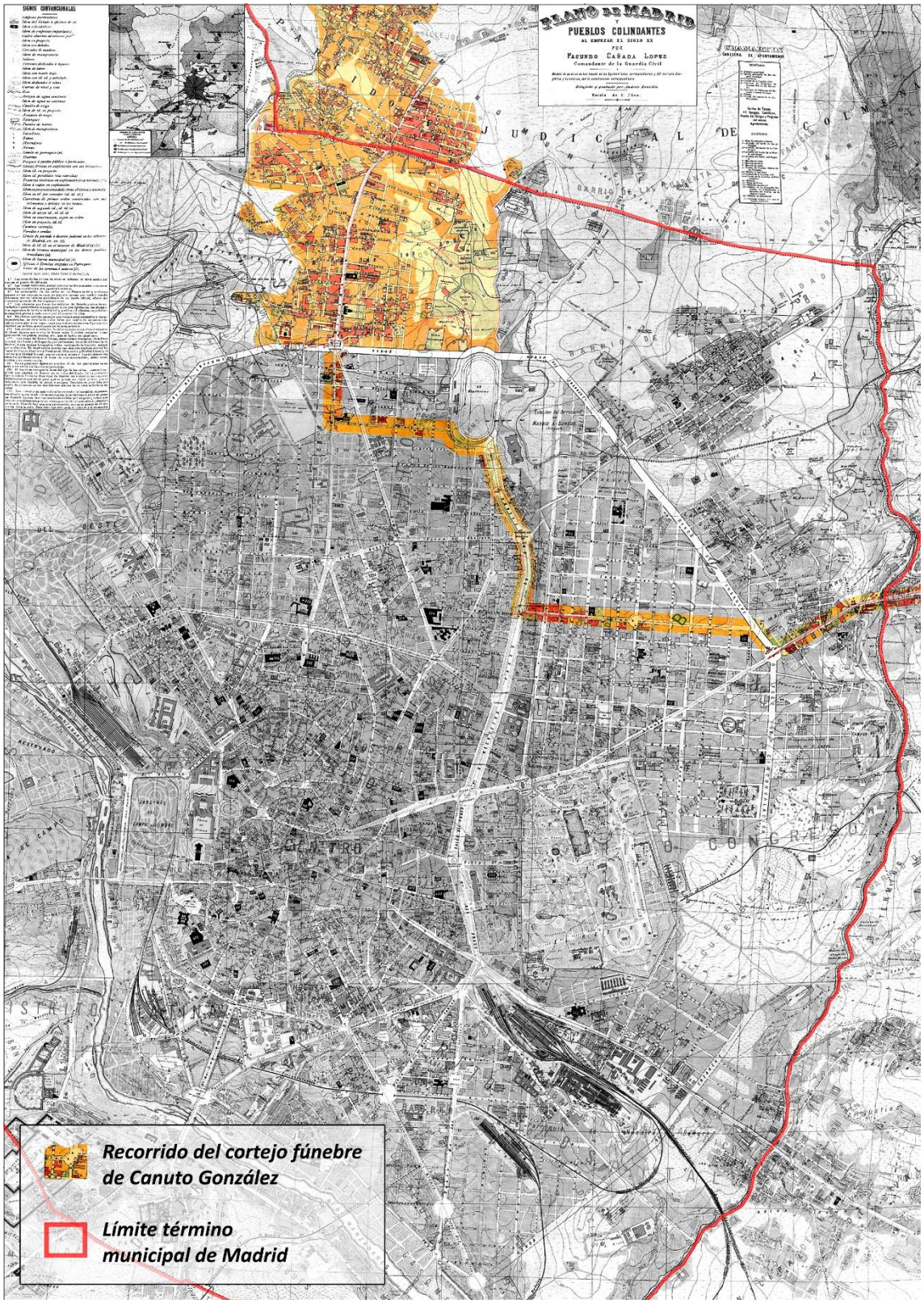


Figura. Recorrido del cortejo fúnebre de Canuto González. Elaboración propia a partir de Facundo CAÑADA: *Plano de Madrid y pueblos colindantes al empezar el siglo XX*, Madrid, 1900.

Mas el suburbio no eran únicamente Bravo Murillo y las inmediaciones de ese cruce de calles al que llamaban los Cuatro Caminos. Esa era, si se quiere, la zona más

densamente poblada. La mejor urbanizada. La más transitada. Y a buen seguro que la más conocida por los habitantes del centro de la ciudad. Estaba formada por la glorieta, Bravo Murillo y vías anexas como Artistas, Istúriz, Orden, Hernani o Almansa. El núcleo primigenio del arrabal. Su geografía estaba salpicada de pequeños comercios, dos o tres iglesias, una modesta casa de socorro, un teatro cochambroso y un puñado de hitos arquitectónicos que servían como recordatorio perenne de la naturaleza periférica del barrio: el fielato, las cocheras del tranvía, los enormes talleres de reparación de carros[7]. Era el tuétano del vecindario, el área a la que acudía la gente para comprar, consumir o disfrutar. Por supuesto, también era el punto caliente de la política del momento. En esas calles tenían su emplazamiento los liceos racionalistas y los clubes republicanos. También allí vivían la mayoría de los amigos de Canuto, como Isidro Ibarra, un tabernero federal que de cuando en cuando coqueteaba con el ideal anarquista o Leopoldo Zamora, un obrero exaltado que en 1905 acaudilló unas impactantes protestas proletarias[8].

Pero había muchas otras realidades. El barrio se estiraba hacia el norte siguiendo el contorno de la antigua carretera de Francia y se desparramaba sin orden ni concierto a un lado y a otro de la misma. Aunque algo separados del meollo de sociabilidad del suburbio, Canuto conocía bien a sus habitantes. Todo lo que no veía desde la torre vigía de su establecimiento lo suplía gracias a sus frecuentes caminatas. Sin importarle la estación ni las inclemencias del tiempo, Canuto acostumbraba a recorrer el barrio ataviado de una almilla y un mandil de rayas verdes y azules[9]. Paseaba para evadirse del frenesí de la taberna y respirar el aire limpio de la periferia, pero, sobre todo, para pulsar el ánimo del vecindario. Le gustaba subir por Bravo Murillo rumbo a Tetuán. Así se encontraba de cara a todos los que dirigían sus pasos hacia Madrid. De camino tropezaba con los niños del extrarradio haciendo de las suyas, una hueste de insumisos que no conocía otras normas que las de la calle. Pedreas, carreras y otra vez pedreas. Sus padres bastante tenían con procurarse un trabajo que les permitiera llevar un jornal a casa regularmente[10]. Sin embargo, se preguntaba Canuto, ¿qué pasaba con los de arriba?, ¿es que nadie iba a crear escuelas para librar a esos niños de las garras de la mendicidad y la ignorancia? Cuando venga la revolución, se decía a sí mismo. Mientras tanto, la lucha pasaba por librar a los muchachos de garras aún más afiladas que las anteriores: las de la carcundia. Envalentonados por la ausencia de escuelas municipales, los religiosos se habían lanzado a la conquista de los chicuelos de la barriada plantando colegios por doquier. Canuto solía enfilar la cuesta de Bravo Murillo absorto en tales pensamientos cuando de pronto se

[7] La idea de la arquitectura como recordatorio de una serie de funciones asociadas al espacio urbano procede de Patrick JOYCE: *The Rule of Freedom. Liberalism and the Modern City*, Londres, Verso, 2003. No obstante, Joyce lo utiliza en un sentido distinto al que aquí se muestra. Para él, a mediados del siglo XIX se produce una eclosión de mercados, grandes almacenes, edificios cívicos o *town halls* construidos con la finalidad simbólica de representar el poder y proveer a la ciudadanía de una dirección moral. En el caso del fielato o de las cocheras de tranvía, estos edificios tendrían una doble significación. Por un lado, servirían como inscripción material de su condición externa a la ciudad liberal. Por otro, como icono de su dependencia económica y administrativa respecto al gobierno urbano.

[8] AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1905 y *El País*, 7 de julio de 1907.

[9] Sus paseos por el barrio y su indumentaria en *El Liberal*, 1 de noviembre de 1907, *El País*, 1 de noviembre de 1907, *El Norte de Madrid*, 1 de agosto de 1916 y *El Liberal*, 2 de abril de 1931.

[10] Las quejas sobre el comportamiento de los niños en la calle eran habituales. Un análisis de los juegos callejeros y el imaginario surgido al respecto entre los sectores respetables de la ciudad en: Luis DE LA CRUZ: "¡Vivan los anarquistas! Niños jugando con bombas y lucha por la ciudad", *Ser Histórico. Portal de Historia*, 2017. Disponible en https://serhistorico.net/2017/03/10/viva-los-anarquistas-ninos-jugando-con-bombas-y-lucha-por-la-ciudad/. Consultado el 30 de diciembre de 2018.

topaba de bruces con el convento de las Maravillas. Los de las sotanas. En la puerta un corrillo de frailes le miraba con cara de pocos amigos. Estaban al corriente de que Canuto era uno de los organizadores de las distintas escuelas laicas de Cuatro Caminos. Sabían cómo se las gastaba. Para ellos, la de Canuto era una causa perdida, pues había inoculado el desprecio a la religión también a su prole. Los clérigos aún se acordaban del desagradable incidente que habían protagonizado sus hijas en el verano de 1904. Un día, mientras los hermanos almorzaban en la terraza del convento, Clara, Modesta y otras amigas se lo pasaron en grande maldiciendo y haciendo chanzas anticlericales desde la verja de la finca. Dos de los frailes consideraron inadmisible la burla y escarmentaron a palos a las jóvenes, que huyeron a Villa Constancia, donde se montó un formidable motín en el que más de 200 vecinos indignados arremetieron contra los religiosos y algunos guardias de seguridad. Un buen susto. Y una muesca más en el expediente del tabernero[11].

Pasado el momento de tensión, Canuto continuaba tranquilo su periplo. Los vecinos republicanos, que en las afueras eran legión, le paraban para comentar la última novedad del partido. Canuto exhalaba un aire rudo que lo alejaba de los republicanos de bombín y levita pero que le era tremendamente útil para confraternizar con los sin nombre del suburbio. Otras veces entraba en las tabernas para saludar a los compañeros del gremio y dar cuenta de sus gestiones ante el Ayuntamiento. Pero lo que más le gustaba era internarse por esas callejuelas que salían de Bravo Murillo como las ramas de un árbol lo hacen del tronco. Cada paseo era una ocasión para explorar todas sus bifurcaciones. Para corroborar el vertiginoso crecimiento de la periferia urbana e intimar con los recién llegados a la barriada. Tomaba la calle de Castilla o la de La Coruña y dejaba que le guiaran sus pasos. El rasgo más común según se adentraba era una apabullante homogeneidad social. En las calles más apartadas de la arteria central, ya lindando con veredas, lavaderos y tejares, brotaban de la nada archipiélagos de cochambre como Las Carolinas o el barrio de Patolas. Animales sueltos, chozas mal construidas, cuchitriles rodeados de gallineros, solares de centenares de metros y casas tan bajas que parecía increíble que alguien pudiera habitarlas. Por esos lares apenas había edificios de dos alturas y los existentes eran auténticas colmenas con galerías laberínticas y pasillos interiores jamás ventilados. Estos paseos siempre le dejaban la más amarga de las impresiones: al parecer, el Ayuntamiento solo tenía recursos para la remodelación del casco antiguo o para obras públicas del ensanche, la niña bonita de los urbanistas de la capital. Nunca para esas callejas sinuosas y llenas de terraplenes que no contaban ni con un triste farol de petróleo, tal vez porque ni siquiera el Ayuntamiento estaba al tanto de su existencia. Y viceversa. Desprovistos de infraestructuras y olvidados por las políticas municipales, apenas había elementos en la vida cotidiana de esos vecinos que les recordaran la obediencia debida a las elites liberales que detentaban el poder en la ciudad. Por eso Canuto, que era perro viejo en el arte de las peticiones vecinales, exponía a sus desdichados moradores la necesidad de organizarse, montar comisiones o recoger firmas. Aunque lo más que consiguiera de algunos de ellos fuera una X en el papel[12].

Canuto conocía los arcanos de esa política de la periferia. Sabía que en calles como San Germán, Nueva u Orense muchos jornaleros no sabían leer ni escribir. Allí la palabra

[11] *El País*, 10 de agosto de 1904.

[12] Se ha utilizado para la descripción de estas zonas marginales dentro del suburbio una queja de los vecinos de las calles San Germán, Nueva y Orense, junto al barrio de Patolas. *El País*, 5 de agosto de 1900.

hablada o el impacto de una arenga improvisada en lo alto de un barranco tenían mucho más efecto que los ecos parlamentarios que recogía la prensa. Seguramente en Cuatro Caminos, como en otros vecindarios pobres de las ciudades europeas y norteamericanas del momento, los discursos callejeros fueran una forma de expresión política radicalmente efectiva[13]. Simplemente allí se practicaba una política diferente. Sin reglas previas. Vinculada a la vida barrial y su producción desde abajo. Sin distinciones entre lo público y lo privado. Sin tantas diferencias de género, pues aunque los hombres solían llevar la voz cantante en estas suscripciones colectivas, no era extraño encontrar entre los nombres masculinos las firmas de numerosas mujeres. Ellas eran, además, las primeras en tomar parte en las protestas por la falta de agua o los atropellos. A buen seguro que sus voces resonaban con fuerza en esos encuentros en los que el tabernero se movía como pez en el agua. Escuchaba, tomaba buena nota y se comprometía a presentar ante el alcalde o el ministro de turno las quejas del vecindario. La actividad de Canuto transcurría entre bastidores. No temía salir de los círculos de sociabilidad liberal para descender al fango de lo ordinario porque, precisamente, era en ese terreno movedizo donde había forjado su carácter. Si en algún lugar era un intruso no era en los márgenes del suburbio, sino en esos despachos a los que acudía cargado de sacos de agravios y reivindicaciones[14].

En el extrarradio la política popular surgía de una preocupación activa por el entorno material. La autoorganización para paliar las míseras condiciones de la barriada resultó ser una escuela de aprendizaje político para una generación de vecinos que se encontró construyendo su futuro con sus propias manos. Al levantar sus propias casas, al recaudar fondos para una escuela o al exigir servicios públicos estaban asumiendo un compromiso colectivo muy superior al que los partidos de notables reservaban al ciudadano medio y al que enfrentaban de ordinario los residentes en las zonas ya consolidadas de la urbe: estaban siendo al mismo tiempo arquitectos y albañiles de su propia ciudad y eso constituía una experiencia verdaderamente revolucionaria.

Por aquellos años Cuatro Caminos comenzaba a labrar su fama de espacio heterotópico, de mundo aparte en el que florecían comportamientos alejados del buen gusto y las normas sociales. Una suerte de *contrasitio* del orden liberal y sus dispositivos de control[15]. La prensa alimentó el mito y el desconocimiento hizo el resto. Cuatro Caminos denominaba una difusa región, en buena medida tierra ignota, que en el imaginario del resto de la ciudad era guarida de indisciplinas de toda clase, desde los mataderos clandestinos y la venta ambulante a los motines callejeros y las disputas en

[13] La referencia aquí es Mark Wild. En su estudio de los distritos multiétnicos de Los Ángeles mostró la vital importancia que los rituales cotidianos, como los corrillos o los *soapboxes*, plataformas callejeras para la improvisación de prédicas políticas, tuvieron para comprender lo que denomina *the political culture of street speaking*. Véase Mark WILD: *Street Meeting: Multiethnic Neighborhoods in Early Twentieth-Century Los Angeles*, Berkeley, UCP, 2005, especialmente pp. 148-199.

[14] *El Heraldo de Madrid*, 31 de octubre de 1907 describía así la relación de Canuto con sus vecinos: "Desafiando los rigores de la estación, iba siempre en camiseta. Desdeñando los miramientos sociales, a todas partes acudía con su modesta indumentaria, y ante alcaldes, gobernadores y ministros se presentaba a defender sus derechos y a formular las reclamaciones que consideraba justas. Hombre despejado, en trato frecuente con el pueblo de Madrid, en más de una ocasión fue intérprete de los deseos de los humildes. En el barrio de los Cuatro Caminos, a cuyo desarrollo contribuyó grandemente, tenía un alto y merecido predicamento. Contar con Canuto para las elecciones era contar con una fuerza decisiva […] porque Canuto González era el prototipo de los populares, de estos nobles hijos del pueblo de Madrid que entran en todas partes, conocen a todo el mundo y utilizan su ascendiente, no en el provecho propio, sino en el bien ajeno".

[15] La heterotopía en Michel FOUCAULT: "Of Other Spaces", *Diacritics*, 16 (1986), pp. 22-27.

torno al fielato. Además, los frecuentes sucesos que copaban las portadas extendieron sobre sus vecinos la alargada sombra de la sospecha. Se decía de ellos que eran matuteros, camorristas, crápulas y revolucionarios. Un periodista que denunciaba diferentes episodios de hurto en el centro de Madrid no dudaba en movilizar los pánicos generados en torno al suburbio: "Si esto ocurre en la calle de la Montera a las nueve menos cuarto de la noche, ¡cielos!, ¿qué pasará a media noche en los Cuatro Caminos?"[16].

Sin embargo, en los años de entresiglos ya hacía tiempo que Cuatro Caminos había dejado de ser el *finis terrae* madrileño. Unos kilómetros al norte de la glorieta que daba nombre al barrio, cerca de aquellas casuchas de mala muerte de Las Carolinas y Patolas, había crecido como planta silvestre a orillas de la misma carretera de Francia el arrabal de Tetuán de las Victorias. Su origen, como el de Cuatro Caminos, se remontaba a los años sesenta del XIX, pero no había sido hasta la última década de la centuria cuando había comenzado a experimentar un desarrollo notable. Tetuán compartía numerosas características con Cuatro Caminos, empezando por su formación desordenada y ajena a cualquier plan urbanístico y siguiendo por la condición plebeya de sus pobladores. También ellos se encontraban en el punto de mira. Los vecinos de Tetuán eran aún más pobres que los de Cuatro Caminos. Proletarios, rebuscadores de basura, parados, cazadores furtivos y jornaleros componían el fresco social de un barrio formado con retales de toda España. El arrabal pasó a engrosar el panteón del temor y el desasosiego cuando un grupo de anarquistas de la barriada atentó contra Cánovas del Castillo a las puertas de su casa en 1893. De buenas a primeras los madrileños se despertaron invadidos por la desazón: a unos kilómetros del *limes* urbano, aprovechando la falta de vigilancia, se estaban plantando las semillas de la dinamita y la disolución social[17].

A la altura de 1905, Tetuán rozaba los 5.000 habitantes y formaba parte de esa corona de barriadas periféricas que habían surgido no solo más allá de las rondas del ensanche, como Cuatro Caminos, sino incluso fuera del término municipal de Madrid[18]. Tetuán era la quintaesencia del proceso de fragmentación socioespacial que vivían tantas metrópolis occidentales. No cabía duda. La modernidad no bañaba por igual unas y otras zonas de la ciudad. O, al menos, los rayos que irradiaba en la Puerta del Sol eran bien distintos que los que se proyectaban sobre las chozas de Tetuán y sus calles embarradas sin fuentes de agua potable. Tetuán era una consecuencia desagradable del crecimiento de la ciudad, la expresión de un desborde social que las elites urbanas no habían sido capaces de encauzar. Canuto tenía buenos amigos en Tetuán. Durante años había llevado la representación de su modestísimo elemento comercial y había entablado relación con los republicanos locales. Gente humilde que afrontaba problemas similares a los de Cuatro Caminos, con la particularidad de que administrativamente no dependían de Madrid sino de Chamartín de la Rosa, un villorrio de resabios aristocráticos y clericales sin recursos para responder a las necesidades del pujante suburbio obrero. De hecho, los habitantes de Tetuán vivían de espaldas a Chamartín. Sus contactos eran mucho más intensos con los vecinos de Cuatro Caminos, ya porque atravesaran obligatoriamente el barrio para ir a Madrid, ya porque se pusieran de acuerdo para actuar juntos políticamente.

[16] *El País*, 12 de octubre de 1896. Louis CHEVALIER: *Classes laborieuses et clases dangereuses à Paris pedant la première moitié du XIX siècle*, París, Plon, 1958.
[17] *La Época*, 21 de junio de 1893 y siguientes. La cuestión se abordará en extenso en siguientes capítulos.
[18] AVM, Secretaría, Padrón Municipal de Habitantes de Chamartín de la Rosa de 1905.

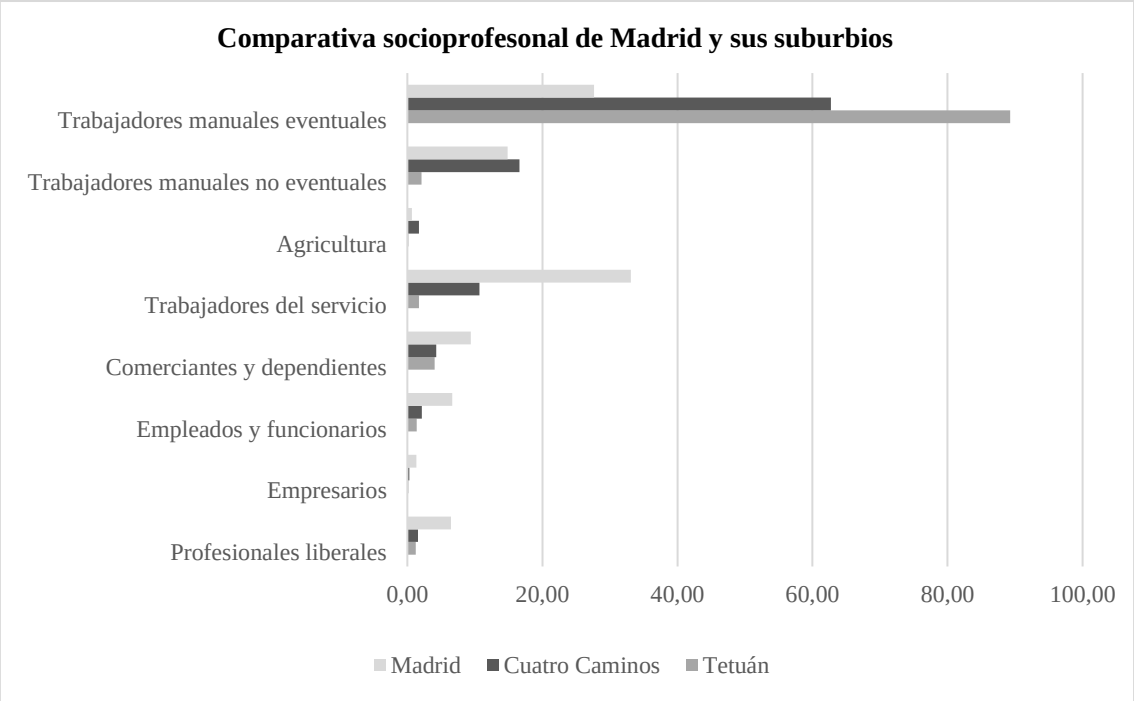


Tabla. Comparativa socioprofesional de Madrid y sus suburbios. Trabajadores de ambos sexos mayores de 14 años. Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1905 y AVM, Secretaría, Padrón Municipal de Habitantes de Chamartín de la Rosa de 1905[19].

Desde luego, si Canuto se dejaba caer por Tetuán sabía a qué puertas picar, como la de la pequeña casa baja donde vivían Pedro Moratilla y Cipriana Juzgado, viejos librepensadores, artesanos de la política popular como él y decanos del arrabal. El domicilio del matrimonio parecía la biblioteca ambulante de la revolución: folletos, pasquines, cartas y periódicos de todo el país entraban y salían de la vivienda con total naturalidad. Pedro era un electricista autodidacta que había llegado a concejal republicano en Tetuán. Durante años había dado el callo en innumerables causas populares, aunque su gran obsesión siempre fue conseguir un cementerio civil para los ateos del vecindario[20]. En las afueras corrían vientos de emancipación. Había otra atmósfera política. Los electricistas lanzaban manifiestos electorales y los taberneros montaban colegios. La propia realidad de estos nuevos barrios inacabados, ayunos de los equipamientos más básicos, exigía fontaneros de la política empeñados en la creación y gestión de los servicios colectivos. Los Canutos y Moratillas se habían curtido políticamente teniendo que hacer ciudad desde cero y eso, hasta ese momento, no había sido nada habitual. Es más, era un reto privativo de los suburbios. Vivir en las afueras era su condena, pero también su oportunidad para hacer una política alternativa[21].

[19] Los datos de los suburbios han sido recabados por el autor. Los del resto de la ciudad proceden de Rubén PALLOL, Santiago DE MIGUEL, Luis DÍAZ: "HISCO en Madrid: una propuesta metodológica para el estudio de los mercados laborales en el pasado", *Revista de Demografía Histórica*, 32 (2014), pp. 103-144.
[20] Los datos del matrimonio en AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1905. La información sobre Pedro Moratilla procede de prensa periódica de las dos últimas décadas del siglo XIX y de un extenso sumario judicial conservado en AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556. La imagen del domicilio como biblioteca de la revolución procede de los materiales hallados en dicho sumario.
[21] Se toma la idea de Loïc WACQUANT: *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*, Buenos Aires, Siglo XXI Editora Iberoamericana, 2007.

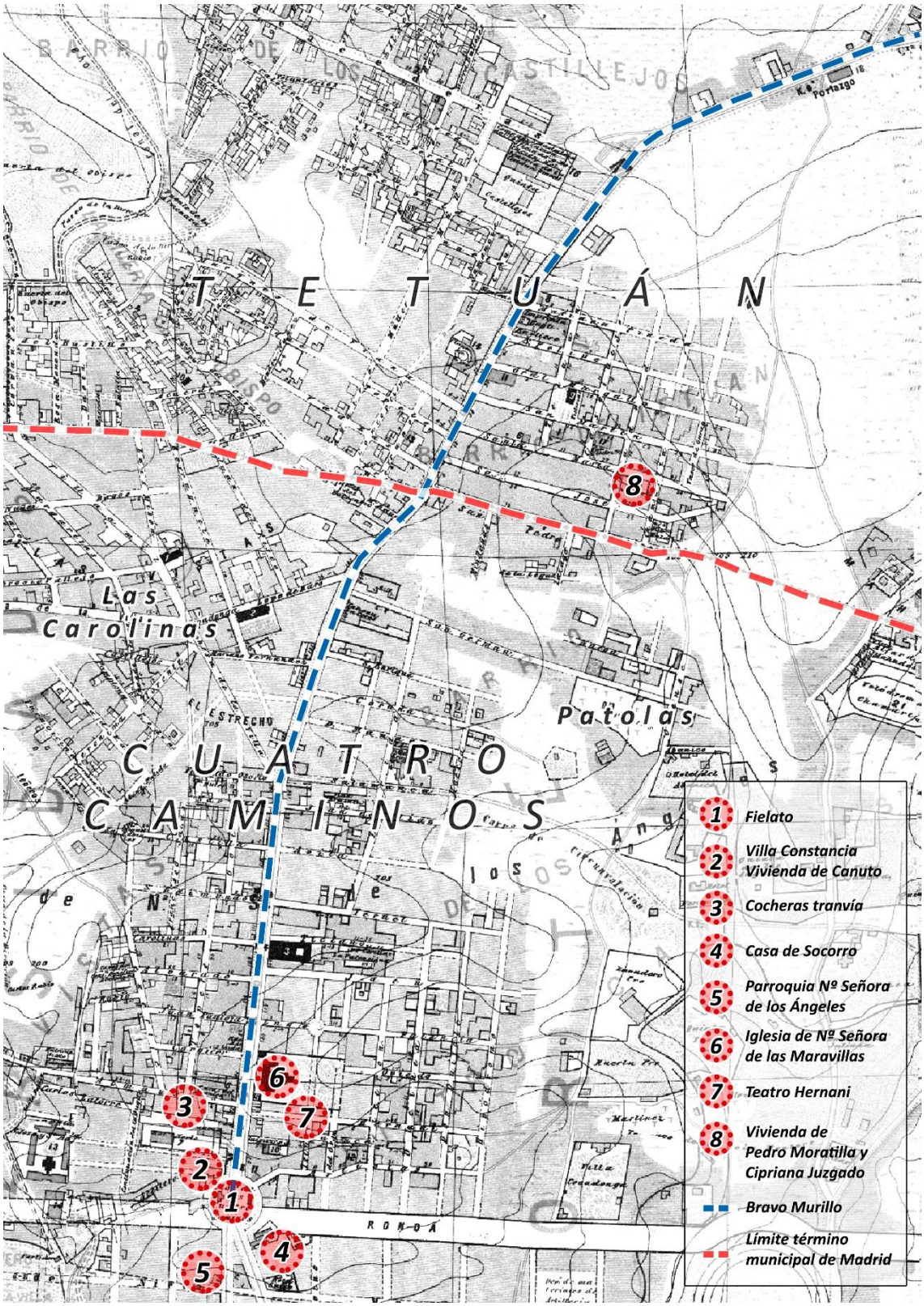


Figura. Lugares destacados de Cuatro Caminos y Tetuán. Elaboración propia a partir de Facundo CAÑADA: *Plano de Madrid y pueblos colindantes al empezar el siglo XX*, Madrid, 1900.

Aunque separados por amplios vacíos urbanos a principios de siglo, en los años de entreguerras Cuatro Caminos y Tetuán terminarían de encontrarse y difuminarse en un único y espectacular suburbio que era a la vez símbolo del fracaso de la planificación

desde arriba, evidencia del carácter anacrónico de las divisiones oficiales en las grandes aglomeraciones metropolitanas y alegoría de las oportunidades que todo ello arrojó para el diseño de la vida en común por los propios vecinos. Las gentes de los suburbios estaban llamadas a hacer historia en el primer tercio del siglo XX. Precisamente por ello, esa cultura recia y combativa, típica del barrio obrero, sobrevivió a la muerte de Canuto. A primera vista bien pudiera parecer que todo ese acervo fuera a desmoronarse ante una tragedia de tamaño calado. Pero en verdad nada se detenía. Canuto no era más que un grano de arena dentro de un alud de tierra. Años de desposesión, costumbres compartidas y luchas colectivas habían imprimido un particular ADN a las afueras, una forma singular de estar en el mundo, una cultura política en su sentido más antropológico, aquel que hace referencia al modo en que las personas del montón se relacionan con la política y otorgan significados a sus prácticas. Por eso, el hecho insólito y extraordinario del entierro brindaba a su vez la ocasión de observar la normalidad del barrio, una cotidianeidad que se exhibía de manera inconsciente de tan arraigada que estaba[22].

La solidaridad, la ocupación anárquica de la calle, el tránsito confuso, la camaradería comunitaria, los cánticos o la marcha de la periferia desgarbada sobre la ciudad racional formaban parte de aquella cultura política fraguada a fuego lento en mil luchas singulares y exclusivas del suburbio. En las siguientes páginas nos acercaremos a algunas de las más significativas de la mano de un tropel de hombres y mujeres anónimos que casi sin pretenderlo inventaron un estilo contrahegemónico y abrieron un boquete en la cápsula liberal que dominaba la escena política. En un primer capítulo analizaremos la lucha de los vecinos contra la frontera fiscal que la municipalidad impuso en el límite entre los suburbios y la ciudad oficial. Aquella frontera segregaba a los habitantes de Cuatro Caminos y Tetuán, los diezmaba económicamente y alteraba su vida cotidiana, pues implicaba un sinfín de trabas a la libertad de movimiento o las actividades comerciales. En un segundo capítulo examinaremos las prácticas solidarias y de autoorganización que los vecinos de estas barriadas periféricas adoptaron para suplir el maltrato institucional y la falta de inversiones públicas. Finalmente, en un tercer capítulo nos centraremos en la batalla que los vecinos de las afueras sostuvieron con policías, tranvías y automóviles por el uso de unas calles que habían sido solar comunitario y que poco a poco se vieron sometidas a una creciente regulación y privatización.

[22] Se parte del concepto de lo "excepcional normal" acuñado por Edoardo GRENDI: "Microanalisi e storia sociale", *Quaderni storici,* 7 (1972), pp. 506-520 y hábilmente llevado a la práctica en nuestro país por Javier UGARTE: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco,* Madrid, Biblioteca Nueva-Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, 1998. La obra de Ugarte ha ejercido un gran influjo a la hora de vertebrar el andamiaje teórico de esta sección. *La nueva Covadonga…* es un magnífico ejemplo de estudio de la cultura popular "de acuerdo con su propia esfera de significados instituidos en el marco de las relaciones sociales rutinarias". El propósito es "indagar en el modo en que aquellas gentes comprendían su universo y lo construían, cuáles eran sus comportamientos y forma de relación social", lo que implica, de por sí, concebir al hombre como fuente de la que emana cultura y no solo como objeto o reflejo de ella. Las citas en la p. 37.

CAPÍTULO 1. FUERA DE LA CIUDAD LIBERAL. LA LUCHA VECINAL CONTRA LA FRONTERA FISCAL

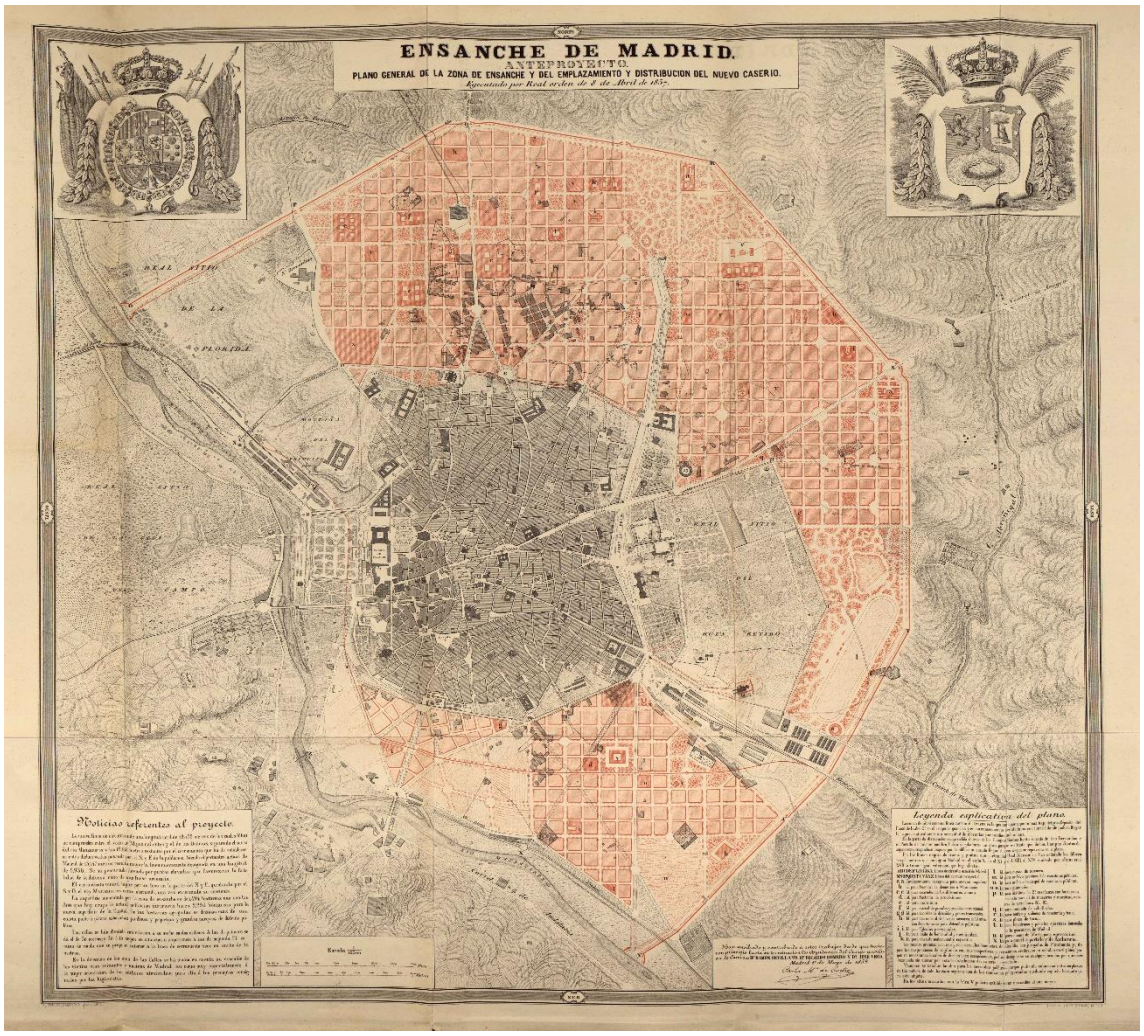
Canuto González había nacido en 1860 en Solana, un pueblecito del suroeste de Ávila. Era todavía un niño cuando sus padres, resignados, tomaron la determinación de trasladarse a Madrid en busca de las oportunidades que el campo les negaba. Las pocas noticias que llegaban de la capital no desentonaban en los oídos de miles de campesinos castellanos. Madrid daba la bienvenida a una nueva era. Pasada ya la mitad del siglo, la ciudad se alzaba como un hábitat social mucho más saneado que antaño y la industria despegaba tímidamente. En Solana se decía que con un poco de suerte y paciencia cualquiera podía encontrar colocación en Madrid. En mitad de esta ola de euforia se acababa de aprobar el plan Castro de ensanche de la ciudad. El derribo de la cerca centenaria parecía colmar las esperanzas de tantas y tantas familias que se arracimaban a las puertas de la vieja ciudad. El ensanche traería consigo infinidad de obras públicas, construcción de viviendas y dotación de servicios, lo que traducido al lenguaje de las ansiedades materiales cotidianas significaba trabajo y suelo libre para el asentamiento de los más pobres. La memoria original del ingeniero Castro contemplaba la proyección de una ciudad higiénica capaz de canalizar el empuje demográfico y la demanda de alojamiento asequible para los siguientes cien años[1].

Sin embargo, sus expectativas pronto se vieron desbordadas por una presión migratoria incontenible. Entre el deseo de los urbanistas y la realidad mediaba un trecho que podía ser más o menos insalvable para algunas familias como la de Canuto. Con el ensanche algunas fronteras socioeconómicas no desaparecieron. Simplemente se corrieron unos kilómetros: de las tapias y portillos de la ciudad del Antiguo Régimen a los fosos y fielatos que marcaban el perímetro de la ciudad liberal planificada. Más allá de esas barreras surgieron caseríos como Cuatro Caminos, donde se congregaban aquellos que o bien no podían pagar una habitación en los nuevos barrios proyectados o bien buscaban seguir un estilo de vida a medio camino entre el trasiego de la urbe y la mitificada calma del agro español. Por un motivo o por otro, los González establecieron su residencia en Cuatro Caminos. Aquella decisión, que tal vez fuera solamente provisional, terminaría marcando la trayectoria social y política de Canuto[2].

---

[1] Carlos María DE CASTRO: *Memoria descriptiva del Ante-Proyecto de Ensanche de Madrid*, Madrid, Imprenta de José de la Peña, 1860.

[2] La historia de la zona de ensanche de la ciudad de Madrid se ha visto beneficiada por una importante ola de publicaciones en la última década: Borja CARBALLO, Rubén PALLOL, Fernando VICENTE: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Ediciones Complutense, 2008; Rubén PALLOL: *El Ensanche Norte. 1860-1931. El Madrid moderno*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2015; Borja CARBALLO: *El Ensanche Este. Salamanca-Retiro 1860-1931. El Madrid burgués*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2015; Fernando VICENTE: El *Ensanche Sur, Arganzuela (1860-1931): los barrios negros*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2015. Con anterioridad a esta etapa de investigaciones históricas, la plasmación del proyecto de ensanche de la capital fue objeto de estudio de diversos geógrafos y urbanistas. Véanse, a modo de ejemplo, Antonio BONET (ed.): *Plan Castro*, Madrid, Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, 1978; Rafael MAS: *El barrio de Salamanca. Planeamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*, Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1982; Clementina DÍEZ DE BALDEÓN: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1986; Laurent COUDROY DE LILLE: "Los ensanches españoles vistos desde fuera: aspectos ideológicos de su urbanismo" en VV. AA.: *Cerdá y su influjo en los ensanches de poblaciones*, Madrid, Ministerio de Fomento, 2004.



Plano. Carlos María DE CASTRO: *Ensanche de Madrid. Anteproyecto. Plano general de la zona de Ensanche y del emplazamiento y distribución del nuevo caserío*, 1857.

La primera vez que Canuto González recorrió el arrabal, allá por los años setenta del XIX, Cuatro Caminos era poco más que un horizonte yermo y desangelado en el que habían recalado algunas familias de peones y menestrales. Mirase donde mirase las edificaciones constituían un detalle insignificante en un paisaje salpicado de huertas y tejares. No obstante, aquel puñado de barracas y callejuelas trazadas por sus propios moradores había puesto patas arriba el sueño de un crecimiento urbano ordenado y racional. Cuatro Caminos, igual que Prosperidad en el este, o las barriadas del otro lado del Manzanares en el sur, había surgido en abierto desafío a la ciudad oficial[3]. El extrarradio irrumpía de manera abrupta y espontánea siguiendo como únicas pero poderosas lógicas de ocupación el anhelo de suelo barato que inspiraba a sus colonizadores y el apetito de plusvalías de propietarios e inversores de un terreno inicialmente no calificado para la construcción. Ya Carlos María de Castro había mencionado que aquellos terrenos de vaguadas e inclinaciones no convidaban a la

[3] Un trabajo sobre Prosperidad que combina geografía e historia social en Charlotte VORMS: *Bâtisseurs de banlieue à Madrid. Le quartier de la Prosperidad (1860-1936)*, París, Creaphis, 2012.

edificación[4]. Y, a pesar de ello, Cuatro Caminos emergía como el reverso de la ciudad delineada con escuadra y cartabón. Su mera existencia desnudaba la incapacidad de las élites liberales para llevar a buen puerto su modelo de urbanización. Aún se discutían en las oficinas del Ayuntamiento los pormenores del plan Castro cuando se levantaron las primeras casas alrededor de la glorieta de Cuatro Caminos. Si el ensanche era la niña bonita de los técnicos e ingenieros municipales, los barrios como Cuatro Caminos eran la oveja negra de la modernización liberal, el reflejo de una tensión urbana que se trasladaría más tarde del espacio a la política[5].

La vida en los márgenes no era sencilla. Era un continuo estar afuera. Fuera de la normativa que regulaba la expansión urbana. Fuera de la ley que organizaba el mercado de suelo apto para la edificación. Fuera de las infraestructuras que presumiblemente traería consigo un urbanismo aún en pañales. Fuera, en definitiva, de los beneficios de pertenecer a una gran ciudad. Cuatro Caminos estaba al otro lado de la frontera. Incluida la fiscal. A un lado estaba Madrid, al otro, ese otro Madrid que nadie había deseado. Sus habitantes vivían segregados de la ciudad liberal por fosos de siete metros de ancho que cumplían la función de todo "sistema de cerramiento", esto es: "fijar el límite de la población e impedir el fraude en la introducción de objetos sin pago de derechos"[6]. La presencia de los fosos solo dejaba una vía de acceso a Madrid que, en el caso de Cuatro Caminos, era la antigua carretera de Francia. Todo aquel que quisiera dirigirse al interior de la ciudad estaba obligado a tomar dicha calzada. Mas tampoco en ella el tránsito era libre. En la glorieta de Cuatro Caminos, punto de encuentro de los fosos y la carretera de Francia, se erguía arrogante el fielato de consumos, símbolo por excelencia de las restricciones a la circulación de las gentes del suburbio.

Cuando Canuto llegó a Cuatro Caminos ya estaba allí aquella garita en la que se tasaban los productos que los vendedores entraban a la ciudad. Y cuando murió, en 1907, aún se elevaba en el mismo lugar un fielato de varios pisos que a lo largo de las décadas fue víctima del fuego y los asaltos populares. Era como si aquella odiosa aduana fiscal preexistiera a los vecinos y fuera a permanecer tras su muerte, cargando a sus descendientes con una deuda perpetua. Nadie recordaba la era previa al fielato. Y era lógico. El fielato había estado allí desde el momento en que aparecieron las primeras casuchas del arrabal, por lo que casi podía ser considerado un hito topográfico más de la población. Desde entonces, los cacheos, el examen de mercancías y el consiguiente pago del impuesto de consumos se convirtieron en un constante quebradero de cabeza para los habitantes de Cuatro Caminos[7].

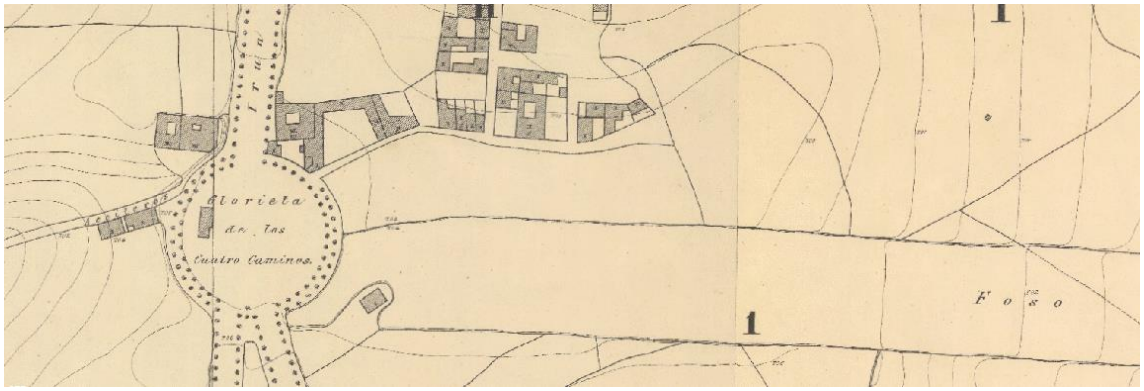
---

[4] Carlos María de CASTRO: *Memoria descriptiva del Ante-Proyecto de Ensanche de Madrid*, Madrid, Imprenta de José de la Peña, 1860, pp. 18-19.

[5] Una panorámica general de la formación del extrarradio en el conjunto de la transformación de la capital en Rubén PALLOL, Fernando VICENTE, Carlos HERNÁNDEZ QUERO: "Metropolitización y transformación del espacio urbano y de los rasgos sociales en Madrid entre 1900 y 1936" en Luis Enrique OTERO, Rubén PALLOL (eds.): *La sociedad urbana en España, 1900—1936*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2017, pp. 99-131. Para los orígenes del suburbio de Cuatro Caminos, véase: Eduardo MARTÍNEZ DE PISÓN: "El barrio de Cuatro Caminos", *Estudios Geográficos*, 95 (1964), pp. 193-251.

[6] Carlos María de CASTRO: *Memoria descriptiva del Ante-Proyecto de Ensanche de Madrid*, Madrid, Imprenta de José de la Peña, 1860, pp. 158.

[7] *La Época*, 26 de febrero de 1866 y 6 de marzo de 1866. Previamente había estado situado en una vieja puerta de entrada al casco antiguo, la de Bilbao, pero la expansión urbana pronto obligó a mover el registro a la nueva frontera de la ciudad.



Plano. Estado de la urbanización en el extrarradio norte en 1874. La edificación que figura en la glorieta es el fielato. Igualmente puede apreciarse el extenso foso que segregaba el extrarradio. Fuente: Carlos IBÁÑEZ DE IBERO: *Plano parcelario de Madrid*, Madrid, Instituto Geográfico y Estadístico, 1874.

El impuesto tenía su origen en una reforma hacendística de 1845. Se trataba de un tributo indirecto que gravaba el tráfico y consumo de algunos de los artículos más comunes en la dieta de las clases populares, como el aceite, las legumbres, la carne o el alcohol, de manera que el precio final del producto se veía notablemente encarecido[8]. La tasa suscitó resistencias en todo el país[9]. A pesar de ello, la protesta antifiscal tuvo rasgos distintivos en los suburbios. En Madrid y otras grandes urbes, el ciudadano medio abonaba el impuesto cada vez que adquiría un artículo, pero en la periferia las autoridades confiaron parte de la recaudación a patrullas armadas encargadas de vigilar los puntos de entrada a la población[10]. En teoría, el blanco original de sus registros eran los negociantes de la provincia que buscaban colocar sus géneros en los mercados del interior o los contrabandistas que trataban de pasar artículos de matute al abrigo de la noche. En la práctica, los mayores afectados fueron los vecinos de los barrios surgidos fuera de los límites de la ciudad planificada, como Cuatro Caminos. A ellos no les quedó más remedio que acostumbrarse a los controles fronterizos. Era el peaje que debían soportar cada vez que bajaban a Madrid con el rancho del trabajo en el morral. Un sujeto cualquiera debía aforar cantidades tan ridículas como unas ristras de chorizos o una bota de vino y había de sufrir las suspicacias y atropellos de unos guardias malencarados que veían en cada vecino el espectro del matutero. La fiscalización, amén de despótica, terminaba por crispar a unos individuos que solo sentían la presencia del Ayuntamiento cuando se trataba de engrosar las arcas municipales. Los roces cotidianos en estas y otras circunstancias fueron el pan de cada día de los inquilinos del extrarradio. Cada requisa, cada cobranza, cada detención dejaba un poso de indignación. Un cómodo jergón sobre el que dormía la ira a la espera de algún desafuero mayor que desembocara en motín. Y esto ocurría con tanta frecuencia que en el imaginario

[8] Miguel MARTORELL LINARES: *El santo temor al déficit. Política y hacienda en la Restauración*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, pp. 50 y ss.

[9] Dichas resistencias han sido objeto de atención por una amplísima bibliografía con la que se dialoga a lo largo del capítulo. Condensa las líneas generales: Rafael VALLEJO POUSADA: "El impuesto de consumos y la resistencia antifiscal en la España de la segunda mitad del siglo XIX. Un impuesto no exclusivamente urbano", *Revista de Historia Económica*, 14 (1996), pp. 339-370.

[10] *Comisión extraparlamentaria para la transformación del impuesto de consumos*, Madrid, Sucesora de Minuesa de los Ríos, 1906.

colectivo el nombre de Cuatro Caminos pronto debió de quedar relacionado con los alborotos en torno al fielato.

Figura. La condición fronteriza de Cuatro Caminos. Elaboración propia a partir de Facundo CAÑADA: *Plano de Madrid y pueblos colindantes al empezar el siglo XX*, Madrid, 1900.

De este modo, a diferencia de lo que sucedía en otras localidades del país o en otros puntos de la ciudad, el problema fiscal en los suburbios no estaba tan relacionado con el impuesto de consumos en sí mismo como con el propio hecho de la frontera, con la segregación, trastornos e impotencia que la misma generaba. Ya debía de andar Canuto González por la barriada cuando *La Iberia* se hizo eco de una "ruda reyerta" entre matuteros y *consumeros* en la glorieta de Cuatro Caminos[11]. Era mayo de 1877 y el suceso comenzaba a ser familiar para el público letrado de la capital. Los lectores ya conocían el guion: trifulcas con palos y armas de fuego, heridos en la casa de socorro y detenidos camino del juzgado. Pero a pesar de que esos choques eran cada vez más habituales en las afueras de la ciudad, seguramente pocos pudieron imaginar el reguero de sangre, pólvora y violencia comunitaria que el impuesto de consumos y su gestión iban a desatar. Desde riñas individuales a enfrentamientos colectivos. Desde disturbios comandados por Canuto a revueltas en las que su taberna era asaltada por la multitud. Incluso, en cierta ocasión, con motivo de una huelga contra los consumos en 1897, la muchedumbre ahorcó simbólicamente a Canuto González en un gato[12]. Una amenaza figurada y obscena emparentada con lo que E. P. Thompson llamó "contrateatro de los pobres"[13]. Para entender cómo se llegó a ese colgamiento ritual es necesario analizar la participación de los habitantes del suburbio en los primeros conflictos en la frontera, así como explorar los rudimentos básicos de su cultura. Solo así se podrá calibrar en toda su hondura el impacto social, económico y simbólico que el fielato tuvo para los vecinos de Cuatro Caminos[14].

1. Resistencias cotidianas y motines no tan excepcionales

El 11 de junio de 1883 un muchacho de la barriada y un dependiente del resguardo de consumos de Cuatro Caminos protagonizaron una disputa. Tal vez el joven tratara de introducir algún alimento al otro lado de la barrera fiscal y aquello despertara la inquina del cancerbero. O quizás el de consumos se excediera en su afán profesional y soliviantara el ánimo del transeúnte. Resulta imposible reconstruir esos pormenores de la historia a partir de las escuetas noticias rescatadas de los periódicos del momento, pero lo cierto es que, de una manera u otra, el vecino y el empleado intercambiaron garrotazos y disparos que obligaron a la policía a tomar parte en la contienda[15]. En aquella ocasión el altercado no fue a más. Los garantes del orden consiguieron evitar que la concurrencia convirtiera la pelea de marras en una insubordinación barrial contra los guardianes del fielato. Aparecieron en el instante preciso, justo antes de llegar a ese punto de no retorno tantas veces alcanzado. Aquel capaz de inclinar la balanza. El temido punto en que los trabajadores del extrarradio se adueñaban del escenario y

[11] *La Iberia*, 24 de mayo de 1877.
[12] Así lo recordaba el obituario de *El País*, 1 de noviembre de 1907.
[13] Edward Palmer THOMPSON: "Patricios y plebeyos" en *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 29-115, especialmente pp. 84-91. También desarrolla la idea James C. Scott al hablar de las "formas elementales del disfraz". Véase James C. SCOTT: *Los dominados y el arte de la resistencia*, Tafalla, Txalaparta, 2003, pp. 200-217.
[14] Lo que se propone es un ejercicio de "descripción densa" tal y como lo planteó Clifford GEERTZ: "Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura", en *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1992, pp. 19-40.
[15] *La Época*, 12 de junio de 1883.

cercaban la caseta de consumos al compás de exabruptos, pedradas y teas encendidas. Una vez que se llegaba a ese estado de ebullición, los policías lo sabían bien, era imposible reconducir la situación sin la ayuda de la fuerza, pues cada motín no era otra cosa que un plebiscito sobre la legitimidad de la frontera. Que ese día no hubiera terminado en desórdenes, no obstante, tampoco tranquilizaba al puñado de agentes de seguridad que patrullaba la barriada. Nadie mejor que ellos comprendía que toda ruptura fugaz del equilibrio ordinario, como un motín, se nutría de incontables fisuras cotidianas, como aquel incidente. Microrroturas que siempre dejaban un lecho de resentimiento sobre el que poco a poco tomaba forma un *ellos* y un *nosotros*, un diagnóstico urdido en las calles que identificaba de manera clara a los perjudicados y a los responsables[16].

Los abusos se repetían con machacona crudeza. No eran casos aislados. La sensación en la barriada era de desprotección y falta de seguridad. Daba la impresión de que los vigilantes de consumos salían "a crimen por día", que podían hacer lo que quisieran sin tener que responder ante nadie, ya fuera agredir a un chico que pasaba con una maleta, ya propinar una "soberana paliza" a un joven que silbaba a su novia para que se asomara al balcón[17]. Cualquiera era sospechoso de ser un matutero embozado. Uno de los atropellos más sonados tuvo lugar al filo de las tres de la madrugada del 22 de febrero de 1890. Su protagonista fue un barrendero de la Villa que se dirigía al trabajo.

> Domingo Díaz, habitante en la calle de Las Carolinas, núm. 4 (Cuatro Caminos), pasaba a la hora indicada no lejos de una caseta de consumos del contrarregistro, llevando en la mano un taleguillo con el almuerzo, cuando, sin oír voces ni ver a nadie, cayó al suelo bañado en sangre y atravesada la cabeza por un balazo. Oyóse al propio tiempo el ruido de un disparo, y vióse el fogonazo que instantáneamente iluminaba la caseta de consumos[18]

Tampoco aquella noche prendió la mecha del motín. Posiblemente la hora salvara a los empleados de consumos. En Cuatro Caminos la diferencia entre un choque individual y un tumulto popular a veces era cuestión de chispa, de oportunidad, del momento del día en que se produjera el encontronazo inicial. Pero al margen de eso, lo que hacía posible la acción colectiva de los vecinos del suburbio era la existencia de lazos sociales vigorosos, vivencias cotidianas similares y, sobre todo, definiciones

[16] Se apuesta por una interpretación de la acción colectiva en línea con las teorías de la identidad colectiva y la construcción cultural de la protesta, sin importar que algunos de sus principales representantes las hayan utilizado para períodos y tipos de movilización distintos a los aquí estudiados. Para un balance crítico véase Rafael CRUZ: *Repertorios. La política de enfrentamiento en el siglo XX*, Madrid, CIS, 2008, especialmente los capítulos "Historia, política y cultura de los repertorios de movilización" (pp. 5-29) y "La cultura regresa al primer plano" (pp. 189-208). La tesis más culturalista de la acción colectiva en Alberto MELUCCI: "Getting involved. Identity and Mobilization in Social Movements", *International Social Movement Research*, 1 (1988), pp. 329-348.

[17] Los crímenes diarios en *El País*, 27 de septiembre de 1888. La agresión al chico con la maleta en *La Justicia*, 3 de junio de 1895. La "soberana paliza" en *La Correspondencia de España*, 30 de julio de 1893.

[18] *La República*, 23 de febrero de 1890.

compartidas de lo sucedido[19]. Ahí residía la clave, en los significados dados a las experiencias. Algunos de los conceptos y tópicos disponibles procedían de la pluma de periodistas comprometidos. En sus artículos señalaban el agravio y suministraban potentes marcos de interpretación que, en todo caso, no eran ajenos al sentir de las gentes del suburbio. Con motivo de una nueva fechoría de los guardias, el redactor de *La República* escribió:

> Uno de esos salvajes que el Ayuntamiento de Madrid tiene a su servicio para impedir el matute, si no se hace de acuerdo con ellos, dio tan tremendo golpe anteayer tarde a una mujer que trataba de introducir por el fielato de los Cuatro Caminos una botella de aceite, que le ocasionó la dislocación del brazo izquierdo. Ella fue curada en la casa de socorro y él seguirá probablemente dando bofetadas a las mujeres, valido de la impunidad en que semejantes bestialidades quedan cuando las cometen los dependientes de consumos del Ayuntamiento[20]

Los periódicos más sensibilizados con la cuestión social no escatimaban en sus denuncias. Al calor de cada incidente difundían lugares comunes y metáforas que redundaban en la idea de la indefensión y la arbitrariedad. No obstante, muchos de los discursos acerca de la injusticia fiscal nacían de la sociabilidad informal en las calles. Brotaban en las charlas camino del trabajo, en las conversaciones con el tendero, en los corrillos del mercado ambulante de Bravo Murillo. Era en el contexto de esos encuentros fortuitos y mediados por la confianza donde salían a relucir los lamentos deslavazados de cada vecino. Un chorro de emociones latentes que era ordenado y estilizado en los sitios de reunión regular de la comunidad. En Villa Constancia o en los clubes obreros las personas del montón elaboraban una narrativa coherente sobre el maltrato de los vigilantes y los sinsabores de la vida en la frontera, mantenían vivo el recuerdo de lo ocurrido y lo transmitían a quienes se lo perdieron. Este esfuerzo desde abajo para crear un marco cognitivo común se correspondería con lo que los sociólogos de la acción colectiva han denominado "procesos enmarcadores"[21].

En los ambientes de confluencia vecinal era donde se enhebraban uno tras otro los ultrajes particulares hasta tejer una identidad colectiva susceptible de aflorar en las escenas más inopinadas de la vida cotidiana. En ocasiones este modo de estar y leer el mundo se manifestaba en forma de insultos o de prácticas de ayuda mutua. De nuevo en este campo los casos son ilimitados, pero será suficiente con atender a dos ejemplos ilustrativos. El primero de ellos sucedió en abril de 1897. Dos sujetos llamados Zoilo López y Prudencio Vázquez paseaban tranquilamente cuando avistaron a una pareja de vigilantes de consumos que hacía la ronda por el suburbio. Pese a que no llevaban

---

[19] La insistencia en los vínculos sociales, la definición compartida de los acontecimientos, las oportunidades y la experiencia previa movilizadora en Sidney TARROW: *El poder en movimiento*, Madrid, Alianza, 2004.

[20] *La República*, 11 de febrero de 1888. El subrayado es nuestro.

[21] Doug McADAM, John McCARTHY, Mayer N. ZALD (coords.): *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Istmo, 1999. La obra incluye una discusión teórica tremendamente útil sobre el papel de los "procesos enmarcadores" en la acción colectiva ("Oportunidades, estructuras de movilización y procesos enmarcadores: hacia una perspectiva sintética y comparada de los movimientos sociales", pp. 21-46), así como distintos estudios de caso. Para Cuatro Caminos y el impuesto de consumos cabría hablar de lo que los autores denominan "fase original" o "primera fase de los procesos enmarcadores".

ninguna mercancía de matute ni tampoco se hallaban cerca del fielato, tan pronto vieron a los agentes los dos individuos se entregaron a una salva de injurias e imprecaciones dirigidas a los empleados. El resultado fue el esperable: batalla campal, contusiones de diversa importancia y asistencia facultativa[22]. La burla o la provocación a la autoridad no reconocida eran armas primordiales de la política popular. El segundo caso transcurrió en un comercio de la barriada. Una tarde de verano el guardia de consumos Juan Gaferio Alonso perseguía a tres hombres y una mujer que portaban fardos sospechosos por Bravo Murillo. En su huida, los sujetos se refugiaron en un modesto negocio arrojando la carga tras el mostrador. Cuando el agente llegó "los matuteros, que habían salido a la puerta, le dieron un fuerte empujón haciéndole entrar en la tienda, donde le propinaron algunos golpes". Entonces el *consumero* disparó su pistola reglamentaria sobre la mujer perseguida, Rosa Grande, que fue trasladada en estado grave al hospital. El público allí presente se abalanzó sobre el vigilante y lo detuvo, evitando así que escapara[23]. A la insolencia del primer ejemplo se suma en este otro la solidaridad del tendero y los vecinos, que ofrecieron su ayuda a los perseguidos, sin importar que fueran o no matuteros, y atraparon al recaudador por sí solos. Puestos a elegir entre unos y otros la gente lo tenía claro. Ambos casos prefiguran componentes fundamentales de la cultura del suburbio sobre los que se volverá más adelante: rechazo de las figuras del orden urbano, protección entre iguales, defensa de los espacios de vida frente a las intromisiones, y, finalmente, connivencia con ciertas prácticas económicas ilegales sobre el papel pero legítimas, o al menos justificables, para la moral popular.

Este último punto resulta particularmente interesante por la analogía que los empleados fiscales realizaban entre el vecino del extrarradio y el matutero. El paralelismo distaba mucho de ser cierto pero era funcional al discurso de persecución del fraude que entonaban las autoridades y típico de los pánicos morales en torno al suburbio. Lo más relevante, no obstante, era la manera en que los propios moradores de la periferia, acostumbrados a vivir en el alambre, negociaban el estereotipo y cómo, sin ser contrabandistas, incluían entre los suyos a los que por necesidad material desafiaban las fronteras y cánones de movilidad del liberalismo. La evasión del pago del impuesto era vista incluso como una manera lícita de luchar contra la desigualdad de la frontera[24]. Harto de tener que probar su inocencia al atravesar las casetas de cobro, el habitante de las afueras se identificaba antes con el matutero pobre que con el altivo centinela. Así lo recogía *La Justicia* tras el enésimo altercado. El vecino "odia al impuesto, al fisco y a los servidores del fisco. En cambio, el delito del contrabandista, delito puramente legal […] no condenado por la moral de una manera directa […] aparece a los ojos del pueblo como una falta venial, si es que aparece como falta"[25].

Las escaramuzas cotidianas y los procesos enmarcadores constituían la infraestructura invisible de todo estallido popular. La lucha sorda sin la cual no resultaban audibles las protestas. Aquello que James C. Scott denominó "infrapolítica

[22] *La Iberia*, 20 de abril de 1897.
[23] *La Iberia*, 11 de julio de 1893.
[24] El matute o el rechazo a satisfacer el impuesto sería una forma de resistencia cotidiana comparable a las "weapons of the weak" de James C. Scott. Véase su libro *Weapons of the weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*, New Haven-Londres, Yale University Press, 1985.
[25] *La Justicia*, 28 de septiembre de 1888.

de los subordinados"[26]. En esos episodios casuales emergían valores y prejuicios profundamente arraigados. Pero, como ya se ha adelantado, donde mejor se veía la animosidad contra la fronteras y sus cancerberos era en los motines. En los ochenta y los noventa fueron tan frecuentes que cabría pensar que dependían de una lógica inamovible como el calendario o los ciclos del tiempo, mas lo cierto es que obedecían a razones antropológicas fáciles de detectar en la atmósfera de los Cuatro Caminos. Sigamos los pasos de los protagonistas de un motín ocurrido en 1888 para entrar en materia:

> El sitio de los Cuatro Caminos ha sido ayer teatro de una verdadera batalla campal, de que quedará memoria harta en aquellos parajes, especie de Selva Negra, donde las luchas entre guardias de consumos y matuteros son cosa frecuente. Según los guardias, todos o casi todos los vecinos […] viven consagrados al matute, aseveración contra la cual protestan sus vecinos. Sea de ello lo que fuere, el hecho es que ayer a las cinco de la tarde se divulgó por aquella apartada zona la grave noticia de que acababan de ser muertos dos individuos por los guardias de consumos. Esta especie, que venía a exacerbar los resentimientos ya antiguos que los habitantes de los Cuatro Caminos tienen con los citados guardias, a los cuales acusan de abusar inconsideradamente de sus atribuciones y de cometer todo género de atropellos, inflamó todos los ánimos y exaltó todas las pasiones en términos que, media hora después, y como si hubieran sido convocados a son de campana, se presentaron al frente del fielato más de mil personas prorrumpiendo en gritos desaforados de ¡asesinos! ¡ladrones! ¡infames! No satisfechos con esto, salió entonces de varios grupos la voz de prender fuego al fielato, y así lo hubieran hecho a no acudir inmediatamente las tres parejas de la Guardia Civil allí de servicio […] Los amotinados deseaban vengar las víctimas y antes de enterarse de si estas en realidad existían y de preocuparse en conocer sus nombres y la causa de su desgracia, llevados de sus viejos odios contra los empleados fiscales, una vez estos fuera de la caseta dieron en perseguirles […] librándose merced a la huida de morir despedazados[27]

La narración ponía sobre la mesa algunos elementos centrales de la movilización popular. Por una parte, hacía mención a un resquemor de décadas grabado a fuego en el espacio y en el imaginario colectivo del suburbio. Por otra, dejaba entrever la fortaleza del boca a boca callejero como medio de circulación de información en la barriada. En un vecindario en que la gente hacía su vida en el espacio público, al cabo de unos minutos se juntó una muchedumbre imponente gracias a los murmullos en las esquinas y los rumores de descampado. En tercer lugar, para el observador externo era evidente la existencia de cierta mentalidad compartida que impulsaba a los habitantes a actuar unidos como si respondieran a una contraseña ensayada. Finalmente, esta acción colectiva era inmediata, no reparaba en gestos de diálogo o transacción, sino que trataba de cobrar el daño recibido infligiendo uno equiparable. Percepción del maltrato

[26] Scott lo define así: "Cuando, en el ámbito del comercio, hablamos de infraestructura nos referimos a los componentes que hacen posible dicho comercio: por ejemplo, el transporte, los bancos, la moneda, la propiedad, la ley contractual. De esa manera, pretendo sugerir que la infrapolítica que hemos examinado contiene gran parte de los cimientos culturales y estructurales de esa acción política visible que, hasta ahora ha atraído más nuestra atención". Véase James C. SCOTT: *Los dominados y el arte de la resistencia*, Tafalla, Txalaparta, 2003. La cita en p. 258. El capítulo consagrado a la materia ("La infrapolítica de los grupos subordinados") en pp. 257-280.

[27] *El País*, 4 de septiembre de 1888. El subrayado es nuestro.

entendido en términos de inmoralidad ("abusar inconsideradamente de sus atribuciones", gritos de ¡ladrones! e ¡infames!, y no solo de ¡asesinos![28]); rica vida de calle; aparente unanimidad comunitaria; violencia niveladora. Cuatro pilares de una cultura de barrio en incesante gestación.

Pero la cosa no quedó ahí. Poco después la Guardia Civil detuvo en una huerta aledaña a varios de los *consumeros* fugados. Cuando los agentes conducían a los presuntos reos hacia Madrid se las vieron y se las desearon para lograr que "el pueblo amotinado, que obstruía toda la carretera" no les arrebatara el botín e improvisara un tribunal de emergencia sin jueces ni letrados[29]. Aquellos "hombres y mujeres delirantes de indignación y rabia" no tenían pinta de atender a buenas palabras. Quizás su experiencia en la frontera les había enseñado que la justicia ordinaria tenía una doble vara de medir: "¡Quien sabe si aquella terrible actitud nacía de la persuasión […] de que aquí no se castiga a los verdaderos criminales, mientras se persigue sin descanso al inocente!" se preguntaba el cronista. En ese momento, "viendo que no podían sustraer los detenidos a la Guardia Civil, apelaron en el paroxismo de su cólera al extremo de apedrearlos, siendo entonces cuando recibieron contusiones, no graves por fortuna, los guardias"[30]. El público estaba envalentonado. Dos horas después del suceso, a las siete de la tarde, la concurrencia alcanzaba las 3000 personas y entre chillidos y blasfemias podían descifrarse algunas voces harto elocuentes: "¡A todos! ¡A todos los empleados es a quienes queremos! ¡Todos son lo mismo!"[31]. La de esa tarde era una causa general por años de vejaciones y por ello sobraban tanto los policías apedreados como la comitiva judicial, silbada en cuanto puso un pie en el lugar de los hechos[32].

Ilustración. Carruajes, comerciantes y agentes de consumo junto al fielato de Cuatro Caminos. Fuente: *ABC*, 14 de agosto de 1906.

[28] El periódico del día siguiente precisaba que los amotinados gritaban un expresivo "¡mueran los ladrones de consumos!" *El País*, 5 de septiembre de 1888.
[29] Óscar BASCUÑÁN: "Justicia popular. El castigo de la comunidad en España, 1895-1923", *Hispania*, 263 (2019), pp. 699-725.
[30] *El País*, 5 de septiembre de 1888.
[31] *La Justicia*, 5 de septiembre de 1888.
[32] *El País*, 4 de septiembre de 1888.

Aunque la acción coordinada de las distintas autoridades aplacó el motín (finalmente hubo que llamar a varios destacamentos del centro de la ciudad), para restablecer la calma por completo fue preciso patrullar hasta media noche y realizar algunas detenciones. La más sonada fue la de "un tal Canuto, tabernero muy conocido en el barrio y a quien todos vieron ejercer por la tarde de cabeza de motín"[33]. Era el único nombre propio de una revuelta anónima. Canuto tenía entonces 28 años y trabajaba como medidor en la bodega que su cuñado Atanasio Ferrero regentaba en el 92 de Bravo Murillo[34]. En su declaración no le dolieron prendas en admitir que arengó a la multitud movido por un nervio justiciero:

> Al ver en tal situación a un joven [Carlos Colín, uno de los atacados por los de consumos, en ese momento agonizante] que vivía de su honrado trabajo y que sin duda venía de ganar el sustento para su familia, bien ajeno de que en vez del pan para sus hijos, iba a encontrar la muerte más villana […] me sentí indignado, lo confieso, y protesté en voz alta como protesto aún contra sus matadores, censurando duramente a los que presenciaban aquel horrible espectáculo y no sentían en sus entrañas un noble impulso de caridad para aquel desgraciado, al cual hube de auxiliar en lo que pude[35]

Los habitantes de la periferia eran humildes proletarios, trabajadores como Carlos Colín que luchaban a diario por llevar un jornal a casa sirviendo en los más variopintos oficios, un día como camareros, otro como peones, al otro como mozos de carga. Quizás alguno como matuteros. Lo que el hambre mandara. No obstante, como muestra el asesinato de Carlos Colín, la búsqueda de empleo no era el mayor de sus problemas, sino uno más dentro de una constelación de angustias e inquietudes indisociables del lugar que ocupaba el barrio en la geografía urbana liberal. Los obreros madrileños acampaban al otro lado de una ciudad que les daba la espalda. Su condena era vivir sin fuentes de agua corriente y sin escuelas municipales pero con el miedo seguro a llamar la atención de los vigilantes o a hacer un mal gesto al cruzar la línea de entrada a Madrid:

> Los madrileños que por circunstancias de la vida se ven en <u>necesidad</u> de habitar los barrios extremos, donde las llamadas zonas fiscales radican, están en <u>continua zozobra</u>, esperando el momento fatal que la bala de la carabina de un vigilante fuese a quitarles la existencia […] El abuso ha sido y es tal, que aquellos vecinos están a merced de ellos y <u>en peligro constante de ser fusilados</u>[36]

De punta a punta del barrio cundía la misma impresión: la ciudad apenas se acordaba de ellos si no era para pagar sus tributos y a cambio no disfrutaban de una sola de las ventajas de pertenecer a una urbe moderna. Por no tener, no disponían ni de la libertad para moverse a su aire por los contornos del barrio, como revela el siguiente caso que, de nuevo, descubre características de la cultura política del suburbio. El 22 de mayo de 1894 Antonio y Lorenzo Díaz, padre e hijo, caminaban cerca de la glorieta de los Cuatro Caminos con sendas cestas de flores cuando fueron abruptamente abordados por el personal del resguardo. Comoquiera que se negaran a ser registrados, los guardias la emprendieron a golpes causando heridas y contusiones a los dos sujetos. Como de

[33] *El País*, 4 de septiembre de 1888.
[34] AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1890.
[35] *El País*, 5 de septiembre de 1888.
[36] *El País*, 28 de enero de 1895. El subrayado es nuestro.

costumbre, el público que presenció el incidente se puso de parte de los floristas y en un santiamén se formó gran alboroto. De todas partes acudían hombres y mujeres a protestar contra los encargados. Incluso desde los balcones se lanzaron tiestos contra los de consumos. El motín tomó tal cariz que Antonio, Lorenzo y uno de los vigilantes tuvieron que ser trasladados a la casa de socorro. Mientras los facultativos hacían su trabajo, a las puertas del establecimiento médico se arremolinó un gentío inmenso que trató de asaltar el edificio mientras exigía a gritos que les fuera entregado el *consumero*. Finalmente, como en muchos otros lances, la llegada de guardias civiles y policías del interior de la urbe frustró la sed del pueblo de impartir *su* justicia *in situ*[37].

La política popular en el extrarradio madrileño no entendía de escenarios poco apropiados para la representación del conflicto, pues la lucha por el espacio presidía todas las interacciones cotidianas. La pugna era constante y ubicua y, por ello, cualquier momento y lugar eran idóneos para protestar por un maltrato que no tomaban como individual sino como sistémico. Esta peculiaridad confería a la política callejera del suburbio un toque desenvuelto y repentino que contrastaba vivamente con el ejercicio de expresión pública premeditada, anunciada a la autoridad y circunscrita a cafés o clubes privados distintiva del liberalismo oligárquico[38]. Daba igual que el tumulto de turno sorprendiera al vecino conversando en la calle, haciendo recados o regando las plantas. Al ser una política sin cuotas de ingreso ni carné, tan desregulada, la participación casi siempre estaba al alcance de cualquiera. El caso de los floristas, además, mostraba a las claras dos ingredientes comunes de esta política. Por un lado, de nuevo aparecía la violencia reparadora contra los *consumeros* y el desprecio a los procedimientos liberales de resolución de conflictos. El asalto fallido a la casa de socorro para castigar al empleado municipal entroncaba con la violencia comunitaria y la *culture of retribution* que William Beik ha estudiado para la Francia moderna: una justicia punitiva que busca vengar y compensar (y no solo restaurar) la humillación recibida[39]. Por otro lado, el intento de toma de la casa de socorro, igual que sucediera con el malogrado incendio del fielato descrito más arriba, reflejaba una obsesión de la muchedumbre encolerizada en las revueltas del extrarradio: el ataque a los escasos edificios representativos del poder municipal o de la riqueza social que había en la periferia. Lejos de obedecer a pálpitos espontáneos o impulsos desesperados, la acción colectiva de las clases populares respondía a una racionalidad propia, a un código

[37] *El País*, 22 de mayo de 1894.

[38] El cierre del espacio público a la política en las primeras décadas de la Restauración en Madrid puede verse en: Óscar ANCHORENA: "La geografía republicana en Madrid, 1875-1890. Movilización política, organización y espacio urbano", en José Manuel ALDEA, Carmen LÓPEZ, Paula ORTEGA, María de los Reyes DE SOTO, Francisco José VICENTE: *Los lugares de la Historia*, vol. 3, Salamanca, Antema, 2013, pp. 363-388; ÍD: "La redacción militante: el papel de los periodistas en el republicanismo madrileño a comienzos de la Restauración (1874-1885)", en José Antonio CABALLERO, Raúl MÍNGUEZ, Vega RODRÍGUEZ-FLORES (coords.): *Culturas políticas en la contemporaneidad: discursos y prácticas desde los márgenes a las élites*, Valencia, Universitat de València, 2015, pp. 79-83.

[39] William BEIK: *Urban Protest in Seventeenth Century France*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997. La sutil distinción entre la restauración de un orden previo y la retribución puede verse en el uso que hace de los conceptos de Beik Álvaro PARÍS: *Se susurra en los barrios bajos. Policía, opinión y política popular en Madrid, 1825-1827*, Tesis Doctoral, Madrid, UAM, 2015.

comprensible para los propios participantes, con esquemas y pautas que los vecinos utilizaban y conjugaban en función de las circunstancias y la costumbre[40].

El motín no era la única herramienta que los habitantes del suburbio tenían para manifestar su rechazo al control fronterizo. El periódico *El País* del 22 de enero de 1895 se hacía eco de una exposición de "los vecinos del barrio de los Cuatro Caminos, calles de Lérida, Juan de Olías, Ávila, Navarra y Bravo Murillo". En ella pedían al gobernador civil que pusiera "coto a los desmanes de los individuos del resguardo, que, sin motivos ni sospechas, y solo porque sí, asaltan de noche a cuantos vecinos pasan, disparando sus armas de fuego al aire, aunque apuntándoles, creyéndolos matuteros". Los firmantes describían una situación de grandísimo pánico en la que no se podía salir a la calle "sin peligro de morir" y para corroborarlo ilustraban su petición con un suceso reciente: "el lunes entre once y doce de la mañana dispararon en la calle de Castilla 26 tiros". Lo grave, en todo caso, no eran los hechos denunciados sino la impunidad que rodeaba la actuación de los sirvientes de consumos: "Los vigilantes dicen que son irresponsables si matan a alguien, que están autorizados para tirar cuando quieran"[41].

La queja vecinal introduce una nueva variable. A medida que el suburbio fue ganando población el sistema de fiscalización de productos se hizo cada vez más complejo. Además de los dependientes que guardaban el fielato, se distribuyeron por las principales arterias del extrarradio casillas fijas donde también se pesaban y tasaban los alimentos que entraban a la ciudad, así como rondas móviles de guardias de consumos elevados legalmente a la categoría de guardas jurados y que, como los de la exposición anterior, aterrorizaban al vecindario sin pretexto aparente. A la vida fija, mísera, radicada en el barrio obrero y segregada del resto de la urbe por el fielato, se le sumaban nuevas requisas y fronteras interiores a manos de una fuerza armada nunca aceptada en el extrarradio. Mientras que cada vez había un mayor refinamiento en las técnicas de recaudación, el suburbio seguía sumido en el mismo abandono de siempre en lo referente a la dotación de infraestructuras y servicios municipales. El olvido de Cuatro Caminos era selectivo.

---

[40] Así lo ha mostrado en sus estudios un buen número de historiadores consagrados a analizar la lógica interna de la acción colectiva en el medio rural y las pequeñas ciudades españolas. Destacan por su originalidad y claridad interpretativa: Salvador CRUZ ARTACHO: *Caciques y campesinos. Poder político, modernización agraria y conflictividad rural en Granada 1890-1923*, Madrid, Ediciones Libertarias-Ayuntamiento de Córdoba, 1994; Carlos GIL ANDRÉS: *Echarse a la calle: amotinados, huelguistas y revolucionarios (La Rioja, 1890-1936)*, Zaragoza, Publicaciones de la Universidad de Zaragoza, 2000; Óscar BASCUÑÁN: *Protesta y supervivencia. Movilización y desorden en una sociedad rural: Castilla La Mancha 1875-1923*, Valencia, Centro Francisco Tomás y Valiente, 2008; Víctor LUCEA: *El pueblo en movimiento: la protesta social en Aragón (1885-1917)*, Zaragoza, Publicaciones de la Universidad de Zaragoza, 2009; Jesús Ángel REDONDO CARDEÑOSO: *Culturas de protesta y violencia de los campesinos de Tierra de Campos (1900-1923)*, Tesis Doctoral, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2010. Para el caso de Madrid, aunque más preocupado por las lógicas más institucionalizadas de acción colectiva, es obligado mencionar a Francisco SÁNCHEZ PÉREZ: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid 1901-1923*, Madrid, Cinca, 2005, especialmente su segunda parte, "Las protestas del pan" (pp. 33-105). Pueden verse algunos de los fundamentos que informan estas investigaciones, así como sus referencias teóricas en Manuel PÉREZ LEDESMA: "«Cuando lleguen los días del cólera» (Movimientos sociales, teoría e historia)", *Zona Abierta*, 69 (1994), pp. 51-120; Carlos GIL ANDRÉS: "Protesta popular y movimientos sociales en la Restauración: los frutos de la ruptura", *Historia Social*, 23 (1995), pp. 121-135. Una interpretación global en Rafael CRUZ: *Repertorios. La política de enfrentamiento en el siglo XX*, Madrid, CIS, 2008.

[41] *El País*, 22 de enero de 1895.

2. Los industriales toman las riendas. ¿Negociar es claudicar?

Apenas unos días después de la protesta formal ante el gobernador civil un nuevo episodio agitó las iras del vecindario. Un anciano botero paseaba camino de Tetuán con un odre vacío que acababa de confeccionar cuando fue agredido a culatazos por unos empleados de la ronda fiscal. El caso tuvo una respuesta inmediata en forma de linchamiento popular contra los de consumos, que salvaron el pellejo por la intervención providencial de la Guardia Civil y la rápida actuación del propio gobernador, que se desplazó al lugar de los hechos e improvisó unas palabras para calmar a los amotinados[42]. Una vez más daba la impresión de que el tumulto solo servía para liberar resentimientos y simbolizar la unidad popular en la barriada. Al margen de eso su funcionalidad parecía limitada: a la hora de la verdad las soflamas de la multitud no se traducían en cambios significativos en la vida ordinaria. En Cuatro Caminos debía de haber voces que apostaran por otras tácticas, tal vez más efectivas, para llamar la atención de los poderes públicos, puesto que al mismo tiempo que la muchedumbre acorralaba a los dependientes de consumos en la calle Bravo Murillo, una delegación de propietarios e industriales ponía rumbo a Madrid con un claro cometido, conseguir de los representantes políticos el compromiso sincero de acabar con tantos abusos. Para lograrlo los comisionados pedían al alcalde una batería de medidas entre las que destacaba el despido de los agentes implicados en agresiones[43]. Aunque se dirigiera por otras vías, el componente de compensación del daño causado seguía tan vivo en las entrevistas oficiales como en la violencia explícita de las algaradas. Motín y comisión ejemplifican de manera ideal el amplio repertorio de armas que los habitantes del suburbio manejaban para enfrentar los agravios derivados de su posición en la metrópolis. Recursos que, a veces, como en el incidente del botero, podían complementarse, pero que, en otras ocasiones, como se verá en este apartado, sembraron la discordia entre los vecinos partidarios de la acción directa y los que, defendiendo también intereses comerciales, se avinieron a pactos y componendas con la administración.

A mitad de los años noventa Cuatro Caminos ya no era aquel poblado caminero que asomaba tímidamente la cabeza más allá de las hondonadas del final de Madrid. Había llovido mucho desde que Canuto González llegó a la barriada. El sórdido arrabal de antaño era a finales de siglo firme aspirante a gran suburbio obrero. Uno digno de tal nombre, como los que crecían en la periferia de Berlín, París o Barcelona[44]. La ciudad se extendía a marchas forzadas y Cuatro Caminos era una de las puntas de lanza de su crecimiento. Mientras que las zonas de ensanche como Chamberí o Salamanca aún

[42] *El País*, 28 de enero de 1895.
[43] La comisión en *La Justicia*, 28 de enero de 1895. La petición de expulsión, desatendida por el alcalde, Romanones, en *El Liberal*, 29 de enero de 1895.
[44] Tyler STOVALL: *The Rise of the Paris Red Belt*, Berkeley, University of California Press, 1990; John H. MERRIMAN: *The Margins of City Life: Explorations on the French Urban Frontier*, Nueva York, Oxford University Press, 1991; José Luis OYÓN: *La quiebra de la ciudad popular: espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 2008. Consideraciones generales sobre los suburbios en Mary CORBIN SIES: "North American Suburbs, 1880-1950. Cultural and Social Reconsiderations", *Journal of Urban History*, 27, 3, 2001, pp. 313-346; Ruth MCMANUS, Philip J. ETHINGTON: "Suburbs in transition. New approaches to suburban history", *Urban History*, 34, 2, 2007, pp. 317-337. El tema fue uno de los primeros objetos de atención de la historia urbana lanzada desde Leicester por Harold James Dyos. Una revisión bibliográfica al respecto en Shane EWEN: *What is Urban History?*, Cambridge, Polity Press, 2016, pp. 33-54.

estaban lejos de haber sido colmatadas y presentaban numerosos solares, en las barriadas de extrarradio la edificación de viviendas humildes, a menudo autoconstruidas, se había disparado rebasando cualquier expectativa de las autoridades liberales[45]. El estirón de Cuatro Caminos se debía a la llegada de fabulosos contingentes de inmigrantes procedentes del campo así como de población ya asentada en la urbe pero que buscaba un futuro distinto acorde a sus posibilidades materiales o a sus valores. El espectacular desarrollo del suburbio atrajo, como ya venía siendo norma desde sus orígenes, a los renegados de la ciudad: jornaleros, traperos, trabajadores de fábrica, vendedoras ambulantes, niños de la calle. Sin embargo, junto a ellos comenzaban a aparecer otras figuras sociales como los pequeños ahorradores, algún que otro empleado o profesional liberal que huía de los ruidos del centro y, sobre todo, comerciantes con el olfato suficiente como para entender que aquel nuevo Madrid estaba plagado de oportunidades y clientes. Estos cambios no tardaron en plasmarse en el suburbio de Cuatro Caminos. En Bravo Murillo, Artistas o en la propia glorieta se levantaron edificios de porte moderno, mejor acondicionados, con dos o tres plantas, y varias dependencias a pie de calle destinadas a la clase mercantil. El foso desapareció y en su lugar se estableció el paseo de Ronda. En otras vías como Almansa, Ávila o Teruel, que brotaban a este y oeste de la antigua carretera de Francia, surgieron tímidamente algunos hotelitos unifamiliares donde residía la elite de la barriada. Cuatro Caminos no era un escenario inmutable y eso habría de tener consecuencias para la inextinguible cuestión fiscal[46].

La vida de Canuto González había cambiado a la par que lo hacía el paisaje social del suburbio. En algún momento de los años noventa Canuto se hizo cargo de la taberna de su cuñado en Bravo Murillo 92. Ya fuera por su don de gentes o por la buena marcha del negocio, lo cierto es que Canuto pronto se convirtió en uno de los industriales más prósperos del extrarradio. El establecimiento no solo era conocido por sus brebajes sino también por la condición política de su dueño, que ya en 1889 firmaba manifiestos como "republicano federal amante de la revolución"[47]. Poco después la bodega figuraba como lugar de reunión de los primeros grupúsculos republicanos del extrarradio[48]. Su popularidad era tal que con ocasión de un mitin que Unión Republicana dio en la barriada para la campaña electoral de 1893 los obreros asistentes interrumpieron a voces a los oradores llegados de Madrid pidiendo que Canuto tomara la palabra[49]. En esas mismas elecciones Canuto coordinó desde su taberna a los grupos que lanzaron vivas a la República a las puertas de cada colegio y se enfrentaron a la Guardia Civil[50]. Eran acciones como estas o como su papel al frente del motín de 1888 las que permiten entender la cristalización de un líder popular[51].

---

[45] Los datos de la siguiente década corroboran esta realidad. La mitad de las edificaciones nuevas que se levantaron en Madrid a principios de siglo se hicieron en terrenos de extrarradio. Pedro NÚÑEZ GRANÉS: *El problema del Extrarradio de dicha Villa desde los puntos de vista técnico, económico, administrativo y legales*, Madrid, Imprenta Municipal, 1920, p. 341.

[46] AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1895.

[47] *Las Regiones*, 31 de agosto de 1889.

[48] La primera noticia encontrada al respecto procede de *El Imparcial*, 19 de noviembre de 1891.

[49] *La Época*, 25 de febrero de 1893.

[50] *La Unión Católica*, 6 de marzo de 1893.

[51] Su fama debió de traspasar las fronteras del extrarradio, pues se realizó una función extraordinaria en su honor en el Teatro Martín, en el centro de la ciudad. Véase *La Justicia*, 6 de mayo de 1893

Diferencia entre calles en función del precio de los alquileres mensuales	
Calles	**Alquileres superiores a 15 pesetas**
Artistas	22%
Ávila	100%
Bravo Murillo	54%
Cuenca	2%
Don Quijote	0%
Dulcinea	4%
Glorieta de Cuatro Caminos	47%
Huesca	75%
Orden	7%
Oviedo	5%
Teruel	57%
Ticiano	7%

Tabla. Fronteras sociales dentro del suburbio. Alquileres más altos y más bajos. Media de Cuatro Caminos: 12,21 pesetas/mes. Fuente: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1905[52].

Diferencia entre calles en función de la concentración de trabajadores manuales	
Calles	**Trabajadores manuales**
Artistas	76%
Ávila	0%
Bravo Murillo	65%
Cuenca	90%
Don Quijote	81%
Dulcinea	84%
Glorieta de Cuatro Caminos	26%
Huesca	67%
Orden	86%
Oviedo	91%
Teruel	50%
Ticiano	95%

Tabla. Fronteras sociales dentro del suburbio. Concentración de trabajadores manuales. Media de Cuatro Caminos: 79%. Fuente: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1905. Trabajadores mayores de 14 años.

[52] Las diferencias solo eran significativas dentro del suburbio. Para el conjunto de Madrid, en esta tesis doctoral fijamos en 15 pesetas el límite entre los alquileres muy bajos y los mínimos, lo que refleja que la práctica totalidad de viviendas del barrio (a excepción de un puñado de edificios de las calles Ávila, Teruel o Bravo Murillo) ocupaban el último escalón del plano de alquileres de la capital. La mayoría de barrios de la ciudad se situaba entre las 40 y las 120 pesetas.

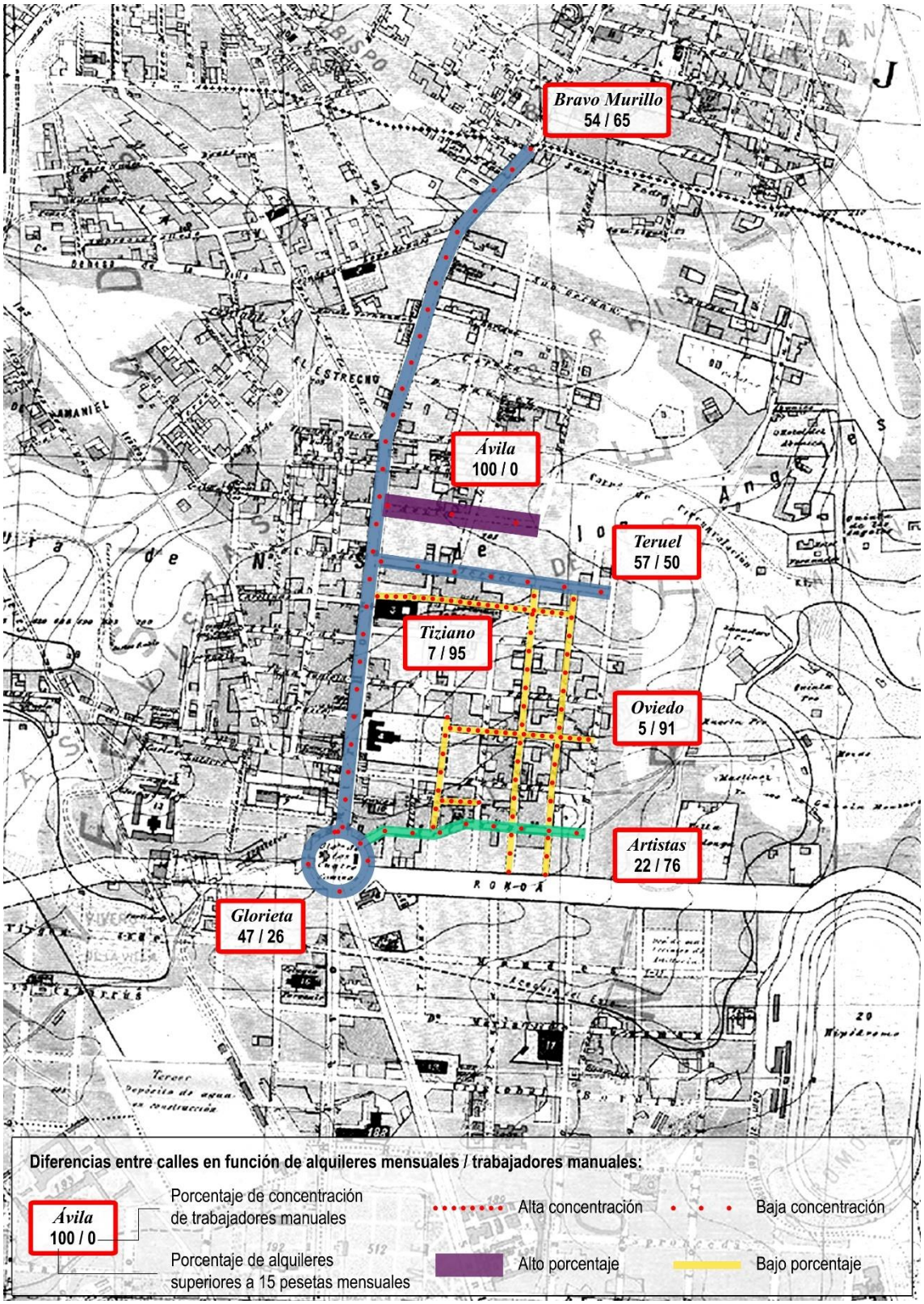


Figura. Fronteras sociales dentro del suburbio. Comparativa de trabajadores manuales y alquileres por calles de Cuatro Caminos. Elaboración propia a partir de Facundo CAÑADA: *Plano de Madrid y pueblos colindantes al empezar el siglo XX*, Madrid, 1900 y AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1905.

El crecimiento de Cuatro Caminos supuso también el surgimiento de cierta estructura social y la aparición de grupos organizados que trataban de capitalizar el descontento o de articular una respuesta propia a los problemas cotidianos. Canuto González era algo así como un notable del suburbio. Formaba parte de la elite social del vecindario junto con los Vicente Morata, José Cernuda, Fructuoso del Toro o Ramón Pulido. La cabeza del ratón en la capital del Madrid proletario. Pequeños industriales que montaban las fiestas de la barriada, gozaban de cierta ascendencia en las calles de Cuatro Caminos y que con motivo de la querella fiscal con el Ayuntamiento se hermanaron en defensa de sus intereses comerciales. Al principio, únicamente trataban de tomar las riendas de un conflicto irresoluble a golpe de motín. Con el tiempo, su liderazgo levantó ampollas en la comunidad y dibujó las primeras grietas en el compacto bloque de quienes rechazaban el impuesto. Hasta ese momento había reinado la unanimidad.

Al margen de la arbitrariedad de los empleados de consumos y el padecimiento constante que esta desataba, los tenderos del extrarradio se consideraban particularmente perjudicados por la manera en que la ley determinaba que habían de contribuir al pago del impuesto. Según el reglamento, los comercios ubicados fuera del radio fiscal tenían que abonar únicamente el 50% del tipo por cada uno de sus productos, mientras que los del interior de la ciudad satisfacían el importe íntegro. En la práctica, sin embargo, la propia dinámica mercantil obligaba a los industriales de los suburbios a pagar dos veces por los géneros que vendían en sus negocios. Una comisión comandada por Canuto González así lo expresaba en una queja de marzo de 1897:

> Vamos al fielato, aforamos nuestros géneros al 50 por 100 como la ley lo exige y pasan a nuestros establecimientos. Pero cualquiera, un amigo, uno de la familia o un transeúnte que vive en la población [en el interior de Madrid] compra uno de nuestros artículos, pide se lo remitan a domicilio, y es evidente que nosotros al pasarlo por el fielato tenemos que pagar el 100 por 100. Con el 50 que ya se ha satisfecho, resulta el 150, mientras que el industrial de la población no paga más que el 100 por 100. Estamos, pues, los industriales de las afueras en peores condiciones que los de la población[53].

Los tenderos de la periferia se sentían maltratados, pues además de la desigualdad fiscal ya denunciada, habían de soportar toda clase de chismes sobre su supuesta connivencia con los matuteros. Lo decían los comerciantes del centro. Lo dejaban caer los periodistas. Incluso las memorias encargadas por la corporación municipal los situaban en el punto de mira. Bien por las exenciones legales, bien por su presunta amistad con los contrabandistas, los industriales del extrarradio eran el chivo expiatorio de la baja recaudación de consumos que tanto angustiaba al Ayuntamiento. Conscientes de todo lo que les unía, los comerciantes de las zonas, que así es como eran conocidos quienes tenían su negocio al otro lado de la aduana fiscal, decidieron sumar fuerzas. Comenzaron a reunirse en asambleas, designaron representaciones, convocaron mítines. Lo que fuera con tal de revertir la situación y mejorar su economía. La clase mercantil de Cuatro Caminos, Prosperidad, Ventas y toda la corona de suburbios que envolvía la capital respondía a las insinuaciones y críticas con asociacionismo y autoorganización.

[53] *El País*, 25 de marzo de 1897.

La actuación de los industriales suministra al menos tres claves de innegable trascendencia para ponderar el cambio de cultura política que se estaba gestando en las afueras. Por un lado, se trataba de la primera ocasión en que un grupo de ciudadanos al margen de los partidos de la Restauración escenificaba en el plano de la política oficial las diferencias de trato entre espacios urbanos y utilizaba esta disparidad como caballo de batalla y arma arrojadiza. Tal vez fue entonces, en el marco de esta disputa entre los intereses de la periferia y los de la ciudad consolidada, cuando se generalizó un estilo populista reivindicativo (el hablar en nombre de "los que desgraciadamente vivimos en los extrarradios" y otras fórmulas similares) que encabezará protestas y peticiones vecinales durante décadas y que encontramos en cartas de los industriales a los periódicos en este momento[54]. El segundo elemento a destacar guarda relación con la propia fisonomía transbarrial de la movilización. Puente de Segovia y Cuatro Caminos podían estar muy alejados en un plano físico, pero sus habitantes confrontaban idénticos problemas. Estas ligas de pequeños tenderos coordinadas desde abajo y vinculadas a través del espacio eran todo un adelanto político: los comerciantes de cada una de las zonas se reunían en asambleas, alcanzaban acuerdos colectivos y escogían delegados que se entrevistaban con los gobernantes[55]. Finalmente, un tercer atributo de esta política del suburbio estaba relacionado con el rol desempeñado por la gente corriente. Canuto quizás era la persona más conocida del extrarradio norte, un tipo pudiente en un océano de pobreza, pero no pasaba de ser un bodeguero de tres al cuarto en comparación con los taberneros de los barrios acomodados de la ciudad. En 1895, por ejemplo, tan solo abonaba 36 pesetas de contribución industrial a las arcas municipales. Una cantidad irrisoria. Poco pedigrí para codearse con las autoridades y llevar la representación de cientos de compañeros. Y, sin embargo, ahí estaba, escribiendo una historia no pensada para él[56].

A pesar de estas singularidades, como no podía ser de otra forma, la actividad de los industriales del suburbio también guardaba puntos de afinidad con la cultura liberal entendida como una práctica de gobierno o una manera de vincular a las élites y las clases populares. En cierta medida, los tenderos asociados trataban de reproducir la política de intermediación tan cara a la tradición liberal, si bien lo hacían a pequeña escala por lo modesto de sus fortunas y la condición jornalera del extrarradio. Luchando por bajar los tipos a abonar defendían los intereses de todos los vecinos, fueran vendedores o consumidores. Fructuoso del Toro, Vicente Morata y compañía buscaban ser el enlace entre los políticos profesionales y la comunidad. Partían de una posición privilegiada para ello, pues tenían contacto directo con la población de la periferia. Ya

[54] Un ejemplo, del que se toma la frase entrecomillada, en el escrito enviado por Canuto González a *El Liberal*, 26 de marzo de 1897.

[55] Se puede ver el funcionamiento interno de estas ligas a través de sus propios escritos en prensa dando cuenta de sus gestiones. Por ejemplo, *El País*, 26 de octubre de 1894. Una muestra de reunión de zona en *El País*, 1 de julio de 1894.

[56] AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1895. Para poder valorar la diferencia con otras áreas de la ciudad, véase Santiago DE MIGUEL: *Madrid, los retos de la modernidad. Transformación urbana y cambio social (1860-1931)*, Tesis Doctoral, Madrid, UCM, 2015. El contraste era radical. En las zonas más pobres de casco antiguo, aquellas que serían arrasadas por la piqueta de la Gran Vía, la media de contribución industrial pagada por propietarios de tiendas y talleres era de 217 pesetas en 1905 (véase p. 607). Los datos de empadronamiento de Canuto González en ese mismo año, cuando ya había trasladado su negocio a la enorme finca de Villa Constancia, muestran una cantidad muy inferior. Pagaba 134 pesetas.

se habían ganado su confianza. Les despachaban los comestibles, les servían los chatos de vino, les dejaban a fiar. Incluso, como en el caso de Canuto, eran aclamados por la multitud en los mítines. Se habían convertido en figuras imprescindibles para el día a día y, sirviéndose de esa cercanía, quisieron presentarse como la mejor baza para salvaguardar los intereses de la barriada, que identificaban con los suyos propios.

La cuestión de los conciertos comerciales con la administración acabó siendo la prueba de fuego para medir la salud de esa política de vínculos escalonados y relaciones piramidales y delegadas. Muchos industriales de las afueras estaban convencidos de que el tiempo de los motines tocaba a su fin. El futuro pertenecería a aquellos que supieran llegar a acuerdos ventajosos con la administración liberal, explicaban a sus vecinos. Sin embargo, ni todos los industriales compartían intereses ni las ambiciones de esta pequeña aristocracia comercial coincidían con las preocupaciones del habitante medio del suburbio.

Las fricciones asomaron tan pronto como el Ayuntamiento quiso renegociar la recaudación en el extrarradio. Las zonas ubicadas fuera de la línea fiscal contribuían con un cupo calculado en función del número de habitantes y sufragado en primera instancia por los industriales que desearan concertarse con la administración[57]. Los llamados concertados adelantaban las cantidades acordadas al Ayuntamiento a costa de encarecer el precio final de sus productos. Al principio la población residente en las zonas era prácticamente insignificante, pero con el tiempo había aumentado hasta superar las 30.000 personas[58], por lo que a finales de siglo los suburbios se habían convertido en caramelos demasiado apetecibles para los técnicos municipales y el Ayuntamiento comenzó a exigir cantidades cada vez más altas para fijar el concierto. Solo un puñado de industriales en busca de respetabilidad o ganancias a futuro se mostraron favorables a aceptar las nuevas cuotas. Si luego venían mal dadas siempre podrían repercutirlo sobre el bolsillo del consumidor. En cambio, para los vecinos, aquellos que sufrían en sus carnes las limitaciones al tránsito, los decomisos y las palizas, toda entente con la administración que había permitido aquellos excesos era una claudicación intolerable. Una traición. Y así se lo harían saber a los industriales concertados. Cuatro Caminos no era tierra fértil para el cultivo de la política de notables. Y eso, por sí mismo, ya era una novedad.

Los primeros conatos de concierto se remontaban a 1894. Ya entonces comenzó el runrún en la barriada. Las miradas esquivas. El sambenito de especuladores[59]. Nada comparable, no obstante, con lo que sucedió en 1897. Agobiado por las imperiosas obras públicas que la nueva fisonomía urbana demandaba, el Ayuntamiento de Madrid se planteó arrendar la explotación de los fielatos como vía para incrementar sus ingresos. Los defensores de la fórmula alegaban que la gestión privada combatiría de modo más eficaz el fraude que diezmaba anualmente las cuentas municipales[60]. En las

[57] Sobre los conciertos y la forma de fiscalización en las afueras véase *Reglamento provisional para la administración y exacción del impuesto de consumos*, Madrid, Imprenta y Litografía Municipal, 1896, especialmente el capítulo V "Recaudación en el extrarradio" (pp. 21-25).
[58] *Expediente instruido en el Excmo. Ayuntamiento de Madrid sobre el arriendo de la cobranza del impuesto de consumos en el término municipal*, Madrid, Imprenta y Litografía Municipal, 1897, p. 20.
[59] *El País*, 26 de octubre de 1894.
[60] *Expediente instruido en el Excmo. Ayuntamiento de Madrid sobre el arriendo de la cobranza del impuesto de consumos en el término municipal*, Madrid, Imprenta y Litografía Municipal, 1897.

afueras, por el contrario, temían que la privatización del servicio y el apetito de ganancias de la empresa arrendataria trajera consigo nuevos abusos y despotismos aún mayores. No en vano, como recuerda Luis de la Cruz, los gastos de personal e infraestructuras correrían a cargo del rematante[61]. Mal asunto para los trabajadores del suburbio que cada día se movían a Madrid o para las vendedoras ambulantes que hacían su vida en las calles. Si la frontera ya era temible, más lo era que sus guardianes no tuvieran que rendir cuentas ante la administración.

Después de meses de debate público, la junta municipal presidida por Sánchez de Toca resolvió el arriendo del tributo y fijó para el 6 de agosto la celebración de la subasta[62]. Además, elevó el tipo a pagar por las zonas al futuro arrendatario hasta las 576.000 pesetas y dispuso un impuesto del 50% sobre las mercancías que salían del centro para ser vendidas en el extrarradio. Como ha mostrado la historiografía sobre la protesta social en el campo y las pequeñas ciudades del interior, el momento de la puja era la ocasión preferida por los miembros de la comunidad para irrumpir en mitad de la licitación y obligar al alcalde a suspender el contrato de cobranza privada[63]. Sin embargo, en las afueras de la gran ciudad los ánimos ya se habían caldeado suficientemente durante las semanas previas, por lo que no hubo que esperar a la subasta para que estallara el conflicto. Ya a mitad de julio surgieron los primeros disturbios cuando una comisión de industriales encabezada por Canuto González se avino a negociar con el alcalde las 576.000 pesetas que los comerciantes de las zonas habrían de pagar al rematante. La suma, que el Ayuntamiento justificaba por el aumento de población en el extrarradio, multiplicaba las cifras de años anteriores y resultaba inadmisible para la mayoría de tenderos[64].

El vecindario era un hervidero. Los industriales trataron de conciliar posturas en una gran asamblea. El objeto de la reunión no era otro que acordar la cantidad que podían ofrecer al alcalde por el concierto. Uno por uno los delegados de las zonas tomaron la palabra para denunciar a los industriales conchabados con Sánchez de Toca. Canuto fue de los peor parados y a punto estuvo de ser linchado cuando defendió el convenio propuesto por las élites del centro de la ciudad. Tras nuevas intervenciones y broncas, los reunidos desautorizaron las comisiones negociadoras y nombraron otras nuevas con el fin de establecer un concierto que no superara las 255.000 pesetas. Entre

[61] Luis DE LA CRUZ: "Los motines por el arriendo de consumos en 1897", texto inédito. Agradezco a su autor la consulta, que ha resultado clave para situar los términos del conflicto.

[62] Puede verse el proceso en *Escritura de arrendamiento por dos años económicos y lo que resta del presente, de los derechos de consumos y arbitrios municipales de esta capital, otorgada en 28 de agosto de 1897 por el Excmo. Sr. D. Joaquín Sánchez de Toca y Calvo*, Madrid, Imprenta Municipal, 1897.

[63] Demetrio CASTRO: "Protesta popular y orden público: los motines de consumos", en José Luis GARCÍA DELGADO (ed.): *España entre dos siglos, 1875-1931. Continuidad y cambio*, Madrid, Siglo XXI, 1991, pp. 109-123; Carlos GIL ANDRÉS: *Protesta popular y orden social en La Rioja de fin de siglo, 1890-1905*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1995, pp. 59-72; Víctor LUCEA: "El orden del caos: los motines antifiscales en Aragón. 1890-1911", en Ignacio PEIRÓ, Pedro RÚJULA (coords.): *En construcción: historia local contemporánea*, Zaragoza, Instituto Fernando El Católico, 2003, pp. 247-266.

[64] Las sumas de años anteriores y las expectativas de recaudación del Ayuntamiento en *Expediente instruido en el Excmo. Ayuntamiento de Madrid sobre el arriendo de la cobranza del impuesto de consumos en el término municipal*, Madrid, Imprenta y Litografía Municipal, 1897, p. 19.

otros firmaban la instancia Isidro Ibarra o José Rodríguez, antiguos amigos de Canuto que no pensaban plegarse tan fácilmente a los deseos del Ayuntamiento[65].

Según la crónica, Canuto se libró de la agresión de sus compañeros por la rapidez con que se encaramó a uno de los palcos del teatro en que se celebraba la asamblea huyendo de la quema. Cuando la economía o los derechos consuetudinarios estaban en juego las gentes del suburbio no se andaban con chiquitas. Sus protagonistas entonces no lo sabían, pero aquello solo era el aperitivo. El plato fuerte lo pondrían los vecinos unos días más tarde, cuando el extrarradio entero se puso en huelga ante la negativa del alcalde a reducir los tipos. Aquellas jornadas abrieron la puerta a cuatro años de reivindicaciones y enfrentamientos callejeros que redefinieron las relaciones de poder en la barriada y supusieron un primer triunfo de la política popular del suburbio sobre las formas organizadas del liberalismo que de alguna forma representaban estos industriales. Cuatro años que dejaron una huella imborrable en el vecindario y un aviso para navegantes a las élites urbanas[66].

3. Asaltos, parodias, incendios. El cuatrienio antifiscal y el triunfo de la política popular sobre la política de notables

A finales de julio, el conflicto se hallaba en un punto de plena efervescencia. El día 28 comenzó a regir el convenio con los industriales concertados y a la mañana siguiente cerca de 3000 tenderos y vecinos de las distintas zonas marcharon en procesión hasta la Plaza de la Villa para exigir al alcalde su inmediata suspensión. Junto a las razones de índole económica alegaban también que los concertados no contaban con el consentimiento del estamento comercial del extrarradio. No representaban a nadie, lastimaban los intereses de todos y, además, lo hacían a sus espaldas. Un cóctel que se volvió explosivo cuando el Ayuntamiento se mantuvo en sus trece y se negó a recibir el documento de protesta elaborado por los manifestantes. La situación era de gran emergencia. Para *El País* resultaba evidente que tanto el arriendo como el concierto suponían depositar toda la presión fiscal sobre los hombros de los pobres, "y como en las afueras de Madrid viven los verdaderamente necesitados y son muchísimos -señalaba el periódico-, no es aventurado asegurar que estamos en vísperas de un conflicto serio". Lo mismo debían de temer las autoridades, puesto que desde la misma noche del 29 se concentraron junto a los fielatos y en otros lugares del extrarradio fuertes retenes de orden público. La frontera física, social e impositiva sería también esos días un fortín policial[67].

[65] *El Día*, 14 de julio de 1897. La respuesta de Canuto en prensa en *El Liberal*, 17 de julio de 1897.
[66] Estos cuatro años de intensificación de la protesta y difusión de las fórmulas más subversivas entre todos los estratos sociales, incluidos los menos movilizados, concordarían con el concepto de "ciclo de protesta" utilizado por los teóricos de la acción colectiva. Véase Sidney TARROW: *El poder en movimiento*, Madrid, Alianza, 2004; Rafael CRUZ: *Protestar en España, 1900-2013*, Madrid, Alianza, 2015.
[67] *El País*, 30 de julio de 1897.

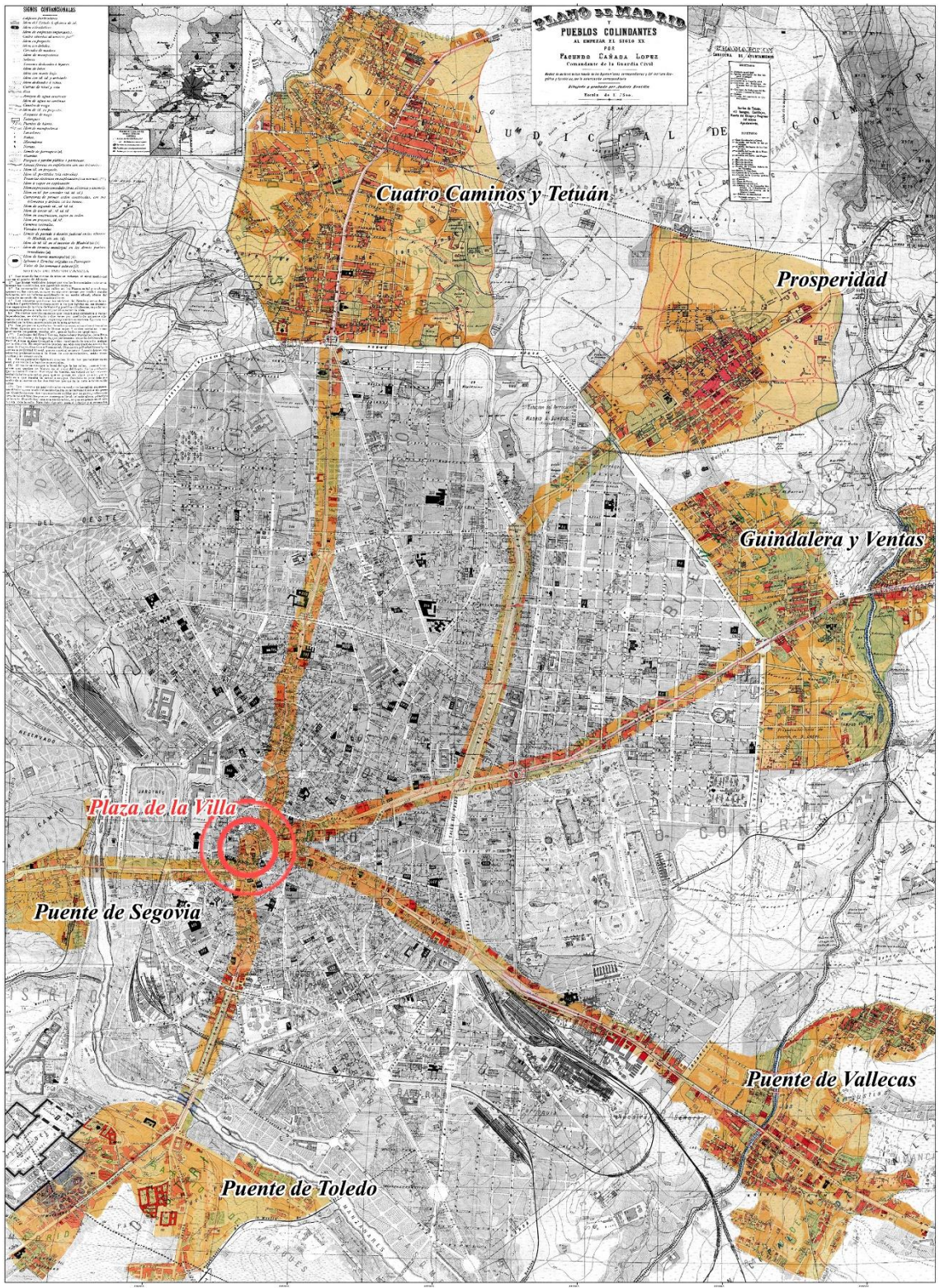


Figura. Manifestación de vecinos y tenderos de las distintas zonas ante el Ayuntamiento. Elaboración propia a partir de Facundo CAÑADA: *Plano de Madrid y pueblos colindantes al empezar el siglo XX*, Madrid, 1900.

Los hechos pronto demostraron que las sospechas de unos y las prevenciones de otros estaban justificadas. Los suburbios vivían en completa agitación: reuniones, asambleas, recogidas de firmas, insultos, golpes. En una taberna de Cuatro Caminos se

reunieron 80 comerciantes que acordaron echar mano de todos los medios precisos para impedir el concierto, incluido el cierre de tiendas y la baja en la contribución industrial. En torno al fielato hubo algunas escenas violentas entre mujeres de la barriada y vigilantes, así como ataques a propietarios e industriales, siendo el más sonado el sufrido por Canuto González. Al parecer, Canuto merodeaba cerca del fielato cuando "un grupo bastante numeroso trató de agredirle, pudiendo evitar la catástrofe los guardias de seguridad que prestan servicio en dicho fielato". Además, añadía la noticia, "desde esta mañana Canuto tiene que salir acompañado de algunos policías que le dan escolta". El intento de agresión daba la medida del estado levantisco en que se encontraba el extrarradio. Tenderos y vecinos estaban dispuestos a llegar hasta el final en su pulso con el Ayuntamiento y por ello los representantes de las zonas declararon el cierre generalizado para el lunes 2 de agosto[68]. Era hora de volver a las calles[69].

A las seis de la mañana el extrarradio madrileño amaneció en son de guerra. Había llegado el día del "justo resarcimiento"[70]. La muchedumbre recorría los barrios para garantizar que todos cumplieran el cierre pactado. Los pocos que osaron abrir, los concertados, lo pagaron caro y terminaron cerrando antes o después por imperativo popular. El que regía en los suburbios. Los guardias de las afueras telegrafiaban a sus superiores dando cuenta del paisaje que presenciaban. Puente de Segovia, asaltos. Ventas, motín. Cuatro Caminos, graves disturbios. En todo el extrarradio se sucedían las mismas escenas de protesta, si bien fue en este último lugar, en la periferia norte de Madrid, donde el conflicto alcanzó su clímax. Cuatro Caminos era el primer suburbio en importancia demográfica, aquel en el que residían más beneficiarios y víctimas del concierto[71]. Allí Canuto González desempeñó un papel central en el desarrollo de los acontecimientos. Con total naturalidad, incluso con cierta arrogancia, Canuto abrió su negocio a primera hora de la mañana, desobedeciendo así el acuerdo de los industriales de las afueras. Dieciséis comerciantes más de Cuatro Caminos siguieron su ejemplo. Poco les iba a durar la tranquilidad. Instantes después la traición era *vox populi* en la barriada. En un abrir y cerrar de ojos se formaron corros de mujeres indignadas que presionaban a las puertas de las tiendas concertadas:

> Provistas todas de grandes cantos, que a un lado y a otro de la carretera [la calle de Bravo Murillo] hay hacinados, paráronse frente al establecimiento.

---

[68] Respecto al cierre de tiendas, se trata de una práctica contestataria de larga tradición para los comerciantes madrileños. En 1845, por ejemplo, los tenderos de la capital acordaron cerrar sus negocios en protesta por la reforma tributaria planteada por los moderados el día que comenzaban a regir las nuevas tasas. El conflicto terminó desembocando en motín y acontecimientos violentos. Véase Diego PALACIOS CEREZALES: "Ejercer derechos. Reivindicación, petición y conflicto", en María SIERRA, María Cruz ROMEO (eds.): *La España liberal, 1833-1874* (vol. II de *Historia de las culturas políticas en España y América Latina*), Madrid, Marcial Pons, 2014, p. 266.

[69] *El Imparcial*, 31 de julio de 1897 y *El Liberal*, 1 de agosto de 1897. Se desconoce si la elección de la fecha fue o no azarosa. El lunes, "san Lunes," era desde los tiempos modernos un día de absentismo laboral y la jornada predilecta para protestar contra los excesos de los patronos o los abusos de los especuladores. Los dos grandes motines de subsistencias de principios de siglo XX, el de 1907 y el de 1914, tuvieron lugar igualmente en lunes. Sobre su significación: Francisco SÁNCHEZ PÉREZ: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid 1901-1923*, Madrid, Cinca, 2005, pp. 33-105.

[70] *El País*, 3 de agosto de 1897.

[71] Cuatro Caminos debía aportar un tercio del total que el Ayuntamiento demandaba a las zonas, que eran ocho. Véase *Expediente instruido en el Excmo. Ayuntamiento de Madrid sobre el arriendo de la cobranza del impuesto de consumos en el término municipal*, Madrid, Imprenta y Litografía Municipal, 1897, p. 19.

- Cierre usted, tío *gordinflón*, o le hacemos cerrar a la fuerza -exclamó una.

Canuto no hizo caso y continuó colocando banquetas. Entonces la misma voz gritó:

- ¡A ese *barrigas*!

Y al momento cayó una verdadera lluvia de piedras sobre el establecimiento. Canuto se refugió en el interior del establecimiento, pero otra segunda descarga dio en tierra con botellas y vasos que cayeron hechos pedazos. Canuto hizo señas de que iba a cerrar pero ya era tarde. Aquella muchedumbre se precipitó en el establecimiento, tratando de hacer presa en Canuto, que tuvo la suerte de meterse en las habitaciones interiores, lo que le libró de ser destrozado por las irritadas mujeres. Y al grito de guerra de ¡Muera Canuto! destrozaron todo cuanto sobre el mostrador hallaron, fueron luego a la trastienda y abrieron las bocas de los pellejos, convirtiendo el suelo en un lago de vino, las banquetas y vasos fueron arrojadas en alto, el mostrador abollado con piedras y palos… en fin, un verdadero destrozo[72]

El otrora querido Canuto, aquel que antaño comandaba los alborotos contra los *consumeros* y se partía la cara por los suyos, era ahora víctima de la ira de la multitud. La protesta no había hecho más que empezar. La *visita* a la taberna de Canuto era la primera de un largo recorrido de escarmiento y castigo. Después vino la carnicería de Vicente Morata, apodado *El Guerrillero*, que tuvo que escapar de su casa a todo correr. Y las tiendas de Julián Sanz, Fructuoso del Toro, Luciano Peña y otros más. Más tarde fue el turno de los establecimientos de comestibles de Lucas Fernández, pionero de la barriada y propietario de dos expendedurías denominadas "Las Carolinas" y "Punta Brava". Todos los comercios atacados estaban ubicados en Bravo Murillo, la glorieta o alguna bocacalle. Las amotinadas, en cambio, procedían de los rincones más recónditos del suburbio. Era algo así como una revuelta de las vecinas de las calles angostas contra los negocios de las calles grandes, que habían dejado de contar con ellas[73].

Tienda tras tienda la mecánica era la misma: apedreamiento, entrada, destrozos e inutilización del género. Todo estaba ritualizado, desde las amenazas y la ejecución hasta la apariencia. Tal vez por ello, las asaltantes del establecimiento de Vicente Morata arrojaron sobre la calle los trozos de carne extraídos para que nadie creyera que su ánimo era saquear el comercio[74]. Aquello era un tribunal que impartía la *justicia* de los de abajo, devolvía a los responsables el perjuicio causado y reintegraba el honor mancillado de la comunidad. Eran vecinas honradas y una marea de chiquillos, no una banda de delincuentes. Su labor era catártica, nunca devastadora[75]. No obstante, y a pesar de que la historiografía ha bautizado este tipo de motines como episodios de

[72] *El País*, 3 de agosto de 1897. El subrayado es nuestro.
[73] *El Liberal*, 4 de agosto de 1897 y AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1895 y 1900.
[74] Otra cosa es lo que sucedía cuando el motín se dirigía no contra un particular sino contra el fielato y sus guardeses como representantes de un sistema económico. Quizás entonces el saqueo fuera una práctica aceptable. Así, en sus memorias el anarquista Pedro Vallina, que frecuentaba la barriada por ser esta lugar de residencia de algunos de los libertarios más famosos de Madrid, recordaba un episodio de asalto y algarabía popular: "Encontrándome un día en los Cuatro Caminos fui testigo y partícipe de un violento motín contra las casetas de cobro del impuesto de consumos, una de ellas, que servía de almacén a los productos decomisados, fue saqueada por la muchedumbre, llevándose para saciar el apetito buen número de jamones y botellas de vino. Aquella noche cenó y bebió bien la gente de la barriada, yo entre ellos". Véase Pedro VALLINA: *Mis memorias*, Madrid, Libre Pensamiento, 2000, p. 51.
[75] David GARRIOCH: *The Making of Revolutionary Paris*, Berkeley, University of California Press, 2002, pp. 115-141.

violencia selectiva contra las cosas, rara vez contra las personas, el tropel de vecinas tenía a los concertados en su punto de mira. Seguramente fue entonces cuando se produjo aquel ahorcamiento de un gato propiedad de Canuto que figuraba ser su amo. Las mujeres colgaron al felino, lo despellejaron y tras pasearlo en procesión por varias calles, clavaron su cadáver en la puerta del negocio de Canuto. Las piedras fueron el primer aviso. La huida a marchas forzadas de los tenderos, el segundo. El estrangulamiento del animal era una declaración de intenciones de lo lejos que podía llegar la cultura de la irreverencia en el suburbio[76].

Cuatro Caminos era una pequeña república en distintos planos que se interrelacionaban. Físicamente, por su distancia respecto a la ciudad y por su naturaleza periférica, situada la barriada como estaba al otro lado de la frontera. Socialmente, por la condición proletaria y mísera de una aplastante mayoría de habitantes que contrastaba con el componente interclasista que bañaba otras áreas de la ciudad. Pero también antropológicamente, pues Cuatro Caminos era en cierta medida un mundo aparte que se gobernaba de acuerdo con sus propios códigos de conducta, como la cultura de los artesanos del Antiguo Régimen. Ya fuera por el origen inmigrante de muchos vecinos, ya por la falta de integración en el circuito cosmopolita de la gran ciudad, ya porque la práctica política liberal y escalonada nunca hubiera terminado de enraizar en los suburbios, lo cierto es que en Cuatro Caminos los desórdenes iban más allá de la simple liturgia de restauración del equilibrio típica de los motines de subsistencias en los barrios populares del casco antiguo. En el extrarradio la violencia era menos comedida, los objetivos más explícitos y el *juego* de presión a los industriales díscolos, en consecuencia, no estaba tan sujeto a las costumbres en común o las deferencias y jerarquías tácitamente aceptadas[77]. Quizás porque había faltado tiempo para tejerlas o argamasa para consolidarlas. El barrio existía desde hacía un par de décadas, se mantenía moderadamente separado del meollo de la vida urbana y era anualmente invadido primero por cientos y luego por miles de nuevos vecinos. Unas circunstancias muy distintas a las vigentes en los barrios del Madrid popular, con una población más estanca y un buen número de comerciantes, funcionarios o pequeños empleados que

[76] El ahorcamiento del gato en *El Imparcial*, 3 de agosto de 1897. Canuto envió una carta a *El Liberal* negándolo y afirmando que el animal gozaba de buena salud: *El Liberal*, 5 de agosto de 1897. El valor simbólico de los gatos y su relación con la protesta popular contra los burgueses en Robert DARNTON: "La rebelión de los obreros: la gran matanza de gatos en la calle Saint-Severin" en *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, pp. 81-108.

[77] Así lo explica Francisco Sánchez Pérez a propósito de la diferente faz que tomaron los disturbios del pan de 1907 y 1914 en las distintas zonas de la capital: "Con respecto a la mayor violencia y desorden -y preocupación del orden público- en Cuatro Caminos que en los distritos del sur, nosotros lo explicamos en términos de *experiencia* en el desarrollo de la acción colectiva de confrontación. Los trabajadores del Madrid popular tenían más arraigo en las tradiciones de protesta de la ciudad, se habían criado con ellas y conocían y confraternizaban -dentro de lo que cabe- en mucha mayor medida con los tenderos, vendedores y otras "víctimas" […] Cuando alguno cometía un "pecadillo", tenía que aguantar estoicamente su ración de granizo, el robo de la leña y los comentarios sobre la falta de peso y lo mal cocido que estaba el pan. Este "juego" no estaban tan arraigado sin duda entre los de las barriadas periféricas y habitantes del Extrarradio", Francisco SÁNCHEZ PÉREZ: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid 1901-1923*, Madrid, Cinca, 2005, p. 46.

vinculaban a los humildes con los líderes políticos a través de relaciones de corte clientelar[78].

Cuatro Caminos, por su parte, era la reserva del Madrid jornalero, una región poblada por los últimos de la fila donde la nota común, incluso entre los tenderos, era la pobreza. Solo en los últimos tiempos había tomado cuerpo una tímida aristocracia comercial cuyo liderazgo económico no se había traducido en una hegemonía política o cultural incontestable. Al contrario, esta estaba en disputa, y las escenas de aquella mañana así lo corroboraban. Había una lucha abierta y descarnada por las relaciones de poder en la barriada. En Cuatro Caminos todos habían sido iguales, pobres, pero honrados e iguales, hasta que una selecta fracción había buscado entenderse con las élites urbanas y había dado la espalda a sus vecinos. El concierto era una manera de decir a los traperos, a las vendedoras ambulantes, a los jornaleros y a los parados que ya no eran iguales. Rota la armonía comunitaria unilateralmente por los partidarios del arriendo, las manifestantes ya no debían ninguna consideración especial a los concertados. Su violencia tenía una expresión material evidente en forma de destrozos y desperfectos, pero contenía también un mensaje velado: los vecinos no aceptaban tutelas paternalistas de aquellos que anteponían las ganancias sobre el bienestar colectivo. En los suburbios eran los clientes quienes tenían la sartén por el mango. Al menos en las calles, donde a todas horas se escuchaban llamadas a "arrastrar" a los traidores[79].

Al margen de precisiones, la realidad era que el barrio estaba sumido en el caos. Las autoridades tuvieron que enviar a Cuatro Caminos cientos de policías y guardias civiles del interior de la ciudad, pues los allí destinados eran incapaces de domesticar la cólera del vecindario. Desde primera hora de la mañana de aquel 2 de agosto la calle Bravo Murillo ofrecía un aspecto imponente. Más de 3000 mujeres y niños avanzaban armados de guijarros, latas de petróleo y esteras viejas listas para ser quemadas en caso de que algún comercio precisara del fuego purificador. Como estandartes portaban algunas banderas rojigualdas con rótulos tan elocuentes como el consabido "¡Muera Canuto!" así como trapos negros que ondeaban atados a palos de escoba. La escena estaba cargada de simbolismo. Los guardias llegados de Madrid se apresuraron a guardar la puerta de los negocios, que en ese momento ya eran poco más que cementerios de piedras, grava y adoquines. Mientras tanto los grupos convirtieron la manifestación en un continuo pasacalles al grito de "¡Abajo los ladrones! ¡Abajo el concierto! ¡Mueran los arrendatarios!". Se movían con rapidez de un lado a otro en una mezcla de tumulto punitivo y comparsa festiva[80]. No en vano, las fiestas de la barriada en honor de Nuestra Señora de los Ángeles tenían lugar todos los años en esas fechas y quizás por ello las amotinadas se divirtieran cantando una jota compuesta *exprofeso* para la ocasión:

---

[78] Sobre la movilización intermediada y escalonada propia de las facciones del liberalismo véase Carlos HERNÁNDEZ QUERO: "El voto de la costumbre. Culturas políticas y crisis urbana en Madrid a comienzos del siglo XX", *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, 35 (2017), pp. 369-403.

[79] Los reporteros recogieron los continuos gritos que llamaban a "arrastrar" a Canuto y compañía. Véase, *La Época*, 2 de agosto de 1897. La costumbre de "arrastrar" al enemigo como forma de humillación pública hundía sus raíces en el Antiguo Régimen y fue readaptada como arma política en los albores de la revolución liberal. Véase Álvaro PARÍS: *Se susurra en los barrios bajos. Policía, opinión y política popular en Madrid, 1825-1827*, Tesis Doctoral, Madrid, UAM, 2015.

[80] Al parecer, los grupos bebían vino en la calle: *La Correspondencia de España*, 3 de agosto de 1897.

> La Virgen de Bellas Vistas / se ha quedao (sic.) sin corona / porque se han llevao (sic.) el dinero / los ladrones de las zonas.

La caravana de mujeres y niños imitaba las bandas que recorrían el barrio tocando a diana al amanecer de las jornadas festivas. Canuto González, Lucas Fernández y Fructuoso del Toro, tres de los comerciantes más afectados por los ataques de la multitud, formaban parte cada verano de la comisión organizadora de las celebraciones[81]. Si otros años los festejos eran el mejor escaparate del pequeño capital amasado por estos benefactores, aquellos días se perfilaron como el momento ideal para reivindicar algunos principios básicos de la cultura del suburbio, como el rechazo de los especuladores, el castigo de los traidores o el uso desregulado de las calles[82].

Las fuerzas de seguridad seguían indicaciones estrictas: salvaguardar el orden en la barriada, sofocar los ataques contra los inmuebles y, sobre todo, impedir que los grupos descendiesen sobre Madrid y se encontrasen en la ciudad con otros potencialmente subversivos como las verduleras o las cigarreras. Si había conflicto había que evitar que afectara a los órganos vitales del cuerpo urbano. Los retenes de orden público solo dejaron pasar a una nueva delegación de industriales no concertados que se dirigía a la Plaza de la Villa para conferenciar con el alcalde. Las mujeres los despidieron en la glorieta entre vítores:

> ¡No vuelvan ustedes hasta que echen abajo el concierto", "¡Pedir (sic.) la cabeza del *Guerrillero* y de Canuto!

Aupadas por el temor que los distintos sucesos habían infundido en las oficinas del Ayuntamiento, las voces de los comisionados tuvieron esta vez más eco que nunca y Sánchez de Toca se mostró favorable a negociar. La presión en las calles daba sus primeros frutos en los despachos de la política oficial. Sin embargo, a pesar de que el alcalde derogó el aforo de los géneros procedentes de Madrid, el concierto seguía en pie. Y con él, el vecindario de Cuatro Caminos.

A lo largo del día las cuadrillas de mujeres y chiquillos impusieron su ley en los suburbios. Los grupos se esparcían más de un kilómetro a lo largo de la antigua carretera de Francia. Ni siquiera las fuerzas enviadas eran capaces de contenerlos. Daban una carga aquí y se montaba un nuevo alboroto más allá. Desenvainaban los sables para proteger una propiedad y escuchaban el ruido de cristales rotos en un comercio aledaño. Aunque por la tarde todos los negocios concertados llevaban horas con el cierre echado, aquello no bastó para disuadir a las rondas de apedreadores. En Cuatro Caminos, la turba volvió a entrar en casa de Canuto y destrozó los pocos enseres que aún quedaban en su sitio. Por fortuna para el tabernero, los guardias encontraron a Canuto y su mujer, escondidos y abrazados en su alcoba, antes de que lo hicieran los asaltantes. Como medida de emergencia, las fuerzas de orden público escoltaron al

---

[81] *El Heraldo de Madrid*, 10 de agosto de 1899 y *El Liberal*, 29 de julio de 1900. Véase también el relato de las fiestas realizado por Ramón Pulido: *El Norte de Madrid*, 1 de agosto de 1916.

[82] Sobre las fiestas de la barriada puede verse Luis DE LA CRUZ: "Lo que las fiestas de Bellas Vistas y Cuatro Caminos de hace un siglo nos cuentan de un barrio en construcción", *Tetuán Combativo*. Disponible online en: http://tetuancombativo.org/lo-que-las-fiestas-de-bellas-vistas-de-hace-un-siglo-nos-cuentan-de-un-barrio-en-construccion/. Consultado el 20 de enero de 2019. La fiesta como repertorio que nutre la protesta y como ocasión para el motín en Carlos GIL ANDRÉS: *Protesta popular y orden social en La Rioja de fin de siglo, 1890-1905*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1995, pp. 133-138.

matrimonio hasta un vehículo que los llevó al domicilio de un familiar en el interior de la ciudad. En Cuatro Caminos no podían garantizar su seguridad.

Un poco más al norte, siguiendo la misma calle de Bravo Murillo, en Tetuán, las mujeres quisieron dar un último adiós a la carnicería de Vicente Morata, *El Guerrillero*. Los ánimos estaban soliviantados. En su camino hacia la tienda la muchedumbre había destrozado un tranvía que estaba parado en mitad de la calzada. Una vez ante el comercio, los grupos comenzaron el ritual de lapidación cuando el industrial y unos agentes de consumos hicieron fuego sobre los participantes. Lejos de amedrentarse, la pedrea vecinal arreció con más furia si cabe, cercando la tienda hasta que el *Guerrillero* y sus compinches se quedaron sin municiones y pusieron pies en polvorosa. Tras ellos corría un gentío enfervorecido que pedía a gritos la cabeza de los agresores. Una vez más, como ya era tradición, la Guardia Civil salvó a los *enemigos del pueblo* de un linchamiento seguro. Dichosa Guardia Civil, debieron de pensar las vecinas. De nuevo la multitud se quedó sin cobrar su presa[83].

La jornada siguió con choques y escaramuzas hasta que los grupos se retiraron a sus casas al caer la tarde. El saldo global era de más de 30 detenidos y unos cuantos heridos atendidos en la casa de socorro. El destino quiso que el mismo fielato contra el que protestaban sirviera como improvisado calabozo de los arrestados. A pesar de las detenciones y de la movilización policial, la noche no trajo la tranquilidad, solo una calma tensa que hacía presagiar nuevos disturbios al amanecer. Y así, con las primeras luces del día regresó la convulsión a cuenta de las gestiones ante el Ayuntamiento:

> - Todo eso es *coba* pura – decían las mujeres. El alcalde nos está *tomando el pelo*, pero ya verá si nosotras se lo cortamos a él. O no hay concierto, o no dejamos títere con cabeza. Estas y otras frases más duras y expresivas salían de los grupos. Se disponían ya las mujeres a proseguir la tarea de ayer, acabando de destrozar las tiendas de los concertados y a prenderles fuego, según decían algunas, cuando noticiosa de ello la Comisión se acercó a los grupos para calmarlos. Pretendían los individuos de la Comisión convencer a las mujeres de que permitieran abrir los establecimiento; pero fue inútil – De *ninguna de las maneras* – contestaban ellas, agregando: «Lo acordado es que las tiendas no se abran hasta que se anule el impuesto y quede todo como estaba antes, y ni por un Dios dejamos que abra nadie». Y en efecto: no hubo industrial, ni concertado ni enemigo del concierto, que abriera su tienda […] Cuando se disponía la Comisión de representantes a venir a Madrid para conferenciar con las autoridades, se le acercaron multitud de mujeres, y en actitud amenazadora prorrumpieron en desaforados gritos diciendo: «Si no traen ustedes la orden, es señal de que están vendidos a Canuto». – Queremos la orden esta misma tarde o no vamos a respetar nada[84]

Las vecinas se habían adueñado de la barriada. Durante un día habían ostentado el poder burlando la vigilancia policial y haciendo oídos sordos a las súplicas de los concertados. En las calles se sentían fuertes, nada torcía su voluntad. Ni siquiera las buenas palabras y los consejos de los comisionados. Habían esperado la revancha contra el odioso impuesto largo tiempo y no iban a arrugarse ahora. Justo lo contrario: los grupos parecían reafirmarse en sus reivindicaciones a medida que pasaban las horas y

[83] La jornada del 2 de agosto ha sido reconstruida a partir de las ricas crónicas aparecidas en *El País*, 3 de agosto de 1897 y *El Liberal*, 3 de agosto de 1897.
[84] *El Liberal*, 4 de agosto de 1897. El subrayado es nuestro.

los enviados a Madrid no alcanzaban ningún acuerdo. Era el momento de ir a por todas, de no aflojar ni un centímetro (la prensa habla de "juramentos de no retroceder hasta que la rescisión del concierto sea un hecho"), y por eso repitieron las carreras, las pedreas y los choques con los guardias. Incluso hubo un intento de toma del fielato para liberar a los vecinos presos, que el segundo día fueron muchos más. En medio de todo este ambiente de subversión y despliegue policial (más de 400 agentes de seguridad y destacamentos de caballería de la Guardia Civil dispuestos como si de un campamento militar se tratase) los comerciantes no concertados se veían en tierra de nadie. Por un lado, no querían hacerse responsables de los atentados contra la propiedad y los excesos de las amotinadas. Por otro, el alcalde se mostraba inflexible en el mantenimiento del cupo, lo que les dejaba en una frágil situación dentro de la correlación de fuerzas del vecindario. Habían apostado por la negociación y ahora la apuesta se volvía contra ellos. Desesperados y atemorizados por los tintes que parecía cobrar el conflicto, renunciaron a la representación y pidieron amparo al gobernador civil. Mantendrían sus comercios cerrados hasta el día 6, fecha de la subasta del arriendo, pero dejarían de liderar la protesta. Desde entonces, la revuelta sería cosa de mujeres plebeyas y jornaleros hambrientos. Una política sin marcos, sin jerarquías, autoorganizada[85].

Las mujeres actuaban con la legitimidad que les daba el ser las garantes de la economía familiar. Algunas eran verduleras, como Baltasara Sanz, otras eran amas de casa, como Juana Arroyo o Petra Montejo, pero todas eran víctimas de una fiscalización abusiva que causaba estragos en los domicilios de las afueras. El liderazgo femenino hundía sus raíces también en una presencia desacomplejada de las mujeres de las clases populares en las calles. Por una parte, esto era consecuencia de la vida del suburbio, donde lo precario de las casas y la ausencia de infraestructuras colectivas hacía de la calle el lugar de sociabilidad e interacción por antonomasia. Por otra, esa visibilidad obedecía a las propias necesidades de una economía familiar que no entendía de estrictas divisiones entre espacio público y privado, pues demandaba de las mujeres una constante implicación en actividades no formales como el cuidado de los niños de la vecina, los recados esporádicos, los trabajos en el lavadero, la recogida de basura o la venta ambulante. Las mujeres del extrarradio estaban acostumbradas a tener que buscarse la vida como fuera para cuadrar el presupuesto doméstico y en esa búsqueda habían roto barreras. De hecho, su condición de instigadoras o cabecillas en los alborotos vinculados a las subidas de precios, a la deficiente provisión de servicios o a la mala calidad de los alimentos estaba relacionada con un rol protector de los espacios de vida que se diseminaba más allá de las paredes del hogar. Como administradoras de los ahorros y las cuentas, eran ellas las primeras en notar las alteraciones en la cesta de la compra o las monedas de más pagadas en el fielato. La lucha contra el concierto y contra la frontera parecía, así, una responsabilidad femenina[86].

[85] Los sucesos de la jornada en *El País*, 4 de agosto de 1897 y *El Liberal*, 4 de agosto de 1897.

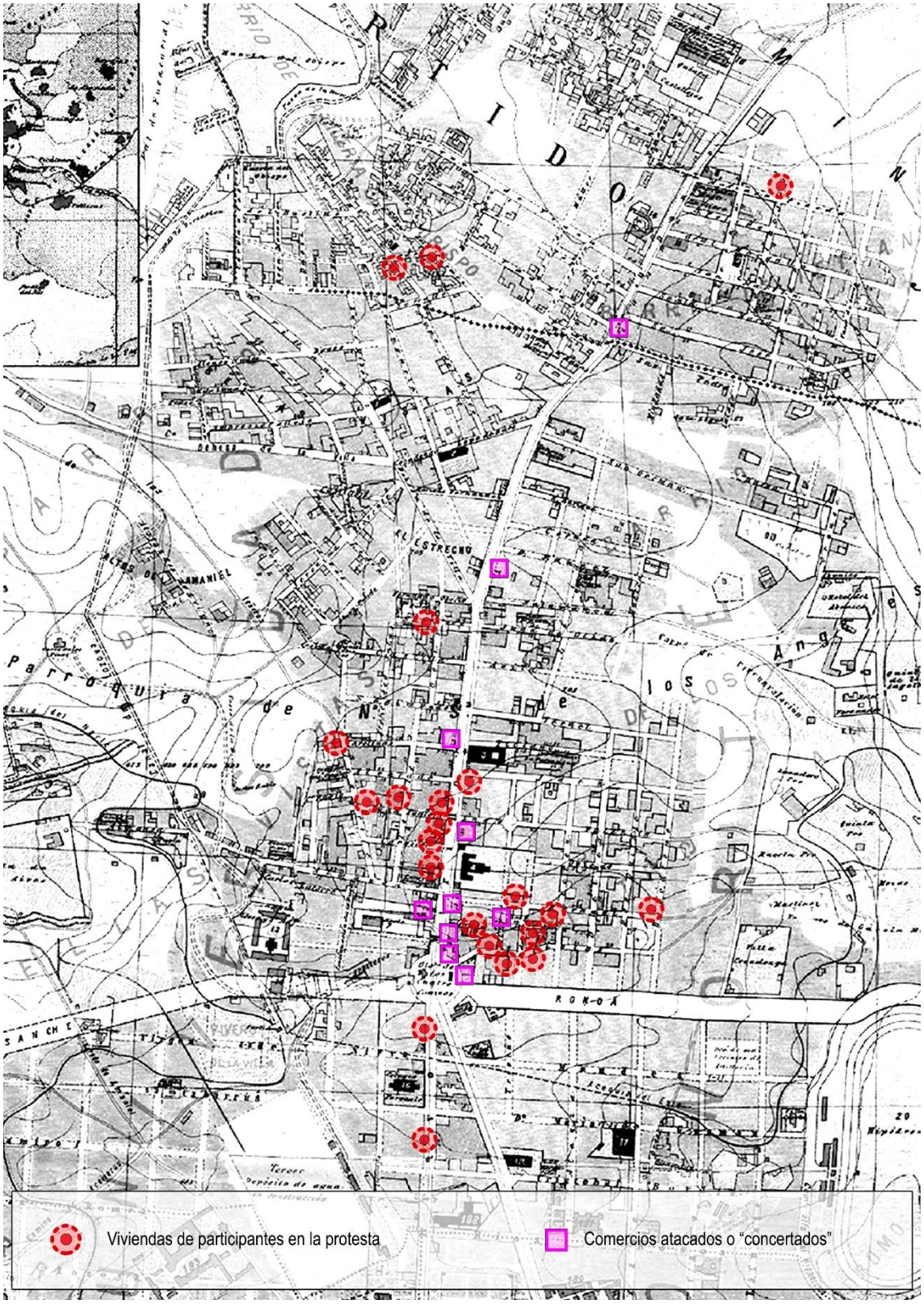
[86] Temma KAPLAN: "Female Consciousness and Collective Action. The Case of Barcelona, 1910-1918", *Signs. Journal of Women in Culture and Society*, 7 (1982), pp. 545-566; Carlos GIL ANDRÉS, *Protesta popular y orden social en La Rioja de fin de siglo, 1890-1905*, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 1995, pp. 93-101; Mónica BURGUERA: "La política de los paisajes campesinos en la ciudad: mujeres, niños y resistencia familiar en la Valencia de la segunda mitad del siglo XIX" en Mónica BURGUERA y Christopher SCHMIDT-NOVARA (eds.): *Historias de España Contemporánea: cambio social y giro cultural*, Valencia, Publicaciones de la Universitat de València, 2008, pp. 81-114; Rafael CRUZ: *Protestar en España, 1900-2013*, Madrid, Alianza, 2015.

Participantes en la protesta: detenidos y heridos	
Gabriel Roa	Artistas 11
José Jiménez Martín	Bravo Murillo 51
Pedro Sabater	Artistas 8
Canuto Ruiz	Artistas 7
Valentín Diez	Cicerón 5
Ángel Otero	Bravo Murillo 91
Alberto Noya	Bravo Murillo 83
Zacarías Díez	Carolinas 21
Valeriano Lino	Mariana Pineda 7 (Tetuán)
Baltasara Sanz	Bravo Murillo 61
Juana Arroyo	Artistas 6
Rosa Pérez	Juan Pantoja 10
Petra Montejo	Nuestra Señora del Carmen 5 (Tetuán)
Elvira Riego	Bravo Murillo 89
Pilar Molinero	Hipódromo 1
Catalina Vivero	Juan Pantoja 6
Cayetana del Olmo	Bravo Murillo 93
Encarnación Gómez	Bravo Murillo 110
Florentina Sancho	San Miguel 3 (Tetuán)
Benigna Pérez	Oviedo 2
Rosa Aragón	Hernani 5
Mercedes Valdés	Goiri 9
Valentina López	Guipúzcoa 2

Tabla. Participantes en la protesta. Fuente: Prensa citada a lo largo del capítulo y AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1895 y 1900.

Principales comercios atacados entre el 2 y el 6 de agosto de 1897	
Ultramarinos de Julián Sanz	Artistas 2
Despacho de vinos de Vicente Olmos	Bravo Murillo 74
Tienda de comestibles “Punta Brava”	Bravo Murillo 77
Taberna de Fructuoso del Toro	Bravo Murillo 88
Taberna de Canuto González	Bravo Murillo 92
Establecimiento de ropas de Silvino Espinosa	Bravo Murillo 98
Tienda de comestibles “Las Carolinas”	Bravo Murillo con Carolinas
Panadería “El Tahonero del Estrecho”	Bravo Murillo altura Estrecho
Carnicería de José Cernuda	Bravo Murillo, no ubicada
Despacho de vinos de Pedro Prieto	Istúriz 6
Carnicería de Vicente Morata	O’Donnell (Tetuán)

Tabla. Comercios atacados en agosto de 1897. Fuente: Prensa citada a lo largo del capítulo y AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1895 y 1900.



Plano. Geografía y participantes del motín antifiscal de 1897. Elaboración propia a partir de Facundo CAÑADA: *Plano de Madrid y pueblos colindantes al empezar el siglo XX*, Madrid, 1900.

No obstante, este enfoque ofrece la tentación de caer en una interpretación de corte funcionalista que situaría a un lado las luchas a liderar por las mujeres (sociales, cotidianas) y a otro aquellas reservadas a los hombres (ideológicas, políticas). Para resolver la falsa divisoria basta con señalar lo arbitrarias y escasamente operativas que resultan dichas categorías, demasiado herméticas para dar cuenta de una realidad mestiza e irreductible a tipos ideales. En ese sentido se antoja fundamental el recordatorio que hace Víctor Lucea a propósito de la participación femenina en los motines de final de siglo: "cuando las mujeres entran en la revuelta, vetadas como estaban de los asuntos públicos, están irrumpiendo de lleno en la política local"[87]. En la medida en que lo urbano y lo inmediato eran centrales y omnipresentes en la movilización de Cuatro Caminos, es decir, eran asuntos políticos, podemos afirmar que las mujeres de la barriada hicieron de portavoces de la comunidad con bastante asiduidad. Igual que muchos hombres, fueron artesanas de la política popular porque disponían de la influencia social y el respaldo suficientes como para ajustar cuentas a los tenderos díscolos, intimidar a los miembros de la comisión o enhebrar un discurso maximalista contra las componendas y el derrotismo. De no ser así nadie las habría tomado en serio[88].

Los siguientes días transcurrieron sin alteraciones del guion. Cierre comercial, detenciones, insultos, pancartas contra el impuesto en los balcones, idas y venidas. Lo más llamativo fue un nuevo episodio que combinaba ingenio, desorden y folclore al servicio de la protesta. Puesto que aquellos eran días de fiesta, los vecinos hicieron uso del amplio fondo de bromas, guasas y humillaciones característico de esas fechas. Ya lo vimos con las coplas, la cabalgata de manifestantes señalizando las puertas de los concertados o el trágico colgamiento del gato de Canuto. Las líneas que separaban (o unían) la fiesta y el tumulto eran muy delgadas. En ambos mundos las rutinas adquiridas y los elementos simbólicos eran cruciales. Así quedó patente en un suceso que tuvo lugar el día 4 a última hora. La agitación encaraba su recta final. Cansados de lanzar piedras y patrullar las calles, algunos de los insurrectos habían optado por volver a sus hogares y esperar pacientemente el desarrollo de los acontecimientos. Otros pensaron que la mejor manera de remover los cimientos del orden social era pasar de la acción directa a la metafórica. El ridículo era una forma de crítica social tan contundente como el asalto, pero quizás mucho más sutil. Aprovechando un despiste de las autoridades, más preocupadas por sofocar las rebeliones abiertas que las encubiertas, un grupo de vecinos se dispuso a firmar su particular entierro de la sardina, el fin de aquellas fiestas veraniegas que habían tenido tanto de carnaval social y político. Una cuadrilla de mujeres había confeccionado a toda prisa un enorme pelele que en las ropas y el físico (la prensa destacaba su "grueso abdomen relleno de paja") simbolizaba ser Canuto. La noticia corrió de boca en boca y todos se citaron para sacarlo en procesión nocturna:

> El pensamiento de las autoras del pelele era pasearle por el barrio anoche, cantando responsos mezclados con cantares alusivos al acto, alumbrándole con velas y hachones de viento, y colgarle después. El *espectáculo* terminaría con prender

[87] Víctor LUCEA: "Amotinadas: las mujeres en la protesta popular de la provincia de Zaragoza a finales del siglo XIX", *Ayer*, 47 (2002), pp. 197-198.

[88] Son muchas las menciones al liderazgo femenino en prensa: gritos, cánticos, juegos, etc. Destaquemos solamente una, recogida por *La Correspondencia de España*, el de 3 de agosto de 1897. Según su reportero, las mujeres gritaban "Nada de hombres, todo lo haremos nosotras".

> fuego al monigote. No pudieron cumplir el programa, porque enteradas las autoridades redoblaron la vigilancia y anoche practicaban muchas inútiles pesquisas para averiguar el paradero del pelele[89]

La infatigable búsqueda policiaca es un buen indicio para medir la importancia que los poderes de la ciudad otorgaban a las indisciplinas simbólicas en el suburbio. Ahora que parecía que las aguas volvían a su cauce era esencial impedir que volvieran a desbordarse. La burla, el entierro en efigie o el uso ceremonial del fuego podían desatar nuevos alborotos indeseados. Desde luego, la pantomima era una ocasión propicia para mostrar el músculo social del vecindario y reforzar los lazos de los sujetos del suburbio[90]. Por eso los agentes se remangaron para impedir la insubordinación a pesar de que fuera una parodia. O tal vez precisamente por serlo. Como ha mostrado Darnton, la risa franca, la carcajada *rabelasiana*, incontenible, era un ingrediente vital de la cultura de las clases populares y un pasaporte de primera calidad para volver el mundo del revés y reprender a los poderosos[91]. Posiblemente por ello las mujeres de la barriada insistieron en su propósito y dirigiéndose a las fuerzas de orden público gritaron:

> - Ustedes se marcharán de aquí y entonces volveremos a hacer lo que nos dé la gana. La procesión se verificará y la efigie la quemaremos[92]

En Cuatro Caminos eran los vecinos quienes imponían las normas, y no unas autoridades a menudo percibidas como extranjeras. La crónica no descubre quién ganó el pulso ni si finalmente hubo desfile fúnebre, pero permite intuir que estas prácticas sibilinas y subrepticias, que rara vez se escenificaban ante la mirada del policía o el periodista, eran toda una tradición en los suburbios[93]. Aquel entierro ficticio llegaba diez años antes del que el destino deparaba a Canuto. Y en condiciones muy distintas a las del luto colectivo que rodeó su sepelio, presidido por el cariño. La alegoría de la muerte tras días de orgía y devastación representaba la vuelta a un orden que en Cuatro Caminos no era el liberal capitalista sino el que ya imperaba en la barriada antes de que un puñado de industriales con ínfulas trataran de escapar de su condición humilde y buscaran codearse con lo más granado de la elite urbana. El manteamiento de peleles masculinos tenía un componente de desagravio y rebeldía que fue captado por Goya, Répide o Gutiérrez Solana[94]. La hoguera, además, en muchas fiestas populares

---

[89] *El País*, 5 de agosto de 1897.

[90] El entierro del monigote de Canuto en el marco de la protesta antifiscal recuerda vivamente al motín que los tenderos y carniceros del *West End* londinense montaron contra William Whiteley, fundador de los primeros grandes almacenes de la zona, en el *Guy Fawkes Day* de 1876. Junto a otras prácticas comunes a este tipo de revueltas, aquel día los vendedores del *West End* sacaron en procesión una efigie de Whiteley y terminaron quemándola en una gran hoguera. Véase Erika RAPPAPORT: *Shopping for Pleasure. Women in the Making of London´s West End*, Princeton-Oxford, Princeton University Press, 2000, pp. 16-47.

[91] Robert DARNTON: "La rebelión de los obreros: la gran matanza de gatos en la calle Saint-Severin" en *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, pp. 81-108.

[92] *La Época*, 5 de agosto de 1897.

[93] Como explica Albert García Balañà para la Cataluña urbana de mediados del XIX, la mayor parte de las experiencias plebeyas estaban escasamente formalizadas en el terreno de lo textual o lo institucional. Véase Albert GARCÍA BALAÑÀ: "Clase, pueblo y patria en la España liberal: comunidades polisémicas y experiencias plebeyas en la Cataluña urbana, 1840-1870", en Fernando MOLINA (ed.): *Extranjeros en el pasado. Nuevos historiadores de la España contemporánea*, Bilbao, UPV, 2009, p. 100.

[94] Pormenores al respecto en José Manuel FRAILE: "Peleles y coplas del carnaval madrileño", *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 62 (2007), pp. 207-228.

españolas como el entierro de la sardina, la quema del Judas o el incendio del haragán, simbolizaba la regeneración, la destrucción de los vicios, bien claros en el caso de Canuto, y su regeneración[95]. Finalmente, la parodia en su conjunto brindaba a los amotinados de aquellos días la posibilidad de liberar sus más bajos instintos y concluir, al fin, la obra de liquidación que tantas veces la Guardia Civil les había privado de satisfacer. Al propasarse con el cuerpo rechoncho y prominente, tan distintivo del tabernero y tan presente en los insultos de la multitud, tal vez hacían una transgresión a la altura de la violación del *sentido común* del suburbio cometida por Canuto[96].

El entierro del pelele culminaba la sed de venganza de las mujeres de la barriada y daba al otrora querido Canuto la oportunidad de redimirse en una nueva vida, tras un primer juicio en que sus vecinos lo enviaron a la pira. Como los artesanos de la imprenta de la calle Saint-Séverin estudiados por Robert Darnton, los corajudos habitantes de Cuatro Caminos se servían de un lenguaje simbólico que dominaban a la perfección y que daba cuenta de un día a día mucho más tenso que deferente. Los gestos importaban tanto como los actos cuando todos eran conscientes de su significado. Y en este caso, parecía haber pocas dudas. La farsa de procesión parecía una *práctica social razonable* naturalizada por los participantes, acorde a sus valores y experiencias, y suficientemente elocuente como para sobresaltar a los mandos policiales[97].

La prensa cada vez dedicaba menor espacio en sus crónicas al conflicto en las zonas. La protesta que había tenido en jaque a los dirigentes políticos y había puesto en entredicho el sistema de ordenación económica liberal parecía disolverse como un azucarillo ante la falta de aliados. Los vecinos de los suburbios intentaron extender su combate a toda la ciudad y prepararon para el día de la subasta, el 6 de agosto, la ofensiva final: un cierre generalizado del comercio madrileño. La huelga, sin embargo, fue un fiasco. A pesar de que las mujeres y niños de Cuatro Caminos habían surcado las calles de la ciudad tratando de implicar a sus habitantes, el cierre solo fue total en la periferia norte. La cuestión no afectaba por igual a los madrileños del centro que a los madrileños de segunda que poblaban los suburbios. Estaba claro: residir al otro lado de la frontera no era un asunto menor. Ni siquiera respondieron los vecinos de las restantes zonas afectadas por el concierto. Tal vez fuera aquella la primera vez que los individuos de los Cuatro Caminos sostenían durante días un conflicto ya aplacado en el resto de la ciudad. Lo que es seguro es que marcó una geografía de la protesta cuyas ramificaciones llegaron hasta los años treinta. A veces por los consumos, otras por el trabajo, por el pan o contra el sistema político. Pero siempre con un trasfondo común: la

[95] El significado y ritual del entierro de la sardina y el resto de ceremonias mencionadas es objeto de análisis en Carmen Marina BARRETO VARGAS: *El carnaval de Santa Cruz de Tenerife: un estudio antropológico*, Tesis Doctoral, Santa Cruz de Tenerife, Universidad de la Laguna, 1993, pp. 254-262. El uso del entierro de la sardina con sentido político se dio en Portugal a lo largo del siglo XIX en distintos momentos. Así, por ejemplo, en 1828 el entierro de la sardina se convirtió en la ocasión para recorrer las calles en protesta contra el liberalismo y para realizar una inhumación paródica de la Constitución. Véase Diego PALACIOS CEREZALES: "El movimiento social como forma política: el caso portugués (1834-1910)", *Revista Online do Museu de Lanifícios da Universidade da Beira Interior*, 2 (2013), p. 104.

[96] Clifford GEERTZ: "El sentido común como sistema cultural", en *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*, Barcelona, Paidós, 1994, pp. 93-116.

[97] La idea de *práctica social razonable* en Pierre BOURDIEU: *Razones prácticas. Sobre la Teoría de la Acción*, Barcelona, Anagrama, 1997, pp. 140 y ss.

lucha por la igualdad de trato y la integración urbana de los que tenían tatuado en la piel la amargura de vivir en las afueras.

Unos días después el conflicto se extinguió también en Cuatro Caminos, donde dejó un aroma agridulce. La batalla había evidenciado el potencial subversivo de los suburbios y la incapacidad de las instituciones de la Restauración para satisfacer las demandas colectivas y gestionar la frustración. Allí había campo donde labrar. Sin embargo, también había dejado a sus participantes la sensación de que todo aquel caudal de movilizaciones había sido inane, pues no había conseguido arrancar ninguna concesión de envergadura a los gobernantes. El arriendo salió adelante. No obstante, como recuerda Luis de la Cruz, meses más tarde el Consejo de Estado resolvió el pleito fiscal en favor del Ayuntamiento pero ratificó que "el cobro de los consumos en los extrarradios seguiría siendo municipal y no de los arriendos, lo que podría leerse como una pequeña victoria de los comerciantes y vecinos de Cuatro Caminos"[98]. Además de ese tímido resarcimiento moral, la lucha de agosto dejó algunas pautas de actuación que marcaron el sendero a seguir en los años venideros: primacía de la lógica popular y tumultuosa sobre el acuerdo negociado, legitimación de la acción violenta y recomposición comunitaria con la vuelta al redil de algunos de los villanos de 1897. Por último, aunque el motín terminara apagándose, el entusiasmo colectivo de aquella semana dejó ascuas ardiendo en cada rincón de los Cuatro Caminos. Brasas que, en momentos puntuales, en estallidos concretos, se tornaron hogueras que elevaban sus llamas al cielo de Madrid y hacían saber a todos, pudientes y menesterosos, políticos y periodistas, que el espacio de la ciudad estaba fracturado y que en el extrarradio sencillamente pasaban cosas distintas.

Los excesos del verano quedaron grabados para siempre en la memoria de Cuatro Caminos. Como es natural, después de agosto de 1897 continuaron las colisiones individuales en torno al fielato, las incautaciones arbitrarias o las palizas sin venir a cuento. Nada que no formara parte previamente de la cotidianeidad del suburbio. La diferencia era que después de las pedreas y los asaltos el vecindario estaba vigilante ante cualquier abuso y los agentes de consumos o los comerciantes aventureros sabían a lo que se atenían si jugaban con fuego. Así, en mayo de 1899 tuvo lugar un suceso que debe leerse como una resaca de lo ocurrido dos años antes. Manuel García Quiroga, empleado del resguardo y conocido en Cuatro Caminos "por su carácter pendenciero y provocador" y Gabino Pérez Sánchez, dependiente de una carnicería ubicada en Bravo Murillo 92, tuvieron un altercado a cuenta del aforo de productos. El 28 de mayo

> el de Consumos se opuso a que el procesado [el dependiente Gabino Pérez] pasara sin pagar cierta cantidad de carne, ya entonces se cruzaron insultos y ofensas, y al día siguiente, 29, estando el procesado sentado a la puerta de la citada carnecería, pasó el de Consumos y le provocó, diciéndole primero «que lo iba a comer la nuez» y animándole después con esta frase: «¡Anda, anda!». Entonces el procesado sacó un revolver y con él hizo un disparo a su contrario, causándole varias heridas, a consecuencia de las cuales falleció[99]

El incidente causó gran revuelo en la barriada, que siguió de cerca la instrucción del caso y la vista en la Audiencia Provincial de Madrid. En el aire planeaba la sospecha

[98] Luis DE LA CRUZ: "Los motines por el arriendo de consumos en 1897", texto inédito.
[99] *El Heraldo de Madrid*, 22 de junio de 1900. El subrayado es nuestro

sobre todo un vecindario. La sangrienta discusión tuvo lugar a plena luz del día, en un punto de tránsito obligatorio y a una hora concurrida. Necesariamente tenía que haber testigos que informaran al juez y al jurado de lo sucedido. Sin embargo, nadie sabía nada. Nadie había visto nada. Era como si todos se hubieran comprometido a guardar silencio. Nadie parecía querer testificar contra Gabino Pérez, homicida quizás, pero a fin de cuentas uno de los suyos en la guerra eterna que los suburbios sostenían contra los agentes de consumos. El día del juicio estaba llamado a declarar Canuto González. Su taberna, ubicada también en el 92 de Bravo Murillo, lindaba pared con pared con la carnicería en la que servía el procesado, por lo que al famoso Canuto no le quedó más remedio que exponer su versión ante el tribunal. Los ojos de la barriada de nuevo se posaban sobre él:

> Canuto ha dicho hoy, con voz muy fuerte, y a veces como si se incomodase, que él no había visto nada; pero que había oído decir que el muerto había insultado al procesado y le había escupido a la cara, para demostrarle que valía más que él[100]

Tal vez fuera cierto y las palabras de Canuto se correspondieran con lo vivido y contemplado el día de autos. Tampoco resulta de vital importancia saberlo. Lo que nos interesa es que aquella declaración nerviosa que tanto llamó la atención de la crónica judicial era el mejor salvoconducto para recuperar el favor de sus vecinos. Puesto en la tesitura de delatar al dependiente de la carnicería o escurrir el bulto y hacer caer sobre el finado la responsabilidad de la pelea, Canuto no lo dudó. Dando la cara por un muchacho del suburbio Canuto limpiaba sus pecados del pasado y aprovechaba la oportunidad de redención que los amotinados de 1897 le habían brindado. Sea como fuere, su testimonio y el de otros vecinos debió de influir al jurado que, finalmente, se decantó por la absolución del procesado[101].

Al margen de los pormenores jurídicos, era innegable que el suceso dibujaba una escalada en el conflicto. Hasta cierto punto era como si los episodios de 1897 hubieran dado una coartada moral a la violencia contra los responsables de los atropellos. Las rondas de mujeres apedreadoras, el destrozo de los géneros o la persecución por las calles de los comerciantes concertados habían imprimido una pátina de legitimidad a las agresiones efectuadas por los vecinos, que se entendían como actos de defensa del honor ante una provocación externa. El mensaje de irreverencia de las jornadas de 1897 se había propagado por el suburbio tan firme y veloz como la bala que acabó con la vida de Manuel García Quiroga. Los hijos de la frontera habían pasado a la acción. Esos años eran la mejor prueba de ello. En marzo de 1898 una manifestación de 400 vecinos en aire amenazante cercó el fielato en protesta contra la empresa arrendataria[102]. En otoño de ese mismo año Juan Manuel Trigo, un supuesto matutero afincado en Cuatro Caminos, la emprendió a puñaladas con un guardia del resguardo[103]. En 1900 el cabo de consumos Rafael Fernández fue embestido por la multitud a las puertas de su casa tras una discusión entre empleados de la caseta fiscal[104]. Y un tiempo después otro

[100] *El Heraldo de Madrid*, 22 de junio de 1900. El subrayado es nuestro.
[101] La noticia de la absolución en *El Heraldo de Madrid*, 24 de octubre de 1900.
[102] *El País*, 9 de marzo de 1898.
[103] *El País*, 12 de octubre de 1898.
[104] *El Liberal*, 28 de julio de 1900.

dependiente fallecía a causa de las pedradas lanzadas por unos sujetos misteriosos que la policía no pudo detener[105].

Los mismos síntomas volvieron a manifestarse en la primavera de 1900 cuando el Ayuntamiento negociaba un nuevo acuerdo de arrendamiento que pondría a prueba la fortaleza de los lazos comunitarios. El nuevo plan se revelaba tremendamente lesivo para los intereses de Cuatro Caminos, Puente de Segovia y el resto de barrios apartados que se habían levantado en 1897 contra el concierto. Por lo pronto, el municipio preveía incluir las zonas de extrarradio en el futuro contrato de arrendamiento, propósito que despertaba verdadera inquietud entre los habitantes del suburbio. Esta vez, sin embargo, la lección estaba aprendida, y desde el primer industrial hasta el último trapero o albañil la protesta fue unánime. Comerciantes y vecinos se organizaron en juntas de defensa de las zonas, convocaron mítines, presentaron exposiciones ante el Ayuntamiento y pactaron medidas de presión a desempolvar en casos extremos: un cierre de tiendas similar al de 1897 y una baja simultánea en la contribución industrial. Con el rabillo del ojo apuntando a aquel verano de disturbios, en una de las asambleas los reunidos se conjuraron para "no dejarse seducir por palabras y ofertas que jamás se cumplen". Las heridas abiertas por el conflicto de 1897 parecían sanadas o recosidas. Los tenderos desobedientes, por miedo o por convencimiento, habían retornado al seno de la comunidad. Las mujeres y hombres humildes que poblaban el extrarradio habían atado en corto sus ansias de navegar en solitario[106].

Faltaba por llegar la traca final: la quema del fielato. El arrogante edificio era el símbolo arquitectónico de un Ayuntamiento que, como el Guadiana, aparecía para recaudar impuestos y decir a sus vecinos lo que tenían prohibido hacer en las calles, pero desaparecía a la hora de suministrarles los más básicos equipamientos urbanos. Durante décadas el fielato había sido el epítome de todos los males asociados a la posición periférica de la barriada en el puzle metropolitano. Sus paredes, sus balanzas, sus cajones y sus guardeses se habían granjeado en mil y una ocasiones un resquemor que permanecía en estado latente a la espera de condiciones propicias que lo activaran. El 10 de marzo de 1901 se dieron esas circunstancias y el fielato, al fin, terminó ardiendo en medio de una furia incontenible. El maltrato a Ciriaco Bartoli, un jornalero que atravesaba la línea fiscal comiendo un panecillo y dos orejas de cerdo, creó la oportunidad para movilizar contra el fielato todos los recursos culturales forjados callada pero ininterrumpidamente en el suburbio. Ciriaco paseaba tranquilamente disfrutando de su merienda cuando cuatro agentes de consumos le requirieron para que los acompañase al fielato. El jornalero, sabedor de que las viandas que portaba no estaban sujetas a fiscalización, se negó a ello y trató de proseguir su camino, pero los empleados, en estado de embriaguez, se lo impidieron a golpes. Descargaron sobre el cuerpo del infeliz Bartoli tal cantidad de palos y garrotazos que cayó al suelo sin conocimiento. La gente que por allí pasaba, vecinos del barrio y madrileños que regresaban a la ciudad tras pasar el día en los ventorros de las afueras, acudieron rápidamente en su auxilio y no tardaron en comenzar un tumulto:

[105] *El País*, 1 de febrero de 1902.
[106] *El Liberal*, 10 de abril de 1900 y *El Imparcial*, 15 de abril de 1900. El entrecomillado procede de este último periódico.

> - ¡Asesinos! – gritó un hombre del pueblo, y numerosos grupos arrebataron a los de consumos su ensangrentada víctima, mientras otros gritaban:
>
> - ¡A incendiar el fielato! ¡Abajo la canalla!
>
> El arranque generoso de los que regresaban hizo comprender a los de consumos lo difícil de su situación y los que antes apaleaban a un hombre indefenso huyeron en precipitada fuga ante el pueblo que pedía venganza. Engrosaban las masas por momentos y por momentos también crecía la indignación popular.
>
> - ¡Quememos el fielato! – salió de un grupo.
>
> - ¡Incendiemos las casillas! – dijeron otros, y el pueblo tomó por asalto fielato y casillas […]
>
> Una pareja de la Guardia Civil, únicas autoridades que había en aquel paraje, a pesar de ser día festivo, intentó oponerse a que los amotinados realizaran sus propósitos, pero ya era tarde. Una inmensa hoguera envolvía el edificio del fielato y las casillas de Consumos se destacaban en el fondo de la noche, rodeadas de llamas y humo[107]

Cuando llegaron los refuerzos la calle Bravo Murillo estaba tomada por más de 8000 personas que se solazaban viendo el incendio y merodeaban de un lado a otro a la caza del *consumero.* Los guardias detuvieron a los agresores de Bartoli y los protegieron de la turba que trataba de lincharlos a pedrada limpia. También la Benemérita se llevó lo suyo. De fondo se escuchaban algunos tiros. Era el aspecto de los Cuatro Caminos en los días de rebelión popular. Puesto que los grupos no cejaban en su violencia y la policía desplazada no era capaz de domesticarlos, finalmente fue preciso que el mismísimo alcalde de Madrid, Alberto Aguilera, se trasladara hasta la glorieta para invitar a los amotinados a deponer sus improvisadas armas, que no eran otras que palos, piedras y latas inflamables. A juzgar por lo que los tenderos dijeron a la prensa, solo aquella noche despacharon más botes de petróleo que en todo el mes anterior. Ante tanto pirotécnico amateur, el servicio de bomberos, también venido del centro de la ciudad, tuvo que lidiar con la sempiterna falta de agua de los barrios altos de Madrid y con la inquina de sus moradores:

> La escasez de agua dificultó mucho la extinción del fuego por los bomberos de la Villa, que avisados por teléfono habían acudido al lugar del suceso. El público llegó a apedrear a estos para que dejasen de trabajar y que el incendio del fielato acabase con todo. Hízose precisa la intervención de la Guardia Civil para despejar los alrededores. Del fielato solo quedaron en pie las paredes maestras. Lo demás fue pasto de las llamas[108]

No dejaba de ser irónico que algunas carencias estructurales del barrio, como la falta de servicios o la deficiente provisión de agua se aliaran en esta ocasión con los amotinados y contribuyeran a su obra de destrucción del fielato. Por una parte, la exigua plantilla de policía destinada en los Cuatro Caminos se vio en todo momento superada por la fuerza del colectivo y no fue capaz de poner coto al motín antes de que entrara en escena el fuego purificador. Por otra, el pobre servicio de abastecimiento de agua que tantas malas pasadas jugaba a los vecinos en los meses de calor o ante un incendio

[107] *El País*, 11 de marzo de 1901.
[108] *La Época*, 11 de marzo de 1901.

fortuito, se puso esta vez del lado de los manifestantes. Merced a unos y a otros, muchos pudieron ver cumplido un sueño generacional. Por primera vez desde 1866 era posible cruzar Cuatro Caminos sin toparse de bruces con la siniestra silueta del fielato. Si cada choque y cada resistencia habían sido un pequeño plebiscito sobre la desigualdad de la frontera, aquella noche los vecinos de las afueras hicieron el más grande de los referendos y derribaron el registro público por aclamación.

Poco después el fielato fue erigido de nuevo y ahí se mantuvo hasta que en 1911 el impuesto de consumos fue eliminado, aunque sustituido por una tasa sobre las carnes y embutidos que también trajo cola en el suburbio. Ni el matute, ni las protestas, ni los enfrentamientos cesaron. Y, en consecuencia, tampoco terminó de cerrarse la brecha que separaba a los madrileños que vivían en el interior y a los que habitaban en el extrarradio. Lo relevante, no obstante, es que frente a la frontera impuesta por la ciudad liberal, los vecinos del suburbio trazaron en aquel ciclo de acción colectiva su propia raya, una que ni las autoridades ni sus representantes podían franquear sin exponerse al castigo popular.

4. Coda. Fiscalidad, fronteras y cultura política

Las prácticas tumultuosas y callejeras de los barrios apartados eran en cierta medida la antítesis de la política liberal del momento. En Cuatro Caminos las microrroturas, el impago de los impuestos, las parodias subrepticias contra las figuras paternalistas o los disturbios antifiscales estaban a la orden del día. Las decisiones se tomaban en el espacio público, en colectivo, en cualquier momento y con una abundante presencia de mujeres, hombres pobres y jóvenes, sujetos excluidos de las elecciones o de los espacios de sociabilidad liberal, pero inquilinos cotidianos de las calles del suburbio. En el extrarradio la política no se hacía a sus espaldas. Esas calles mal asfaltadas, apenas alisadas y sin un triste farol eran el cuadrilátero donde las clases populares se batían el cobre con los representantes del orden urbano liberal, ya fueran recaudadores de impuestos, ya los guardias que tan solícitos acudían en su defensa[109]. Era una política de espacios abiertos, sin autorizaciones, sin procedimientos, sin horarios. Tal vez por eso, porque la vida comunitaria en el suburbio se desparramaba alegre y caótica por las calles, la gente no podía soportar la vigilancia y el hostigamiento sin fin de la frontera. Por último, era una política más gestual que letrada, amante de la inmediatez de las prácticas, recelosa de las transacciones y divulgada boca a boca en los lugares de interacción colectiva.

No podía ser de otra manera. En una barriada con tan alarmantes cifras de analfabetismo, los modos privilegiados de acción política no estaban regulados por los catecismos electorales, los editoriales de prensa o las normas de urbanidad de la sociedad burguesa, materiales típicos de la historia cultural de la política, sino que venían dictados por unas formas de vida desordenadas como su tránsito, bulliciosas como sus calles atestadas de puestos ambulantes, desmandadas como la propia formación de la barriada. También en política Cuatro Caminos era un espacio

[109] Las calles como cuadrilátero de la lucha sociopolítica de la gente corriente en Leif JERRAM: *Streetlife. The Untold History of Europe's Twentieth Century*, Oxford, Oxford University Press, 2011.

heterotópico, un rincón al margen en el que era posible ver fenómenos o comportamientos que escaseaban en el resto de la urbe[110].

Más que a la política liberal dominante en la Restauración, lo que sucedía en los suburbios nos recuerda a la política popular desenvuelta, respondona, carnavalesca y medio ágrafa que ha investigado un buen número de historiadores británicos[111]. Quizá por ello, debido a esa similitud, convenga observar el fenómeno con lentes distintas a las que habitualmente han imperado en el análisis de los fenómenos políticos en España. No en vano, una simple mirada a otras realidades de la ciudad, y en particular a las condiciones de vida y características de sus vecinos, nos informa ya desde un primer momento de la naturaleza radicalmente distintiva de la cultura política labrada en los suburbios. Veámoslo, someramente, comparando el barrio de extrarradio de Cuatro Caminos con otro típico del interior de la ciudad.

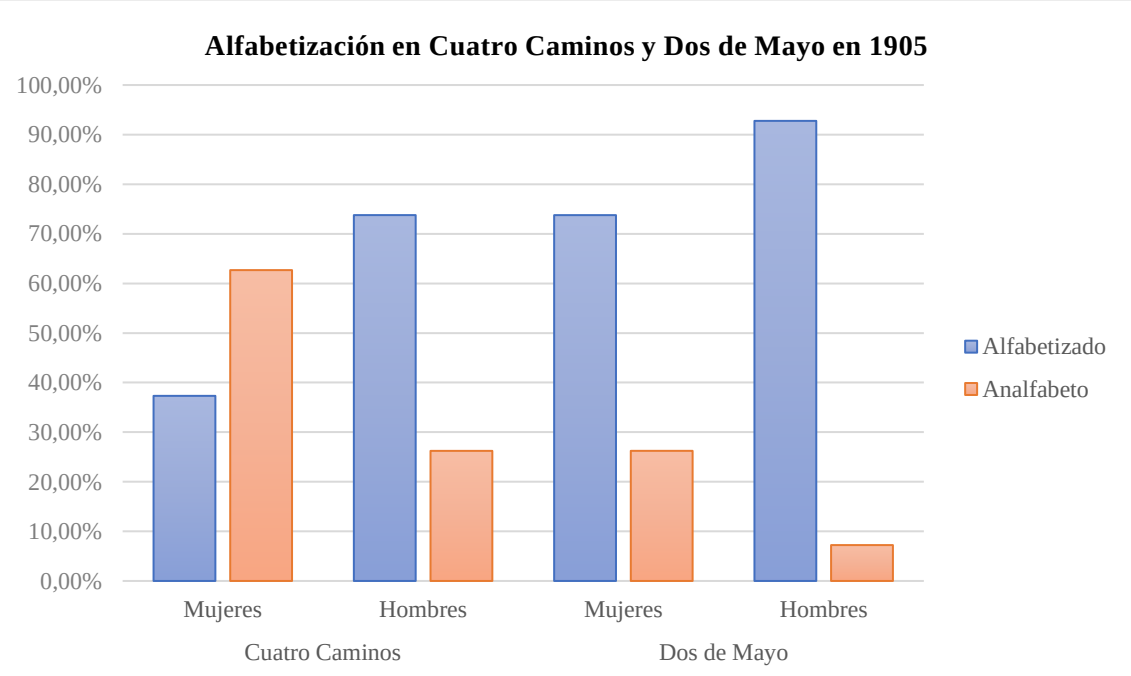


Tabla. Comparativa de alfabetización en Cuatro Caminos y Dos de Mayo en 1905. Habitantes de ambos sexos mayores de 10 años. Elaboración propia a partir de los datos de Cuatro Caminos y Dos de Mayo obtenidos de AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1905.

[110] La heterotopía en Michel FOUCAULT: "Of Other Spaces", *Diacritics*, 16 (1986), pp. 22-27.

[111] Jon LAWRENCE: *Speaking for the People. Language and Popular Politics in England, 1867-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998; Paul A. PICKERING: *Unrespectable Radicals? Popular Politics in the Age of Reform*, Aldershot, Ashgate, 2008; Malcolm CHASE: "Popular politics", en David BROWN, Robert CROWCROFT, Gordon PENTLAND (eds.): *The Oxford Handbook of Modern British Political History, 1800-2000*, Oxford, Oxford University Press, 2018, pp. 48-66. Como sintetiza Katrina Navickas, la política popular en la Gran Bretaña decimonónica no se ajustaría al modelo habermasiano de esfera pública, pues no estaba basada exclusivamente en textos, cafés, salas de lectura, educación y cortesía, sino que era sobre todo carnavalesca, ritual, visual, simbólica, auditiva, basada en la ropa, las banderolas, los insultos, las canciones, las procesiones o las manifestaciones no anunciadas. Véase Katrina NAVICKAS: *Protest and the Politics of Space and Place, 1789-1848*, Manchester, Manchester University Press, 2016.

Dos de Mayo, el área urbana que se ha utilizado para establecer la comparativa, era un barrio popular típico del casco antiguo donde convivían jornaleros, artesanos, sirvientas, comerciantes, empleados de oficina, funcionarios y algunos profesionales liberales. Allí la población alfabetizada alcanzaba un 82% del total, mientras que en Cuatro Caminos, lejos del meollo urbano, apenas llegaban al 55% los que sabían leer y escribir con destreza. Las diferencias se tornan aún más sangrantes si acudimos a su desglose por sexos. En una sociedad con brechas de género tan profundas en el acceso a la educación, el porcentaje de mujeres alfabetizadas en el barrio popular de Dos de Mayo era el mismo que el de hombres en el suburbio de Cuatro Caminos (78%). Estos datos deben hacer reflexionar sobre el modo en que las ideas con que la historiografía caracteriza las familias políticas llegaban hasta sus bases. Igualmente, la masiva presencia de población iletrada en el suburbio tal vez sirva para poner en cuestión la difusión arriba-abajo y centro-periferia de algunos conceptos, implícita para muchos historiadores políticos, así como la efectividad de los mensajes escritos que el investigador tiende a considerar centrales y exclusivos a la hora de identificar un determinado movimiento. Corto recorrido habían de tener las disquisiciones más teóricas o filosóficas en torno a la naturaleza del *demos* o la noción de *productor*, por poner ejemplos analizados por la historia cultural de la política en los últimos años, si sus vías de circulación chocaban con la realidad de un pueblo que no leía ni tenía acceso a los medios donde tales debates se desarrollaban. La prensa era el vehículo privilegiado de transmisión de ideas en la cultura política liberal, pero menor debía de ser su influencia en un suburbio con tales datos de analfabetismo. Si es verdad que muchas veces la lectura se hacía pública y en común, se debería dar tanta importancia al hecho mismo de la reunión como a las consignas que se transmitían en voz alta[112]. Quizás en el Madrid popular los periódicos se leyeran para recibir el discurso de tal o cual partido o para asumir los valores de una corriente ideológica; si esto podía suceder también en las calles maltrechas del extrarradio era necesario que a la lectura le acompañaran otros actos de expresión y relación con la política: la discusión en el merendero, la manifestación espontánea, el corrillo callejero, el motín no tan extraordinario. Actos y prácticas que eran moneda de uso corriente en Cuatro Caminos.

Mas no solo eran las formas, los medios de movilización o los participantes los que hacían singular la cultura política del suburbio. También eran distintos los contenidos. Las cuestiones que preocupaban a los vecinos de las afueras, aquellas que los impelían a protestar, no eran exactamente las mismas que impulsaban a los individuos del resto de la urbe. Vivir al otro lado de la frontera y en un barrio en el que todo estaba a medio construir hacía que asuntos que jamás perturbaban a un habitante de la ciudad consolidada fueran primordiales en la politización de los moradores del suburbio. Ciudad y política eran en Cuatro Caminos un binomio inescindible. Es cierto que de acuerdo con los parámetros interpretativos de la historia intelectual, la historia de las organizaciones políticas y buena parte de la historia de las culturas políticas, o al menos la más extendida en la academia española, los asaltos, las disputas en torno al fielato, las pantomimas o las coacciones de los vecinos pobres sobre los representantes

[112] Pensamos aquí en lo propuesto por Judith Butler: "La reunión es significativa más allá de lo que en ella se diga, y este modo de significación es una actuación conjunta de los cuerpos, una forma de performatividad plural". Véase Judith BUTLER: *Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea*, Barcelona, Espasa, 2017, p. 16.

comerciales no alcanzarían el estatus de acciones políticas. Simplemente quedarían fuera de su radio de atención[113]. Del mismo modo, algunos sociólogos de la acción colectiva verían en los motines y el resto de expresiones de descontento analizadas actitudes prepolíticas o formas tradicionales de protesta no suficientemente maduras para ser articuladas por una estructura centralizada con cargos, militantes, cuotas de ingreso y objetivos o por movimientos sociales más heterogéneos y difusos en su proyecto transformador pero bien soldados a nivel cultural[114]. Se trataría de comportamientos al filo del delito, conflictos con escaso empaque y racionalidad en comparación con los enjundiosos debates que las familias políticas ponían sobre la mesa, estadios previos en una lógica de progresiva sofisticación y *civilización* del repertorio de acción colectiva.

A nosotros, en cambio, nos parece que todas aquellas experiencias de lucha fueron materiales de primera magnitud política para los habitantes de ese otro Madrid que crecía lejos de la Puerta del Sol. Al menos por cuatro razones. Primero, porque la cuestión fiscal fue una de las principales fuentes de movilización en el suburbio y ayudó a la consolidación de una identidad colectiva. Segundo, porque la regulación de los comportamientos callejeros fue una obsesión de las élites liberales y la resistencia ante sus medidas dibujó dos lógicas bien distintas de uso del espacio, la oficial ideal y la popular real. Tercero, porque los vecinos de Cuatro Caminos, segregados del resto de la ciudad y fijados al terreno por los fosos y el fielato, desarrollaron un fuerte sentimiento de vinculación con el barrio, crucial para entender este y otros conflictos. Cuarto,

[113] No hay rastro de esas acciones o de otras de similar calado en la rica historia política de la España de la Restauración (que ha puesto especial énfasis en el estudio de las élites y entramados de poder y ha subrayado la desmovilización política de las clases subalternas) y tampoco en la enorme y celebrada producción bibliográfica aparecida en los últimos años con el rótulo de "historia de las culturas política". Sobre esta última, véanse, a modo de síntesis, algunos volúmenes colectivos: Manuel PÉREZ LEDESMA, María SIERRA (eds.): *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 2010; Jordi CANAL, Javier MORENO LUZÓN (eds.): *Historia cultural de la política contemporánea*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010; Encarnación GARCÍA MONERRIS, Mónica MORENO, Juan Ignacio MARCUELLO: (eds.): *Culturas políticas monárquicas en la España liberal. Discursos, representaciones y prácticas (1808-1902)*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2013; Manuel PÉREZ LEDESMA, Ismael SAZ (eds.): *Historia de las culturas políticas en España y América Latina*. 6 volúmenes, Madrid – Zaragoza, Marcial Pons – Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014-2016.

[114] Creemos que la llamada "transición entre repertorios" (del tradicional al moderno, del comunitario al cosmopolita), útil, tal vez, para ayudar a comprender y objetivar grandes fenómenos o procesos de carácter general (propósito último de algunos de los grandes tratados sociológicos sobre acción colectiva en el largo tiempo) pierde fuste explicativo cuando se aplica a casos concretos densamente analizados y contextualizados como los descritos en este capítulo. En ese sentido, creemos que los ejemplos mostrados no pueden adscribirse a uno u otro repertorio sino que son una compleja hibridación de factores y consecuencias que podríamos asociar, según la terminología, tanto a lo comunitario o tradicional, como a lo cosmopolita o moderno. Un resumen de la producción al respecto y una interpretación del cambio de repertorio en Rafael CRUZ: *Repertorios. La política de enfrentamiento en el siglo XX*, Madrid, CIS, 2008. Nos ha ayudado a comprender las prácticas analizadas en este capítulo como prácticas políticas los ya citados trabajos de Salvador CRUZ ARTACHO: *Caciques y campesinos. Poder político, modernización agraria y conflictividad rural en Granada 1890-1923*, Madrid, Ediciones Libertarias-Ayuntamiento de Córdoba, 1994; Carlos GIL ANDRÉS: *Echarse a la calle: amotinados, huelguistas y revolucionarios (La Rioja, 1890-1936)*, Zaragoza, Publicaciones de la Universidad de Zaragoza, 2000; Óscar BASCUÑÁN: *Protesta y supervivencia. Movilización y desorden en una sociedad rural: Castilla La Mancha 1875-1923*, Valencia, Centro Francisco Tomás y Valiente, 2008; Víctor LUCEA: *El pueblo en movimiento: la protesta social en Aragón (1885-1917)*, Zaragoza, Publicaciones de la Universidad de Zaragoza, 2009.

porque la lucha ininterrumpida de los habitantes de las afueras contra los consumos sirvió para elevar al plano de la política organizada asuntos que los partidos habían desatendido durante años por considerarlos técnicos o administrativos.

En primer lugar, la experiencia fronteriza marcó a los vecinos. En los motines, en los pasacalles o en las comisiones las gentes del suburbio aprendieron a pensarse en común como sujetos diferenciados de los del centro de la ciudad. Esta labor de identificación y definición de un *ellos* y un *nosotros* está en los cimientos de cualquier acción política. Además, si nos atenemos a la información disponible, lo cierto es que los periódicos de final de siglo recogen muchas más noticias sobre alborotos y protestas por la cuestión fiscal en Cuatro Caminos que acerca de actividades que podríamos estimar propias de la política formalizada. No considerar políticas aquellas inquietudes que los hacían salir a la calle, montar ligas u organizar asambleas conduciría a negar la condición política de estos vecindarios hasta que allí desembarcaran las primeras sedes de partidos o redacciones de prensa. A la espera de ello Cuatro Caminos sería un espacio de la no-política. Algo que chirría a la luz del archivo[115].

En segundo lugar, un importante número de científicos sociales ha mostrado en las últimas décadas que el poder y sus efectos abarcan todos los ámbitos de la vida de las personas. A finales del siglo XIX el poder no solo se ejercía en la Bolsa, en los parlamentos, en los clubes privados o en las cámaras de comercio sino que se diseminaba sobre los barrios con el objeto de regular el consumo, el movimiento de personas o las formas de vida callejeras[116]. El fielato de Cuatro Caminos y las agresiones de los agentes del resguardo atravesaban la vida cotidiana de los vecinos de la misma manera que su presencia les impedía atravesar el barrio libremente y sin miedo. La mera existencia de los controles, los cacheos y los decomisos limitaba o encapsulaba aquello que era posible hacer en el espacio público. Esto es: restringía el derecho de circulación de unos sujetos que vivían en un régimen en el que supuestamente la libertad era la norma. La red de cobro del impuesto podría ser entendida así como parte de un conjunto de mecanismos de poder, técnicas de control del tránsito y prácticas de gobierno sobre las conductas de las personas y su subjetividad que Foucault y sus seguidores han denominado *governmentality*[117]. La falta de autonomía y seguridad personal que sufrían los que vivían fuera de la urbe eran el corolario de la libertad y protección que los fielatos, puntos de tasación de mercancías pero también de vigilancia sanitaria de pesos y calidades, brindaban a los habitantes del interior. Las tecnologías económicas desplegadas por las autoridades liberales marcaban

[115] Pensamos aquí en el concepto de "politización ordinaria" de Claire JUDDE DE LARIVIÈRE, Julien WEISBEIN: "Dire et faire le commun. Les formes de la politisation ordinaire du Moyen Âge à nos jours", *Politix*, 119 (2017), pp. 7-30.
[116] Simon GUNN: *Historia y teoría cultural*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2011, pp. 112-130 y particularmente para el tema que nos ocupa 115-117 y 124-127.
[117] Michel FOUCAULT: "Governmentality" en Graham BURCHELL, Colin GORDON, Peter MILLER (eds.): *The Foucault Effect. Studies in Governmentality*, Chicago, University of Chicago Press, 1991, pp. 87-104; Nikolas ROSE: *Powers of Freedom. Reframing Political Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.

con hierro incandescente la condición periférica de la barriada e incluso tenían un punto de domesticación del *otro* temido, desconocido, alejado[118].

No obstante, mientras que en las ciudades victorianas analizadas por Joyce y otros estudiosos de la gubernamentalidad liberal, las estrategias y mecanismos de gobierno moldearon exitosamente los hábitos de los ciudadanos, su imaginación espacial o sus pautas de relación social[119], en Cuatro Caminos algunos de estos procedimientos, como el sistema impositivo liberal y sus nada sutiles técnicas de exacción encontraron múltiples obstáculos y sangrientas resistencias. Tanto el fielato como el discurso que legitimaba su existencia fueron repetidamente contestados. Los individuos de Cuatro Caminos se apropiaron del espacio y llevaron a cabo prácticas que desafiaban o subvertían las conductas que los gobernantes esperaban de ellos. La red de registros y casetas de consumos había pretendido paliar la ausencia de planificación efectiva del extrarradio pero chocó de plano con la oposición de unos vecinos que se sabían constructores del suburbio y veían a los representantes del orden liberal como forasteros. Aquellas casillas ardiendo, aquel fielato hecho cenizas, aquellos dependientes camino de la morgue eran la mejor demostración de que en los suburbios se estaba librando una disputa por la ordenación del entorno de vida y las reglas (o ausencia de reglas) que lo regirían. El poder estaba en todos lados, sí, pero también lo estaba la política entendida como aquello sujeto a la deliberación e intervención del común. Cuatro Caminos era un punto caliente, el flanco débil de la gubernamentalidad liberal.

El impuesto de consumos y las fórmulas ensayadas para su recaudación en la periferia urbana eran un tema político, en tercer lugar, porque no solo afectaban al ámbito preferente de interacción de las personas, la calle, sino porque lesionaban profundamente la economía de las familias menesterosas y perpetuaban, cuando no ensanchaban, las desigualdades entre ciudadanos en función de su lugar de residencia. Quienes vivían en Cuatro Caminos estaban administrativamente dentro del municipio, pero social y espacialmente fuera de la ciudad. Eran tratados de manera distinta solo por este motivo y precisamente por ello detrás de cada protesta contra la frontera, la garita donde se recogía el impuesto o los comerciantes que hacían negocio con él latía la ambición de ser tratados como iguales por las élites urbanas. Era la protesta de los fijados al territorio contra su suerte, el grito de quienes por falta de medios se veían obligados a habitar las afueras y exigían que al menos su espacio de vida permaneciera tal cual lo conocieron, lo diseñaron o lo vivían.

El proceso de metropolitización, interconexión de espacios y libertad de flujos comerciales del capitalismo tenía como contraparte una paulatina localización y adscripción física de los excluidos, de aquellos que no habían llegado a tiempo de coger el tren de la modernidad. Los fielatos tenían, así, un componente simbólico de rechazo y una dimensión física de prohibición, de restricción, de contención en el barrio. Cercaban

[118] Las propias descripciones periodísticas que hemos manejado así lo confirmaban. Cuatro Caminos era la "Selva Negra". Algo distinto a Madrid (cuando los comisionados iban al Ayuntamiento la prensa hablaba de "venir a Madrid"). Habrá ocasión de ver nuevos ejemplos de este imaginario más adelante.

[119] Patrick JOYCE: *The Rule of Freedom. Liberalism and the Modern City*, Londres, Verso, 2003; Chris OTTER: *The Victorian Eye. A Political History of Light and Vision in Britain, 1800-1910*, Chicago, University of Chicago Press, 2008.

el espacio público urbano pero también cerraban el espacio político de manera similar a como lo hicieron los *enclosures* en Gran Bretaña. Al igual que en ese caso, en Cuatro Caminos la segregación generó una fuerte identificación con el lugar (*sense of place*) enfrentada a la privatización o mercantilización de aquel suburbio que, recordemos, había surgido de la alegalidad y el descontrol. Una identidad barrial que habrá ocasión de analizar extensamente a la luz de nuevos conflictos. No solo es que el poder y la política estuvieran en todos lados. Es que la política de los vecinos de Cuatro Caminos estaba profundamente localizada en el barrio, enraizada en la defensa de sus costumbres y ligada a la lucha por la inclusión[120]. Era, en cierto modo, una reacción a los cambios en la economía urbana y su impacto sobre los lugares de vida no tan lejana a algunas prácticas comunitarias de los perdedores de la globalización y el neoliberalismo[121].

En cuarto y último lugar, la frontera fiscal ocasionaba infinidad de querellas, frustraciones y altercados que definían el día a día del extrarradio. Estos choques cotidianos se corresponderían con la noción de Chantal Mouffe de "lo político". Para Mouffe "lo político" sería "la dimensión de antagonismo constitutiva de las sociedades humanas" sobre la que se montaría "la política", conjunto de prácticas e instituciones que de manera más o menos organizada tratarían de encauzar, ordenar o disolver esa conflictividad subyacente[122]. En ese sentido, con sus diversas acciones los vecinos de Cuatro Caminos, Prosperidad, Ventas y el resto de suburbios del cinturón madrileño estaban redefiniendo los temas objeto de discusión política. Mientras que el liberalismo de entresiglos apostaba por separar estrictamente la política de la administración y entendía los asuntos municipales de manera creciente como tarea de técnicos y profesionales[123], en las calles y descampados de Cuatro Caminos se sometían a debate ("la política") cuestiones relacionadas con la movilidad personal, los usos del espacio, la propiedad o los impuestos ("lo político"). Los motines, los asaltos, las asambleas, las comisiones o la presión popular sobre los delegados fueron algunas de las prácticas políticas que los vecinos del suburbio idearon para tratar de resolver el conflicto[124].

Fue tal el ruido que hicieron que la batalla contra los consumos terminó por afectar también a aquellos actores que la historiografía no tiene inconveniente en reconocer como políticos. La supresión del impuesto ya había formado parte de las revoluciones progresistas de mediados de siglo e incluso llegó a plasmarse en medidas legales durante el Sexenio Democrático. No obstante, restaurada la monarquía y restaurado el impuesto, las fuerzas contrarias al turno apenas dedicaron atención al

---

[120] El "sense of place" y la relación con las formas políticas populares en Katrina NAVICKAS: *Protest and the Politics of Space and Place, 1789-1848*, Manchester, Manchester University Press, 2016.
[121] Zygmunt BAUMAN: *La posmodernidad y sus descontentos*, Madrid, Akal, 2001.
[122] Chantal MOUFFE: *En torno a lo político*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007, p. 16.
[123] Además de en los trabajos sobre "governmentality" citados más arriba, este movimiento hacia la profesionalización de la gestión municipal puede verse en Matías LANDAU: *Gobernar Buenos Aires. Ciudad, política y sociedad, del siglo XIX a nuestros días*, Buenos Aires, Prometeo, 2018, especialmente el capítulo tercero, "Gobernar la Buenos Aires moderna: entre la democracia y la técnica" (pp. 99-134).
[124] Como se ha mencionado, la cuestión fiscal afectaba a todo el país. Sin embargo, siendo extendido el rechazo al impuesto, en los suburbios como Cuatro Caminos adquirió unas dimensiones particulares. Esto se debió a una serie de cuestiones: la lógica fronteriza, la desigualdad de trato entre vecinos de un mismo municipio, la regulación violenta de un espacio nacido al margen de la oficialidad, a medio hacer y levantado en parte por sus propios vecinos, el componente de aislamiento y fijación al terreno, etc. Un conjunto de supuestos fundamentales para la conformación de la cultura política del suburbio que no atravesaban la experiencia fiscal de los habitantes de la España rural o del interior de las ciudades.

asunto más allá de menciones aisladas en algún programa municipal o declaraciones ocasionales al calor de un motín. El brío de antaño parecía domesticado con la Constitución de 1876 y el nuevo panorama de partidos. La cultura política liberal imperante desde entonces primó la estabilidad y el orden social sobre el disenso, la razón de Estado sobre los conflictos, la gobernabilidad sobre el pluralismo, la lógica privada e individual sobre las prácticas callejeras y colectivas. La esfera pública fue definida de manera cada vez más restrictiva. Se regularon formas, derechos asociativos, modos de comunicación y, sobre todo, se limitaron los asuntos que integraban el debate político. A nivel oficial la imaginación política se vio tremendamente empobrecida. En palabras de Mouffe, pero también siguiendo la interpretación de James Vernon sobre la consolidación del liberalismo en Gran Bretaña como un cierre de la esfera pública y una erosión del potencial democratizador de la política popular, el régimen parlamentario de la Restauración negaba lo político en su dimensión antagónica[125].

Ante el silencio de los partidos organizados, la lucha antifiscal se mantuvo como reivindicación disponible en los suburbios. Las instituciones y las demandas ciudadanas discurrían mientras tanto sin puntos de contacto[126]. Las cosas no tardarían en cambiar. Ya fuera obligados por la presión popular, ya alentados por la posibilidad de expandir su mensaje entre el nutridísimo ejército de enemigos del impuesto, los republicanos recogieron a finales de siglo buena parte de las quejas de los vecinos de las afueras. La política popular no terminaba en las cenizas del fielato o en las cabalgatas punitivas, sino que era capaz de alterar el lenguaje y las estrategias de los movimientos organizados. Aunque los ejemplos son inagotables, mencionaremos únicamente tres.

En 1901 los republicanos iniciaron una campaña de mítines por la abolición del impuesto. A tenor de su éxito la campaña tuvo múltiples reediciones en los años siguientes y a la misma se fueron sumando periódicos, asociaciones y personalidades relevantes. No se trataba solo de apoyar una causa justa o de dar cauce a una legítima aspiración popular[127]. Sopesar la supresión del impuesto implicaba, entre otras cosas, plantear una redistribución de las cargas fiscales que permitiera al Ayuntamiento seguir ingresando lo que antes percibía gracias a los consumos a través de nuevos tributos como las tasas progresivas sobre los alquileres elevados, el aumento de la cédula a los vecinos ricos o el impuesto sobre el suelo edificado[128]. De esta manera, al colarse en el debate público, las reivindicaciones de los hombres y mujeres del montón horadaban incluso los cimientos mismos del orden económico.

Un segundo ejemplo tuvo lugar en las elecciones municipales de 1905. El rechazo del tributo fue una de las puntas de lanza de la candidatura de Unión Republicana por el distrito de Chamberí, donde se integraba Cuatro Caminos. La cuestión no era menor

[125] Chantal MOUFFE: *En torno a lo político*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007, p. 17; James VERNON: *Politics and the People. A Study on English Political Culture, c. 1815-1867*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

[126] Llama la atención el mutismo de los socialistas al respecto. En los momentos de mayor conflictividad como el verano de 1897 resulta imposible encontrar en *El Socialista* el posicionamiento del partido.

[127] Entre 1901 y 1911 las campañas por la abolición fueron continuas. Valga como ejemplo una de las primeras movilizaciones coordinadas: *El País*, 18 de octubre de 1901.

[128] Estas son algunas de las propuestas de compensación de la recaudación planteadas por la Conjunción Republicano-Socialista en las elecciones locales de diciembre de 1909, primeras en las que concurrieron coaligadas las fuerzas de izquierda. Véase *El País*, 4 de diciembre de 1909.

puesto que su cabeza de cartel era el mismísimo Canuto González. Por aquel entonces el tabernero ya había recobrado el favor de sus vecinos[129] (que presentaron firmas para que pudiera ser candidato[130] e incluso le dedicaron un grupo escultórico presidido por su figura[131]) y se lanzó a la aventura electoral con un discurso nítido contra la frontera que tantos sinsabores le había ocasionado en el pasado[132].

Ilustración. El popular Canuto conversando con varios electores en la calle de los Artistas en las elecciones de 1905. Fotografía: Lagomasini. *Nuevo Mundo*, 16 de noviembre de 1905.

Unas semanas después los republicanos del barrio anunciaron su adhesión a una campaña nacional contra el impuesto organizada por el diario *El Liberal* y nombraron

[129] Canuto comenzó a recuperar su popularidad a partir del juicio por el asesinato del *consumero*. Desde entonces son abundantes las referencias a celebración de mítines, actos, concentraciones, colectas, suscripciones, escritos vecinales a la administración o apertura de escuelas en que Canuto se vio involucrado y para las cuales cedió su negocio. También volvió a organizar los festejos en la barriada y pasó distintos periodos en prisión por dar la cara por su vecindario. Estos ejemplos serán analizados en posteriores capítulos.

[130] Canuto González fue candidato en las elecciones municipales de 1905 puesto que así lo quisieron sus vecinos. Primero presentaron firmas proponiéndole como candidato. Después lo aclamaron unánimemente cuando Unión Republicana acudió a dar un mitin a la barriada. Finalmente, votaron su candidatura, aunque no pudo salir elegido, pues los fuertes apoyos que disfrutó en Cuatro Caminos se diluyeron en el resto del distrito, donde su fama era menor y los electores tenían otras preocupaciones distintas a las del ciudadano medio del extrarradio. Véanse al respecto AVM, Secretaría, 17-120-1 y *El País*, 22 de octubre de 1905.

[131] *La Época*, 12 de noviembre de 1905.

[132] Por ejemplo el mitin dado en el café Quevedo los oradores, entre los que había vecinos de la barriada se centraron en el rechazo del impuesto. Véase *El Heraldo de Madrid*, 15 de diciembre de 1905.

una comisión permanente de lucha por su abolición. Significativamente, la comisión se reunía en el merendero de Canuto, Villa Constancia, lugar donde también se recibían las adhesiones. Además, a pesar de ser encabezada por los activistas masculinos de la barriada, los miembros de la comisión manifestaban su voluntad de incorporar a mujeres ("puesto que por igual sentimos todos los perniciosos efectos de tan inicuo impuesto"), en lo que parecía un reconocimiento explícito del papel femenino en las protestas antifiscales[133].

Tanto esta llamada a las mujeres desde la política más o menos organizada como el nuevo rol desempeñado por Canuto como líder vecinal contra la línea fiscal se nos antojan dos triunfos rotundos de las formas políticas de los sin nombre del suburbio y una prueba palpable de lo problemáticos que resultan algunos modelos que entienden la politización como un proceso irradiador de arriba abajo, de los actores estructurados a la gente común y del centro a la periferia[134]. A finales del siglo XIX y principios del siglo XX no había un único cauce instituido para la participación política sino que había multiplicidad de métodos de intervención pública que pugnaban por abrirse paso en una coyuntura en que todo estaba por ganar y definir, desde los límites de la ciudadanía hasta el concepto mismo de democracia. El caso de Canuto era un buen ejemplo de ello, pues a tenor de las diferentes posturas que encarnó en el conflicto fiscal con la ciudad se podría decir que fue la multitud la que orientó los pasos seguidos por el tabernero y no el líder quien enseñaba el camino. Para alcanzar popularidad política en el suburbio, esto es, para ser reconocido como representante por sus vecinos, los líderes habían de doblegarse a las demandas y estilos de la gente corriente. Repárese si no en los dos entierros de Canuto González.

Amotinadas y comisionados desafiaban lo que se consideraba digno de atención política en la época pero también ponían en entredicho la lectura historiográfica de la autonomía de la política como un campo independiente y regido por pautas ajenas a las del resto de esferas del mundo social. En el extrarradio la política se armaba a partir de los antagonismos cotidianos, nacía de ellos y se plasmaba en una amalgama de prácticas realmente diversa que tampoco puede ser comprendida en toda su profundidad desde la lógica de la modernización de los repertorios de acción colectiva. Daba la impresión de que ninguno de esos políticos de alcantarilla del suburbio veía la huelga como una etapa superior del motín o la algarada como un recurso desfasado que ocultar bajo siete llaves. Más que una sustitución o afinamiento del repertorio de acuerdo con un esquema de progreso establecido *a priori*, lo que vemos en las afueras de la gran ciudad es la convivencia de prácticas y el uso virtuoso, selectivo, parcial o ingenioso de unas u otras en función de las necesidades de cada situación. Motín y asambleas transbarriales. Presión a las autoridades y entierros simbólicos. Autos de fe colectivos contra el fielato y usos interesados de los mecanismos de la justicia ordinaria[135]. Cierres coordinados de

[133] *El Liberal*, 30 de diciembre de 1905.

[134] Una crítica de los modelos difusionistas y una apuesta por reconstruir la política de los sectores populares desde abajo y partiendo de sus experiencias cotidianas en Álvaro PARÍS: "Politización popular contrarrevolucionaria en la Europa meridional: reflexiones cruzadas entre Madrid, el Midi de Francia y Nápoles (1789-1850)", en James AMELANG et al. (coords.): *Palacios, plazas, patíbulos. La sociedad española moderna entre el cambio y las resistencias*, Valencia, Tirant Humanidades, 2018, pp. 313-326.

[135] El auto de fe colectivo en Víctor LUCEA: "La protesta popular antifiscal en Aragón. 1890-1915", *Librería Cazarabet*, s.f. Disponible online en: http://www.cazarabet.com/idea/coloquios/victorlucea.htm. Consultado el 28 de enero de 2019.

tiendas y chirigotas insultantes. Trapos que hacían de bandera y políticos profesionales a los que no les quedaba más remedio que subirse al carro de la protesta popular.

La cultura política del suburbio, como toda cultura concebida de un modo antropológico, era un patrimonio socialmente disponible, inacabado, en continua transformación y sujeto a resignificaciones, invenciones, manipulaciones. Era algo vivo[136]. Con todo, la lucha en la frontera había marcado la experiencia de los vecinos y había comenzado a dar forma a algunos de los componentes fundamentales de dicha cultura: la preocupación por las cuestiones materiales inmediatas, la conciencia de estar fuera de la ciudad, la percepción de la desigualdad de trato, el sentimiento de barrialidad, el protagonismo de los sujetos excluidos por la política liberal, el gusto por lo simbólico, lo metafórico y lo visual, la ausencia de marcos que reglamentaran la acción política, la participación multitudinaria, desordenada y carnavalesca, el uso desregulado de las calles, la defensa de las costumbres en el espacio de vida, la legitimación de la violencia, la irreverencia ante las autoridades, la protesta como algo ordinario y ubicuo. Un conjunto de experiencias y actitudes que desvelaban una manera distintiva de relación con la política en la que ahondaremos siguiendo la pista de nuevas luchas cotidianas.

[136] Sobre los conceptos de "cultura" manejados, véanse: Ann SWIDLER: "Culture in Action: Symbols and Strategies", *American Sociological Review* 51 (1984), pp. 273-286; Clifford GEERTZ: *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*, Barcelona, Paidós, 1994; William H. SEWELL JR: "The Concept(s) of Culture", en Victoria E. BONNELL, Lynn HUNT: *Beyond the Cultural Turn. New Directions in the Study of Society and Culture*, Berkeley, UCP, 1999, pp. 35-61; Jorge JARAMILLO: "La cultura y la política en la cultura política", *Nueva Antropología*, 86 (2017), pp. 101-119.

CAPÍTULO 2. ARQUITECTOS Y ALBAÑILES DE SU PROPIA CIUDAD. ABANDONO, AUTOORGANIZACIÓN Y LUCHA POR LOS SERVICIOS

Las prácticas que los vecinos del suburbio desplegaron para resistir el pago de los consumos eran una manera imaginativa de llamar la atención de los poderes públicos, pero no la única. Los motines, las pedreas o las cabalgatas permitían participar en política a quienes se encontraban excluidos de la misma por vivir en la periferia urbana, por ser pobres o por carecer de derecho al sufragio. Su mayor reivindicación era poder formar parte de una ciudad más integradora, en la que las necesidades del extrarradio pesaran tanto como empezaba a hacerlo su población. El deseo, sin embargo, estaba en las antípodas de la realidad. El Ayuntamiento destinaba buena parte de sus menguados recursos a la realización de su proyecto más preciado, el ensanche de Carlos María de Castro. Por el contrario, los barrios apartados como Cuatro Caminos, que habían surgido de la nada y sin contar con el beneplácito de nadie, naufragaban en un completo desamparo administrativo. Sus moradores recogían la basura de la capital, servían en las casas de las familias *bien* o trabajaban como peones en las numerosas obras públicas que en Madrid se acometían. Eran una pieza imprescindible en el engranaje de la ciudad aunque esta los empujara a los márgenes y se despreocupara de su suerte.

La incapacidad de las autoridades para paliar las pésimas condiciones de vida en los suburbios provocó una nueva fuente de conflictos. Durante generaciones los habitantes de las afueras se foguearon políticamente teniendo que reclamar o levantar con sus propias manos los servicios que faltaban en sus calles. La lucha por un barrio digno de tal nombre trastocó los modos de hacer política y las nociones de urbanismo dominantes en la época y como consecuencia de ello en el extrarradio las relaciones entre las elites de la capital y los vecinos fueron más tirantes que en ningún otro lugar.

1. Hacer ciudad desde cero. El orden de los donnadie

Los barrios como Cuatro Caminos habían surgido de la parcelación y lotificación de antiguas fincas rurales. Aunque inicialmente no estaban calificadas para uso urbano, cuando la especulación disparó el precio de los alquileres en el ensanche, los propietarios de las afueras vieron la posibilidad de hacer negocio inmediato y no desperdiciaron la oportunidad. La tarea apenas requería inversión. Bastaba con elaborar un plano, diseñar una trama viaria, casi siempre coincidente con las lindes de las fincas o los antiguos caminos y veredas, y dividir el terreno para la venta de parcelas. Esta sencilla fórmula permitió a muchos modestos ahorradores colonizar el extrarradio y proveerse así de alojamiento asequible. Se trataba en su mayoría de artesanos o jornaleros que compraron pequeños solares a bajo coste y alzaron en ellos sus viviendas con sus propias manos y con materiales de exigua calidad[1]. En todos los casos, propietarios, parceladores y compradores-constructores siguieron pautas de actuación aisladas e individuales. No había empresas ni sociedades promotoras ni por supuesto había rastro de dinero público, solo personas físicas que poco a poco dieron forma a unos desgarbados arrabales de los que a pesar de su modestia pronto se sintieron

[1] Solo 18 de los 223 primeros compradores de parcelas eran comerciantes o propietarios de bienes inmuebles. El resto eran trabajadores manuales. Rafael MAS: "Los orígenes de la propiedad inmobiliaria en el extrarradio norte de Madrid", *Ciudad y Territorio*, 1 (1979), pp. 77-86.

dueños. No en vano, la actitud de las elites liberales ante la urbanización espontánea de la periferia fue de apatía e indiferencia. Los técnicos municipales concedieron todas las licencias de obra que llegaron a sus oficinas sin temer que aquellos humildes caseríos pudieran constituir algún día una amenaza para el ensanche. Incluso cuando ya en el siglo XX el Ayuntamiento aprobó distintos planes de urbanización del extrarradio se siguieron otorgando permisos de edificación, pues la ciudad era incapaz de responder con garantías a la enorme demanda de suelo barato. Mas una cosa era expedir licencias y otra preocuparse por dotar a las nuevas zonas de equipamientos urbanos[2]. Como ha mostrado Charlotte Vorms, la postura oficial ante el vertiginoso crecimiento de los suburbios fue de "tolerancia sin apoyo". Se aceptaban las construcciones y las calles se incorporaban a la red viaria oficial, pero el Ayuntamiento se desentendía de establecer empedrado, alumbrado y otros servicios que los vecinos del centro sí disfrutaban[3].

La falta de control gubernamental presidió los primeros pasos del extrarradio. Pero el problema no solo era que el Ayuntamiento se mostrara impotente para encauzar el fenómeno o se negara a reconocer su paternidad sobre los barrios que crecían pegados al foso del ensanche, como Cuatro Caminos. La cuestión revestía mayor enjundia, pues había otros suburbios que habían nacido en terrenos que no pertenecían a la capital sino a sus municipios colindantes, pueblos estancados en el tiempo, con las mismas familias y casas que cien y doscientos años atrás y que desde luego no contaban con los medios para responder a las dotaciones que las nuevas barriadas demandaban. Este era el caso de Tetuán de las Victorias. Aunque había crecido siguiendo la línea de la antigua carretera de Francia, al norte de Cuatro Caminos, administrativamente dependía de Chamartín de la Rosa, un villorrio que a mediados del XIX parecía aún congelado en el Antiguo Régimen. A vista de pájaro la situación era bien clara: entre el fielato de consumos, último signo inequívoco de la ciudad pensada por los poderes públicos, y las iglesias de Chamartín se abría paso una tremenda extensión de más de tres kilómetros que con el paso del tiempo se fue llenando de callejuelas y barracas que tatuaban sobre el terreno el fracaso de la urbanización liberal.

Sin haberlo deseado o pretendido sus moradores se encontraron diseñando desde cero un modelo de ciudad alternativo. Ellos fueron los responsables de señalar alineaciones y rasantes, de perfilar las manzanas o de erigir las casuchas bajas que habitaban. Hicieron humano un paisaje hasta entonces baldío y desierto. Ante la ausencia de ordenanzas que regularan la vida en común, se preocuparon por crear un barrio acorde a su estilo de vida y necesidades. De este modo, junto a sus viviendas establecieron pequeños huertos donde cultivar los productos que consumían o vendían de manera ambulante así como corrales donde criar los animales de los que se alimentaban o que les ayudaban en su faena diaria como traperos o rebuscadores de basura. A finales de siglo 504 de los 548 inmuebles que había en Tetuán se correspondían con esa tipología de vivienda rodeada de un patio multifuncional[4].

---

[2] Pedro NÚÑEZ GRANÉS: *Vías públicas del Interior, Ensanche y Extrarradio. Memoria relativa a los trabajos efectuados en dichas vías los años 1904 y 1905*, Madrid, Imprenta Municipal, 1906, pp. 32 y ss.
[3] Charlotte VORMS: "La urbanización marginal del extrarradio de Madrid: una respuesta espontánea al problema de la vivienda. El caso de La Prosperidad (1860-1930), *Scripta Nova*, 146 (2013).
[4] Rafael GILI RUIZ: "La conurbación de Chamartín (1840-1940)", en VV.AA.: *Chamartín. Aldea, Villa, Distrito,* Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 2013, p. 154.

Ilustraciones. Edificaciones pobres en Cuatro Caminos. Arriba: Calle Carlos Latorre. Abajo: Calle Carlos Rubio. Fuente: César CHICOTE: *La vivienda insalubre en Madrid. Memoria presentada al Excmo. Sr. Vizconde de Eza*, Madrid, 1914.

Los vecinos del suburbio eran al mismo tiempo arquitectos y albañiles de su entorno y esto se plasmó en un asunto tan básico como la designación popular de algunas calles. Sin duda, el caso más paradigmático es el de Próspero Soynard, propietario y parcelador de terrenos que terminó dando nombre a toda una barriada, La Prosperidad[5]. Pero hay muchos otros casos de individuos del montón que inscribieron

[5] Charlotte VORMS: *Bâtisseurs de banlieue à Madrid. Le quartier de la Prosperidad (1860-1936)*, París, Creaphis, 2012.

sus nombres en el espacio público. En Cuatro Caminos algunos de los núcleos más míseros y desperdigados recibieron el seudónimo o el apodo de figuras que debieron de ser emblemáticas para sus convecinos, como el llamado "barrio de Patolas" en honor del tejar de igual denominación o las "casas del Chucho" en homenaje a uno de los traperos decanos del arrabal[6]. El viario de Cuatro Caminos aún hoy sigue salpicado de nombres y apellidos vulgares que seguramente respondan a esa misma lógica: Ambrosio Vallejo, Miguel Rubiales, Mariano Fernández... En algunos casos lo sabemos gracias al rastro documental que dejaron sus protagonistas, como sucedió con la calle de Canuto González, que, como vimos, designó hasta 1902 la vía que luego el Ayuntamiento llamó Doctor Santero[7]. Tres cuartos de lo mismo ocurrió en Tetuán, sobre todo en el primer tercio del siglo XX, cuando su crecimiento fue más intenso y cada año era preciso nombrar nuevas travesías y pasajes como los de Ángel Puech, Ana María, Miguel y Francisca, Manuel Fornas, Valeriano Torres, Clemente Ranilla y decenas de ejemplos más que remiten al trato cotidiano y al conocimiento mutuo entre vecinos[8].

Frente a la lógica liberal de designar las calles con glorias patrias que recordaran los valores a preservar o realzar, muchos lugares de ese extrarradio ingobernable fueron bautizados con el nombre de quienes los vivían y producían. Ángel Puech, por ejemplo, llegó con su familia a Tetuán cuando solo tenía 3 años, en 1865, y terminó convirtiéndose en un personaje muy querido en el vecindario[9]. A finales de siglo era el tesorero del Fomento de Tetuán, una sociedad local dedicada a promover la mejora de la barriada y la instrucción de sus habitantes[10]. Años después, junto a otros setenta vecinos, aportó un pequeño capital para conseguir que Hidráulica Santillana surtiera de agua a Tetuán[11]. A pesar de que tenía su vivienda en la antigua carretera de Francia, su pequeño negocio le permitió ahorrar lo suficiente como para comprar una finca en el límite occidental del suburbio. Con el tiempo aquellos terrenos se transformaron en las calles de Ángel Puech, Andrea Puech (su hija) y Vicente Olmos (su yerno) y seguramente también en un lugar de memoria para sus allegados[12]. El caso de Clemente Ranilla, obrero zamorano llegado a Tetuán hacia 1910, es tal vez aún más significativo, pues a pesar de no saber leer ni escribir estampó su nombre en los letreros de otro callejón de la barriada[13]. Para el alto número de vecinos analfabetos sin duda resultaba

---

[6] Pueden verse algunas de estas descripciones en Luis DE LA CRUZ: "Política de merendero y descampado. La construcción social del extrarradio madrileño", en Mónica MORENO, Rafael FERNÁNDEZ, Rosa Ana GUTIÉRREZ (eds.): *Del siglo XIX al XXI. Tendencias y debates*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2019, pp. 1085-1098.

[7] AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Guía de las vías públicas de Madrid*, Madrid, Imprenta Municipal, 1916.

[8] AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Chamartín de la Rosa de 1905 y 1935. Gracias a un trabajo de reconstrucción histórica de las calles madrileñas con nombre femenino sabemos que los casos mencionados no fueron excepcionales y que buena parte de las vías aún hoy existentes en lo que podríamos denominar suburbios históricos conservan el nombre de sus primeras pobladoras. Véase AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Memoria de mujeres en el callejero*, disponible online en https://www.madrid.es/UnidadesDescentralizadas/IgualdadDeOportunidades/Publicaciones/MemoriaMujeresEnElCallejero/mujeresreales.pdf. Consultado el 8 de febrero de 2019.

[9] AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1905.

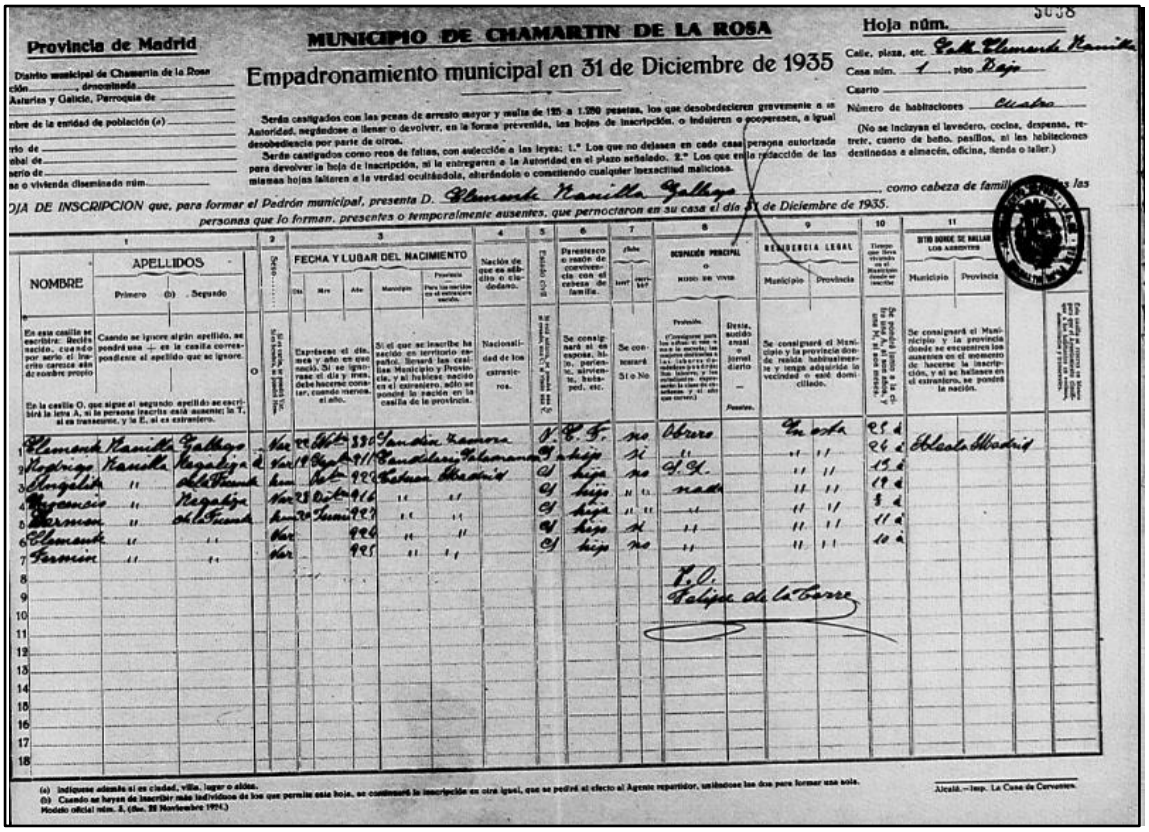
[10] *El Imparcial*, 2 de febrero de 1895.

[11] *ABC*, 8 de agosto de 1912, *La Ciudad Lineal*, 10 de enero de 1913.

[12] La compra en *La Ciudad Lineal*, 30 de abril de 1904. La relación de calles en una noticia de subasta pública de una finca en *Ahora*, 3 de julio de 1935. Los vínculos familiares han sido reconstruidos a partir de AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Chamartín de la Rosa de 1905.

[13] AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Chamartín de la Rosa de 1935.

mucho más fácil memorizar el nombre de una calle si la asociaban a referentes comunes e inmediatos en su vida cotidiana.



Provincia de Madrid

MUNICIPIO DE CHAMARTIN DE LA ROSA

Hoja núm. 3038

Empadronamiento municipal en 31 de Diciembre de 1935

Calle, plaza, etc. Calle Clemente Ranilla

Casa núm. 1, piso Bajo

Cuarto

Número de habitaciones Cuatro

(No se incluyan el lavadero, cocina, despensa, retrete, cuarto de baño, pasillos, ni las habitaciones destinadas a almacén, oficina, tienda o taller.)

Alcalá.—Imp. La Casa de Cervantes.

Ilustración. Hoja de empadronamiento de Clemente Ranilla en el número 1 de la calle Clemente Ranilla. Fuente: AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Chamartín de la Rosa de 1935.

En la periferia tenían sus propios referentes. Los Quevedo, Goya o Espronceda del Madrid del ensanche dejaban hueco en las afueras a los tenderos, los albañiles o las vecinas más viejas del lugar. El mensaje que se transmitía era bien distinto: no importaba tanto la ejemplaridad como el vínculo con el espacio o el afecto de sus iguales. En Tetuán se nombraba en función del uso dado, no del prescrito o deseado. Caminar por el barrio era como recorrer el pasillo de una casa llena de fotografías de sus inquilinos. Aquí la calle de Manuela. Allá la de Cristina. A la vuelta la de Emilia. Las cosas en el suburbio se hacían con arreglo a otro orden, el orden de los donnadie.

O al menos eso parecía deducirse de los casos anteriores y de una nueva anécdota rescatada de la prensa del momento. En septiembre de 1882 los periódicos se hicieron eco de una serie de estafas relacionadas con el peso del pan ocurridas en los Cuatro Caminos. Lo más llamativo de la crónica, al margen del recurrente e inagotable problema de las subsistencias, residía en que cuando uno de los perjudicados buscó alguna autoridad local a la que denunciar el hecho no pudo hallar quien le ayudara. El alcalde de barrio, trapero, se encontraba en Madrid ocupado en la recogida de porquerías y baratijas, mientras que las otras figuras de poder en la barriada estaban entregadas igualmente a sus quehaceres: uno como vendedor callejero, otro como encargado de cuidar unos pollos en un corral. La policía, por supuesto, ni estaba ni se la

esperaba. Aunque costumbrista, el relato mostraba a unos cabecillas del suburbio tan esforzados como sus moradores y a una comunidad que trataba de regularse de acuerdo con sus propias normas o creencias[14].

La noticia también revelaba una falla estructural que atravesaba el extrarradio de principio a fin. La falta de vigilancia era una consecuencia más de la total dejación de funciones que el Ayuntamiento perpetraba por desgana o incapacidad. En las calles de Cuatro Caminos apenas había guardias a los que acudir en caso de una violación flagrante de la ley o del sentido común. Como veremos, con el paso del tiempo la municipalidad se tomó muy en serio esta cuestión y trató de extender sus tentáculos sobre la periferia a través del incremento de la presencia policial, lo que fue causa de nuevos conflictos y discordias con el vecindario. Pero quedémonos, de momento, con lo que esta ausencia de representantes del orden reflejaba sobre el distinto trato que las elites urbanas dispensaban a unas y otras zonas de la ciudad. Habría sido impensable que un madrileño de la calle Serrano o de los alrededores de la Puerta del Sol se hubiera quedado sin tramitar su queja por no encontrar agentes de policía. Y por eso mismo fueron frecuentes las cartas que los vecinos de la barriada enviaban a los periódicos en denuncia de tal desamparo:

> La vigilancia de los Cuatro Caminos siempre ha estado descuidada, pero nunca como ahora, pues los robos se suceden con frecuencia y la seguridad personal no está garantizada. Los vecinos del barrio tienen derecho a esperar que las autoridades pongan coto a estos abusos[15]

Los habitantes de Cuatro Caminos se sentían indefensos y reclamaban a los gobernantes que estuvieran a la altura del cargo que ostentaban. Por ser pobres merecían mayor protección frente a los malhechores que campaban a sus anchas en las afueras de la ciudad y ponían en riesgo lo poco que tenían. Clase obrera no era clase peligrosa ni delincuente. Sin embargo, su deseo de contar con mayor vigilancia fue desatendido una y otra vez, por lo que ante la inseguridad tuvieron que ser los propios vecinos los que organizaran la defensa armada de la barriada:

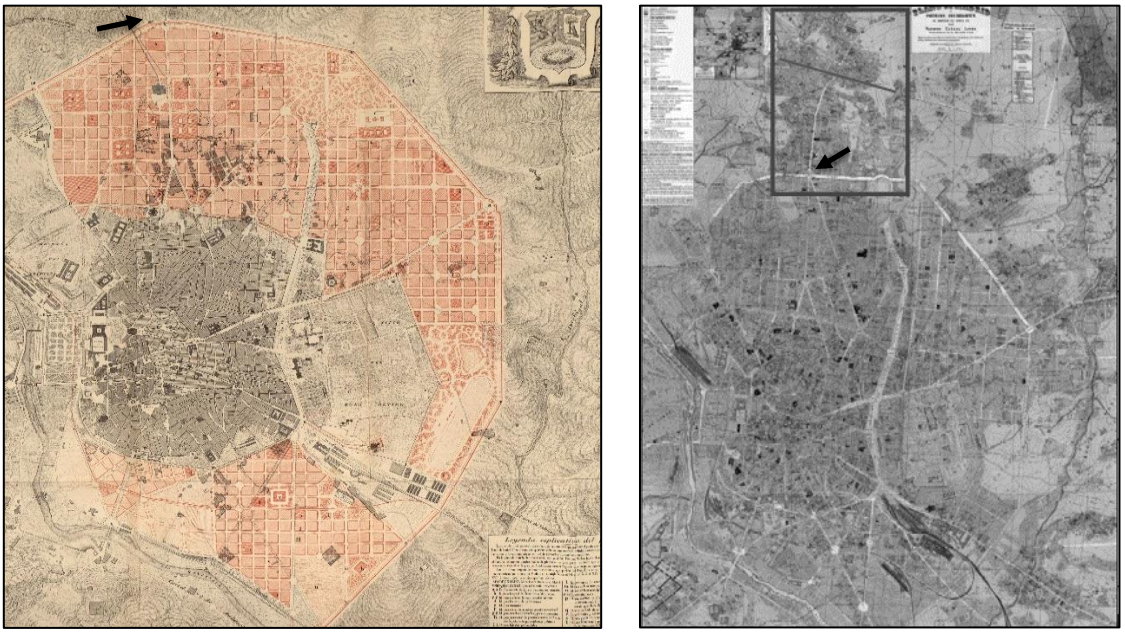
> Desde el anochecer una cuadrilla de ladrones [*apaches* franceses] recorre las calles del interior de la barriada, saltando las tapias de los corrales, de donde se llevan los volátiles y demás animales domésticos. Los vecinos se han visto obligados a defenderse haciendo disparos de revólver, que eran contestados por los bandidos, armándose verdaderas batallas[16]

No era la primera vez que las gentes del suburbio escribían el guion de su propia historia. Habían levantado sus casas por las bravas, habían grabado sus nombres en las calles y habían traspasado fronteras físicas y simbólicas en su lucha contra el fielato. Se sabían dueños del extrarradio y por eso no dudaron en tomarse la justicia por su mano de la misma guisa que lo hacían con los cobradores de impuestos, a quienes también consideraban intrusos o extranjeros. La cuestión de la vigilancia era la mejor metáfora de la relación de los vecinos con las autoridades. En el día a día las figuras del orden brillaban por su ausencia y, cuando aparecían, lo hacían tarde y mal, como cuando

[14] *La Época*, 11 de septiembre de 1882.
[15] *La Justicia*, 5 de febrero de 1896.
[16] *El País*, 19 de diciembre de 1905. El subrayado es nuestro.

impedían el linchamiento popular de un recaudador pendenciero o salvaban el pellejo de un comerciante más listo de la cuenta. Como los policías, los ingenieros o los arquitectos municipales tampoco habían salido a escena en los primeros actos de la obra y a la compañía, esto es, a los hombres y mujeres que poblaban el suburbio, no le quedó más remedio que autoorganizarse.

Cuando las elites del centro de la ciudad tomaron conciencia de la gravedad del asunto y quisieron dirigir el crecimiento de la periferia chocaron con la tozuda realidad. En 1888 concibieron la idea de hacer del extrarradio la "ampliación del ensanche". En la misma línea, en 1896 aprobaron una ley para urbanizar las afueras "sobre la base del plan de ensanche". Pero los intentos quedaron en agua de borrajas. A principios de siglo resultaba evidente que aquellos suburbios caóticamente formados eran la antítesis del ensanche y que, por tanto, nunca podrían ser su apéndice[17]. Cuatro Caminos superaba los 12.000 habitantes y Tetuán rozaba los 5.000. Más de 17.000 personas vivían en el extrarradio norte en una suerte de limbo legal o régimen provisional a la espera de que los gobernantes pusieran en marcha un plan de ordenación de la barriada.



Planos. Comparativa entre el proyecto expansión de la ciudad en 1860 (proyectado para ser completado en los siguientes cien años) y las realidades que habían surgido más allá de los fosos del ensanche en 1900. Izquierda: Carlos María DE CASTRO: *Ensanche de Madrid. Anteproyecto. Plano general de la zona de Ensanche y del emplazamiento y distribución del nuevo caserío*, 1857. Derecha: Facundo CAÑADA: *Plano de Madrid y pueblos colindantes al empezar el siglo XX*, Madrid, 1900. En el recuadro: Cuatro Caminos y Tetuán. En ambos casos la flecha indica la glorieta de Cuatro Caminos.

El proyecto comenzó a tomar cuerpo en 1907, año de la muerte y del segundo entierro de Canuto González, con la creación de una oficina especial para obras públicas en el extrarradio. Pedro Núñez Granés, técnico municipal e ingeniero militar, fue el

[17] Estas primeras normativas, así como un sucinto balance de la urbanización del extrarradio, en Juana María SÁNCHEZ GONZÁLEZ: *Gustavo Fernández Balbuena en la cultura urbanística madrileña*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Politécnica de Madrid, 1999, pp. 432-434.

encargado de dirigir las operaciones. Granés y su equipo se presentaban como adalides de la "ciencia de la urbanización" y diseñaron un ambicioso plan de reconstrucción de las afueras que vio la luz en 1910. Querían hacer del extrarradio un lugar con manzanas amplias, plazas desahogadas y grandes avenidas que favorecieran la circulación y la conexión con el centro de la ciudad. Para lograrlo había que replantear las vías ya existentes y clarificar los usos concretos de los espacios, lo que suponía acabar con la improvisación y la vida callejera que hasta el momento habían caracterizado a los suburbios. Según los técnicos, la anarquía edificadora y la falta de planificación habían sumido al extrarradio en unas pésimas condiciones de salubridad que era urgente paliar[18]. La escuadra y el cartabón traerían consigo la higiene, la educación y la belleza en una especie de traslación del esquema colonial sobre los suburbios: los técnicos llevarían la luz a los que aún permanecían bajo las tinieblas. Así lo veían en la redacción del *Diario Universal*:

> Bien merece un esfuerzo el europeizar barriadas tan deplorables como la de las Ventas y Cuatro Caminos, cuya mejor urbanización debía ser una tea y una lata de trementina. No es menester hacer de los Carabancheles, por ejemplo, una sucursal de Versalles; pero sí es necesario mejorar los barrios extremos que tienen hoy la categoría de aduares[19]

La analogía con los zocos o los aduares marroquíes tenía ya largo recorrido entre los plumillas de la capital. Primero se había utilizado contra la ciudad misma, indigna de ser tratada en pie de igualdad por las grandes urbes occidentales debido a su deficiente adecuación a los tiempos modernos. Sin embargo, a la altura de 1910 ya habían comenzado las obras del primer tramo de la Gran Vía y el avance del ensanche había aliviado el hacinamiento de la ciudad antigua. Madrid había cambiado de cara y ya no había motivo para seguir desacreditándola en su conjunto con calificativos orientalistas. La Gran Vía y los bulevares de Salamanca o Chamberí eran el escaparate de un capitalismo naciente que rendía culto a los grandes almacenes, los espectáculos o la arquitectura modernista[20]. La transformación urbana parecía haber decretado una mejora en las condiciones de vida que alejaba a la mayoría social del deprimente estado de miseria tan típico de las ciudades del inicio de la era industrial. A pesar de ello, como todo proceso de modernización, el emprendido en Madrid también había tenido sus consecuencias desagradables e inesperadas. El cinturón de suburbios proletarios era su expresión más clara y por ello pronto se convirtió en el nuevo destinatario de todos los estigmas e improperios que antes se lanzaban contra la capital. Las casitas y callejones creados en Cuatro Caminos por iniciativa de los vecinos pobres eran ahora un obstáculo en la carrera del progreso. De nuevo Madrid palidecía en comparación con la periferia de otras grandes ciudades, se venía a decir. Lo que había que hacer, por tanto, era

[18] Los detalles del Plan en Pedro NÚÑEZ GRANÉS: *Proyecto de urbanización del extrarradio de dicha Villa*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1910; ÍD: *El problema del Extrarradio de dicha Villa desde los puntos de vista técnico, económico, administrativo y legales*, Madrid, Imprenta Municipal, 1920.
[19] *Diario Universal*, 17 de agosto de 1910. El subrayado es nuestro.
[20] Para el centro y la Gran Vía, véanse Edward BAKER: *Madrid cosmopolita. La Gran Vía, 1910-1936*, Madrid, Marcial Pons, 2009; Santiago DE MIGUEL: *La Gran Vía de Madrid. Historia social de una ciudad extinta (1860-1936)*, Madrid, ACCI, 2017. Sobre el desarrollo material, social y económico de las tres zonas de ensanche: Rubén PALLOL: *El Ensanche Norte. 1860-1931. El Madrid moderno*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2015; Borja CARBALLO: *El Ensanche Este. Salamanca-Retiro 1860-1931. El Madrid burgués*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2015; Fernando VICENTE: El *Ensanche Sur, Arganzuela (1860-1931): los barrios negros*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2015.

europeizar sus formas de vida, sus costumbres y su paisaje. En el contexto de la guerra de Marruecos aquella analogía entre el suburbio y el aduar tal vez no fuera inocente[21].

La memoria elaborada por Granés en 1910 fue recibida por una ola de unánime adhesión entre las elites madrileñas. Periodistas, concejales y diputados celebraban la buena nueva. También lo hacían algunos propietarios de terreno de las afueras, que aprovechaban para recordar a las autoridades que toda obra de ingeniería sobre el extrarradio habría de pasar por una generosa indemnización[22]. En la Asociación de Propietarios de Cuatro Caminos se las prometían muy felices. Ramón Pulido, su presidente, era una *rara avis* en el suburbio. Pintor de la Real Academia de Bellas Artes, residía en un hotelito particular de la calle Ávila, la más cara de toda la barriada, algo así como un oasis de abundancia en mitad de un desierto de miseria[23]. Representaba un tipo social que con los años se haría cada vez más frecuente, pero que aún era extraordinario en la ciudad proletaria: el de las clases medias profesionales que se mudaban a las afueras por voluntad propia para construir allí una vida cerca de la naturaleza. Bien relacionado, Ramón Pulido promovió una incansable campaña de denuncia de los problemas sociales del extrarradio. En sus constantes columnas en *El Liberal* llamaba a una intervención quirúrgica sobre aquel cuerpo malsano y mostraba su apoyo al plan de Núñez Granés. Al margen de su altruismo y sincera preocupación por las condiciones del extrarradio, lo cierto es que las cuentas estaban de su lado. Si el proyecto prosperaba, los edificios respetados se revalorizarían al calor de las infraestructuras prometidas, mientras que las fincas expropiadas supondrían una inyección de dinero directa al bolsillo de dueños y caseros.

Sin embargo, el plan adolecía de una sangrante falta de realismo, resultaba prohibitivo para las arcas municipales y era difícil de llevar a la práctica. Suponía el derribo de miles de edificaciones, el resarcimiento de sus propietarios y, en muchas zonas, la demolición de calles enteras para empezar desde cero. Demasiada piqueta, pues, como era evidente, el extrarradio ya no podía ser tomado como un folio en blanco. Además, el proyecto tuvo que afrontar dos graves inconvenientes. Por un lado, aunque deseado, el plan solo fue parcialmente aprobado en 1916. Por otro, la propuesta tuvo la desgracia de pretender salir adelante en mitad de la peor crisis del mercado de alquileres de la capital. Los precios de los cuartos, incluso de los más modestos, subían sin parar a lomos de una inflación galopante que causaría aún más estragos si se derribaban las pocas casas económicas que aún ofrecían un alquiler accesible para el obrero: las del extrarradio[24].

El problema de la vivienda popular fue la sentencia de muerte del proyecto. Poco a poco, el entusiasmo inicial dio paso a posturas más tibias y matizadas y, finalmente, a

[21] También en Londres se asoció a los suburbios del East End con la geografía colonial. Véase Amy MILNE-SMITH: *London Clubland. A cultural history of gender and class in Late Victorian Britain*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2011, pp. 173 y ss.
[22] Así lo recordaba Ramón Pulido en un artículo aparecido en *El Liberal*, 28 de diciembre de 1911.
[23] Según los cálculos obtenidos del trabajo con los alquileres de Cuatro Caminos, el precio medio mensual de la vivienda en la calle Ávila en 1905 era de 50 pesetas mientras que en el conjunto de la barriada era de 12,21. AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1905. Su ficha de empadronamiento también desvela otra circunstancia excepcional en el suburbio: disponía de una sirvienta al servicio de la familia.
[24] Mariano GARCÍA CORTÉS: *Diversas medidas para paliar los efectos de la crisis de la vivienda y de trabajo en Madrid*, Imprenta Municipal, Madrid, 1922.

críticas abiertas como la de Pascual Ruiz Salinas, miembro del Partido Liberal, concejal y abogado estrechamente vinculado a la barriada desde tiempo atrás. En una entrevista concedida a *El Norte de Madrid* justificaba su rechazo al plan de la siguiente manera:

> Porque el cuarto barato del obrero, que hoy lo tiene en esas zonas de Madrid [los suburbios de extrarradio], y no en ninguna otra, desaparecerá, sin posible substitución, porque aún terminado el ensanche, es lo cierto que en ninguna de las tres zonas del mismo [Chamberí, Salamanca y Arganzuela] hay locales adecuados para que se instalen los vecinos que pueden pagar poco o casi nada; dígame usted: ¿dónde toda esta gente va a albergarse? Porque de momento, y desde luego, tendrán que salir para dejar el campo libre a la obra demoledora; después, ya veríamos si las viviendas podrían estar al alcance de las gentes necesitadas[25]

Pascual López Salinas estaba en lo cierto. La Gran Guerra hizo conocer a España el vértigo de la inflación y los arrendamientos se dispararon. Encontrar un cuarto barato en el ensanche o en los barrios populares del casco antiguo se volvió misión imposible, y de nuevo el extrarradio se convirtió en la principal válvula de escape para alojar a las legiones de inmigrantes que tocaban la puerta de la ciudad en busca de cama, techo y trabajo[26]. Por un lado, siguió la lotificación y compra de pequeñas parcelas por humildes ahorradores. Por otro, se extendió la figura del inquilinato, cuando algunos de los propietarios de primera hora comenzaron a sembrar de nuevos inmuebles sus solares o a aumentar los cuartos de sus casas de corredor[27]. El ritmo de edificación subió dramáticamente y la población alcanzó cifras impensables en el momento en que Núñez Granés comenzó a redactar su memoria. En 1920 Cuatro Caminos rondaba los 37.000 habitantes y Tetuán se quedaba a las puertas de los 22.000. Para entonces, además, los dispersos núcleos originales se habían encontrado y formaban un espacio continuo y desbocado con una población mayor que la de cualquier capital de provincia de tamaño medio. En total eran casi 60.000 personas las que daban al traste con aquel intento de ordenación racional de la periferia[28]. 60.000 personas y su huella espacial, pues frente a las cuadrículas y los bulevares imaginados por Núñez Granés, aquellos años siguieron brotando como plantas silvestres las callejuelas que acababan en el campo, las chozas, las barracas y alguna que otra casa de vecindad. En 1915 solo el 11,8% de las viviendas

---

[25] *El Norte de Madrid*, 12 de marzo de 1916. El subrayado es nuestro

[26] El crecimiento de los suburbios como consecuencia de la crisis de la vivienda en el interior de la ciudad y el éxodo de los trabajadores a la periferia fue común a la mayor parte de capitales europeas del momento. Véase Tyler STOVALL: *The Rise of the Paris Red Belt*, Berkeley, University of California Press, 1990.

[27] Hay ejemplos de ambos tipos en Charlotte VORMS: *Bâtisseurs de banlieue à Madrid. Le quartier de la Prosperidad (1860-1936)*, París, Creaphis, 2012.

[28] Como se ha mencionado ya, a lo largo de la tesis se utiliza el genérico "Cuatro Caminos" para hacer referencia a los barrios administrativos de Cuatro Caminos y Bellas Vistas. En concreto la población del primero en 1920 era de 15.081 y, la del segundo, de 21.651. Por su parte, Tetuán y sus barriadas administrativas (entonces Tetuán, Huerta del Obispo, Pinos, Ventilla, Progreso y Castillejos) alcanzaban los 21.699 habitantes. Un dato significativo, habida cuenta que la población total del municipio en que se integraba, Chamartín, era de 23.050 personas (los núcleos no integrados en Tetuán eran la propia villa histórica de Chamartín de la Rosa, parte de la Ciudad Lineal y la urbanización de profesionales de la cultura denominada Las Cuarenta Fanegas). Los datos de Cuatro Caminos en: Instituto Nacional de Estadística: "Población de Madrid (capital) en 1920 por distritos municipales y barrios". Disponible en: http://www.ine.es/inebaseweb/pdfDispacher.do;jsessionid=CC1384979406210C12C47BAF01238BFD.inebaseweb01?td=81548. Consultado el 11 de febrero de 2019. Los datos de Tetuán proceden de: Rafael GILI RUIZ: "La conurbación de Chamartín (1840-1940)", en VV.AA.: *Chamartín. Aldea, Villa, Distrito*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 2013, p. 139.

de Cuatro Caminos estaba en un segundo piso o en una altura superior[29]. La situación era aún más calamitosa en Tetuán, donde en los años diez surgieron nuevos poblados que, como Ventilla, no eran más que una colección desperdigada de chabolas y tugurios de ínfima calidad constructiva. En 1920 Tetuán contaba con 5.054 familias repartidas en tan solo 2.876 inmuebles, lo que revela que en muchos casos dos, tres o incluso cuatro familias compartían un mismo habitáculo[30].

Las dificultades monetarias, la presión migratoria y el colapso de la oferta de vivienda en el interior de la ciudad hicieron fracasar el plan de Núñez Granés, que fue definitivamente abandonado por la municipalidad en 1923. Otro equipo liderado por José López Sallaberry, que había participado en el primer diseño de la Gran Vía, presentó una propuesta alternativa, el Plan General de Extensión de Madrid, pero tampoco llegó a cuajar. En aquel Madrid con ínfulas de modernidad, en el que los profesionales municipales viajaban a las grandes ciudades europeas para participar en conferencias sobre crecimiento urbano y para observar de primera mano las soluciones allí desplegadas al respecto, los donnadie que abarrotaban las afueras iban siempre dos pasos por delante de las previsiones de las elites. La ciudad proletaria, nacida de la suma de miles de iniciativas particulares para combatir la pobreza, se resistía a desaparecer. Y no era por una cuestión de orgullo, pues sus habitantes reclamaron hasta la extenuación las urgentes medidas que su espacio de vida demandaba. No había quien quisiera vivir rodeado de tanta miseria y tan expuesto a las epidemias, las enfermedades o la inseguridad. No es en esa supuesta rebeldía o desobediencia donde nos interesa poner el foco. Lo significativo de todo el arco cronológico que va de 1860 a los años treinta fue que las autoridades, con su impotencia para imponer un plan que alterara radicalmente la urbanización espontánea del extrarradio "sancionaron su incapacidad para tutelar el crecimiento de la ciudad popular"[31]. Y con ello, reconocieron tácitamente algo que sí tendría implicaciones para la formación desde abajo de la cultura política del suburbio: que aquella ciudad o contraciudad se había hecho a sí misma y que los vecinos eran los verdaderos amos de sus destinos. Ya lo habían demostrado. Levantaron sus casas, diseñaron la disposición de sus fincas para sacar provecho económico de las huertos y graneros, dieron el nombre de sus iguales a las calles y montaron colectivamente la defensa de su honor o sus propiedades ante los ladrones o los *consumeros*. Por si aquello fuera poco, también pusieron en jaque los planes de las autoridades cuando quisieron tomar las riendas de aquel caballo embravecido que eran los suburbios.

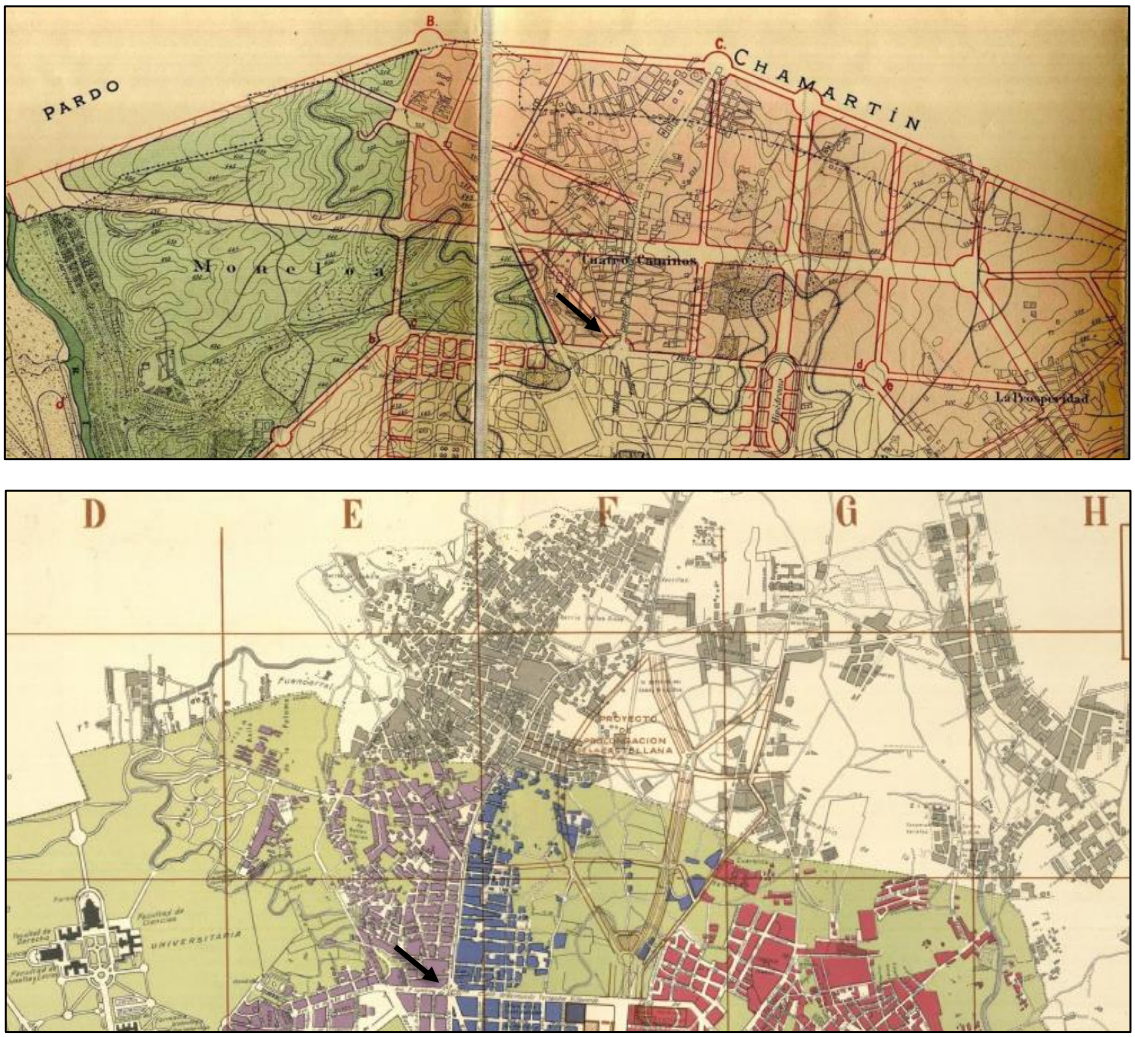
De la misma forma que la historia política se ha explicado en ocasiones como la emanación de discursos desde un núcleo irradiador de dirigentes, periodistas o intelectuales, la historia del urbanismo frecuentemente ha sido vista como la plasmación material de los diseños de arquitectos o ingenieros. Tanto en un caso como en otro, la

[29] El número de habitaciones en Cuatro Caminos en 1915 era de 6.937, de las que solo 824 estaban en un segundo o superior. La distribución de estas 824 era de 355 en la zona de Cuatro Caminos y 469 en la de Bellas Vistas. AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Datos obtenidos del empadronamiento general de habitantes de diciembre de 1915*, Madrid, Imprenta Municipal, 1917, pp. 22 y 25.

[30] Rafael GILI RUIZ: "La conurbación de Chamartín (1840-1940)", en VV.AA.: *Chamartín. Aldea, Villa, Distrito*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 2013, p. 167.

[31] Luis DE LA CRUZ: "La periferia urbana madrileña: algo más que un ámbito subsidiario de la ciudad. Reconstruyendo su identidad (1868-1917)", en Sandra BLASCO, Carlos ADÁN, Alfonso BERMÚDEZ (eds.): *Identidades en transición*, Zaragoza, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Zaragoza, 2019, pp. 536-572.

importancia concedida a los proyectos ideados por mentes preclaras ha supuesto el olvido, cuando no el abandono deliberado, de las experiencias de los individuos anónimos que participaban en protestas o habitaban las ciudades. El resultado es bien conocido. Por una parte, historias políticas o urbanísticas sin más personas que los líderes, los militantes o los técnicos de escuadra y cartabón. Por otra, relatos que sobredimensionan la efectividad de los discursos de las elites, insisten en su performatividad o dan por sentada la capacidad disciplinaria y la aplicación de los planes de reforma urbana[32].



Planos. Comparativa entre el proyecto de reforma del extrarradio ideado por Núñez Granés en 1910 y aspecto que la misma área tenía a la altura de 1934. Arriba: Pedro NÚÑEZ GRANÉS: *Proyecto de urbanización del extrarradio de dicha Villa*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1910. Abajo: AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Madrid: plano de sus vías públicas*, Madrid, Imprenta de las Artes Gráficas Municipales, 1934. En ambos casos la flecha indica la glorieta de Cuatro Caminos.

[32] La crítica a la historia urbana entendida como una historia de los diseños en Rubén PALLOL: "Deudas pendientes de la historia urbana en España", *Ayer*, 107 (2017), pp. 287-302. La crítica a determinados planteamientos de la nueva historia política en Carlos HERNÁNDEZ QUERO: "La política en su contexto. Reflexiones para una historia cultural de la política hace cien años", *Historia Contemporánea*, aceptado pendiente de publicación en 2021.

No obstante, como vimos a propósito de la tensión fiscal y hemos visto en las páginas precedentes, estos esquemas verticales de comprensión de la acción humana resultan poco operativos para explicar la conducta y experiencias de los vecinos de los suburbios. La periferia ofrecía un nuevo contexto social y espacial que ponía en entredicho esa relación tan directa entre lo pensado y lo plasmado, entre lo diseñado y lo producido, entre lo imaginado y lo vivido. Gracias a los trabajos de Jane Jacobs, Henri Lefebvre o Edward Soja sabemos que entre un proyecto y su cristalización había un enorme trecho que hacía posibles otros desarrollos o lógicas de producción del espacio, incluidas aquellas abiertamente enfrentadas al diseño primigenio como la autoconstrucción, los asentamientos informales, la emigración incontrolada o los estilos de vida callejeros, elementos todos ellos presentes en la urbanización marginal del extrarradio madrileño[33]. Más que jardines impolutos propios de la ciudad ortogonal que deseaban los gobernantes, los barrios como Cuatro Caminos y Tetuán parecían selvas frondosas y descontroladas donde la costumbre y los hechos consumados primaban sobre la ley. Eran lugares donde las lógicas que regían la producción del espacio no eran tanto las diseñadas desde arriba como las practicadas de manera cotidiana desde abajo. La gubernamentalidad liberal hacía aguas en los suburbios[34].

En el extrarradio ni la ocupación del suelo ni la política popular fueron funcionales a las lógicas liberales de producción del espacio o de la ciudadanía, pero sí lo fueron a las necesidades de los vecinos, con las que guardaban coherencia interna y antropológica. El barrio fue construido por sus habitantes y eso les hizo vivir una experiencia sin igual como arquitectos y albañiles de su propia ciudad. Casi nada en un régimen tan pacato y temeroso de la participación popular como el de la Restauración pero que, irónicamente, dejaba amplios márgenes para la construcción comunitaria desde abajo por su incapacidad o dejadez. Ante el abandono, los vecinos de las afueras se vieron obligados a imaginar nuevas formas de organizar la vida en común. Su día a día se convirtió en una lucha por disponer de los servicios e infraestructuras que

[33] Edward SOJA: *Thirdspace. Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagined Places*, Oxford, Blackwell, 1996; Jane JACOBS: *Muerte y vida de las grandes ciudades*, Madrid, Capitán Swing, 2011; Henri LEFEBVRE: *La producción del espacio*, Madrid, Capitán Swing, 2013; David HARVEY: *Ciudades rebeldes. Del derecho a la ciudad a la revolución urbana*, Madrid, Akal, 2013. Para una reflexión profunda sobre espacio y lugar que busca incluso trascender las enseñanzas de estos autores, véase la introducción de Katrina NAVICKAS: *Protest and the Politics of Space and Place, 1789-1848*, Manchester, Manchester University Press, 2016, pp. 1-20.

[34] Como se vio con anterioridad, el concepto de gubernamentalidad, acuñado por Foucault y desarrollado para el ámbito urbano victoriano por autores como Patrick Joyce o Chris Otter, hace mención a una forma específica de racionalidad gubernamental en que la población es el objeto y el fin del gobierno. Según la interpretación de Joyce, las ciudades del XIX, marcadas por nuevos retos como el crecimiento de la superficie urbana, el aumento de población o la intensificación de los flujos entre individuos, fueron el *locus* principal de actuación de estas técnicas y mecanismos de gobierno. Sus tentáculos se extendieron de muy diferente manera a través de estrategias como la acumulación de información estadística mediante censos, la numeración de las calles, la creación de infraestructuras que facilitaran la circulación de aire y agua, la gestión del tránsito de multitudes, la asignación de funciones a cada espacio (como los mercados), el diseño arquitectónico o la planificación del entorno urbano (que marcaría, según Joyce, el momento álgido de la "ciudad social"). Siguiendo su argumentación, creemos que dentro del conjunto de la ciudad eran precisamente los suburbios uno de los puntos de fricción por excelencia para la gubernamentalidad liberal, pues en estos lugares todo estaba por hacer y se ponía a prueba la capacidad de gestión de las autoridades. Al menos en lo referente a Cuatro Caminos y Tetuán, el gobierno liberal apenas pudo influir o hacer efectivos sus planes e ideas. Véase Patrick JOYCE: *The Rule of Freedom. Liberalism and the Modern City*, Londres, Verso, 2003, pp. 171 y ss.

consideraban que les correspondían. Para ello se sirvieron de tres herramientas fundamentales que ya formaban parte de su fondo de recursos políticos: las peticiones ciudadanas, las cartas a los periódicos y las prácticas de autoorganización.

2. Lenguajes de extrarradio. Peticiones vecinales y conciencia de barrio

La impotencia de las elites liberales para ejecutar sus designios hizo del extrarradio un terreno donde las normas sociales estaban en suspenso. Cuatro Caminos y Tetuán eran hijos de una capitulación y, en consecuencia, sus moradores no tardaron en comprender que el futuro de la barriada pasaba por sus propias manos. Es cierto que el orden de los donnadie se había impuesto sobre los intentos de lograr una urbanización armónica y racional de la periferia. Sin embargo, o tal vez precisamente por ello, las gentes de los suburbios eran dueñas de una cáscara que había que dotar de contenido. Muchas de esas calles que lucían orgullosas nombres y apellidos del montón estaban ayunas de cualquier vestigio de intervención municipal. Tan solo había una miseria asfixiante e inaguantable que la prensa describía con tintes dramáticos:

> El populoso barrio de los Cuatro Caminos es el más abandonado de todos los que rodean la capital de España; allí no hay agua, ni calles, ni limpieza, ni nada absolutamente de lo que constituyen los servicios municipales, fuera de un guardia que se ocupa en impedir que los infelices vecinos recompongan el tejado de sus casas si no han pagado los consabidos derechos. Tal estado de cosas constituye una tiranía irritante; porque en esto debe regir el principio de justa reciprocidad: *do ut des* [«doy para que des»], del que nuestro Ayuntamiento se burla a mansalva en lo que hace referencia a los Cuatro Caminos[35]

Los periódicos de la época están repletos de narraciones similares. En cierto modo, para el lector de la ciudad consolidada, aquel que habitaba rodeado de las dotaciones que escaseaban en Cuatro Caminos y tomaba conciencia de que allí faltaban cuando los reporteros se acercaban a cubrir un suceso o una calamidad, la noticia era recurrente y atemporal. No había mes en que un crimen o una epidemia no captara la atención de los periodistas y el suburbio se mostrara ante los ojos de los madrileños como un inframundo terrenal. Era como si el tiempo no avanzara en la periferia, como si el extrarradio permaneciera año tras año en un eterno meandro que lo apartaba de la civilización y el progreso. Las descripciones abundaban siempre en la misma clase de detalles: pobreza, inmundicia, caos, delincuencia, maltrato municipal. Para paliar todo ello los vecinos de las afueras se vieron obligados a saltar de los andamios de sus casas a los andamios de la política. Y así, empezó a hacerse habitual la formación de comisiones que visitaban al alcalde para solicitar tal o cual servicio, las recogidas de firmas para reclamar aquel otro o el envío de cartas de queja a la prensa sobre alguna urgencia de la comunidad.

Un primer motivo de protesta tenía que ver con el alumbrado y la pavimentación del terreno, como muestra este escrito remitido al periódico *El País* en el verano de 1900 por los vecinos del barrio de Patolas, una de las zonas más desangeladas y peor comunicadas de Cuatro Caminos:

[35] *La Unión Católica*, 28 de julio de 1893. El subrayado es nuestro

> La calle de San Germán, sobre todo, falta por completo a la urbanización, no tiene accesible más que una entrada, la de Bravo Murillo; para llegar hasta sus casas estos afortunados vecinos tienen que sortear toda clase de obstáculos en forma de terraplenes, barrancos y sinuosidades que dan un aspecto pintoresco al terreno; bien es verdad que en compensación a sus amarguras no disponen de los beneficios de un solo farol de petróleo (!), a pesar de haberlo solicitado humildemente en instancia fechada 30 de noviembre último, sin haber sido atendido en ninguna de sus reivindicaciones. También es verdad que los setenta vecinos o más que constituyen aquella barriada pagan puntualmente todas las variadas contribuciones e impuestos a que se hallan sujetos, hasta el de perros, y para mover un ladrillo de sus cercas necesitan sacar la oportuna licencia, única ocasión en la que sienten la paternal influencia del Ayuntamiento. No piden [...] los desheredados vecinos de las calles de San Germán, Nueva y Orense vigilancia, policía urbana, condiciones de vida moderna; nada de eso, fuera pedir gollerías. Limítanse a solicitar fuel aunque sea de los desechados faroles de petróleo que debe (*sic*.) tener la Villa en sus almacenes[36]

Las callejuelas de Patolas constituían una excepción en el Madrid de principios del siglo XX. En una ciudad que transitaba entre el alumbrado de gas y la luz eléctrica, los moradores de Patolas no tenían ni tan siquiera los viejos y desfasados faroles de petróleo que iluminaron las vías del centro décadas atrás. La cuestión no era menor, pues caminar por calles como San Germán no era lo mismo que hacerlo por las avenidas bien cimentadas del ensanche o del casco antiguo. La vida en los caseríos apartados a duras penas admitía comparación con la de las áreas consolidadas de la ciudad. Si en torno a la calle Fuencarral o la calle Goya la instalación de alumbrado moderno había permitido garantizar la seguridad de los viandantes durante la noche o ampliar las horas de ocio y diversión, la reclamación firmada por los habitantes de Patolas remitía a un estado anterior y primitivo en lo referente a la iluminación y la vida nocturna. Tal y como indicaban en el cierre de su misiva, los vecinos no pedían lujos ni delicadezas, solo unos faroles, aunque fueran de tipo antiguo, que les guiaran cuando regresaban de vuelta del trabajo y les ahorraran los percances que la orografía y la ausencia de pavimentación les ocasionaban con frecuencia.

La reivindicación de iluminación fue una constante para los vecinos de las calles perpendiculares a Bravo Murillo, única vía que contaba con medianos servicios de alumbrado debido a su condición de carretera de entrada y salida de Madrid. En 1905 repetían la queja los vecinos de la calle de Don Quijote, más cercana a la glorieta de Cuatro Caminos, pero igualmente lindante con el campo y los lavaderos que delimitaban los contornos del suburbio. En esta ocasión los vecinos optaron por recoger firmas y enviar al Ayuntamiento una protesta formal. La solicitud parecía obedecer a una estrategia acordada por los propios suscriptores. Por una parte, los firmantes se aseguraron de conocer bien la realidad existente en otras vías del suburbio. Así, directamente proponían al alcalde instalar en la calle Don Quijote los faroles de petróleo recientemente retirados de la calle de Hernani, pionera en el alumbrado por gas en el extrarradio. La de Hernani era una de las calles más urbanizadas de Cuatro Caminos a principios de siglo y en ella se levantaba un teatro que, aunque cochambroso y mal ventilado, era el único punto de reunión y ocio del vecindario. Conocedores de esta

[36] *El País*, 5 de agosto de 1900.

situación y acostumbrados a que sus escritos de queja se perdieran entre montañas de papeles y burocracia en la Casa de la Villa, los habitantes de la calle Don Quijote actuaron con determinación y plantearon al Ayuntamiento una solución accesible, inmediata y a bajo coste. Por otra parte, los peticionarios se presentaban a sí mismos como "vecinos y propietarios", en lo que parecía una táctica de presión ante la administración. No eran simplemente los inquilinos de las casas desvencijadas de la calle Don Quijote. Aunque pobres, también eran sus propietarios y creían que aquella doble condición haría más firme su queja. Así, individuos como José Daribas o Pablo Sanz, que en las hojas de empadronamiento se autodefinían como jornaleros eventuales[37], abandonaban en esta ocasión dicha adscripción para firmar como propietarios.

Ilustración. La calle Hernani, una de las más urbanizadas de Cuatro Caminos. Fuente: César CHICOTE: *La vivienda insalubre en Madrid. Memoria presentada al Excmo. Sr. Vizconde de Eza*, Madrid, 1914.

La maniobra dio sus frutos, pues entre los expedientes encargados por el Ayuntamiento para responder a la petición figuraba un informe sobre la propiedad particular o pública de la vía. El informe afirmaba que el origen de la calle Don Quijote era particular y que como todas las aparecidas a la derecha de Bravo Murillo, fue trazada por los propietarios al dividir su predio, hacer solares y edificar. Asimismo, los arquitectos municipales reconocían que al estar el Ayuntamiento ocupado en obras del interior y del ensanche, nunca hubiera podido conformarse la barriada de Cuatro Caminos a través de la iniciativa pública. En definitiva, se venía a decir que la construcción de la barriada apenas había supuesto desembolso económico para el municipio y que además, dada la naturaleza de la solicitud, tampoco lo supondría en este caso, por lo que se aconsejaba atender la petición. La estrategia de negociación fue

[37] AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1905.

exitosa y el alcalde terminó aceptando la instalación de los faroles que antes lucían en Hernani. Todo un triunfo de los vecinos (y propietarios) del suburbio, que no solo obtenían las ansiadas lámparas de petróleo sino también un reconocimiento implícito de que ellos eran los creadores del barrio[38].

La queja se repetía una y otra vez. En abril de 1913 encontramos otro ejemplo significativo en esta carta enviada a la sección "La voz de calle" de *El Heraldo de Madrid*:

> Los firmantes, en nombre de todos los vecinos de la calle de Palencia (Cuatro Caminos), preguntamos a la Comisión encargada del alumbrado público: ¿qué motivo hay para que los vecinos de la citada calle no disfrutemos de un alumbrado moderno, toda vez que pagamos las cargas municipales? […] Los tres o cuatro establecimientos que existen en la calle nos dan alguna luz, para que no seamos víctimas de algún tropezón con caída por el desnivel del terreno, pero después de las diez de la noche, que se cierran dichos establecimientos, la obscuridad es completa […] y únicamente la noche que la Luna está en su esplendor, nos ilumina el camino y podemos llegar a nuestra cama con alguna seguridad. El trozo que comprende la calle de Palencia, y que solicitamos sea dotado con un alumbrado correspondiente a este siglo, en poco había de gravar a las arcas municipales este cambio de luz, que en justicia creen solicitar los vecinos y propietarios de la calle de Palencia[39]

El texto remitido por los habitantes de la calle Palencia abunda en algunas de las ideas ya expresadas, como la exhibición del carácter de propietarios de los firmantes o el anhelo de seguridad. No obstante, también introduce algunas variables novedosas para nuestra interpretación. En primer lugar, destaca el factor de representación que se atribuían los autores de la misiva. En esta ocasión firmaban el alegato cuatro individuos, quizá lectores habituales del periódico, tal vez los más distinguidos de entre los moradores de la calle Palencia o acaso los únicos que sabían escribir con soltura, pero parecía haber sido consensuado entre todos los miembros de la comunidad. Seguramente los asuntos que afectaban a la vida cotidiana se discutían en los patios de las casas de vecindad, en la cola de la tienda de comestibles de Francisco Ibáñez, uno de los firmantes de la queja, o en alguna taberna próxima. En esos lugares de sociabilidad informal, auténticos foros de debate de las clases populares, se daban las circunstancias para compartir el malestar y tejer unos vínculos de representación entre iguales que no han dejado rastro en la documentación histórica pero que necesariamente debían de existir detrás de las cartas y comisiones[40]. Por todo ello cabría dar tanta importancia al acto mismo de la recogida de las firmas y la puesta en común (los "procesos enmarcadores" para los sociólogos de la acción colectiva) como al análisis discursivo de su contenido[41]. Estos vecinos salían del anonimato para reclamar servicios y derechos de la misma forma que lo hacían otros artesanos de la política popular como Canuto González, al que encontramos una y otra vez como integrante de comisiones

[38] AVM, Secretaría, 15-459-3.
[39] *El Heraldo de Madrid*, 25 de abril de 1913.
[40] En otro escrito, por ejemplo, los vecinos de la calle San Raimundo que protestaban por la suciedad y pozos negros que había junto a sus casas, afirmaban haberse reunido ya tres meses atrás y haber montado una comisión. Véase *El País*, 15 de julio de 1903.
[41] Doug McADAM, John McCARTHY, Mayer N. ZALD (coords.): *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Istmo, 1999.

relacionadas con la mejora de la barriada, la educación o la representación de los taberneros de las afueras. Personas sin apenas instrucción o con poca formación en cuestiones de alta política se encontraban al frente de luchas colectivas aupados por sus convecinos. Individuos corrientes se convertían en voceros de la gente sin recursos y desempeñaban, así, responsabilidades bien distintas a las que la política liberal parecía reservar para el ciudadano medio. Los residentes en otras áreas más prósperas de la ciudad no tenían que luchar por construir su entorno de vida desde los cimientos. En el extrarradio, en cambio, se daban las condiciones para la organización de vínculos y experiencias políticas alternativas.

En segundo lugar, la protesta de los habitantes de la calle Palencia pone sobre la mesa un componente fundamental de esta política cotidiana y reivindicativa de los suburbios. Con frecuencia los suscriptores de quejas y peticiones denunciaban el trato desigual que las autoridades les brindaban. A pesar de que satisfacían todos los impuestos que les correspondían, el Ayuntamiento los trataba como ciudadanos de segunda: había unos madrileños que tenían alumbrado moderno y otros que aún estaban sumidos en el siglo anterior en lo que a iluminación y otros servicios se refería. Si había equidad era solamente sobre el papel o a la hora de tributar. Como habrá ocasión de ver con nuevos ejemplos, esta crítica resultó central en el argumentario de los pequeños políticos del suburbio. El grito era claro: a iguales cargas, iguales derechos. Una lucha que admite paralelismos con las emprendidas en otras periferias urbanas del momento y en las que, como Becky M. Nicolaides ha expuesto para el caso de Los Ángeles, la identidad política de los trabajadores manuales y pequeños ahorradores de los suburbios estaba íntimamente ligada a la pequeña propiedad, la independencia económica y la demanda de infraestructuras que mejoraran sus espacios residenciales[42]. En una línea parecida, Tyler Stovall ha mostrado cómo la preocupación por las condiciones de vida locales lejos de desactivar políticamente a las legiones de asalariados que poblaban la *banlieue rouge* parisina, fue una de sus principales fuentes de movilización[43].

Finalmente, en tercer lugar, el texto de los vecinos de la calle Palencia es sumamente ilustrativo de una nueva realidad política que emergía a finales del siglo XIX y principios del XX. El desarrollo de la vida urbana, con la creación de nuevos barrios, la diáspora del campo a la ciudad de miles y miles de personas o la paulatina modificación de las costumbres y comportamientos abrió la puerta a un profundo debate en torno a la correcta organización de la sociedad. Muchas de estas batallas se libraban en los plenos de los consejos municipales, en los clubes de los partidos o en las reuniones de las cámaras de comercio o sindicatos. No obstante, al margen de estos lugares canónicos de deliberación política, el debate se mostraba especialmente candente en las calles. Ante esta situación, periódicos como *El Heraldo de Madrid*, pero también otros como *El País*, *El Liberal* o *La Voz* comenzaron a abrir secciones específicas dedicadas a la recolección de críticas y propuestas de los vecinos sobre la

[42] Becky M. NICOLAIDES: "The neighbourhood politics of class in a working-class suburb of Los Angeles, 1920-1940", *Journal of Urban History*, 30 (2004), pp. 428-451.

[43] Fue en las luchas urbanas, por la vivienda y los servicios básicos, y no en las luchas por el trabajo, donde el comunismo francés puso el acento para ganar poder político en el cinturón parisino. Véase Tyler STOVALL: *The Rise of the Paris Red Belt*, Berkeley, University of California Press, 1990. La clave seguramente resida en que municipios como Bobigny, estudiados por este autor, compartían con Cuatro Caminos y Tetuán ser ciudades dormitorio y no tanto ciudades con su propia organización industrial.

gestión de las transformaciones en curso. Había mucho que decir. De pronto los moradores de los suburbios encontraron sus causas y sus nombres plasmados en las páginas de los periódicos, lo que mostraba, al menos, que había también otras preocupaciones y fuentes de politización para la gente común más allá de los clásicos temas que agrupaban o distanciaban a las familias políticas.

Por supuesto, las cartas al director no eran privativas de los vecinos de la periferia, sino que eran una herramienta disponible para cualquier lector sin importar su zona de residencia. Sin embargo, un análisis comparado de las quejas firmadas por vecinos del extrarradio o de barriadas depauperadas con aquellas enviadas por personas de otro estatus social o lugar de domicilio resulta esclarecedor. Por un lado, los lectores procedentes de barrios más acomodados o ya consolidados ponían el acento antes en la moralidad, la respetabilidad o el orden que en la materialidad misma de aquello que reclamaban. Así, era usual que solicitaran mayor vigilancia o iluminación nocturna para combatir comportamientos y conductas que estimaban deplorables o poco convenientes en la ciudad moderna, como la prostitución, el alboroto asociado al alcohol o la golfería juvenil. En cambio, quienes escribían desde los suburbios tenían otro género de inquietudes: para ellos era urgente contar con faroles para conseguir algo tan básico como dotar de mayor dignidad a sus vidas. No había en sus cartas ni rastro de lamento por los supuestos excesos en los hábitos de sus conciudadanos ni tampoco una condena de otras formas de vida. Solo pedían ser tratados en pie de igualdad y empezar a disfrutar de los servicios existentes en otras áreas urbanas[44]. Por otro lado, era habitual que los madrileños de clase media enviaran textos a los directores de periódico de manera individual. Un ciudadano emitía una queja particular a partir de una vivencia concreta (una escena nocturna, el ruido de una taberna a altas horas de la madrugada, el mal ejemplo dado por las prostitutas y sus clientes a los transeúntes). En el suburbio, por el contrario, existiendo la modalidad del escrito de autoría individual[45], era frecuente que las cartas fueran la expresión de una petición colectiva con fuerte respaldo social, mayoritariamente masculino pero con presencia femenina[46]. Incluso, en ocasiones, había cierta infraestructura organizativa. Era el caso de una protesta dirigida a *El Heraldo de Madrid* en 1913 en denuncia de "la indiferencia con que se mira en las esferas oficiales a la importante y populosa barriada de Cuatro Caminos". Tras hacer capítulo de distintas afrentas y maltratos, el texto se cerraba con la elocuente firma de una "Comisión de vecinos defensora de los intereses de la barriada de Cuatro

[44] Las opiniones basadas en la moralidad y el decoro han sido analizadas por Rubén Pallol a partir de un trabajo de investigación con quejas relacionadas con la vida nocturna enviadas a *El Heraldo de Madrid* en los años diez. El autor concluye que hay diferencias de clase y estatus en la mirada que los ciudadanos proyectan sobre la noche. Véase Rubén PALLOL: "Conquistar, democratizar y domesticar la noche en la ciudad moderna. Modernización, desigualdad y conflicto en Madrid a comienzos del siglo XX", *Registros. Revista de Investigación Histórica*, 13 (2017), pp. 149-165.

[45] Resulta pertinente mencionar, además, que muchos de los autores de textos individuales de la periferia eran escritores reincidentes, esto es: enviaban quejas de forma periódica, lo que permite adivinar, de nuevo, un compromiso o implicación política distintiva, así como una eventual labor de representación o portavocía de los intereses de otros. Es el caso de algunos nombres que ya han aparecido o aparecerán por estas páginas como Canuto González, Ramón Pulido, Eleuterio Saornil, Enrique Sanjurjo, Inocencio Crisol o Antonio Alcolado Martín.

[46] Como ya vimos, las mujeres desempeñaban un papel fundamental en los motines. Las cartas y peticiones no dejaban de ser el motín por otros medios. Un ejemplo de escrito con firmas masculinas y femeninas en la queja de los vecinos de la calle Artistas por la suciedad y la existencia de un estercolero infecto: *El Liberal*, 7 de mayo de 1895.

Caminos"[47]. No era cosa de cuatro individuos con un problema particular: aquellas deficiencias afectaban a miles de familias que utilizaron la prensa como parte de una batalla a gran escala por dar visibilidad a sus luchas cotidianas.

Ilustración. Caserío de Cuatro Caminos a finales del siglo XIX.

Los pobladores de la periferia fueron poco a poco dando significado político a las diferencias creadas por la modernización liberal de la ciudad. Como consecuencia de la transformación urbana habían surgido distintos perfiles de barrio no solo en función de la renta o el trabajo de sus moradores, sino también en función de los equipamientos, comodidades y carencias que cada zona presentaba. De este modo, los vecinos de las afueras, que conocían bien el centro y las zonas de ensanche por ser los sitios donde tenían sus trabajos o a donde se desplazaban para disfrutar de algún rato de asueto, se lanzaron a reivindicar cada vez más cuestiones relacionadas con las condiciones materiales del extrarradio. Así, un lector de Cuatro Caminos se quejaba en 1910

> de que allí no se riega nunca, de que el empedrado pertenece a los tiempos de Sabatini, de que los barrenderos son para aquellos lugares poco menos que figura mitológica y de que, en suma, los servicios son una verdadera desdicha"[48]

De nuevo afloraba en este ácido comentario la crítica a las desfasadas infraestructuras de la barriada. Si antes se hacía mención a un "alumbrado correspondiente a este siglo", en esta ocasión se mentaba a Sabatini, el arquitecto del

[47] *El Heraldo de Madrid*, 5 de septiembre de 1913.
[48] *El Liberal*, 26 de agosto de 1910. El subrayado es nuestro.

Madrid de Carlos III, para poner de manifiesto la escasa atención que se prestaba a Cuatro Caminos. Su sensación era que bajo un mismo cielo y denominación existían ciudades ancladas en tiempos históricos distintos. A los vecinos de las afueras les unía sobre todo el abandono institucional y su exclusión de los beneficios de la vida moderna, de la que se sentían marginados. Por no tener, no tenían dinero sobrante ni para proveerse de la diversión que los vecinos del centro sí tenían a su alcance. Cuando en verano llegaban las fiestas patronales de la barriada eran los tenderos y comerciantes del suburbio los que se encargaban de costear el programa de juegos y actividades. Canuto González siempre estuvo al frente de la organización de estos festejos y por ello había gozado de popularidad entre sus convecinos. Quizá fuera mera coincidencia, pero resulta llamativo encontrar en agosto de 1908, en las primeras fiestas celebradas tras la muerte de Canuto, una petición dirigida al Ayuntamiento en los siguientes términos:

> Estos modestos vecinos, pertenecientes a la clase obrera y por tanto los que menos pueden disfrutar de distracciones puesto que sus modestos jornales no les dan siquiera para sustento diario, se quejan de que no se les mande a aquella barriada una banda de música, en la distribución que estos días se ha hecho en los diferentes barrios de Madrid[49]

Los jornaleros, traperos o vendedoras ambulantes que habían levantado el suburbio en apenas unas décadas sabían que el Ayuntamiento destinaba más recursos a otros barrios de la ciudad incluso en asuntos tan aparentemente inocuos como el ocio. Cuando las formas tradicionales de organizar los festejos se venían abajo por la ausencia de sus principales animadores manaban a la superficie estas sangrantes desigualdades estructurales. El lenguaje aparecido en las cartas es un buen indicador para observar el hartazgo que los vecinos de las afueras sentían a medida que el desamparo administrativo se hacía más evidente. Así, un suscriptor de *El País* enviaba en febrero de 1912 un texto de queja por el pésimo estado de urbanización del extrarradio. Después de protestar por las reiteradas instancias no atendidas en la Casa de la Villa, el escritor anónimo sentenciaba amarga pero irónicamente que los Cuatro Caminos eran "una barriada que no toca aún el «pito» ni toca nada en los «Madriles»"[50]. Los vecinos de Cuatro Caminos no tocaban nada porque se sabían fuera del concierto, como también habían estado fuera de la ronda fiscal. Nadie les había invitado a sentarse en la mesa de quienes disfrutaban de las ventajas de pertenecer a una gran urbe, pero al igual que sucediera con los consumos tampoco ahora iban a quedarse de brazos cruzados. Una lectura de decenas de estos escritos remitidos a los periódicos permite constatar no solo la existencia de textos sarcásticos e ingeniosos, sino también la de otros más osados e irreverentes. En estos últimos, como en el dirigido al alcalde de Madrid en 1903 por un grupo de vecinos preocupados por la falta de agua, aparecía de forma cruda la conciencia de la injusticia y la desigualdad de trato:

> En esta populosa barriada, habitada en su totalidad (excepto alguno que otro alto empleado del Municipio, los cuales han conseguido agua y todas las mejoras consiguientes, pues para eso mandan); por republicanos, socialistas y alguno que otro libertario, estamos privados del elemento más principal para la vida del hombre.

[49] *El País*, 2 de agosto de 1908. El subrayado es nuestro.
[50] *El País*, 5 de febrero de 1912.

> Carecemos, si no del todo, en su mayor parte del agua. Hasta ayer la máquina elevadora de agua daba llave, a las contadas fuentes que aquí existen, a las seis de la mañana y la cerraba a las ocho de la noche, espacio de tiempo insuficiente para proveerse de agua una población que no cuenta en sus míseras habitaciones con el *confort* que los privilegiados cuentan; mas es el caso, y no sabemos por qué causa, que desde el 1 de este mes no corren las contadas fuentes que existen […] más que desde las ocho de la mañana a las seis de la tarde. Y esto nos sugiere las siguientes preguntas:
>
> 1. ¿Cree el señor alcalde que es humano y caritativo que con 48 grados al sol tengan que estar nuestras mujeres esperando dos horas para poder llenar un pequeño cántaro de agua? 2. ¿No puede V.E. acercarse por esta barriada y contemplar, dentro del coche, por supuesto, lo que sufren los desgraciados que por una orden dada, por capricho o ignorancia, perjudica a tanto desheredado de la fortuna? […]
>
> Nosotros, los que tenemos la desgracia de vivir en estas afueras, nos creemos con tanto derecho como el que más a tener, ya que no la dotación que nos corresponda, el que se nos guarde las consideraciones que a los demás vecinos de Madrid, y a que V.E. se tome el interés debido, porque en la elevadora de los Cuatro Caminos se cumpla como debe cumplirse, con equidad y defendiendo, al par que los intereses del Municipio, los intereses de esta sufrida barriada. Y si V.E. quisiera más datos y medios ya se los daríamos[51]

En esta ocasión los vecinos utilizaban el periódico como mero transmisor de un escrito que deseaban que llegara a los despachos del Ayuntamiento. La carta era absolutamente rupturista en las formas y en el tono, pero también en la temática. Llamando la atención del alcalde con un lenguaje tan beligerante y sobre un asunto para ellos tan acuciante como el suministro de agua (la misiva, además, estaba fechada en verano), los autores estaban ampliando el campo de asuntos que merecían ser tratados políticamente. Para el liberalismo oligárquico hegemónico en la Restauración, cuestiones como las propuestas por los vecinos de Cuatro Caminos eran o bien tarea de técnicos y gestores o bien parte del acuerdo tácito que alcanzaban candidatos y electores en un régimen caciquil (el voto a cambio del agua). Sin embargo, la queja de marras atentaba contra las bases de esa cultura paternalista. No había en el texto huella de la deferencia que tanto había caracterizado las protestas de consumidores desde tiempos preindustriales. Los famosos motines del pan estaban en las antípodas de estos escritos de denuncia social. En los primeros, la "turbamulta reguladora" imponía los pesos y precios legítimos con la aquiescencia del "padre alcalde", que se preocupaba por el sostenimiento moral y material de sus hijos y perseguía a los tahoneros especuladores. A cambio de su protección los distintos actores sociales reconocían su tutela sin ambages[52].

Frente a esta realidad, la carta remitida a *El País* por los habitantes de Cuatro Caminos interpelaba al alcalde con un discurso duro y desafiante que lo situaba fuera del universo de referencias de la gente común. No se trataba de que el Ayuntamiento cumpliera y protegiera a los de abajo contra los defraudadores que envenenaban la

[51] *El País*, 2 de septiembre de 1903. El subrayado es nuestro.
[52] Francisco SÁNCHEZ PÉREZ: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid 1901-1923*, Madrid, Cinca, 2005, pp. 33-105.

convivencia. Es que simplemente los vecinos del suburbio jamás se habían sentido amparados por el municipio. El lenguaje en ese sentido era explícito. Los autores habían trazado una raya, su frontera particular. A un lado estaban ellos, los "desheredados", los privados de *confort*, los que tenían la "desgracia de vivir en las afueras". Al otro, los responsables de su suerte, los culpables de la falta de equidad entre barrios: las elites que les negaban los "derechos" y la "consideración". La mención al coche del alcalde con las puertas cerradas recorriendo Cuatro Caminos, tal vez una licencia literaria de los firmantes, no podía ser más expresiva. El alcalde era extranjero en la barriada. O, al menos, así lo sentía una fracción de vecinos que se preocupaba por que su voz resonara en toda la ciudad[53].

Del mismo modo que los asaltos y motines contra el fielato reflejaban las grietas abiertas en las afueras, muchas de estas cartas de queja informan de la existencia de cierto *habitus* de barrio (una mirada compartida sobre el mundo, un esquema de obrar y pensar asociado a la posición social) en el que las instituciones no salían muy bien paradas[54]. Incluso a través de las vías más *racionales* y *civilizadas* de debate, como los pequeños textos enviados a la prensa, asomaba el carácter insolente y audaz de los disturbios callejeros y las pantomimas. Contra lo que sugeriría cualquier interpretación evolucionista de los repertorios de acción colectiva, lo cierto es que los vecinos del extrarradio eran capaces de utilizar en su propio beneficio los canales de expresión pública servidos por el sistema así como de conjugar prácticas y discursos supuestamente contradictorios con destreza.

El envío de instancias a las autoridades tenía una larga trayectoria como instrumento de participación popular en los asuntos públicos ya desde el Antiguo Régimen. Más adelante, con el advenimiento del liberalismo, estas prácticas fueron resignificadas y pronto se convirtieron en un arma más de intervención política en los nuevos regímenes constitucionales[55]. Los seguidores de una facción, los trabajadores manuales, los comerciantes con tienda abierta o las congregaciones católicas, por citar solo un puñado de ejemplos, hicieron uso de esta herramienta para solicitar cambios legislativos de interés general, el reconocimiento de derechos, la supresión de determinados impuestos, etc. El recorrido de las peticiones no terminaba en los pliegos y rollos de firmas, sino que a menudo se acompañaba de procedimientos tumultuosos como manifestaciones amenazantes de los signatarios o presiones de milicias cívicas, por lo que los límites de su práctica fueron sometidos a constante discusión[56]. Tras el desborde popular de 1868-1874, el cierre del espacio político que supuso la Restauración redujo el potencial democratizador del derecho de petición, que quedó

[53] Resulta habitual encontrar en la prensa noticias en las que las autoridades manifiestan su total desconocimiento de la realidad de la barriada, que apenas han visitado, o su sorpresa una vez que realizaban alguna visita. Véanse a modo de ejemplo *El País*, 20 de julio de 1913, *El Liberal*, 20 de noviembre de 1913.

[54] Pierre BOURDIEU: *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1998.

[55] Diego PALACIOS CEREZALES: "Re-imagining Petitioning in Spain (1808-1823)", *Social Science History*, 43 (2019), pp. 487-508.

[56] Diego PALACIOS CEREZALES: "El movimiento social como forma política: el caso portugués (1834-1910)", *Revista Online do Museu de Lanifícios da Universidade da Beira Interior*, 2 (2013), pp. 91-108; ÍD: "Ejercer derechos. Reivindicación, petición y conflicto", en María SIERRA, María Cruz ROMEO (eds.): *La España liberal, 1833-1874* (vol. II de *Historia de las culturas políticas en España y América Latina*), Madrid, Marcial Pons, 2014, pp. 253-287.

relegado a un plano cada vez más formal, ritualizado y lleno de connotaciones paternalistas[57].

A principios de siglo XX, sin embargo, las brechas sociales y culturales desatadas por la urbanización hicieron posible que los vecinos de los barrios humildes de las grandes ciudades alteraran esa ruta hacia la domesticación de las peticiones. Poco importa que se sintieran herederos de una tradición de décadas o inventores de un nuevo método de interpelación a las élites. En sus manos, las exposiciones de motivos y las solicitudes respetuosas adquirían un cariz más subversivo e imprevisible. Recordemos a la multitud del extrarradio marchando junto a los comisionados camino de la casa consistorial en el verano de 1897, solo unos días antes de que el conflicto fiscal saltara por los aires. Pero si dejamos a un lado este componente callejero y nos atenemos al contenido vertido en estos artículos o alegatos encontramos igualmente factores disruptivos. Frente al paraguas formal que cobijaba a los firmantes de las grandes peticiones, las cartas de los vecinos de los suburbios destacaban por su inmediatez, su relativa espontaneidad y, en ocasiones, por una virulencia verbal desasosegante. Tal vez se debiera a que algunos de esos pequeños libelistas anónimos se manejaran con mayor soltura en la jerga popular, desconocieran las cortesías de la alta política o prefirieran ese estilo desacomplejado por encontrarlo más próximo a sus hábitos cotidianos, a los del resto de vecinos a los que querían representar o a los de los lectores que eventualmente pudieran solidarizarse con su causa. Acaso estuviera ligado a las propias condiciones de producción de los textos, alumbrados al calor de reuniones populares y no tanto obra de una escritura fría y solitaria. O quizás, simplemente, aquellas palabras fueran su manera de ordenar y dar significados a sus experiencias cotidianas.

Un nuevo texto, fechado en noviembre de 1913, nos permite ahondar en la interpretación. Su autor, Antonio Alcolado Martín, habitante de Tetuán, utilizaba las páginas del periódico para atacar la gestión del alcalde de Chamartín:

> Ya me canso de dirigirme indirecta y directamente a este señor alcalde, el cual, sin duda alguna, ni tiene amor propio, ni sabe lo que en España significa el puesto que ocupa. Harto he combatido en números anteriores, por ver si el sr. Redondo se le movía la conciencia -si la tiene- para hacer algo que sea beneficioso al pueblo que tan pésima y escandalosamente está gobernando […]
>
> ¡Qué lástima de pueblo! Con más de 10.000 habitantes y ni siquiera tiene presupuesto para derruir la que hoy llaman con desdoro para las demás "casa de socorro" de Chamartín de la Rosa: ni siquiera hay capital para establecer otra nueva o en mejores condiciones, pues ésta, de dos o tres metros cuadrados de extensión, es más bien que casa de socorro, un corralón, mejor dicho, un "corralín", en el cual los señores doctores no pueden ni rebullirse cuando algún desgraciado precisa de los auxilios de la ciencia […]
>
> Todo lo cual debería dar vergüenza al señor alcalde, el cual, sin duda, con su extremada "redondez", nos viene a demostrar que no solo es mal alcalde, sino que

[57] Un ejemplo claro de este camino hacia la institucionalización y rutinización del derecho de petición lo constituye la costumbre obrera de terminar las marchas del Primero de Mayo con la entrega, en mitad del mayor orden, de las conclusiones alcanzadas por los participantes a los alcaldes o gobernadores civiles.

enemigo del pueblo de Tetuán, y, por lo tanto, indigno de presidir su Ayuntamiento[58]

La lucha contra las deficiencias higiénico-sanitarias fue uno de los principales caballos de batalla de los vecinos del extrarradio. Ya fuera por su situación periférica, ya por falta de medios o voluntad política, los residentes en Cuatro Caminos y Tetuán se encontraban especialmente desamparados en lo que a atención médica se refería y eso les convirtió en víctimas predilectas de epidemias y enfermedades. Antes de que se instalara en la glorieta de Cuatro Caminos la casa de socorro fueron constantes las quejas al respecto y una vez allí establecida continuaron las peticiones en demanda de nuevas sucursales que se ajustaran al creciente volumen de población que presentaban los suburbios[59]. No sorprende, por tanto, que los mayores destellos de descaro e irreverencia ante las elites tuvieran como telón de fondo la protesta ante sus mayores deserciones o dejaciones de funciones: aquellas que habían hecho de las afueras una región marcada por una crónica escasez de agua o un preocupante estado de la salud pública. Como en los juicios improvisados que tenían lugar en mitad de un motín, los responsables de la situación también eran ridiculizados en los periódicos (el vecino Antonio Alcolado terminaba su carta llamando al alcalde "sr. Tontolín") e incluso llegaban a ser señalados como "enemigos del pueblo". En la misma tónica, la obrera M. Sáinz denunciaba en otro escrito la "pasividad criminal" de las instituciones en lo relativo al servicio sanitario en la barriada. La falta de personal médico y la ausencia de medios se habían cobrado la vida de una compañera suya, muerta de pulmonía en una cabaña olvidada de la calle Orense[60].

A través de todas estas cartas, comisiones o escritos de queja los individuos del extrarradio demandaban una atención que por el momento no recibían y que les condenaba a una posición subalterna por el mero hecho de vivir en la periferia. Sin embargo, aquellos episodios de pobreza y abandono no encerraban un significado intrínseco ni tenían por qué engendrar una respuesta específica. No había un hilo que uniera el malestar y un determinado planteamiento político reactivo ante el mismo como si de una relación causa-efecto se tratara. La miseria y la ausencia estructural de servicios podrían haber suscitado un abanico de lecturas y comportamientos tan plural como el propio ser humano, desde la protesta colectiva a la resignación, pasando por la mendicidad, la aceptación de su suerte en términos religiosos, la lucha individual, la apatía, la emigración y un largo etcétera. Incluso dentro de la etiqueta de "protesta colectiva" cabrían múltiples maneras de ordenar, diagnosticar o dar sentido a las circunstancias que rodeaban la vida de los habitantes del suburbio. Dada su condición de sujetos excluidos y al mismo tiempo revoltosos o insolentes con las autoridades, la primera tentación de un historiador social sería encuadrar la identidad de estos individuos en términos de clase. De clase obrera, por supuesto. No obstante, hace décadas que el giro cultural, primero, y después, y de manera más incisiva, el giro lingüístico, pusieron en entredicho las narrativas que vinculaban la existencia del movimiento obrero a una base social objetiva o que naturalizaban la clase como categoría maestra de explicación del pasado. De hecho, si atendemos a los autores de las

[58] *Bandera Federal*, 20 de noviembre de 1913. El subrayado es nuestro
[59] Ramón Pulido, presidente de la Asociación de Propietarios de Cuatro Caminos, insistió una y otra vez en pro de la creación de una nueva sucursal. Por ejemplo: *El Liberal*, 18 de septiembre de 1915.
[60] *El País*, 21 de julio de 1912.

cartas en sus propios términos, lo primero que aflora tiene mucho más que ver con el barrio que con la clase: los individuos que escribían a los periódicos o firmaban quejas colectivas imaginaban su mundo y significaban sus vivencias a partir de su posición en la ciudad y no del lugar que ocupaban en las relaciones de producción, por mucho que ambos elementos pudieran guardar relación. Su visión de la justicia, los derechos o el orden social emanaba de una percepción cada vez más acusada de ser parte de una pieza diferente en el puzle urbano[61]:

> Que no vengan luego [los concejales y cargos públicos] diciendo que por ser [de] este extrarradio no tenemos derecho a nada, que estamos fuera de la ley y, por lo tanto, huérfanos del amparo del Municipio. Que tengan entendido que aquí cobran toda clase de impuestos y contribuciones con verdadero ensañamiento […] que para los efectos de contribuir a las cargas del Ayuntamiento somos tan vecinos como los del centro de Madrid[62]

Si tomamos el lenguaje como ordenador (y a su vez creador) de las experiencias de esos políticos de alcantarilla que escribían sus pequeñas cartas en representación de sus iguales, resulta relativamente sencillo apreciar la existencia de unos códigos compartidos en la mayor parte de los textos de denuncia examinados[63]. Estos códigos eran mucho más que el simple reflejo o traslación de una realidad supuestamente objetiva o dotada de significados implícitos. A través de sus palabras y metáforas los donnadie de las afueras contaban su mundo de manera creativa y daban forma a una identidad que a finales del XIX y principios del XX parecía indisociable del barrio[64]. Parafraseando a Gareth Stedman Jones podríamos decir que todo ese arsenal de conceptos, imágenes e ideas formaba parte de unos *lenguajes de barrio* o, más concretamente, de unos *lenguajes de extrarradio*[65]. En primer lugar, los individuos del

---

[61] Sobre las identidades no clasistas o que no seguían el canon prescrito por buena parte de la historia social y sociocultural británica, véase Patrick JOYCE: *Visions of the People. Industrial England and the Question of Class, c. 1848-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991; ÍD: *Democratic subjects. Studies in the History of the Self and the Social in Nineteenth Century England*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994. Una reflexión teórica (y autocrítica) sobre el proceso de configuración de las identidades a través del lenguaje, en la introducción de *Democratic Subjects* (pp. 1-20). Los ejemplos abordados en ambos trabajos, especialmente el estudio sobre la identidad social y política de Edwin Waugh (pp. 23-83 de *Democratic Subjects*) nos han inspirado para desentrañar la subjetividad barrial que observamos en las peticiones vecinales, si bien, como se verá, no suscribimos todas las implicaciones teóricas del enfoque propuesto por Joyce.

[62] *El Liberal*, 20 de noviembre de 1913. El subrayado es nuestro.

[63] Creemos, con María Sierra, que "el lenguaje es, a la vez y en cambiante proporción el medio utilizado por los sujetos [para transmitir cuanto sucede en una esfera de realidad material] y el espacio que hace posible que las ideas sean pensables". Véase María SIERRA: "La cultura política en el estudio del liberalismo y sus conceptos de representación", en Manuel PÉREZ LEDESMA, María SIERRA (coords.): *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 2010, p. 238.

[64] La interpretación de los conceptos como creadores de significados e identidades que no son objetivas ni externas al propio lenguaje puede verse en los trabajos de Joyce y en Román MIGUEL GONZÁLEZ: *La Pasión Revolucionaria. Culturas políticas revolucionarias y movilización popular en la España del siglo XIX*, CEPC, Madrid, 2007; Jesús DE FELIPE: *Trabajadores. Lenguaje y experiencia en la formación del movimiento obrero español*, Murcia, Genueve, 2013. La teoría al respecto en Miguel Ángel CABRERA: *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Madrid, Cátedra, 2001; ÍD: *Postsocial History. An Introduction*, Maryland, Lexington Books, 2004. La identidad de barrio, por otra parte, nos remite de nuevo al ya citado concepto de "sense of place", utilizado por Katrina NAVICKAS: *Protest and the Politics of Space and Place, 1789-1848*, Manchester, Manchester University Press, 2016.

[65] Gareth Stedman JONES: *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982)*, Madrid, Siglo XXI de España, 2014.

suburbio, o al menos los productores de discurso y su amplia lista de acólitos, se imaginaban a sí mismos como miembros de un sujeto colectivo ("los vecinos", "el vecindario") diferenciado del resto de ciudadanos en virtud del trato desigual que las autoridades dispensaban a las distintas zonas de la capital (y que les hacía construirse como "desdichados", "desheredados", "víctimas", "desgraciados", "huérfanos", "sin derecho", "habitantes de esta sufrida barriada"). En segundo lugar, estos vecinos perjudicados y agraviados se presentaban a sí mismos como pequeños propietarios y leales pagadores de impuestos ("como los del centro de la ciudad") que a pesar de su honradez obtenían como contrapartida servicios desfasados ("no modernos", "de otro siglo", "de tiempos de Sabatini"), mala gestión ("no justa") o "indiferencia". En tercer lugar y debido a esa subjetividad común y a la falta de consideración de las instituciones, los vecinos se sentían legitimados para dirigirse a los gobernantes con una retórica populista, arisca e impertinente ("enemigos del pueblo", "indignos", "desvergonzados", "criminales pasivos", "poco humanos o caritativos") que los situaba fuera de su comunidad política como fuera estaban ellos de la comunidad urbana[66].

La articulación consecutiva y sostenida en el tiempo de estos códigos y lugares comunes se sustanció en una serie de reclamaciones similares a lo que los urbanistas y geógrafos de la ciudad postindustrial han llamado "derecho a la ciudad"[67] y que parafraseando a algunos de los plumillas del barrio podríamos englobar bajo el elocuente título de "derecho a la vida". Un derecho al que aspiraban (y que entendían que se les negaba) en su condición de inquilinos de las afueras y no en virtud de ninguna otra identidad (basada en el trabajo, el origen, el género o las ideas políticas). Así lo expresaba en 1903 un vecino del barrio, que acusaba a las autoridades de "considerar a sus habitantes sin ningún derecho a la vida"[68] y así lo reafirmaba en otro escrito fechado en 1906 Ramón Pulido: "invocamos un derecho, que es el mismo que los del centro de Madrid: *el derecho a la vida*"[69].

3. Las bases de una cultura solidaria. Apoyo vecinal y autoorganización

El hecho de residir en el suburbio se convirtió en rasgo definitorio de la identidad de muchos de sus moradores. Mas a pesar del énfasis en lo textual, estos *lenguajes de extrarradio* no se erigían sobre el vacío, sino que se apoyaban también en unas

[66] Entendemos el populismo en los términos en que fue teorizado por Ernesto LACLAU, *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005 y suscribimos la interpretación que hace del mismo Xavier Andreu Miralles. Para él el populismo no es un movimiento social ni una ideología sino que "más bien sería una lógica política que, en una sociedad radicalmente compleja, permite condensar significados y constituir identidades colectivas (articular un sistema de sentidos capaz de movilizar una identidad popular). Una retórica política que introduce una distinción en el espacio social y lo divide en dos campos irreconciliables (un "nosotros-pueblo" frente a un "ellos-poder") en el que el primero se reclama la auténtica representación del todo y excluye al segundo de la comunidad política. Véase Xavier ANDREU: "'El pueblo y sus opresores': populismo y nacionalismo en la cultura política del radicalismo democrático, 1844-1848", *Historia y Política*, 25 (2011), pp. 69-70. De acuerdo con estos planteamientos lo que los vecinos de los suburbios hacían era significar unas determinadas circunstancias materiales con una determinada retórica política con resonancias evidentes para el conjunto de sus conciudadanos.

[67] David HARVEY: *Ciudades rebeldes: Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*, Madrid, Akal, 2013; Henri LEFEBVRE: *El derecho a la ciudad*, Madrid, Capitán Swing, 2017.

[68] *El País*, 15 de julio de 1903.

[69] *El Liberal*, 31 de octubre de 1906.

condiciones materiales que al margen del significado que cada individuo les otorgara hicieron posible que aquella identidad barrial tomara cuerpo. El contexto importaba. La naturaleza fronteriza del suburbio o la participación de los vecinos en su construcción, por poner solamente dos ejemplos, facilitaron un tipo de interacciones o una particular asunción de responsabilidades que no se daban en otras partes de la ciudad y que sin duda influyeron en la creación de su identidad como sujeto colectivo. Era precisamente en la inmediatez de las prácticas ordinarias y los hechos instintivos, y no tanto en el terreno de los actos intelectuales calculados o las estrategias racionales de tipo empresarial, donde emergía y se daba forma a la cultura política del suburbio[70].

El desamparo y la falta de servicios enfrentaron a los vecinos de la periferia a inconvenientes y contrariedades inéditas para el madrileño medio y ante las que no cabía más remedio que posicionarse. Habitar en Cuatro Caminos o Tetuán podía llegar a constituir una amenaza real para la integridad y supervivencia de las personas. Como narraba Eleuterio Saornil, vecino del barrio, accidentes ordinarios como un pequeño incendio podían causar estragos en el suburbio debido a la escasa dotación de agua:

> ¿Qué quién evitó una catástrofe? [un incendio en la calle Margaritas, cerca de Las Carolinas, alejada de Bravo Murillo] No fue la Providencia. Tampoco el valeroso y bien organizado Cuerpo de bomberos, pues para avisar a éstos tardarían cerca de una hora en recorrer los tres o cuatro kilómetros que distan algunos vecinos. Fue el mismo vecindario, ese pueblo anónimo, trabajador y sufrido que careciendo de todos los elementos necesarios para el caso, posee el de «solidaridad» y practica el sublime lema de «todos para uno». Hombres, mujeres, niños, transeúntes, todos, cooperando con su valioso esfuerzo, lograron vencer casi en el acto de iniciarse al elemento destructor, unos acarreando agua con cubos y cuantas vasijas tenían disponibles, otros con hachas, picos y martillos, todos héroes anónimos que salvaron una criatura y el mísero ajuar, sufriendo quemaduras y rasguños, leves por fortuna, dos o tres, cuyos nombres no conozco, y los más, remojones y deterioros en sus ropas. No es el primer caso que presencio, y gracias que de día alguien se apercibe en el momento: pero… y si ocurre de noche, cuando todo el vecindario está entregado al descanso, ¿quién evitará una catástrofe?
>
> Con esto ocurre preguntar: ¿Son de peor condición esos vecinos de Madrid que los de los barrios céntricos? Han de estar expuestos a morir achicharrados esos héroes anónimos porque el excelentísimo Ayuntamiento no se acuerde de surtir de agua aquella extensa y popular barriada?[71]

El autor de la carta, que firmaba como "ciudadano del montón y vecino", aprovechaba la ocasión para añadir a su texto la consabida coletilla de agravios y deudas pendientes del Ayuntamiento con los habitantes de Cuatro Caminos: alineaciones, empedrado, limpieza, riego, alumbrado, arbolado, escuelas… Pero al margen de las quejas habituales, el escrito de Eleuterio Saornil ponía sobre la mesa un ingrediente fundamental de esa conciencia de barrio que tan bien expresaban las peticiones y

[70] La "inmediatez de las prácticas" y los "hechos sin pensar" en Roger CHARTIER: *Espacio público, crítica y desacralización. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*, Barcelona, Gedisa, 2003, pp. 99-100. Roger Chartier desarrolla en este libro una teoría de los discursos y las prácticas que permite rebajar el ímpetu lingüístico de algunas de las referencias anteriores y plantea abiertamente sus discrepancias con las teorías que propugnan que las acciones y hechos se pueden deducir de los pensamientos y discursos.

[71] *El País*, 30 de junio de 1910. El subrayado es nuestro.

alegatos: la solidaridad. Si existía una identificación colectiva con el lugar de vida no solo se debía a que los vecinos hubieran aprendido a pensarse (y designarse) en común. Había sido central también que entre ellos se hubieran tejido lazos de solidaridad y ayuda mutua como los que afloraron a causa del incendio en la calle Margaritas. Lo que hacía que aquellos lenguajes fueran colectivos, en definitiva, eran las prácticas comunitarias. Puesto que en los barrios altos de Madrid, los mismos que cruzaba el canal de Isabel II para abastecer la ciudad, la ausencia de agua era la norma, aquellas escenas de fraternidad se repetían periódicamente. Una mañana de enero de 1920 el fuego se propagó en el interior de una droguería ubicada en la glorieta de Cuatro Caminos. Ante la tardanza del servicio de bomberos, de nuevo fueron los vecinos y transeúntes los que colaboraron a las tareas de salvamento:

> Como las drogas almacenadas iban a ser destruidas, un buen número de vecinos, con un altruismo sin límites y despreciando el peligro, formaron larga fila que arrancaba de la droguería y terminaba en el medio de la calle de Bravo Murillo, y de uno en otro se fueron pasando los géneros, lo que efectuaron con una rapidez tan asombrosa, que en pocos minutos quedó la droguería sin un frasco, siendo depositado todo en la calle […] Otro tanto sucedió en los contiguos establecimientos, de los que se sacaron pellejos de vino, comestibles, muebles; en fin, cuanto se encerraba en aquellos, incluso las cajas donde se guardaba el dinero[72]

Los habitantes del extrarradio estaban tan acostumbrados a que los equipos de extinción de incendios se presentaran a destiempo que hasta los propios bomberos fueron blanco de motines y ataques violentos[73]. El abandono era total. La vida en las afueras era una suerte de curso acelerado de ciudadanía. Los vecinos del suburbio no tenían suficiente con haber sido arquitectos y albañiles de su propia ciudad, pues el día a día planteaba nuevos retos que demandaban solidaridad activa y autoorganización. En ausencia de bomberos, buenas eran las cadenas humanas, atestiguadas no solo por los periodistas, sino también en los sumarios judiciales abiertos por los incendios[74]. Estas prácticas de organización colectiva ante catástrofes, exigidas por la urgencia, se trasladaban luego a necesidades más constantes e igualmente desatendidas por el Ayuntamiento. De esta forma, cuando el envío de instancias o la presentación de comisiones ante el alcalde no bastaban para drenar hacia los barrios los recursos que precisaban, los vecinos unían esfuerzos para establecer los servicios por su cuenta, ya fuera montando suscripciones públicas, ya por la iniciativa política de algunos habitantes.

En la narración han ido apareciendo diversos ejemplos de esta gestión de servicios desde abajo. Recordemos a los vecinos defendiendo pistola en mano los alrededores de

---

[72] *El Heraldo de Madrid*, 7 de enero de 1920. El subrayado es nuestro.

[73] Por ejemplo, en julio de 1907, con ocasión de un terrible incendio que acabó con varios edificios de la calle Artistas reducidos a cenizas, los vecinos, que previamente habían socorrido a las familias afectadas, atacaron con palos y navajas a los trabajadores municipales tan pronto como llegaron al lugar del suceso. Véase *El Imparcial*, 13 de julio de 1907.

[74] Hay numerosas muestras de este tipo de prácticas en las causas instruidas por los juzgados. Por ejemplo, en 1922, tras un incendio en una nave dedicada a la fabricación de achicorias en la calle Oviedo 15, la información recopilada por el juez instructor determinó que, a pesar de haberse presentado los bomberos para apagar el incendio, no pudieron hacer nada por la falta de agua en las fuentes y bocas de riego de la barriada, por lo que el incendio solo pudo ser apagado a las dos horas de iniciado y gracias a los esfuerzos de la vecindad, que llevaba cubos de agua. Véase AGA, Justicia (07) 041.002 Caja: 892.

sus chozas frente a las bandas de *apaches*, a los tenderos que contrataban la música y los juegos pirotécnicos para las fiestas o a los más de setenta habitantes de Tetuán que sumaron pequeñas cantidades para alcanzar un acuerdo con Hidráulica Santillana y así poder disponer de agua corriente. Del mismo modo, los residentes de los desarrollos urbanos más alejados de la calle Bravo Murillo hubieron de cooperar para dotar de un mínimo de dignidad a su entorno. Así, por ejemplo, en la zona de Huerta del Obispo, una de las más míseras de Tetuán, los propietarios de solares y casas contribuyeron a construir una precaria red de alcantarillado y abordaron pequeñas obras de ingeniería civil para conectar las viviendas de aquel paraje con el resto de vías del suburbio[75]. En esa misma barriada, los habitantes de la calle San Miguel establecieron alumbrado público por su cuenta y nombraron a un vecino de confianza para ejercer el puesto de sereno por las noches. A pesar de que solicitaron autorización legal a la corporación local, los gastos corrieron a cargo de los residentes[76].

Muchos de estos trabajos eran fruto de colaboraciones aisladas y puntuales, pero otros se coordinaban desde las diversas sociedades de vecinos, propietarios e industriales que hubo en la barriada. Ya se ha hablado de que Canuto González o Ramón Pulido estuvieron en el algún momento al frente de algunas de ellas y que, por tanto, sus escritos de protesta o sus alegatos ante las autoridades tenían un trasfondo colectivo y de representación. Mejor relacionados que la mayoría de sus convecinos, hacían de enlace entre el barrio y los gobernantes, a quienes trasladaban las demandas o necesidades del común. También Eleuterio Saornil, el vecino que lanzó un duro manifiesto a propósito del incendio de la calle Margaritas, terminó alcanzando puestos de dirección en distintas asociaciones de defensa de los intereses de la barriada[77].

Pese a no conocer en profundidad el funcionamiento de estas agrupaciones, sí sabemos que se reunían con asiduidad, que presionaban en los despachos oficiales y que fueron las responsables de las visitas que alcaldes o gobernadores civiles realizaron para conocer los problemas del extrarradio. La sensación es que a medida que pasaba el tiempo su organización era más lograda y mayor era su predicamento. Originalmente su rol estaba restringido a la búsqueda de soluciones a cuestiones concretas. Sin embargo, ya desde la primera década del nuevo siglo los vecinos e industriales se reunían antes de las elecciones municipales para designar a uno de los suyos como candidato a los comicios. Antonio Tomás Pro, representante de Cuatro Caminos en la comisión encargada de batallar contra el arriendo de los consumos, fue el escogido en 1901[78]. En

[75] Sobre el alcantarillado, véase Rafael GILI RUIZ: "La conurbación de Chamartín (1840-1940)", en VV.AA.: *Chamartín. Aldea, Villa, Distrito*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 2013, p. 177. Hay infinidad de casos similares. Por ejemplo, José Uguet, propietario de parcela en el viejo arrabal de Tetuán, fue el responsable de la construcción de sumideros y alcantarillas en las calles de Madrid y San José. Véase AVM, Secretaría, Libro de Actas de Chamartín de la Rosa, sesión del 9 de enero de 1889. Respecto a los desmontes y obras de ingeniería civil, véase, por ejemplo, AVM, Secretaría, Libro de Actas de Chamartín de la Rosa, sesión del 30 de junio de 1893.

[76] AVM, Secretaría, Libro de Actas de Chamartín de la Rosa, sesión del 12 de diciembre de 1890. Este tipo de casos eran de lo más comunes. Años después encontramos a vecinos de otras calles de la barriada organizando el servicio de serenos por su cuenta y enviando escrito al Ayuntamiento para que aceptara los nombres de los vecinos que iban a ejercer el cargo. Véase AVM, Secretaría, Libro de Actas de Chamartín de la Rosa, sesión del 30 de junio de 1893.

[77] Por ejemplo, *El País*, 3 de agosto de 1910.

[78] La designación en el barrio de Antonio Tomás Pro en *El País*, 31 de octubre de 1901. El papel delegado en la comisión de defensa contra el arriendo de consumos en *El País*, 10 de abril de 1900.

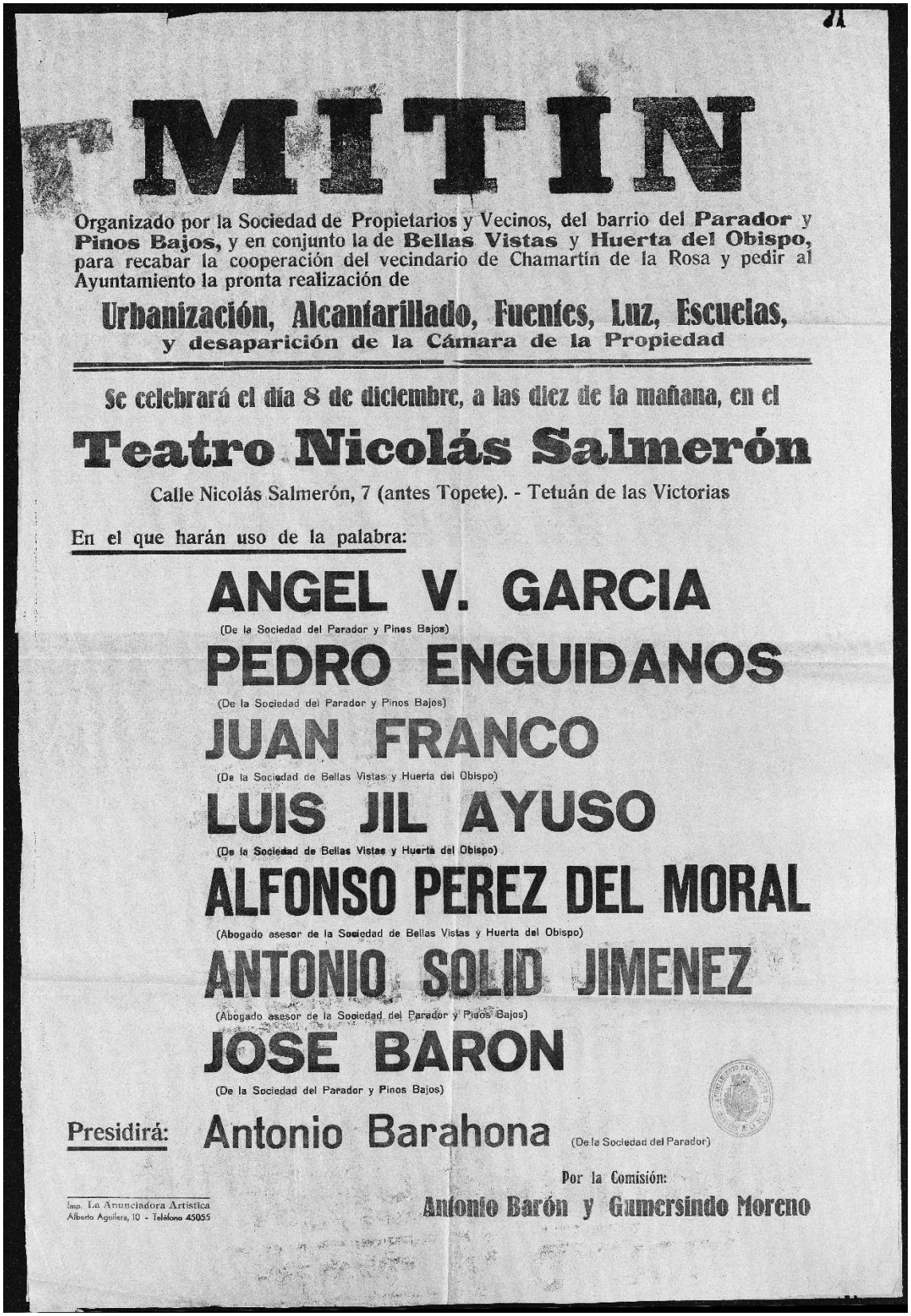
1905 comerciantes y obreros recogieron firmas para que Canuto González se postulara a concejal en nombre del vecindario, lo que finalmente haría en el seno de la candidatura de Unión Republicana, que guardó una plaza en su papeleta para una figura de reconocido prestigio en la barriada[79]. También es ilustrativo el caso de Ramón Pulido, presidente de los propietarios de Cuatro Caminos y entusiasta autor de incalculables cartas de queja en la prensa. En las elecciones de 1913 más de 700 vecinos reunidos en el teatro Hernani lo eligieron en antevotación para representar los intereses del suburbio en las instituciones, aunque finalmente terminó retirando la candidatura[80]. A principios de los veinte estas sociedades locales dieron un salto cualitativo, se dotaron de estatutos, establecieron detallados planes de acción y echaron mano de instrumentos propios de la política de masas, como los mítines, para reclamar a través de esta vía pública, colectiva y más ruidosa, medidas de mejora de sus barrios[81].

Ilustración. Cartel de la Asociación de Vecinos e Industriales de Cuatro Caminos en agradecimiento por las últimas mejoras conseguidas. Fuente: *ABC*, 16 de agosto de 1908.

[79] AVM, Secretaría, 17-120-1. Los vecinos entregaron pliegos de firmas a los cuadros y mandos de Unión Republicana solicitando fueran elevados a la categoría de candidatos Canuto González y Pedro Pariente. La nominación no era casual, pues ambos habían tenido un rol central en los disturbios que hubo en la barriada en abril de ese mismo año tras un accidente laboral que costó la vida a cerca de 40 obreros del Canal de Isabel II, en su mayoría afincados en Cuatro Caminos. En posteriores capítulos habrá ocasión de abordar este conflicto, pero lo que aquí nos interesa señalar es la comunicación entre la iniciativa vecinal y los partidos. Cuando Unión Republicana acudió al extrarradio a dar un mitin en el teatro Hernani preguntaron al público, que seleccionó a Canuto por aclamación. Véase *El País*, 22 de octubre de 1905.

[80] *El Globo*, 24 de septiembre de 1913.

[81] Por ejemplo, el mitin que dieron en junio de 1922 en el Salón Luminoso, ubicado en la glorieta de Cuatro Caminos y lugar de movilización de republicanos y socialistas en el primer tercio del siglo XX. Véase *La Voz*, 26 de junio de 1922. Los puntos de protesta de aquel mitin iban desde la promulgación de un plan de ordenación del extrarradio hasta otros más concretas como la edificación de escuelas o la dotación de agua. Otro mitin, esta vez en Tetuán, en: *La Voz*, 19 de febrero de 1923.



MITIN

Organizado por la Sociedad de Propietarios y Vecinos, del barrio del **Parador** y **Pinos Bajos,** y en conjunto la de **Bellas Vistas** y **Huerta del Obispo,** para recabar la cooperación del vecindario de Chamartín de la Rosa y pedir al Ayuntamiento la pronta realización de

Urbanización, Alcantarillado, Fuentes, Luz, Escuelas,
y desaparición de la Cámara de la Propiedad

Se celebrará el día 8 de diciembre, a las diez de la mañana, en el

Teatro Nicolás Salmerón

Calle Nicolás Salmerón, 7 (antes Topete). - Tetuán de las Victorias

En el que harán uso de la palabra:

ANGEL V. GARCIA
(De la Sociedad del Parador y Pinos Bajos)

PEDRO ENGUIDANOS
(De la Sociedad del Parador y Pinos Bajos)

JUAN FRANCO
(De la Sociedad de Bellas Vistas y Huerta del Obispo)

LUIS JIL AYUSO
(De la Sociedad de Bellas Vistas y Huerta del Obispo)

ALFONSO PEREZ DEL MORAL
(Abogado asesor de la Sociedad de Bellas Vistas y Huerta del Obispo)

ANTONIO SOLID JIMENEZ
(Abogado asesor de la Sociedad del Parador y Pinos Bajos)

JOSE BARON
(De la Sociedad del Parador y Pinos Bajos)

Presidirá: **Antonio Barahona** (De la Sociedad del Parador)

Por la Comisión:
Antonio Barón y Gumersindo Moreno

Imp. La Anunciadora Artística
Alberto Aguilera, 10 - Teléfono 45055

Ilustración. Mitin conjunto de las distintas sociedades de vecinos de Cuatro Caminos y Tetuán en los años treinta. Fuente: AVM, Secretaría, 52-98-9.

Los pobladores del cinturón metropolitano madrileño estaban volcados en una política de alivio material de sus vecindarios que alcanzaría gran protagonismo en el franquismo con el surgimiento de nuevos barrios pobres y desconectados. En ese sentido, los donnadie de Cuatro Caminos y Tetuán eran unos pioneros. Otro ejemplo de prácticas de autoorganización lo constituyen las escuelas laicas levantadas por decenas de vecinos humildes que cambiaban por unas horas el mono de trabajo por los pupitres y el estrado. Desde finales del siglo XIX y a lo largo del primer tercio del XX, la ausencia de centros de enseñanza pública desató una batalla entre congregaciones religiosas y militantes de izquierda por orientar la educación de los futuros hombres y mujeres del suburbio. Libertarios, radicales, federales o socialistas de la barriada cargaron sobre sus espaldas la tarea de formar a sus convecinos. Recabaron firmas, recogieron fondos, donaron material escolar, alquilaron locales e impartieron clases. Y, además, lo hicieron en ocasiones sin contar con el sostén financiero o el beneplácito de sus correligionarios del centro de la ciudad. La política en el suburbio no era un eco tardío de lo que acontecía en Madrid y, por tanto, tampoco sus escuelas eran una mera sucursal de las creadas en el interior[82].

Los centros de enseñanza laica de las afueras tenían su origen en los problemas financieros de la administración, que se mostró incapaz de dar respuesta a las solicitudes de escolarización de los vecinos. Además, con el aumento exponencial de la población de los suburbios a partir de la Gran Guerra, estos problemas no solo no se mitigaron sino que incluso se agravaron. La aritmética social del extrarradio fue un continuo dolor de cabeza para las autoridades. Las cuentas nunca salían. Incluso en fecha tan tardía como 1935 algunas familias de Tetuán, como los López y los Gómez, censados en la calle Castillejos, aprovechaban la hoja de empadronamiento para denunciar esta situación. En la casilla en que habían de marcar si sus hijos estaban escolarizados rellenaron:

> "no van a la escuela por falta de ellas y en las pocas que hay, por las exigencias y obstáculos, no pueden entrar"[83].

Igual que sucediera con los liceos racionalistas, la falta de otros equipamientos básicos llevó a los militantes revolucionarios del extrarradio a implicarse en su establecimiento y gestión. Se trataba, en todo caso, de personas del montón, artesanos de la baja política, no grandes líderes ni figuras descollantes, pues no había tales en el suburbio. Al estar todo por hacer, los vecinos más comprometidos y políticamente activos vieron la oportunidad de predicar con el ejemplo y diseñar, allí donde no llegaba la mano de la administración, una sociedad alternativa o una gestión mucho más igualitaria que la practicada desde la Casa de la Villa. El vacío de infraestructuras y dotaciones se convirtió así en un laboratorio para las familias políticas ubicadas en los márgenes del régimen de la Restauración y en una universidad política para miles de activistas que vivían en los márgenes de la ciudad. Aprovechando la experiencia adquirida como constructores de su propio entorno, los revolucionarios de las afueras crearon economatos como "El Proletario", que ofrecía a los vecinos de menores

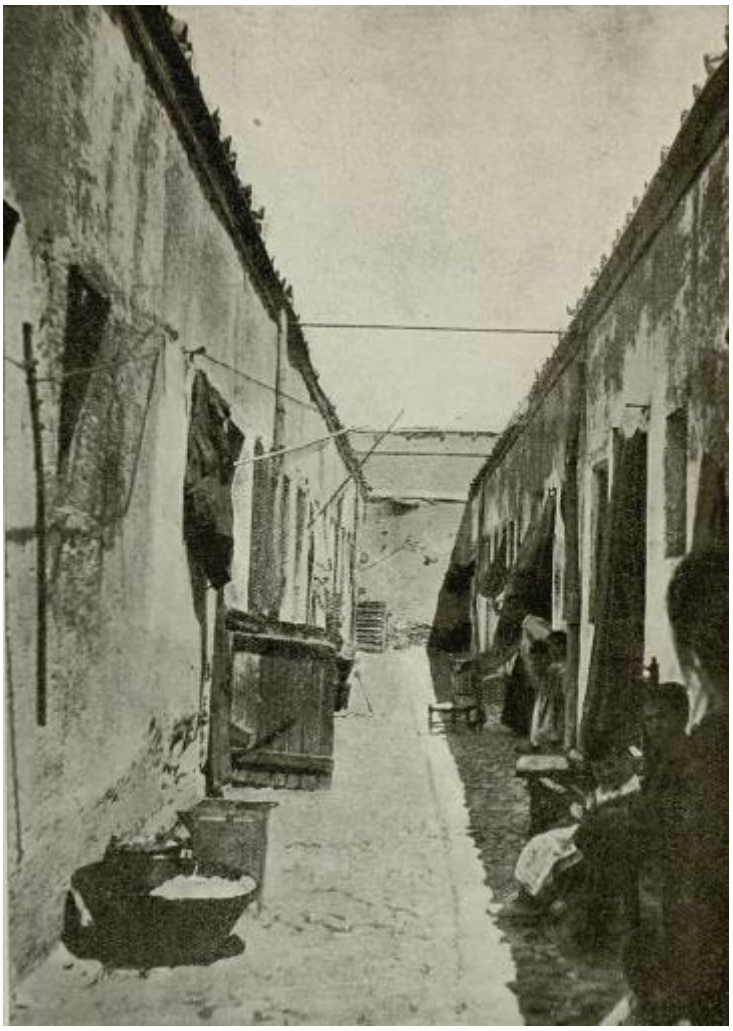
[82] La lucha de los vecinos de los suburbios por la construcción de escuelas laicas bastaría, por sí misma, para rellenar un apartado entero. Sin embargo, dados los intereses de esta sección de la tesis doctoral, se ha optado por mencionar someramente la cuestión tanto en este capítulo como en el capítulo 4.
[83] AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Chamartín de la Rosa de 1935.

ingresos alimentos de primera necesidad a bajo coste, sociedades de baile para el ocio y encuentro de la comunidad o cooperativas para la construcción de viviendas como "El porvenir de diez obreros"[84].

La cuestión de la vivienda resulta particularmente interesante y merece atención detallada. A pesar de que muchos de los moradores de la periferia eran dueños de sus casas, modestas y rudimentarias, el espectacular incremento de los flujos migratorios y la crisis del mercado inmobiliario en el interior de la ciudad produjeron la extensión de la figura del inquilinato en los suburbios. Algunos madrileños acaudalados compraron terrenos en los muchos solares y descampados que aún presentaba el extrarradio con la finalidad de hacer bloques residenciales de dos o tres alturas e infinitas puertas numeradas. Otros, previendo la posibilidad de ganancia, optaron por completar la edificación de sus parcelas, antaño destinadas a un pequeño hogar rodeado de un patio multifuncional, o se inclinaron por construir nuevos pisos sobre las casas bajas que ya habían edificado[85]. Esta situación generó de pronto un problema con los alquileres en el extrarradio. Los juzgados comenzaron a tramitar numerosos expedientes de desahucio y también denuncias de inquilinos por coacciones de caseros que buscaban cualquier pretexto para expulsar a los ocupantes de los cuartos y así llevar a cabo las ansiadas obras de reforma en sus propiedades.

[84] La primera noticia sobre el economato en *El País*, 10 de septiembre de 1902. En 1906 aún seguía funcionando. La sociedad de baile en *El País*, 23 de abril de 1911 o 17 de agosto de 1912. Sobre la cooperativa "El porvenir de diez obreros", véase *El País*, 19 de marzo de 1906.

[85] Ejemplos de ello para el caso de la barriada de Prosperidad en Charlotte VORMS: *Bâtisseurs de banlieue à Madrid. Le quartier de la Prosperidad (1860-1936)*, París, Creaphis, 2012. Sobre la crisis del mercado de alquileres, véase Mariano GARCÍA CORTÉS: *Diversas medidas para paliar los efectos de la crisis de la vivienda y de trabajo en Madrid*, Imprenta Municipal, Madrid, 1922. La crisis de alquileres en el conjunto de la ciudad en Santiago DE MIGUEL: *Madrid, los retos de la modernidad. Transformación urbana y cambio social (1860-1931)*, Tesis Doctoral, Madrid, UCM, 2015, pp. 809-828.



Ilustraciones. Infravivienda en Cuatro Caminos. Arriba: Casas en la calle Orense. Abajo: Patio en la calle Artistas. Ambas fueron dos de las vías más afectadas por los desahucios. Fuente: César CHICOTE: *La vivienda insalubre en Madrid. Memoria presentada al Excmo. Sr. Vizconde de Eza*, Madrid, 1914**.**

Buena muestra de ello es lo que le sucedió a Fidel Lorenzo y su familia en 1922. Un día al regresar a casa encontraron la cerradura forzada y sus pertenencias arrojadas a la calle. Sospechaba Fidel que aquello se debía a una maniobra del administrador de la propiedad, interesado en expulsarles de la vivienda con la intención de obtener mayor rentabilidad por el piso. Poco importaba que nunca se hubieran retrasado en el pago. Según se deduce de los testimonios, el escándalo en el vecindario fue mayúsculo y muy mal lo hubieran pasado Fidel y los suyos sin la solidaridad de los restantes inquilinos del edificio. Él mismo lo reconocía en su declaración: ante la negra perspectiva de vivir en la calle, algunos vecinos se ofrecieron para guardarles sus ropas y posesiones y otros pusieron a disposición su cuarto para que se instalase la familia desahuciada[86]. En otro caso, los inquilinos de Don Quijote 2, dirigidos por Mariano Minayo, un vecino, resistieron con uñas y dientes las medidas de presión ideadas por el administrador, Guzmán Palacio. Este había llegado a ordenar la apertura de la techumbre de los cuartos altos en invierno, con el consiguiente riesgo de inundaciones y heladas, y había mandado a los operarios arrancar también los balconcillos de las viviendas. Como

[86] AGA, Justicia, (07) 041.002 Caja: 896.

respuesta se encontró un rosario de denuncias y algún que otro tiro de revolver de los vecinos. Temeroso, el administrador también terminó acudiendo a los juzgados, donde señaló que estaba "prevenido contra los inquilinos de la casa porque sabe que están todos armados a causa de las cuestiones que con ellos tiene por obras que se efectúan en la casa"[87]. La pelea por un techo digno en la zona con alquileres más bajos de toda la capital se incorporaba de este modo al conjunto de luchas sociales emprendidas por los vecinos de las afueras.

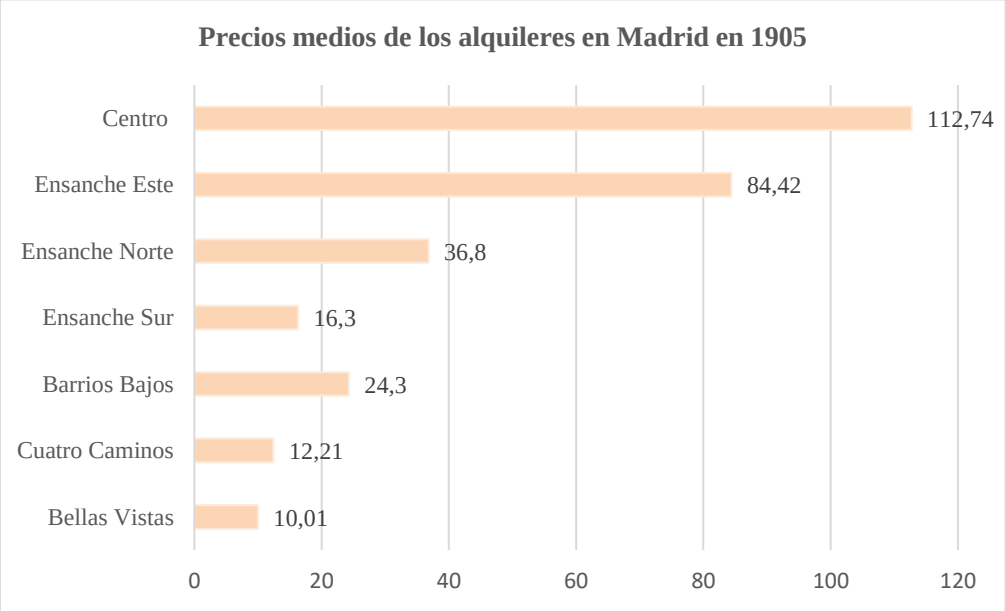


Tabla. Precio medio de los alquileres en Madrid en 1905. Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1905[88].

Si la falta de vivienda y los desahucios afectaban a todos los madrileños independientemente de su lugar de residencia, en el extrarradio el conflicto cobraba tonalidades aún más penosas por el coctel de miseria, desprotección y falta de normativas que había acompañado a sus habitantes desde la noche de los tiempos. Organizarse colectivamente contra los desahucios era en Cuatro Caminos más urgente que en ningún sitio y por ello mismo no tardaron en prosperar distintas iniciativas. En la Navidad de 1904, por ejemplo, sabemos que Abelardo Saavedra, vecino anarquista y afamado maestro del liceo racionalista de Cuatro Caminos, utilizó su púlpito intelectual

[87] Los sumarios en AGA, Justicia (07) 041.002, Cajas 874 y 899. Las palabras citadas en el segundo sumario, el de la caja 899.

[88] Los datos de la zona centro proceden de Santiago DE MIGUEL: *Madrid, sinfonía de una metrópoli europea*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2016. La estadística relativa a las tres zonas de ensanche procede de Borja CARBALLO, Rubén PALLOL, Fernando VICENTE: "Oferta de vivienda de alquiler en el Madrid del primer tercio del siglo XX", en Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO, Antonio ORTEGA SANTOS, Manuel MARTÍNEZ MARTÍN (eds.): *Ciudad y modernización en España y México*, Granada, Universidad de Granada, 2013, pp. 161-180. Los datos de Cuatro Caminos han sido recabados por el propio autor a partir de AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1905. Distinguimos en este gráfico entre Cuatro Caminos (parte este de Bravo Murillo) y Bellas Vistas (parte oeste) para remarcar las propias diferencias en el seno del suburbio. No obstante, como ya se ha indicado en otro lugar, los contemporáneos designaban ambas zonas con el común nombre de "Cuatro Caminos".

para llamar a la huelga de inquilinos en el barrio y al odio a los caseros[89]. Poco después los republicanos tomaron el testigo. A partir de 1908 hay noticias de trabajos para la constitución de una sociedad local de inquilinos vinculada al centro republicano de la barriada[90]. En un mitin de dicha sociedad en el teatro Hernani uno de los oradores, Francisco Carrillo, cerró su ponencia con las siguientes palabras:

> Hasta ahora los caseros nos herían uno a uno y triunfaban, pero de hoy en adelante nos encontrarán unidos y en compacta línea de combate, y como somos más y la razón nos asiste, los arrollaremos y triunfará nuestra causa[91]

Toda una declaración de intenciones. En abril de 1914 encontramos un ejemplo de cómo podían funcionar estas ligas de inquilinos republicanos. Una vez detectados los abusos de un casero, los asociados juntaban decenas de firmas de vecinos y militantes y las enviaban a la prensa junto con una pormenorizada descripción de las canalladas de los arrendadores. A nivel formal o simbólico se trataba de un señalamiento público parejo al que sufrieron los comerciantes concertados con la administración en el pleito fiscal, y al igual que entonces, en las prácticas de estos vecinos enfurecidos con los caseros parecía asomar una unanimidad popular que también recuerda a la de aquellos días de motín y revuelta. En el caso que nos ocupa, Abelardo da Riva, propietario de un viejo inmueble en el número 2 de la calle Cuenca, estaba llevando a cabo las tácticas habituales encaminadas a forzar el desalojo de los inquilinos. En primer lugar exigía a los moradores una abusiva y repentina subida del 40% del alquiler (de 12,50 a 17,50 pesetas). Un incremento imposible de asumir para los pobres jornaleros que habitaban el edificio, y menos aún de un mes para otro. En segundo lugar, como era común en estas situaciones, el casero emprendió fastidiosas obras en las viviendas al tiempo que dejaba que se deteriorara el mobiliario de la finca, llegando incluso a resultar peligroso para los vecinos la utilización de las barandillas en los corredores que daban al patio. Ante una situación como la descrita y ante la indefensión en que las autoridades dejaban a los habitantes de las afueras, la acción colectiva de los inquilinos republicanos parecía la última oportunidad para muchos residentes en riesgo inminente de desahucio[92].

---

[89] *Tierra y Libertad*, 15 de diciembre de 1904 y 22 de diciembre de 1904.
[90] *El País*, 18 de abril de 1908.
[91] *El País*, 3 de julio de 1911.
[92] En este caso resulta interesante observar que los firmantes, casi todos activistas republicanos en la barriada, no mencionaban en ningún lugar su afiliación, que, sin embargo hemos podido identificar por aparecer sus nombres vinculados a distintas iniciativas con sede en Cuatro Caminos. A pesar de su conocida trayectoria política (algunos de ellos fueron omnipresentes en los años diez), en la carta se presentaban como simples vecinos (de la misma forma que también trocaban su identidad los jornaleros que demandaban faroles en la calle Don Quijote y que, recordemos, firmaban como propietarios para reforzar su solicitud). Cabe plantearse hasta qué punto la ausencia de etiquetas ideológicas era una manera de hacer extensible su causa más allá del compromiso partidista y, por tanto, en qué medida nos encontramos ante una estrategia de amplificación de la protesta hacia los sectores sociales menos movilizados. Al articular la protesta en términos más neutros, los republicanos quizás aspiraran a canalizar el descontento de una mayoría de vecinos hacia una opción política concreta que, de primeras, se despojaba de todos aquellos elementos que pudieran generar más división que consenso. Por otro lado, podemos entender esta ocultación como una estrategia deliberada para encontrar mayor eco en las instituciones. Como republicanos, la causa podría ser rápidamente desestimada por los monárquicos. Como vecinos, en cambio, parecían estar investidos de una legitimidad alternativa, comunitaria. Finalmente, resulta pertinente llamar la atención sobre la gran cantidad de actos reivindicativos de este calibre que, precisamente por estar faltos de marca de agua ideológica, pasan desapercibidos para los investigadores que entienden el conflicto político únicamente dentro de las organizaciones estructuradas.

Principales firmantes del manifiesto "¡Inquilinos a defenderse!"		
Nombre	**Rol político**	**Condiciones de vida**
José Forcén	Republicano federal muy activo	Jornalero. Vive en Cuenca 2. Paga 12,50 ptas. de alquiler
Timoteo García	Republicano federal muy activo. Promotor escuelas laicas	Zapatero. Vive en Dulcinea 14
Teodoro García	Republicano federal muy activo. Promotor escuelas laicas	Tabernero. Vive en Artistas 4. Paga 40 ptas. por su negocio
Francisco Carrillo	Republicano. Promotor ligas de inquilinos	Sin datos
Venancio Escudero	Republicano federal muy activo. Presidente escuelas laicas.	Petaquista. Vive en Almansa 11.
Eusebio Gómez	Republicano federal muy activo. Promotor escuelas laicas	Jornalero. Vive en Artistas 10. Para 13,50 pesetas de alquiler
José Vázquez	Republicano radical muy activo. Tesorero escuelas laicas	Platero. Vive en Lugo 16.
Mateo Cenamor	Republicano radical de prestigio. Habitual orador en mítines	Sin datos
Robustiano Reyes	Republicano federal. Miembro asociación de vecinos	Barbero. Vive en la glorieta de Cuatro Caminos. Paga 35 ptas. por su negocio
Francisco de José	Republicano	Jornalero. Vive en Bravo Murillo 92. Paga 25 ptas. de alquiler
Francisco Pérez	Sin información	Jornalero. Vive en Palencia 4. Paga 6 ptas. de alquiler
Tiburcio García	Republicano	Jornalero. Vive recogido en casa de su hijo Teodoro García
Santos Bermejo	Sin información	Jornalero. Vive en Oviedo 6. Paga 8 ptas. No sabe leer ni escribir
Feliciano Bermejo	Sin información	Jornalero. Vive en Oviedo 6. Paga 8 ptas. de alquiler
Antonio Sanz	Sin información	Jornalero. Vive en Don Quijote 6. Paga 7,50. No sabe leer ni escribir
José Salvador	Republicano	Sin datos

Tabla. Firmantes del manifiesto. Fuente: *El País*, 14 de abril de 1914. La información social en AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1905 y *El País*, 7 de julio de 1907. El manifiesto tenía muchos más firmantes, pero el periódico no recogió sus nombres.

Los abusos en la casa de vecindad de la calle Cuenca eran moneda de uso corriente en Cuatro Caminos. Por ello, una vez explicada la calamitosa situación del inmueble, los remitentes no dudaron en lanzar a la autoridad una ristra de recomendaciones. Pedían en primer lugar inspecciones oficiales en todas las casas de la barriada. Hacían un llamamiento después a los diputados para reformar en el Congreso la "odiosa ley de inquilinato" (se dirigían en concreto a Eduardo Barriobero, abogado íntimamente ligado a las luchas del suburbio, amigo personal de Canuto y diputado republicano-socialista desde el mes anterior) y criticaban finalmente la "sórdida avaricia" de algunos caseros del extrarradio, que se permitían exigir hasta seis meses de

adelanto a los inquilinos. Frente a este estado de cosas los vecinos coaligados proponían dar un fin social a sus fianzas:

> Pues bien; esas fianzas [los meses de adelanto exigidos por los caseros], ¿no podrían depositarse en un establecimiento de crédito, que sirvieran, como es lógico, para garantía al no pagar, para que con su interés se edificasen barrios para obreros, que buena falta hace, o en caso contrario, al despedirse el inquilino, y estando al corriente en el pago se le abonase lo devengado?[93]

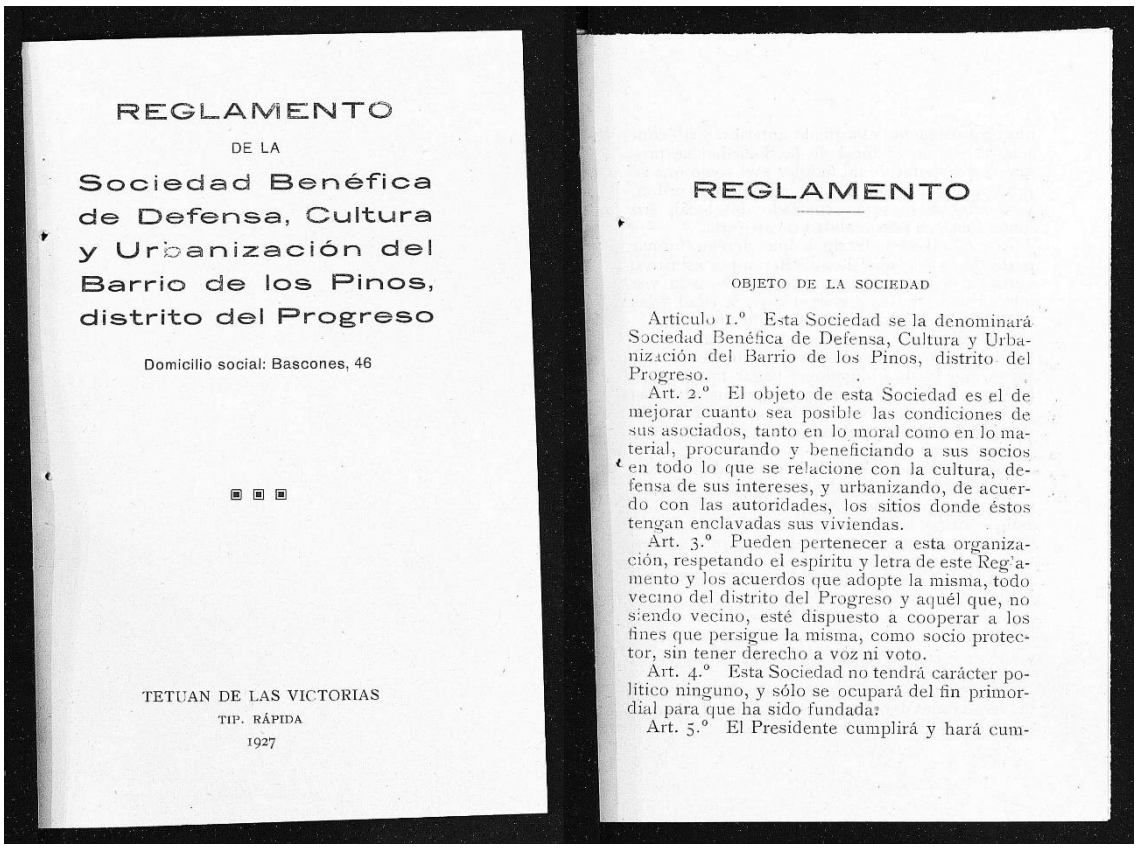
Para los firmantes la razón última de la desprotección en que vivían los inquilinos de Cuatro Caminos no tenía tanto que ver con la voracidad de usureros o especuladores, como con la falta de previsión o intervención de quienes debían coger el toro por los cuernos: los poderes públicos. Eran los representantes de la ciudadanía quienes tenían el deber de proyectar barrios saludables y decentemente equipados, así como de poner coto legal al apetito de los dueños de inmuebles. Aquellas eran cuestiones de suficiente empaque como para dejarlas al albur del azar o la ética de los rentistas.

Estas últimas reivindicaciones nos permiten hacer un balance final de las peticiones y las prácticas de autoorganización. Los vecinos republicanos y sus compañeros pensaban su lucha en términos colectivos y transformadores. Su idioma era el universal de los derechos, y no el individual de los favores. No querían acuerdos privados que remediaran conflictos particulares. Demandaban un consejo municipal activo, un poder legislativo que legislara en pro de los de abajo y una ciudadanía vigilante de la tarea de sus teóricos representantes. Querían, por último, que sus dificultades cotidianas tuvieran estatus político. Que las familias ideológicas tuvieran que definirse ante estos problemas. En la misma época en que se discutía si los intelectuales habían de permanecer en su torre de marfil o si, por el contrario, habían de inmiscuirse en los asuntos que afectaban a la vida pública, los pequeños políticos de las afueras, autores también de manifiestos con abajo firmantes y conciencia de grupo, solicitaban a congresistas, senadores y ministros que bajaran a la arena de la política de barrio. El ánimo que presidía todas sus acciones era que las voces y arengas de las alcantarillas del suburbio se elevaran a las tribunas parlamentarias.

Como los vecinos que escribían cartas a la prensa, como aquellos otros que recogían avales y apoyos entre sus iguales o como los que se organizaban en común para salir adelante, los inquilinos asociados apuntaban mucho más alto que sus propias reivindicaciones coyunturales. El vasto repertorio de prácticas dirigidas a torcer el negro sino de la barriada ponía en entredicho la hegemonía de las elites liberales y su forma de gobernar la ciudad. Saberse responsables del extrarradio y sentirse parte de una identidad barrial hizo brotar en las gentes del suburbio un instinto de poder popular tal vez mayor que el concepto mismo de soberanía emanado de las leyes y la Constitución. A lo largo de los años los vecinos aprendieron a reunirse, a deliberar sobre las necesidades compartidas, a reflexionar sobre la mejor estrategia para hacer frente a la desigualdad. Con independencia del mensaje que transmitieran al poder, la propia práctica de juntarse, dilucidar y decidir constituía en sí misma una ruptura. Los donnadie de la periferia se curtieron como sujetos democráticos y por ello creían tener la legitimidad para reclamar y el derecho de recibir. Habían forjado una antropología

[93] *El País*, 14 de abril de 1914. El subrayado es nuestro.

política diferente a la del resto de la ciudad. En Cuatro Caminos hablaban al Ayuntamiento de tú a tú sin bajar la cabeza ni doblar la cerviz. Y cada vez que lo hacían, cada vez que proponían vías de solución para sus problemas, estaban planteando en verdad cambios políticos de calado: ordenar el crecimiento urbano bajo otros criterios y prioridades, reorganizar la distribución de recursos entre barriadas, llevar la igualdad ciudadana del papel a los hechos, comprender el problema social sin efluvios asistencialistas, etc. Juntas, todas estas luchas marcaban el canto del cisne de un ideal y una práctica política paternalistas.



REGLAMENTO

DE LA

Sociedad Benéfica de Defensa, Cultura y Urbanización del Barrio de los Pinos, distrito del Progreso

Domicilio social: Bascones, 46

TETUAN DE LAS VICTORIAS
TIP. RÁPIDA
1927

REGLAMENTO

OBJETO DE LA SOCIEDAD

Artículo 1.º Esta Sociedad se la denominará Sociedad Benéfica de Defensa, Cultura y Urbanización del Barrio de los Pinos, distrito del Progreso.

Art. 2.º El objeto de esta Sociedad es el de mejorar cuanto sea posible las condiciones de sus asociados, tanto en lo moral como en lo material, procurando y beneficiando a sus socios en todo lo que se relacione con la cultura, defensa de sus intereses, y urbanizando, de acuerdo con las autoridades, los sitios donde éstos tengan enclavadas sus viviendas.

Art. 3.º Pueden pertenecer a esta organización, respetando el espíritu y letra de este Reglamento y los acuerdos que adopte la misma, todo vecino del distrito del Progreso y aquél que, no siendo vecino, esté dispuesto a cooperar a los fines que persigue la misma, como socio protector, sin tener derecho a voz ni voto.

Art. 4.º Esta Sociedad no tendrá carácter político ninguno, y sólo se ocupará del fin primordial para que ha sido fundada.

Art. 5.º El Presidente cumplirá y hará cum-

Ilustraciones. Aprendizaje político de los donnadie. Hojas del reglamento de la Sociedad Benéfica de Defensa, Cultura y Urbanización del Barrio de los Pinos, en el lado oeste de Tetuán, y una de las más activas en la movilización vecinal. Fuente: AVM, Secretaría, 52-98-51.

4. Coda. Suburbios, derecho a la ciudad y cambios en la cultura política oficial

En el Madrid de la Restauración los gobernantes locales se presentaban como protectores de la comunidad y sus medidas eran vistas como gracias o concesiones antes que como derechos basados en la representación[94]. Hasta 1918 el alcalde era escogido por Real Orden. A su vez, el puesto de concejal revestía un carácter honorífico o burocrático anterior a las escisiones ideológicas. Muchos ediles veían el cargo como el primer peldaño de una exitosa carrera profesional o como un retiro plácido, rodeado de

[94] Javier MORENO LUZÓN: "La corrupción en Madrid. Crisis política y regeneracionismo antes del Desastre (1888-1898)", en Juan Pablo FUSI, Antonio NIÑO (eds.): *Antes del Desastre. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1996, pp. 99-100.

solemnidad y ajeno a las grandes controversias. En buena lógica, los líderes de los partidos del sistema negaban el carácter político de las elecciones municipales, que consideraban meramente administrativas[95], algo así como un ritual de confirmación de que todo seguía en su sitio[96]. En los barrios peleones del extrarradio, sin embargo, los vecinos dejados de la mano del Ayuntamiento estaban inventando una nueva forma de relación con las autoridades y eso había de provocar secuelas no solo en el órgano afectado (el suburbio y su cultura política popular) sino en el conjunto del cuerpo (la sociedad urbana, la cultura política oficial y el significado dado a los comicios municipales).

La consecuencia de la movilización contra el impuesto de consumos y la frontera fiscal había sido un clamor por un modelo de ciudad más integradora, más inclusiva, que no discriminara a sus vecinos en función del hábitat urbano que ocuparan. A esas razones, vigentes también en el caso de la construcción desde abajo del suburbio a través de cartas, comisiones y acciones solidarias, se unía una clara toma de conciencia de que para solucionar las iniquidades era preciso repensar el contrato social y hacer política en las instituciones. Para hacer duraderas las victorias parciales como la obtención de unos faroles o la apertura de un centro de vacunación, la política popular había de tener un pie en la calle y otro en los despachos. A ver estos trasvases entre lo particular y lo general, entre lo periférico y lo central, objetos últimos de la investigación, dedicaremos las páginas finales del capítulo.

Muchos de esos activistas que no dejaron ningún renglón para la posteridad en los libros de historia, estaban siendo, aunque no lo supieran, unos adelantados a su tiempo, unos revolucionarios, pues con su agitación removieron los *enjeux* políticos del momento (asuntos en juego en la disputa política, aquello ante lo que había que posicionarse) y abrieron las compuertas de las instituciones para que en ellas entraran nuevos temas de debate y conflicto: los relacionados con la gestión de la ciudad y los barrios[97]. Las diversas citas electorales municipales de las dos primeras décadas del siglo XX estuvieron marcadas por un profundo debate sobre la correcta organización de una sociedad que mudaba su piel a pasos agigantados. Hasta entonces la práctica política local de los partidos de la Restauración se reducía, casi únicamente, a la cooptación de personal y colocación de acólitos, por lo que rara vez se presentaban programas detallados de acción pública. La política era tremendamente personalista. Los partidos se disgregaban en facciones y banderías cimentadas en la lealtad a líderes carismáticos y no en el compromiso con unas ideas. Liberales y conservadores operaban al filo del nuevo siglo siguiendo los viejos patrones decimonónicos, forjados en los albores de la revolución liberal, cuando Madrid era aún una pequeña comunidad o la suma de muchas pequeñas comunidades en las que las elites y el pueblo tenían contacto estrecho y guardaban relaciones clientelares basadas en la proximidad y la

[95] Son muchos los ejemplos y citas en este sentido. Incluso alguien como Canalejas, miembro del ala más progresista del Partido Liberal, consideraba días antes de las elecciones municipales de diciembre de 1909, primeras a las que concurrió la Conjunción Republicano-Socialista, que administración local y política eran planos que jamás debían confundirse. Véase *El Globo*, 11 de diciembre de 1909.

[96] Seymour M. LIPSET, Stein ROKKAN: "Estructuras de división, sistemas de partidos y alineamientos electorales", en Albert BATLE (ed.): *Diez textos básicos de ciencia política*, Barcelona, Ariel, 1992, p. 234.

[97] El concepto de *enjeux* en Pierre BOURDIEU: *El sentido práctico*, Madrid, Taurus, 1991.

intermediación[98]. En los bordes del sistema, los republicanos, igualmente separados en capillas, solían retraerse en las elecciones en protesta por el fraude, y los socialistas, débiles y minoritarios, seguían una política de exclusivismo obrero alejada de las preferencias e imaginarios de muchos ciudadanos. Por todo ello, los proyectos municipales no pasaban de ser apelaciones vagas o grandilocuentes sobre el orden, el progreso, la moralidad o la cercana revolución. En las elecciones locales no había medidas detalladas porque ni siquiera se estimaba que la ciudad fuera un objeto de intervención política. No había diferentes planes de ciudad que confrontar[99].

A principios de siglo esta situación iba a cambiar sin vuelta de hoja. En 1905 los socialistas consiguieron sus primeros representantes en la cámara local tras un viraje desde las reivindicaciones laborales a una mayor preocupación por otros problemas que afectaban la vida cotidiana de los madrileños. Comandado por Pablo Iglesias, Rafael García Ormaechea y Francisco Largo Caballero, el PSOE solamente presentó candidatura por el distrito de Chamberí, donde se integraba la barriada de Cuatro Caminos. Los socialistas llevaban años pugnando por *salir del ghetto* al que le empujaban sus objetivos maximalistas[100] y hallaron la fórmula para conseguirlo con un programa repleto de medidas relacionadas con el vertiginoso crecimiento de la ciudad y el séquito de desigualdades que dejaba a su paso: establecimiento de cantinas escolares, servicio farmacéutico gratuito, higiene habitacional, análisis de los artículos alimenticios, creación de asilos para ancianos e inválidos, derribo de los edificios denunciados por sus pésimas condiciones, instalación de casas de baños públicas, etc…. Fueron las políticas urbanas, y no tanto las clasistas, las que sirvieron de trampolín al socialismo madrileño para colarse en las instituciones[101].

En 1909 y en el contexto de la crisis desatada por la *Semana Trágica* y la dura represión gubernamental, las distintas corrientes de izquierda sellaron una alianza entonces provisional, pero que a la larga tendría un considerable recorrido: la Conjunción Republicano-Socialista. Antonio Robles Egea ha estudiado sobradamente los perfiles doctrinales y filosóficos que hicieron posible el acercamiento de reformistas y revolucionarios bajo una única marca electoral, así como la agenda de

[98] Sobre la práctica política a nivel local y el aroma paternalista y comunitario que impregnaba las elecciones municipales en tiempos de la Restauración, véase Carlos HERNÁNDEZ QUERO: "El voto de la costumbre. Culturas políticas y crisis urbana en Madrid a comienzos del siglo XX", *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, 35 (2017), pp. 369-403.

[99] Las distintas concepciones de la ciudad como objeto o no de gobierno y acción políticas en Shane EWEN: *What is Urban History?*, Cambridge, Polity Press, 2016, pp. 55-74. Su aplicación a un caso de estudio concreto en Matías LANDAU: *Gobernar Buenos Aires. Ciudad, política y sociedad, del siglo XIX a nuestros días*, Buenos Aires, Prometeo, 2018.

[100] Antonio ELORZA: "Socialismo y agitación popular en Madrid (1908-1920)", *Estudios de historia social*, 18-19 (1981), pp. 229-261; Michel RALLE: "Socialistas madrileños (De los orígenes de la agrupación a 1910)", *Estudios de historia social*, 22-23 (1982), pp. 321-358; ÍD: "Cultura obrera y política socialista: los primeros decenios del PSOE", *Ayer*, 54 (2004), pp. 49-70; Santiago CASTILLO: "La irrupción en sociedad de la agrupación socialista madrileña" en Ángel BAHAMONDE, Luis Enrique OTERO (eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, 2 vols., Madrid, Alfoz-Comunidad Autónoma de Madrid-UCM, 1986, pp. 35-69; ÍD: "El socialismo madrileño hace un siglo. Un anhelo de reforma", *Arbor*, 666 (2001), pp. 411-430; Antonio ELORZA, Michel RALLE: *La formación del PSOE*, Barcelona, Crítica, 1989.

[101] Rubén PALLOL: "Socialistas en el Madrid jornalero. La conquista electoral socialista en el Chamberí de 1905" en José María ORTÍZ DE ORRUÑO, Javier UGARTE, Antonio RIVERA (coords.): *Movimientos sociales en la España Contemporánea*, Madrid, UPV, 2008.

acontecimientos nacionales que terminaron de facilitar el pacto en las postrimerías del gobierno largo de Maura[102]. Sin embargo, hasta hace relativamente poco no había sido tan subrayada la dimensión urbana de un fenómeno imposible de comprender al margen de las transformaciones sociales en las ciudades y del paulatino desplazamiento de lo laboral-sindical-clasista o de lo moral-carismático-personal a lo local-municipal-urbano[103].

En primer lugar, es sabido que socialistas y republicanos enfocaban de manera distinta, en ocasiones abiertamente contradictoria, las cuestiones vinculadas a las relaciones de producción. Muchos republicanos eran tenderos, dueños de pequeños talleres artesanales o modestos comerciantes con trabajadores a su cargo, mientras que los socialistas tan solo habían alcanzado fuerte predicamento entre los obreros asalariados. No obstante, sería insuficiente y reduccionista terminar aquí la interpretación, en tanto que la figura del republicano comerciante o profesional liberal y el socialista proletario no deja de obedecer a tipos ideales entresacados de una realidad social compleja y mestiza. Lo que hacía distintivo el nuevo panorama urbano es que ofrecía una multiplicación de las esferas de relación y contacto que configuraban la identidad de los ciudadanos[104]. Con la avalancha migratoria, la aparición de nuevos medios de comunicación y transporte y la creciente regulación de los horarios laborales, para muchos trabajadores la fábrica o los tajos dejaron de ser espacios de sociabilidad y solidaridad únicos, lo que les permitió descubrir otros ejes de enfrentamiento distintos al que oponía capital y trabajo. Ejes en que republicanos y socialistas sostenían posturas parecidas y que estaban íntimamente ligados a la vida cotidiana de la ciudad y a los desajustes de una urbanización precipitada: carencia de infraestructuras básicas, mal funcionamiento de las existentes, proliferación de barrios mal acondicionados, conflictos por los usos del espacio y un largo etcétera que se traducía en un descontento profundo con la administración. Volviendo a los tipos ideales anteriores podríamos decir que ante la necesidad de agua o de tranvías, un tendero, un peón y una vendedora ambulante estaban en el mismo barco. La Conjunción armonizaba intereses supuestamente contrapuestos para cierto tipo de historia social de inspiración marxista. Donde el trabajo dividía, la preocupación por el entorno podía hacer de argamasa y crear las condiciones para una gran coalición popular con claros guiños a la socialdemocracia municipal que alzaba el vuelo en otras grandes urbes europeas[105].

---

[102] Antonio ROBLES EGEA: "Formación de la conjunción republicano-socialista de 1909", *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)*, 29 (1982), pp. 145-161; ÍD: "La Conjunción Republicano-Socialista: una síntesis de liberalismo y socialismo", *Ayer*, 54 (2004), pp. 97-127.

[103] Este énfasis en lo urbano en Carlos HERNÁNDEZ QUERO y Santiago DE MIGUEL: "De las calles a las instituciones. Protesta popular y conquista del poder municipal en Madrid (1909)", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 40 (2018), pp. 245-273.

[104] Seguimos la interpretación de sociólogos urbanos pioneros como Georg Simmel o Louis Wirth, que veían en la ciudad moderna el lugar de la ruptura de los vínculos primarios, la diversificación de los encuentros y la alteración de las pautas de comportamiento. Véase Georg SIMMEL: *El individuo y la libertad (Ensayos de crítica de la cultura)*, Barcelona, Península, 1986, pp. 247-261; Louis WIRTH: "El urbanismo como modo de vida", en VV. AA.: *Antología de sociología urbana*, México D. F., Universidad Nacional Autónoma de México, 1988 (1938), pp. 162-183. Para una visión global de esta sociología urbana del primer tercio del siglo XX, Francisco Javier ULLÁN DE LA ROSA: *Sociología urbana. De Marx y Engels a las escuelas posmodernas*, Madrid, CIS, 2014.

[105] La prensa afín hablaba frecuentemente de "democracia social", por ejemplo: *El Liberal*, 9 de diciembre de 1909. Las menciones a las políticas emprendidas por los grandes ayuntamientos

Así, en un momento en que la polarización podría haber aconsejado resumir las propuestas políticas en un sí o un no a Maura, republicanos y socialistas se presentaron ante los electores con un minucioso programa de iniciativas urbanas: abaratamiento de las viviendas, promoción de colonias escolares, cooperativas y seguros para trabajadores, combate a la mortalidad infantil, aumento de la cédula de los contribuyentes más ricos, municipalización de servicios básicos, etc. Se trataba, como se afirmaba en el manifiesto lanzado a la opinión pública, de que surgiera entre los madrileños una preocupación por la vida de su ciudad que permitiera exclamar sin titubeos a sus votantes: "Yo fui de aquellos que colaboraron en la regeneración del municipio madrileño. Yo fui de aquellos que contribuyeron al resurgimiento de la vida ciudadana"[106]. El deslizamiento del marco de atención hacia lo local fue todo un éxito y las izquierdas coaligadas obtuvieron un importante respaldo electoral (13 concejales de los 28 que se elegían ese diciembre[107]). Numerosos republicanos y socialistas entraron a trabajar en las comisiones más importantes del consistorio, lo que garantizó que durante aquel mandato se viviera una auténtica oleada de reformas tras décadas de inactividad. El "derecho a la ciudad" se encaramaba al primer plano de la nueva política.

La lucha por la capital se convirtió desde entonces en encarnizada y las distintas opciones políticas afinaron sus puntos de contacto o distinción a partir de sus posicionamientos ante el cambio social que imponía la urbanización. En los años siguientes hubo campañas *urbanas* igualmente destacables como la famosa "Pan, luz y tranvías", coordinada por los socialistas madrileños o las emprendidas por los republicanos en torno a los derechos de los inquilinos[108]. La pulsión por lo municipal invadió el panorama político hasta el punto de traspasar fronteras y convertirse también en banderín de enganche de la nueva derecha maurista, preocupada por las condiciones de vida en los barrios extremos, la fundación de centros educativos en áreas deprimidas o la persecución del fraude en las subsistencias[109]. Incluso los liberales participaron de este entusiasmo con la promoción de periódicos afectos a su causa y difusores de las

socialdemócratas en José Luis OYÓN: "Historia urbana e historia obrera: reflexiones sobre la vida obrera y su inscripción en el espacio urbano, 1900-1950", *Historia Contemporánea*, 24 (2002), pp. 11-58. El caso de Viena, donde se dio una auténtica disputa entre fuerzas políticas con ideas contrapuestas sobre lo que debía ser la ciudad, en Carl SCHORSKE: *La Viena de fin de siglo. Política y cultura*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2011.

[106] *El Socialista*, 10 de diciembre de 1909.

[107] En la Restauración el concejo municipal se renovaba de manera parcial. Los 28 concejales escogidos en diciembre se sumaron a los 22 restantes elegidos en mayo del mismo año, cuando las fuerzas de la Conjunción, aún por separado, habían conseguido 12 representantes. De este modo, aquella legislatura republicanos y socialistas coparon 25 de los 50 asientos de la Casa de la Villa.

[108] Son inagotables los ejemplos de esta excitación por lo municipal desatada en la izquierda madrileña. Pueden verse en Santiago DE MIGUEL: *Madrid. Un laboratorio de socialismo municipal, 1900-1936*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2019. Para los antecedentes de la acción municipal de republicanos y socialistas, especialmente interesante en el período 1905-1909 tras la entrada en el consistorio de tres concejales del PSOE, véase Santiago DE MIGUEL: *Republicanos y socialistas. El nacimiento de la acción política municipal en Madrid (1891-1909)*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2017.

[109] Cuando los mauristas abrieron un centro en Tetuán en 1916, significativamente, el secretario del mismo fue el jornalero Inocencio Crisol, que en los años anteriores había destacado como autor de cartas de queja o miembro de comisiones. Véase *La Acción*, 14 de marzo de 1916. Algunas de las medidas propuestas o llevadas a cabo por el maurismo en estos barrios apartados, en Santiago DE MIGUEL: *Madrid, los retos de la modernidad. Transformación urbana y cambio social (1860-1931)*, Tesis Doctoral, Madrid, UCM, 2015, pp. 1128-1184.

necesidades de la periferia, como *El Norte de Madrid* y *Los Cuatro Caminos*, o con la creación de clubes que expandieran su mensaje en los suburbios[110].

A mediados de la década de los diez nadie podía presentarse a los comicios locales sin hablar de vivienda, mercados y transportes o sin exponer su plan para ordenar el crecimiento urbano y paliar las deficiencias higiénicas. En todo ese proceso, que podríamos señalizar como un primer momento municipalista, la aparición de los suburbios, con sus necesidades y retos por cubrir, y el nacimiento en ellos de pequeños políticos capaces de arrastrar la voluntad popular y definir nuevos campos de batalla, fue determinante. Tal vez no por casualidad aquellos que gozaban del favor de sus iguales figuraron luego en las papeletas de los partidos. Ya vimos anteriormente cómo los vecinos auparon a Canuto González o Ramón Pulido como candidatos. El caso del tabernero, que recordemos terminó presentándose por Unión Republicana una vez que el partido aceptó los pliegos de firmas recopilados en Cuatro Caminos, permite dar un salto en nuestra interpretación y vincular esta elección desde abajo con la selección desde arriba por parte de las organizaciones estructuradas. Al ser zonas de reciente desarrollo y alta inmigración, los suburbios eran tierra estéril para muchos partidos. Los resultados en Cuatro Caminos, Prosperidad o Puente de Segovia eran una auténtica incógnita, por lo que los contendientes trataron de atraer a sus filas a aquellos fontaneros de la política tan famosos en las afueras. Solo ellos podrían decantar el voto de la muchedumbre, pues solo ellos conocían las penurias sentidas por los traperos o los servicios que demandaban los jornaleros para el bienestar de sus familias. Así, en 1917, por ejemplo, dos de esos vecinos que se habían desgañitado en la protesta por el abandono institucional fueron nominados por los grandes partidos para las municipales de noviembre. Se trataba de Ramón Pulido, de nuevo, y de Eleuterio Saornil.

Ramón Pulido, quizá cansado de organizar comisiones o de hacer de portavoz de los sin nombre de la periferia ante la prensa, se propuso asaltar las instituciones dentro de la maquinaria de guerra del conde de Romanones, que le concedió en ese año de 1917 un puesto en la candidatura de Chamberí, distrito al que pertenecían las calles ubicadas al este de Bravo Murillo. Ramón Pulido se quedó a apenas ochenta votos de resultar elegido. Su lastre fueron los pocos apoyos concitados en los colegios electorales lejanos a Cuatro Caminos, pues en lo referente al suburbio fue el candidato más votado, ligeramente por encima del socialista Andrés Saborit, preso en el penal de Cartagena por su participación en la huelga revolucionaria de aquel verano y en la que los Cuatro Caminos tanto se distinguieron por su resistencia y rebeldía. El examen del recuento por secciones electorales es sumamente elocuente.

[110] *El Norte de Madrid* existió entre 1914 y 1916. Era heredero de una cabecera anterior, denominada más restrictivamente *Chamberí*. Hubo diversos proyectos que buscaron dar continuidad a *El Norte de Madrid*, entre los que destacó *Los Cuatro Caminos* (1917), dirigido por liberales de la barriada e inspirado por Ramón Pulido, el rico vecino que recurrentemente ha aparecido en estas páginas. Respecto a la creación de centros en zonas periféricas, valga como ejemplo el activo Centro Instructivo Liberal de Cuatro Caminos, del que se tienen continuas noticias desde 1916. La constitución del mismo en *El Norte de Madrid*, 6 de febrero de 1916. Igualmente existió en Tetuán un club liberal al menos desde 1914. Véase *El País*, 20 de febrero de 1914.

Principales actividades de Ramón Pulido en Cuatro Caminos	
Actividad	**Año**
Escrito de queja: las autoridades niegan derecho a la vida en barrio	1906
Miembro comisión organizadora festejos del barrio	1906
Miembro comisión en demanda de urbanización en Fomento	1907
Presidente Asociación Propietarios, Industriales y Vecinos	1910
Secretario de la Junta de Mendicidad del distrito	1911
Miembro comisión revisión alcantarillado del barrio	1911
Petición en demanda de agua, policía, limpieza y escuelas	1911
Alcalde visita barrio tras instancias de Pulido por carencia de agua	1913
Vecinos escogen a Pulido candidato a las elecciones municipales	1913
Escrito de queja por hacinamiento y mal alcantarillado en el barrio	1913
Escritos en demanda de un plan de urbanización para el extrarradio	1914
Promotor Escuelas Bosque para la barriada	1914
Petición en demanda de mejor servicio de tranvías para el barrio	1915
Autoridades visitan barrio acompañadas de Ramón Pulido	1915
Miembro comisión solicita rebaja tarifas tranvías en el barrio	1915
Escritos de queja por estado enseñanza en el barrio	1915
Escrito en demanda de vigilancia, urbanización y medidas sanitarias	1915
Escritos sobre biblioteca popular en el barrio	1915
Miembro comisiones en demanda plan de urbanización del extrarradio	1915
Escritos de queja por ausencia de urbanización e higiene en el barrio	1916
Peticiones de escuelas para el barrio	1916
Fundador Centro Instructivo Liberal de Cuatro Caminos	1916
Petición entendimiento Ayuntamiento – propietarios suelo del barrio	1916
Escritos sobre estado de la enseñanza en el barrio	1916
Miembro comisión organizadora festejos del barrio	1916
Escrito en demanda de alumbrado, bocas de riego y casa de socorro	1916
Escrito de queja por retrasos en urbanización del extrarradio	1917
Miembro comisión solicita medidas higiénicas para el barrio	1917
Peticiones en demanda de mercado para el barrio	1917
Candidato liberal por Chamberí	1917

Tabla. Principales actividades de Ramón Pulido en Cuatro Caminos. Aunque el listado concluye en 1917, los trabajos de Pulido en la barriada se estiraron hasta los años treinta. Fuente: prensa periódica

Cuatro Caminos había sido desde 1905 feudo socialista y republicano. Sin embargo, en noviembre de 1917 muchos votantes del extrarradio rompieron su fidelidad de voto y, en lugar de introducir en las urnas la candidatura íntegra de las izquierdas, marcaron en sus boletos electorales los nombres de Saborit y Pulido. Los viejos albañiles que jamás habían dejado de trabajar, los recién llegados de provincias o los

jóvenes parados sin porvenir ni esperanza bien podían simpatizar con la emancipación proletaria o la causa federal, pero sabían que a la hora de conseguir escuelas para sus hijos o pavimento y luz para sus calles pocas voces podían resonar tan fuerte en la Casa de la Villa como la de Ramón Pulido. Por lujoso que fuera su hotelito en comparación con las birriosas casas bajas de Cuatro Caminos o las colmenas de miseria a las que llamaban casas de vecindad, por resuelto que tuviera el futuro merced a sus ingresos como pintor, Pulido era uno de los suyos en lo relativo a la lucha por el barrio y por ello tenerlo en el Ayuntamiento sería como meter un caballo de Troya en unas instituciones que hasta entonces poco se habían preocupado por el extrarradio. Sus decenas de escritos de queja en *El Liberal*, que vistos en conjunto muestran a un autor terco e infatigable, eran a ojos de los vecinos una garantía. Él no les dejaría tirados. Su prestigio en la barriada queda fuera de toda duda si se cotejan sus apoyos con los conseguidos por el resto de aspirantes romanonistas. En algunas mesas electorales de Cuatro Caminos Pulido superaba los 100 sufragios mientras sus compañeros de papeleta ni siquiera llegaban a los 50. Una diferencia abismal. La diferencia entre unos nombres extraños con un mensaje distante y un vecino conocido y consciente, aunque fuera por su condición de propietario, de todo aquello que faltaba allí donde se acababa Madrid[111].

Eleuterio Saornil tenía unos orígenes mucho más humildes que los de Ramón Pulido. Su biografía parecía sacada de una novela lacrimógena con final feliz. Representaba a la perfección el arquetipo del inmigrante pobre que había llegado a la gran ciudad siendo un niño y había combatido sin cuartel para alterar su destino. Desde edad temprana Eleuterio se vio obligado a buscarse la vida como aprendiz en distintos comercios de la capital. Pasó su juventud a la sombra de patronos huraños y celosos de su escaso tiempo libre. Debido a ello, entre privaciones y lamentos fue ahorrando un modesto caudal que, con el tiempo, se convirtió en su pasaporte para ser independiente[112]. Aquel pequeño capital le permitió comprar un solar en Cuatro Caminos, donde edificó su vivienda y se implicó en los asuntos del vecindario con la pluma, la palabra y el activismo asociativo. En 1913 ya fue candidato de la Conjunción Republicano-Socialista y se quedó con la miel en los labios. En 1917 la Alianza de Izquierdas (las fuerzas antaño agrupadas en la Conjunción y los reformistas) requirió de nuevo sus servicios y le proclamó candidato por el distrito de Universidad, que incluía las calles al oeste de Bravo Murillo, las mismas en las que Eleuterio predicó durante años contra los desafueros del Ayuntamiento. Todos recordaban sus cartas denunciando los incendios, las tímidas victorias de las comisiones que capitaneaba o la escuela laica que presidió en la barriada[113]. Su historia inspiraba confianza a los vecinos. Era un ejemplo de superación y solidaridad y quizás por ello recibió un respaldo mayoritario en todas las mesas electorales de Cuatro Caminos y lo suficientemente significativo en el resto del distrito como para conseguir la concejalía[114].

---

[111] La información electoral en AVM, Secretaría, 21-152 a 21-155 y *Boletín Oficial de la Provincia de Madrid*, 14 de noviembre de 1917.

[112] La narración de sus difíciles comienzos, rica en detalles con los que el autor buscaba denunciar la situación de los dependientes de comercio en España, en *Germinal*, 13 de agosto de 1897.

[113] Las cartas sobre los incendios ya han sido reseñadas. Las comisiones en *El País*, 18 de agosto de 1909. La presidencia del centro republicano y escuela laica en *El País*, 2 de enero de 1911.

[114] La información electoral en AVM, Secretaría, 21-152 a 21-155 y *Boletín Oficial de la Provincia de Madrid*, 15 de noviembre de 1917.

Principales actividades de Eleuterio Saornil en Cuatro Caminos	
Actividad	**Año**
Escrito de queja por falta higiene, pobreza y alcoholismo en el barrio	1909
Firmante escrito de queja contra abusos policiales en mitin en el barrio	1909
Miembro comisión por la urbanización del barrio	1909
Autoridades visitan barrio tras instancias de Saornil	1909
Vocal de la Asociación de Propietarios, Industriales y Vecinos	1910
Escrito de queja por carencias del barrio y alabanza solidaridad vecinal	1910
Comisiones en demanda de agua y tuberías de gas para algunas calles	1910
Fundador de la Sociedad de Defensa de los Intereses de Bellas Vistas	1910
Vicepresidente Sociedad de Defensa de los Intereses de Bellas Vistas	1910
Presidente escuelas laicas de Cuatro Caminos	1911
Impulsor actividades teatrales en el barrio	1912
Presidente Centro Republicano de Cuatro Caminos	1913
Candidato republicano-socialista por Chamberí	1913
Candidato republicano-socialista por Universidad	1917

Tabla. Principales actividades de Eleuterio Saornil en Cuatro Caminos. Fuente: prensa periódica

Su triunfo era el símbolo de otro muro que se venía abajo. Su entrada en el consistorio suponía la irrupción en la vida pública de las gentes de las afueras, o al menos, la llegada a las instituciones de personas que encarnaban una nueva manera de habitar y pensar el espacio urbano (y también una nueva forma de concebir la política). Eleuterio era la imagen de miles de madrileños que vivían fijados al terreno, ceñidos a los barrios apartados, ya fuera por su condición de propietarios y constructores de sus casas, ya porque solo allí hubieran encontrado cuartos asequibles en los que establecerse como inquilinos. Aquella adscripción al espacio les vinculaba con el barrio de una manera poco habitual para las clases trabajadoras del momento. El trabajador urbano, particularmente el jornalero, se solía caracterizar por la precariedad laboral y la extrema movilidad residencial: empleado por temporadas y en diferentes lugares, marchaba de casa en casa en función de los ingresos o de la localización de su nuevo puesto de trabajo. Sin embargo, esta realidad estaba empezando a cambiar en los primeros años del siglo XX con la aparición de estos suburbios en los que legiones de trabajadores se asentaban con vocación de permanencia e incluían entre sus motivaciones la inquietud por el entorno en que se desenvolvía su vida cotidiana. Echar raíces era una novedosa experiencia que no dejó intactas las formas políticas hegemónicas: en 1919, década y media después de las primeras movilizaciones de inquilinos en Cuatro Caminos, nació la Asociación de Vecinos de Madrid, cuyo objetivo era modificar la legislación sobre arrendamientos urbanos para hacerla más favorable a los inquilinos[115].

[115] Francisco SÁNCHEZ PÉREZ: "La cuestión de los alquileres y el movimiento asociativo vecinal (1918-1923). El ideario de la clase media madrileña y sus problemas", en VV. AA.: *Estudios históricos.*

Los casos de Ramón Pulido y Eleuterio Saornil ilustran a la perfección la nueva relación que los partidos habían de establecer con los votantes en una ciudad que aumentaba su población a un ritmo incontrolable. En la sociedad urbana moderna las identidades se fragmentaban y tejían alrededor de las más diversas causas y estímulos, lo que a menudo desconcertaba a las elites y a los líderes que se creían portadores de soluciones salvíficas. El clima de autonomía personal, anonimato y difusión de nuevos discursos hizo de las metrópolis lugares en los que asomaban los primeros retazos de algunas luchas o estilos de vida culturalmente rupturistas, como el feminismo, el descrédito de la religión o los nuevos aires de un ocio cada vez más sexualizado[116]. Entre estas novedades que amenazaban con soltar amarras con los usos y rutinas del pasado cobraba fuerza también una nueva forma de identidad ligada al espacio: la identidad de barrio que crecía en los suburbios como Cuatro Caminos y Tetuán y que tan importante sería para comprender el radicalismo revolucionario de los años treinta. Todas estas metamorfosis hacían a los individuos (y electores) menos previsibles y más complejos que antaño y obligaban a los partidos a idear estrategias con las que sortear dificultades, como el *fichaje* de vecinos que hablaran la jerga de las afueras y conocieran sus problemas de primera mano o como los actos de rendición de cuentas con los vecinos (reuniones para recoger las demandas de las calles, cartas de respuesta en los periódicos a las solicitudes, etc.[117]). Liberales, republicanos o socialistas tenían que plegarse y subordinarse a los movimientos populares y sus políticos sin chistera si querían obtener buenos resultados en unos lugares que, además, comenzaban a marcar el paso de los acontecimientos políticos de toda la ciudad. Dada la particular distribución de los distritos de Madrid, organizados de manera radial, comenzaba a ser difícil triunfar y situar a los candidatos en la Casa de la Villa si los mismos no disponían de apoyos sólidos más allá del casco antiguo y el ensanche. El aprendizaje era claro. A la altura de los años diez era una quimera vencer en las urnas sin contar con el extrarradio[118].

Los actores concretos que encabezaban las listas electorales eran lo de menos. Como se ha tratado de mostrar a lo largo del capítulo, el efecto más notable de la política cotidiana que imperaba en los suburbios fue la recomposición de los temas que merecían la atención de los partidos o de la prensa (que además de crear secciones para

---

Homenaje a los Profesores José María Jover Zamora y Vicente Palacio Atard, Madrid, 1990, vol. II, pp. 167-201.

[116] George CHAUNCEY: *Gay New York. Gender, Urban Culture and the Making of the Gay Male World, 1890-1940*, Nueva York, Basic Books, 1994; Erika RAPPAPORT: *Shopping for Pleasure. Women in the Making of London´s West End*, Princeton, PUP, 2001; Matt HOULBROOK: *Queer London. Perils and Pleasures in the Sexual Metropolis, 1918-1957*, Chicago, UCP, 2006; Phil HUBBARD: *Cities and Sexualities*, Nueva York, Routledge, 2012; Cristina DE PEDRO: "La nueva sonrisa de Cabaret. El impacto de la modernización urbana en los espacios de placer. La calle Santa Brígida, un estudio de caso (1900-1936)", *Crisol*, 5 (2019), pp. 126-161.

[117] Así, por ejemplo: el intercambio epistolar de los vecinos con el concejal republicano-socialista Nicomedes Guijarro a propósito de la fuente de la glorieta de Cuatro Caminos y la regulación de la venta ambulante. Véase *El País*, 27, 28 y 29 de agosto de 1912.

[118] De los diez distritos que componían la capital, ocho (todos menos Centro y Hospicio) extendían su jurisdicción sobre barrios de las tres áreas urbanas (casco antiguo, con una población decreciente; ensanche, con una población en aumento controlado; y extrarradio, con los datos de brusco crecimiento ya mostrados). Esto se debía a una estructura geográfica de tipo radial en la que casi todos los distritos partían del centro y se expandían siguiendo los puntos cardinales e integrando las barriadas de nueva creación.

la expresión del vecindario comenzó a dedicar amplio espacio a reseñar los debates en la cámara municipal). El progresivo interés por las cuestiones municipales y su conversión en materia de discusión y confrontación no fueron una genialidad táctica alumbrada por dirigentes esclarecidos. La aparición de nuevos horizontes y referencias en la imaginación política, esto es, la transformación de la cultura política oficial, surgió de la periferia, manó de las tierras remotas y olvidadas que nunca importaron a nadie. Allí se fraguó una manera alternativa de pensar y concebir la ciudad ante la que los diversos agentes políticos no pudieron permanecer indiferentes. La defensa de la municipalización de los servicios o la inquietud por los alquileres elevados fueron tema de conversación en las calles y merenderos de las afueras mucho antes de que formaran parte de la agenda política o los programas electorales. Lejos de ser un área que se movía a remolque de las decisiones tomadas en el centro financiero y cultural, el extrarradio era un mercado ambulante de ideas frescas y nuevos productos políticos que terminaron comprando y consumiendo los partidos de masas de toda la ciudad. Lo que era periférico en términos espaciales era cada vez más central en el debate público. Los suburbios, nacidos del caos, eran capaces de desordenar y realinear las fidelidades políticas y los principios que regían el gobierno local.

Este descubrimiento permite cuestionar algunas convicciones medianamente extendidas en la historiografía. Al menos dos: el carácter acabado y coherente del pensamiento político y la autonomía de la política. Las familias políticas (denominadas frecuentemente "culturas políticas") no se configuraban de una vez por todas y para siempre en actos fundacionales o biblias doctrinales, ni tampoco eran aparatos perfectos de encuadramiento de identidades o de generación de argumentarios recibidos acríticamente por el pueblo, sino que se estremecían y readaptaban al compás de las transformaciones procedentes de la sociedad civil. En el caso que nos ocupa, la atención por los asuntos concretos de la ciudad provocó un terremoto en la capital del régimen liberal: remozó el tablero político, trastocó las prácticas y objetivos de los partidos e impulsó a la primera línea elementos de movilización y lenguajes originalmente ajenos a las preocupaciones de las organizaciones partidarias.

Por paradójico que parezca, los suburbios que el Ayuntamiento siempre estimó provisionales fueron fundamentales en el acelerón de la cultura política oficial. A finales del siglo XIX nadie podía prever que aquellos arrabales feos y desgarbados terminarían por inundar la ciudad social, demográfica y políticamente. Como se ha podido observar con el "derecho a la ciudad" o con las reivindicaciones ligadas a la vivienda, comunes primero en las afueras y extendidas al conjunto urbano después, los barrios periféricos pasaban a ser el núcleo de innovación e imaginación política del primer tercio del siglo XX. Los suburbios eran cuna de una nueva legitimidad. La democracia, entendida no como un sistema de gobierno parlamentario sino como un conjunto de prácticas deliberativas, abiertas a la participación sin trabas de los individuos anónimos y sensibles a sus demandas, parecía venir de la periferia y no de una socialización de los valores liberales desde las clases medias e ilustradas hacia las pobres y marginadas, así como tampoco de una reconversión pluralista y representativa del liberalismo oligárquico. Lo que hizo de la democracia algo desbordante tenía más

que ver con aquello que hacía que la ciudad liberal se desbordara: los suburbios y sus gentes. El motor estaba en la sociedad civil[119].

La política popular de la periferia no solo no se extinguía como una especie a la que le hubiera llegado su hora, como parecería desprenderse de los relatos clásicos de la sustitución de repertorios propios de la sociología de la acción colectiva, sino que daba forma a una manera particular de estar en el espacio público y de ejercer derechos que contagió y alteró la cultura política hegemónica. La suerte del extrarradio era paradójica pero también metafórica. Del mismo modo que los suburbios eran la cantera que construía el Madrid del mañana, pues fueron sus moradores quienes trabajaron en las obras de la Gran Vía y en los tajos del ensanche, los suburbios eran también la cantera política del futuro Madrid. En la medida en que sus desigualdades y conflictos cotidianos no desaparecieron, tampoco se apagaron sus sueños ni su necesidad de inventar nuevos caminos y herramientas con las que hacer política y cambiar la historia. Este no era un fenómeno exclusivo de Madrid: en todas las grandes ciudades occidentales la nueva realidad de las periferias se convirtió en las primeras décadas del siglo XX en el fermento de nuevas identidades sociales y comportamientos políticos innovadores y por ello resulta imprescindible insistir en interpretaciones que inscriban el análisis de los conflictos y las luchas en los contextos urbanos precisos en que se produjeron.

[119] No todo lo que veremos en los capítulos venideros podrá enmarcarse en las coordenadas de la democracia, sino que aparecerán también diferentes movimientos, utopías y formas políticas que pugnaron por trascenderla (y encorsetarla) y que igualmente tuvieron en el extrarradio su primer campo de pruebas.

CAPÍTULO 3. LA LEY EN LA CALLE O LA LEY DE LA CALLE. POLICÍA, TRANSPORTES Y CULTURA DE BARRIO EN LAS AFUERAS DE MADRID

Los moradores del suburbio se habían curtido en un largo historial de luchas. Primero habían sido excluidos de la ciudad pensada por los poderes públicos y confinados más allá de la frontera fiscal. Después habían sufrido el abandono de un municipio incapaz de surtir a la barriada de los servicios urbanos más elementales. Debido a todo ello, debido al rechazo y a la incomparecencia de las autoridades, los vecinos tomaron las riendas de su destino y diseñaron su espacio de vida conforme a sus necesidades o sus nociones de lo justo o lo legítimo. Este orden propio se manifestaba en asuntos tan triviales como el nombre asignado a las vías y caminos o las prácticas solidarias para salvar la falta de infraestructuras, pero también se expresaba en el uso cotidiano que se hacía de la calle como espacio público regido por criterios bien distintos a los imperantes en el corazón de la ciudad. Buen ejemplo de ello era el aprovechamiento económico de los corrales y patios de las casas, los juegos callejeros de esos niños sin escuela ni maestro o el gusto de los vecinos por juntarse a disfrutar, charlar o protestar al aire libre.

El desfase entre lo que los gobernantes deseaban y lo que los vecinos realizaban en su día a día fue fuente de innumerables conflictos a medida que Cuatro Caminos y Tetuán crecieron y se integraron en el área de influencia metropolitana. Los cronistas entonces dirigieron su mirada sobre los suburbios y desarrollaron un género que hizo carrera en la prensa del momento: el del intrépido redactor que tomaba un tranvía rumbo a la periferia, exploraba sus rincones con afán detectivesco y regalaba a sus lectores relatos a medio camino entre la repulsa por las formas de vida que observaba y la fascinación por la naturalidad con que allí se desenvolvían toda clase de comportamientos censurables. En sus historias, las afueras parecían el vergel de la anarquía circulatoria, un amasijo de olores y sonidos más propios del mundo rural que de una urbe europea, el último refugio de los furtivos, los traperos o las vendedoras ambulantes. Guiados por un lenguaje más frío que el de los periodistas, también los comisarios de policía dejaron constancia en sus partes diarios de las actividades al filo de la ley que menudeaban en el extrarradio. El vecino del interior estaba más domesticado por los límites impuestos por la arquitectura, el trazado de las calles o los reglamentos. En cambio, los habitantes de los barrios apartados despertaban cada vez mayores dolores de cabeza en lo que a conductas cotidianas y normas de urbanidad se refería. En las afueras se hacía un uso libre y extenso del espacio público similar al que los sectores más desfavorecidos habían realizado durante siglos en los barrios populares de las ciudades más pobladas[1].

Garantizar el cumplimiento de las ordenanzas y la sujeción a las pautas de comportamiento de la sociedad liberal en los suburbios se volvió una obsesión para los funcionarios municipales. Así lo atestiguan, por ejemplo, los informes sobre conflictos y detenciones en las distintas zonas de la capital que Millán de Priego, recién nombrado

[1] David GARRIOCH: *The Making of Revolutionary Paris*, Berkeley, UCP, 2002; José A. NIETO: *Historia del Rastro. Los orígenes del mercado popular de Madrid, 1740-1905*, Madrid, Vision Net, 2004; Maurizio GRIBAUDI: *Paris, ville ouvrière. Une histoire occultée, 1789-1848*, París, Découverte, 2014; Álvaro PARÍS: *Se susurra en los barrios bajos. Policía, opinión y política popular en Madrid, 1825-1827*, Tesis Doctoral, Madrid, UAM, 2015.

director general de Seguridad, encargó a sus subordinados en la primavera de 1921. El asesinato de Eduardo Dato y la incipiente escisión comunista en el seno del PSOE llevaron a las autoridades a reforzar sus mecanismos de control y vigilancia. Los partes diarios elaborados aquellos meses muestran un retrato sumamente elocuente de lo que era posible ver o hacer en las calles del suburbio y, en consecuencia, también de aquello que las autoridades buscaban aplacar o reprimir. Aquellas semanas en Cuatro Caminos y Tetuán hubo pedreas entre muchachos que jugaban en descampados, accidentes de tranvía e insultos a los conductores, atropellos de automóviles a ciclistas o a peatones despistados, mordeduras de perro y de vaca, timos de pícaros y jugadores de cartas, caza furtiva, venta ambulante, hallazgo de fetos abandonados, escándalos nocturnos provocados por el alcohol e incluso ensayos de sindicalistas con explosivos en unos desmontes alejados. Todo se hacía en la calle en mitad de un saludable desorden que era inherente al suburbio: corriente y conocido para sus moradores, pero fatigoso para los agentes responsables de velar por las buenas costumbres o para los nuevos medios de transporte que aspiraban a un tráfico fluido, veloz, recto y sin complicaciones[2].

Lo que para la policía era una infracción o un delito, para muchos vecinos era una estrategia de supervivencia (como la venta ambulante, la caza sin licencia o la crianza de animales), una práctica a la medida de su capacidad de movimiento (caminar por el centro de las calles, trasladarse en bicicleta) o una actividad de ocio acorde a sus posibilidades económicas (las pedreas callejeras, el juego, la bebida en la calle). Recordemos incluso cómo el matute aparecía ante los ojos de los habitantes de las afueras como una respuesta lícita a los abusos y arbitrariedades de la frontera fiscal. La periferia madrileña era un espacio heterotópico, una suerte de *contrasitio* del orden liberal en el que en cierta manera se vivía bajo códigos sociales y culturales alternativos[3]. Desde antaño los vecinos habían sentido que aquella ciudad popular levantada con el sudor de su frente les pertenecía, que allí podían vivir o actuar a su aire en función de sus deseos o necesidades, sin rendir cuentas a nadie. Ante la endémica falta de presencia institucional la costumbre se hizo ley sobre el terreno. Sin embargo, ahora que Madrid se asomaba al mundo y lucía orgullosa sus teatros, sus hoteles y su arquitectura modernista, aquellas formas de vida resultaban una engorrosa molestia para los paladines del progreso. Por ello, en las calles de la periferia se libró a lo largo del primer tercio del siglo XX una dura batalla entre los intentos de regular la vida suburbana y la fiera defensa de sus hábitos consuetudinarios emprendida por los vecinos.

Al objeto de valorar hasta qué punto los proyectos de modernización urbana y tecnológica gozaron de genuino respaldo popular y fueron tan poco discutidos como suele afirmarse, en lo sucesivo se analizarán los dos conflictos más comunes y persistentes en las calles de las afueras: los desatados por el incremento de efectivos policiales encargados del gobierno de las conductas en el espacio público y los ocasionados por el desarrollo tecnológico y la motorización de un área que era puerta de entrada y salida de personas, mercancías y transportes. Enfrentamientos aparentemente prosaicos a vista de pájaro pero absolutamente centrales en la experiencia diaria de unas gentes poco acostumbradas a compartir las calles en que vivían con guardias, tranvías o

[2] AHN, Gobernación, Serie A, Leg. 46A, Exp. 11.
[3] La heterotopía en Michel FOUCAULT: "Of Other Spaces", *Diacritics*, 16 (1986), pp. 22-27.

automóviles y que pronto se sintieron avasalladas. Los choques que estos encuentros inesperados motivaron eran reflejo de un debate a gran escala por aquello que se podía decir o hacer en un espacio público que apenas tenía huellas de poder urbano. En todos estos estudios de caso se tratará de proyectar una mirada etnográfica que permita reconstruir en sus propias coordenadas culturales el significado que los individuos del suburbio otorgaban a sus prácticas cotidianas en la calle y a las transformaciones, vividas como invasiones, que las alteraron. Mas lejos de mostrarlos como víctimas sin agencia de un plan arrollador o como una fastidiosa rémora de otros tiempos, en las siguientes páginas se pondrá especial énfasis en cómo los hombres y mujeres de Cuatro Caminos y Tetuán asumieron, contestaron o cabalgaron una serie de cambios que solo hoy sabemos que terminaron por imponerse pero que entonces, y especialmente para ellos, poco tenían de inevitables. Era una lucha por el espacio físico y material, por el entorno de vida[4]. Detengámonos primero en el rechazo a la autoridad.

1. El ejército de la irreverencia. Vendedores ambulantes, niños y borrachos

Uno de los rasgos que diferenciaban la vida en los suburbios de la del corazón de la ciudad era la venta ambulante. A excepción de El Rastro y de las vías próximas a los mercados como el de la Cebada o el de los Mostenses, el comercio callejero estaba perseguido en Madrid[5]. Las razones de esta prohibición eran tanto de tipo económico, por la competencia desleal que los vendedores irregulares suponían para los industriales con tienda fija, como de tipo higiénico o estético, por la cantidad de desperdicios y desechos que esta actividad generaba. En los suburbios, en cambio, la tolerancia hacia los mercadillos callejeros había sido mucho mayor debido a la ausencia de una verdadera vigilancia sobre el extrarradio que permitiera a las autoridades hacer cumplir sus reglamentos. Pero esta realidad poco a poco estaba expirando ante el aumento de los funcionarios de orden público y el perfeccionamiento y profesionalización del cuerpo.

Una mañana de enero de 1922 una brigada de guardias urbanos realizó una redada contra la venta informal en la glorieta de Cuatro Caminos. Nada fuera de lo común. Aquel día la operación se saldó con la detención de Antonio Pérez Morro, un joven de 25 años que subastaba naranjas subido a un pequeño carro. Cuando la policía hizo acto de presencia los vendedores cesaron su actividad y se retiraron a la espera de una mejor ocasión. Todos menos Antonio, que plantó cara a los representantes de la autoridad y se enzarzó con ellos en una acalorada discusión. Esa, al menos, era la versión oficial, la que justificaba su arresto. En cambio, para el vendedor de naranjas, vecino de la calle Garibaldi, en Tetuán, los hechos habían sucedido de manera muy distinta. En su declaración ante el juez instructor de Chamberí, Antonio Pérez defendió su inocencia y señaló con el dedo acusatorio las prácticas policiales. Según afirmaba, aquella mañana estaba voceando sus productos cuando se le aproximó un policía que, "en vez de indicarle que se retirase de allí en buenas formas, lo verificó dándole varios empellones a presencia de todo el público" y le llevó consigo a comisaría. Durante el trayecto,

[4] Jane JACOBS: *Muerte y vida de las grandes ciudades*, Madrid, Capitán Swing, 2011.

[5] Ni siquiera en esos lugares se libraban vendedores y consumidores del hostigamiento de las autoridades o el estigma público. Véase José A. NIETO: *Historia del Rastro II. La forja de un símbolo de Madrid, 1905-1936*, Madrid, Vision Net, 2007.

denunciaba Antonio Pérez, el agente no paró de injuriarle ni de maltratarle, lo que hizo que en un principio se resistiese a acompañarle, aunque finalmente terminara haciéndolo a regañadientes. Negaba eso sí, cualquier tipo de desobediencia o altercado. Tras la declaración de Antonio Pérez, compareció Francisco de Gabriel, el policía implicado. El agente rechazaba todas las insinuaciones y dibujaba un relato de acontecimientos sensiblemente distinto. Indicaba que la oposición del comerciante callejero fue tan tenaz que precisó del auxilio de una pareja de la Guardia Civil para conducirlo a dependencias policiales. Pero lo más humillante para el expresado agente fueron los insultos que Antonio Pérez le habría lanzado en tono bien audible y a la vista de todo el mundo: "que no tenía cojones, que no valía para nada no siendo con el uniforme y que iba a cortarle el cuello".

Ante la división de pareceres, el juez instructor llamó a declarar a diferentes testigos, transeúntes unos y guardias otros. Para los primeros, vecinos de la barriada, el vendedor no solo no había cometido ninguna indisciplina, sino que había sufrido las agresiones del guardia, que incluso había llegado a sacar su arma reglamentaria para amedrentar al detenido. Una mujer que afirmaba haber presenciado toda la disputa hablaba de que el policía se había dirigido a los vendedores con "malos modales y empujones" y los había tachado de "estafadores", lo que soliviantó los ánimos de los naranjeros y verduleros. Resulta llamativo contrastar el lenguaje empleado por esta vecina con las declaraciones de los restantes guardias. Uno de ellos señalaba que Antonio Pérez se la tenía jurada a su compañero Francisco desde hacía tiempo y que aquella mañana gritaba "que no iba a la comisaría aunque le hicieran pedazos […] y que dicho individuo no cesaba de amenazar a su compañero y al que habla diciéndoles que ya se vería con ellos cuando no llevasen el uniforme"[6].

Al margen del conflicto concreto y de quien llevara la razón, lo relevante del caso del vendedor Antonio Pérez y el guardia Francisco de Gabriel tenía que ver con los distintos usos que las personas hacían de la calle en el suburbio y las derivadas percepciones que cada grupo social tenía de lo que en ella se podía hacer. Por un lado, los testimonios de los agentes revelaban una mirada compartida que bien podía deberse a una fidelidad corporativa pero también a una noción clara sobre las relaciones de poder en el espacio público y la importancia del cumplimiento de las normas. Por su parte, los vecinos que presenciaron la trifulca cerraron filas en sus declaraciones y presentaron al vendedor ambulante como una víctima del despotismo policial. En sus palabras se puede advertir un *sentido común* de extrarradio con el que se interpretaba de manera natural, inmediata y colectiva cuanto acontecía[7]. No en vano, los traperos, las amas de casa o los obreros de las afueras tenían poderosos motivos para considerar de los suyos a los comerciantes irregulares. A la cuestión de la vecindad y el conocimiento mutuo frente a la condición de extraños de unos guardias que patrullaban sus calles pero residían en el centro de la ciudad, se sumaban dos factores relacionados con la vida suburbana. En primer lugar, los vendedores ambulantes desempeñaban un papel fundamental en la distribución de productos a bajo coste para una población con altas tasas de desempleo y escasos ingresos que, desde luego, no podía permitirse los

[6] AGA, Justicia (07) 041.002 Caja: 888.
[7] Clifford GEERTZ: "El sentido común como sistema cultural", en *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*, Barcelona, Paidós, 1994, pp. 93-116.

elevados precios de los mercados del interior. El tendero con puesto fijo y horarios limitados tenía que pasar controles de calidad e higiene y satisfacer además determinados impuestos, lo que incrementaba el precio final de los artículos. Por el contrario, el vendedor de las afueras, que ponía su carro aquí o allá en función de la demanda o sus necesidades y que no pagaba impuestos ni sabía de horarios o inspecciones, podía ofrecer a los consumidores género asequible si birlaba la vigilancia policial. Los vendedores informales eran, así, amigos de la economía familiar de los más humildes, mientras que el celo de las autoridades se alzaba como una amenaza para el consumo popular. En segundo lugar, además de cumplir una función esencial para la reproducción de la comunidad, la venta informal era una salida recurrente en tiempos de penurias y parvedad, especialmente en invierno, cuando las obras de construcción que daban trabajo a buena parte de los vecinos de la periferia se interrumpían por las lluvias y el frío. Ante la necesidad de llevarse algo a la boca o de completar los irrisorios salarios cualquiera podía terminar subastando por las esquinas las cuatro verduras que cultivara en su huerto, la chatarra encontrada en la basura de las casas ricas o las piezas obtenidas de la caza furtiva. En definitiva, Antonio Pérez podía ser el hijo o el hermano de cualquiera. No costaba ponerse en su piel. Sentir sus nervios, su rabia o su inquina.

El universo de prácticas y valores de la gente corriente de la barriada estaba alejado de las referencias o preocupaciones de un tendero. Ya vimos con el caso del impuesto de consumos y la protesta popular contra los industriales concertados que las gentes del suburbio no se andaban con paños calientes cuando sus intereses diferían de los de la clase comercial. Pero, en esta ocasión, la disputa entre los vendedores ambulantes y la policía iba más allá del simple pleito entre el comercio organizado y el desregulado y apuntaba directamente a quién tenía la legitimidad para imponer su orden en las calles de la barriada, si los representantes de una autoridad urbana sentida como lejana o los vecinos a los que esta había dejado tirados y de los que solo parecía acordarse para recaudar sus tasas o embridar sus comportamientos. Desde el punto de vista de los vecinos, al menos de aquellos que prestaban testimonio en los sumarios judiciales o protagonizaban encontronazos similares al de Antonio Pérez Morro con la policía, el asunto no parecía ofrecer demasiadas dudas. Años de abandono les habían hecho sentirse dueños de su presente y hasta legisladores cotidianos de su futuro. La venta irregular era para ellos una actividad legítima y digna de respeto. Cualidades que, sin embargo, no se les reconocía a esos policías que atentaban contra las reglas no escritas del extrarradio, perseguían sus estrategias de supervivencia o proscribían su concepción de las calles como espacio de intercambio e interacción colectiva. Aquellos resentimientos venían de largo. Los policías sabían bien la fama que tenían en la barriada y tal vez por ello buscaran reforzarse mutuamente en sus declaraciones o actuaran de manera más expeditiva para torcer así cuanto antes la resistencia de los vecinos. Estos, por su parte, habían acumulado a lo largo de los años experiencias y más experiencias en que la policía no se ponía de su lado. En la barriada cualquiera recordaba cómo los guardias habían frustrado siempre a última hora el ajusticiamiento popular de los *consumeros* o habían echado en falta su presencia cuando las bandas de *apaches* se llevaban los volátiles y sembraban el terror entre el vecindario. Los policías, funcionarios de aquella ciudad que les había dado la espalda durante décadas, carecían de crédito o consideración como para decir a los moradores de la periferia cómo tenían que vivir.

Ciertamente, había todo un imaginario de ida y vuelta que el papeleo judicial puso sobre el tapete. Para el policía, el vecino insultaba, desafiaba con arrogancia y amenazaba con dirimir las cuestiones de orden público como se hacía en las calles, a cara descubierta y sin uniforme. Sus órdenes en las afueras parecían ser incumplidas sistemáticamente. Para el habitante medio de Cuatro Caminos o Tetuán, el policía pegaba, abusaba de su poder, era impertinente y maleducado y, en última instancia, arrestaba a capricho, o en virtud de un código que no reconocían, a los jóvenes de la barriada. El hecho de que hasta los años veinte el suburbio no contara con su propia comisaría (los testigos y acusados se recrean en sus comparecencias en las vejaciones infligidas en la calle Santa Engracia, ya en el ensanche, camino del cuartelillo de Chamberí) suponía, además, que los detenidos pasaran noches de cautiverio lejos de sus hogares y sin poder brindar a sus familias las pesetas diarias que tanto necesitaban.

La redada de aquella mañana de enero de 1922 fue una escaramuza más en medio de un conflicto interminable por la regulación de la calle en el extrarradio. Una gota de agua en un océano. Junto a los motivos avanzados anteriormente, de índole fiscal, higiénica o estética, fue común que las autoridades o gentes de orden adujeran un último argumento, muy en boga entre la clase liberal europea, para estigmatizar la venta ambulante: el relacionado con la movilidad y el control de los cuerpos en la gran ciudad. A lo largo del siglo XIX en ciudades industriales como Londres o Manchester se erigieron grandes mercados que acabaron con la mezcla indeseable e imprevisible de los antiguos pasajes comerciales, tenidos por lugares de transgresión, promiscuidad cultural y caos. Entre cajones de verdura, carros procedentes del campo y puestos callejeros de pescado los individuos ponían en entredicho los discursos legitimadores del orden, comentaban los asuntos locales distendidamente y franqueaban, a veces incluso sin pretenderlo, las fronteras sociales supuestamente normativas. En los nuevos mercados acristalados, con casetas fijas, precios ajustados y horarios establecidos por la autoridad todos esos temores eran conjurados[8].

Para las elites liberales la circulación de mercancías, la clarificación de las funciones de cada espacio y el tránsito ordenado de multitudes eran componentes esenciales del gobierno de la ciudad. Debido a ello, la administración local comenzó a dedicar cada vez mayores recursos a la regulación de la vida urbana allí donde menos obediencia despertaban sus medidas o donde más margen parecía haber para que los sujetos hicieran usos no canónicos del espacio público, esto es, en las calles del naciente extrarradio. Sus vías eran el hábitat de la indeterminación, un auténtico obstáculo al tráfico, un embrollo para el movimiento. En pocos sitios como Cuatro Caminos se podía apreciar de manera tan nítida esa pugna entre cosmovisiones, hábitos arraigados y

[8] Los mercados y la ingeniería urbana de la "ciudad higiénica" que pretendía acabar con el desgobierno de la venta callejera en Patrick JOYCE: *The Rule of Freedom. Liberalism and the Modern City*, Londres, Verso Books, 2003. En sus palabras, estos puntos de confusión y alteración de la norma eran auténticos "espacios liminales". La amenaza social, económica, espacial y política al orden burgués en Marc BRODIE: "«Jaunty individualists» or labour activists? Costermongers, trade unions, and the politics of the poor", *Labour History Review*, 66 (2001), pp. 147-164; Stephen JANKIEWICZ: "A Dangerous Class: The Street Sellers of Nineteenth-Century London", *Journal of Social History*, 46 (2012), pp. 391-415. Una discusión de estas cuestiones para el caso de Valencia en Jorge RAMÓN ROS: "«Revoluciones» en la plaza del Mercado de Valencia. Usos políticos y producciones sociales del espacio (1882-1902)", texto inédito presentado en el Seminario "Lecturas del Mundo Urbano" de la Universidad Complutense de Madrid el 17 de enero de 2019.

expectativas asimétricas que fue también la modernidad. Sin embargo, la ofensiva ordenancista desplegada por el Ayuntamiento chocaba en ocasiones con las propias limitaciones del erario público. Así, en el caso particular de la venta ambulante, los liberales de la zona comandados por Ramón Pulido, el famoso pintor que tanto se había distinguido por reclamar servicios para la barriada, demandaron insistentemente la construcción de un mercado cerrado que pusiera coto de una vez por todas y para siempre a la vida de *aduar* de las afueras. El mercado, que recibió el nombre de San Antonio, llegaría por fin en 1919 tras años de presión de los notables en los periódicos[9]. Mas su apertura no consiguió erradicar la venta ambulante: Cuatro Caminos continuó siendo hasta la Guerra Civil un torbellino de lonas, sacos y cajones y, por ello mismo, un cuadrilátero en el que se batían, por un lado, los intereses de los vendedores ambulantes y los vecinos más precarios que los apoyaban, y, por otro, los del poder municipal y la pequeñísima aristocracia comercial de la periferia[10].

Ilustración. La carretera de Francia [Bravo Murillo] a la altura de Tetuán de las Victorias. Fotografía: *Nuevo Mundo*, 15 de septiembre de 1933.

[9] Luis DE LA CRUZ: "La periferia urbana madrileña: algo más que un ámbito subsidiario de la ciudad. Reconstruyendo su identidad (1868-1917)", en Sandra BLASCO, Carlos ADÁN, Alfonso BERMÚDEZ (eds.): *Identidades en transición*, Zaragoza, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Zaragoza, 2019, pp. 536-572.

[10] Las calles como cuadrilátero en Leif JERRAM: *Streetlife. The Untold History of Europe's Twentieth Century*, Oxford, Oxford University Press, 2011.

No es este el momento de detenerse en la descripción de las heridas abiertas en las afueras por la creación o el rechazo de un gran mercado de abastos. Basta con reseñar que la querella mostraba a la perfección que ni siquiera en las áreas de gran homogeneidad social como los suburbios existía una unanimidad de pareceres o valores. Dejando esta cuestión a un lado, lo que verdaderamente se busca en estas páginas es reflexionar en torno a la cultura irreverente labrada en el extrarradio, para la cual la experiencia de persecución, indisciplina y lucha por el espacio de los vendedores callejeros fue fundamental. La distribución ambulante e ilegal de productos en calles como Bravo Murillo o Marqués de Viana, dos de las más concurridas en la barriada, representaba, en primer lugar, un modelo de organización social y consumo alternativo al capitalista en ciernes. Para este modelo, practicado y vivido antes que pensado, las necesidades del común estaban por encima de la lógica comercial o la acumulación de beneficios[11]. Los vendedores ambulantes huían del paro y la pobreza y al hacerlo tendían puentes con la descarnada realidad de sus convecinos. El intercambio callejero de alimentos básicos hacía a expendedores y consumidores más conscientes de los problemas derivados de una modernización urbana que para ellos no había traído éxitos ni ventajas. Era casi una práctica de ayuda mutua. En segundo lugar, el trapicheo ambulante era un gesto rebelde pues garantizaba a quienes lo practicaban cierta independencia frente a los tradicionales pagadores de jornal, ya fueran estos los patronos o contratistas de obras públicas, ya el Estado o el municipio. Los vendedores ambulantes eran sus propios amos. En tercer lugar, los guiños de los testigos en las declaraciones y los procaces insultos lanzados a las fuerzas del orden por los detenidos proporcionan interesantes claves explicativas sobre el concepto que en las afueras se tenía de la calle como terreno colectivo. Las vías públicas del suburbio habían sido justamente eso, públicas, abiertas a un uso informal por parte de cualquier vecino. Ante la falta de un plan de urbanización desde arriba las calles habían sido el lugar donde mejor se expresaba el orden forjado desde abajo. Precisamente por ello los vecinos quizás vieran en el aumento de efectivos policiales un cierre del espacio comunitario, una privatización o prohibición de prácticas y costumbres que era tanto más insoportable cuanto que era ordenada por el mismo poder municipal que se desentendía de sus problemas cotidianos[12]. En cuarto y último lugar, los conflictos surgidos con la policía por la venta ambulante arrojan información interesante sobre la noción particular que en los suburbios se tenía de la libertad de actuación, la insumisión frente a la autoridad o la solidaridad, rasgos que serán de gran importancia para entender en los años treinta la expansión del anarquismo en la barriada[13].

---

[11] La "inmediatez de las prácticas" sobre el cálculo frío en Roger CHARTIER: *Espacio público, crítica y desacralización. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*, Barcelona, Gedisa, 2003, pp. 99-100. La comprensión del comercio como una actividad consagrada a satisfacer las necesidades del común por encima de la acumulación de beneficios en Edward Palmer THOMPSON: *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 2000.

[12] Una carta enviada al periódico *El Heraldo de Madrid* por Juan José Morato, político socialista residente en Cuatro Caminos, así lo confirma. La misiva acusaba al Ayuntamiento de buscar la muerte de los pobres con la represión del mercadillo ambulante de Bravo Murillo, al mismo tiempo que dejaba de proveer a la barriada de todos aquellos servicios de limpieza, educación, seguridad o urbanización que precisaba. Véase *El Heraldo de Madrid*, 21 de junio de 1918.

[13] La lucha de los vendedores ambulantes en los años treinta y su politización en sentido libertario en Chris EALHAM: "«La lucha por la calle»: la venta ambulante, la cultura de la protesta y la represión en Barcelona (c. 1930-1936)", *Ayer*, 81 (2011), pp. 173-205. La relación de la venta ambulante y la

Durante décadas los moradores de la periferia habían modelado su entorno sin pedir permiso a nadie. Los olores y sonidos del mercadillo ambulante habían sido parte consustancial del paisaje suburbano. Sin embargo, a medida que avanzaba el siglo un creciente número de sujetos uniformados, ajenos a sus estilos de vida, fiscalizaba paso por paso cuanto sucedía en las calles de la barriada. Frente a la imposición de normas externas los vecinos apostaban por la autorregulación; contra la calle regulada por ley defendían la ley de la calle. Una batalla que a veces tomaba la forma de resistencias cotidianas, evidentes en el caso del vendedor Antonio Pérez Morro (el desafío a la supresión de la venta, la desobediencia al mandato de la autoridad, el improperio y la mofa, la declaración cómplice)[14], pero que, en otras ocasiones, se escenificaba de manera más colectiva, disruptiva e inmanejable. Más inmediata. Más visible también a ojos del investigador. Es lo que sucedió la tarde del 31 de julio de 1916. Aquel día se había entablado una reyerta entre tres vendedores callejeros. Cuando las figuras del orden se presentaron en el lugar de los acontecimientos para evitar que el altercado llegara a mayores, los comerciantes irregulares, hasta entonces enfrentados, unieron sus fuerzas y cargaron contra los agentes y un marinero que les auxiliaba. En las calles de las afueras los conflictos entre iguales se resolvían sin intromisiones de personas ajenas a la comunidad. Si la riña venía originada por un asunto privado nada pintaba en ella la autoridad pública, debieron de pensar los contendientes. De hecho, según la prensa, la aparición de la policía fue tan determinante que Andrés Desteano, el vendedor de 18 años que más se había destacado en la pelea, "se puso como una fiera" en cuanto vio a los guardias y comenzó a insultarlos desaforadamente.

> A las muchas voces del dependiente acudió gran número de curiosos, y pronto, como ocurre siempre, los curiosos pusiéronse de parte de los alborotadores, y empezaron los gritos de "¡Que los suelten! ¡Fuera!", todo esto aderezado además con alguna que otra pedrada suelta. En vista de que el grupo de curiosos y las protestas aumentaban, y los guardias y el marinero no podían reducir a los tres reñidores, que se defendían como furias, el último de aquellos fue a buscar más guardias, acudiendo tres parejas más, y entre todos consiguieron, por fin, reducirlos a la obediencia. Los guardias, con los detenidos, emprendieron el camino de la Comisaría de Chamberí, siguiéndoles un gentío inmenso, que fue aumentando, pasando de mil las personas que en la calle de Bravo Murillo les seguían, gritando, y lanzando piedras contra los guardias y tratando de libertar a los detenidos[15]

Lo que para la prensa y la policía eran "alborotadores", para la multitud eran vecinos atacados y detenidos por practicar sus costumbres en la calle. Por eso miles de personas hostigaron a la comitiva policial por las vías del ensanche y trataron una y otra vez de liberar a los arrestados[16]. El recorrido era el mismo de las manifestaciones hacia

---

contienda política en Berlín en Molly LOBERG: *The Struggle for the Streets of Berlin. Politics, Consumption and Urban Space, 1914-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 2018.

[14] Véase su libro *Weapons of the weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*, New Haven and London, Yale University Press, 1985. También el concepto utilizado en capítulos anteriores de "infrapolítica de los grupos subordinados": James C. SCOTT: *Los dominados y el arte de la resistencia*, Tafalla, Txalaparta, 2003, pp. 257-280.

[15] *La Acción*, 1 de agosto de 1916. El subrayado es nuestro.

[16] Estudios para otras ciudades han mostrado cómo los rescates del vecino detenido fueron una táctica común de resistencia antipolicial. Véase David CHURCHILL: "«I am just the man for Upsetting you Bloody Bobbies»: popular animosity towards the police in late nineteenth century Leeds", *Social History*, 39 (2014), pp. 248-266, especialmente p. 253.

el interior de esa ciudad a la que responsabilizaban de su miseria y desventuras. La protesta exteriorizaba algunos de los ingredientes de la cultura política popular de los suburbios: la violencia punitiva y tumultuosa, la heterogeneidad de los sujetos participantes, la lucha por el territorio. Así, el motín se saldó con varios policías heridos, niños y mujeres detenidos como autores de la pedrea y la comisaría de Chamberí, como antaño ocurriera con el fielato o la casa de socorro, cercada por grupos amenazantes que buscaban impedir el traslado de los presos al juzgado. Aunque pudiera parecer que la regulación de la venta ambulante era una cuestión puramente administrativa, o de orden público si se quiere, lo cierto es que afectaba a las relaciones ordinarias en el espacio y definía trincheras políticas en el extrarradio. El policía, el guardia de seguridad o el alguacil eran la encarnación de un poder urbano que paradójicamente quería extender su ley por los mismos lugares a los que no había llevado sus servicios. Quizá por ello estas figuras se volvían rechazadas, no aceptadas o incluso odiadas. ¿Podía existir algo más político que el derecho al espacio público?[17]

Ilustración. Mujeres en una calle de Tetuán en 1925. Fotografía: Albert-Louis Deschamps.

Motines como el narrado fueron habituales desde que a principios de siglo el municipio comenzara a tomarse más en serio el gobierno de las conductas inapropiadas en la periferia. Tal vez el mejor ejemplo o el eslabón más antiguo de la larga cadena de agravios y conflictos fuera el periodo en que Luis Mazzantini, famoso torero que había

[17] Este ha sido un gran tema de debate en la historiografía sobre el radicalismo político en la Gran Bretaña del XIX. Véanse: Christina PAROLIN: *Radical Spaces. Venues of Popular Politics in London, 1790-c. 1845*, Canberra, ANUP, 2010; Katrina NAVICKAS: *Protest and the Politics of Space and Place, 1789-1848*, Manchester, Manchester University Press, 2016.

dejado los ruedos para dedicarse a la política municipal, estuvo al frente de la tenencia de alcaldía de Chamberí[18]. Entre 1907 y 1909 el otrora icono de las clases populares se convirtió en la bestia negra de las gentes del suburbio. Sus tácticas de control de la calle, a menudo calificadas de brutales e inhumanas por la prensa más escorada a la izquierda, pusieron contra las cuerdas a un enorme número de vendedores o jornaleros pobres que ocasionalmente se dedicaban al comercio informal. Los policías de Mazzantini patrullaban las calles repartiendo multas y porrazos a diestro y siniestro. Los vecinos de Cuatro Caminos, y también los del resto del distrito, se quejaron con frecuencia en los periódicos o formaron comisiones para entrevistarse con altos cargos de la administración, pero todos sus esfuerzos fueron en vano[19]. Mazzantini estaba decidido a acabar a cualquier precio con esa vida de *zoco marroquí* que tanto preocupaba a la elite liberal. A sus medidas impopulares Mazzantini sumaba, además, una actitud chulesca y personalista, heredada quizá de sus tiempos en el albero, que exasperaba los ánimos de la barriada. El teniente de alcalde gustaba de pasear con la cabeza bien alta por esas calles recién purgadas de hábitos indecorosos. Sin embargo,

> lo mismo que al ver a Garibaldi, hombres, mujeres y niños le señalan con el dedo, así al ver a Mazzantini todos le miran, le apuntan, luego le siguen turbas de chiquillos, aunque a distancia, porque creen que está hidrófobo, y dicen: ¡ese es, ese es!, ¡ahí va Mazzantini repartiendo multas, quitando el pan a los pobres, atropellando también a los pobres, nunca a los ricos, eso no, que muerden![20]

Mazzantini podía tratar de reducir la venta ambulante a su mínima expresión, pero lo que no podía conseguir era la adhesión o admiración de sus gobernados, que lo increpaban a diario. El descaro, la insolencia y el escarnio fueron la respuesta de los Cuatro Caminos a tanta persecución. La ofensiva de Mazzantini contra el comercio callejero se inscribía en un plan global a escala urbana. También los vecinos de Hospital habían sentido en sus carnes las arbitrariedades de Párraga, el teniente de alcalde de dicho distrito. La atmósfera en todo Madrid estaba muy caldeada. Las chispas saltaban con cada nuevo atropello, que alcanzaba gran resonancia gracias a la atención que dedicaban al asunto los medios de comunicación. En este contexto, la Sociedad General de Vendedores Ambulantes llamó a la movilización a todos los madrileños. En su manifiesto tildaba de "tiránicas y ridículas" a las autoridades, personalizadas en los susodichos Mazzantini y Párraga. La asociación convocó dos actos, uno en el corazón de la ciudad, en el local que los republicanos tenían en Horno de la Mata 7, y otro en Villa Constancia, en la finca de Canuto González, sensible siempre a las reivindicaciones de los vendedores callejeros a pesar de su condición de tabernero[21].

En un momento en que prácticamente toda la ciudad estaba en pie de guerra contra las nuevas ordenanzas, significativamente los vendedores ambulantes se inclinaron por realizar únicamente un mitin en la franja central de la urbe y otro en Cuatro Caminos, donde la disputa cobraba mayor intensidad y donde vendían y vivían buena parte de los perjudicados por el acoso policial. No importaba que

[18] AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Lista de los señores concejales del Excmo. Ayuntamiento de esta M. H. Villa y Corte de Madrid constituido con los elegidos en noviembre de 1905 y mayo de 1909*, Madrid, Imprenta Municipal, 1909.
[19] *El Intransigente*, 17 de junio de 1907.
[20] *El País*, 20 de junio de 1907. El subrayado es nuestro.
[21] *El País*, 5 de julio de 1907.

cuantitativamente la población del extrarradio aún fuera pequeña en comparación con la de toda la metrópolis. La clave del conflicto, así parecían percibirlo tanto las autoridades como los vendedores, residía en el extrarradio. En las calles largo tiempo desatendidas de las afueras la gubernamentalidad liberal encontraba sus límites de manera mucho más palmaria que en el interior. La ineficacia de los gestores municipales, y con ello el margen para la aparición de contraórdenes u órdenes alternativos al oficial, se había hecho clamorosa tan pronto como la ciudad comenzó su despegue metropolitano. Sin duda, no era lo mismo gobernar una comunidad o suma de comunidades bien soldadas por la cercanía, la dependencia o el conocimiento mutuo, que una sociedad con nuevos espacios, gentes diversas y actividades y dinámicas incontrolables. Los vendedores sabían que el futuro de su causa se libraba en los suburbios y qué mejor lugar para mandar un mensaje rotundo a las autoridades que aquel merendero que simbolizaba la unidad, la solidaridad y la lucha de los vecinos contestatarios. A fin de cuentas, al defender la legitimidad de la venta ambulante y de las lógicas comerciales no capitalistas, los sin nombre de la periferia desafiaban una manera de entender las relaciones sociales y protegían su entorno de vida contra la plaga de estigmas, leyes extrañas y reguladores uniformados que lo amenazaban.

La oposición a la policía era un componente más, acaso fundamental, de la cultura del suburbio. A primera vista podría parecer que esta animadversión era la típica de un vecindario de aluvión como Cuatro Caminos, formado en su mayoría por inmigrantes recién llegados, trabajadores de baja cualificación, parados, traperas y gentes de mal vivir. Según ese esquema, serían precisamente la anomia y el desorden de la gran ciudad los responsables de los comportamientos irreverentes y las prácticas delictivas de los habitantes de las afueras. En sintonía con los trabajos de los primeros psicólogos sociales como Le Bon o Tarde, la marginalidad, la pobreza o la ausencia de una verdadera organización social explicarían las actitudes violentas contra los cuerpos de seguridad. Sin embargo, lejos de hacer buenas estas teorías, las declaraciones en sede judicial o las noticias periodísticas muestran la racionalidad y la lógica interna que había tras esos sucesos. La continua interferencia de los agentes en las escenas cotidianas era percibida como no deseada ni bienvenida. Había un fondo de experiencias y significados compartido por los hombres y mujeres del suburbio respecto de los policías. No se trataba, por tanto, de que en Cuatro Caminos siguieran anclados en una cultura tradicional, que sus moradores no consiguieran adaptarse a los ritmos y exigencias de la moderna vida urbana o que el barrio aún no hubiera alcanzado esa madurez y respetabilidad que supuestamente eran la meta final de toda colectividad obrera que se preciara. Siguiendo a David Churchill, creemos más bien que la clave para comprender la cultura antiautoritaria de los suburbios tiene mucho más que ver con la solidez de sus formas sociales o antropológicas que con una fragilidad endémica derivada de su falta de modernidad o integración urbanas. Seguramente la insolencia y el desacato ante la policía en Cuatro Caminos guardaran íntima relación con el fuerte sentido de territorialidad que había conferido a la barriada el haber crecido a espaldas de la ciudad liberal, con la percepción que muchos habitantes tenían de ser los creadores del extrarradio y con la creencia popular en una serie de rasgos o normas no escritas sobre lo que era correcto o pertinente hacer en la calle. Según David Churchill, quien hace esta reflexión para las actitudes antipoliciales en los márgenes urbanos de Leeds a finales del siglo XIX,

> el crecimiento de comunidades más asentadas y establecidas probablemente reforzó las sospechas sobre los foráneos y, en particular, sobre las figuras de la autoridad. La formación de barriadas autosuficientes y volcadas sobre sí mismas [como eran los suburbios de Madrid] sustentó aspiraciones a una autonomía comunal en varios campos de la vida social y, en consecuencia, promovieron respuestas hostiles a los representantes de la autoridad, incluidos policías, funcionarios sanitarios [recordemos aquí los motines mencionados contra los bomberos] o los inspectores escolares. Uno podría argumentar que las localidades de las afueras de Leeds que aquí se examinan -que tuvieron un sentimiento de distinción respecto de la ciudad- fueron peculiarmente afectadas por estas tendencias excluyentes: de hecho, un claro sentido de distinción local fue un factor de resistencia de muchas pequeñas localidades a la extensión de la Policía de Leeds hacia su área metropolitana en las décadas de 1840 y 1850. Incluso las sospechas más amplias contra el Estado, más allá de los encuentros diarios con la autoridad, hundían sus raíces en la cultura asociativa de la clase obrera, que se esforzó para suplir al Estado a través de soluciones colectivas a los problemas sociales [igual que en Cuatro Caminos]. Así, los encontronazos con la policía bebían de una cultura de ayuda mutua y asociacionismo -por mucho que estos ideales fueran puestos en práctica de manera imperfecta- que apuntalaban la idea de que la mayoría de los aspectos de la vida diaria en las calles debían permanecer ajenos al control policial[22]

Desde mediados del siglo XIX, las condiciones de hacinamiento, pobreza y desempleo estructural en los barrios más degradados de las grandes ciudades de Europa y Norteamérica hicieron de la calle el coso central de la vida popular. Cuanto más desangelada era un área, cuantas menos dotaciones y servicios ofrecía, más se volcaban sobre el espacio público sus moradores[23]. Así, en suburbios como Cuatro Caminos y Tetuán, la calle fue la sala de estar de la gente corriente. Lo exiguo e insalubre de las viviendas invitaba a que buena parte de la sociabilidad tuviera lugar en el exterior. La propia geografía de la barriada ayudaba a ello. Debido a la construcción incompleta y por etapas, casi a brochazos, del extrarradio, las modestas edificaciones y los talleres del tres al cuarto convivían con enormes solares, caminos, desmontes y descampados que se convirtieron en el escenario privilegiado de las andanzas de los niños de la periferia. Desde primera hora de la mañana y hasta las últimas luces del día una horda de muchachos colonizaba los espacios vacíos dejados por una urbanización caótica.

Las crónicas periodísticas y los expedientes judiciales de la época abundan en las rutinas de los chiquillos de la barriada: partidos de *foot-ball* improvisados, peleas a pedradas entre bandas rivales, juegos en los desmontes, carreras entre los puestos ambulantes y alguna que otra broma pesada a los transeúntes. Las calles de las afueras eran un medio en el que los muchachos se manejaban con soltura, descubrían los secretos de la vida, disfrutaban de la libertad o ganaban sus primeras perras antes de entrar de lleno en el mercado laboral. Mas encontrar ocupación en el extrarradio, donde casi todos los empleos eran precarios e irregulares, era una difícil misión. Por ello junto

[22] David CHURCHILL: "«I am just the man for Upsetting you Bloody Bobbies»: popular animosity towards the police in late nineteenth century Leeds", *Social History*, 39 (2014), pp. 257-258. Tanto la traducción como el subrayado son nuestros.

[23] Gareth Stedman JONES: *Outcast London. A Study in the Relationship Between Classes in Victorian Society*, Oxford, OUP, 1971; Christine STANSELL: "Women, Children and the Uses of the Streets: Class and Gender Conflict in New York City, 1850-1860", *Feminist Studies*, 8 (1982), pp. 309-335.

a los niños, las calles estaban atestadas de jóvenes parados que rondaban los 13 o 14 años y deambulaban de un lado a otro sin rumbo fijo. Eran esos a los que los reformadores sociales y los sectores biempensantes llamaban "golfos"[24]. Unos días rebuscaban en la basura alguna fruta o bagatela que poder vender, otros se ofrecían como recaderos o aprendices o cuidaban los animales de algún vecino[25]. Entre medias quedaban numerosas horas muertas que se convirtieron en terreno abonado para el esparcimiento callejero o el despliegue de pequeños ilegalismos populares con los que garantizar la subsistencia: timos a paseantes incautos, juegos de azar, caza furtiva en los cercanos montes de El Pardo o recolección clandestina de hortalizas y leña en las ricas fincas rurales que había al este del suburbio. Su mera presencia en las calles, sin producir ni consumir, era ya motivo de sospecha para la policía[26].

Si la morfología suburbana se prestaba al desarrollo de este tipo de actividades, las causas que hacían posible esa vida callejera obedecían a razones materiales bien concretas. En la periferia norte de Madrid apenas había escuelas, por lo que muchos jóvenes de la barriada llegaron a la edad adulta sin haber tenido nunca contacto con la educación católica o los mitos, valores y lecciones civiles de la enseñanza estatal[27]. A esta situación había que añadir la triste realidad de unas familias consagradas casi por entero a la aventura de la supervivencia, lo que borraba las distinciones entre una esfera pública masculina y una doméstica y encargada del cuidado de la prole, femenina. En el extrarradio muchos niños danzaban a su aire, buscaran trabajo o no, porque no tenían quien los vigilara. Las madres del suburbio, como las del resto de la ciudad, solían consignar un escueto "sus labores" cuando rellenaban la casilla de ocupación laboral en las hojas de empadronamiento. La historiografía sobre el mundo del trabajo ya ha mostrado sobradamente cómo esta etiqueta ocultaba infinidad de prácticas no formalizadas, casuales, o incluso regulares, que suponían un ingreso imprescindible para la economía familiar semana tras semana[28]. Sin embargo, dejando a un lado el subregistro de la actividad femenina, que por necesidad había de ser mucho mayor en el Madrid jornalero que en los barrios acomodados más próximos a la moral burguesa, lo cierto es que en el suburbio había un buen número de mujeres que hacían vida lejos de sus hogares. Mientras que en las zonas de ensanche o casco antiguo la figura femenina más común era la sirvienta interna, alojada en casa de sus señores, en el extrarradio dos eran las fuentes principales del trabajo femenino. Por un lado, las jóvenes criadas que

[24] Constancio BERNALDO DE QUIRÓS, José María LLANAS AGUILANIEDO: *La mala vida en Madrid. Estudio psicosociológico con dibujos y fotografías del natural*, Madrid, Rodríguez Sierra, 1901.

[25] Aún en los años cuarenta esa seguía siendo la realidad de muchos niños pobres de Tetuán y Cuatro Caminos. Así lo refleja un pequeño libro dirigido a niñas escolares, aparecido en 1944. Josefina ÁLVAREZ DE CÁNOVAS: *Maribel. La niña de suburbios*, Madrid, Casimiro Morcillo, 1944. El librito trata las desventuras de Maribel, una niña de Tetuán que hace la vida en la calle y se dedica a la rebusca.

[26] La vida de los jóvenes en la barriada en Luis DE LA CRUZ: "Mera, hombre de las afueras", texto pendiente de publicación. Agradezco a su autor la consulta. Los ejemplos mencionados son los más habituales en los fondos judiciales custodiados en AGA, Justicia (07) 041.002 y 003.

[27] Hasta 1913 las escuelas de Cuatro Caminos eran de iniciativa católica o privada. Véase María del Mar POZO ANDRÉS: "Desarrollo del proceso de escolarización en una gran ciudad: el ejemplo madrileño del barrio de Cuatro Caminos en el primer tercio del siglo XX", en VV. AA.: *Escolarización y sociedad en la España contemporánea (1808-1970)*, Valencia, Editorial Rubio, 1983, pp. 347-363.

[28] La bibliografía al respecto es inagotable. Baste con citar dos referencias, Jane HUMPHRIES, Carmen SARASÚA: "Off the Record: Reconstructing Women's Labor Force Participation in the European Past", *Feminist Economics*, 18 (2012), pp. 39-67; Cristina BORDERÍAS: "La reconstrucción de la actividad femenina en Cataluña circa 1920", *Historia Contemporánea*, 44 (2012), pp. 17-47.

dormían en la periferia pero acudían a diario a servir a la ciudad. Por otro lado, las trabajadoras manuales como las gorreras, las planchadoras o las jornaleras. Este sector representaba el 30% del empleo femenino en Cuatro Caminos y más del 60% en Tetuán, mientras que apenas alcanzaba el 10% en el resto de la urbe. Además, el número de mujeres comerciantes en el extrarradio era mayor que en el conjunto de la ciudad. Ello no obedecía a una mayor prosperidad de su vida industrial. La razón residía en que muchas de las mujeres que declaraban estar al frente de un negocio en las afueras eran traperas o cacharreras, trabajos que desempeñaban habitualmente en la calle. De un modo u otro, las mujeres de la periferia tenían demasiados quehaceres y demasiado lejos de casa como para poder echar un ojo a los hijos que quedaban en la barriada.

Clasificación sociolaboral de las mujeres de Cuatro Caminos y Tetuán en 1905

Categorías profesionales	% Cuatro Caminos	% Tetuán
Profesionales liberales	1,09	0
Empresarias	1,09	0
Empleadas y funcionarias	0	4,17
Comerciantes y dependientas	6,01	8,33
Servicios personales, domésticos y de seguridad	59,56	25
Agricultura	2,73	0
Trabajadoras manuales no eventuales	9,29	0
Trabajadoras manuales eventuales	20,22	62,50

Tabla. Trabajadoras de Cuatro Caminos y Tetuán en 1905. Mujeres mayores de 14 años. Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1905 y AVM, Secretaría, Padrón Municipal de Habitantes de Chamartín de la Rosa de 1905.

Clasificación sociolaboral de las mujeres de Madrid en 1905

Categorías profesionales	% Mujeres
Profesionales liberales	2,61
Empresarias	0,71
Empleadas y funcionarias	0,22
Comerciantes y dependientas	3,53
Servicios personales, domésticos y de seguridad	82,68
Agricultura	0,17
Trabajadoras manuales no eventuales	7,68
Trabajadoras manuales eventuales	2,39

Tabla. Trabajadoras de la ciudad de Madrid en 1905. Mujeres mayores de 14 años. Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1905[29].

[29] Los datos de Madrid en Rubén PALLOL, Santiago DE MIGUEL, Luis DÍAZ: "HISCO en Madrid: una propuesta metodológica para el estudio de los mercados laborales en el pasado", *Revista de Demografía Histórica*, 32 (2014), pp. 103-144.

Ilustración. Niños en una calle de Tetuán en 1925. Fotografía: Alfonso.

Como consecuencia de todo ello, las calles del suburbio fueron calles mayoritariamente pobladas por niños mal vestidos o jóvenes desempleados que desafiaban con sus prácticas y usos despreocupados del espacio público el correcto movimiento de pasajeros, vehículos y mercancías, así como los cánones de buena conducta que los gobernantes querían extender por todo Madrid. Un ejemplo permitirá observar a ras de suelo los caracteres precisos que podía adoptar este conflicto entre mozos de la barriada y guardias urbanos. El 25 de agosto de 1918 un grupo de

muchachos jugaba al "cané" (un juego de cartas y apuestas) en unos desmontes de la calle Tenerife, una vía a medio hacer ubicada al oeste de Bravo Murillo. Puesto que la policía tenía órdenes de reprimir los juegos de azar callejeros, una pareja de agentes intentó sorprenderlos, pero los jugadores se olieron la emboscada y huyeron a toda prisa. Los guardias los seguían a la carrera, apenas unos metros detrás.

> Como aquellos se vieron alcanzados, lanzaron algunas piedras contra los del casco para que cesaran en su persecución, pero estos, por el contrario, arreciaron en su carrera hasta lograr darles alcance. Entones los guardias tiraron de sable, y sin piedad, descargaron numerosos golpes contra los mozalbetes, que no habían hecho otra cosa que tratar de ahuyentar a sus perseguidores. En la refriega resultaron varios lesionados […] siendo asistidos los tres lesionados en la Casa de Socorro de aquella barriada por los doctores Durrill y Villa. Un numeroso grupo de personas que, indignadas, habían presenciado la brutal agresión de los guardias, siguió a estos por las calles que conducen a la Casa de Socorro insultándoles y arrojando numerosas piedras. El público quedó estacionado ante el benéfico establecimiento, continuando su protesta, que iba adquiriendo caracteres muy violentos. Hubo necesidad de llamar por teléfono a la Comisaría para que enviaran fuerzas ante el temor de que los protestantes lograran asaltar la Casa de Socorro. De aquel centro policiaco enviaron a diez o doce parejas de guardias, y después de grandes esfuerzos pudieron lograr que el público se calmara y que terminara la protesta. Nuevamente, al bajar a los heridos a la Comisaría para que prestaran declaración los grupos se rehicieron y volvieron a empezar en su protesta, teniendo los guardias que intervenir otra vez[30]

Igual que sucediera con la venta informal, los muchachos de la barriada estaban acostumbrados a hacer cuanto quisieran en las calles sin que nadie los importunase. La calle había sido siempre su hábitat natural, un terreno regido por sus propias normas. Ante la ofensiva de restricciones y prohibiciones, los jóvenes no entendían por qué debían ocultar o alterar unas conductas que no entraban en colisión con la moral popular o las experiencias de sus mayores. Para las autoridades, en cambio, aquellos hábitos eran algo que se debía domesticar. Los pícaros, los apostantes o los holgazanes eran una rémora de aquel Madrid de majos y chisperos que se quería dejar atrás a toda costa. Y así, tan pronto como los guardias desenvainaron sus sables supieron que ya no habría vuelta atrás. El conflicto estaba servido. Los muchachos repudiaron la intromisión de los uniformados del mismo modo que rechazaban la injerencia de alguna pandilla rival en las calles bajo su control: a pedrada limpia contra el invasor. Los vecinos, seguramente conocidos de los implicados, tomaron partido como tantas otras veces por la gente del barrio y dejaron claro con sus insultos, sus embestidas y su asedio a la casa de socorro a quiénes pertenecían las calles de las afueras y quiénes según ellos no pintaban nada en ellas. En actitud tumultuosa y armados con aquello que encontraban a su paso, hombres y mujeres trataron de nuevo de impedir esa condena por anticipado que era que unos de los suyos tuvieran que pasar una quincena en los calabozos o testificar ante un juez. El hecho de que los funcionarios municipales se vieran forzados a pedir refuerzos del interior de la ciudad era un nuevo triunfo de la autorregulación popular y sus formas de vida y una muesca más en el imaginario fronterizo que se estaba forjando en torno a los Cuatro Caminos. Un mundo aparte e irreductible que, a

[30] *El País*, 26 de agosto de 1918. El subrayado es nuestro.

ojos de los gobernantes de la Restauración, se resistía al bautismo civil con uñas y dientes. En sus antípodas mentales, para estos muchachos que habían hecho de la calle una auténtica institución social, los vientos ordenancistas que soplaban al otro lado de la frontera presagiaban que el crecimiento de la ciudad, el desarrollo de su sistema de transportes y el impulso de sus dinámicas económicas se harían a costa de los espacios libres, comunitarios y casi vírgenes de rastro policial que aún había en los suburbios.

Las calles de la periferia habían sido desde su nacimiento un mundo de niños. Retrocedamos un poco en el tiempo y recordemos cómo en la introducción de esta sección contamos que un día de verano de 1904 las hijas de Canuto González hicieron burlas y cánticos contra los frailes de Nuestra Señora de las Maravillas, que se encontraban almorzando en el jardín de su finca, en Bravo Murillo. Hartos de lo que en un lugar como Cuatro Caminos podía ser el pan nuestro de cada día, algunos religiosos la emprendieron a escobazos con las chiquillas. Clara y Modesta, aterradas, huyeron despavoridas al merendero de su padre, donde se reunía la flor y la nata de los republicanos y librepensadores de la barriada. Entre vinos Canuto se enteró de la suerte que habían corrido sus hijas y entró en cólera cuando vio venir tras ellas a sendos guardias de seguridad, vestidos de paisano, que querían arrestarlas por el incidente. En aquel momento de confusión en que los representantes del orden social pretendían llevarse por la fuerza a las niñas del tabernero, los más de 200 parroquianos que calmaban su sed en casa de Canuto montaron un formidable tumulto contra las figuras de la autoridad. Por ese motivo Canuto y su esposa se sentaron en el banquillo de los acusados en un juicio del que saldrían absueltos año y medio después y en el que fueron defendidos por el prestigioso abogado y diputado republicano Emilio Menéndez Pallarés. Durante el juicio, los agentes debieron de mencionar, pues así lo recogía la crónica de tribunales, que las hijas de Canuto se habían mofado de ellos por la calle y que esa había sido la causa de su intento de detención. Contemplado todo el proceso, y dando por bueno el testimonio de los policías no en tanto que realidad incontrovertible, sino como *realidad posible*, conformada con retazos de experiencias pasadas o con los imaginarios y pánicos morales disponibles, lo cierto es que los agentes habrían experimentado en primer lugar una afrenta gratuita de parte de unas niñas que ya venían de ofender a los frailes, y, en segundo lugar, un severo correctivo popular cuando trataron de imponer su mando en la fonda de los díscolos y los revolucionarios[31]. La cultura de extrarradio de los Cuatro Caminos, aquella en la que crecieron miles de niños que serían jóvenes y adultos en los años treinta, era descarnadamente irreverente y antiautoritaria y eso había de dejar un poso tanto en los sujetos que la practicaban y actualizaban como en los policías que vigilaban sus calles.

Un nuevo ejemplo, vinculado al alcohol, nos permite dar el salto al último tipo de enemigos irreverentes con los que alguaciles, guardias y serenos tuvieron que vérselas en las calles del suburbio: bebedores, borrachos y alborotadores nocturnos. La madrugada del 21 de marzo de 1921 unos jóvenes recorrían la barriada de Cuatro Caminos armando gran jaleo. Alertada por el bullicio, una pareja de guardias de seguridad los llamó al orden infructuosamente. Lejos de obedecer, los muchachos comenzaron a hacer burlas y chanzas contra la policía. Se formó entonces una reyerta.

[31] *El País*, 10 de agosto de 1904, *La Época*, 25 de noviembre de 1905, *La Correspondencia de España*, 27 de noviembre de 1905.

Los agentes trataron de capturar a los bromistas y estos contestaron otra vez como ya era tradición en las afueras: arrojando contra los guardias una lluvia de cantos y piedras que había en las inmediaciones. Las calzadas a medio hacer y las obras que nunca terminaban se convertían en momentos como ese en los mejores aliados de los jóvenes de la barriada, en su depósito particular de armas, en su arsenal. La fuerza pública respondió a balazos. Como resultado de la refriega, Julián Rodríguez de la Mata, uno de los juerguistas, resultó herido con pronóstico reservado, mientras que el guardia 1383 tuvo que ser asistido por las lesiones producidas por las pedradas[32]. Patrullar por Cuatro Caminos incrementaba las posibilidades de salir escaldado si no se tomaba en suficiente consideración los ritmos o hábitos naturalizados entre sus gentes. Daba la sensación, además, de que estos intentos de meter en cintura o hacer entrar en vereda a los individuos del suburbio no hacían más que acrecentar el descaro ante unas autoridades tenidas por extranjeras. Por su parte, para aquellos que no tenían los recursos suficientes como para disfrutar en espacios privados o regulados, la pobreza que durante años les había lanzado a las calles se convertía en su condena ahora que en ellas tampoco imperaban las viejas reglas comunitarias.

El incidente se repetía una y otra vez, por lo que muchos debían de pensar que llovía sobre mojado. En 1903 todo el barrio anduvo excitado por un fuerte encontronazo de algunos vecinos con la policía. Pascual Carrasco regresaba ebrio a su casa cuando fue detenido y conducido de malas maneras a la comisaría de Chamberí. Las personas que pasaban por la calle en ese momento protestaron contra la policía y entre ambos grupos se intercambiaron palos y agresiones[33]. Años después, en 1908, Diego Riu, joven también residente en Cuatro Caminos, llevaba unas copas de más cuando le sorprendió un chaparrón y acudió a refugiarse a la sala de espera del modesto cinematógrafo que había entonces junto a la glorieta. Comoquiera que se mostrase arisco ante las advertencias del personal del establecimiento, dos agentes "lo sacaron arrastrando y le propinaron allí mismo una paliza formidable, hasta el extremo de romper sus bastones sobre el desdichado Riu, que pudo, al fin, huir y milagrosamente salió ileso de ocho disparos de revólver". Al día siguiente, no obstante, fue detenido y acusado, falazmente según la prensa, de haber blandido una navaja ante los policías. El juicio atrapó la atención de la opinión pública por la desprotección en que se encontró Diego Riu, víctima de un montaje, y, sobre todo, por encargarse de su defensa Eduardo Barriobero y Herrán, famoso abogado y literato republicano federal, cercano a Canuto y a otros revolucionarios de la barriada y omnipresente en todas sus aventuras sociales, culturales o educativas[34]. Una disputa en una calle perdida de un barrio de mala muerte a horas intempestivas podía convertirse en materia de debate político si contaba con los padrinos adecuados y, desde luego, Eduardo Barriobero era uno de ellos. Los problemas de los sin nombre se catapultaban así a la arena política merced a la intermediación de esos líderes revolucionarios que había en el suburbio y que cada vez encontraban más audiencia en el conjunto de la ciudad. Al margen del asunto Riu, estos casos dejaban un recuerdo imborrable en las mentes de los vecinos y ayudaban, poco a poco, a que se fuera tejiendo una narrativa común sobre la brutalidad policial que afloraba en actos instantáneos como hacer frente a los guardias para evitar una detención o tirarse al suelo

[32] *La Acción*, 22 de marzo de 1921.
[33] *El País*, 3 de agosto de 1903.
[34] *El País*, 9 de octubre de 1908.

por las calles del ensanche para impedir que las fuerzas de seguridad los llevaran a comisaría[35].

El extrarradio no podía empañar la buena imagen que se estaba consiguiendo ofrecer del viejo casco antiguo. Desde luego no se trataba de que en las calles sinuosas que nacían de la Plaza del Progreso o en los alrededores de la calle de la Montera no hubiera conflictos de similar cariz. La diferencia estribaba en la presión que las elites detentadoras del poder público habían puesto sobre unas y otras zonas para extirpar los comportamientos considerados no respetables. El corazón de la ciudad fue aquellos años objeto de una firme vigilancia que afectó a los horarios de tabernas y cafetines, a la exhibición impúdica de la prostitución o a la persecución del escándalo público. La Gran Vía y la Puerta del Sol no podían ser un recipiente lustroso de comportamientos canallescos o indecorosos sino que, con la faz, habían de cambiar también los vicios y modales de los madrileños que surcaban el centro urbano[36]. Alejado de los anuncios luminosos y los últimos estrenos teatrales, Cuatro Caminos era el último rincón en aquel Madrid que miraba a Europa. Sin embargo, su condición periférica le hacía ser la puerta de acceso norte a Madrid, el punto por el que entraban numerosos viajeros, comerciantes y curiosos. La primera impresión que se llevasen de la capital estaría mediada por aquello que vieran en el extrarradio. Para unas elites que se reivindicaban pedagogas del buen gusto y las normas de urbanidad, pocos espectáculos más lamentables había que el de esos sujetos embriagados que molestaban a los vecinos decentes, armaban follón en las tabernas o hacían sus necesidades en el espacio público. Por eso, a partir de los años de la Gran Guerra, cuando la dinámica poblacional explotó y los suburbios se convirtieron en el motor social del nuevo Madrid, la presencia policial se multiplicó en sus calles al objeto de civilizar a sus moradores. El desarrollo de la prensa de masas y los adelantos tecnológicos, como la fotografía, permitieron a los habitantes del Madrid liberal conocer con más hondura el rostro de ese extrarradio deslavazado. En la peor de las caricaturas sus inquilinos eran aquellos que estaban desde luego fuera de la ciudad, apartados del sistema económico, al margen de la red educativa, y ajenos también a las pautas de convivencia y moralidad. Gentes dispuestas a enfrentarse con la autoridad sin ton ni son. Aquellos, por tanto, más necesitados de aprender lo que significaba ser parte de la moderna sociedad urbana[37].

Precisamente por eso, porque ya había un sedimento antiautoritario en la barriada, no siempre fue necesario que los vecinos estuvieran infringiendo alguna ordenanza para que se desencadenara una colisión con la policía. A veces incluso el conflicto era

[35] Ambas reacciones aparecen en un caso de 1918 en el que Julia Salanova, una vecina que había reñido con el dueño del café Chumbica, en la glorieta de Cuatro Caminos, por negarse a pagar la cuenta, y que se resistió con todas sus fuerzas a la detención. Al parecer primero agredió a los policías con una llave y, posteriormente, cuando era conducida a comisaría se hizo numerosas heridas al arrojarse al suelo para evitar ser llevada al centro policial. AHN, Audiencia Territorial Criminal de Madrid, Leg. 240/1, Exp. s/n.

[36] Rubén PALLOL, Cristina DE PEDRO: "Madrid Nightlife, Between the Cosmopolitanism and Leisure Globalization and Social Transgression", comunicación presentada a la *European Association of Urban History 2018*, Roma, 2018; Rubén PALLOL: "La lucha por la respetabilidad en el espacio urbano. Madrid, 1900-1936: clase media, ocio popular y control del espacio público", comunicación presentada al *IX Congreso de la Asociación de Historia Social*, Oviedo, 2019.

[37] Sobre este imaginario social para los barrios deprimidos del sur de Madrid, véase Fernando VICENTE: "Barrios negros, barrios pintorescos. Realidad e imaginario social del submundo madrileño (1860-1930), *Hispania Nova*, 12 (2014); Fernando VICENTE: El *Ensanche Sur, Arganzuela (1860-1931): los barrios negros*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2015.

inducido por los propios vecinos. Así, por ejemplo, en diciembre de 1909 Ceferino Costozo y Antonio Blanco entraron en un establecimiento de comidas de Cuatro Caminos y pidieron ese vino "que despachan en algunas tabernas y que la gente del bronce conoce con el significativo título [de] «el de pegar guardias»". Animados por el alcohol causaron tal bronca que el dueño llamó a un agente, quien llegó "con el propósito de hacer respetar su autoridad; pero Costozo y Blanco, lejos de reconocerla, emprendiéronla a bofetada limpia con el agente, que vióse negro para detenerlos y evitar que la cosa pasara a mayores"[38].

Los odios contra la policía podían emerger en enfrentamientos casi provocados y disruptivos, como el mencionado, pero también podían aflorar de manera mucho más casual en el transcurso de algún encontronazo no premeditado. En esos choques imprevistos era donde mejor se podía ver el sustrato antropológico sobre el que descansaba el nervio antipolicial de la periferia. Aquellos clichés o prejuicios sordos, rumiados fuera del foco de cualquier fuente o documento histórico, y que, de pronto, se manifestaban ante una detención o una injusticia. Esas ocasiones eran la prueba más palpable de que el descaro ante unas autoridades no reconocidas como tales era toda una cultura en el suburbio, la cultura de la irreverencia.

En noviembre de 1913 los acomodadores del teatro Hernani expulsaron a un hombre borracho que atendía ruidosamente al desarrollo de una función. En la calle esperaban dos serenos, el 193 y el 195, que se lo iban a llevar arrestado. En esa circunstancia, el individuo se revolvió contra los vigilantes de la siguiente forma: "¿Serenitos a mí?" y a continuación propinó una sonora bofetada a uno de los serenos antes de ser víctima de los palos de sus captores[39]. Las frases irónicas y desafiantes o las acusaciones y sospechas estaban a la orden del día. En otro caso, Julia Salanova, la vecina embriagada que disputó con sus llaves contra un policía y que se revolcó por el suelo para evitar ser conducida a comisaría, no cesó de dirigir "mil improperios a los agentes de la autoridad tales como «canallas» o «ladrones»"[40]. En términos similares se expresaba un tabernero de Almansa 19 que fue sorprendido dando de beber a su clientela pasada la hora estipulada de cierre. Tal y como figuraba en la denuncia, al parecer el procesado, Celestino González, opuso "tenaz resistencia a que [los guardias] penetraran en el local, dándoles con la puerta en la cara y cogiendo con ella la mano de uno de los guardias". Tras acudir refuerzos y ser detenido, el tabernero llamó a voces a los vecinos para que acudieran a socorrerle (como hemos visto que era tan común) e insultó tanto a los agentes de policía como a la guardia civil con el apelativo de "canallas". Muy distinta era la versión del procesado. En su declaración negó haber tenido abierto su despacho de alcohol y afirmó haber sido víctima de abusos policiales cuando salió a abrir la puerta en paños menores. Más significativo aún del *habitus*[41] compartido en el barrio hacia la policía era que Celestino afirmara que los guardias le

[38] *ABC*, 2 de diciembre de 1909.
[39] *La Correspondencia de España*, 24 de noviembre de 1913.
[40] AHN, Audiencia Territorial Criminal de Madrid, Leg. 240/1, Exp. s/n.
[41] Pierre BOURDIEU: *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1998. Este concepto ya ha sido utilizado con anterioridad. Con él se hace referencia a una mirada compartida sobre el mundo, un esquema de obrar y pensar asociado a la posición social (y barrial también en este caso).

exigieron dinero si quería que le dejasen en paz[42]. Real o no, se trataba de un recurso habitual enraizado en las creencias populares sobre lo que la ciudad y sus delegados eran capaces de hacer para imponer su orden en la barriada. Los policías aparecían de este modo como sujetos sin escrúpulos ni miramientos. Violentos, extraños, embusteros, canallas, ladrones, extorsionadores. Imágenes que no dejaron de circular en las calles del suburbio entre rumores de vecindad, burlas en la taberna y vivencias de primera mano. Los policías se habían ganado el recelo de la población en un barrio en que la confianza personal y la oralidad eran los ejes sobre los que se articulaban las relaciones sociales. Para muchos pobladores de las afueras los guardias eran sujetos no bienvenidos a su sala de estar[43].

Unos últimos ejemplos permitirán recalcar la idea de lo trivial pero profundamente asentado de los prejuicios antipoliciales en el suburbio. El primero vuelve a estar relacionado con el mundo del disfrute nocturno y su regulación mientras que el último, ocurrido en un tranvía, permitirá dar el salto al siguiente apartado del capítulo. Una noche de verano de 1922, aprovechando el buen tiempo, un grupo de vecinas se reunió a charlar a las puertas de su portal, ubicado en los números 124-126 de Santa Engracia, prácticamente en la misma glorieta de Cuatro Caminos. Según su declaración, pese a estar divirtiéndose sin armar barullo, un sereno se les aproximó de malas maneras e injurió a una de ellas acusándola de ser "una de tantas putas de las que habitan en la casa". Sus maridos, que no andaban lejos, se acercaron ante el escándalo que había comenzado a montarse. Entre las voces se pudo escuchar bien audible el comentario inflamado de uno de ellos: "si hace eso con mi mujer le mato aquí mismo". Tal vez aquella bravata o su orgullo herido bastaran a Antonio Miñones para agredir al sereno y hacerse acreedor de una denuncia. Lo cierto es que ya era un viejo conocido de los representantes del orden, pues no era la primera vez que pisaba los juzgados. Años atrás ya había tenido abierta otra causa, también por atentado contra un agente de la autoridad. Lo interesante, más allá de ser un nuevo ejemplo de rebeldía antipolicial (si bien trufado en este caso de evidentes connotaciones de género en lo que aquel insulto tenía de infundio sobre su masculinidad y la dignidad de su mujer), era la disparidad de testimonios. Si para la pareja y sus amigos el suceso había transcurrido del modo en que ha sido narrado, para el sereno, el altercado no guardaba relación alguna con cuestiones de hombría, honra o dignidad y sí con otras bien concretas vinculadas al uso extemporáneo y bullicioso de la calle. Según sus palabras, tan solo se habría limitado a avisar a los grupos de vecinos de que era la hora del cierre de portales y no podían permanecer por más tiempo departiendo en la calle, lo que habría sido motivo suficiente para que comenzaran los insultos y agresiones contra él. Versiones antagónicas pero muy significativas de las disputas de diferente calado que había en juego en aquel extrarradio que se debatía entre la domesticación y los relinchos de libertad.

El segundo de los casos tuvo lugar a bordo de un tranvía que recorría la calle Bravo Murillo. Tal y como solía recoger la prensa, era costumbre para los jóvenes de Cuatro Caminos tomar los tranvías al asalto, ubicándose en la plataforma y apeándose

[42] AHN, Audiencia Territorial Criminal de Madrid, Leg. 6/2, Exp. 20. Significativamente la prensa recogió el suceso informando de que Celestino González había agredido a un agente que se entrometió en una pelea. Véase *La Acción*, 3 de noviembre de 1921.

[43] Otro ejemplo más de insultos a la autoridad tras una detención, ocurrido en 1919 y protagonizado por el vecino Emilio Labarga, en AHN, Audiencia Territorial Criminal de Madrid, Leg. 240/2, Exp. s/n.

pocas paradas después, eximiéndose, si así lo lograban, de efectuar el pago. Al margen del fraude recaudatorio, esta práctica implicaba también que la plataforma del tranvía tuviera exceso de aforo y los viajeros hicieran su trayecto más incómodos y apretados, lo que la policía perseguía con especial ahínco por ser este el escenario privilegiado de los muchos carteristas que hacían su agosto en los tranvías madrileños. Una tarde de 1922 Valentín Gómez Virado se subió al tranvía siguiendo los movimientos ya reseñados con la mala suerte de encontrar a bordo a un par de guardias de seguridad que le invitaron a bajar por estar ya llena la plataforma, cuestión por la que se montó una fuerte trifulca. Los implicados llegaron a las manos hasta que consiguieron reducir al viajero. Tal y como se deduce de los testimonios, el procesado hizo caso omiso a las órdenes policiales y, cuando uno de los agentes se quejó de la falta de espacio, dijo en alta voz "que si querían comodidad alquilaran un automóvil y comenzó a dar puntapiés y una bofetada" a los agentes. En su declaración, sin embargo, Valentín negó las acusaciones y afirmó "que no hubo más escándalo que el que pudo dar rogando que le dejaran ir a trabajar"[44]. En el magma general del que bebían protestas, testimonios y enfrentamientos, policías, serenos o guardias civiles eran fuerzas intrusas que no solo perseguían las conductas sancionadas por la costumbre sino elementos verdaderamente molestos desprovistos de todo vestigio de humanidad.

La pulsión por disciplinar los hábitos que se estimaban inadecuados no obedecía a un proceso oculto o a una conspiración fabricada en las altas esferas para vigilar de manera más sutil pero intensa la vida de las personas. Al contrario, como han mostrado los trabajos en torno a la gubernamentalidad liberal, no existió un camino de creciente perfeccionamiento de las técnicas de control social por parte del Estado sino una disputa entre diferentes y cambiantes concepciones sobre lo que era lo correcto, lo ético o lo aceptable al compás de las veloces transformaciones que tenían lugar en la sociedad urbana[45]. En el marco de esa conflagración, en el primer tercio del siglo XX emergió a la superficie un nuevo paradigma de gobierno de las subjetividades, los cuerpos y las conductas que generó desajustes entre los deseos de las elites y cómo en verdad se vivía, se utilizaba y se sentía la ciudad en las calles. Aunque uno de los propósitos de esta gubernamentalidad liberal era separar quirúrgicamente la política (definida por el conflicto entre ideales y cosmovisiones) de la administración de lo cotidiano (definida por el conocimiento experto, la gestión presuntamente aséptica y la preservación del orden público)[46], el resultado de su puesta en práctica fue una retahíla de sinsabores, problemáticas y frustraciones que, paradójicamente, hicieron de cuestiones aparentemente pedestres e insulsas como las analizadas en este apartado, asuntos que exigían un posicionamiento público y de los que se derivaba una identidad política. Al contrario de lo que parecería sugerir la historia de las culturas políticas, que toma por fuente principal escritos y discursos de cuya circulación y acceso poco se conoce, el desprecio hacia la policía, acto político, no manaba de una lectura reposada de la literatura antiautoritaria sino de chismes y prejuicios que encontraban sus orígenes en las experiencias cotidianas compartidas. Los conflictos de representaciones sobre lo

[44] AGA, Justicia (07) 041.002 Caja: 893.
[45] Patrick JOYCE: *The Rule of Freedom. Liberalism and the Modern City*, Londres, Verso Books, 2003.
[46] Simon GUNN: *Historia y teoría cultural*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2011, pp. 126-127.

sucedido, los gestos de solidaridad de los testigos o las reacciones instintivas ante cada choque son el mejor ejemplo de ello.

El despliegue de nuevas pautas de gobierno sobre el territorio de la periferia supuso una regulación, resignificación o acotamiento de sus espacios comunes y formas de vida, lo que extremó la postura tan extendida en los suburbios de ser algo diferenciado. No en vano, el contacto de los vecinos con la ciudad liberal, que ya estaba mediado por las luchas de la frontera y el abandono municipal, se siguió construyendo con nuevos materiales como la hostilidad e irreverencia diarias hacia sus representantes o la interpretación de las normas o valores ajenos al barrio como invasiones que exigían una respuesta. No fueron estas las únicas luchas emprendidas por los habitantes de las afueras. En las siguientes páginas se examinará cómo la motorización de las vías de Cuatro Caminos y Tetuán apuntaló todavía más la modernización capitalista de la ciudad y curtió el carácter de varias generaciones de obreros y sus familias. Las consecuencias de la expansión de los medios de transporte en los suburbios no se circunscribieron a la introducción de seres extraños en el ecosistema de la periferia, sino que llevaron aparejada la promoción de nuevas medidas llamadas a encauzar los comportamientos callejeros de las clases populares y a sustituir sus conductas más arcaicas por nuevos hábitos en línea con lo que se consideraba que era el progreso.

2. Una modernización a dos velocidades. Circular y vivir en unas calles atestadas de transportes[47]

Desde finales del siglo XIX el rápido crecimiento urbanístico y el consiguiente desarrollo de un sistema de transportes que facilitara la movilidad dejó tras de sí un reguero de accidentes que la prensa diaria registraba entre la indignación y la fría indiferencia de aquello que deviene rutinario. Cada mañana los madrileños despertaban con una nueva ración de percances protagonizados casi siempre por los nuevos amos de las vías públicas de la ciudad: tranvías, automóviles y motocicletas. A primera vista, cabría colegir que los choques no entendían de diferencias geográficas o económicas. Una sirvienta podía ser atropellada en una lujosa avenida del ensanche del mismo modo que un paseante distraído podía ser arrollado en una arteria comercial del centro. Los ciudadanos aún estaban aprendiendo a moverse adecuadamente entre la nueva fauna que colonizaba las calzadas, achicaba las distancias y alteraba las costumbres cotidianas. Pero, a pesar de que los siniestros se repartían uniformemente por todo el plano de la ciudad, había matices cualitativos que merecen ser destacados, pues no era lo mismo el tráfico rodado y cada vez más ordenado que tenía lugar en torno a la Puerta del Sol, el Paseo del Prado o los barrios residenciales de la burguesía que el sindiós que imperaba en los espacios abiertos de las afueras. Mientras que en las áreas más concurridas del corazón de la ciudad las mayores complicaciones tenían que ver con la congestión y las dificultades que los nuevos medios de transporte hallaban para circular por un caserío de callejuelas estrechas y serpenteantes, las barriadas periféricas tenían unos desafíos particulares de los que nos ocuparemos en este apartado: el impacto que la revolución

[47] Una primera aproximación a esta problemática en Carlos HERNÁNDEZ QUERO: "Cuerpos bajo el metal, piedras contra el tranvía. Tráfico rodado, cultura de barrio y conflicto en los suburbios del Madrid de entreguerras", *Crisol*, 5 (2019), pp. 85-112.

de las comunicaciones tuvo sobre los traperos y otras figuras centrales de la vida suburbana, el atractivo que el extrarradio ejerció sobre los primeros automovilistas del centro de la ciudad, las dramáticas consecuencias que trajo el nuevo sistema de transportes a una zona en la que los estilos de vida estaban tan volcados sobre la calle, y la inclinación de sus vecinos a la protesta ante estas novedades[48].

En primer lugar, estos núcleos periféricos eran la puerta de entrada de mercancías y personas en un momento en que Madrid estaba configurándose como una auténtica red metropolitana. La calle Bravo Murillo, por ejemplo, eje articulador del suburbio de Cuatro Caminos y Tetuán, era la antigua carretera que abandonaba la urbe por su flanco norte. Esta circunstancia garantizaba a todas horas un trasiego constante de automóviles y tranvías, pero también de carros y volquetes de traperos o vecinos de los municipios cercanos que se internaban en la gran ciudad para trabajar, intentar colocar sus productos o disfrutar de una oferta cultural de la que carecían en sus poblaciones. En la medida en que para realizar cualquiera de estas actividades tenían que desplazarse a las zonas más céntricas de la capital, donde estaban los mercados, los cinematógrafos y los centros de distribución de empleo, los habitantes del suburbio y zonas adyacentes no tenían más remedio que tomar estas grandes vías como Bravo Murillo, o como Santa Engracia, una vez alcanzada la divisoria entre el extrarradio y el ensanche, para poder llegar a su destino. El caos circulatorio que generaba la presencia de tan variados medios de transporte y de tan distintas velocidades era una fuente de continuas disputas.

Precisamente en la calle de Santa Engracia, inmediatamente pasada la glorieta de Cuatro Caminos, se produjeron una serie de atropellos y colisiones en las Navidades de 1921 que nos van a permitir efectuar una primera aproximación a los conflictos que desató en las afueras de Madrid la irrupción de vehículos eléctricos y a motor. En los últimos días de diciembre, el carretero Claudio Bustamante y su ayudante, ambos vecinos del barrio, sufrieron lesiones cuando el tranvía número 252 alcanzó a la mula que tiraba de su carromato. El golpe no solo provocó contusiones a Claudio y su acompañante sino que también produjo heridas en el animal, daños importantes en el carro y perjuicios menores en el tranvía, lo que motivó la apertura de una investigación por parte del Juzgado de Primera Instancia e Instrucción de Chamberí con el fin de determinar la responsabilidad del suceso y el eventual pago de los desperfectos. En el transcurso de dicha investigación, los diferentes implicados fueron llamados a prestar declaración ante el juez. Para el conductor del tranvía el caso era claro. Los dos carreteros habían cometido un cúmulo de imprudencias, pues no sólo no llevaban un farol que alertara a otros vehículos de su presencia al caer la tarde invernal sino que además iban despreocupados del rumbo que llevaba la mula, subidos ambos al carro y conduciendo por su derecha, en lugar de por la izquierda como les correspondía. El maquinista insistía en que sus repetidos avisos con la bocina no surtieron ningún efecto en los carreteros y que la mula, asustada, terminó invadiendo la vía destinada al tranvía y causando el fatal accidente. La versión de los carreteros, así como la de diferentes convecinos que comparecieron como testigos, era radicalmente diferente. Todos ellos coincidían en señalar que el conductor no tocó la bocina como estaba prescrito en esos

[48] Una visión global del "problema de la circulación" en las grandes capitales en Nuria RODRÍGUEZ: "La aparición del 'problema de la circulación' y los orígenes de la gestión del tráfico urbano en España, 1900-1936", *Historia Contemporánea*, 55 (2017), pp. 483-516.

casos. Además, afirmaban que el tranvía llevaba una velocidad excesiva y que el maquinista tampoco tocó el freno como era preceptivo, lo que fue causa de la colisión[49].

Ilustración. Caravana de traperos de regreso de Madrid.

Ilustración. Carros y tranvías comparten calzada en Tetuán en 1925. Fotografía: Albert Louis-Deschamps.

[49] AGA, Justicia (07) 041.002 Caja 868.

El caso es muy ilustrativo del tipo de enfrentamientos por los usos de la calle que había abierto el despliegue tecnológico. Independientemente de la resolución final del asunto, lo que nos interesa del mismo es el crudo modo en que plantea una batalla de legitimidades por lo que era apropiado o pertinente hacer en el espacio público. Para el tranviario, la responsabilidad recaía por completo en los encargados de guiar el carro. Era lo habitual en esta clase de procesos: los empleados de las empresas de transporte, ya fueran conductores ya cobradores, colgaban a traperos o carreteros el sambenito de la negligencia y la despreocupación. De sus testimonios se trasluce una mirada de recelo o antipatía sobre estas figuras tan representativas de las periferias pobres de las grandes ciudades, casi siempre descritas como ufanas en su comportamiento en la calle e irrespetuosas con la delimitación de los espacios estipulados para los transportes de gran velocidad. El correcto desarrollo de la moderna sociedad motorizada exigía como primera comunión que aquellos que no participaban de sus beneficios al menos reconocieran la primacía de los nuevos medios de circulación de masas y no transgredieran el rol marginal que pasaban a ocupar, cada vez más escorados hacia los bordes de la calle. Sin embargo, una característica fundamental de este conflicto por los usos del espacio fue precisamente la negativa de los *perdedores* de la modernización a reconocer las nuevas funciones y divisiones asignadas a las vías públicas.

Un nuevo suceso, ocurrido el 28 de diciembre de 1921, nos permite profundizar en la materia. Aquel día Guillermo Fernández y Emilio Heredia estaban cargando productos en su carro en la calle de Santa Engracia, de nuevo muy cerca de la glorieta de Cuatro Caminos, cuando según sus comparecencias les embistió por detrás el tranvía número 87, que había desatendido las reiteradas señales de advertencia que le habían hecho moviendo los brazos desde unos 200 metros de distancia. Personados en el juzgado, los tranviarios ofrecieron una explicación muy distinta de lo ocurrido. Según estos, tras tocar la campana el conductor, los carreros, que circulaban delante, "se echaron a reír", volvieron la cabeza hacia el tranvía desafiantes y terminaron por cruzar las vías originando el encontronazo. En esta ocasión, el único testigo disponible era un guardia civil, que corroboró el relato de los empleados del tranvía. Para el agente, los carreros invadieron las vías con un giro brusco en el curso de una maniobra de la que no habían dado aviso, todo lo contrario de lo que hizo el conductor, que pese al poco margen de reacción advirtió apresurado a los carreros para que despejaran la vía férrea. Frente a la conducta ejemplar del maquinista, los dueños del carromato eran descritos como imprudentes. Su actitud caótica e imprevisible era motivo de queja: se movían como si la calle fuera suya[50]. En verdad, al moverse libremente por la calzada, los porteadores o los carreros se comportaban de la misma manera que siempre. Era la sociedad la que se había transformado. La vida urbana se había hecho más compleja, el número de habitantes se había disparado y las calles de la periferia poco tenían ya que ver con aquellos caminos olvidados y no muy concurridos de finales del XIX.

El conflicto discursivo sobre lo ocurrido era manifiesto y obedecía, por una parte, a las consecuencias económicas que habían de afrontar los perjudicados en caso de ser hallados responsables del suceso y, por otra, al diferente modo de percibir el orden y lo que era lícito hacer en la calle. Arrieros o recogedores de basura tenían carromatos modestos, a veces incluso sin matricular, tirados casi siempre por una única mula, pues

[50] AGA, Justicia (07) 041.002 Caja 868.

más no se podían permitir. Como se puede ver en la documentación incorporada a los sumarios, una sentencia contraria a sus intereses, o incluso un sobreseimiento, que era lo más frecuente en este tipo de litigios, los condenaba a una espiral de desembolsos no previstos, desde los pagos al veterinario o la adquisición de un nuevo animal hasta las reparaciones del volquete en los talleres dedicados al transporte que no por casualidad abarrotaban el barrio. El riesgo de pasar de la precariedad a la más absoluta miseria era elevado.

Principales establecimientos dedicados a transporte o basuras en Cuatro Caminos

Tipo de negocio	Dirección
Trapería	Bravo Murillo 83
Trapería	Bravo Murillo 83
Cacharrería	Bravo Murillo 95
Taller de volquetes y transportes de tierra	Bravo Murillo 98
Cacharrería	Bravo Murillo 98
Cacharrería	Bravo Murillo 99
Cacharrería	Bravo Murillo 101
Cacharrería	Bravo Murillo 105
Taller de reparación de carros	Bravo Murillo 116
Pajería	Bravo Murillo 119
Trapería	Bravo Murillo 119
Trapería	Bravo Murillo 124
Cacharrería	Bravo Murillo 124
Pajería y trapería	Bravo Murillo 126
Almacén de hierros viejos	Bravo Murillo 147
Cacharrería	Artistas 1
Cacharrería	Artistas 5
Cacharrería	Artistas 31
Cacharrería	Artistas 35
Establecimiento de carros de alquiler	Ticiano 27
Trapería	Carnicer 1
Cacharrería	Guipúzcoa 2
Taller de coches	Pamplona 4
Trapería	San Germán s/n
Taller de coches	Istúriz s/n

Tabla. Negocios dedicados al transporte y al tratamiento de basura o chatarra en Cuatro Caminos en 1905. Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1905.

Pero además de estas cuestiones materiales, sus palabras ante el juez reflejan una interpretación compartida sobre la torre de Babel en que se había convertido la calzada del suburbio. De hecho, esta clave de lectura de la realidad parecía ampliamente extendida entre los residentes de Cuatro Caminos y Tetuán, fueran o no traperos o

carreteros. Y es que, como ya se ha visto, muchos vecinos tenían sus propias querellas cotidianas con las autoridades. En el suburbio parecía existir una sensibilidad común en favor de un aprovechamiento desacomplejado del espacio. Dentro de ese horizonte mental, los tranvías y los nuevos medios de transporte eran doblemente sospechosos en tanto que alteraban hábitos consuetudinarios en la calle y en tanto que sus tarifas muchas veces resultaban prohibitivas para los más humildes, por lo que no ha de resultar extraño que prácticamente sin excepción accidentados y vecinos cerraran filas en sus declaraciones y acusaran a los conductores de los tranvías de avasallar con su potencia e imponer la ley del más fuerte. La conquista de la libertad de movimiento era un camino de varias velocidades relacionado con la posición que se ocupaba en la ciudad, las formas de vida y el capital del que se disponía[51].

La experiencia de la desigualdad era incluso más sangrante en el caso de los automóviles. A fin de cuentas, a partir de los veinte el tranvía se popularizó y sus precios cada vez resultaron más accesibles para muchos vecinos del extrarradio que, sin embargo, no podían siquiera soñar con tener un coche particular[52]. El impacto de los vehículos a motor privados en las calles del suburbio fue inseparable de su condición fronteriza, pero también de la escasa atención que las autoridades prestaban a Cuatro Caminos y Tetuán. El olvido institucional había sido una constante desde los años de formación del extrarradio. En el contexto de las primeras ordenanzas que aspiraban a regular la circulación, dicho abandono adquirió tintes dramáticos. Mientras que en lo relativo a la presencia policial, la persecución de la venta ambulante o la proscripción de los juegos callejeros, los barrios apartados se convirtieron en el mayor quebradero de cabeza y en el principal objetivo de los poderes públicos, en lo referente al tráfico y el tránsito desde la segunda década del siglo XX los gobernantes concentraron todos sus esfuerzos en disciplinar el interior de la ciudad, que había de ser el escaparate de Madrid al mundo. La revolución de los transportes tenía sus propios ritmos y ante el descontrol total la primera urgencia era poner orden en la selva circulatoria de las arterias más importantes de la ciudad. Los conductores del centro, igual que los viandantes, habían de aprender cuanto antes normas básicas de urbanidad dignas de una ciudad auténticamente moderna, motivo por el cual un considerable número de alcaldes, técnicos municipales o jefes de policía se afanaron por enseñar a las muchedumbres cómo debían moverse en el corazón de la ciudad. Uno de los más famosos fue Millán de Priego, director general de Seguridad entre 1921 y 1923, para quien la limitación de la velocidad y la división nítida de los espacios de circulación se convirtió en verdadera obsesión. Con el objeto de frenar la sangría de atropellos y facilitar la comunicación en las áreas centrales de la metrópolis, Millán de Priego trató de hacer del interior un baluarte defendido a golpe de bandos, controles, minutos de interrupción del tránsito y multas ejemplarizantes. Mas fuera de la fortaleza, el extrarradio quedaba, de nuevo, desatendido. Allí no imperaban las normativas, sino su ausencia, lo que tuvo fuertes costes sociales para sus habitantes[53].

Así, en segundo lugar, las calles y extensos descampados del suburbio, fuera del radio de vigilancia, se tornaron en muchas ocasiones el lugar propicio para burlar los

[51] Otro ejemplo de complicidad entre carreros y testigos en AGA, Justicia (07). 041.002 Caja 909.
[52] Francisco Javier MONCLÚS, José Luis OYÓN: "Transporte y crecimiento urbano en España, mediados s. XIX-finales s. XX", *Ciudad y territorio. Estudios territoriales*, 107-108 (1996), pp. 217-240.
[53] Las medidas de Millán de Priego en *La Correspondencia de España*, 22 de abril a 7 de mayo de 1921.

límites de velocidad, hacer prácticas extremas de circulación o incluso mezclar gasolina, alcohol y diversión al amparo de la noche. Hartos, los residentes de la barriada solían formular quejas ante las autoridades, como una de 1907 en que los republicanos de Cuatro Caminos, comandados por Canuto González, demandaban al alcalde que "ordene que los automóviles regulen la marcha al pasar por las calles del barrio, para evitar las desgracias que a diario ocurren"[54]. Poco caso debió de hacerse a estas peticiones, pues los accidentes y atropellos fueron en aumento según crecía el parque automovilístico. Una noche de julio de 1917 un coche que circulaba con las luces apagadas cerca del Hipódromo "en dirección Madrid" (significativo reflejo del imaginario creado en torno a la frontera y de cómo esta era vivida por los habitantes de los suburbios) provocó graves lesiones al niño Ángel Sáez Muñoz, de siete años, que se encontraba jugando con sus amigos en la calle. Las distintas comparecencias permiten comprobar cómo, para los jóvenes adinerados de la ciudad, las afueras se convirtieron en un circuito ideal de entrenamiento y puesta a punto de sus vehículos. En esta ocasión el coche era guiado por Celestino Martín Sanz que, al parecer, estaba aprendiendo a conducir con un instructor veterano. Tras el atropello, conductor y copiloto intercambiaron sus posiciones y se dieron a la fuga con presteza ante el desconcierto de unos vecinos que indicaron al juez que lo sucedido entraba dentro de lo habitual, pues dicho automóvil atravesaba sus calles a gran velocidad cuatro o cinco veces al día. Progreso y desigualdad parecían circular de la mano[55].

Motociclistas y automovilistas fueron poco a poco adueñándose de las calles del extrarradio, muchas veces con el propósito de experimentar el vértigo de la velocidad. En marzo de 1922, por ejemplo, Enrique Ortega Carrión y sus amigos montaban en moto a la altura del número 164 de Bravo Murillo cuando se llevaron por delante al niño Ricardo Bielsa, que trataba de cruzar la calle. El padre de la víctima, que asistió a los acontecimientos desde la puerta de la casa, indicó que la motocicleta llevaba una velocidad excesiva, que el conductor se abstuvo de tocar la bocina y que ni el sentido ni el número de ocupantes del vehículo cumplían el reglamento. El fenómeno debía de ser bien común en estas calles alejadas del centro, o al menos lo suficientemente frecuente como para que los vecinos de Cuatro Caminos no aceptaran impasibles su suerte y se atrevieran a plantear alternativas más racionales de utilización del espacio. Así, el padre se permitió enviar al juzgado un croquis de los distintos carriles y vehículos que discurrían por la calle de Bravo Murillo. En cierto modo, parecía sugerirse con este plano, el suceso no había sido tanto casual como algo corriente en la vida del suburbio. Solo unos días después las autoridades modificaron las ordenanzas y se dictaron nuevas medidas sobre el sentido de la marcha que debían llevar los vehículos, que ya no

[54] *El País*, 22 de mayo de 1907. En esta ocasión, al igual que sucedía con los escritos enviados a la prensa por las sociedades de inquilinos republicanos, en ningún lugar de los textos aparecía la condición política de los firmantes, que simplemente se presentaban como vecinos. Ya en el caso de las sociedades de inquilinos indicamos que esta práctica, lejos de obedecer a un error u omisión, podía ser una estrategia deliberada y consciente por parte de esos pequeños políticos del suburbio. Su predicamento o su legitimidad para hablar de cuestiones cotidianas y circulatorias parecía mayor en su calidad de vecinos que como miembros del círculo republicano de la barriada. Como ya se ha mencionado con anterioridad, no se debe olvidar que para las autoridades liberales asuntos como los atropellos o la vivienda escapaban de las divisiones partidarias. Por ello, seguramente fueran a ser mucho más receptivas ante una demanda aparentemente neutra o inocua de unos residentes cualesquiera que ante una solicitud de unos adversarios ideológicos que politizaran lo que había de ser materia de gestores.

[55] AGA, Justicia (07) 041.002 Caja 863.

podrían campar a sus anchas alegando desconocimiento de la normativa. Demasiado tarde, no obstante, para el pequeño Ricardo, que sufrió roturas en la tibia y el peroné[56].

La falta de vigilancia también estimulaba a los hijos de la clase media a hacer incursiones en las afueras a altas horas de la madrugada. En ese momento se producía el encuentro de dos mundos, de dos tipos sociales que aunque residieran en el mismo municipio eran mutuamente extranjeros: el joven vividor que exploraba los confines de la noche en los márgenes de la aglomeración urbana y el trapero que se despertaba al alba y descendía sobre la ciudad a recoger sus sobras y desperdicios cuando la mayoría de sus inquilinos aún descansaba en el lecho. En un momento de conquista nocturna para el ocio, las horas finales de la madrugada eran el difuso umbral en que se confundían el placer y el deber, lo que añadía un interesante punto de mestizaje a unas calles que, de suyo, ya eran el paraíso de la indeterminación. Entre las 5 y las 6 de una mañana de marzo de 1922 tuvo lugar uno de esos encuentros, más bien encontronazos, con ese otro extraño que habitaba la ciudad. Como cualquier otro día, los Sánchez, dos traperos de la zona del Asilo de la Paloma, en el extremo oeste del suburbio, iniciaban su ruta de recogida de basuras en las calles de Castilla y Bravo Murillo. A esas horas aún había poco trabajo, por lo que el padre dejó las riendas del burro en las manos de su hijo Hilario, de 14 años, y se echó en la tartana a arañar unos últimos minutos de sueño. Poco después fue despertado por el seco impacto de una motocicleta contra su carro. Las declaraciones de los accidentados iluminan en este caso una concepción muy diferente no ya de lo que era justo o legítimo hacer en la calle, sino también del tiempo y su disfrute. Para el motorista el suceso había tenido lugar a las 5, cuando aún era noche cerrada, y había venido motivado por el descuido de los traperos, que circulaban por la mano contraria y sin faroles, de manera que no pudo advertir la presencia del carro hasta el instante mismo del choque. Los traperos, en cambio, eludían toda responsabilidad en un escrito dirigido al juzgado, disculpaban la ausencia de luces por ser las 6 y ser ya de día y recordaban que la motocicleta se movía a mucha velocidad. Además, reivindicaban ciertos derechos de costumbre sobre el espacio en que había tenido lugar el accidente por ser "su zona de recogida de basuras" y presentaban como testigos a un plantel de traperos del barrio, quienes expusieron que sobre la moto iban tres o cuatro personas, cantando y dando gritos en ambiente festivo y confiado[57].

Sucesos como el descrito formaban cada vez más parte de la cotidianidad de los trabajadores de escasos recursos. Los noctámbulos avanzaban ganando horas al día y apetecían de finalizar el jolgorio en los pulmones verdes de las afueras, como la Dehesa de la Villa, ubicada también en la parte oeste del suburbio. Allí seguramente se dirigía unas semanas después, sobre las 6:30 de la mañana del jueves santo, un grupo de jóvenes "en son de broma" en una calesa. Los juerguistas, afincados en el burgués barrio de Salamanca, no percibieron la presencia en la calle de Bravo Murillo de la burra de la trapera Bárbara Zamorano, que estaba bebiendo de una fuente pública. Pese a que la trapera y otros transeúntes pidieron a gritos que se detuviera la calesa, sus integrantes continuaron la marcha a una velocidad excesiva que fue mortal para la burra y severamente perjudicial para el porvenir laboral de Bárbara. Traperos y otras figuras subalternas del extrarradio experimentaban así un contacto descarnado con los vecinos

[56] AGA, Justicia (07) 041.002 Caja 871.
[57] AGA, Justicia (07) 041.002 Caja 890.

de las zonas "bien" de la ciudad, que pasaban por el barrio como turistas, visitantes o *flâneurs*. No solo es que los individuos del suburbio jamás pudieran permitirse una motocicleta o un automóvil particular, es que el choque adquiría tintes de clase. Por una parte, los vehículos privilegiados, guiados siempre por sujetos ajenos al barrio, a sus formas de vida y a sus reglas implícitas, se imponían por la fuerza pese a que en situaciones como la descrita "la calesa tenía sitio en la calle para pasar". Por otra, los daños causados eran incalculables para unos trabajadores precarios que vivían del día a día e inadmisibles en la medida en que la causa del atropello era un ocio a deshora que gente humilde como los traperos jamás se podía permitir. A veces, incluso, como en el caso que nos ocupa, esta relación tan turbulenta continuaba por vía extrajudicial, cuando los jóvenes pudientes hacían llegar a los afectados un dinero en compensación por las molestias, que nunca era suficiente y que tenía un tufo caritativo que lejos de solucionar el problema agrandaba la distancia entre estos dos mundos[58].

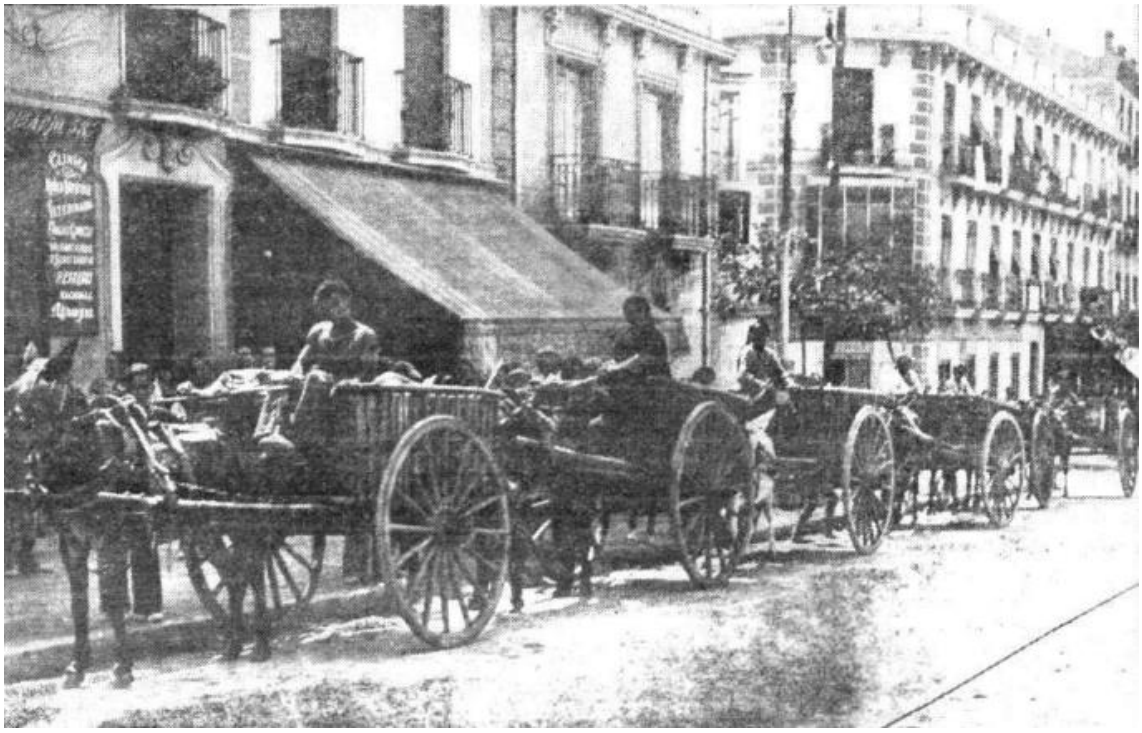


Ilustración. Traperos en Bravo Murillo. Fotografía: Santos Yubero. *La Luz*, 9 de septiembre de 1933.

Como contaba Zaratustra, el veterano trapero que creó Blasco Ibáñez para *La horda*, la brutal transformación urbana de finales del XIX había expulsado a patadas a los vecinos más menesterosos hacia los márgenes de la ciudad[59]. Ahora, en una segunda fase, podría parecer que los que tenían un presente resuelto y desahogado se encaminaban despreocupados a los suburbios para desplazar a los márgenes de las calles a quienes hacían su vida en ellas. El encuentro del trapero con el coche de fiesta era un choque social, pero sobre todo, cultural, de estilos de vida y comportamientos, lo que nos lleva a la tercera característica de la expansión de los transportes modernos en las

[58] AGA, Justicia (07) 041.002 Caja 893.
[59] Vicente BLASCO IBÁÑEZ: *La horda*, Valencia, Barataria, 2013, p. 25.

afueras de Madrid: el impacto sobre las costumbres callejeras y prácticas tradicionales de las clases populares en los espacios abiertos del extrarradio.

Si en el centro los atropellos a peatones tenían que ver con descuidos puntuales o con el frenesí de la vida moderna, es decir, no dejaban de ser casos frecuentes pero simbólicamente circunstanciales, en la periferia obrera eran algo estructural. La propia configuración arquitectónica del interior, así como la mayor atención que sobre sus vecinos prestaban guardias y reglamentos, hacía de las calles del casco antiguo y el ensanche terrenos más domesticados. En los vacíos urbanos y descampados de las afueras, donde los individuos hacían su vida en el espacio público y faltaban farolas y alumbrado, esta disputa distaba mucho de estar resuelta, como demuestran algunos incidentes que a continuación se exponen. Uno de los más trágicos tuvo lugar a finales de abril de 1914 y costó la vida al niño Basilio García Sanz, de siete años. El desdichado siniestro se produjo cuando Basilio "jugueteaba y corría por la vía del tranvía con otros dos niños de su edad". "Al llegar la máquina, los tres chicuelos siguieron cruzando repetidas veces por delante de aquella". El maquinista no pudo frenar y la muerte del chiquillo fue inmediata. Como también lo fue la respuesta de los vecinos, que esta vez no se limitaron a emitir unas declaraciones cómplices en el juzgado sino que decidieron tomar la justicia por su propia mano:

> La impresión que produjo en el ánimo de aquellas gentes la cruenta desgracia dio lugar a un alboroto formidable en el sitio de la ocurrencia. En breves minutos se congregaron allí más de 5000 almas. Los comentarios eran tan vivos y ensordecedores, que pronto empezaron los gritos y las protestas. Un grupo numeroso de manifestantes, en actitud airada, increpó a los empleados, y singularmente al maquinista. Este y el fogonero dieron toda clase de explicaciones; pero el público, más excitado cada vez, trató de agredirles. Entonces aquellos pidieron auxilio a los guardias, que empezaban a llegar. Las amonestaciones de los sensatos y los consejos de los guardias no surtían efecto. Hubo que hacer retirar a la gente y rodear la máquina de guardias para que la multitud no cometiera algún desaguisado. Los más levantiscos quisieron apoderarse del maquinista y al impedirlo los guardias, empezaron a descargar piedras contra todos, teniendo que refugiarse el primero, con el fogonero y los empleados de la Empresa, debajo de la locomotora y de los coches[60]

Ya fuera apoyando la versión de carreros o traperos ante los tribunales, ya fuera enviando solicitudes al Ayuntamiento o provocando un fabuloso motín de desagravio tras un atropello, la actitud de los vecinos informa una vez más de la existencia de una mirada compartida en la comunidad ante los nuevos medios de locomoción y los estragos que su funcionamiento generaba sobre la vida popular en las calles. Este esquema de obrar y pensar asociado a las experiencias cotidianas hundía sus raíces en un fuerte sentido de pertenencia barrial así como en una sociabilidad extensa e informal que casi siempre se manifestaba en el exterior, en unas calles apenas urbanizadas que ya han sido caracterizadas como una auténtica sala de estar de los proletarios, el foro en que la gente corriente estrechaba sus lazos. La lucha por la calle adoptaba, de ese modo, un componente íntimo para los habitantes del suburbio. Era su primera línea del frente. Allí cumplían todo tipo de funciones: compraban, vendían, disfrutaban e intervenían en

[60] *La Correspondencia de España*, 26 de abril de 1914. El subrayado es nuestro.

política. Precisamente por ello podían sentar tan mal a sus vecinos las continuas censuras que desde los más diversos atriles se hacían a sus modos de vida. Sin duda ya estaban acostumbrados a que su estilo callejero fuera siempre equiparado al del *aduar marroquí*. Pero que los propios peatones fueran presentados como responsables de sus desgracias era algo que iba más allá de lo aceptable. Incluso *El Socialista* recogía el suceso con una llamativa entradilla: "¡Padres, cuidad de los niños!"[61]. Nada, eso sí, comparado con la opinión de la empresa concesionaria del servicio de tranvías de Cuatro Caminos. Luis de la Cruz ha dado con el contenido de una hoja impresa que la Compañía Madrileña de Urbanización distribuyó en la barriada unos días después del dramático atropello de Basilio. En ella se podía leer: "el progreso es batalla de muchos muertos y heridos escrita en sangre". La reacción no se hizo esperar y más de 500 vecinos de las afueras norte de Madrid firmaron una carta dirigida al alcalde donde se reclamaba la limitación de la velocidad o la supresión del servicio. Responsabilidad privada frente a competencia y compromiso públicos[62].

En las décadas en que el número de licencias automovilísticas ascendió vertiginosamente se hicieron cada vez más frecuentes los mensajes públicos que condenaban el comportamiento incívico de las clases populares en las calles y las culpabilizaban de los atropellos[63]. No era extraño encontrar en los diarios, menos aún en los preferidos por la gente de orden, llamamientos a las autoridades para que pusieran freno al guirigay callejero y actuaran de una vez por todas como "profesoras de ciudadanía"[64]. Se trataba de disciplinar, como en el patio de un colegio. Pero una cosa eran las normas o su acompañamiento coreográfico por los periodistas y otra bien distinta eran los usos reales de la calle. Por eso mismo, frente a la letra sin aplicación de las ordenanzas, lo cierto es que los accidentes y tragedias sorprendían siempre a los individuos en mitad de cualquier actividad ordinaria. Así, las víctimas más habituales de los atropellos eran las mismas que vivían sobre el terreno: niños que jugaban despreocupados, mozos que ofrecían sus productos de manera ambulante, obreros que salían de tomar un trago en la taberna o mujeres que se encontraban departiendo con las vecinas o haciendo la compra del día en ese mercado al descubierto sin horarios ni puestos fijos que era Bravo Murillo.

Ya se ha mostrado que los vecinos de las afueras estaban acostumbrados a un uso desregulado del espacio en el que las nociones de lo que era legal en el código y lo que era razonable en las calles no siempre casaban. Además, muchos de los habitantes de los suburbios eran oriundos de pequeños entornos rurales de Castilla, Asturias o Galicia y podían haber traído consigo algunas de sus costumbres, como un menor apego a la distinción entre espacios públicos y privados, propia de la sociedad burguesa, o como una circulación espontánea y poco atenta al tránsito de vehículos. A principios de siglo, por ejemplo, más del 70% de los cabezas de familia de Cuatro Caminos había nacido

[61] *El Socialista*, 26 de abril de 1914.
[62] Luis DE LA CRUZ: "La periferia urbana madrileña: algo más que un ámbito subsidiario de la ciudad. Reconstruyendo su identidad (1868-1917)", en Sandra BLASCO, Carlos ADÁN, Alfonso BERMÚDEZ (eds.): *Identidades en transición*, Zaragoza, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Zaragoza, 2019, p. 564.
[63] Nuria RODRÍGUEZ: "En una población moderna hay que saber andar. Debates en torno a la regulación del tráfico peatonal en Madrid, 1900-1936", *Registros*, 13 (2017), pp. 166-179.
[64] Fueron muy habituales, sobre todo, en *La Correspondencia de España*. Las autoridades como "profesoras de ciudadanía" en su ejemplar del 3 de mayo de 1921.

fuera de la capital[65]. Fenómeno que hubo de incrementarse en los años de la Gran Guerra y su inmediata resaca, cuando la crisis de la vivienda y la punzante presión de los flujos migratorios llevaron al corazón de la ciudad a una situación de colapso.

Este incremento demográfico, así como el desarrollo cada vez más intenso de los nuevos medios de transporte, como el Metropolitano, que conectaba la periferia con las calles céntricas en cuestión de minutos, dibujó un nuevo contexto para los suburbios en los años de entreguerras. Mientras que la capital en su conjunto multiplicó por uno y medio su población de 1915 a 1930, para quedarse cerca del millón de madrileños, el crecimiento de los suburbios fue aún más espectacular. Cuatro Caminos dobló su número de vecinos (de 26.000 a 50.000) y Tetuán triplicó su población entre 1910 y 1930 hasta rondar las 40.000 personas[66]. Semejante desborde social también tuvo su impacto crítico en la vida del barrio obrero. La expansión se hizo de forma caótica y sin proveer al extrarradio de los equipamientos necesarios, por lo que la conflictiva relación de los vecinos con los vehículos no quedó atenuada. Ya se vio que fue entonces cuando explotó el conflicto entre los traperos y los automóviles y tranvías por discurrir por el centro de la calzada. Las airadas reacciones que despertó la motorización masiva de las calles de la barriada en aquellos años nos introducen en el cuarto y último elemento a analizar en este apartado, si bien ya ha sido anteriormente prefigurado: la protesta social que hacía su blanco en tranvías y automóviles. Un tipo de protesta que alcanzó su cénit en los últimos años de la década de los diez y los primeros de la década de los veinte, coincidiendo con el despegue poblacional de Cuatro Caminos y Tetuán. En aquel intervalo de tiempo en que los europeos pugnaban por soltar amarras con el mundo de ayer y nuevas ideas y utopías se batían el cobre en las calles, los habitantes de los suburbios, que siempre estuvieron en primera línea de las huelgas y tumultos, hicieron lo propio en defensa de sus modos de vida[67].

En verano, cuando muchos madrileños acudían a las afueras a divertirse y el tráfico se intensificaba, los vecinos del suburbio protagonizaban más de un motín al mes. El verano de 1920 fue el más caldeado[68]. Uno de los desórdenes más impactantes tuvo lugar el 13 de agosto de 1920 en el cruce de las calles Bravo Murillo y Doctor Santero, justo donde antaño tuvo su merendero Canuto. Poco después de las 7 de la tarde un camión automóvil de la Fábrica de Hielo Industrial atropelló a dos mujeres y

[65] A.V.M., Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1905.

[66] Los datos de Cuatro Caminos en AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Datos obtenidos del Empadronamiento General de Habitantes de diciembre de 1915*, Madrid, Imprenta Municipal, 1917 y AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1930. Los datos de Tetuán proceden de: Rafael GILI RUIZ: "La conurbación de Chamartín (1840-1940)", en VV.AA.: *Chamartín. Aldea, Villa, Distrito*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 2013, pp. 135-139.

[67] Es también este el momento de máxima ebullición de las huelgas de los tranviarios. De nuevo, como ya empezaba a ser norma, la geografía de la protesta de este sector sindical fue mayoritariamente suburbana. Dicha lucha escapa de los intereses de este capítulo, más preocupado por la política no organizada, vecinal y callejera que por las prácticas, ya estudiadas, de huelguistas y afiliados a centrales sindicales. El conflicto y el protagonismo de los Cuatro Caminos se puede seguir en la prensa periódica. Dos momentos álgidos en marzo y diciembre de 1919. Un examen muy somero del asociacionismo de los tranviarios en Francisco SÁNCHEZ PÉREZ: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid 1901-1923*, Madrid, Cinca, 2005, pp. 325-337.

[68] A fin de evitar reiteraciones innecesarias nos centraremos exclusivamente en los motines ocurridos en el verano de 1920, si bien hay ejemplos innumerables de otros años. 1923 fue otro año especialmente complicado con dos tremendos motines en julio. Véanse *La Voz*, 20 y 30 de julio de 1923.

un niño que cruzaban la vía en ese instante. Según la prensa, "la decisión de los vecinos de aquella populosa barriada de tomarse la justicia por su mano, castigando en el acto y duramente a los autores de cualquier atropello" produjo en un santiamén gravísimos disturbios. La casualidad hizo que Samuel Crespo, redactor del periódico maurista *La Acción*, pasara por allí en el momento del siniestro y regalara a sus lectores un minucioso relato no exento de prejuicios:

> Entretanto, el público que había presenciado el suceso comenzó a protestar y pronto la noticia del atropello circuló y congregó en aquel lugar a un grupo muy numeroso de personas que se dispusieron a tomar venganza. El chauffeur y su ayudante trataron de explicar la causa del atropello, pero nadie les atendió, sino que antes por el contrario, juzgándolos únicos culpables del hecho, comenzaron a golpes con ellos, salvándose de más grave daño gracias a la ligereza de sus pies. Sobre el automóvil caía al mismo tiempo una lluvia de piedras y estacazos y el toldo que lo cubría quedó pronto hecho trizas. Los más decididos se acercaron al vehículo y prendieron fuego al depósito de gasolina, quedando en pocos momentos el carruaje totalmente cubierto de llamas. Cerca de dos mil personas se encontraban en aquel momento en el lugar del suceso, y hombres, mujeres y chicos decididos a solazarse con el para ellos agradable espectáculo, rodearon el coche y sentados en el suelo se dispusieron a esperar ver cómo las llamas lo destruían por completo

Si los cambios en los usos de la calle no podían ser revertidos, sus consecuencias más penosas sí podían ser resistidas. En Cuatro Caminos y Tetuán agravios como ese se vengaban de inmediato, sin requerir intermediación alguna ni aceptar la autoridad de la policía, que si ya en la convivencia diaria era ampliamente cuestionada, en una circunstancia excepcional era rechazada de plano. En esas estaban los vecinos de la barriada cuando se presentó la fuerza pública a tratar de contener el motín. Percibidos como ajenos al juicio popular que allí se estaba celebrando, en cuanto

> los guardias trataron de imponerse cayó sobre ellos un diluvio de piedras, mostrándose los amotinados, que en aquel momento eran numerosísimos, dispuestos a toda resistencia. Entonces el capitán ordenó desenvainar y se dio una carga que hizo retroceder a las masas hasta ganar la calle de Bravo Murillo. Entonces el motín alcanzó grandes proporciones y de los grupos partieron varios disparos. Ante esta nueva agresión de los amotinados, las fuerzas hicieron algunos disparos al aire, pero como la pedrea seguía y algunos de los amotinados llegaron hasta agredir con palos a los guardias, estos se vieron en la precisión de contestar a los tiros cruzándose varios disparos[69]

Otros periódicos se mostraban menos benevolentes con la actuación policial. *La Voz* titulaba "La fuerza pública acribilla a balazos a la muchedumbre" y hablaba de un barrio "tomado casi militarmente". Tras la refriega, los propios vecinos llevaron a los numerosos heridos a la casa de socorro, en cuya mesa de operaciones falleció el niño Adolfo Ferreiro, que había recibido un disparo en la cabeza[70]. El barrio se tiñó de luto una vez más. Lo que no había logrado el atropello, lo logró la policía. Para alguien acostumbrado a disfrutar sin trabas de la calle, lo ocurrido aquella tarde bien podían ser diversas oleadas de ataque de un mismo adversario, la modernización liberal, que

[69] *La Acción*, 14 de agosto de 1920. El subrayado es nuestro.
[70] *La Voz*, 13 de agosto de 1920.

adoptaba varias caras: por una parte, la del altivo y prohibitivo transporte de última generación, por otra, la de los agentes que acudían en su auxilio.

Lo cierto es que el acontecimiento dejaba diversos aprendizajes para los moradores del suburbio que resultan de gran interés para la interpretación que en estas páginas se trata de hacer de la cultura política popular que allí había germinado. En primer lugar, sucesos como el narrado reforzaban la idea de que policías y vecinos tenían intereses contrapuestos, o, por decirlo de manera aún más cruda, que los valores que representaban los guardias eran los más dañinos y perjudiciales para la gente común del extrarradio. En segundo lugar, las inmediaciones de la glorieta de Cuatro Caminos y la calle de Bravo Murillo, puntos frecuentes de los motines contra los policías y los medios de transporte, eran ya para cualquier habitante de la periferia el teatro principal de la rebeldía. Un lugar de memoria ante el que nadie podía permanecer al margen. Allí se habían escenificado los actos más sonados de los disturbios antifiscales y los momentos más conmovedores de la revuelta obrera de 1905 o la huelga revolucionaria de 1917[71]. Al atravesar el lugar para ir a trabajar o para realizar cualquier otra actividad, los vecinos recordaban con un simple vistazo tal o cual desgracia que habían presenciado, algún enfrentamiento que había llegado a sus oídos o la última jornada de gloria popular sobre sus enemigos, ya fueran estos uniformados o motorizados. De la misma forma, tal vez los conductores que se habían enterado de estas trifulcas por la prensa o los policías que habían notado en su propia piel el arañazo de los suburbios, sintieran también un respeto reverencial al adentrarse en las primeras calles del cinturón metropolitano. De un modo u otro, estos motines reafirmaban la condición fronteriza y heterotópica de los barrios apartados como Cuatro Caminos. En tercer y último lugar, la "lluvia de piedras y estacazos", las agresiones a la policía o los disparos de la multitud mostraban una vez más que los vecinos del suburbio no se andaban con chiquitas. Mención especial merece la quema del camión y la sentada que los amotinados hicieron a su alrededor hasta que se consumieron las llamas. Espectáculos como ese, con todo su componente purificador y comunitario, respondían a significados compartidos bien arraigados en la barriada. No se trataba de una casualidad o de una ocurrencia genial de algún exaltado. Las jornadas del verano de 1897, con el entierro ritual de Canuto, o las de 1901, con el incendio del fielato, ya habían puesto de manifiesto el gusto que se tenía en las afueras por el simbolismo, la metáfora velada y la reparación inmediata, tumultuosa y sin dilación del daño causado[72]. La acción colectiva de los donnadie de la periferia respondía a una racionalidad propia, a un código comprensible para los propios participantes, a esquemas que los vecinos conjugaban creativamente en función de las circunstancias y la costumbre. En el caso que nos ocupa había un bien muy claro a preservar: el aprovechamiento consuetudinario de las calles. Al prender fuego al camión y observar con regocijo cómo la *bestia* se convertía en pasto de las llamas, los pobladores del suburbio estaban demostrando que iban a defender con uñas y dientes una concepción contrahegemónica del espacio público. La que para ellos era la normal y

[71] Ambos episodios, la revuelta obrera de 1905 tras el hundimiento del Tercer Depósito, y la huelga revolucionaria de 1917, son objeto de atención en el siguiente capítulo de la tesis doctoral.

[72] La referencia a William Beik, ya mencionado más arriba a propósito de los motines antifiscales, es obligada. William BEIK: *Urban Protest in Seventeenth Century France*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

natural. En Cuatro Caminos no se pedía permiso a conductores u oficiales para vivir en la calle.

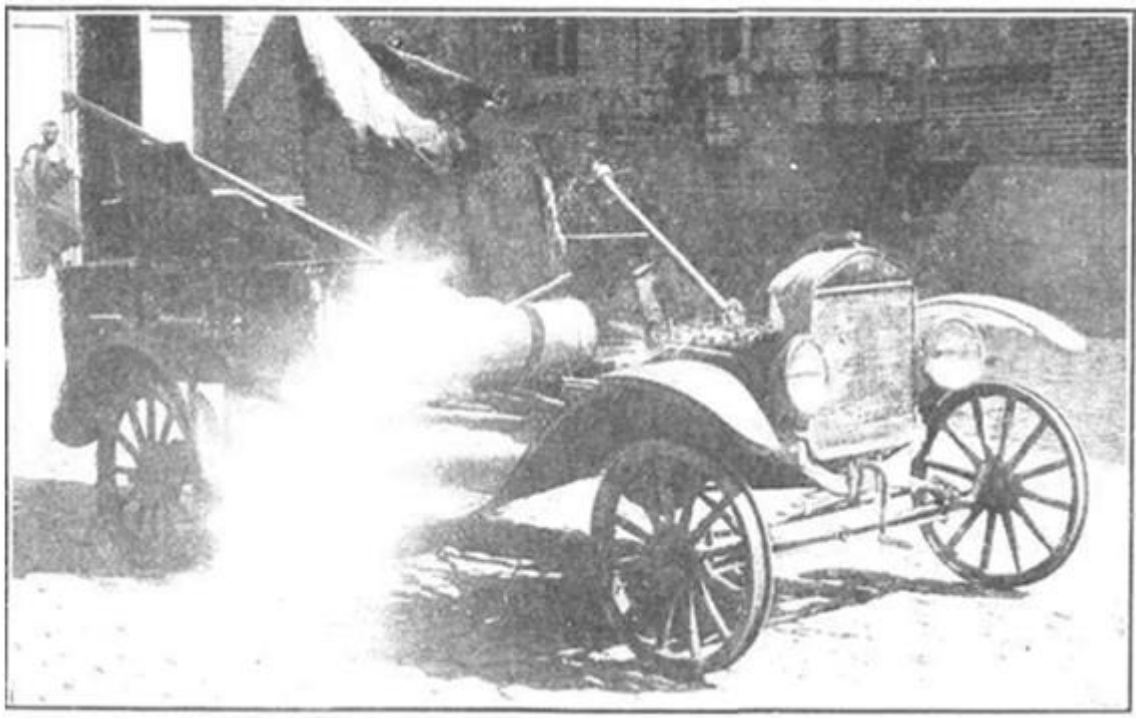


Ilustración. Restos del camión causante del atropello tras ser incendiado por la multitud. Fotografía: Alfonso. *Mundo Gráfico*, 18 de agosto de 1920.

Solo dos meses antes del suceso que se saldó con la muerte de Adolfo Ferreiro, el 12 de junio de 1920, en el mismo punto de cruce de Bravo Murillo y Doctor Santero, un violento atropello de otro muchacho de la barriada provocó un motín que envió directos a la casa de socorro al cochero que ocasionó el incidente y a numerosos guardias que acudieron a sofocar la agitación. También entonces el vehículo sufrió el castigo ejemplar de las piedras y el fuego. Un obrero que trató de apagar el incendio, temeroso de que pudiera afectar a mesas y sillas de un comercio cercano, fue también blanco de las agresiones. Aunque lo que más llamó la atención del periodista que cubrió el suceso fue la presteza con que los allí reunidos "se precipitaron sobre el automóvil y lo derribaron […] como si obedecieran a una consigna". Incluso para un observador externo se hacía evidente la idea de unos códigos morales compartidos entre los vecinos[73].

Hacía tiempo que los nombres de Cuatro Caminos y Tetuán copaban portadas. Los suburbios del norte de Madrid tenían un largo historial de algaradas casi siempre relacionado con la reivindicación del derecho a participar en los beneficios de la vida urbana. A veces eran contra la recaudación abusiva de impuestos en el extrarradio, en demanda de agua, por la carestía del pan o en defensa de alguna costumbre ahora devenida ilegal. Los motines reparadores contra automóviles y *tranvías mataniños*

[73] *El Liberal*, 13 de junio de 1920.

deben ser leídos dentro de esta tradición[74]. Estos códigos compartidos entre las protestas que tenían lugar en el suburbio hacían la intervención en la agitación menos costosa para sus participantes, para quienes no sería difícil tender vasos comunicantes entre unas y otras causas, pues todas eran causas del barrio[75].

Ya se ha visto que los testigos de colisiones se apoyaban ante el juez y defendían a pies juntillas la versión del afectado cuando este era un vecino. Del mismo modo, en la nómina de heridos y detenidos tras los desórdenes con la policía aparecían jornaleros, obreros, amas de casa, vendedores ambulantes, zapateros, niños… figuras habituales de la calle que seguramente habían sufrido alguna vez en sus propias carnes o en las de un conocido los perjuicios de una modernización urbana que, en lo relativo a servicios y condiciones de vida, sin duda circulaba a dos velocidades. La inquina estaba latente. Tranvías y automóviles habían ido poco a poco laminando las formas de vida de la periferia. Sus vecinos se habían visto forzados a caminar por las aceras, a mirar temerosos antes de cruzar, a restringir sus juegos o a agudizar todos sus sentidos cuando salían de madrugada a recoger la basura en dirección a Madrid. La calle era central en sus rutinas diarias y por eso no ha de sorprender que en momentos de suspensión de la normalidad, como los abiertos por los disturbios subsiguientes a un atropello, acudieran todos a tomar ese centro de la calle del que habían sido expulsados, del mismo modo que en las huelgas y revueltas trataban de descender hacia la ciudad para tomar el corazón de la villa.

No obstante, como sucede con cualquier fenómeno de índole cultural, este contacto conflictivo con los nuevos medios de transporte no prescribía comportamientos ni conllevaba una animadversión destructiva o aniquiladora de los mismos. En el caso de los tranvías y más tarde de los autobuses, la relación de los vecinos con las infraestructuras públicas era sumamente compleja y mezclaba amor y odio, deseo y resentimiento. Las hogueras y pedreas convivían con (o tal vez se habían alimentado de) un saco de peticiones populares dirigidas al Ayuntamiento o las empresas adjudicatarias en demanda de la extensión del servicio, la reducción de las tarifas o la mejora en las prestaciones que fueron muchas veces desatendidas. Baste mencionar siquiera de pasada otro episodio ocurrido también ese verano caliente de 1920. Si bien de nuevo la geografía de la protesta era la del Madrid obrero de la corona de barriadas periféricas, el protagonismo lo tuvieron esta vez los vecinos de Prosperidad, suburbio equivalente a Cuatro Caminos ubicado en el este de la ciudad, más allá del lujoso ensanche de Salamanca. El 30 de junio entraban en vigor los nuevos precios de los tranvías. El ambiente en toda la urbe, pero especialmente en el extrarradio, era de agitación ante una subida de tarifas considerada abusiva. Aunque en muchos puntos se tomaron los tranvías al asalto o los ciudadanos se negaron a satisfacer el nuevo importe, toda la atención se desplazó a la barriada de Prosperidad. La suerte quiso que el tranvía que hacía la ruta desde el centro hacia Prosperidad se quedara parado, falto de fluido eléctrico, justo a las puertas del suburbio, en el final de la calle de Diego de León. Tras unos minutos de tensa espera y leves protestas, pasajeros y transeúntes se reunieron en

[74] Este era el apelativo habitual con que aparecía en la prensa socialista. En *El Socialista*, 28 de noviembre de 1913 incluso llegó a aparecer un poema sobre estos *tranvías mataniños.*

[75] La vinculación de los motines del pan y las quemas de tranvías como protestas de un mismo cuño en Francisco SÁNCHEZ PÉREZ: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid 1901-1923*, Cinca, Madrid, 2005, pp. 92-101.

la calle y comentaron a viva voz los perjuicios que a todos causaba el deficiente servicio de tranvías. Unos y otros se fueron excitando y, tras obligar a bajar a cuantos quedaban aún a bordo, "algunas mujeres colocaron sacos de paja rociada de gasolina debajo del tranvía y le prendieron fuego". Mientras el coche ardía, el público estalló en aplausos y gritos contra la empresa. No era un motín de víctimas o testigos de un atropello sino un correctivo de usuarios y vecinos que habían larvado su resentimiento durante años. Quizá por ello, una vez empezada, la orgía popular no se detuvo ahí. Poco después los revoltosos ampliaron su botín, pues hasta un total de seis nuevos tranvías fueron llegando a las inmediaciones en los siguientes minutos. A todos les aguardaba idéntico destino. No se trataba de una protesta pasional, de un tumulto de bárbaros antimodernos o de la pataleta de unos viajeros impacientes. Ni siquiera era reflejo de una aversión atávica frente a esos transportes que habían colonizado sus calles sin contar con la venia de nadie. El motín condensaba infinidad de matrices, agravios, evocaciones y lamentos de las gentes de las afueras ante una ciudad y unas infraestructuras que los trataban, ya por su oscuro y sangriento impacto sobre las formas de vida, ya por su pésimo, impuntual y costoso servicio, como ciudadanos de segunda[76].

Esta lectura más atenta a los matices y menos cautiva del poder seductor de los episodios de cólera popular pone sobre el tapete la distinción entre fondo y contenido, entre responsable y chivo expiatorio. Tumultos y peticiones formaban parte de una cultura de barrio para la que la movilidad, el acceso a los servicios urbanos y el respeto por sus pautas cotidianas de comportamiento lo eran todo. La irreverencia de los habitantes del suburbio tenía como principal destinatario no tanto el transporte en sí mismo como la desigualdad de trato que su presencia encarnaba: incapacidad de las autoridades para doblegar el apetito de las compañías, desprotección ante la prepotencia y abusos de las empresas, falta de capital para hacer uso frecuente del servicio, censuras públicas a su modo de vida, etc. De la percepción de esta desigualdad nacía una preocupación por el entorno, una voluntad cívica de intervención en los asuntos públicos y una ambición de someter a control popular las decisiones de los poderosos. Fueron estas inquietudes, y no un irracional afán destructivo, las que movieron al jornalero Gregorio Molina a llevar ante los tribunales a la Sociedad General de Autobuses en 1925. Según explicaba este vecino de Tetuán en un manifiesto que distribuyó por la barriada una vez que la Justicia le dio la razón, la voracidad de la compañía le había llevado a presentar una demanda en la que acusaba a la empresa de hacer su agosto subiendo los precios en los primeros viajes de la mañana, cuando los autobuses iban abarrotados de hombres y mujeres que se dirigían a Madrid a sus lugares de trabajo. El texto con el que empapeló las paredes del suburbio afirmaba además que el vecindario de Tetuán estaba compuesto de obreros, empleados modestos y mujeres trabajadoras que no podían permitirse el lujo de vivir en la capital por el precio de la vivienda, lo que hacía del transporte un elemento de vital importancia en su día a día. En unos renglones este humilde jornalero había dibujado con sencillez el perímetro del sujeto colectivo que habitaba en la periferia. Un *nosotros* vejado que había que defender. De eso iban todos los combates cotidianos en Cuatro Caminos y Tetuán[77].

[76] El motín en *La Acción* y *El Liberal*, 1 de julio de 1920.

[77] A.V.M., Documentación municipal de Chamartín de la Rosa, Leg. 52-110, Exp. 17. La profesión y datos personales de Gregorio Molina en AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1935.

3. Coda. La lucha por la calle como aprendizaje político de una generación de obreros

Las luchas por la calle eran al mismo tiempo luchas por la ciudad, luchas de precarios, luchas de consumidores, luchas de productores, luchas de excluidos, luchas de los diferentes. Luchas tan propias de la modernización capitalista como lo eran los rascacielos, los trabajadores de cuello blanco o las luces de neón. Luchas, finalmente, que dejaron una honda huella en el suburbio y en la identidad de sus vecinos como sujetos políticos. Más allá de contribuir a acrecentar el conocimiento sobre la temática escogida, la descripción densa de los comportamientos, intereses y normas que regían la calle del suburbio resulta útil para reflexionar acerca de asuntos cruciales de la nueva sociedad urbana y sus culturas políticas populares. En primer lugar, el estudio de los conflictos por el aprovechamiento del espacio permite ver cómo para al menos una generación de obreros la calle pudo ser un lugar tan importante de antagonismo, aprendizaje político y configuración de una identidad como podían serlo la fábrica y la oposición entre trabajo y capital. No en vano, lo que abundaba en el suburbio de Cuatro Caminos y Tetuán no eran tanto los típicos proletarios industriales como una legión de figuras que hacía su vida en la calle: traperos, vendedoras ambulantes, jornaleros, parados, amas de casa, etc. Para muchos de ellos la lucha que entablaron en las calles con autoridades, compañías concesionarias de tranvías, chóferes intrépidos o visitantes del resto de la ciudad era sinónimo de lucha de clases. Si los habitantes del centro, los incipientes turistas, los financieros, los empleados de banca y los madrileños que buscaban divertirse tenían para ellos la Gran Vía, arterias como Bravo Murillo, que hacía de eje de la realidad suburbana y de espacio de encuentro e interacción de sus gentes, eran la Gran Vía de los pobres. Y estos iban a pelear con uñas y dientes para que allí prevalecieran sus normas.

En segundo lugar, el análisis de los conflictos seleccionados permite ver hasta qué punto los nuevos poderes urbanos, sus representantes y sus medidas gozaban de una hegemonía incontestable o si esta era cuestionada o incluso ignorada en las calles del suburbio, donde se practicó (y se defendió) un uso alternativo del espacio común. En Cuatro Caminos y Tetuán los vecinos vivían al margen de los valores liberales y por ello siguieron lógicas contrahegemónicas de construcción de la ciudad y la política. Había una desconfianza profunda hacia el progreso ya fuera entendido como desarrollo tecnológico, como aumento de los intercambios comerciales o como expansión del Estado sobre las comunidades más o menos autorreguladas. Es en este sentido en el que se puede afirmar que estos barrios de extrarradio eran espacios heterotópicos[78].

En tercer lugar, las disputas ocasionadas por la extensión de la vigilancia policial y el tráfico rodado permiten observar a ras de suelo la difícil configuración de la nueva esfera política surgida de la eclosión urbana, ayuna de referencias claras y con intereses incompatibles en pugna. En una ciudad cada vez más compleja eran muchas las lógicas que trataban de orientar el cambio social, como muchos eran los comportamientos que buscaban abrirse camino o los hábitos que trataban de escapar de la regulación y el

[78] Simon GUNN: "Los poderes de la ciudad: nuevas perspectivas en Historia Urbana", *Urban*, 6 (2013), pp. 101-110.

desarrollo tecnológico. El rescate antropológico de los usos de la calle, los estilos de vida e incluso las palabras de los habitantes del suburbio muestra, en fin, que la tan celebrada modernización industrial y capitalista fue más un proceso abierto y conflictivo que una limpia sustitución de la tradición por el progreso.

En aquellos años de reconfiguración social y nuevos vientos culturales el control de la calle quitaba el sueño a los más variopintos actores. La conquista de las calles, como paso previo a la conquista del Estado, fue la aspiración declarada de las nacientes culturas militantes. En los años treinta las plazas de toda la ciudad fueron escenario de manifestaciones masivas, las paredes se llenaron de pasquines subversivos y las aceras se tiñeron con la sangre de los mártires de las nuevas religiones políticas. En Madrid, igual que en otras grandes urbes occidentales, la política se desparramó por el espacio público sin solución de continuidad y hasta el más inocente de los rincones se convirtió en lugar de propaganda, debate y confrontación[79]. Semejante explosión del encapsulado cosmos político del viejo liberalismo no devino de un día para otro. Dicho fenómeno fue posible, entre otras razones, por la existencia de culturas políticas populares que durante décadas hicieron de la calle el coso central de la vida en común. En España, frente al repliegue patrocinado por las elites de la Restauración, los suburbios fueron la reserva donde se mantuvo viva la llama de una política desenvuelta, respondona y callejera. En Cuatro Caminos y Tetuán las vías públicas no estaban al servicio de la economía capitalista o la circulación de individuos y mercancías, sino que eran entendidas como espacios vecinales de consumo, reunión, deliberación y protesta. Especialmente de protesta. Esa era su bandera y su legado[80].

En el extrarradio las calles fueron la mejor escuela política para aquellos que no tuvieron cuadernos ni maestros. Allí asimilaron cuanto necesitaban para la contienda revolucionaria. Allí aprendieron a señalar al enemigo, a marcar terreno, a batirse el cobre por imponer su narrativa sobre lo moral, lo admisible o lo legítimo. Allí se familiarizaron con toda suerte de tácticas tumultuosas y alegatos de trinchera. Sin esa experiencia duradera, colectiva e irreverente difícilmente podría entenderse el predicamento que los movimientos contestatarios tuvieron en la barriada ni el clima de borrachera política y batalla por el dominio de las calles que se dio en la periferia en los años treinta. El relativo fracaso de la gubernamentalidad liberal en las afueras permitió que las formas políticas populares no desaparecieran y se mantuvieran en estado latente como repertorio disponible que sería reorientado o reactualizado en la gran coctelera de las subculturas obreras de la Segunda República. Por poner un solo ejemplo, el anarquismo, que disfrutó de gran fuerza en la barriada, era indisociable de aquella cultura política labrada a fuego lento en las décadas anteriores y que contenía, en la práctica aunque no en la prédica, buena parte de los ingredientes básicos de esta familia

[79] Mark WILD: *Street Meeting: Multiethnic Neighborhoods in Early Twentieth-Century Los Angeles*, Berkeley, University of California Press, 2005; Jessica WARDHAUGH: *In Pursuit of the People. Political Culture in France, 1934-1939*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2009; Leif JERRAM: *Streetlife. The Untold History of Europe's Twentieth Century*, Oxford, Oxford University Press, 2011; Chris MILLINGTON: "Street-fighting Men. Political Violence in Interwar France", *The English Historical Review*, 538 (2014), pp. 606-638; Molly LOBERG: *The Struggle for the Streets of Berlin. Politics, Consumption and Urban Space, 1914-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 2018.

[80] Para el caso español puede verse al respecto Chris EALHAM: *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto, 1898-1937*, Madrid, Alianza Editorial, 2005; ÍD: "La calle como memoria y conflicto (Barcelona, 1914-1923)", *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 34 (2005), pp. 113-134.

política (antiautoritarismo, horizontalidad, solidaridad, autoorganización, ideal de comunidad autorregulada, creencia en la justicia popular y punitiva, apuesta por procedimientos callejeros y/o violentos, desprecio por los procedimientos institucionales, defensa de formas de interacción social ajenas al capitalismo, exclusivismo popular frente a un otro tenido por enemigo, etc.) pero no su nombre, sus líderes o sus mitos.

Esta disponibilidad de las formas callejeras, autónomas y tumultuosas y su hibridación en los treinta con los estilos y proclamas de las familias ideológicas revolucionarias ha de llevar a una matización general de la tesis de la progresiva sustitución de repertorios, clásica en la sociología de la acción colectiva. Según esta tesis, el repertorio tradicional-popular habría sido paulatinamente arrinconado por uno moderno y más sofisticado. Del motín a la huelga. De la algarada desorganizada al partido de cuadros o el sindicato. Lo que muestra el análisis desde abajo, desde las prácticas, desde la vida cotidiana y desde los conflictos de supuesta baja intensidad, sin embargo, es que tal permuta no existió en los suburbios madrileños. Lo que hubo fue una resignificación bajo nuevos criterios u objetivos de formas y prácticas ya consolidadas en la política popular. La cultura (política) aparece así no como un elemento estanco sino como un ente en continua ebullición y transformación[81].

Si el período de entreguerras puede ser interpretado como una pugna creciente por definir a quién pertenecían las calles, lo cierto es que los jóvenes del extrarradio atesoraron a lo largo del tiempo infinitas experiencias de lucha callejera que les sirvieron para ir tomando posiciones mucho antes de que esta pugna se extendiera al conjunto de la urbe.

[81] Distintos historiadores han mostrado la naturaleza híbrida (popular-partidista) de los estilos políticos de los años treinta y han servido de referencia para nuestra interpretación. Véanse Pamela SWETT: *Neighbors and Enemies. The Culture of Radicalism in Berlin, 1929-1933*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004; Malcolm PETRIE: *Popular Politics and Political Culture. Urban Scotland, 1918-1939*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2018.

SEGUNDA PARTE

La cuna de todas las utopías

INTRODUCCIÓN. LA CIUDAD DESCUBRE LOS SUBURBIOS

A finales del siglo XIX los nombres de Cuatro Caminos y Tetuán se instalaron definitivamente en el imaginario político de los madrileños. A pesar de que se trataba de barriadas destartaladas, ubicadas más allá de la superficie cartografiada en los planos oficiales y pobladas por unos pocos millares de trabajadores pobres, los suburbios fueron poco a poco abriéndose paso en las conversaciones de tranvía, las charlas de tugurio y los corrillos a la puerta del mercado. Su nombre resonaba con fuerza también en las reuniones de la alta sociedad, en los bufetes de los picapleitos o en los consejos de redacción de semanarios y revistas. Siempre había alguna noticia que comentar. Un rumor. Una sospecha. Una catástrofe. Un horrendo crimen. Su fama alcanzaba incluso a los despachos oficiales: sus casas, si es que muchas de aquellas chozas harapientas eran dignas de esa consideración, salían fotografiadas en informes encargados por el Ayuntamiento; los apellidos de sus vecinos llenaban los telegramas de gobernadores y mandos policiales; sus datos demográficos estaban siempre a la cola de las estadísticas de alfabetización o salubridad. Con tamañas credenciales, Cuatro Caminos y Tetuán parecían los hijos descarriados de la ciudad liberal. Dos consecuencias inesperadas de un crecimiento urbano tan rápido como descontrolado.

Cuando los suburbios brotaron de la nada en la década de 1870 apenas llamaron la atención de los madrileños. Tampoco los rotativos mostraron entonces demasiado interés por lo que sucedía en aquellos parajes desangelados. De vez en cuando sus nombres salpicaban las páginas de sucesos o algún arrojado plumilla se adentraba más allá de los fosos del ensanche para retratar el día a día del caserío de extrarradio[1]. Se trataba de pequeñas excepciones. En términos generales, lo que sucedía en la periferia permanecía bajo un halo de misterio para el común de la población. Con el correr del tiempo, sin embargo, los cronistas se vieron obligados a visitar sus calles para dar cuenta de las luchas de sus habitantes: motines multitudinarios en las inmediaciones del fielato, comisiones vecinales en demanda de servicios e infraestructuras, conflictos con las figuras del orden por el uso libre y desregulado de las vías públicas, etc. Resultaba asombroso que los electricistas, las vendedoras ambulantes o los jornaleros de aquellos lares pugnaran tan tercamente por dotar a su barrio de la dignidad que carecía. Los donnadie de las afueras estaban empeñados en burlar su destino, en torcer el rumbo que la historia parecía haberles reservado. Su fuerza colectiva era inusual, insólita, y su eco se extendía por todo Madrid. Por ese motivo, no ha de resultar extraño que al calor de aquellas luchas proliferaran artículos y reportajes periodísticos que, además de informar de los sucesos de marras, ponían el acento en la suciedad del extrarradio, en su insondable distancia respecto al corazón de la urbe o en su deplorable aspecto material. Propiedades negativas que, en ocasiones, no solo se asociaban al espacio, sino que también servían para caracterizar y estigmatizar a sus pobladores[2].

[1] Estas excursiones eran auténticos viajes a tientas siguiendo las indicaciones de los lugareños. Valga como ejemplo la expedición de periodistas de *La Época* en busca del barrio del Chufero, un conjunto de casas ubicado a unos 200 metros al sur de la glorieta de Cuatro Caminos. Véase *La Época*, 19 de enero de 1883.

[2] Fernando Vicente ha estudiado ese proceso de traslación de atributos negativos entre espacios suburbanos cercanos al río Manzanares, como el arrabal de Peñuelas, y sus moradores. Véase Fernando VICENTE: El *Ensanche Sur, Arganzuela (1860-1931): los barrios negros*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2015, pp. 121-150. Véase también Fernando VICENTE: "La modernidad deformada. El imaginario de bajos fondos en el proceso de modernización de Madrid (1860-1930)", *Ayer*, 101 (2016), pp. 213-240.

Ilustración. Entrada al suburbio de Cuatro Caminos, 1925. Fuente: Archivo Fundación Telefónica

Aunque las noticias que manaban de la periferia remitían a querellas particulares del suburbio, a problemas que apenas podía sentir como propios el madrileño que vivía y trabajaba en el interior de la ciudad, lo cierto es que el aluvión de descripciones y relatos estereotípicos fue dejando poso en el imaginario colectivo. Lenta pero implacablemente una idea comenzó a coger vuelo, a bullir en imprentas, clubes y cafés de la capital: Cuatro Caminos y Tetuán eran, o debían de ser, un mundo aparte, una región en que las gentes vivían, soñaban e incluso participaban de la vida pública de otra manera. El ecosistema en que tomaba cuerpo una cultura insolente, peleona, arisca y orgullosa. El terreno de lo posible. O peor aún, de lo impensable. De lo diferente. El rincón sobre el que proyectar todas las ansiedades de la sociedad biempensante[3].

Había razones para ello. Cuando la prensa analizaba la delincuencia en la ciudad, los barrios de la periferia siempre eran descritos como la quintaesencia del lumpen, como el refugio de las peores insubordinaciones[4]. Así, era posible leer que en Tetuán se había urdido una trama clandestina de fabricación de moneda falsa[5], que habían sido hallados en Cuatro Caminos criminales fugados de diferentes prisiones del país[6] o que habían decidido instalarse en estos mismos suburbios grupos de *apaches* perseguidos por la justicia francesa[7]. Igualmente, si un niño se perdía[8] o si una novicia huía de su convento[9]

[3] Algo similar a lo trabajado para París por Louis CHEVALIER: *Classes laborieuses et clases dangereuses à Paris pedant la première moitié du XIX siècle*, París, Plon, 1958; ÍD: *Montmartre du plaisir et du crime*, París, La Fabrique, 1980; Dominique KALIFA: *Crime et culture au XIX siècle*, París, Perrin, 2005.
[4] Un ejemplo, a cargo de Mariano de Cavia, en *El Liberal*, 1 de febrero de 1892.
[5] *La Correspondencia de España*, 22 de agosto de 1908.
[6] *El Liberal*, 21 de enero de 1893.
[7] *El País*, 19 de diciembre de 1905.
[8] *El País*, 29 de octubre de 1891.
[9] *El País*, 20 de junio de 1906.

las miradas sospechosas se volvían una y otra vez sobre el caserío que crecía al norte de la capital, más allá de los últimos signos de la civilización liberal. Tres cuartas partes de lo mismo sucedía con las alteraciones de orden público que afectaban a la ciudad. Cuando había choques durante una jornada electoral[10] o cuando se producían disturbios por el precio y la calidad de los alimentos[11], por ejemplo, Cuatro Caminos y Tetuán siempre tenían su bloque particular en las páginas de los periódicos. Allí las cosas transcurrían con otros ritmos e intensidades. La fama marginal de los suburbios era tal que incluso en ocasiones, movida por pistas engañosas y chismes desconcertantes, la policía llevó a cabo sonadas operaciones de búsqueda y captura de supuestos maleantes, revolucionarios o terroristas que quedaron en nada. Cuatro Caminos y Tetuán siempre estaban en el disparadero de todas las habladurías, por lo que hasta los rumores más absurdos y descabellados resultaban verosímiles si tenían por escenario las calles de las afueras[12].

No todo eran malas palabras, temores o prevenciones. Como todo lo indeseado pero novedoso, Cuatro Caminos y Tetuán desprendían también un extraño encanto que hacía de las barriadas un polo de imantación para personajes de toda laya. Por una parte, la periferia se convirtió en lugar de esparcimiento para muchos trabajadores que visitaban sus descampados y merenderos los días de libranza, o que acudían a disfrutar de las corridas de toros de la plaza de Tetuán[13]. En esos viajes relámpago, mitad en tranvía mitad caminando, los madrileños pudieron conocer de primera mano la miseria de la ciudad proletaria, pero también los placeres de la vida semirrural. Cuanto hacían y cuanto veían los domingos en las afueras, desde el paisaje a los bailes acompañados de buñuelos y

[10] *El País*, 14 de marzo de 1893.

[11] Francisco SÁNCHEZ PÉREZ: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid 1901-1923*, Madrid, Cinca, 2005, pp. 33-105, y especialmente p. 46.

[12] Una de las operaciones más famosas fue la protagonizada en 1897 por Julián del Valle, un conocido atracador. En los interrogatorios, Del Valle contó a la policía una rocambolesca historia en la que implicó a buena parte de los vecinos del barrio. El atracador se presentó como miembro de una red anarquista que operaba en Tetuán y preparaba entre las sombras propaganda y dinamita para lograr la revolución social. Ante tales informaciones la policía montó un dispositivo espectacular que se saldó con numerosas detenciones e irregularidades que la prensa se encargó de denunciar. Finalmente, salió a la luz que todos aquellos datos habían sido inventados por el propio Julián del Valle para darse lustre. Lo significativo de la historia, no obstante, es que aquel relato sobredimensionado resultó perfectamente creíble no solo a los agentes que lo interrogaron sino también a la prensa que siguió el caso con interés. A nadie le extrañaba que algo así sucediera en Tetuán. Si era posible en algún sitio, era en Tetuán. A fin de cuentas, ya habían escuchado antes otros casos que lo hacían imaginable. Cuenta el caso Luis DE LA CRUZ: "Librepensadores y anarquistas de Tetuán en el Madrid de la Restauración: juntos y revueltos", *Tetuán Combativo*, 2015. Disponible en https://tetuancombativo.org/librepensadores-y-anarquistas-de-tetuan-en-el-madrid-de-la-restauracion-juntos-y-revueltos/. Consultado el 13 de diciembre de 2019. Los vecinos, a su vez, se adueñaron del estereotipo que los señalaba como pendencieros o peligrosos. Se dice que a principios del siglo XX era común que los habitantes de los suburbios espetaran a sus oponentes con tono altanero: "¡Eso no me lo dices en los Cuatro Caminos!". Véase Moncho ALPUENTE: "Orgullo de casta", *El País*, 16 de marzo de 1994. Disponible en https://elpais.com/diario/1994/03/16/madrid/763820688_850215.html. Consultado el 13 de diciembre de 2019.

[13] Desde finales del siglo XIX fueron habituales los relatos periodísticos del ambiente de verbenas y merenderos de los domingos en los suburbios, así como las descripciones del gentío dirigiéndose a la plaza de Toros de Tetuán. No obstante, pocos relatos resultan tan penetrantes como los legados por el pintor y escritor José Gutiérrez Solana, un auténtico enamorado de la periferia norte de Madrid. Véase José GUTIÉRREZ SOLANA: *Madrid. Escenas y costumbres*, Madrid, Trieste, 1984. Destacan especialmente las narraciones "Corrida de toros en Tetuán" (pp. 265-272) y "Tetuán" (pp. 273-282), ambas de 1918. El propio Gutiérrez Solana fue autor también de cuadros que representaban el ecosistema del extrarradio, como "El carnaval de Tetuán". En 1922 también dejó constancia de los domingos de solaz y toros en los suburbios Pedro de Répide. Véase Pedro DE RÉPIDE: *Las calles de Madrid*, Madrid, La Librería, 1995.

frascas de vino, era excepcional para ellos, lo que reforzaba esa sensación ya extendida de que los suburbios eran un mundo aparte. Y no solo para lo malo. Otro grupo social que cayó preso de los hechizos de la periferia fue el de los propietarios y compradores de terreno. Cuatro Caminos y Tetuán ofrecían numerosas oportunidades de negocio. Los pequeños inversores lo sabían bien. El extrarradio crecía cada año a pasos agigantados. La población se multiplicaba mucho más rápido de lo que las autoridades podían prever u ordenar, por lo que *de facto* los dueños de solares y fincas desempeñaron un papel crucial en la construcción social de la periferia. Los anuncios de compra-venta que cualquier ciudadano podía encontrar en las últimas páginas de su diario favorito atestiguan la avalancha de operaciones inmobiliarias que tenían lugar más allá de los límites oficiosos de la ciudad liberal[14].

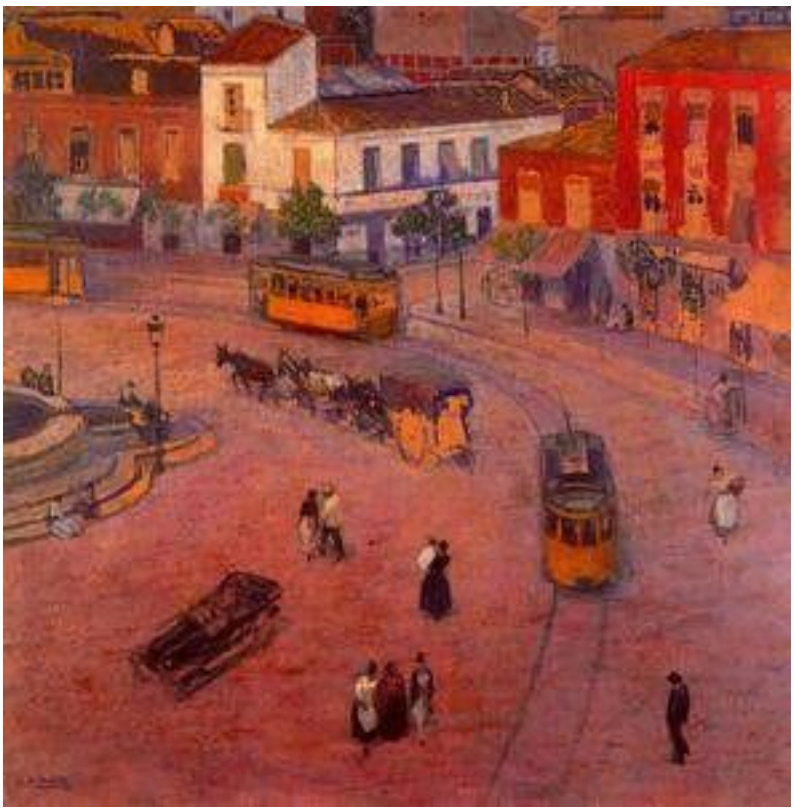


Ilustración. Aurelio ARTETA: *Plaza de Cuatro Caminos*, h. 1917-1919.

Cuatro Caminos y Tetuán eran, de este modo, un submundo poblado por terribles fantasmas, un olimpo de recreo y un lugar en que hacer ganancias rápidas o comenzar una nueva vida a las puertas de la capital. Así debieron de verlo no solo miles de trabajadores acosados por los elevados alquileres del interior de la ciudad, sino también un buen puñado de profesionales liberales que, como Ramón y Cajal, ansiaban escapar del bullicio de las calles más céntricas y encontraron su remanso de paz en los hotelitos

[14] Charlotte VORMS: *Bâtisseurs de banlieue à Madrid. Le quartier de la Prosperidad (1860-1936)*, París, Creaphis, 2012.

unifamiliares que mandaron edificar en los alrededores de Cuatro Caminos[15]. También miraron a las afueras con otros ojos algunos de los grandes empresarios del momento. El más célebre de todos ellos fue Arturo Soria, quien vio en la tierra inmensa y yerma que rodeaba Madrid la ocasión de configurar su modelo higienista de ciudad jardín, así como la ocasión de obtener pingües beneficios. El proyecto se puso en marcha en 1894 y aunque estuvo lejos de llegar a realizarse tal y como había sido diseñado originalmente sobre el papel, supuso un ejemplo pionero de un urbanismo moderno y en estrecho contacto con la naturaleza. De pronto, por obra y gracia de operaciones como la de Soria, el extrarradio dejó de ser ese ámbito urbano abandonado y olvidado para convertirse en un laboratorio para algunas de las corrientes urbanísticas más en boga de la época[16].

Con todo, si entre los madrileños había alguna estirpe especialmente atraída por la geografía suburbana esa era la de los escritores. En lo referente a los primeros espadas, en los mentideros de la villa siempre se decía que Baroja, Blasco Ibáñez y compañía solían dejarse caer por los antros, terraplenes y veredas del extrarradio en busca de material para sus novelas. Ellos mismos lo reconocían. Don Pío, por ejemplo, alternaba en Cuatro Caminos con randas y hampones como los que luego aparecían en algunos de los pasajes más lúgubres de *La lucha por la vida*[17]. Incluso en los obituarios en honor de Canuto González se comentaba que la figura tosca y gruesa del tabernero, conocido por todos en la barriada, inspiró a Baroja para dar vida a uno de los personajes más emblemáticos de *Aurora Roja*, don Canuto, un veterinario anarquista de la zona norte de Madrid[18]. Blasco Ibáñez, por su parte, realizó una inmersión profunda en la periferia para alumbrar una de sus obras más aplaudidas, *La horda*. Blasco frecuentó las calles angostas de Cuatro Caminos, visitó los poblados de traperos en los confines del suburbio y siguió a los cazadores furtivos de Tetuán en sus incursiones nocturnas por los montes de El Pardo. Sus lectores dieron buena cuenta de las peripecias de la "horda miserable y prehistórica" que protagonizaba la novela y vibraron con el obstinado empeño de Isidro Maltrana por ser alguien y triunfar en Madrid. La historia era una metáfora perfecta de

[15] Ramón y Cajal fue el representante más destacado de una modesta hornada de profesionales, funcionarios y creativos que decidieron instalarse en las afueras. En concreto, el afamado médico tuvo su hotelito en uno de los número finales de la calle Almansa. Ramón y Cajal reflexionó en extenso sobre su movimiento hacia las afueras y explicó en diferentes ocasiones las razones médicas y paisajísticas que le llevaron a salir de Madrid y establecerse en un barrio obrero como Cuatro Caminos. Puede verse una información muy completa al respecto en Carlos VIÑAS VALLE: "Santiago Ramón y Cajal en Cuatro Caminos", *Madrid a fondo*, 2013. Disponible en https://madridafondo.blogspot.com/2013/05/santiago-ramon-y-cajal-en-cuatro-caminos.html. Consultado el 14 de diciembre de 2019.

[16] Sobre la Ciudad Lineal de Arturo Soria se ha escrito mucho. Véanse, a modo de ejemplo, Dolores BRANDIS, Rafael MAS: "La Ciudad Lineal y la práctica inmobiliaria de la Compañía Madrileña de Urbanización, 1894-1931", *Ciudad y Territorio*, 3 (1981), pp. 41-76; Miguel Ángel MAURE: *La Ciudad Lineal de Arturo Soria*, Madrid, Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, 1991. La filosofía urbanística que trató de plasmar Soria en los terrenos de la periferia cuadra, a su vez, con los modelos europeos y británicos de "ciudad social" analizados en Patrick JOYCE: *The Rule of Freedom. Liberalism and the Modern City*, Londres, Verso Books, 2003, pp. 171-178.

[17] Así lo contó el propio Baroja en *El Pueblo Vasco*, 18 de septiembre de 1903. En sus crónicas Corpus Barga asoció distintos rincones de Madrid con los autores que más los frecuentaban. La plaza que adjudicó a Pío Baroja fue la de Cuatro Caminos. Véase *El Sol*, 30 de abril de 1928.

[18] *La Libertad*, 17 de marzo de 1932. Canuto González no fue el único en inspirar a Baroja. En las mismas páginas de *Aurora Roja* aparecen Francisco Ruiz, Francisco Suárez y Joaquín Luis Olbes, tres trabajadores del ambiente anarquista de Tetuán de los que se hablará más adelante. A su vez, Baroja contó en el prólogo de *La dama errante* su amistad con Isidro Ibarra, vecino de Cuatro Caminos cuya vida transcurrió entre la militancia libertaria y la causa federal. Véase Pío BAROJA: *La dama errante*, Madrid, Caro Raggio, 2008. Ibarra también tendrá protagonismo en los capítulos que se abren tras esta introducción.

los infranqueables muros que alguien de Cuatro Caminos, un hijo del barrio y de sus desdichas, un nieto de traperos de Tetuán, encontraba cuando ambicionaba cambiar de vida y ascender en el escalafón social[19].

En el Madrid de principios de siglo, Baroja o Blasco Ibáñez podían ser una excepción, la cúspide del canon literario, los reyes de la novela social. Bajo sus altares, sin embargo, bullía una constelación de bohemios, poetas hambrientos, estetas de dudosa moralidad, escritores de folletines eróticos y jóvenes publicistas a la caza de una corresponsalía. Sobre todos ellos el extrarradio ejercía un potentísimo influjo. Por su halo de malditismo y oscuridad, por sus rasgos sociales y topográficos, en parte torvos, en parte atrayentes, o por sus formas de vida al filo del decoro, Cuatro Caminos y Tetuán despertaron siempre su más rendida fascinación. La historia de Eduardo Zamacois, que ocupaba un lugar selecto en esa corte itinerante de bohemios, servirá para ejemplificarlo. Aunque toda su vida fue un ir y venir, un trajinar continuo entre distintas ciudades, cuando estaba instalado en Madrid Zamacois residía junto con su esposa y sus hijos en el céntrico barrio de Dos de Mayo[20]. Mas conviene aquí no confundir el residir con el vivir. Si las calles bien ordenadas en torno a la plaza del Dos de Mayo marcaban el límite de sus experiencias y sus aspiraciones, Cuatro Caminos, más allá de cualquier frontera real o imaginaria, era el lugar en que Zamacois se permitía llevar a cabo la vida que deseaba.

A Cuatro Caminos acudía Zamacois a comer paella y echar la tarde con amigos como Emilio Carrere, poeta decadentista de primer nivel, el periodista Pedro Barrantes, que era un clerófobo de aúpa, o Eduardo Barriobero, literato de buena prosa, abogado de los pobres, federal exaltado y compañero de batallas de Canuto González[21]. Quizá fuera en una de esas comilonas festivas cuando Zamacois conoció a Matilde Lázaro, amante y musa del novelista. En su honor escribió *Punto Negro*. La obra, una novelita corta de alto contenido erótico, fue concebida por Zamacois y su cómplice como medio para hacer unos ahorros y fugarse juntos de Madrid. La proyectada huida no era sino un símil de lo que ambos hacían cada vez que se encontraban furtivamente en Cuatro Caminos, pues para el madrileño del centro la vida de los suburbios era una suerte de evasión constante,

[19] Miles de lectores aprendieron a imaginar el extrarradio con los ojos y la pluma de Baroja o Blasco Ibáñez. No fueron, en todo caso, los únicos escritores de renombre que buscaron refugio o inspiración en Cuatro Caminos y Tetuán. El ya mencionado José Gutiérrez Solana, el pintor Ricardo Baroja, Corpus Barga y Valle Inclán gustaban de hacer excursiones nocturnas por los descampados de las afueras y fijaron una de sus mecas literarias en los cementerios abandonados próximos a Cuatro Caminos. Años más tarde, Jardiel Poncela fue asiduo del café Chumbica, ubicado en la misma glorieta de Cuatro Caminos. Allí dio forma a *Amor se escribe sin H: novela casi cosmopolita*, obra peculiar y divertida que, en algunos momentos, tiene a Cuatro Caminos como telón de fondo. En los treinta Ramón J. Sender escribió *Siete domingos rojos*, una celebradísima novela política protagonizada casi colectivamente por los suburbios. En sus páginas, Cuatro Caminos y Tetuán aparecían retratados como la capital del obrerismo madrileño y, en particular, del movimiento libertario. El mundo donde todos los sueños de emancipación cobraban cuerpo en la realidad.

[20] AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1905.

[21] Emilio Carrere dejó constancia tardía de las andanzas del grupo de bohemios en los Cuatro Caminos en *La Libertad*, 26 de mayo de 1927. Las amistades de Zamacois en José ESTEBAN: "Eduardo Zamacois y su literatura memorialística (una impagable aportación a la no escrita historia de la bohemia madrileña)", *Monteagudo*, 12 (2007), pp. 55-66. Una muestra de la relación entre Canuto y Barriobero en *El País*, 26 de noviembre de 1903. Sobre el multifacético Barriobero, véase José Luis CARRETERO: *Eduardo Barriobero. Las luchas de un jabalí*, Móstoles, Queimada Ediciones, 2017. Otro bohemio de pro, Alejandro Sawa, acostumbraba a pasear a su perro por los desmontes de Cuatro Caminos, donde podía respirar aire puro y admirar la ciudad desde sus alrededores. Véase Andrés TRAPIELLO: "Presentación. El otro", en Alejandro SAWA: *Iluminaciones en la sombra*, Madrid, Nórdica Libros, 2013.

una existencia sin responsabilidades ni miradas censoras. Allí no había por qué parecer respetable. El hilo argumental de *Punto Negro* era la propia historia de amor imposible de Zamacois y Matilde Lázaro. Y el escenario viviente de tanto embrollo, como también sucediera en otras publicaciones del autor, no era otro que ese barrio feo y sórdido, pero a la vez querido y glorificado, que era Cuatro Caminos[22].

Los suburbios constituían un punto y aparte respecto a la vida que se desarrollaba en el resto de la ciudad. Si la Puerta del Sol era el centro del Madrid liberal, la glorieta de Cuatro Caminos era la particular zona cero del Madrid contestatario, el ágora en que se encontraban los distintos, la puerta de entrada de la ciudad proletaria[23]. Tras dicha cancela simbólica aparecía ante los ojos del paseante un mundo de posibilidades, un campo de pruebas para revolucionarios de todo pelaje. Así, sabemos que algunas de las figuras más señeras del entorno librepensador madrileño, como José Nakens, Ramón Chíes, Damián Castillo o Rafael Delorme, gustaban de hacer proselitismo en las calles perdidas del arrabal de Tetuán, donde a buen seguro hallaban mejor acogida para sus ideas y mayores oportunidades para su puesta en práctica que en la capital. Acudían a meriendas en casa de Francisco Ruiz, impartían conferencias en el Juego de Pelota, el frontón propiedad de Román Martín, o intercambiaban folletos y propaganda con el infatigable Pedro Moratilla. Francisco, Román y Pedro eran tres agitadores de la barriada, tres alquimistas de la política popular que, con sus acciones y con sus luchas, echaron abajo el muro de silencio que rodeaba al suburbio y se ganaron el respeto y la admiración de correligionarios de todo Madrid[24].

La asociación entre el extrarradio y el balbuciente movimiento anarquista resultaba igualmente evidente. Soledad Gustavo y Federico Urales (seudónimos de Teresa Mañé y Juan Montseny) decidieron esconderse en la periferia madrileña cuando regresaron del exilio a finales de 1897. Como maestros laicos e intelectuales del ambiente ácrata catalán, Soledad y Federico se vieron arrastrados por la espiral de represión de los procesos de

---

[22] Por ejemplo, *El Seductor*, de 1916. Sobre la vida y obra de Zamacois, véase: José Ignacio CORDERO GÓMEZ: *La obra literaria de Eduardo Zamacois*, Madrid, Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense de Madrid, 2007. Salvando las evidentes distancias, las correrías de los bohemios en Cuatro Caminos recuerdan a las aventuras de los hombres de la clase alta londinense en los barrios populares y de mestizaje social como el Soho. Estos londinenses acomodados, que llevaban durante el día una vida respetable, cambiaban sus ropajes por la noche, y se entregaban a una vida de desenfreno. Allí disfrutaban de un ocio alternativo al reglado y estipulado propio de sus ambientes de sociabilidad habituales. Véase Judith WALKOWITZ: *Nights Out. Life in Cosmopolitan London*, New Haven, Yale University Press, 2012, especialmente su séptimo capítulo, "The Shady Nightclub" (pp. 209-252).

[23] Cuatro Caminos como Puerta del Sol proletaria en Moncho ALPUENTE: "Orgullo de casta", *El País*, 16 de marzo de 1994. Disponible en https://elpais.com/diario/1994/03/16/madrid/763820688_850215.html. Consultado el 13 de diciembre de 2019.

[24] Los nombres de Nakens, Chíes, Castillo y Delorme aparecerán reiteradamente en los siguientes capítulos, pues estuvieron muy vinculados a los citados librepensadores de Tetuán. José Nakens, además, fue amigo de Canuto González y se vio implicado junto con el mismo en el intento de huida de Mateo Morral. Sobre José Nakens, véase: Manuel PÉREZ LEDESMA: "José Nakens (1841-1926). Pasión anticlerical y activismo republicano", en Isabel BURDIEL, Manuel PÉREZ LEDESMA (coords.): *Liberales, agitadores y conspiradores: biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa Calpe, 2000, pp. 301-330. Acerca de Ramón Chíes, véase Javier DE DIEGO: "Ramón Chíes (1845-1893), librepensamiento y cultura en la España de la Restauración", en José Luis CASAS, Francisco DURÁN (coords.): *Historia y biografía en la España del siglo XX: II Congreso sobre el republicanismo*, Córdoba, Patronato Niceto Alcalá Zamora, 2003, pp. 441-460. Rafael Delorme además de librepensador fue bohemio asociado al movimiento germinalista, razón doble para frecuentar los suburbios. Francisco Ruíz, Román Martín y Pedro Moratilla protagonizarán los dos siguientes capítulos, donde habrá ocasión de extenderse en sus biografías.

Montjuich. Tras un destierro temporal en Londres y París, la pareja se instaló en un pequeño hotelito con huerto en la calle Cristóbal Bordiú, a escasos metros de la glorieta de Cuatro Caminos[25]. En esa casa dieron vida a algunas de las cabeceras más célebres del anarquismo español: *La Revista Blanca* y *Tierra y Libertad*. Y allí también nacería una niña llamada a cambiar la historia, Federica Montseny. Por esa misma época llegó a la barriada Fermín Salvochea, icono para los revolucionarios de todo el país. Salvochea había estado al frente del cantón de Cádiz de 1873 y había llegado a ocupar la alcaldía de la ciudad gaditana durante un brevísimo período de tiempo. Después había pasado casi tantos años en presidio como en libertad, y recién recuperada esta, cuando Salvochea se mudó a la capital, residió unos meses en Cuatro Caminos[26]. El médico Pedro Vallina, libertario también, y muy joven en los años de cambio de siglo, recuerda en sus memorias las reuniones que los anarquistas madrileños tenían en la barriada[27]. Aquellos encuentros son altamente ilustrativos de la importancia política que empezaba a adquirir la periferia. No se trataba de reuniones sectoriales o de asambleas de los militantes de la zona. Lo que había en Cuatro Caminos no era una sucursal de una sede principal instalada en el centro de la ciudad, sino el foco mismo del anarquismo madrileño, su núcleo irradiador[28].

Junto a los nombres de Soledad Gustavo, Federico Urales, Fermín Salvochea o Pedro Vallina, más reputados, había en la barriada una nutrida legión de anarquistas y republicanos federales, que por aquellos años compartían espacios de actividad política y numerosos puntos de su ideario. Se juntaban en el teatro Hernani, donde establecieron un centro de enseñanza racionalista (La Educación del Porvenir), en la taberna de Isidro Ibarra, amigo de Canuto González y editor del gran intelectual libertario Ricardo Mella, o en Villa Constancia, el merendero del propio Canuto, donde se recogieron fondos para la escuela laica y se hicieron multitud de mítines a los que acudían correligionarios de toda la ciudad. Pululaban por esos ambientes personajes como Abelardo Saavedra, conocido pedagogo anarquista, el militar y periodista Ubaldo Romero Quiñones, que había sido dirigente de la Federación Regional Española de la AIT, el omnipresente Eduardo Barriobero o Ricardo Yesares, compañero de aventuras literarias de Zamacois y el resto de bohemios[29].

---

[25] AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1900.

[26] Salvochea llegó a Cuatro Caminos en 1901. Véase Juan CEJUDO: "Síntesis de la biografía de Fermín Salvochea", *CNT Puerto Real*, 2012. Disponible en http://puertoreal.cnt.es/bilbiografias-anarquistas/2730-sintesis-de-la-biografia-de-fermin-salvochea.html. Consultado el 18 de diciembre de 2019.

[27] Pedro VALLINA: *Mis memorias*, Sevilla, Centro Andaluz del Libro, 2000.

[28] Ejemplos de estas reuniones en *La Revista Blanca*, 1 de octubre de 1904 y 17 de noviembre de 1904. Las primeras publicaciones anarquistas también estuvieron ligadas a Tetuán, donde se editaba en el año 1907 el periódico libertario *Rebelión*. Véase Francisco MADRID: *La prensa anarquista y anarcosindicalista en España desde la I Internacional hasta el final de la Guerra Civil*, Tesis Doctoral, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1988-1989.

[29] La fundación de la escuela en *El Liberal*, 20 de octubre de 1904. De la relación de camaradería entre Isidro Ibarra, afincado en Almansa 3, y Canuto González, a una manzana de distancia, en Bravo Murillo esquina con Doctor Santero, existen decenas de muestras en prensa. Véase, a modo de ejemplo, *El País*, 5 de agosto de 1903. La condición de Ibarra de editor de Ricardo Mella en Ignacio C. SORIANO, Francisco MADRID: *Antología documental del anarquismo español. Bibliografía del anarquismo en España, 1868-1939*, Madrid, 2016, p. 268. Su taberna es recordada por Pi i Margall en sus memorias. Véase Antoni JUTGLAR: *Pi y Margall y el federalismo español. Vol. II*, Madrid, Taurus, 1976, p. 839. También aparece repetidas veces en prensa, por ejemplo en *El Motín*, 26 de abril de 1902. El mitin de inauguración de la escuela racionalista de la calle Hernani se produjo en Villa Constancia, donde también se recogieron suscripciones. Véase *El País*, 3 de noviembre de 1904. En Villa Constancia se celebraron más de una

BIBLIOTECA
DE
"LA REVISTA BLANCA,,

LA CONQUISTA DEL PAN — Por P. Kropotkine.—2 pesetas.
LA SOCIEDAD FUTURA — Por Soledad Gustavo.—20 céntimos.
EL PROBLEMA SOCIAL — Por P. Kropotkine, y la biografía de éste, escrita por Anselmo Lorenzo.—30 céntimos.
Almanaque ilustrado — de «La Questione Sociale», para 1900.—70 cts.
LEY DE HERENCIA — Drama en cuatro actos, por Federico Urales.—1 peseta.
HONOR, ALMA Y VIDA — Drama en tres actos, del mismo autor.—1 peseta.
EL IDEAL DEL SIGLO XX — Por Palmiro de Lidia.—30 céntimos.
LA ESCLAVITUD ANTIGUA Y LA MODERNA — Por Emilio Z. Arana. — 30 céntimos.
LOMBROSO Y LOS ANARQUISTAS — Por Ricardo Mella.—1 peseta.
SOCIOLOGÍA ANARQUISTA — Por J. Montseny.—75 céntimos.
EL SOCIALISMO Y EL CONGRESO DE LONDRES — Por A. Hamon.—1 peseta.
Conferencias populares sobre sociología. — Por A. Pellicer.—75 céntimos.
LA PESTE RELIGIOSA — Por J. Most.—20 céntimos.
La Sociedad, su pasado, su presente y su porvenir. — Por Emilio Z. Arana. 35 céntimos.
EL ESPIRITU REVOLUCIONARIO — Por P. Kropotkine.—20 céntimos.
La mujer y la familia. — Por Emilio Z. Arana.—50 céntimos.
Colección del primer año de LA REVISTA BLANCA — 4 pesetas.
LA LEY Y LA AUTORIDAD — Por P. Kropotkine.—20 céntimos.
La Medicina y el Proletariado. — Por Emilio Z. Arana.—30 céntimos.
EL AMOR LIBRE — Por Carlos Albert.—2 pesetas.

Ilustración. Biblioteca de *La Revista Blanca*, editada en Cuatro Caminos por Federico Urales y Soledad Gustavo. Fuente: *La Revista Blanca*, 1 de julio de 1900.

A los ejemplos de bohemios, anarquistas o federales cabría sumar el de los socialistas. Es sabido que Cuatro Caminos y Tetuán fueron dos de los principales graneros de voto del partido acaudillado por Pablo Iglesias o que la sociedad de albañiles El

veintena de actos de masas republicanos, anticlericales y librepensadores. Allí, además, entró oficialmente a formar parte del republicanismo Benito Pérez Galdós. Véase *El Heraldo de Madrid*, 5 de abril de 1907. Abelardo Saavedra fue el maestro de la escuela laica. Véase *La Revista Blanca*, 27 de octubre de 1904. Saavedra, llegado desde Sevilla para dirigir el centro de enseñanza, se implicó a fondo en los problemas de sus convecinos y no dudó en ponerse al frente de algunas de sus luchas, llamando a la huelga de inquilinos contra los propietarios usureros. Véase *Tierra y Libertad*, 15 de diciembre de 1904 y 22 de diciembre de 1904. Ubaldo Romero Quiñones fue un orador habitual en los mítines de Villa Constancia en pro de las escuelas laicas. Véase, por ejemplo, *El País*, 3 de noviembre de 1904. El rastro de Barriobero y Yesares en Cuatro Caminos es enorme y se extiende por más de una década. Ambos se vieron implicados, junto con Canuto González e Isidro Ibarra, en diversas aventuras políticas, algunas de las cuales terminaron entre barrotes. Barriobero, además, era muy cercano a Vallina, que narra las peripecias de ambos en sus ya citadas memorias. Yesares habitaba en Almansa 16 y había sido miembro fundador de diversas iniciativas editoriales como *La Democracia Social* o *Germinal.*

Trabajo, perteneciente a UGT, tuvo una importante cantera de afiliados en la periferia. La relación, sin embargo, no terminaba ahí. Muchos de los dirigentes obreros de primera hora estuvieron estrechamente vinculados a los suburbios. Largo Caballero residió en la zona de la Dehesa de la Villa en una colonia de casitas modernas en la que también tuvieron su vivienda Juan José Morato, publicista, traductor e historiador oficial del movimiento, Vicente Barrio, máximo dirigente de la Agrupación Socialista Madrileña o Antonio García Quejido, primer presidente de la UGT y, a la postre, primer secretario general del Partido Comunista de España en 1921. Poco después llegaría a Cuatro Caminos la familia de otro destacado líder obrero, Wenceslao Carrillo, padre de Santiago Carrillo. Para todos ellos, igual que para miles de socialistas anónimos, la periferia era el símbolo de un nuevo comienzo, una vía de escape de la ciudad liberal[30]. Quizás por ello la Dehesa de la Villa y el resto de espacios verdes de las afueras se convirtieron en escenario de manifestaciones sindicales y jiras campestres cada Primero de mayo[31].

En el imaginario colectivo los nombres de Cuatro Caminos y Tetuán estaban íntimamente ligados a formas de vida o fenómenos sociales heterodoxos. El extrarradio era un terreno con un magnetismo espectacular. Un punto especialmente sensible a la innovación o a la transgresión de roles y convenciones. Aunque el paisaje de estas barriadas era humilde y sus servicios resultaban deficientes, sus calles, sus merenderos y sus tabernas marchaban al compás de los nuevos tiempos y servían como referencia para el madrileño de a pie. Del mismo modo que este encontraba género fresco a bajo coste en los mercados al descubierto de Cuatro Caminos y Tetuán, también podía hallar productos políticos alternativos en clubes, imprentas y otros centros de sociabilidad del extrarradio. Si quería, sabía a dónde debía acudir. A Villa Constancia, a la calle Hernani, a los descampados. Frente al sosiego político de determinadas áreas de la ciudad, donde primaban las formas suaves, el buen gusto de la retórica parlamentaria y la charla de café, en Cuatro Caminos y Tetuán la cápsula liberal estaba hecha añicos y desfilaban ante los ojos de la sociedad, orgullosas y desvergonzadas, todas las promesas de destrucción del orden, todas las ensoñaciones de un mundo nuevo.

Poco a poco los suburbios dejaron de ser el lugar en el que se ventilaban pleitos exóticos de alcance local, como las violentas disputas en torno al fielato o las fabulosas comisiones de vecinos en demanda de infraestructuras, para convertirse en uno de los puntos de mayor ebullición política de la ciudad. El madrileño medio, aquel que había mirado con una mezcla de asombro e indiferencia las luchas particulares del suburbio,

[30] Las viviendas de Barrio y García Quejido en la Dehesa de la Villa, adquiridas cuando ambos eran concejales del Ayuntamiento de Madrid, fueron objeto de censura por parte de la prensa conservadora, que acusaba a los socialistas de haber construido sus inmuebles sobre suelo público. Como consecuencia de ello en los años diez se publicaron numerosos artículos a favor o en contra. En ellos, además, salió a relucir la identidad de otros de los socialistas propietarios de pequeñas casitas en la zona como Morato o Largo Caballero. Véase, únicamente a modo de ejemplo, *El Mentidero*, 30 de octubre de 1915. Véase también Julio ARÓSTEGUI: *Largo Caballero. El tesón de la quimera*, Madrid, Debate, 2013. Antes de residir en la Dehesa de la Villa, Juan José Morato vivía en pleno barrio obrero de Cuatro Caminos, en el número 17 de la calle Carlos Latorre. Véase *El Motín*, 26 de enero de 1911. Muy cerca de la vivienda de Morato, en la calle Topete, tuvo su casa la familia Carrillo desde principios de los años veinte. Véase AVM, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid, 1930.

[31] Se aborda este asunto en Luis DE LA CRUZ: "Entre el ocio y la reivindicación: las jiras socialistas del Primero de Mayo en la Dehesa de la Villa (Madrid)", *Ser Histórico*, 2019. Disponible en https://serhistorico.net/2019/07/11/entre-el-ocio-y-la-reivindicacion-las-jiras-socialistas-del-primero-de-mayo-en-la-dehesa-de-la-villa-madrid/#_ftnref3. Consultado el 19 de diciembre de 2019.

pues le resultaban tan insólitas como lejanas, se sentía, sin embargo, inexcusablemente concernido por el peso que comenzaban a adquirir las barriadas periféricas en asuntos que, ahora sí, tenían una dimensión urbana o, incluso, nacional. Ya no era simplemente que en las afueras ocurrieran cosas diferentes. Es que los retos y desafíos que enfrentaba la sociedad urbana de principios del siglo XX encontraron en el extrarradio el mejor cauce para crecer y propagarse. Allí campaban a sus anchas los revolucionarios. Allí se reunían todas las figuras proscritas del panteón literario o se ponían en práctica las últimas recetas del urbanismo europeo. Allí se gestaban protestas, huelgas o iniciativas editoriales iconoclastas. Si los motines contra los guardias o las pedreas contra tranvías y automóviles respondían a lógicas propias del suburbio, los nuevos acontecimientos que tenían lugar en la periferia afectaban a toda la ciudad. Los ideólogos, escritores, empresarios o sindicalistas que frecuentaban las afueras contribuyeron a situar a Cuatro Caminos y Tetuán en el mapa.

A lo largo de la primera sección de esta tesis doctoral hemos estudiado el proceso de conformación de la cultura política popular de los suburbios. Tal y como se ha tratado de mostrar, dicha cultura política era esencialmente contrahegemónica: se expresaba a través de prácticas tumultuosas, callejeras y multitudinarias; tenía como protagonistas a hombres y mujeres pobres; despreciaba muchos de los valores y procedimientos típicos del juego político liberal; y privilegiaba como ejes fundamentales del debate colectivo algunos conflictos que hasta entonces se había considerado que no eran asuntos políticos sino negociado de técnicos, gestores y expertos. El suelo común de esta cultura política popular era un conjunto de reglas básicas, sentidos comunes, lenguajes y experiencias que manaban de la vida cotidiana en los barrios periféricos. Muchos vecinos imaginaban el mundo y sus derechos a partir de unas lentes propias del suburbio. Sin embargo, creemos que para poder hablar de cultura política no basta con señalar que en Cuatro Caminos y Tetuán existiera una manera común de entender la vida en sociedad o de participar en el espacio público. Ese *ethos* o esa identidad habían de resultar evidentes no solo para los individuos que compartían esos atributos, prácticas y valores sino también para cualquier observador, para cualquier madrileño que comentara la actualidad en una barbería, a la salida de misa, en el descanso del trabajo o en la cola del ultramarinos. Lo que hacía que una cultura política como la del suburbio adquiriera verdadera entidad era, precisamente, la identificación social: que sus rasgos básicos fueran fácilmente reconocibles para el ciudadano del montón. Y para ello fue crucial que los nombres de Cuatro Caminos y Tetuán comenzaran a aparecer asociados a los de personas y proyectos de tanta trascendencia como los del núcleo irradiador del anarquismo madrileño, la bohemia más irreverente, las grandes operaciones inmobiliarias o los primeros líderes socialistas[32].

Quizá resulte útil a este respecto recordar las enseñanzas de Benedict Anderson sobre el origen del nacionalismo. Para Anderson los ingleses únicamente tomaron conciencia de pertenecer a una misma comunidad nacional cuando millones de individuos que no se conocían se encontraron leyendo cada mañana noticias idénticas o cuando,

[32] Un ejemplo de estudio de imaginario político sobre los suburbios en Annie FOURCAUT: *Bobigny, banlieue rouge*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1986. En los dos primeros capítulos la autora muestra la construcción del mito del suburbio rojo y confronta dichos estereotipos con la realidad política.

como resultado de la expansión del mercado editorial y la alfabetización, otros tantos millones de ciudadanos disfrutaban simultáneamente de las mismas novelas. Gracias a lo que el autor denomina "capitalismo impreso", muchos hombres y mujeres pudieron ir más allá de su horizonte de referencias primarias y se imaginaron como parte de una misma colectividad, la nación[33]. Algo parecido, aunque a una escala mucho más reducida y modesta, es lo que sucedió en la ciudad de Madrid respecto a las formas de hacer política predominantes en Cuatro Caminos y Tetuán. La cultura política del suburbio devino una realidad incontestable cuando en cualquier rincón de la capital personas que jamás habían estado en el extrarradio tenían un diagnóstico similar o una impresión común sobre lo que ocurría o sobre lo que creían que podía ocurrir en la periferia. Para algunos, Cuatro Caminos y Tetuán eran un símbolo esperanzador. El contexto en el que las utopías podían hacerse realidad. Para otros, el extrarradio era un rincón siniestro que infundía temor o respeto. Fuera lo que fuese aquello que se pensara, lo que estaba claro a finales del siglo XIX era que los suburbios tenían algo especial o distintivo, algo que los hacía reconocibles para cualquier madrileño[34].

Al margen de los diferentes ejemplos señalados en esta introducción, lo que verdaderamente contribuyó a que los madrileños percibieran el suburbio como una realidad singular fue que allí impactaran con más intensidad que en ningún otro sitio algunas de las querellas más candentes del momento, como el galopante anticlericalismo, la violencia política o la protesta obrera. Cuatro Caminos y Tetuán se convirtieron en el escenario en que tomaban cuerpo los fenómenos que habitualmente han interesado a los historiadores políticos: el mitin, el atentado, la huelga revolucionaria, la conspiración, la barricada. Asuntos y cuestiones del mayor calado. Disputas de carácter universal que se hibridaban con los intereses cotidianos de los vecinos de la periferia. Pero también viceversa. Preocupaciones cotidianas de los donnadie de las afueras que entroncaban o se mezclaban con causas muy superiores a las de la construcción de la barriada. Así, sirviéndonos de diferentes casos que asaltaron las portadas de la época, en las siguientes páginas profundizaremos en una de las características básicas de la cultura política del suburbio: su publicidad, su fama, su notoriedad. En un primer capítulo examinaremos el nombre que Cuatro Caminos y Tetuán empezaron a labrarse como cuna del anticlericalismo más intransigente, pero también como objeto de deseo para los sectores más combativos del catolicismo social. En un segundo capítulo nos centraremos en el papel que los suburbios desempeñaron como punto de fragua de diversas tramas terroristas, así como lugar de huida para activistas implicados en episodios violentos. Finalmente, en el último capítulo de la sección abordaremos la creciente (y conflictiva) vinculación entre la geografía suburbana y la política obrera. Una vinculación que alcanzó su cenit cuando en agosto de 1917, en el seno de la primera huelga revolucionaria habida

[33] Benedict ANDERSON: *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

[34] En ese sentido ya se ha insistido en esta tesis doctoral en que los barrios de Cuatro Caminos y Tetuán podrían ser analizados con el concepto de "heterotopía" acuñado por Foucault. Véase Michel FOUCAULT: "Of Other Spaces", *Diacritics*, 16 (1986), pp. 22-27. Un ejemplo inspirador que combina las enseñanzas de la geografía crítica, la historia urbana y el concepto de heterotopía para estudiar actitudes e identidades políticas en Katrina NAVICKAS: *Protest and the Politics of Space and Place, 1789-1848*, Manchester, Manchester University Press, 2016. Una aproximación para el caso madrileño en Carlos HERNÁNDEZ QUERO, Rubén PALLOL: "La política desde los márgenes. Heterotopías urbanas y culturas políticas en el Madrid moderno, 1860-1936", en Manuel MONTERO (ed.): *La ciudad y el progreso. La construcción de la modernidad urbana*, Granada, Comares, 2020, pp. 145-163.

en España, Cuatro Caminos y Tetuán mantuvieron en jaque a las autoridades días después de que la revuelta hubiera sido sofocada en el resto de la ciudad y en casi todo el país.

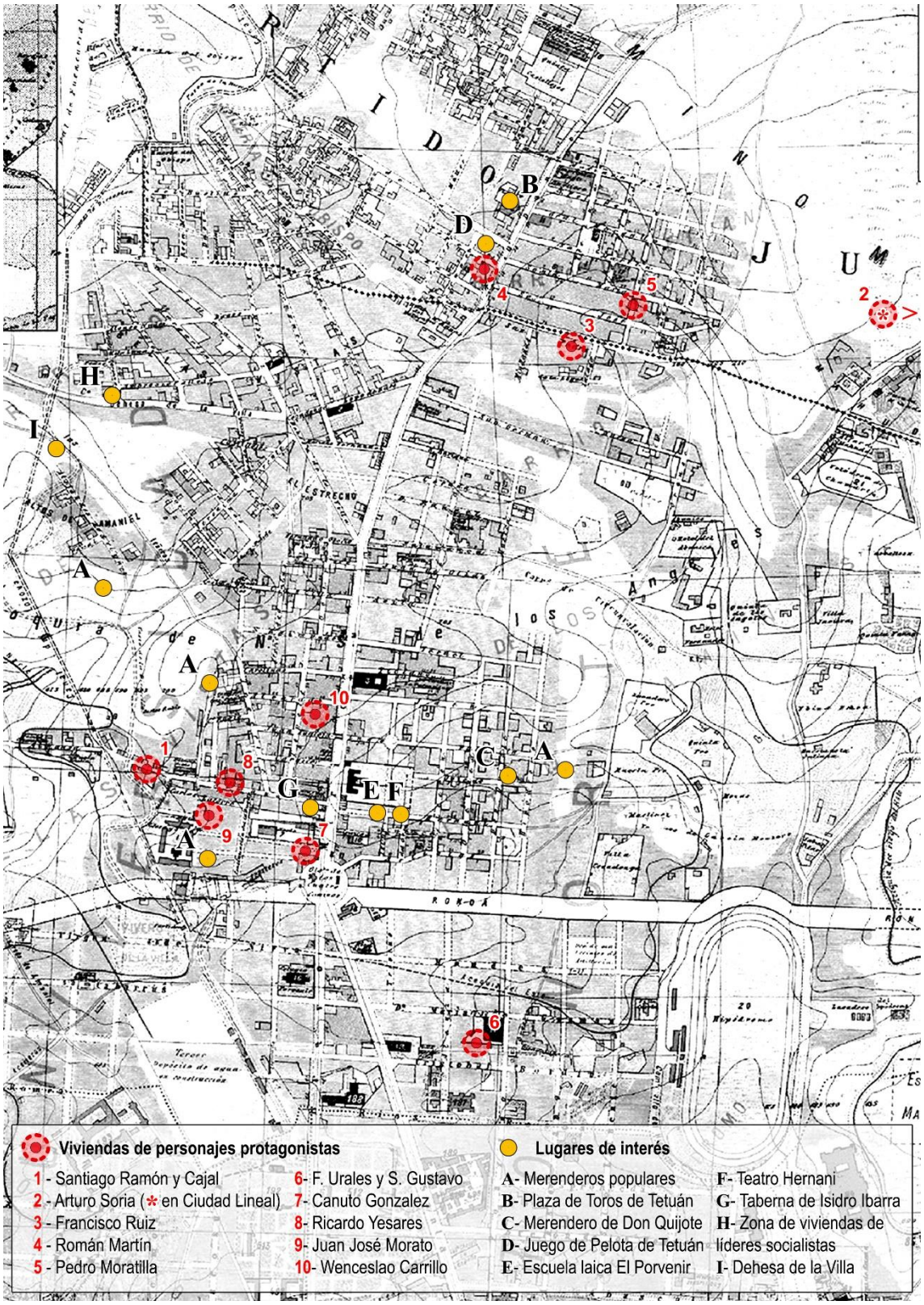


Figura. Lugares destacados de Cuatro Caminos y Tetuán. Elaboración propia a partir de Facundo CAÑADA: *Plano de Madrid y pueblos colindantes al empezar el siglo XX*, Madrid, 1900.

CAPÍTULO 4. GUERRA CULTURAL EN LAS AFUERAS. LA LUCHA POR LA DEFINICIÓN DEL ESPACIO PÚBLICO DE LOS SUBURBIOS

Vendedores ambulantes, niños, traperas y amas de casa habían logrado obstaculizar algunos de los planes que el consistorio reservaba para las afueras. A primera vista, sus batallas parecen conflictos menores, indignos de aparecer en los balances historiográficos. A fin de cuentas, ¿qué habían hecho aquellos sujetos sin importancia como para merecer la reflexión de algún investigador? Si por política se entiende la enunciación de discursos, el apostolado ideológico o la acción de gobierno, claro está que poco o nada llevaron a cabo los donnadie de la periferia para modificar el rumbo del pasado. En cambio, si se deja a un lado esta definición y se observa la política a ras de suelo, desde una perspectiva más antropológica y atenta a las preocupaciones cotidianas de la gente corriente, salen a relucir otros elementos que es preciso poner en valor. Los políticos de alcantarilla del suburbio eran unos completos desconocidos para el madrileño medio pero gozaban de reputación en las calles de las afueras. Con sus acciones y sus protestas ayudaban a fijar posiciones y contribuían a producir imágenes mentales sobre el lugar que el extrarradio ocupaba en la urbe o el rol que sus habitantes podían desempeñar en los asuntos públicos. Estos artesanos de la política popular podían ser referentes sólidos, cercanos y fiables para unos vecinos recelosos de las instituciones. Frente a la distancia de los burócratas y la frialdad de sus representantes, el mensaje que se escuchaba en los motines o en las declaraciones en sede judicial era llano, directo y compartido.

Las gentes de Cuatro Caminos y Tetuán habían puesto en tela de juicio los pilares del sistema: el orden fiscal, el papel llamado a ejercer por los de abajo en la gestión del día a día, el respeto a las autoridades, el uso correcto de las calles o los consensos que podían someterse a discusión. Todo había sido desafiado por un puñado de individuos pobres, mal instruidos y peor relacionados que tomaron creciente conciencia de su capacidad para torcer los designios de las elites y esquivar la aplicación del código. En la periferia soplaban vientos de cambio y esto también afectó a otra de las instituciones sobre las que descansaba la fortaleza del régimen de la Restauración: la Iglesia.

En la medida en que los barrios apartados como Cuatro Caminos o Tetuán eran zonas de reciente creación, todo estaba por hacer allí. Todo aquello que se daba por sentado en la urbe ya consolidada, como la existencia de escuelas, iglesias o cementerios, era una tarea pendiente en los suburbios y, en consecuencia, materia de debate y confrontación. Esta ausencia de las infraestructuras más básicas que acompañaban a los ciudadanos a lo largo de su vida hizo del extrarradio un terreno particularmente fértil para seguir el enfrentamiento entre diferentes maneras de entender la naturaleza del espacio público: una, la amparada por un Estado liberal pero confesional, que resaltaba la preponderancia del ritual católico en la organización de la vida civil; otra, más secularizada y deudora de los movimientos laicos, que propugnaba la emancipación de la tutela religiosa y la configuración de un espacio público libre de intromisiones clericales.

La disputa entre católicos y librepensadores no era algo privativo de los suburbios. La querella había arrancado largo tiempo atrás y surcaba todas las capas y espacios de la sociedad. Por supuesto que en el interior de la ciudad había grupos

promotores de escuelas laicas o congregaciones que clamaban por una presencia más constante de los católicos en las calles. Sin embargo, lo que hacía singular al extrarradio era su condición de nuevo mundo y las oportunidades que esa naturaleza virgen brindaba a los distintos actores sociales. Ante la falta de un orden previo, ante la ausencia de un telón de fondo ya establecido y tácitamente aceptado por todos y ante la incomparecencia de la administración, la batalla por definir la orientación del nuevo espacio público de las grandes periferias resultó más abierta y encarnizada que en ningún otro sitio. Por un lado, curas, misioneros o catequistas vieron en estos barrios dejados de la mano del Estado la ocasión para una nueva evangelización, para un rearme ideológico. Por otro, masones, librepensadores y anticlericales madrileños se sirvieron del relativo desinterés de las instituciones para sembrar en los suburbios la semilla de una nueva humanidad. En mitad de esta pelea entre cosmovisiones con pretensiones de universalidad se encontraban los vecinos de la periferia, ya fueran devotos, ya ateos. Para ellos, más que de una lid en torno a grandes causas, se trataba de una lucha por definir bajo qué parámetros se organizaría la vida en común en la barriada: cómo sería la educación de los niños, los enlaces matrimoniales, las fiestas colectivas o el entierro de los difuntos.

El artículo 11 de la Constitución de 1876 señalaba que España era una nación católica, emplazaba a los gobernantes a mantener el culto y supeditaba la libertad de expresión al respeto a la moral cristiana. No obstante, como ya se ha visto, muchas de las leyes vigentes eran papel mojado en Cuatro Caminos y Tetuán, donde el día a día discurría al margen de los cauces establecidos por el poder. Paradójicamente, un régimen tan preocupado por lo que se podía o no decir en público y tan comprometido en la defensa de la religión creó, con su indiferencia o incapacidad para paliar la miseria que se extendía por las afueras de la gran ciudad, las condiciones precisas para que los habitantes del montón pusieran en entredicho las reglas básicas de la esfera pública liberal. Al construir desde abajo su entorno de vida y organizar sus correspondientes infraestructuras (cementerios civiles, colegios racionalistas, espacios de reunión) los individuos de la periferia desafiaron las nociones hegemónicas en torno a la religión y rompieron de facto la distinción oficial entre lo público (el ritual católico) y lo privado (las opiniones y prácticas críticas con la religión)[1]. El nombre de los hijos, si eran o no bautizados, los libros que se leían en la enseñanza infantil o la manera de afrontar la muerte, cuestiones aparentemente íntimas, se convirtieron en asuntos políticos. En ese sentido, el extrarradio parecía la avanzadilla de una guerra cultural que alcanzaría el paroxismo en los años treinta. En sus plazas, en sus pupitres o en sus púlpitos el tablero político parecía mucho más imprevisible que en el corazón de la Monarquía[2].

En las siguientes páginas nos aproximaremos a algunos de los episodios más significativos de esa lucha cultural a partir de un análisis micro. Los protagonistas del

[1] Sobre este asunto, véase Carlo GINZBURG: *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Muchnik Editores, 1999.

[2] La Restauración como guerra cultural en Joseba LOUZAO: "Catholicism Versus Laicism: Culture Wars and the Making of Catholic National Identity in Spain, 1898-1931", *European History Quarterly*, 43 (2013), pp.657-680; Francisco Javier RAMÓN SOLANS: "'El catolicismo tiene masas'. Nación, política y movilización en España, 1868-1931", *Historia Contemporánea*, 51 (2015), pp. 427-454. Claves teóricas y una visión a escala europea en Christopher CLARK, Wolfram KAISER (coords.): *Culture Wars. Secular-Catholic Conflict in Nineteenth Century Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.

relato serán los miembros de un grupo de librepensadores particularmente activo en Tetuán en los años ochenta y noventa del siglo XIX, pero también sus replicantes católicos: curas y fieles entregados a una tarea de recristianización de la periferia[3]. El conocimiento abundante que de unos y otros tenemos permitirá desvelar cómo se tejían los anhelos, prejuicios y temores en torno a la secularización del espacio público en un pequeño barrio de las afueras y cómo este barrio se convirtió por momentos en una trinchera de excepción para jesuitas, neocatólicos y anticlericales de toda la ciudad. Los casos seleccionados, además, condensan las principales líneas de fractura de un conflicto que se repitió durante décadas con similares caracteres, sentimientos y reivindicaciones en las calles de Cuatro Caminos y Tetuán[4].

1. El arrabal descreído contra el villorrio medieval

El domingo 1 de agosto de 1886 se cerraba una semana negra en el arrabal de Tetuán de las Victorias. Unos días antes había fallecido el niño Giordano Vargas, que con solo dos meses de vida no pudo superar una de tantas enfermedades que asolaban a los hijos de las familias menesterosas. Sus padres, librepensadores convencidos, habían dado ese nombre al recién nacido con la esperanza de que su vida discurriera al margen de los criterios dictados por la moral católica. Giordano Bruno había sido un astrónomo, filósofo y matemático italiano del siglo XVI quemado en la hoguera por sus opiniones heréticas sobre el universo. También sus tratados fueron pasto de las llamas. Bruno ocupaba un lugar especial en el santoral laico, necesitado, como el religioso, de hombres de conducta recta que mostraran el camino. En su caso, el científico italiano era admirado por librepensadores de todo el mundo por la firmeza con la que encaró sus últimas horas[5]. Tras años de juicio, el reo se mantuvo firme ante sus ejecutores y se negó a retractarse en plaza pública. Había creencias e ideas que traspasaban la conciencia individual y afectaban a todos. Causas de las que jamás se podía abjurar en público. Algo así debieron de pensar los progenitores del niño Giordano, que convirtieron su entierro en una manifestación de laicismo, como la muerte del

[3] Luis de la Cruz me puso tras la pista de algunos de los asuntos que se analizan en este capítulo con su texto Luis DE LA CRUZ: "Librepensadores y anarquistas de Tetuán en el Madrid de la Restauración: juntos y revueltos", *Tetuán Combativo*, 2015. Disponible en https://tetuancombativo.org/librepensadores-y-anarquistas-de-tetuan-en-el-madrid-de-la-restauracion-juntos-y-revueltos/. Consultado el 10 de junio de 2019. Agradezco al autor su generosidad, consejos y estímulo.

[4] Los términos de "guerra cultural" o "lucha cultural" se han popularizado en los últimos tiempos a raíz de los debates sobre las políticas de la identidad en Estados Unidos y el ascenso de una nueva derecha esencialmente culturalista. El análisis que se presenta en las siguientes páginas bebe de las reflexiones surgidas de este debate y pretende subrayar, en clave thompsoniana, la importancia de las cosmovisiones, símbolos y formas de vida populares para la comprensión de los fenómenos políticos. Sobre el término de "guerra cultural", véase Morris P. FIORINA, Samuel J. ABRAMS, Jeremy C. POPE: *Culture War. The Myth of a Polarized America*, Nueva York, Longman, 2010. Algunos ejemplos inspiradores en Thomas FRANK: *What's the Matter with Kansas? How Conservatives Won the Heart of America*, Nueva York, Metropolitan Books, 2004; Kathy CRAMER: *The Politics of Resentment. Rural Consciousness in Wisconsin and the Rise of Scott Walker*, Chicago, University of Chicago Press, 2016; Arlie Russell HOCHSCHILD: *Strangers in Their Own Land: Anger and Mourning on the American Right*, Nueva York, The New Press, 2016. La mirada culturalista de Thompson en Edward Palmer THOMPSON: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Capitán Swing, 2012.

[5] En 1885, al cumplirse 285 años de su ejecución, los librepensadores españoles convocaron distintas movilizaciones en homenaje. Véase Óscar ANCHORENA: *El republicanismo en Madrid. Movilización política y formas de sociabilidad, 1874-1923*, Tesis Doctoral, Madrid, UAM, 2019, p. 104 y p. 130.

matemático lo había sido de perseverancia ante el dogma eclesiástico. La ceremonia fue organizada por las activas huestes de librepensadores de la barriada, pero a Tetuán se desplazaron correligionarios y periodistas de todo Madrid. Agrupados en torno al féretro, que lucía las fechas de vida tanto del Giordano Bruno original como las del pequeño fallecido, los asistentes marcharon silenciosamente desde las casuchas del suburbio obrero hacia el viejo cementerio de Chamartín de la Rosa, el pueblo centenario del que dependían administrativamente los vecinos de Tetuán. Luto y reivindicación se confundían en la misma escena. Tanto era así que la prensa afín se felicitaba por el éxito y daba a los convocantes la enhorabuena en lugar del pésame[6].

Giordano Vargas murió en un momento de total ebullición en la soterrada pero constante lucha cultural que se desarrollaba en las afueras. La reciente llegada de un núcleo de religiosos expulsados de Francia había terminado de consumir la paciencia de los vecinos más rabiosamente anticlericales. Desde que en 1859 los duques de Pastrana, tradicionales terratenientes de Chamartín de la Rosa, cedieran gratuitamente parte de sus posesiones a las hermanas del Sagrado Corazón, también francesas, aquel pueblo de origen medieval se convirtió en punto de acogida de congregaciones y hermandades. Tiempo después los ya citados duques de Pastrana donaron nuevos terrenos. Esta vez a la Compañía de Jesús. Para los católicos preocupados por la deriva de la sociedad moderna, en Chamartín se estaban sentando las bases de una nueva obra de evangelización que ya daba sus primeros frutos. En las propiedades cedidas por los aristócratas, ubicadas en pleno centro de la antigua villa, las hermanas francesas construyeron el colegio del Sagrado Corazón. Los jesuitas, por su parte, erigieron el colegio de Nuestra Señora del Recuerdo, un centro de enseñanza confesional dirigido a los madrileños de postín. Mientras, en el desvencijado arrabal de Tetuán los servicios se contaban con los dedos de una mano y las infraestructuras educativas brillaban por su ausencia. Una diferencia notable que contribuyó a que poco a poco se fuera cavando un profundo foso entre el municipio de aire agrícola, nobiliario y clerical y la colmena de trabajadores, sirvientas y traperos que era Tetuán[7].

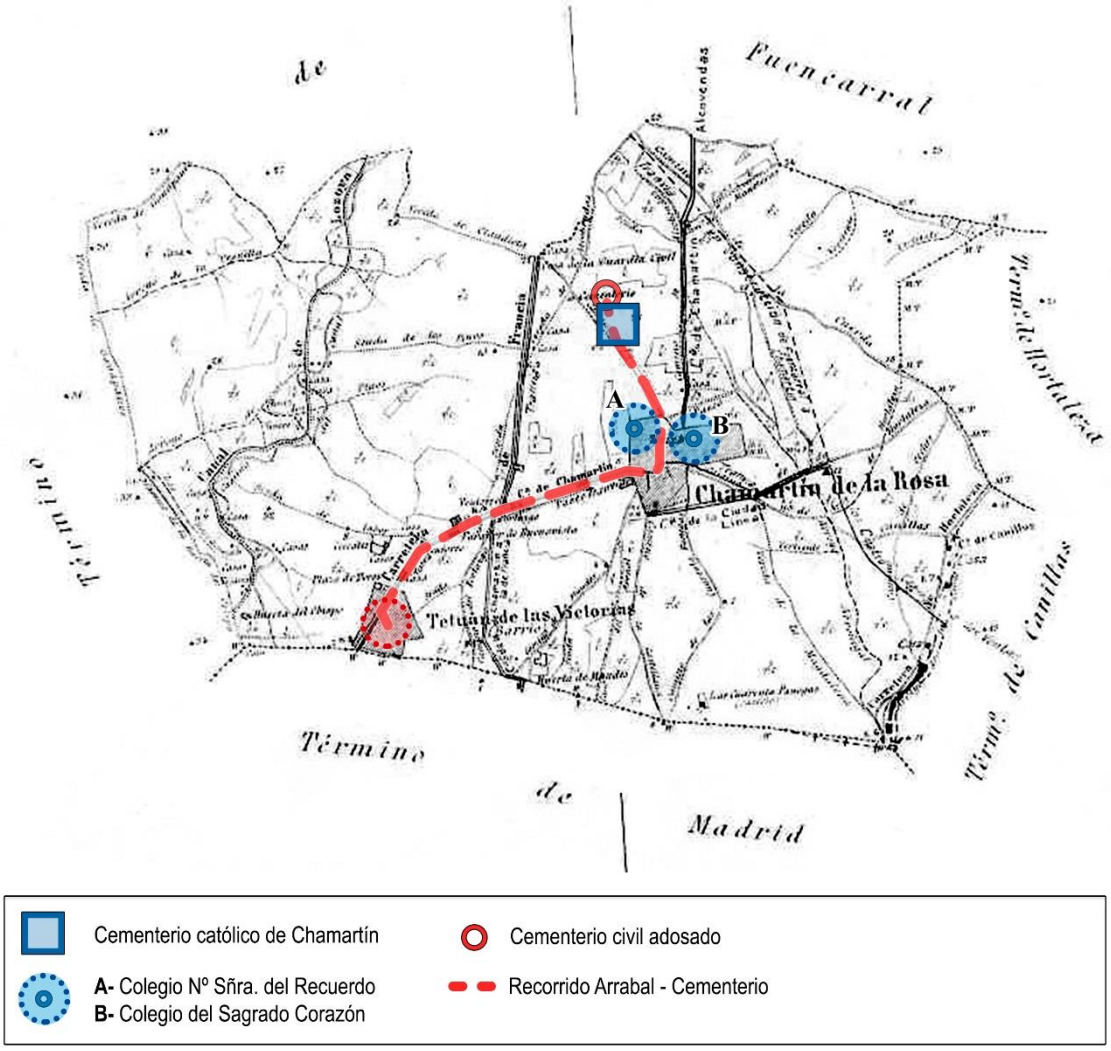
El asentamiento de religiosos no solo atrajo a los *niños bien* de la ciudad, sino que hubo de tener consecuencias directas para la población censada en Chamartín, incluidas las familias pobres y descreídas que habitaban en Tetuán. La prensa librepensadora y anarquista de los años ochenta recoge denuncias del vecindario por los frecuentes repartos de propaganda carlista en la barriada, dirigidos por el párroco, o por las continuas intromisiones de los religiosos en la vida de la gente corriente. Sin ir más lejos, esa misma semana los vecinos se habían enterado de la creación de una comisión de mujeres pías dedicada a averiguar las parejas que vivían con arreglo al matrimonio canónico y las que estaban arrejuntadas. Una fiscalización intolerable. Un señalamiento público, de una cuestión íntima, que exigía una respuesta igualmente manifiesta y ante los ojos de todos. La desgraciada muerte del bebé Giordano Bruno fue el pretexto ideal para que buena parte del vecindario expresara a viva voz sus filias y fobias[8].

[6] *El Motín*, 5 de agosto de 1886 y *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 8 de agosto de 1886.
[7] Véase https://chamartin.redsagradocorazon.es/historia-chamartin/. Consultado el 14 de mayo de 2019.
[8] Las denuncias contra el párroco carlista en *Bandera Social*, 15 de abril de 1886. La junta que velaba por la moral en los matrimonios en *Bandera Social*, 22 de julio de 1886 y *El Motín*, 5 de agosto de 1886

Ilustraciones. Arriba, edificio antiguo de Nuestra Señora del Recuerdo, c. 1895. Abajo, alumnas y religiosas del Sagrado Corazón de Jesús posan en la plaza principal del pueblo de Chamartín, c. 1900. Fuente: Carlos RODRÍGUEZ, Enrique F. ROJO: *Chamartín. Álbum de fotos*, Madrid, Temporae, 2015.

Aquel desfile hacia el cementerio y los posteriores discursos ante la tumba son la primera noticia que tenemos de una gran movilización de los librepensadores de Tetuán. A pesar de ello, el evento no debió de ser tan extraordinario para una comunidad ya

acostumbrada a que los asuntos de alcoba llevaran el sello del compromiso político. En el último año ya había habido cuatro actos de inscripción de recién nacidos en el registro civil. Sencillos pero simbólicos. Uno de ellos había sido el del propio Giordano Vargas. El resto de criaturas también portaban nombres reveladores de las ideas de sus padres: Arquímedes, Espartaco, Bakunin. Un físico adelantado a su tiempo, un esclavo que rompió sus cadenas y un filósofo anarquista. Todos ellos habían escapado del agua *bendita* del bautismo[9]. En Tetuán la batalla se libraba en múltiples planos, unos más gestuales, de cara a la galería, y otros más materiales, pues en las barriadas humildes la actividad cotidiana de las parroquias se sostenía con las contribuciones de los fieles con motivo de los sacramentos. No bautizar al hijo, desposarse civilmente o enterrar fuera de tierra santa a los muertos eran también rebeldías cotidianas cargadas de significado[10].



Plano. Marchas desde el arrabal de Tetuán al cementerio civil. Elaboración propia a partir de Plano de Chamartín de la Rosa de 1885.

[9] La noticia con los actos de inscripción en el registro civil en *El Motín*, 1 de julio de 1886.
[10] James C. SCOTT: *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*, New Haven, YUP, 1985.

La disputa entre católicos y librepensadores fue subiendo de temperatura a medida que la barriada obrera ganaba en importancia y el apostolado de las hermandades se tornaba más ambicioso. En los siguientes años se sucedieron las manifestaciones camino del juzgado para celebrar una inscripción civil y se prodigaron las marchas al minúsculo cementerio secular cuando la muerte segaba la vida de algún acólito o familiar, como ocurrió en marzo de 1887 con el pequeño Bakunin Ruiz, fallecido también poco después de nacer[11]. Bakunin era hijo de Francisco Ruiz, anarquista bien conocido en la capital, agitador incansable y revolucionario de pro que capitaneaba a los vecinos irreverentes e impíos. De nuevo entonces volvieron a salir multitudes a la calle. Siempre era igual. De Tetuán a Chamartín. Como si por un día o por unas horas el suburbio tomara la aldea, como si los blusones ennegrecidos y los rostros manchados dejaran una huella de modernidad proletaria en un pueblo detenido en el tiempo[12].

Al margen de los picos de conflictividad recogidos en la prensa, estos actos exteriorizaban una tensión latente que había de ser perenne y cortante en el día a día. Cada episodio parecía envuelto en una espiral de ida y vuelta que se retroalimentaba hasta el infinito. No estaba claro cuál era el inicio de las desavenencias, sí lo estaba, en cambio, la finalidad resuelta de unos y otros contendientes de imponer sus criterios sobre la libertad, el respeto o la moralidad. Podía parecer trivial, pero lo que estaba en cuestión iba mucho más allá de un nombre provocador o una lista de descarriados. En juego estaba la configuración de un espacio público laico o pasado por el tamiz de los dogmas religiosos, y este era un motivo suficientemente poderoso como para que los distintos actores se preocuparan por dotar a su actividad de cierta infraestructura y regularidad. Así, imbuidos de un espíritu propagandístico que décadas después se haría extensible al conjunto de la ciudad, los jesuitas adquirieron la antigua fábrica de papel pintado de Tetuán para hacer de ese lugar el núcleo irradiador de su mensaje. Algo así como un púlpito callejero en mitad de un mar de chozas a las que apenas había llegado la palabra de Dios. Pero no todos veían con buenos ojos el desembarco. Lo que para los católicos era la nave nodriza de su proyecto, para sus antagonistas era un "nido de ratas de sacristía" pensado para sacar los cuartos a los trabajadores honrados[13]. Por ello, los librepensadores trataron de contrarrestar los cantos de sirena que emanaban de la antigua fábrica de papel con conferencias semanales sobre religión positiva, ciencia y asuntos sociales. A esas charlas acudían no solo correligionarios de la barriada sino también algunas de las principales figuras contestatarias de la capital, como Rafael Delorme, Antonio Llamosas o Nicolás Salmerón hijo[14].

Aunque el conflicto parecía reducirse a una cuestión de pedagogía y educación, en el fondo era indesligable de los hábitos cotidianos de unas clases populares abandonadas a su suerte. Sin recursos para pagar por un bautizo, sin apego a unas instituciones sentidas como lejanas y sin bienes que preservar a través del matrimonio,

[11] *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 5 de marzo de 1887.
[12] La imagen está inspirada en la invasión de la ciudad de Pamplona (de la plaza del Castillo, en concreto) por el campo circundante tal y como la describe Javier Ugarte en *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco,* Madrid, Biblioteca Nueva-Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, 1998.
[13] *El Motín*, 9 de junio de 1887.
[14] Las conferencias fueron constantemente recogidas por *El Motín* y *Las Dominicales del Libre Pensamiento.*

no era extraño que muchos hubieran desacralizado algunos de los rituales religiosos. La vida al otro lado de la frontera era más una suma de prácticas informales para salir del paso que el sendero reglado y virtuoso que pretendía la Iglesia. Sobre ese caldo de cultivo se pusieron a laborar unos y otros: unos para enderezar las trayectorias torcidas, otros para terminar de torcerlas[15].

Iniciativas como las narradas eran comunes en los ambientes más ideologizados de la España del momento. No obstante, en pocos sitios se abría para los sectores contestatarios una ventana de oportunidad como la que tenían en aquel suburbio apartado y desconocido. En primer lugar, su condición de espacio novedoso planteaba a los habitantes la tarea de construir desde abajo las instituciones y rutinas alrededor de las que giraría la vida en común. Mientras que en el corazón de la gran ciudad la presencia de iglesias o centros educativos ya venía como algo dado, como un elemento más del paisaje, en Tetuán, donde nada había en un principio, hasta lo más elemental se sometía a debate y discusión. Para quien había nacido a dos manzanas de una parroquia o se había acostumbrado a oír misa a unos pasos de su casa, bautizar al crío o casarse canónicamente era algo más automático e instintivo que premeditado. Sin embargo, la ausencia de estas instituciones dibujaba una situación muy distinta en Tetuán y exigía precisamente esa reflexión que para otros no era más que un mero trámite. Con todo por hacer, los albañiles, las vendedoras ambulantes y los jornaleros tenían mucho que decir. Mucho sobre lo que decidir[16].

En segundo lugar, no era comparable que dos o tres chiquillos del barrio de Lavapiés o de la zona de Chamberí llevaran el nombre de algún campeón de la revolución social o de algún adalid de la ciencia moderna a que sucediera lo mismo en los suburbios. En la ciudad consolidada vivían centenares de miles de personas inmersas en una continua interacción con extraños, en un trajinar sin fin[17]. En esos lares un acto reivindicativo de ese calibre pasaba desapercibido para una amplia mayoría de población. En el extrarradio, en cambio, todos se conocían. La comunidad era pequeña, cercana e incipiente, y por ello las resistencias ordinarias tenían más eco y resonancia. A finales de la década de los ochenta los habitantes de Tetuán a duras penas superaban el millar, por lo que la fogosa movilización de aquellos años debió de conmocionar y

[15] La desacralización de los rituales religiosos no constituía en sí misma una novedad. Aunque siempre resultó evidente la existencia de una religiosidad ampliamente arraigada en los sectores más humildes de la población, diferentes clásicos de historia cultural de la Edad Moderna han puesto de manifiesto la presencia de una ética popular alejada de los sacramentos y ceremonias católicas. Puede verse en Carlo GINZBURG: *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Muchnik Editores, 1999; Roger CHARTIER: *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*. Barcelona: Gedisa, 2003, pp. 107-126. Lo que tal vez hacía singular la coyuntura de fin de siglo XIX frente a otras precedentes fue la hibridación de esos desapegos y renuencias cotidianas con la irrupción de un ateísmo militante.

[16] Las oportunidades que se abrían en la periferia, particulares y distintivas, no pueden hacernos olvidar, en todo caso, que ya a mediados de siglo XIX podía apreciarse un declive en el cumplimiento sacramental de las clases populares del Madrid castizo. Véase José Ramón URQUIJO GOITIA: *La revolución de 1854 en Madrid*, Madrid, Centro Superior de Investigaciones Científicas, 1985, pp. 361-365.

[17] La interpretación de la vida urbana como una vida de interacciones entre extraños en James VERNON: *Distant Strangers. How Britain Became Modern*, Berkeley, University of California Press, 2014. Esa lectura también fue ensayada por algunos autores contemporáneos a las grandes transformaciones de la sociedad urbana como George Simmel, Ferdinand Tönnies o Louis Wirth. Véase al respecto Francisco Javier ULLÁN DE LA ROSA: *Sociología urbana: de Marx y Engels a las escuelas posmodernas*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2014.

dividir a sus moradores[18]. Cuanto más compacta era la comunidad, mayor era la irreverencia que entrañaban los comportamientos disidentes. Así lo percibían también las congregaciones. En la periferia estaba creciendo una sociedad alternativa y ante la indiferencia de los gobiernos, el imperio de una moral católica robustecida se presentaba para algunos como el último escudo de la civilización. En definitiva, Tetuán era un lugar de especial trascendencia en el pulso entre concepciones antagónicas del orden, la moral o la libertad. Lo que en otros sitios no dejaba de ser anecdótico, allí era central. Lo que allí parecía incierto y discutido, como la preeminencia de los valores tradicionales, en otras latitudes era sólido e inamovible.

En tercer lugar, la sensación de alternativa e incertidumbre hizo que las distintas pugnas entabladas entre el estamento eclesiástico de Chamartín y los librepensadores del suburbio fueran seguidas de cerca y sentidas como propias por republicanos, libertarios y anticlericales de toda la ciudad. Así, mientras que en las gacetas de información general rara vez aparecía el nombre de la barriada, Tetuán era conocido por los revolucionarios madrileños gracias al seguimiento minucioso que cabeceras como *El Motín* o *Las Dominicales del Libre Pensamiento* hicieron de los conflictos por el espacio público en las afueras. Para intelectuales o periodistas como Ramón Chíes o José Nakens, afamados directores de los mencionados semanarios, Tetuán ofrecía todas aquellas posibilidades de transformación que veían negadas en la gran ciudad. En el extrarradio podían poner en práctica sus ideas de emancipación y por eso se volcaron en apoyo de esos ciudadanos anónimos pero ejemplares que tanto daño parecían causar a sus sempiternos enemigos. En lugar de marchar a rebufo de los correligionarios de la capital, los vecinos del suburbio tenían sus propias luchas y eran los abogados, médicos, escritores o comerciantes de Madrid los que acudían a Tetuán a aprender de sus políticos de alcantarilla. Allí estaba el laboratorio del librepensamiento. Allí se libraba la batalla física y simbólica por la soñada hegemonía en el espacio público.

Por su condición de avanzadilla o punta de lanza de determinadas causas, el extrarradio se fue construyendo como un terreno en el que los roles y las posiciones estaban más difuminadas que en ningún otro sitio. En el caso que nos ocupa, era tal el arraigo de las actitudes descreídas que en algunos momentos daba la impresión de que los códigos de conducta dominantes en el suburbio eran los anticlericales y que las costumbres sospechosas o sometidas a escrutinio eran las de los católicos. El mundo al revés. Así, ya fuera por las cartas enviadas a la prensa por los vecinos librepensadores, ya por la información de algún redactor sensacionalista, lo cierto es que sabemos de un buen número de anécdotas reveladoras del modo en que algunos habitantes del suburbio observaban la religión: quejas por la avaricia de los párrocos o por su falta de compasión, comentarios socarrones por los supuestos líos de faldas del presbítero o su posible gusto por la prostitución, historietas sacrílegas, insultos a los ministros de la Iglesia (tales como "clerizánganos" o "ladrones"), etc. Hechos menores pero tremendamente significativos, pues estos murmullos y chismes eran el material cotidiano a partir del cual los individuos imaginaban la política o se relacionaban con la

[18] Rafael GILI RUIZ: "La conurbación de Chamartín (1840-1940)", en VV.AA.: *Chamartín. Aldea, Villa, Distrito,* Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 2013, p. 139. Según este autor, en 1888 la zona de Tetuán (dividida en los barrios administrativos de Tetuán, Castillejos y Huerta del Obispo) alcanzaba los 1.200 vecinos. En contraste, la población de Chamartín era de 440 personas. La población total del municipio, contando los poblados aislados y fincas rurales, ascendía hasta los 1.800 vecinos.

alteridad. Para los vecinos ateos e irreligiosos la Iglesia actuaba de espaldas al pueblo, sus representantes se movían por espurios intereses y sus prédicas infantilizaban la mente de los fieles. Ese era el relato. Por mucho que en las veladas librepensadoras los asistentes pudieran aprender argumentos filosóficos o científicos que contraponer a los dogmas religiosos, su anticlericalismo se cimentaba sobre pequeños gestos ordinarios. Se fraguaba a golpe de rumores y prejuicios que circulaban oralmente y que ahora, merced a las nuevas tecnologías y soportes de información, se propagaban con letra impresa más allá del suburbio[19].

Recelos, habladurías e insinuaciones ponían al descubierto una realidad inequívoca: ni las antiguas autoridades ni sus valores disfrutaban de la ascendencia o el crédito de antaño y, por tanto, su papel como organizadores de la vida civil había de ser revisado. Párrocos y feligreses ya no detentaban el patrimonio de la rectitud y la probidad. Al contrario, su mensaje y sus pretensiones moralizadoras encontraban cada vez mayor contestación en las afueras. Tanto era así que cuando el comportamiento de los guardianes de la fe se hacía intolerable, los librepensadores los castigaban y señalaban ante sus convecinos del mismo modo que los tribunales religiosos del Antiguo Régimen colgaban a los herejes un sambenito para escarnio del común. La superioridad moral y la capacidad para reprobar costumbres estaban cambiando de bando. La crítica feroz de los impíos se abría paso como una religión a la inversa, pues examinaba la conducta de los párrocos a la luz de los criterios del pueblo virtuoso y buscaba reparar el daño infringido a la colectividad a través de la purificación del sujeto descarriado. Como en toda religión, lo privado se supeditaba al interés general. Lo que cambiaba eran los medios. Para humillar a los curas que se extralimitaban en sus cometidos o desafiaban las convenciones sociales, los anticlericales más activos de Tetuán se sirvieron del repertorio de la cultura popular que tenían a su alcance, ese mismo repertorio, a medio camino entre la fiesta y la protesta, que también sufriera en sus carnes Canuto González en los sucesos de 1897[20].

Desde la Edad Moderna en los pueblos era moneda de uso corriente que las cuadrillas organizaran cencerradas a la puerta de las casas de aquellos que habían transgredido la paz social. Acompañados de ollas, cacerolas, instrumentos musicales, cánticos y mucho alcohol, los jóvenes ridiculizaban al marido cornudo, al viudo que se desposaba en segundas nupcias, las decisiones erróneas de un magistrado o la llegada a la localidad de un recaudador de impuestos. Ruidosas y carnavalescas, la Iglesia siempre había recelado de estas procesiones por ser la encarnación de una moral popular, indecente y alejada de las enseñanzas religiosas. En estos actos y en otros de similar significación, como los *charivaris* estudiados por Edward Palmer Thompson, eran los de abajo los que disciplinaban y marcaban el perímetro de lo que era aceptable o no para la comunidad[21]. La cencerrada era, en definitiva, un medio de autorregulación

[19] Ejemplos de estos chismes y prejuicios en *El Motín*, 12 de abril, 19 de abril, 10 de mayo y 1 de noviembre de 1888. Resulta interesante reflexionar sobre la nueva función de un mecanismo de "control social" desde abajo como era el rumor. Como ha mostrado la historiografía sobre cultura popular, el rumor incidía en el honor como material con el que socavar la legitimidad moral de una autoridad. En el caso que nos ocupa, la función enjuiciadora-reguladora del rumor encontró una vía de propagación aún mayor al saltar de las tabernas y las esquinas de las calles a los medios de comunicación modernos.

[20] Se han analizado estos episodios en el primer capítulo.

[21] Edward Palmer THOMPSON: *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 2000; William BEIK: "Violence of the French Crowd from Charivari to Revolution", *Past and Present*, 197 (2007), pp. 75-110.

que había sobrevivido a la ofensiva de clérigos y gobernantes y que casaba a la perfección con la cultura particular que había cundido en los barrios abandonados de la periferia madrileña. En Tetuán los vecinos se percibían a sí mismos como dueños de sus destinos. Los moradores habían decidido qué sería allí lo conveniente y lo legítimo sin contar con el consejo o el beneplácito de nadie. Por eso mismo rechazaban con ahínco injerencias en sus modos de vida como las de esos curas de prédica exaltada y costumbres relajadas que comenzaban a extenderse como una plaga desde que Tetuán se convirtiera en objeto de deseo de los jesuitas. Un presbítero libertino, codicioso y, para más inri, recién llegado, no era quién para decir a las familias cómo habían de comportarse o en qué valores habían de educar a sus hijos. Ante esta situación, fueron los librepensadores quienes paradójicamente se erigieron en custodios de la moral popular y protagonizaron junto a decenas de vecinos una excepcional protesta que aunaba el aire festivo de las comparsas plebeyas con el verbo afilado de las nuevas promesas de emancipación social.

En octubre de 1888 uno de los párrocos de Tetuán, el señor Camacho, despidió a su antigua ama, que lo había acompañado por largo tiempo, y la sustituyó por una muchacha mucho más joven y apuesta. No era la primera vez que las idas y venidas de los presbíteros y las amas soliviantaban al vecindario. En mayo de ese mismo año el padre Esteban fue abandonado por quien las malas lenguas decían que era más su compañera sentimental que su asistente, la Tomasa. Entonces se sucedieron las chanzas y coplillas burlonas, pero a juzgar por la documentación encontrada, la cosa no pareció ir a mayores. En octubre, por el contrario, los ánimos se exasperaron cuando el mencionado Camacho, famoso en el suburbio por su cruzada contra las conductas irreligiosas, se reveló tan perdido y descarriado como el común de los mortales. Hartos quizá de aguantar aquellos sermones de quien tan poco ejemplo daba, los vecinos decidieron colocar al presbítero ante el espejo de sus propias lecciones. Tan pronto la nueva ama entró a la santa casa,

> ya empezó el murmurador vecindario a cuchichear de si el *páter* volvía a [¿agradar?] o no la todavía humeante antorcha del himen [¿aún?] vivo. Después notóse mucha agitación. Hombres, mujeres y niños, recorrían sus respectivas casas, buscando algún instrumento válido para dar la enhorabuena al presbítero de segundas nupcias… místicas. Llegó la noche y ¡santo cielo!, bienaventurados los sordos, que no oyeron tan descomunal cencerrada. Esquilas de varios [¿?] y sonidos, sartenes, almireces, latas de petróleo y hasta cornetines en mal uso, todo entró en movimiento a la salud de la pareja. Tres horas duró la cencerrada; pero ¡qué aprovechaditas! Parecía que aquellas gentes se estaban ganando el jornal con sus gritos. Desde los tiempos de la orquesta *Del Tío Trompa*, murguista desesperado y pernicioso, hasta la fecha, no se ha oído algarada igual[22]

Quien redactaba la noticia sin duda había participado del tumulto. La chispa había prendido de manera inmediata, por lo que no había dado tiempo a que la prensa acudiera al lugar del suceso. Lo más probable era que alguno de los librepensadores de Tetuán tuviera línea directa con *El Motín* o hiciera colaboraciones puntuales a raíz de la creciente importancia que la barriada tomaba para los revolucionarios de toda la ciudad.

[22] *El Motín*, 7 de octubre de 1888. El subrayado es nuestro. Las interrogaciones se deben a la difícil lectura de parte del documento, cubierto por una mancha de tinta que impide ver algunas de las palabras.

O quizá fuera Francisco Ruiz, el ya mencionado padre del pequeño Bakunin, de quien sabemos que poco tiempo después se empleaba como cajista para dicho semanario y que años atrás había trabajado para *Bandera Social*, que también cubrió infinidad de noticias sobre el pleito religioso en Tetuán[23]. De un modo u otro, la crónica jaleaba la actuación justiciera del pueblo en las calles y se felicitaba por la cantera de irreverencia que había en las afueras de Madrid. Durante la semana no se habló de otra cosa en el suburbio e incluso el propio párroco acudió a la redacción del citado semanario para explicar su punto de vista. Según él, el ataque sufrido no merecía el nombre de cencerrada, pues los asaltantes no se conformaron con escarmentarle ante la comunidad sino que además rompieron parte del mobiliario de la casa y destrozaron los cristales[24]. En el comportamiento de los murguistas parecía haber, de este modo, un fin de castigo y exclusión que se antoja indisociable del activismo de los librepensadores en la barriada. El aislamiento del diferente, tenido por hereje o enemigo, no solo era un elemento típico de las religiones sino también una fórmula habitual en el seno de las culturas militantes y prometeicas. Bajo el pretexto de la tradicional cencerrada, parecía aducir el párroco, se había disimulado un ataque a la casa de Dios y se había lanzado un mensaje velado a los eclesiásticos: sus campañas moralizadoras no eran bienvenidas en el vecindario[25].

De acuerdo con esta interpretación, los librepensadores de Tetuán habrían otorgado un significado político transformador a las formas de bullanga popular más o menos ritualizadas. El apego que las elites de la Restauración sentían por la preservación del orden público obligaba a amotinados y revoltosos a idear nuevos medios de expresión de la disidencia. En este caso, los hombres y mujeres que protestaron frente a la casa del señor Camacho eran capaces de combinar con soltura recursos consuetudinarios y otros más novedosos para así sortear posibles problemas con la justicia. No era lo mismo una murga festiva y aparentemente inofensiva que un ataque violento y frontal a la sede de la religión del Estado en la barriada. Puesto que lo primero era medianamente tolerado y lo segundo resultaba de todo punto inadmisible, al servirse de la cencerrada para otros fines inconfesables en alta voz, quienes sitiaron la vivienda del cura se manejaban entre un discurso público respetable y un discurso oculto rupturista, conocido por los participantes y los sujetos vejados, pero con el que se burlaba la capacidad coercitiva de leyes y funcionarios armados[26].

En Tetuán la hegemonía cultural en el espacio público estaba en disputa. Religiosos y enemigos de la religión habían puesto su mirada sobre aquellas tierras ubicadas unos kilómetros al norte de Madrid. Esa periferia que año tras año multiplicaba sus habitantes y su extensión era lo más parecido a un nuevo mundo que se podía ver en la capital y, debido a ello, en sus calles se dio una verdadera guerra cultural por determinar bajo qué parámetros se organizaría la vida en común. Una batalla por el

---

[23] Francisco Ruiz fue miembro del comité de redacción de *Bandera Social*. Véase Francisco MADRID SANTOS: *La prensa anarquista y anarcosindicalista en España desde la I Internacional hasta el final de la Guerra Civil*, Tesis Doctoral, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1988-1989, p. 380. Su condición de cajista de *El Motín* en *La Unión Católica*, 28 de mayo de 1890.

[24] *El Motín*, 14 de octubre de 1888.

[25] El castigo, la exclusión, las culturas prometeicas y la pretensión de sustituir los dogmas y verdades de la religión por obediencias civiles en Michael BURLEIGH: *Poder terrenal. Religión y política en Europa de la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial*, Madrid, Taurus, 2005.

[26] El discurso público y el discurso oculto en la protesta social en James C. SCOTT: *Los dominados y el arte de la resistencia*, Tafalla, Txalaparta, 2003, pp. 79-110.

liderazgo moral, por la legitimidad, por la aceptación social, por hacer universales los planteamientos de una parte. Además, en la medida en que los protagonistas del combate no eran escritores, profesores, médicos o abogados, como ocurría en Madrid, sino zapateros, obreros, amas de casa y electricistas, el conflicto anticlerical en Tetuán democratizó la arena política en una época anterior al establecimiento del sufragio universal masculino. La lucha por configurar un espacio público a imagen y semejanza de sus valores se convirtió para muchos individuos anónimos en una experiencia iniciática, en una suerte de bautismo político[27].

Durante años la Iglesia había sido un puntal fundamental del régimen. Los sermones en el púlpito, las redes asistenciales y el control de las conductas habían sido un tapón ante prácticas democráticas e ideologías disolventes. Si el orden social funcionaba era, en parte, gracias a un complejo engranaje en el que la religión y los ministros de Dios desempeñaban un rol primordial. Por ello, la oposición al discurso católico comenzó a presentarse a ojos de algunos como algo inseparable de la oposición al propio sistema monárquico liberal. En localidades pequeñas como Chamartín de la Rosa, religiosos y caciques gobernaban de la mano. Si se aspiraba a cambiar las cosas, si se deseaba un golpe de timón en la vida civil, la estrategia parecía clara. Por un lado, era necesaria aún más visibilidad. Por otro, era imprescindible asociar los anhelos de los librepensadores a una determinada promesa de transformación política. Había que pasar de la protesta a la propuesta. De dar la batalla en las calles a conseguir influir en las débiles y desorganizadas instituciones de Chamartín.

2. De las calles a las instituciones. Los vecinos librepensadores se organizan

Aprovechando el impacto de las últimas campañas y la aprobación de la Ley de Asociaciones, en 1888 se constituyó en Tetuán un comité republicano sin distinción de matices. El comité parecía hacer de pegamento entre los distintos grupos que operaban en el suburbio[28]. Allí estaban Pedro Moratilla, viejo revolucionario y decano del arrabal, Pedro Orallo, federal partidario de la acción directa, Ángel Jiménez, joven pintor anticlerical o el ya mencionado Francisco Ruiz, impresor con inclinaciones anarquistas. Sus nombres surcan los legajos de las causas judiciales y las noticias de prensa.

[27] Este capítulo bebe de las ideas sobre hegemonía cultural, construcción de sentido común y lucha de posiciones de Antonio Gramsci. Un recorrido por la genealogía del concepto de "hegemonía", así como una explicación detallada de la interpretación que Gramsci hizo del mismo, en Perry ANDERSON: *The H-Word. The Peripeteia of Hegemony*, Londres, Verso Books, 2017.

[28] La creación del comité en *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 29 de diciembre de 1888. En la nota de constitución del comité los firmantes indican que ya se habían hecho previamente dos actos públicos. Remontándonos aún más en el tiempo, antes de su formación se tiene constancia de la existencia de un grupo denominado "La Revolución" (*Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 7 de octubre de 1888), de diversas actividades de los republicanos confundidas con las ya reseñadas de los librepensadores y de un núcleo de anarquistas con importante presencia femenina (*Bandera Social*, 11 de octubre de 1885). Algunos de los nombres y actividades se solapan de un grupo a otro, lo que sin duda obedece a que las subculturas políticas tenían fronteras mucho más porosas que lo que han dejado ver los análisis de ideas y discursos, y a que las posiciones políticas revolucionarias estaban en aquel momento forjándose y distaban mucho de estar fijadas. En este capítulo designamos a los integrantes de estos grupos como "revolucionarios" pues así se veían ellos a sí mismos. Con independencia de las medidas económicas que ambicionaran, baremo que habitualmente se utiliza para medir los grados de sentimiento o pensamiento "revolucionario", los librepensadores y anticlericales de Tetuán pretendían dar la vuelta al sistema, querían subvertir las estructuras dominantes y pregonaban un nuevo comienzo como sociedad.

Nombres vulgares, que poco dicen a los lectores del siglo XXI, pero que causaron verdaderos quebraderos de cabeza a curas y alcaldes del naciente extrarradio de la capital. Abierta la lucha por la hegemonía cultural, la formación del comité, con la convocatoria de diversas reuniones públicas y la adquisición de un local, supuso un salto cualitativo en las aspiraciones de los librepensadores. El club republicano brindaba a los elementos contestatarios de la periferia cierta infraestructura organizativa y una plataforma firme desde la que porfiar ante los curas y disputar la preponderancia política en el barrio. Una tribuna tan pública y notoria como la cruz de la iglesia de Tetuán o el balconcillo de la casa consistorial.

Unidos y coordinados, los pequeños políticos del suburbio se lanzaron a por el control del poder local. Solo así podrían garantizar que nadie se entrometiese en la decisión de no bautizar a sus hijos, que ningún funcionario negara el nombre pensado para el recién nacido, que el municipio ampliara su cementerio civil o que las parejas arrejuntadas disfrutaran de los mismos derechos que las unidas canónicamente. La lucha por unas infraestructuras más igualitarias y la batalla por secularizar el espacio público se convirtieron, de este modo, en caras distintas de una misma reivindicación popular. A partir de ese momento la actividad de republicanos y anticlericales se disparó y el grupo se alzó como una amenaza verdaderamente molesta ya no solo para párrocos y devotos, sino para el propio Ayuntamiento de Chamartín, los propietarios del suelo y los mandamases de la provincia. Todo un contrapoder.

Los avances organizativos de los librepensadores eran, además, síntoma de profundas transformaciones en la sociedad suburbana. A finales de la década de los ochenta el arrabal de Tetuán crecía a marchas forzadas y ya tenía el triple de habitantes que la villa de Chamartín. De las 63 licencias de nueva construcción concedidas en el bienio 1887-1888, por ejemplo, 58 afectaban a la urbanización de Tetuán[29]. Tamaña expansión del suburbio desbordó las previsiones del Ayuntamiento. Los concejales, acostumbrados hasta entonces a reunirse de pascuas a ramos para solventar asuntos menores, de pronto se encontraron ante el reto de ajustar presupuestos y servicios a la nueva realidad del municipio. La eclosión de Tetuán planteaba problemas urgentes de administración a medida que aumentaba la población y se volvía más compleja la gestión de sus demandas. Chamartín ya no era un pueblo de cincuenta familias. Una primera muestra de los tiempos que corrían fue el traslado del edificio consistorial desde la plaza Mayor de Chamartín a una callejuela del arrabal[30]. Era el año 1888, el mismo en que los revolucionarios de Tetuán comenzaron a preparar su asalto a las instituciones con la formación del comité. No podía ser una casualidad. Tetuán empezaba a ser una barriada obrera digna de consideración, con sus necesidades particulares y sus ansias de autonomía. La autoorganización de los revolucionarios era, de hecho, una respuesta singular a este escenario novedoso, un intento de aprovechar un momento de incertidumbre de la elite local. Ante el desconcierto de los antiguos poderes

[29] Rafael GILI RUIZ: "La conurbación de Chamartín (1840-1940)", en VV.AA.: *Chamartín. Aldea, Villa, Distrito,* Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 2013, p. 151.

[30] Rafael GILI RUIZ: "Organización municipal, social y económica de Chamartín (1840-1936)", en VV.AA.: *Chamartín. Aldea, Villa, Distrito,* Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 2013, pp. 175-176. El Ayuntamiento se trasladó al edificio número 6 de la calle Tetuán, primera paralela a la carretera de Francia. Pese a que el texto de Gili identifica reiteradamente esta vía con la actual calle del Limonero, podemos afirmar sin temor a error que se trata de la actual calle del Roble.

municipales, los agitadores de Tetuán se presentaron ante sus convecinos como aquellos capaces de comprender sus problemas y dar cauce a sus aspiraciones. No en vano, salían del seno mismo del arrabal. De sus casas más míseras. De los patios donde se clamaba contra los curas, los señoritos y los caciques. De las tascas donde se brindaba por los bebés de nombre irreverente o se hacían chismes sobre las beaterías de los creyentes.

En 1888 los municipios como Chamartín se regían por sufragio censitario masculino. Solo votaba un puñado de vecinos: aquellos que llevaban más de dos años residiendo en la localidad y además ostentaban algún título académico o pagaban alguna contribución por la tenencia de tierras o por la propiedad de algún negocio. Las normas eran aún más estrictas para ser elegible: había que acreditar más de cuatro años de residencia así como el pago de impuestos en el municipio o la posesión de títulos que avalaran la capacidad profesional o intelectual del candidato[31]. En un barrio obrero, inmigrante y de aluvión como Tetuán, aquellas leyes condenaban a la irrelevancia política prácticamente a cualquiera. El zapatero remendón, el chatarrero analfabeto o el albañil recién llegado carecían de voz en las instituciones, de manera que el consistorio local quedaba en manos de unos cuantos comerciantes y propietarios vinculados a las redes clientelares de los liberales y conservadores de la provincia o a los intereses de los terratenientes de Chamartín. Daba la sensación de que aunque el suburbio continuara creciendo, las decisiones las seguiría tomando una camarilla cada vez más alejada de los intereses del común. En 1888, por ejemplo, únicamente 98 vecinos tenían derecho a voto a pesar de que la población del municipio alcanzaba las 1800 personas[32].

Tal vez por ello, por una cuestión de acuciante necesidad y de falta de representación, los agitadores de Tetuán se asociaron como un solo hombre sin importar a qué profeta de la revolución pusiera sus velas cada vecino. Ya antes había habido concejales republicanos, como Mateo Caballero o Juan Nogueras, pero a juzgar por la documentación encontrada, su actividad no alteró en lo sustancial la correlación de fuerzas en la barriada. Con todo, su elección ponía de manifiesto que, a pesar del régimen de voto censitario, entre los residentes con derecho a sufragio había un importante número de individuos sensibles a las ideas de progreso[33].

Así, en las elecciones locales de 1889, aún bajo sufragio restringido[34], los revolucionarios del suburbio consiguieron colocar a uno de los suyos entre los concejales electos[35]. Se trataba de Pedro Moratilla, un electricista librepensador que habitaba junto con su esposa, Cipriana, y sus hijos Luisa, Nieves, Petra y Arquímedes en una casa baja de la calle Madrid, en el núcleo originario de Tetuán. Pedro y su familia habían llegado al arrabal a mediados de los setenta, cuando Tetuán no eran más que cuatro calles mal contadas sobre las que recaía una pésima fama. No obstante, ni la mala reputación ni la pobreza echaron atrás a Moratilla, que quizá viera en el suburbio

[31] La ley municipal en vigor era la de 1877. Véase *Gaceta de Madrid*, 4 de octubre de 1877. Sobre el sistema electoral, véase María SIERRA, María Antonia PEÑA, Rafael ZURITA: *Elegidos y elegibles. La representación parlamentaria en la cultura del liberalismo*, Madrid, Marcial Pons, 2010.
[32] La lista de electores y elegibles de ese año en AVM, Secretaría, 051-111-30.
[33] Mateo Caballero resultó elegido en 1885. Véase AVM, Secretaría, Libro de Actas del Ayuntamiento de Chamartín de la Rosa, sesiones de 1886 a 1889. Juan Nogueras fue elegido en 1887. Véase AVM, Secretaría, 051-110-20.
[34] No sería hasta el año siguiente, 1890, cuando se aprobara el sufragio universal masculino.
[35] AVM, Secretaría, 051-110-21.

la oportunidad para empezar desde cero una nueva vida, tal vez con más privaciones pero seguro que con mayor autonomía que en la capital[36]. Los primeros pasos de los Moratilla en las afueras no fueron fáciles, pero a la altura de 1887 Pedro por fin consiguió ser incluido en el censo de ciudadanos con derechos electorales. Ese año declaraba el pago de 20 pesetas de contribución por la modesta vivienda en que habitaba la familia. En comparación con lo que abonaban los industriales de la carretera de Francia o los labradores de Chamartín la cantidad resultaba ridícula, sin embargo, era suficiente para burlar las trabas legales y presentar su candidatura[37].

Concejales del Ayuntamiento de Chamartín antes de la elección de Pedro Moratilla		
Nombre	**Residencia**	**Profesión y pago de impuestos**
Benigno Palacios	Carretera	Alcalde – 124 pesetas
Manuel Burgos	Villa de Chamartín	Propietario – 298 pesetas
Zacarías Vallejo	Carretera	Industrial – 60 pesetas
Mateo Caballero	Carretera	Industrial – 90 pesetas
Ramón Muñoz	Villa de Chamartín	Industrial – Se desconoce
Domingo Díaz	Arrabal de Tetuán	Industrial – 61 pesetas
Juan Nogueras	Carretera	Empleado – Se desconoce
Marcos Fernández	Carretera	Industrial – 167 pesetas

Tabla. Concejales del Ayuntamiento de Chamartín entre 1887 y 1889. Fuente: AVM, Secretaría 051-110 y 051-111 y Libro de Actas del Ayuntamiento de Chamartín de la Rosa, sesiones de 1889.

Pedro Moratilla debía de gozar de popularidad entre sus iguales. Era un veterano del arrabal, tenía cierto nombre como militante republicano desde los tiempos de Isabel II y había ganado distintas menciones en certámenes nacionales por sus inventos de aparatos de seguridad, así como el título de socio del Fomento de las Artes por la Exposición Literario-Artística de 1884[38]. Era lo que en la jerga proletaria se conocía como un "obrero ilustrado". Siempre estaba a la última en asuntos políticos. Su morada era una suerte de biblioteca permanente de la revolución, pues en ella entraban folletos del extranjero, periódicos incendiarios de provincias y boletines de Madrid[39]. Con semejantes credenciales Moratilla parecía un tipo comprometido. Alguien capaz de hablar de tú a tú a los caciques e involucrarse en las causas de los de abajo. Ya lo había

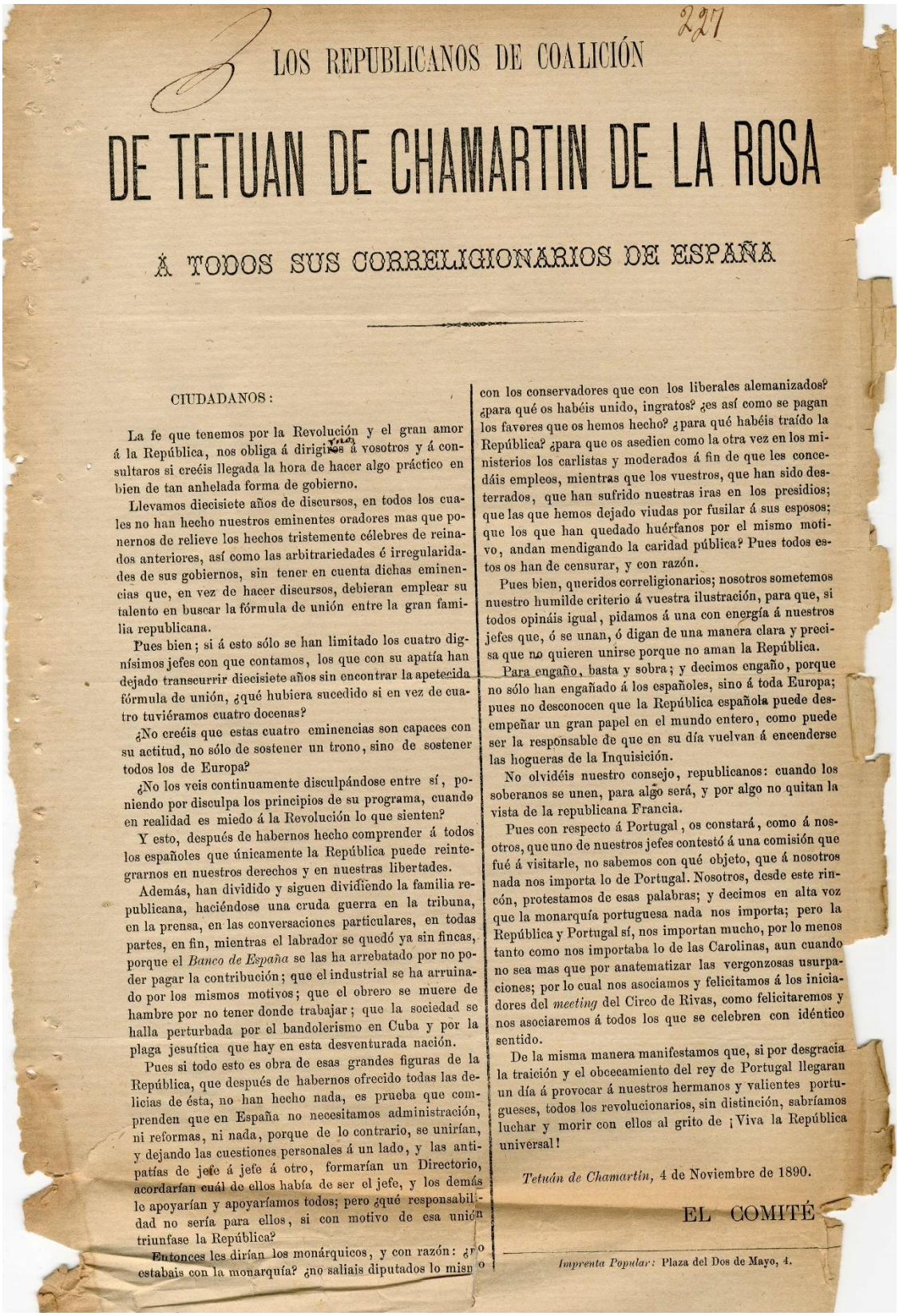
[36] AVM, Secretaría, Padrón Municipal de Habitantes de Chamartín de la Rosa de 1905.
[37] AVM, Secretaría, 051-111-30. Desde su inclusión en el censo electoral, Moratilla fue siempre uno de los electores más humildes del municipio, uno de los que pagaba menos impuestos al fisco. Véase Libro de Actas del Ayuntamiento de Chamartín de la Rosa, sesiones de 1889.
[38] Datos facilitados por José Manuel López Díez, descendiente de Pedro Moratilla, con quien he mantenido distintas entrevistas, y a quien agradezco su disposición para compartir sus historias familiares.
[39] El hogar de Pedro Moratilla como biblioteca política procede de un sumario judicial instruido en 1893 contra algunos miembros del grupo. Durante la instrucción la autoridad ordenó registrar el domicilio del electricista, donde se encontraron periódicos, impresos y octavillas de la más diversa procedencia: hojas de *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, números de *La Anarquía* y *El Productor*, el folleto *El crimen de Chicago*, anotaciones ideológicas, cuartillas del Congreso Universal de Librepensadores, papeles de las sociedades de escuelas laicas, cartas, etc. Véase AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556.

demostrado con anterioridad. En 1887 sus trabajos al frente de la mesa electoral evitaron el fraude y permitieron a su compañero Juan Nogueras obtener el acta de concejal[40]. En esta ocasión, tan pronto fue escogido lideró el decomiso de centenares de panes faltos de peso y repartió los víveres incautados entre los pobres de la barriada[41]. Igualmente inauguró por esas fechas una serie de conferencias sobre librepensamiento[42]. Una nueva etapa se abría en Tetuán. Una etapa en que la voz del arrabal resonaría con cada vez más fuerza en la casa consistorial.

Unidos, los vecinos revolucionarios y descreídos habían conseguido introducir un caballo de Troya en las instituciones. Y lo habían logrado estando todos en el mismo barco: federales, anticlericales, partidarios de la acción directa, republicanos sin adscripción e incluso aquellos que tenían abierta simpatía por los ideales anarquistas. Solo juntos podían lograr la proyección suficiente para alterar las inercias del municipio y garantizar la libertad de conciencia. En los rincones apartados del foco de la historia, como el arrabal, se estaban sentando las bases de un entendimiento que, más temprano que tarde, terminaría por hacerse extensible a los grandes núcleos de población. Aquello no dejaba de ser significativo. Mientras en Tetuán se alcanzaban acuerdos de unidad y se cosechaban éxitos electorales, la realidad en la capital era muy diferente. A lo largo de 1889 la prensa republicana madrileña convocó distintas asambleas con el fin de crear una coalición que integrara las distintas sensibilidades del mundo republicano. Tras la conformación de diversas alianzas provisionales, la unión electoral de los republicanos madrileños no llegó hasta la primavera de 1891. Casi tres años después que en Tetuán[43].

Este pequeño meandro en el relato permite tomar conciencia de la labor pionera que estaban desarrollando los republicanos de Tetuán, ya por necesidades logísticas, debido a la escasez de militantes en una localidad aún pequeña, ya por las particulares condiciones que se abrían en esos terrenos antaño baldíos y en los que ahora se estaban plantando las semillas de una nueva forma de hacer política. En el arrabal la armonía de las bases pesaba más que las cuitas de los líderes. Así lo confirman distintos pasquines producidos por los revolucionarios de la barriada. En estas hojas, repartidas entre los convecinos o pegadas en los muros de las calles, los elementos republicanos del barrio atacaban a los jefes de los partidos y señalaban su responsabilidad en el fracaso de sus ideas. Donde los líderes de la gran ciudad dividían, los pequeños políticos del suburbio acercaban posturas. Donde las querellas doctrinales enfrentaban, las luchas cotidianas que tenían lugar en cada contexto, como la batalla por secularizar el espacio público del barrio obrero, creaban espacios de entendimiento. Había impulsos que parecían surgir de abajo arriba y desde la periferia hacia el centro.

[40] En esas elecciones Moratilla se presentó como candidato a secretario escrutador y fue el más votado por sus vecinos. Durante el régimen censitario las elecciones se celebraban a lo largo de cuatro días: el primer día los votantes escogían a los miembros que habrían de ocupar la mesa electoral (un presidente y cuatro secretarios escrutadores), y a lo largo de los tres días siguientes los ciudadanos con derecho a voto emitían el sufragio. El papel de los miembros de la mesa en un sistema caciquil era de vital importancia, especialmente para los republicanos. Véanse AVM, Secretaría, 051-110-20.
[41] *El Imparcial*, 1 de marzo de 1890.
[42] *El Globo*, 31 de marzo de 1890.
[43] Óscar ANCHORENA: *El republicanismo en Madrid. Movilización política y formas de sociabilidad, 1874-1923*, Tesis Doctoral, Madrid, UAM, 2019, pp. 119-124 y 138-169.



227

LOS REPUBLICANOS DE COALICIÓN

DE TETUAN DE CHAMARTIN DE LA ROSA

Á TODOS SUS CORRELIGIONARIOS DE ESPAÑA

CIUDADANOS:

La fe que tenemos por la Revolución y el gran amor á la República, nos obliga á dirigiros á vosotros y á consultaros si creéis llegada la hora de hacer algo práctico en bien de tan anhelada forma de gobierno.

Llevamos diecisiete años de discursos, en todos los cuales no han hecho nuestros eminentes oradores mas que ponernos de relieve los hechos tristemente célebres de reinados anteriores, así como las arbitrariedades é irregularidades de sus gobiernos, sin tener en cuenta dichas eminencias que, en vez de hacer discursos, debieran emplear su talento en buscar la fórmula de unión entre la gran familia republicana.

Pues bien; si á esto sólo se han limitado los cuatro dignísimos jefes con que contamos, los que con su apatía han dejado transcurrir diecisiete años sin encontrar la apetecida fórmula de unión, ¿qué hubiera sucedido si en vez de cuatro tuviéramos cuatro docenas?

¿No creéis que estas cuatro eminencias son capaces con su actitud, no sólo de sostener un trono, sino de sostener todos los de Europa?

¿No los veis continuamente disculpándose entre sí, poniendo por disculpa los principios de su programa, cuando en realidad es miedo á la Revolución lo que sienten?

Y esto, después de habernos hecho comprender á todos los españoles que únicamente la República puede reintegrarnos en nuestros derechos y en nuestras libertades.

Además, han dividido y siguen dividiendo la familia republicana, haciéndose una cruda guerra en la tribuna, en la prensa, en las conversaciones particulares, en todas partes, en fin, mientras el labrador se quedó ya sin fincas, porque el *Banco de España* se las ha arrebatado por no poder pagar la contribución; que el industrial se ha arruinado por los mismos motivos; que el obrero se muere de hambre por no tener donde trabajar; que la sociedad se halla perturbada por el bandolerismo en Cuba y por la plaga jesuítica que hay en esta desventurada nación.

Pues si todo esto es obra de esas grandes figuras de la República, que después de habernos ofrecido todas las delicias de ésta, no han hecho nada, es prueba que comprenden que en España no necesitamos administración, ni reformas, ni nada, porque de lo contrario, se unirían, y dejando las cuestiones personales á un lado, y las antipatías de jefe á jefe á otro, formarían un Directorio, acordarían cuál de ellos había de ser el jefe, y los demás le apoyarían y apoyaríamos todos; pero ¿qué responsabilidad no sería para ellos, si con motivo de esa unión triunfase la República?

Entonces les dirían los monárquicos, y con razón: ¿pero estabais con la monarquía? ¿no saliais diputados lo mismo con los conservadores que con los liberales alemanizados? ¿para qué os habéis unido, ingratos? ¿es así como se pagan los favores que os hemos hecho? ¿para qué habéis traído la República? ¿para que os asedien como la otra vez en los ministerios los carlistas y moderados á fin de que les concedáis empleos, mientras que los vuestros, que han sido desterrados, que han sufrido nuestras iras en los presidios; que las que hemos dejado viudas por fusilar á sus esposos; que los que han quedado huérfanos por el mismo motivo, andan mendigando la caridad pública? Pues todos estos os han de censurar, y con razón.

Pues bien, queridos correligionarios; nosotros sometemos nuestro humilde criterio á vuestra ilustración, para que, si todos opináis igual, pidamos á una con energía á nuestros jefes que, ó se unan, ó digan de una manera clara y precisa que no quieren unirse porque no aman la República.

Para engaño, basta y sobra; y decimos engaño, porque no sólo han engañado á los españoles, sino á toda Europa; pues no desconocen que la República española puede desempeñar un gran papel en el mundo entero, como puede ser la responsable de que en su día vuelvan á encenderse las hogueras de la Inquisición.

No olvidéis nuestro consejo, republicanos: cuando los soberanos se unen, para algo será, y por algo no quitan la vista de la republicana Francia.

Pues con respecto á Portugal, os constará, como á nosotros, que uno de nuestros jefes contestó á una comisión que fué á visitarle, no sabemos con qué objeto, que á nosotros nada nos importa lo de Portugal. Nosotros, desde este rincón, protestamos de esas palabras; y decimos en alta voz que la monarquía portuguesa nada nos importa; pero la República y Portugal sí, nos importan mucho, por lo menos tanto como nos importaba lo de las Carolinas, aun cuando no sea mas que por anatematizar las vergonzosas usurpaciones; por lo cual nos asociamos y felicitamos á los iniciadores del *meeting* del Circo de Rivas, como felicitaremos y nos asociaremos á todos los que se celebren con idéntico sentido.

De la misma manera manifestamos que, si por desgracia la traición y el obcecamiento del rey de Portugal llegaran un día á provocar á nuestros hermanos y valientes portugueses, todos los revolucionarios, sin distinción, sabríamos luchar y morir con ellos al grito de ¡Viva la República universal!

Tetuán de Chamartín, 4 de Noviembre de 1890.

EL COMITÉ

Imprenta Popular: Plaza del Dos de Mayo, 4.

Ilustración. Pasquín de los revolucionarios de Tetuán contra los líderes republicanos. Fuente: AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556

Los trabajos del comité republicano pronto comenzaron a notarse en el suburbio. Pedro Moratilla y los suyos recaudaron fondos, organizaron reuniones con los vecinos y

celebraron veladas políticas. Tras meses de actividad, en septiembre de 1889 se produjo un primer episodio de tensión cuando los revolucionarios de Tetuán convocaron un mitin de propaganda. A las puertas del teatro donde había de celebrarse la asamblea se congregó una gran multitud que, sin embargo, se quedó con las ganas de escuchar a los oradores, pues la Guardia Civil, siguiendo órdenes del alcalde de Chamartín, suspendió el acto aduciendo errores de procedimiento en la convocatoria[44]. Los republicanos protestaron ante lo que estimaban no era más que un ardid para privarles del derecho a expresar sus ideas en público y enviaron a la prensa un escrito de queja acompañado de 110 firmas de asistentes a la reunión frustrada. En su carta señalaban, además, que los suscriptores habrían sido muchos más de no ser por la actitud de los guardias, que impidieron que se encontraran los grupos que ya habían entrado al recinto y los que aguardaban a las puertas del teatro[45]. De hecho, según los cálculos de *El Liberal*, el número total de personas concentradas habría alcanzado los tres centenares[46]. No obstante, si damos por buenos únicamente los 110 nombres consignados en los pliegos de protesta, y al margen de que alguno de los firmantes pudiera haberse desplazado al mitin desde Madrid o alguna otra localidad cercana, lo cierto es que la concurrencia al acto habría sido verdaderamente extraordinaria. Al menos uno de cada diez residentes en la barriada habría acudido a escuchar los discursos de republicanos y librepensadores. Y eso teniendo en cuenta que buena parte de los censados en Tetuán eran niños o ancianos y que el acto se celebraba a última hora de un día laborable, en mitad de la semana.

Los organizadores no cejaron en su empeño y tan solo unos días después hicieron una demostración de fuerza en el Juego de Pelota de Tetuán. El nuevo mitin fue anunciado a bombo y platillo en la prensa afín y llegó a oídos de los vecinos gracias a la peculiar propaganda desplegada por los republicanos la misma tarde del evento. A semejanza del repicar de las campanas que avisaba a los fieles del inicio de la misa, los revolucionarios de Tetuán anunciaron a sus conciudadanos la asamblea política con un concierto de petardos, cohetes y artefactos pirotécnicos. Quizás el ingenio de Moratilla, electricista de profesión y varias veces galardonado por sus inventos, estuviera detrás de aquella ruidosa proclama. Dada la falta de tiempo, todo valía para pregonar el acto. Incluso emular al enemigo. Llegada la noche y ante una audiencia entregada, los tribunos llamaron a la unidad de acción y la lucha contra el clero. Tomaron la palabra eminentes figuras del republicanismo madrileño como Damián Castillo o Emilio Menéndez Pallarés, pero sin duda el momento más ansiado por los asistentes fue el de las intervenciones de sus vecinos. Con verbo fogoso, Ruiz apeló a la revolución social, mientras que Orallo, encargado de cerrar la velada, cantó las cuarenta a los jefes republicanos y apostó sin medias tintas por la vía de los hechos frente a la de los discursos. Toda una declaración de intenciones de aquellos caudillos semidesconocidos que alzaban la voz a las puertas de la metrópolis[47].

[44] *El Motín*, 22 de septiembre de 1889.
[45] La carta y los firmantes en *El País*, 21 de septiembre de 1889.
[46] *El Liberal*, 20 de septiembre de 1889.
[47] La crónica del mitin y los detalles relatados en *La Correspondencia de España*, 22 de septiembre de 1889, *El País*, 22 de septiembre de 1889 y *El Motín*, 26 de septiembre de 1889. La prensa informó de que en esta ocasión los asistentes ascendieron a 500.

Militantes más destacados del ambiente revolucionario de Tetuán en torno a 1890		
Nombre	**Residencia**	**Profesión**
Pedro Moratilla	Calle Madrid, 4	Electricista
Arquímedes Moratilla	Calle Madrid, 4	Carpintero
Francisco Ruiz	Calle San Pedro, 6	Impresor
Juana Gámiz	Calle San Pedro, 6	Sus labores
Vicenta Ruiz	Calle San Pedro, 6	Sus labores
Victoria Ruiz	Calle San Pedro, 6	Sus labores
Josefa Ruiz	Calle San Pedro, 6	Sus labores
José Ruiz	Calle San Pedro, 6	Impresor
Pedro Orallo	Carretera, 34	Fabricante de cuerdas de guitarra
Antonio Ibáñez	No identificado	Jornalero
Juan Calvo Lé	Calle San Rosendo, 20	Jornalero
Rufino Muñoz	Jardinillo de la Carretera	Constructor de carros
Francisco Muñoz	Calle Castillejos, 6	Sereno del arrabal
Joaquín Luis Olbes	Calle Castillejos, 6	Estudiante de Farmacia
José Espadich	Carretera, 34	Barbero
Ángel Jiménez Cantos	Calle Chamartín, 3	Pintor de carros
Juan Nosti Cantos	Calle San José, 4	Obrero de la Casa de la Moneda
José Nosti Cantos	Calle San José, 4	Jornalero
Isidro Ibarra	Cuatro Caminos	Tipógrafo
Román Martín	Calle Ampuero, 7	Dueño del Juego de Pelota
Mateo Caballero	Carretera, 16	Industrial
Juan Nogueras	Calle San Martín, 1	Empleado
Julián Dávila	Calle Gonzalo Sandino, 2	Herrero
Ramón Bajauli	Huerta del Obispo	Fabricante de grasas animales
Manuel Castillo	Calle Castillejos, 15	Curtidor
Andrés Romera	Carretera, 5	Tablajero
Agustín Romera	Carretera, 6	Dependiente
Luis López de Castro	Calle Santa Cecilia, 7	Tipógrafo
Francisca Lugea	Calle Santa Cecilia, 7	Sus labores
Mariano Collado	Calle Tetuán, 13	Impresor
Vicente Valls	Calle Santa María, 18	Jornalero
José Dumont	Huerta del Obispo	Jornalero
Manuel Méndez	Carretera, 1	Pescadero
Cecilio Vega	Calle San Martín, 5	Jornalero
Guillermo Martín	No identificado	Obrero
Santiago Serrano	Huerta del Obispo	Tendero
Manuel Luhaces	Carretera, 1	Tendero
Toribio Manzanares	Calle San José, 6	Jornalero
José Fauró	Calle San José, 12	Matarife
Bautista Fauró	Calle San Martín, 20	Jornalero
Carlos Santaella	Carretera, 22	Zapatero
Silvestre Orozco	Calle San José, 11	Jornalero
Eusebio Barrios	Barrio de los Castillejos	Jornalero
Tomás Altés	Calle Tetuán, 6	Alguacil del Ayuntamiento
Emeterio López	Carretera, 1	Tendero
Antonio Martín Rosado	Calle San Martín, 2	Jornalero

Tabla. Librepensadores, anarquistas, federales y progresistas-zorrillistas de Tetuán c. 1890. Fuente: Prensa, actas electorales, sumarios judiciales y hojas de empadronamiento citadas a lo largo del capítulo.

3. A la conquista moral del suburbio. Las misiones jesuitas de 1890

Librepensadores y religiosos eran los dos principales actores en la pugna por definir bajo qué parámetros se conformaría el espacio público del extrarradio. Sin embargo, el incremento de la movilización y la instauración del sufragio universal masculino dibujaron un nuevo escenario en que la alcaldía pasó a convertirse en árbitro preferente de la disputa. La suspensión de la asamblea de septiembre fue el primer gran desencuentro de los vecinos anticlericales con el alcalde, mas no sería el último. A comienzos de 1890 el comité revolucionario desplegó una intensa actividad que se materializó en nuevas marchas al cementerio y ciclos de conferencias sobre la existencia de Dios, la libertad de conciencia o el origen religioso de las iniquidades sociales. Para *Las Dominicales del Libre Pensamiento* el grupo de Tetuán era un ejemplo de cómo se podía mantener a raya la influencia clerical sobre la vida civil[48]. Ante el cariz que estaban tomando los acontecimientos, el estamento católico de la barriada pasó a la ofensiva. El cura párroco de Tetuán presionó al Ayuntamiento para que suplicara a los jesuitas de Chamartín que organizaran misiones en el suburbio descreído. Los miembros de la Compañía aceptaron gustosos. Aquellas calles llenas de lodo y miseria eran lo más parecido a una nueva América que evangelizar. La respuesta de los librepensadores no se hizo esperar. A los pocos días, al término de una conferencia organizada en el club que republicanos y librepensadores tenían en la barriada, el "obrero ilustrado" Antonio Ibáñez se dirigió a sus correligionarios de la siguiente forma:

> Yo siento que no esté aquí el señor alcalde para suplicarle que si los jesuitas aceptan la controversia pública, nos facilitara el salón de la casa capitular para que el pueblo acuda a oír la discusión y juzgue de las doctrinas de los unos y de los otros. ¡Bendita sea la libertad que nos permite retar a discusión a nuestros enemigos! ¡Libertad y respeto que pedimos lo mismo para ellos que para nosotros! ¿Aceptarán? Allá veremos[49]

Los librepensadores siempre habían estado empeñados en hacer público lo que las leyes de la Restauración definían como privado, como los sentimientos contrarios a la religión, el nombre dado a los hijos o la manera de enfrentar la muerte. Era precisamente esa distinción entre lo abierto al control de la comunidad y lo cerrado al reino de la intimidad la que garantizaba que determinados temas jamás fueran discutidos en la esfera pública. Antonio Ibáñez lo sabía bien. Tanto él como sus amigos eran conscientes de lo difícil que era cuestionar los dogmas religiosos ante una audiencia nutrida. No obstante, la llegada a la barriada de los jesuitas, entregados también a una labor de movilización social en las calles, brindaba a los librepensadores una ocasión de debatir que no podían pasar por alto. Por ello plantearon al alcalde que cediera los salones del consistorio para que allí, a la vista de todos, se produjera la ansiada batalla dialéctica entre los contendientes. En un momento en que las elites se mostraban recelosas ante cualquier ejercicio de decisión colectiva, el reto de los librepensadores contenía un potencial democratizador tremendamente subversivo.

Además, la propuesta enlazaba con las experiencias cercanas de los sectores más movilizados del suburbio. Si bien los comicios municipales en los primeros años de la

[48] *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 3 de mayo de 1890.
[49] *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 17 de mayo de 1890. El subrayado es nuestro.

Restauración se celebraban bajo régimen de sufragio censitario, dentro de las rutinas electorales había algunos elementos de participación popular sumamente interesantes. El más relevante tenía que ver con el uso que se hacía del salón consistorial el primero de los cuatro días en que se votaba entonces. Ese día el conjunto de los electores se reunía en la estancia principal del ayuntamiento y escogía colectivamente a los vecinos que iban a estar en la mesa electoral las tres jornadas siguientes. A pesar de poder parecer un mero trámite a ojos del votante del siglo XXI, lo cierto es que aquella jornada de votación popular era crucial para los vecinos. De la composición de la mesa dependería en buena medida la limpieza de las elecciones y la influencia de los caciques. Por eso no faltaba casi nadie. En 1887, por ejemplo, cuando Pedro Moratilla fue proclamado secretario escrutador, 90 de los 97 vecinos con derecho a voto acudieron a esa junta preparatoria de las elecciones[50]. Como es natural, en Madrid era imposible que algo así sucediera. En las pequeñas localidades como Tetuán, en cambio, la sala capitular estaba íntimamente ligada a estos ejercicios de control colectivo del poder. Los librepensadores apelaban, por tanto, a un ritual bien conocido en la comunidad. El ofrecimiento quedó sin respuesta, pero la visita de los jesuitas hizo que en los siguientes días el conflicto por los usos del espacio público alcanzara una intensidad hasta entonces desconocida. Las misiones dejaron a su paso estampas de devoción elocuente aunque también manifestaciones del más áspero anticlericalismo. Unas y otras merecen ser analizadas en detalle[51].

El lunes 26 de mayo de 1890 comenzó el apostolado de la Compañía de Jesús en Tetuán. A la entrada del arrabal una comisión de fieles y miembros del clero aguardaba con la cruz alzada la llegada de los reverendos Tarín y Sánchez Prieto. Se trataba de dos oradores acostumbrados a predicar en ambientes hostiles. Y Tetuán, a juzgar por lo que decía la prensa, lo era. Allí se cultivaban vicios como la impiedad, la relajación moral, el escepticismo o el desorden en las costumbres, y a pesar de que no faltaban los vecinos creyentes y piadosos, estos vivían asediados por la propaganda incesante de los librepensadores[52]. La visita de los misioneros tenía, por tanto, una poderosa razón de ser: la "reconquista" de un barrio humilde y apartado que se asomaba peligrosamente al despeñadero[53]. Quizá por ello el más importante de los periódicos de inspiración

[50] La narración de este ritual en AVM, Secretaría, 051-110-20.

[51] Aquellos sucesos debieron de causar gran conmoción. Más de medio siglo después, Félix Morales Parra, vecino católico de la barriada y alineado con el régimen franquista, recordaba los encontronazos entre librepensadores y religiosos en Tetuán y situaba como momento culminante de los mismos el apostolado de los misioneros. Véase Félix MORALES PARRA: *Tetuán de las Victorias*, Madrid, Gráficas Onofre Alonso, 1960, p. 25. El manuscrito original fue preparado en 1948, con motivo de la anexión de Tetuán a la ciudad de Madrid. El autor da ciertos detalles sobre aquel conflicto y recuerda a Pedro Moratilla como "un republicanote, ateo y alquimista". Según el Padrón Municipal de Habitantes Félix Morales tan solo contaba entonces con 8 años, lo que da idea de hasta qué punto el recuerdo de aquellos episodios pudo permanecer vivo en la comunidad ya como memoria colectiva de los católicos ultrajados, ya como herencia reivindicada por grupos revolucionarios posteriores.

[52] Por ejemplo, *La Unión Católica*, 24 de mayo de 1890. Es frecuente la utilización de términos como "sitio", "asedio" o "fortaleza" en los periódicos de aquellos días. Julio de la Cueva ha estudiado la proliferación de estas imágenes en la cultura religiosa. Véase Julio DE LA CUEVA: "Católicos en la calle: la movilización de los católicos españoles, 1899-1923", *Historia y Política*, 3 (2000), p. 56.

[53] El término "reconquista" aparece en *La Unión Católica*, 28 de mayo de 1890. Otra de las referencias históricas favoritas de este medio fue la romanización: las misiones estaban conquistando y ganando para la civilización a los pueblos bárbaros. Véase *La Unión Católica*, 29 de mayo de 1890. En esa misma línea, fueron frecuentes los símiles entre el arrabal obrero y descreído y la villa marroquí de igual nombre. Así, los librepensadores de la localidad eran tachados de "moros peores que los muslimes que

confesional, *La Unión Católica*, decidió enviar a Tetuán a un reportero durante los diez días que duraron los ejercicios espirituales. Gracias a ello disponemos hoy de una crónica minuciosa de lo sucedido en aquella semana larga en que la pasión política y religiosa desbordó las calles del arrabal. Por su parte, y como ya venía siendo habitual, los vecinos librepensadores se sirvieron de *Las Dominicales del Libre Pensamiento* y *El Motín* para difundir su versión de lo ocurrido. Esta pulsión por dejar constancia pública y por escrito de lo que en verdad ocurría cuerpo a cuerpo y en persona en una barriada marginal, nos permite sumergirnos con inusual profundidad en uno de los episodios más destacados de la guerra cultural que se estaba librando en las afueras de la gran ciudad[54].

Ilustración. Procesión religiosa por las calles de Tetuán. Fuente: *Nuevo Mundo*, 3 de mayo de 1906.

¿En qué consistía predicar en el desierto de la irreligión? Primero de todo, en movilizar, en exaltar los ánimos, en hacer una leva general. No en vano, la prensa afín denominaba a los misioneros "soldados esclarecidos de la fe". La misma tarde de su

acaudillaron Muza y Tarif". Véase *La Unión Católica*, 27 de mayo de 1890. Por su lado los librepensadores hicieron suya la etiqueta y auguraron a los jesuitas el mismo éxito que sacarían si trataran de predicar en el Tetuán africano. Véase *El Motín*, 29 de mayo de 1890.

[54] La presencia de distintos periodistas que, asentados sobre el terreno, hacían de voceros de los posicionamientos enfrentados de unos y otros vecinos permite analizar el conflicto desatado por las misiones bajo el concepto de "versiones narrativas" acuñado por Daniel CEFAÏ: "Otro enfoque de la cultura política. Repertorios de identidad y marcos de interacción, formatos narrativos de los acontecimientos públicos, regímenes de negociación y arreglos sindicales", *Foro Internacional*, 147 (1997), pp. 150-162. Para Cefaï las "versiones narrativas" serían las distintas maneras que un grupo o colectivo tiene de adjetivar y contar, tanto para sí mismo como para los demás, los acontecimientos públicos. Esos relatos implican valoraciones, calificaciones, juicios o justificaciones y resultan un material de primer orden en la construcción de un acontecimiento público y su recuerdo. Estos recursos que manejan o ponen en juego para explicar lo sucedido forman parte del tuétano mismo de su cultura política, de su manera de ser en el mundo y de entender y significar cuanto sucede a su alrededor y de cuanto participan. Por todo ello la importancia de las "versiones narrativas" que afloran en los relatos periodísticos que se mostrarán en las siguientes páginas no deriva tanto de su fidelidad a los hechos como de su fertilidad como vía de acceso a cosmovisiones, prejuicios, resentimientos o esperanzas.

llegada los jesuitas organizaron una gran procesión que recorrió las distintas calles del suburbio y desembocó en la modesta parroquia de Nuestra Señora de las Victorias, en el corazón del arrabal, donde los fieles rezaron un rosario y escucharon el primero de muchos sermones de los misioneros. Aquella demostración era la forma más rápida de medir las fuerzas. Una proclamación pública de adhesión o rechazo. Algo así como un censo improvisado de los católicos de la barriada. Y al parecer no eran pocos. El recibimiento debió de ser multitudinario, pero a pesar de ello la primera impresión de los reverendos estuvo marcada por un amargo sabor, pues ninguna autoridad civil de la acudió a brindarles la recepción oficial que esperaban. Ni siquiera asistió ese alcalde que había solicitado su presencia y que, según comentaba el reportero católico, había sucumbido a última hora a las presiones del concejal Moratilla y sus amigos. Difícil posición la del regidor. En otros tiempos administraba un villorrio de aire apacible que, sin embargo, con los años se había convertido en campo de batalla de neocatólicos y librepensadores[55].

En su primer sermón los padres jesuitas hablaron a los fieles de la importancia de conocer y observar los mandamientos por encima de cualquier otra ley o doctrina civil. También peroraron sobre el poder balsámico de la religión para hallar consuelo ante el sufrimiento. Sus palabras estaban cargadas de intención: Tetuán se había visto sacudido por el cólera a principios de año y, como es sabido presentaba condiciones dramáticas de salubridad y pobreza[56]. Aquel primer día de misiones fue mucho más tranquilo que los que estaban por venir. A la mañana siguiente los reverendos explicaban el credo a los fieles cuando comenzó el murmullo en la parroquia. Apostado entre los feligreses, un hombre humildemente vestido acompañaba la homilía con risas y sonidos burlescos. Era Antonio Ibáñez, el obrero que había retado a debate a los jesuitas días atrás. Escoltaban a Antonio el concejal Moratilla y otros librepensadores, en lo que parecía un irónico remedo de aquella bienvenida institucional que los jesuitas demandaban. Comoquiera que las bromas no cesaran, el cura se vio obligado a reprender a Ibáñez en mitad de la ceremonia. Unos instantes después, a la salida de misa, y siempre según el testimonio de Antonio Fernández Hidalgo, el reportero católico,

> el amonestado se dirigió al sr. Cura párroco y le increpó diciéndole que otra vez no volviera a llamarle la atención en la iglesia, a lo cual este replicó que en uso de su autoridad, de su deber y de su derecho prohibiría en el templo toda manifestación inconveniente y atentatoria al recogimiento, y que si fuera preciso adoptaría medidas más enérgicas. A todo esto, habían salido del templo las personas que asistieron al ejercicio mencionado e hicieron una ovación a los padres y al Cura párroco prorrumpiendo en demostraciones de protesta contra el acto del Sr. Ibáñez y contra el concejal Sr. Moratilla, y diciendo en el calor de aquella corrección que imponían a los librepensadores: «pues no faltaba más», «vaya con la canalla republicana» y gracias a la bondad de los padres que se llevaron al Sr. Ibáñez no hubo nada que lamentar[57]

El sabotaje, con todos sus matices, era un reflejo de las distintas grietas que surcaban la comunidad. Las muecas y exabruptos, la mofa incontenible, el escarnio ante

[55] *La Unión Católica*, 24 de mayo de 1890.
[56] Uno de los afectados por la epidemia fue Pedro Moratilla, que fue socorrido con fondos recaudados por lectores de *El Motín*, algunos de ellos del propio arrabal de Tetuán. Véase *El Motín*, 9 de enero de 1890.
[57] *La Unión Católica*, 28 de mayo de 1890. El subrayado es nuestro.

los dogmas o los silbidos irreverentes recordaban sobremanera a las cencerradas anticlericales que ya sufrieran en sus carnes los párrocos de Tetuán. Aquellas cencerradas, en origen murgas socarronas y bulliciosas, habían devenido al contacto con las ideas librepensadoras en actos de señalamiento y exclusión política de los católicos. El alboroto durante la homilía conservaba algunos ingredientes habituales de las antiguas parodias, como el afán por ridiculizar públicamente al otro o la intención de remarcar su condición de extranjero, de ajeno al sentido común o a los valores populares (o a lo que ellos estimaban que eran los valores populares). Sin embargo, aquellas prácticas antaño inofensivas y aparentemente jocosas cobraban un nuevo significado en manos de los librepensadores. Los electricistas, albañiles y zapateros descreídos habían dado una vuelta de tuerca al repertorio de la cultura popular, a aquello que les era conocido, y reconvirtieron un rito festivo en una grosera escenificación de su rechazo a las formalidades religiosas. En un boicot. En una violación del espacio sagrado de los católicos. En Tetuán estaba en disputa no solo aquello que se podía decir en público, sino también aquello que cada colectivo decía en sus recintos privados. Había una auténtica lucha física y simbólica por el espacio. Esto es, una lucha política.

Ilustración. Iglesia de Nuestra Señora de las Victorias en Tetuán. Fuente: Antonio HERMOSO DE MENDOZA: *Monografía Geográfico-Histórica de Chamartín de la Rosa*, Madrid, 1929.

Ibáñez y los suyos despreciaban a los creyentes desde una óptica escéptica y racionalista no exenta de cierta arrogancia intelectual. Para ellos, el individuo que escuchaba misa con devoción era la antítesis del ciudadano vigilante del poder, inquieto intelectualmente, y moralmente autónomo que pregonaban los librepensadores. Frente a

las verdades de fe y las rutinas de obediencia heredadas y aprendidas en el hogar o en la iglesia, los librepensadores eran en muchos casos humildes autodidactas como Pedro Moratilla, un electricista que se había preocupado por mejorar su formación robando horas al descanso y rompiendo la ancestral división entre quienes trabajaban con las manos y quienes se dedicaban al pensamiento y la reflexión[58].

El orgullo de la razón frente a la superstición era un componente de primer orden en la identidad anticlerical. Otro de los miembros del grupo, Isidro Ibarra, se jactaba de haber suplido su falta de conocimiento con tesón y voluntad, la fe religiosa era cosa de "ridículos y necios", algo imposible de defender en la era de la lógica. Así lo afirmaba en unas notas en torno a la existencia de Dios que distribuyó a sus correligionarios de Tetuán. Al igual que otros "obreros ilustrados", Ibarra combatía los dogmas católicos con una retórica pretendidamente científica[59]. Del mismo modo, los periódicos librepensadores estaban repletos de caricaturas humorísticas que reducían a curas y fieles a formas zoomorfas. A través de estos medios, los anticlericales fueron conformando un imaginario que se reproducía en las veladas necrológicas o en los bautizos laicos y que derivaba en una lectura dicotómica de la sociedad. A un lado figuraban el progreso y la modernidad, encarnados en los valores librepensadores. Al otro estaban la oscuridad y la incultura, representadas por la cruz. A un lado, la abnegación y las horas de estudio. Al otro, la sumisión a la autoridad y la ausencia de crítica. A un lado, el ingenio y la sátira. Al otro, la severidad y el comedimiento.

Ilustraciones. Caricaturas anticlericales aparecidas en *El Motín*.

[58] Nos inspiramos aquí en Jacques RANCIÈRE: *La noche de los proletarios. Archivos del sueño obrero*, Buenos Aires, Tinta de Limón, 2010.
[59] El texto de Ibarra, titulado "¿Dios es un ser real o ficticio?", en AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556.

Con estos mimbres no ha de resultar extraño que muchos de estos sujetos hechos a sí mismos, como Pedro Moratilla y sus amigos, se sintieran ética e intelectualmente superiores a sus convecinos católicos y apostaran por silenciarles. La fusión de la cultura popular de los sabotajes con los referentes ideológicos y simbólicos del librepensamiento los legitimaba para excluir a predicadores y practicantes de su noción de comunidad política. Durante años el sistema había distinguido entre capacitados y no capacitados para el ejercicio del voto y ahora los díscolos librepensadores, partidarios de un orden social alternativo, negaban su lugar en la esfera pública a los beneficiarios de las viejas normas de participación. Solo teniendo en cuenta todas estas variables se podrá llegar a comprender el desdén insolente y sobrado de confianza con que los anticlericales actuaron en el templo: los insultos, los ruidos desvergonzados y los aspavientos en mitad de la misa eran para los ateos militantes una forma de redimir al pueblo de los fantasmas de la sinrazón como antaño las cencerradas liberaban la rabia acumulada contra los elementos que habían transgredido las convenciones sociales o que atentaban contra el bien común. Al hacerlo, los librepensadores de la periferia estaban reinventando o reelaborando la tradición. Se servían de una práctica con resonancias culturales evidentes para todos los vecinos, comprensible, y la reorientaban hacia objetivos políticos definidos. Se trataba de una estrategia de cuño populista que buscaba identificar la causa anticlerical con el interés general[60].

Con todo, el acto de boicot estaba lejos de suscitar adhesión generalizada en el vecindario. Las misiones presentaban una afluencia nutrida. Además, la ovación a los padres que echaron del templo a los librepensadores o los insultos subsiguientes contra los blasfemos eran una muestra elocuente de la animadversión de los feligreses contra quienes no respetaban su manera de entender el mundo y menospreciaban sus símbolos. La iglesia de Nuestra Señora de las Victorias era para los católicos de Tetuán un lugar de recogimiento y oración en el que no tenían cabida las bromas de mal gusto ni las palabras soeces. Expulsar del recinto sagrado a quienes lo mancillaban era, en consecuencia, un deber moral para los creyentes y un acto político que ponía de manifiesto una vez más la contienda descarnada que unos y otros sostenían por el control del espacio. En términos de experiencia, los fieles del suburbio se tenían que enfrentar a diario a una situación totalmente desconocida para los católicos de la gran ciudad. Anticlericalismo había en todas partes, pero en pocos lugares estaba la fe tan amenazada y sometida a escrutinio popular como en esos barrios apartados en los que los revolucionarios parecían campar a sus anchas. Así lo recordaba años después el entonces niño Félix Morales, quien señalaba que aquellas misiones supusieron un antes y un después para los creyentes del suburbio[61].

[60] La argumentación de fondo de este párrafo está basada en las interpretaciones culturalistas e identitarias de los movimientos sociales. Véase Alberto MELUCCI: "Getting involved. Identity and Mobilization in Social Movements", *International Social Movement Research*, 1 (1988), pp. 329-348; Rafael CRUZ: "La cultura regresa al primer plano", en Manuel PÉREZ LEDESMA, Rafael CRUZ (coords.): *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 13-34. Reflexiones sobre populismo y librepensamiento desde una perspectiva atenta a las enseñanzas de la sociología de la acción colectiva y a la reinvención de prácticas anticlericales a través de los siglos en Julio DE LA CUEVA: "Movilización política e identidad anticlerical, 1898-1910", *Ayer*, 27 (1997), pp. 101-126. La idea de las "resonancias culturales" procede de David A. Snow (citado por De la Cueva en p. 121).

[61] Félix MORALES PARRA: *Tetuán de las Victorias*, Madrid, Gráficas Onofre Alonso, 1960, pp. 24-25.

Ser católico exigía en la periferia una actitud mucho más beligerante en defensa de las creencias que la de un devoto cualquiera de la ciudad consolidada. Tal vez por ello los sectores más combativos del conservadurismo madrileño, como el núcleo agrupado en torno al diario *La Unión Católica*, vieron en Tetuán un laboratorio donde poner en práctica sus principios. Desde las páginas del periódico los neocatólicos no solo brindaban a sus lectores una detallada descripción de los ejercicios espirituales o las demostraciones de fe, sino que pidieron insistentemente la aplicación del Código Penal contra los revoltosos así como la intervención del gobernador civil para garantizar el orden público y meter en cintura al concejal Moratilla[62]. Era como un juego de espejos: en las afueras encontraban su hueco las fracciones más rebeldes y contestatarias del republicanismo pero también los partidarios del catolicismo más ultramontano. Ese otro Madrid que crecía al margen de las lógicas oficiales, y aún a pesar de ellas, era un espacio de oportunidades para aventureros de todo pelaje. Un espacio de pioneros. Cualquier madrileño que leyera la prensa aquellos días podía comprobarlo.

La historiografía ha mostrado cómo la disputa religiosa no ocupó un lugar preeminente en la contienda política nacional hasta comienzos del siglo XX. Antes había habido motines anticlericales aislados y algunas iniciativas de rearme moral con poca repercusión fuera de los círculos más recalcitrantes. Sin embargo, durante la primera década del siglo XX la movilización de católicos y anticlericales alcanzó nuevas cotas al calor de grandes controversias como el estreno de *Electra* de Galdós, el nombramiento de Nozaleda como arzobispo de Valencia, la Ley de Asociaciones o la Semana Trágica de Barcelona. Fue entonces cuando se fue configurando una identidad verdaderamente anticlerical no necesariamente subyugada a otras identidades políticas como el republicanismo o el anarquismo. También por aquellos años los católicos salieron a las calles reivindicando, por encima de cualquier otra consideración o afinidad, su condición de católicos practicantes. Siguiendo el hilo de estas polémicas, la gran mayoría de estudiosos de la protesta católica o anticlerical han fijado como punto de arranque de sus investigaciones la crisis colonial del 98 o alguno de los conflictos señalados más arriba, lo que pone de manifiesto la existencia de cierto consenso entre los historiadores: el debate en torno a la religión, la laicidad y la secularización no habría sido algo realmente palpitante y polarizador hasta el cambio de siglo[63].

Sin pretender cuestionar ninguno de los pilares sobre los que dicho consenso descansa, lo cierto es que en aquella España de finales del Ochocientos había piezas que no terminaban de encajar en el puzle general, versos sueltos que no acababan de rimar. Tetuán era uno de ellos. El conflicto por los usos del espacio había estallado allí diez o quince años antes del apogeo de la cuestión religiosa en todo el país. Y no había sido flor de un día, ni resultado de una medida legislativa o de una creación literaria genial. Al menos desde mediados de los ochenta los habitantes del arrabal habían lidiado con el

[62] *La Unión Católica*, 28 y 31 de mayo de 1890.

[63] Julio DE LA CUEVA: "Movilización política e identidad anticlerical, 1898-1910", *Ayer*, 27 (1997), pp. 101-126; ÍD: "Cultura y movilización en el movimiento católico de la Restauración (1899-1913)", en Manuel SUÁREZ CORTINA (coord.): *La cultura española en la Restauración*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1999, pp. 169-192; ÍD: "Católicos en la calle. La movilización de los católicos españoles, 1899-1923", *Historia y Política*, 3 (2000), pp. 55-80; Elías DE MATEO: "Apogeo del clericalismo a principios del siglo XX. El caso de Málaga", *Ayer*, 27 (1997), pp. 127-148; María del Pilar SALOMÓN CHÉLIZ: *Anticlericalismo en Aragón: protesta popular y movilización política (1900-1939)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2002.

asunto de manera frecuente. La semana de pasión desatada por la visita de los ignacianos fue, en verdad, un jalón más, muy significativo, pero a fin de cuentas uno más, dentro de un historial de enfrentamiento sostenido en el tiempo. En los barrios apartados, donde todo estaba por hacer y los vecinos tenían que organizar desde cero el funcionamiento de la sociedad, las cuestiones relacionadas con la secularización del espacio público eran un campo de división ideológica, algo que obedecía a las filias y prejuicios de cada uno, pero, sobre todo, eran un asunto que atravesaba de arriba abajo todas las esferas de la vida cotidiana. Aunque quisieran, las gentes de Tetuán no podían dejar de interrogarse por el papel de la Iglesia en la educación de los niños, por la autonomía de las familias para tomar sus propias decisiones o por la influencia de las órdenes religiosas sobre el poder civil. Aquellas disyuntivas que interpelaban a los individuos en el día a día llevaron a muchos vecinos a acercarse a los distintos colectivos de agitadores que había en la barriada y que parecían ofrecer soluciones certeras a sus inquietudes, ya fueran Moratilla, Ibáñez, Jiménez y los suyos, ya los círculos más próximos al párroco. La identidad política partía de las convicciones preexistentes pero también de la gestión de la vida en común, ámbito en el que tomaban cuerpo las opiniones de las personas, se modelaban las ideologías y se avivaban los conflictos.

A pesar de que a la altura de 1890 el arrabal a duras penas superaba los 1000 habitantes, la comunidad estaba absolutamente fragmentada. Desde la casa de Pedro Moratilla, por poner un ejemplo, se veía la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias. Del mismo modo, esta se encontraba a apenas unas manzanas del club en que se reunían los librepensadores, y al que la prensa católica bautizó aquellos días con el nombre de "cuadra", pues era allí donde lanzaban sus rebuznos los enemigos de la religión. Un poco más allá estaba la vivienda del párroco. Y al doblar la calle, el domicilio de Francisco Ruiz, el cajista de *El Motín*[64].

Precisamente Francisco Ruiz fue el protagonista del siguiente encontronazo. Tras el escándalo de la mañana, la tarde se presentaba incierta. El concejal Marcos Fernández, teniente de alcalde y favorable a la visita, acudió a los ejercicios espirituales acompañado de la Guardia Civil para así asegurar que los misioneros pudieran trabajar sin contratiempos ni provocaciones[65]. A pesar de ello, cuando los oradores censuraban en su sermón la tan extendida práctica de no bautizar a los niños (que además solía venir acompañada de alguna celebración laica), Francisco Ruiz interrumpió el discurso e intentó polemizar con los jesuitas. Lo que allí se estaba comentando escapaba del plano metafísico o abstracto en el que se manejaban con frecuencia los curas en misa. En esta ocasión, los jesuitas estaban enjuiciando conductas absolutamente naturalizadas en el suburbio, pues negaban el derecho de los padres a no bautizar a sus hijos y tildaban a los progenitores de crueles e irresponsables por robar a su prole "el tesoro del cielo"[66]. Aquello tocaba especialmente en el corazón a Francisco Ruiz, que había perdido ya a varios hijos, ninguno bautizado, y que apenas quince días antes había organizado una

[64] Los datos sobre las viviendas en AVM, Secretaría, Padrón Municipal de Habitantes de Chamartín de la Rosa de 1905 y AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556.
[65] Aunque la prensa habla insistentemente del "sr. Marco". La realidad es que en la corporación local no había ningún individuo que respondiera a estos datos y sí un concejal y teniente de alcalde llamado Marcos Fernández. AVM, Secretaría, Libros de Actas de Chamartín de la Rosa, sesiones de 1890.
[66] *La Unión Católica*, 28 de mayo de 1890.

gran merendola y marcha al juzgado para festejar el acto de inscripción en el registro civil de Felisa Redención, el nombre que escogió para su pequeña[67].

Los misioneros habían acudido a Tetuán para acabar con la indiferencia religiosa, mejorar las costumbres morales de sus habitantes y contrarrestar la propaganda de los librepensadores. Para alcanzar sus objetivos, los jesuitas apostaron por divulgar el dogma católico de acuerdo con los textos sagrados, pero también por atacar desde la raíz las prácticas y formas de vida preconizadas por sus enemigos. Por esta razón, los reverendos tuvieron que descender de las parábolas y alegorías al fango de las cuestiones particulares, lo que equivalía a estigmatizar con nombre y apellidos a parte del vecindario, como a Francisco Ruiz. Para él, decisiones como la de no bautizar a los niños pertenecían al más estricto ámbito de la libertad de conciencia. Nada tenían que opinar del asunto los curas y nada iba a consentir Francisco Ruiz que se dijera al respecto. Y si para contestar el mensaje de los jesuitas hacía falta entrar en la parroquia, se hacía. A Ruiz no le temblaba el pulso ante ninguna autoridad. Era un personaje destacado del ambiente anarquista de la capital y se desenvolvía con solvencia en lides dialécticas. Estaba acostumbrado a defender con vehemencia sus ideas ante cualquier auditorio. Más aún si sus enemigos censuraban su *modus vivendi*. Como ha señalado Julio de la Cueva, ser librepensador muchas veces implicaba seguir "un estilo de vida en que uno nacía –o traía hijos al mundo-, crecía –o hacía crecer la prole-, se casaba y moría «en laico»"[68]. Algo no negociable. A pesar de su protesta, la polémica no duró mucho más aquella tarde, ya que el concejal Marcos Fernández cortó de raíz la intervención del librepensador y amenazó con llamar a la fuerza pública si no cesaban las faltas de respeto a la religión católica en el templo[69].

A lo largo de los siguientes días los misioneros continuaron combinando los discursos doctrinales con los sermones condenatorios de algunos de los vicios que según ellos asolaban el arrabal. Así, por ejemplo, los jesuitas reprobaron las fiestas, criticaron el materialismo[70] o alertaron a las madres contra los hábitos indecorosos de las muchachas del suburbio[71]. En el ambiente flotaba una acusación velada. Todas esas conductas torcidas eran consecuencia de la propaganda disolvente de Ruiz, Moratilla y compañía o de las mujeres librepensadoras que también actuaban en la barriada, como Juana Gámiz, Vicenta Ruiz, Victoria Ruiz, Josefa Ruiz, Francisca Lugea, etc.[72]. Para

[67] *El Motín*, 15 de mayo de 1890.
[68] Julio DE LA CUEVA: "Movilización política e identidad anticlerical, 1898-1910", *Ayer*, 27 (1997), pp. 122-123.
[69] *La Unión Católica*, 28 de mayo de 1890.
[70] *La Unión Católica*, 29 de mayo de 1890.
[71] *La Unión Católica*, 30 de mayo de 1890.
[72] Dada la naturaleza de los documentos manejados (fundamentalmente crónicas periodísticas y documentación electoral), la inmensa mayoría de los personajes que surcan estas páginas son hombres. Sabemos, en todo caso, de la existencia de un grupo de mujeres capitaneadas por Juana Gámiz. Recogían firmas y enviaban manifiestos a la prensa revolucionaria, a veces por separado, a veces con los hombres. A pesar de que conocemos los nombres de al menos una veintena de compañeras, la falta de documentación municipal con la cual cruzar sus datos nos ha impedido rescatar sus historias de vida. Tan solo hemos conseguido reconstruir con solvencia la trayectoria de las militantes indicadas en el cuerpo del texto. Juana Gámiz conformaba con Francisco Ruiz un matrimonio de firmes convicciones políticas. En su casa se respiraba un fuerte aroma contestatario, motivo que sin duda llevó a sus tres hijas mayores, Vicenta, Victoria y Josefa, a participar de suscripciones y manifiestos anarquistas o librepensadores. Francisca Lugea era otra activista que también unió su suerte a la de un revolucionario de Tetuán, en este caso el republicano Luis López de Castro. Del resto de mujeres del ambiente librepensador poco sabemos.

combatir su pernicioso discurso no bastaba con la palabra. Era necesario realizar grandes actos de afirmación, contrición, confesión y comunión. También nuevas procesiones. Era preciso llenar de incienso, cantos litúrgicos y símbolos religiosos esas calles donde había prendido la impiedad. Había que purificar el suburbio[73].

Los librepensadores, por su parte, utilizaron diferentes vías para manifestar su descontento y desafiar a los jesuitas. En primer lugar, se sirvieron de las páginas de *El Motín* para atacar mordazmente a los misioneros, a quienes advirtieron de que el pueblo de Tetuán era "mucho más moral" que aquellos que pretendían moralizarlo:

> En fin, ya que los ignacianos se han metido a *moralizar* a un pueblo mucho más moral que ellos, propongo al padre Prieto, predicador de tanda, este proyecto de sermón:
>
> «Mis amados hermanos en Jesucristo. La vida que traéis, ocupados en talleres, fábricas y labores del campo, no es la que más se amolda a los preceptos evangélicos. Aprended de nosotros, que hemos declarado la guerra sin cuartel al trabajo; venid conmigo a nuestro suntuoso palacio de Chamartín, y veréis qué soberana vida nos pegamos. Allí embrutecemos a los hijos de las más encopetadas beatas por la miseria de seis mil reales anuales cada quisque; allí tenemos una especie de club clerical; desde allí manejamos la vida íntima de la alta sociedad madrileña; y, finalmente, allí se inspiran los sueltos que publica *La Unionceja* [por *La Unión Católica*], capaces, si el público de Madrid no conociese vuestra honradez y laboriosidad, de haceros pasar por una cuadrilla de matuteros o una tribu de jesuitas… digo, de vagabundos».
>
> Esto, exornado con las galas de la retórica loyolesca, produciría saludable efecto en su auditorio; y más si el tal Prieto pronunciara su arenga con los bríos que proporcionan las opíparas comidas que se usan en el convento de Chamartín. Por lo demás, el vecindario de Tetuán está dando muestras de su proverbial cultura. Salvo unas cuantas docenas de beatas y chiquillos curiosos, nadie asoma por la iglesia[74]

Los librepensadores de la barriada veían a los jesuitas como enemigos del trabajo, vividores, embaucadores, usureros o conspiradores. El desprecio hacia los miembros de la Compañía estaba muy extendido entre las diferentes familias revolucionarias del momento y enlazaba con los argumentos más primarios y longevos del anticlericalismo popular, aquellos que apuntaban a la laxitud moral o a la naturaleza avarienta y parasitaria de los religiosos[75]. Frente a los jesuitas corruptos, los librepensadores se imaginaban a sí mismos como los representantes legítimos de ese pueblo sano que había hecho caso omiso a las prédicas y continuaba con sus quehaceres como si nada sucediera. Para que la concordia renaciera en las calles del arrabal era preciso confrontar a los jesuitas, responder públicamente a las censuras que desde el púlpito los padres Sánchez Prieto y Tarín hacían de los modos de vida de muchos vecinos. Los

---

Solo sus nombres: Josefa Abad, Isabel Álvarez, Ángela Parrondo, María Marín, Juana Vargas, María Calzada, Catalina Nebrera, Lopa Martínez, Manuela Rubio, Victoria Rubio, Dolores Angulo, Petra Angulo, Liboria Angulo, Antonia Angulo, Josefa Romero, Emilia Álvarez, Saturnina Pérez y Enriqueta Quesada. Véanse *Bandera Social*, 11 de octubre de 1885 y *La Anarquía*, 18 de septiembre de 1891.

[73] *La Unión Católica*, 29, 30 y 31 de mayo de 1890 y 2 de junio de 1890.

[74] *El Motín*, 29 de mayo de 1890. El subrayado es nuestro. Las crónicas del reportero católico por su parte hablan de llenos absolutos de la iglesia, que incluso hubo de abrir de par en par sus puertas para que los fieles que no pudieron entrar siguieran la misa desde la explanada en que se ubicaba el recinto sagrado.

[75] Javier DE DIEGO: *Imaginar la República. La cultura política del republicanismo español, 1876-1908*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008.

librepensadores lo habían intentado a su manera, por sorpresa, tumultuosamente, en los lugares de culto, sin éxito. Pero no se daban por vencidos. Antonio Ibáñez, el obrero que ya pidiera al alcalde un debate abierto con los jesuitas, tomó la iniciativa para recuperar esta idea. Para los orgullosos anticlericales, convencidos de la superioridad de sus doctrinas, conseguir desenmascarar a sus oponentes ante el conjunto del vecindario era vital. No todos los habitantes de Tetuán leían *El Motín* o frecuentaban las reuniones en el club republicano, por lo que una discusión cara a cara y con el pueblo como juez se antojaba una oportunidad sin igual para difundir el mensaje del librepensamiento. Por ello, el citado Ibáñez dirigió una misiva al párroco del arrabal emplazando a los jesuitas a una controversia pública:

> Sr. D. Esteban Jiménez Pérez [Peris].
>
> Respetable señor:
>
> Adjunto tengo el honor de acompañarle un ejemplar de *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, en la cual se publica un extracto del acta de la conferencia celebrada por el grupo de librepensadores de Tetuán en la noche del 10 del mes y año que rige. Como en ella se sientan afirmaciones que la Misión debe no ignorar, así como se les hace una invitación para la controversia de ideas en público, de lo cual juzgo pertinente, así se lo manifieste; he de esperar de Ud. que los ha invitado a venir a este pueblo, que conozcan de ambos asuntos deseando, yo por mi parte, que me participen si aceptan la controversia pública, y para ello que fijen tema y día, en la seguridad que mis amigos y yo no hemos de faltar a cumplimentar el compromiso de antemano por mí y a nombre del grupo adquirido. De no recibir contestación, para lo cual adjunta es mi tarjeta con las señas del domicilio de ustedes, sepan que les oiré todas las misiones y que a ellas contestaré en los sitios más públicos de este pueblo, para contrarrestar las doctrinas por ustedes vertidas, a las que se han negado a que se les hagan controversia ante los vecinos honrados de Tetuán[76]

La carta de Antonio Ibáñez es un documento excepcional por muchas razones. En primer lugar, por su origen. No es habitual que la correspondencia entre particulares, menos aún si se trata de personajes medianamente desconocidos, burle las trabas del tiempo y encuentre su hueco en la posteridad. Sin embargo, el afán del reportero católico por informar a sus lectores de las prácticas irreverentes de los librepensadores posibilitó que el documento quedara inmortalizado en las páginas de *La Unión* y llegara así a nuestros días. Su mera existencia evidencia el carácter absolutamente fragmentario de las fuentes con las que trabaja el investigador: en el caso que nos ocupa, como en cualquier otro, buena parte de los actos de la función que tratamos de reconstruir ocurrieron fuera de los focos y apenas hemos tenido constancia de ellos por huellas marginales o rastros extravagantes.

Consideraciones historiográficas a un lado, la misiva de Antonio Ibáñez reviste especial importancia, en segundo lugar, por la visión democrática y desregulada que el autor tenía del espacio público como escenario de la confrontación política. En Tetuán, ya fuera por la condición mísera de las viviendas, ya por la ausencia de grandes infraestructuras colectivas, la vida cotidiana discurría al aire libre y a ojos de todos. Las gentes de las afueras no tenían tan integrada la distinción entre espacio público y espacio privado propia de los valores liberales del momento, o no daban a la misma el

[76] *La Unión Católica*, 30 de mayo de 1890. El subrayado es nuestro.

significado restrictivo y desmovilizador que las elites entonces trataban de otorgarle. En la periferia todo sucedía sin secretos ni ocultaciones. En consecuencia, si el cura expulsaba a los respondones de la iglesia, el debate habría de tener lugar en la plaza, en la calle o en cualquier sitio público, siempre "ante los vecinos honrados de Tetuán" y nunca a sus espaldas. No era una simple cuestión de creencias o de dirimir si estaba justificado tal o cual dogma de fe. El conflicto era político porque tanto los jesuitas como los librepensadores hablaban a los suyos de cómo debían vivir, cómo debían relacionarse o cómo debían actuar ante la muerte.

En tercer lugar, el documento, escrito con un lenguaje llano y sin concesiones a la retórica, tiene la virtud de mostrar el universo de referencias de un hombre corriente que seguramente no creyera estar haciendo historia, sino aquello que sus convicciones o su vehemencia le dictaban que debía hacer. De un modo u otro, lo cierto es que la carta de Antonio Ibáñez desafiaba diversas convenciones vigentes en la España de la Restauración. La epístola era reflejo de hasta qué punto en barrios apartados como Tetuán el orden social se tambaleaba. En el extrarradio parecía haberse perdido todo sentido jerárquico de la comunidad, todo reconocimiento de la autoridad, todo respeto a los ministros de la religión oficial del Estado. Allí un obrero sin más formación que la que él mismo se había procurado se permitía retar a unos jesuitas con años de experiencia al frente de instituciones educativas y elevadas dotes de oratoria. Era tal la confianza que Ibáñez tenía en sus ideas, que incluso ofreció a los jesuitas que fueran ellos quienes fijaran los temas que habrían de ser sometidos a discusión. Durante siglos la reverencia popular ante los religiosos se había basado, precisamente, en el dominio que estos habían tenido sobre el pensamiento abstracto y los asuntos intelectuales. Mientras el conjunto de la sociedad se entregaba al trabajo manual y la supervivencia económica, curas y sacerdotes, con mayores conocimientos y formación, se encargaban de la tutela moral de sus conductas. Los tiempos habían cambiado, pero en localidades pequeñas como Tetuán, en las que la práctica totalidad de los vecinos trabajaba de sol a sol y las tasas de analfabetismo seguían disparadas, la Iglesia aún aspiraba a ejercer cierto rol en el gobierno de hábitos y costumbres[77]. Nada más lejos de la realidad. Los vecinos de la periferia habían trazado sus calles, levantado sus casas y organizado sus servicios. Se sentían dueños de su destino y no iban a aceptar lecciones de aquellos agentes sociales que no habían echado una mano cuando el arrabal nacía y toda colaboración era bienvenida. Igual había sucedido con los policías. Tras años de abandono ya era demasiado tarde para pretender meter en cintura comportamientos que se habían hecho ley sobre el terreno. A esta desconfianza, común en toda la barriada, había que añadir en el caso de Ibáñez y sus amigos impíos e insolentes, su condición de hombres hechos a sí mismos y celosos de su autonomía. Ibáñez era un donnadie. Lo era para los jesuitas y lo era para el redactor católico que hacía mofa del reto ante sus lectores. No obstante, era un donnadie al que sus propias circunstancias le habían hecho creerse en el derecho a tratar de tú a tú a los misioneros y disputar con ellos sobre cómo debía funcionar la sociedad o sobre aquello que era decoroso o legítimo.

[77] Las cifras de analfabetismo a la altura de 1905 seguían siendo dramáticas. Según los datos de empadronamiento de ese año el 55% de los vecinos mayores de diez años no sabía leer ni escribir. Véase AVM, Secretaría, Padrón Municipal de Habitantes de Chamartín de la Rosa de 1905.

El asunto admite incluso una última lectura. Es sabido que a finales del siglo XIX muchos de los que enarbolaban un discurso contrario al catolicismo lo hacían sirviéndose de unos estereotipos de género bien concretos. El hombre librepensador era la quintaesencia del ser racional y comprometido con la emancipación de las conciencias. El género femenino, por el contrario, aparecía frecuentemente retratado como cautivo de las redes del clero. En este esquema mental, la devoción era algo propio de mujeres, quienes por su temperamento o por sus menores aptitudes psico-biológicas terminaban siendo la correa de transmisión de las enseñanzas religiosas[78]. A pesar de que no faltaban las mujeres en las actividades de los librepensadores de Tetuán, algunos de sus correligionarios masculinos participaban de estos prejuicios. Recordemos simplemente cómo, para ellos, a excepción de "unas cuantas docenas de beatas y chiquillos curiosos", el pueblo había permanecido al margen de los ejercicios espirituales. La fe y la obediencia a la autoridad eclesiástica serían, por tanto, cosa de los eslabones más débiles de la sociedad, de las mujeres y la prole. Ante esta situación, era tarea de los varones anticlericales y autodidactas liberar a unas y a otros del yugo de la religión[79]. Contestar el mensaje de los misioneros, para más inri venidos de fuera del arrabal, era una cuestión de virilidad y honor.

Ilustración. Apostolado en Tetuán en el primer tercio del siglo XX. Fotografía: Santos Yubero.

[78] María del Pilar SALOMÓN CHÉLIZ: "Las mujeres en la cultura política republicana: religión y anticlericalismo", *Historia Social*, 53 (2005), pp. 103-118; ÍD: "Devotas mojigatas, fanáticas y libidinosas. Anticlericalismo y antifeminismo en el discurso republicano a fines del siglo XIX", en Ana M. AGUADO, María Teresa ORTEGA (coords.): *Feminismos y antifeminismos: culturas políticas e identidades de género en la España del siglo XX*, Valencia, PUV, 2011, pp. 71-98.

[79] Uno de los miembros del grupo, Isidro Ibarra, dejó por escrito en sus notas personales que Dios solo había existido en "la imaginación calenturienta de hombres insensatos y en el debilitado espíritu de los fanáticos de todos los tiempos, compuestos en su mayoría de mujeres y de seres ignorantes", véase AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556.

El honor popular había sido ultrajado por los reverendos en cada ejercicio espiritual, en cada comunión, en cada confesión. La única manera de vengar el agravio pasaba por la celebración de un duelo público en que unas y otras ideas fueran confrontadas. Un lance en el que la palabra sustituyera a la espada. En tales circunstancias, la restitución del daño infligido dependería de que los afectados, aquellos cuyo honor había sido supuestamente vulnerado, presenciaran la controversia y atendieran a los afilados argumentos que unos y otros esgrimieran contra su adversario. Por eso Antonio Ibáñez no vacilaba en advertir a los jesuitas. Al igual que sucediera en los lances de honor por asuntos amorosos o afrentas familiares, en los que los partidarios del sujeto ofendido retaban públicamente a los ofensores con un gesto impertinente, en esta ocasión Ibáñez y los suyos demostraron con sus sabotajes y sus escritos insultantes y provocadores su voluntad de batirse en controversia intelectual. Si los jesuitas no recogían el guante, si no aceptaban un debate a todo o nada por la conquista moral del suburbio, los librepensadores volverían a la carga y seguirían interrumpiendo sus prédicas o respondiendo públicamente a sus sermones.

En Tetuán, como en cualquier otro lugar de España, todos sabían lo que eran los duelos y lo que implicaban. En este caso, lo importante de la eventual lucha ante los ojos del común no era solo lo que allí se dijera, sino el mero hecho de que esta lid existiera, la posibilidad de que se escenificaran intereses contrapuestos y se pusieran en entredicho las verdades de la religión católica. Con independencia del resultado del duelo, la representación pública de la disputa era ya una manera de conferir legitimidad a la misma, de reconocer el lugar de los librepensadores en el debate por la organización del espacio público del suburbio. En las afueras, donde los pilares del sistema eran más endebles, una *performance* como la ideada por los "obreros ilustrados" tendría un efecto catártico. Para el trapero o el ama de casa poder ver a sus humildes vecinos porfiar ante los jesuitas significaba borrar de un plumazo el halo de superioridad moral e intelectual que había acompañado a los doctores de la Iglesia desde la noche de los tiempos[80].

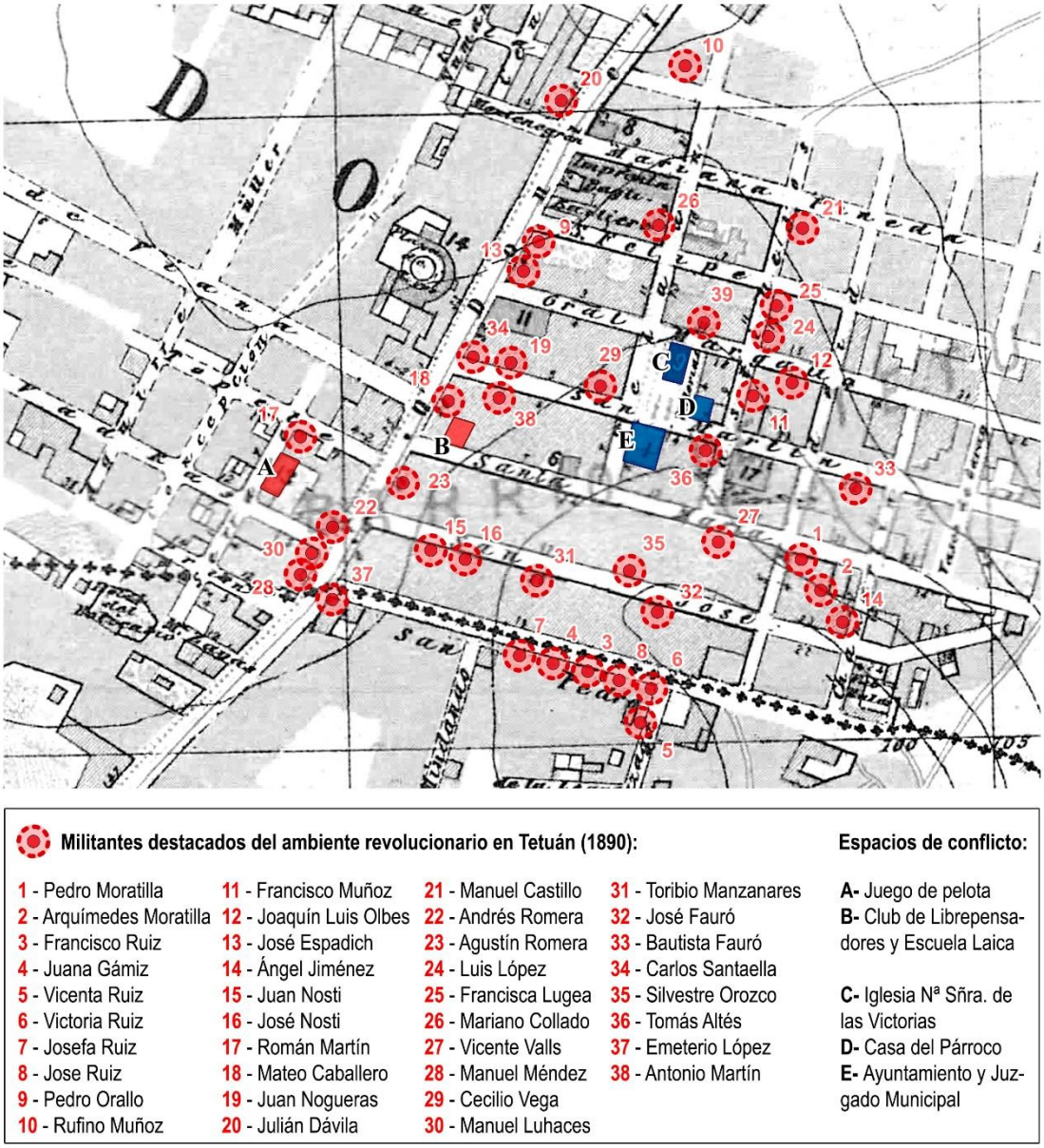
Sabedores del riesgo que entrañaba una discusión abierta, los jesuitas evitaron cualquier enfrentamiento. Con todo, la traca final aún estaba por llegar. Puesto que no habían podido discutir cara a cara con los miembros de la Compañía, los librepensadores organizaron para el sábado 31 de mayo un mitin de repudio de las misiones. El acto se celebró, una vez más, en el Juego de Pelota de Tetuán, un modesto frontón propiedad de Román Martín, un republicano compañero de andanzas de Moratilla, Ruiz y compañía. La disputa religiosa en las afueras había despertado el interés y la admiración de muchos revolucionarios madrileños, por lo que las autoridades tomaron precauciones para impedir cualquier choque con los jesuitas. Horas antes del inicio del acto las calles del arrabal presentaban un aspecto insólito, con multitud de correligionarios y curiosos. Las fuerzas de orden público patrullaban sin descanso. También se habían desplazado a Tetuán delegados del Gobierno Civil. Llevaban órdenes estrictas. Cualquier escarnio a la religión católica conllevaría la inmediata suspensión del mitin. Así lo decía el artículo 240 del Código Penal.

[80] Sobre la cultura del duelo en la España finisecular, véanse: Miguel MARTORELL LINARES: *Duelo a muerte en Sevilla. Una historia española del Novecientos*, La Coruña, Ediciones del Viento, 2016; Raquel SÁNCHEZ, José Antonio GUILLÉN (coords.): *La cultura de la espada. De honor, duelos y otros lances*, Madrid, Dykinson, 2019.

Nunca Tetuán había sido tan importante. Nunca había recibido tanta atención ni miramientos. Los diferentes periodistas que cubrieron el evento coincidieron en fijar por encima de 500 los asistentes al Juego de Pelota. El ambiente debió de ser francamente inolvidable para esos políticos del tres al cuarto que habían arrasado toda convención y habían hecho de su barrio la cuna de la irreverencia. En la tribuna de oradores se arremolinaba un plantel de excepción. Al frente figuraba el cajista Francisco Ruiz, uno de los agitadores más incombustibles del suburbio y conocido también en Madrid por su papel al frente de distintas iniciativas de corte anarquista. Sin ir más lejos, Ruiz había copado las portadas de la prensa unas semanas atrás, cuando los anarquistas de la capital convocaron un gran mitin para conmemorar el primer Primero de mayo y llamaron a la huelga. Él fue uno de los artífices de la idea. Aquel día Ruiz tomó la palabra ante miles de trabajadores y se ganó fama de orador fogoso. En esta nueva ocasión Ruiz se codeaba en el estrado con la flor y la nata del librepensamiento madrileño: Ramón Chíes, director de *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, Nicolás Salmerón hijo, Rafael Delorme, bohemio socialista o Emilio Menéndez Pallarés, abogado republicano de postín. Confundidos entre ellos se podía ver a miembros del círculo local de librepensadores, como el fabricante de cuerdas Pedro Orallo, el obrero Antonio Ibáñez o el pintor de carros Ángel Jiménez. Finalmente, llamaba la atención de los asistentes la presencia de un niño entre los oradores. Se trataba del hijo de Damián Castillo, una de las figuras más destacadas del ambiente federal madrileño.

Llegada la noche dio comienzo el mitin. Ramón Chíes aconsejó a las mujeres de la barriada que enterraran civilmente a sus muertos, que rechazaran el matrimonio canónico y que trabajaran por el establecimiento del divorcio. Su discurso era uno de los más esperados y su voz resonó en el Juego de Pelota como lo hacía la voz del presbítero en misa. Limpia, clara y normativa. Uno tras otro, los distintos oradores que le sucedieron en el uso de la palabra atacaron los dogmas fundamentales del catolicismo. Algunos cargaron las tintas contra el fanatismo religioso como tapón de los avances científicos. Otros combatieron el celibato eclesiástico y predicaron el amor libre. El niño Castillo, en una intervención muy celebrada y que apelaba a las emociones de muchos de los allí reunidos, afirmó que gracias al espíritu libre de sus padres "ni había sido bautizado, ni [había] aprendido las patrañas religiosas, ni bajaría nunca la cabeza ante ídolos de ninguna clase". Ruiz indicó que el librepensamiento era la mejor garantía para la emancipación social de los pobres y llamó a perseverar en la lucha. Ibáñez, el anticlerical deslenguado que había desafiado en diversas ocasiones a los jesuitas, divirtió al auditorio con bromas y chanzas e hizo el repaso de los hitos más destacados del conflicto religioso en las afueras. En ese punto, en pleno éxtasis de los congregados, el reportero católico Fernández Hidalgo pidió la palabra desde el público. Una vez le fue concedida, Hidalgo tachó de apóstatas a los presentes y sostuvo una agria polémica con Chíes e Ibáñez, de la que cada bando sacó conclusiones antagónicas. De algún modo, el reportero católico estaba devolviendo la visita a los librepensadores que profanaron el templo durante las misiones[81].

[81] La crónica del mitin en *La Unión Católica*, 2 de junio de 1890, *El Motín*, 5 de junio de 1890 y *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 7 de junio de 1890. El entrecomillado con las palabras del niño Castillo procede de esta última fuente.



Plano. La lucha por el espacio en Tetuán en torno a 1890. Elaboración propia a partir de Facundo CAÑADA: *Plano de Madrid y pueblos colindantes al empezar el siglo XX*, Madrid, 1900.

El mitin prácticamente ponía punto final a una semana larga de efervescencia política y religiosa. A los pocos días los jesuitas concluyeron también sus ejercicios espirituales. Para *La Unión Católica*, "dadas las tristes circunstancias" que rodeaban a Tetuán, las misiones habían conseguido su objetivo. Según su reportero, la población despidió a los reverendos embargada por la emoción y el llanto[82]. La fe se alzaba de nuevo orgullosa a las puertas de Madrid: los jesuitas habían despertado un catolicismo de combate que no se iba a quedar de brazos cruzados ante la pérdida de posiciones o el avance de sus enemigos. Precisamente por eso, la batalla por determinar aquello que se podía o no hacer en el espacio público siguió viva una vez se aplacaron los ánimos

[82] *La Unión Católica*, 3 de junio de 1890.

suscitados por las misiones. Los meses pasaron y la prensa de la capital posó su mirada sobre otros asuntos. Las calles del arrabal cayeron otra vez en el olvido. En Tetuán, sin embargo, las aguas no volvieron a un cauce de paz que nunca había existido, sino que retornaron a ese torbellino de disputas cotidianas por los bautizos laicos, los matrimonios civiles y los enterramientos fuera de tierra santa. El conflicto por la secularización del suburbio no desapareció por la sencilla razón de que tampoco desaparecieron las causas que lo hacían posible: la tarea de organizar la vida en común en las afueras de Madrid aún seguía pendiente, las elites de la Restauración se mostraban poco eficaces para imponer allí su modelo de sociedad y la competencia entre las distintas fuerzas que pugnaban por la hegemonía seguía abierta. En el siguiente apartado se analizará cómo el juzgado municipal y el cementerio de la localidad se convirtieron en los nuevos escenarios de una batalla irreprimible.

4. La lucha por el cementerio civil y otros episodios de anticlericalismo en la periferia

A finales del siglo XIX la Iglesia disfrutaba de un formidable ascendiente sobre la población. Desde el día del bautismo y hasta el momento de la extremaunción muchos españoles cumplían con una serie de liturgias que los integraban en el seno de la comunidad católica: la educación religiosa, la comunión, la asistencia regular a misa, el matrimonio canónico, la obediencia a los mandamientos, la confesión, etc. Esta influencia traspasaba incluso el umbral de la muerte, ámbito sobre el que también los ministros de Dios ejercían su tutela, pues la gestión de los cementerios era una potestad eclesiástica. Esta prerrogativa permitía a los presbíteros de cada localidad un control férreo sobre las conductas de los individuos. Eran ellos, por encima de cualquier autoridad civil, quienes decidían qué sujetos se habían ganado con sus actos y con su fe el derecho a ser inhumados en el camposanto o quienes, precisamente por sus faltas, eran privados de ese derecho. Durante décadas este privilegio eclesiástico fue una fuente de conflictos con las familias de esos fieles a los que se denegaba la sepultura sagrada por sus hábitos o comportamientos. Sin embargo, con el correr del tiempo la jurisdicción religiosa sobre las necrópolis hubo de causar sarpullido en sectores bien distintos, como los agnósticos, los masones o los ateos que habían sido bautizados en la niñez y habían renegado de esa fe posteriormente. Poco importaba que algunos de ellos hubieran manifestado su deseo de ser enterrados al margen de la disciplina católica, pues los curas, acogiéndose a lo suscrito en el Concordato de 1851, podían exigir que les fuera entregado todo difunto que hubiera formado parte de la comunidad católica. Para ello bastaba con haber pasado por la pila bautismal. En una coyuntura en que la disputa entre religiosos e impíos empezaba a coger vuelo, la potestad eclesiástica sobre los enterramientos, incluso cuando se trataba de librepensadores declarados, se convirtió en un arma de doble filo en manos de los párrocos.

Para poner coto a estas polémicas las autoridades liberales establecieron la separación entre cementerios católicos y civiles. Así, por ejemplo, en 1884 se inauguró en la capital el cementerio del Este, a cuya sección secular fueron a parar los huesos de muchos madrileños heterodoxos que habían perdido su fe en Dios o que quizás nunca la habían tenido. Sin embargo, en aquella época las grandes ciudades como Madrid

constituían más bien una excepción. A finales del siglo XIX una parte sustancial de los municipios españoles carecía de medios económicos o de voluntad política para crear las nuevas necrópolis seculares, por lo que en la práctica fueron muchos los lugares en los que no se llevó a efecto dicha distinción. A lo sumo, como sucedía en Chamartín, anexo al cementerio católico o en uno de sus extremos se habilitaba una suerte de corralillo descuidado y de exiguas dimensiones destinado a los sepelios civiles. Aunque deshonrosos o poco decorosos, estos minúsculos cementerios se convirtieron en objeto de discordia entre clericales y anticlericales. Para los primeros, la mera existencia de espacios fúnebres alternativos era algo a evitar o entorpecer. Una cosa era desterrar del camposanto a los apóstatas o a los fieles de conducta torcida, lo que no pasaba de ser una condena pública con pretensiones moralizadoras o intimidatorias sobre el resto de la comunidad, y otra permitir que el enterramiento civil voluntario comenzara a rivalizar con el católico. Para los segundos, librepensadores orgullosos de su condición, la inhumación civil era un acto público de afirmación de sus convicciones, un broche final para una vida al margen de los dogmas religiosos[83].

Chamartín de la Rosa fue uno de los lugares en que más cruda y descarnada se presentó esta batalla. Ya se ha mencionado que junto a la tapia del cementerio católico, ubicado a las afueras de la vieja población y a más de dos kilómetros del arrabal de Tetuán, se instaló un pequeño cobertizo en el que anarquistas, republicanos y anticlericales comenzaron a enterrar a sus muertos. No fue tarea sencilla lograrlo. El Ayuntamiento siempre mostró su rechazo al proyecto, que no habría prosperado de no ser por las repetidas instancias del grupo que acaudillaban Ruiz, Moratilla y compañía[84]. Como era previsible en un municipio de tal abolengo religioso, la apertura del recinto civil levantó ampollas en Chamartín y fue causa de numerosas tensiones entre las familias y los eclesiásticos. En primer lugar, por la tenaz oposición de los párrocos a que las ovejas descarriadas y separadas del rebaño utilizaran los terrenos contiguos al camposanto. En segundo lugar, por la presión de los anticlericales de la barriada, que exigieron a las instituciones locales que disputaran a los religiosos el control de los cementerios y el gobierno de los muertos. Finalmente, la querella por la necrópolis ocasionó sinsabores y enfrentamientos porque la población de Tetuán en aquellos años fue de todo menos estanca. El espectacular desarrollo demográfico provocó el colapso de infraestructuras que, como el cementerio, habían funcionado eficazmente durante décadas. Así, a la disputa por la secularización vino a añadirse, como factor acelerador del conflicto, el hecho de que el cementerio tradicional fuera incapaz de acoger en su

[83] La información de estos párrafos, en particular la jurisdicción religiosa sobre los cementerios, la privación de sepultura eclesiástica y los conflictos desatados por la segregación de espacios fúnebres procede de Miguel MARTORELL LINARES: "«Desagradable es siempre el escándalo promovido sobre un ataúd»: la privación de sepultura eclesiástica en la Restauración", comunicación presentada al *XII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Madrid, 2014. Disponible en: https://www.academia.edu/12334180/_Desagradable_es_siempre_el_esc%C3%A1ndalo_promovido_sobre_un_ataud_la_privaci%C3%B3n_de_sepultura_eclesi%C3%A1stica_en_la_Restauraci%C3%B3n_Texto_presentado_al_XII_Congreso_de_la_AHC_Madrid_17-19_de_sptiembre_de_2014. Consultado el 25 de junio de 2019. Ejemplos de cómo los sepelios civiles pasaron de ser fórmulas eclesiásticas de exclusión de los impíos a actos públicos de afirmación de la identidad anticlerical en Julio DE LA CUEVA: *Clericales y anticlericales. El conflicto entre confesionalidad y secularización en Cantabria (1875-1923)*, Santander, Universidad de Cantabria, 1994, pp. 158-60.

[84] La apertura del corralillo como resultado de la movilización de los librepensadores se explica en *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 1 de marzo de 1890. Los librepensadores cuentan que en ese momento ya se habían realizado nueve actos civiles en el cementerio.

seno los cadáveres de una población en continuo crecimiento. Esta anómala situación generó una estructura de oportunidades propicia para los intereses de los librepensadores, pues el debate sobre qué hacer con el viejo cementerio y cómo adecuarlo a la nueva realidad del arrabal puso sobre la mesa la necesidad de su ensanche o reforma, pero también la discusión sobre su naturaleza civil o religiosa. No solo se trataba de que la abrupta aparición de Tetuán hubiera desbordado los servicios y rutinas del villorrio medieval, sino que una fracción significativa de sus habitantes portaba estilos de vida y preferencias ante la muerte totalmente rupturistas con el pasado, con lo que en Chamartín había sido costumbre[85].

Seguramente el objetivo más acuciante de los librepensadores de Tetuán fuera poner fin a la provisionalidad e incertidumbre que había acompañado a los primeros enterramientos civiles. Los días previos a las marchas hacia el cementerio siempre había murmuraciones. El párroco y la junta de damas acechaban a los familiares de los difuntos tratando de reconducir sus decisiones o negándoles el derecho a inhumar a los suyos fuera de la comunión católica. La fuerza del colectivo había logrado que las más de las veces los allegados salieran airosos de estas presiones, pero los librepensadores demandaban más garantías, exigían seguridades para no depender a cada momento de la resistencia de los interesados ante las coacciones del cura. Así, sabemos que en 1889, un mes antes de que Pedro Moratilla obtuviera su acta de concejal, justo cuando el comité revolucionario preparaba su asalto a las instituciones, Francisco Ruiz envió una instancia al Ayuntamiento solicitando "se coloque rótulo que diga «cementerio civil» en el departamento que lleva dicho nombre en el cementerio católico". El Ayuntamiento prefirió lavarse las manos y consultar al presbítero. El padre Esteban, por el contrario, tenía muy clara su posición y se opuso frontalmente a la pretensión de los librepensadores "por considerar injurioso el rótulo a la sacrosanta religión y ser de su exclusiva competencia cuanto se refiere al orden religioso o sagrado del edificio". El cura se mostró inflexible en la defensa de su jurisdicción sobre los muertos del pueblo, fueran o no parte de su redil. "Ni podía, ni debía, ni quería" consentir que el cementerio civil recibiera reconocimiento público. Sus razones bastaron para convencer al alcalde y los concejales, que rechazaron la petición de Ruiz, pero no para contener la reivindicación de los librepensadores. El tema siguió vivo en las tabernas, los patios y los mentideros del arrabal[86].

Poco después se formó el nuevo consistorio resultante de las elecciones municipales. Pedro Moratilla no tardó en dejar su impronta en él. Por un lado, entró a formar parte de la sección de obras públicas, aquella que tenía entre sus cometidos hacer de puente entre la Iglesia y el Ayuntamiento en las cuestiones relacionadas con el cementerio[87]. Por otro, en seguida hubo que proceder a la renovación de los vecinos que componían la junta local de primera enseñanza, en la que siempre habían desempeñado

[85] Aunque para un contexto y períodos diferentes, la relación entre transformaciones urbanas intensas y oportunidades para la redefinición del espacio público en un sentido desacralizador en David GARRIOCH: *The Making of Revolutionary Paris*, Berkeley, UCP, 2002, especialmente pp. 142-160.

[86] AVM, Secretaría, Libro de Actas de Chamartín de la Rosa, sesión del 4 de diciembre de 1889. La fecha de registro de la instancia era de 6 de noviembre de ese mismo año, y estaba firmada por Ruiz en representación del grupo local de librepensadores. La expresión "ni podía, ni debía, ni quería" figura en el informe emitido por el párroco Esteban Jiménez Peris, que el Ayuntamiento envió a Ruiz, y que este reprodujo en *El Motín*, 6 de agosto de 1890.

[87] AVM, Secretaría, Libro de Actas de Chamartín de la Rosa, sesión del 2 de enero de 1890.

un papel fundamental el párroco y los notables de Chamartín. En 1890, sin embargo, los librepensadores habían abierto ya una escuela racionalista en el barrio y comenzaban a gozar de cierta experiencia como modestos docentes, por lo que no pensaban dejar en manos de sus adversarios una palanca de transformación social tan relevante como la educación. En esta ocasión, Moratilla logró que el Ayuntamiento propusiera como integrantes de la junta al propio Francisco Ruiz, a Juan Calvo Lé, un jornalero miembro del círculo de librepensadores y a Andrés Romera, un tablajero republicano progresista[88].

El mensaje era inequívoco. Los tiempos en que los religiosos de Chamartín dominaban el espacio público habían llegado a su fin. Moratilla sería desde entonces una china en el zapato de los eclesiásticos. Si había alcanzado el cargo de edil era para que las decisiones que afectaban a todos fueran tomadas por los representantes del pueblo y no por los viejos poderes ligados al altar. Su presencia desafiante en el consistorio insufló nuevos ánimos a sus correligionarios, que emprendieron una lucha legal contra la decisión del Ayuntamiento de no rotular el cementerio civil. A pesar de que no eran más que un puñado de trabajadores manuales y autodidactas, los librepensadores llevaron el asunto ante la Comisión Provincial de Madrid, que tras más de medio año de expedientes resolvió en favor de los demandantes y obligó al Ayuntamiento a colocar la inscripción. La disposición era clara: era competencia del municipio abordar la reforma, ensanche o modificación del cementerio y el cura no era quien para determinar lo contrario. A los concejales no les quedó más remedio que acatar el fallo de la Comisión. Para más inri, el dictamen llegó solamente unas semanas después de que terminaran las misiones. En Tetuán soplaban vientos de cambio[89].

La revocación del acuerdo inicial del Ayuntamiento fue la primera gran victoria de los políticos de alcantarilla del suburbio. Y había que celebrarla como tal. Ruiz, Moratilla, Orallo y los suyos convocaron una gran marcha al cementerio para inaugurar el rótulo. El punto de reunión era el local que librepensadores y republicanos compartían en la calle Santa María, una de las más antiguas del arrabal:

> Cumpliendo con los requisitos que marca la ley, a las cuatro de la tarde y en el local designado al efecto, se reunieron gran número de librepensadores, que, desde Madrid, subían a dar mayor realce al acto de colocación de la lápida en el cementerio civil. A las cinco, y después de breves frases dirigidas a la concurrencia por el Sr. Ruiz, la comisión, precedida por una banda de música, se puso en marcha en dirección al cementerio. Una vez en Chamartín, el concejal Sr. Moratilla se presentó al comisario encargado de los cementerios D. Ramón Muñoz, y con asistencia de ambas autoridades se procedió a la colocación de la lápida. La comitiva, una vez terminado este trabajo, regresó a Tetuán, en donde se disolvió en medio del mayor orden en el mismo local donde había partido, no sin antes haber dado las gracias el Sr. Ruiz a las diferentes comisiones que en representación de

[88] AVM, Secretaría, Libro de Actas de Chamartín de la Rosa, sesión del 22 de enero de 1890. La condición social de Calvo y Romera en AVM, Secretaría, 051-110-22. Andrés Romera era miembro de una de las familias establecidas desde más antiguo en Tetuán. Era, a su vez, uno de los representantes del comité progresista-zorrillista que funcionaba en el barrio. Véase *El País*, 11 de julio de 1895.

[89] AVM, Secretaría, Libro de Actas de Chamartín de la Rosa, sesión del 30 de julio de 1890. El fallo de la Comisión Provincial tenía fecha de 27 de junio de ese mismo año. El texto completo del fallo en *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 9 de agosto de 1890.

> varias colectividades de Madrid [logias masónicas, juventudes y organismos de partidos republicanos, sociedades de escuelas laicas] asistieron al acto[90]

A pesar del triunfo, la pelea por un cementerio civil digno no había hecho más que empezar. Aún era difícil vivir y morir al margen de la religión en Tetuán. Solo unas semanas más tarde los librepensadores se sirvieron de las páginas de *Las Dominicales* para denunciar las pésimas condiciones del corralillo civil, un espacio de ocho metros de largo por tres de ancho en el que como mucho cabrían tres sepulturas nuevas. Era cuestión de tiempo completar el aforo. A principios de octubre el arrabal se tiñó de luto con la muerte del pequeño Antonio, hijo del librepensador Guillermo Martín, que tuvo que hacer frente a las coacciones de los neocatólicos. Los asistentes al cortejo fúnebre pudieron comprobar cómo en lo sucesivo resultaría imposible practicar nuevos enterramientos[91]. El asunto no era menor. A la altura de 1890 el temor a la muerte en la niñez era pavoroso. Un catarro mal curado o una pequeña infección podían acabar con la vida de las criaturas si no recibían la medicación adecuada. Puesto que ese era el día a día en zonas tan deprimidas y abandonadas por las instituciones sanitarias como Tetuán, disponer de una necrópolis suficientemente espaciosa se convirtió en una aspiración crucial para las familias. Era preciso, por tanto, ampliar el terreno destinado a cementerio civil, de manera que los librepensadores volvieron a poner en marcha su maquinaria. Se reunieron a la salida del trabajo, debatieron en el club y recabaron firmas casa por casa. Esta vez fue el fabricante de cuerdas Pedro Orallo el responsable de presentar ante el Ayuntamiento los pliegos con las peticiones. Había motivos para la esperanza: con Moratilla en el consistorio la solicitud no caería en saco roto. Así, en la siguiente sesión del concejo, y tras una ligera discusión entre los ediles, el pleno acordó por unanimidad que la sección de obras públicas del municipio, la misma que capitaneaba Moratilla, se encargara de realizar un informe y de comunicar con el párroco. Ya que este había reivindicado insistentemente su jurisdicción sobre el cementerio, los concejales propusieron que Iglesia y Ayuntamiento se repartieran los gastos de la reforma a menos que el cura estuviera dispuesto a renunciar a sus derechos. Toda una provocación[92].

A finales de mes la comisión de obras públicas finalizó sus trabajos y presentó su informe ante el Ayuntamiento. En él se hacía constar que la ridícula superficie destinada a cementerio civil legitimaba "de una manera evidentísima la necesidad apremiante de lo que se pretende". Además, los autores del documento planteaban que, en lugar de llevar a cabo un simple ensanchamiento del departamento secular, era mucho más conveniente construir un cementerio civil independiente del católico, segregado de este por una pared y con entrada particular perfectamente señalizada. A tal efecto, Moratilla y sus compañeros de comisión proponían la adquisición de 4000 pies de terreno. Solo había un problema. La necrópolis original se había edificado sobre propiedades donadas por los duques de Pastrana, terratenientes de Chamartín muy ligados a la Iglesia desde antaño. Los concejales votaron, aprobaron el informe y acordaron solicitar a la duquesa la cesión de los terrenos[93].

---

[90] *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 30 de agosto de 1890; *La Anarquía*, 30 de agosto de 1890.
[91] *La Anarquía*, 10 de octubre de 1890; *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 11 de octubre de 1890.
[92] AVM, Secretaría, Libro de Actas de Chamartín de la Rosa, sesión del 8 de octubre de 1890.
[93] AVM, Secretaría, Libro de Actas de Chamartín de la Rosa, sesión del 29 de octubre de 1890.

En tan solo unos años el municipio había cambiado de faz. Los electricistas y los jornaleros lanzaban veladas amenazas a los curas y hablaban de tomar las propiedades de los nobles para construir un cementerio civil a la altura de sus ambiciones. En la periferia el sistema daba muestras de agotamiento. Por momentos el mundo parecía estar vuelto del revés. Mientras la reclamación de los librepensadores se tramitaba y el Ayuntamiento esperaba respuesta de la casa de Pastrana, nuevas desgracias pusieron el cementerio en el punto de mira. Por ejemplo, el día 22 de febrero de 1891 falleció Juan Nosti, obrero empleado en la Casa de la Moneda y miembro activo del grupo de librepensadores de Tetuán. Horas antes de morir, Juan suplicó que llamasen a su hermano y cinco amigos más, ante los que "mandó escribir y firmó una declaración, por la cual ordenaba que su entierro se verificase civilmente". El trágico suceso permitió una vez más a los anticlericales del arrabal sacar músculo. Al día siguiente, lunes, Moratilla, Ruiz, Orallo, Jiménez y los demás cargaron a hombros el cadáver de su amigo en lenta procesión. A pesar de ser día de faena, el acto de independencia religiosa congregó a un centenar de vecinos y sirvió para poner aún más presión sobre los hombros de la duquesa de Pastrana[94].

El cementerio se había convertido en símbolo de una protesta, en imagen de un movimiento, por lo que no cabía dilatar más la respuesta. Unos días después, en una carta remitida al alcalde, la duquesa de Pastrana manifestaba tener problemas de conciencia para acceder a la solicitud del Ayuntamiento y rechazaba cualquier cesión. Sin embargo, nada parecía detener el avance de las ideas librepensadoras. Tras la lectura del mensaje, Moratilla intervino en el pleno y consiguió arrastrar consigo al resto de concejales, que acordaron se formara el oportuno expediente de expropiación forzosa de los terrenos apetecidos[95]. En fechas sucesivas el conflicto se pierde entre legajos y expedientes que el investigador intuye que debieron de existir, pero de los que no ha quedado rastro. Sabemos que cuando a mitad de año hubo elecciones para renovar parcialmente el concejo, las primeras con sufragio universal masculino, los republicanos consiguieron ampliar a tres sus representantes: Pedro Moratilla, que seguía de la anterior legislatura, Manuel Méndez, pescadero, y Román Martín, el dueño del Juego de Pelota[96]. El día del reparto de secciones los tres republicanos coparon la delegación de obras públicas y Manuel Méndez quedó nombrado comisario del cementerio[97]. Los vecinos más contestatarios se aseguraban así cierta influencia y control en las negociaciones por el cementerio civil. No obstante, a finales de año los avances habían sido parcos[98] y tiempo después el Ayuntamiento se sumergió en un proyecto, también fallido, de compra de fincas en otra ubicación para hacer realidad el sueño de los librepensadores[99]. El nuevo cementerio no fue finalmente una realidad hasta entrado el siglo XX. Parece, por tanto, que la batalla por conseguir una necrópolis exclusivamente

[94] *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 28 de febrero de 1891.
[95] AVM, Secretaría, Libro de Actas de Chamartín de la Rosa, sesión del 4 de marzo de 1891.
[96] AVM, Secretaría, 051-110-22. En la documentación electoral Manuel Méndez figura como candidato independiente. Sin embargo, sabemos por la prensa que se trataba de un republicano que asistió a mítines de rendición de cuentas ante su electorado junto con Pedro Moratilla. Véase *La Justicia*, 15 de julio de 1892. Aunque habitualmente se presentaba únicamente como "industrial", Méndez era un pequeño comerciante de pescados, conservas y escabeches. Véanse AVM, Secretaría, Libro de Actas de Chamartín de la Rosa, sesiones del 13 de febrero y 19 de junio de 1889.
[97] AVM, Secretaría, Libro de Actas de Chamartín de la Rosa, sesión del 1 de julio de 1891.
[98] *Las Dominicales*, 31 de octubre de 1891.
[99] AVM, Secretaría, Libro de Actas de Chamartín de la Rosa, sesión del 8 de octubre de 1893.

civil y acorde a las medidas de higiene que los más irreverentes demandaban debió de quedar aplazada o atrapada en una maraña de papeles administrativos.

Lo que resulta trascendente para nuestro relato, en todo caso, es el poso de rebeldía y desacato que aquella lucha dejó sobre el terreno. Los ateos, los republicanos y los anarquistas de la barriada aprendieron que era posible desafiar la hegemonía de la Iglesia en el espacio público. Que igual que habían levantado sus casas y delineado sus calles, podían plantar cara a los jesuitas de Chamartín o a los párrocos del arrabal si estos atacaban sus costumbres o ponían en peligro el descanso de sus muertos. De este modo, la protesta dejó de ser un recurso aislado para convertirse en un elemento estructural y ritualizado, aunque no por ello menos reivindicativo. El 1 de noviembre de cada año los librepensadores marchaban al cementerio civil para recordar a los suyos y, de paso, recordar también a las autoridades que los que allí yacían, al hacerlo en virtud de unas ideas, eran patrimonio colectivo de todos los impíos y descreídos. Tal vez por eso, la alarma anticlerical nunca se apagó y los militantes comprometidos del suburbio siempre estuvieron prestos a defender las conquistas alcanzadas[100]. Valga como último ejemplo lo sucedido con el hijo de Pedro Orallo, el fabricante de cuerdas y entusiasta federal que tanta guerra dio a los religiosos del municipio. El niño falleció sin haber sido bautizado. A pesar de ello, el cura de Tetuán, sirviéndose de una modificación legislativa dispuesta por los conservadores, ordenó enterrar en el camposanto a la criatura contra el deseo expreso de sus padres. Nada pudo hacer entonces el Ayuntamiento como institución, pero sí el vecindario anticlerical, que se echó a la calle y acompañó el féretro en comitiva provocadora hasta las puertas del cementerio católico. Resulta tentador imaginar a todos aquellos apóstatas y descreídos invadiendo el espacio de descanso por antonomasia de los católicos de igual forma que Moratilla, Ibáñez, Ruiz o el propio Orallo habían hecho con la parroquia durante las misiones[101].

En las afueras se había roto el vínculo que antaño unía a los presbíteros con su rebaño. O quizá fuera que la majada se había llenado de ovejas negras. En Tetuán seguía habiendo una nutrida comunidad católica. Sin embargo, sus miembros se veían obligados a batirse constantemente con sus enemigos irreconciliables, que disfrutaban allí de una fuerza y unas oportunidades para la acción poco frecuentes en la España del momento. Las brutales transformaciones del arrabal, con la llegada de nuevos residentes y la aparición de caseríos sobre los que nadie mandaba, debilitaron a los poderes tradicionales y abrieron posibilidades para una gestión alternativa de las necesidades básicas de los vecinos. Por ello, los librepensadores del suburbio no se limitaron a una política defensiva, sino que se atrevieron a plantear un orden simbólico alternativo, un orden en que las festividades o los ritos católicos perdían todo halo sagrado y eran rebajadas al mismo nivel que otras prácticas populares. No merecían un respeto mayor.

[100] El ánimo por los triunfos cosechados llevó a los librepensadores de Tetuán a extender sus prácticas al conjunto de la ciudad. Sabemos que en 1893 empezó a formarse la sociedad de actos civiles "La Conciencia Libre", consagrada a dar batalla contra los juzgados e iglesias que negaban el derecho a realizar inhumaciones en cementerios laicos. De los seis fundadores, dos eran anarquistas y miembros activos del grupo de librepensadores de Tetuán (Francisco Ruiz y Joaquín Luis Olbes) y otros dos, aunque residentes en la capital, eran habituales de los actos y conferencias que se desarrollaban en Tetuán (Damián Castillo y Nicolas Salmerón hijo). Véase *La Justicia*, 19 de mayo de 1893.
[101] *La República*, 22 de marzo de 1891.

Así, con motivo de una romería consagrada a la Virgen del Amor Hermoso, algunos bromistas hicieron sonar los cencerros de unos cabestros y corrieron la voz de que venían vaquillas sueltas. El caos fue inmenso y la gente huyó despavorida. El dedo acusador de los allí presentes se cernió sobre Moratilla y sus compinches. Poco importa que se tratara de un acto deliberado de boicot o que, por el contrario, se debiera todo a una inocente travesura. En la mente de los católicos de la barriada el sabotaje de los librepensadores era perfectamente plausible y ese prejuicio da, por sí mismo, más información sobre los temores cotidianos de los creyentes que el mero suceso[102]. Las fiestas siempre fueron un elemento de disenso entre los notables y vecinos de sentimiento religioso, por un lado, y los anticlericales, por otro. Tenemos constancia de que a lo largo de los años noventa, justo cuando Tetuán vivió su primer gran desborde poblacional, el Ayuntamiento dejó de colaborar con el párroco en la organización de las ceremonias religiosas. En septiembre de 1893, por ejemplo, el cura del suburbio envió un oficio invitando a la corporación municipal a la fiesta del Santísimo Rosario. Junto a la invitación, el presbítero solicitaba del Ayuntamiento una contribución económica que permitiera dar mayor lustre a la procesión. Después de un breve debate, los concejales decidieron contestar negativamente al párroco aduciendo que los presupuestos anuales ya estaban cerrados y que el capítulo de imprevistos, el mismo del que tiraban para hacer frente a cualquier eventualidad, era demasiado reducido. Ya fuera por la persuasión de los republicanos, ya por obediencia a los vecinos librepensadores o porque el crecimiento de la barriada obligaba a destinar los pocos recursos a fines más perentorios, lo cierto es que el rechazo del consistorio quebró la unidad de acción que había caracterizado durante décadas a las dos principales palancas del régimen caciquil[103]. Años más tarde sucedió lo mismo cuando el párroco recurrió al alcalde para que la corporación hiciera frente a los gastos de los estandartes e imágenes de las procesiones[104]. No obstante, el caso más descarado de anticlericalismo institucionalizado se produjo cuando el Ayuntamiento cambió el nombre de la calle donde se hallaba la iglesia por el de Giordano Bruno, el matemático italiano campeón del racionalismo. Una cosa era llamar a los hijos de acuerdo con las filias y creencias particulares de cada uno, y otra bien distinta colonizar el espacio público con un símbolo de la irreligión. Ninguna certeza quedaba a salvo en la periferia[105].

Los republicanos nunca tuvieron mayoría en el Ayuntamiento, aunque sí un número considerable de concejales capaces de liderar la oposición y, en determinados momentos, ganarse la confianza del resto del consistorio, formado por representantes de los partidos del turno pero, sobre todo, por vecinos independientes que a la postre fueron sus principales aliados. A pesar de que estos no compartieran las propuestas de máximos de los revolucionarios, sí podían encontrar un suelo común en los asuntos relacionados con la gestión de los recursos, la neutralidad institucional, la autonomía del

[102] Félix MORALES PARRA: *Tetuán de las Victorias*, Madrid, Gráficas Onofre Alonso, 1960, pp. 42-43.
[103] AVM, Secretaría, Libro de Actas de Chamartín de la Rosa, sesión del 27 de septiembre de 1893.
[104] AVM, Secretaría, Libro de Actas de Chamartín de la Rosa, sesión del 14 de julio de 1897.
[105] *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 6 de enero de 1893. El artículo de prensa dice: "El nombre no hace la cosa, dicen los franceses; pero como el Ayuntamiento, en uso de su libérrimo derecho, ha trocado el nombre de la calle Santa Feliciana, en que está la iglesia, por el del gran heresiarca del libre pensamiento Jordano Bruno. ¿No querías caldo? Pues toma taza y media". Sin embargo, la noticia resulta algo confusa, pues no hemos sido capaces de encontrar en ninguna documentación la citada calle. La iglesia de Tetuán se encontraba en el cruce de las calles General Margallo, Tetuán y San Martín.

barrio frente al viejo municipio o la tolerancia con los hábitos y estilos de vida de los moradores del suburbio.

Para garantizar que todas estas cuestiones se respetaran era fundamental en las pequeñas localidades como Chamartín tener al frente del juzgado municipal a personas comprometidas con la libertad y la independencia religiosa. En la España de finales del siglo XIX los juzgados de primera instancia e instrucción se concentraban en las grandes ciudades y en las poblaciones rurales de tamaño medio. De hecho, Chamartín estaba encuadrado en el partido judicial de Colmenar Viejo, un municipio serrano ubicado a más de 30 kilómetros de distancia. Al no haber juzgado de primera instancia e instrucción, en Chamartín había un juzgado municipal, organismo antecesor de los actuales juzgados de paz. En sus orígenes las funciones a desempeñar por estos tribunales municipales eran aquellas encaminadas a resolver pequeños trámites administrativos o juicios de faltas. Se trataba de cometidos tan sencillos que ni siquiera se exigía que los jueces fueran licenciados en Derecho. Lo más común era que el pleno del Ayuntamiento escogiera a uno de sus convecinos como juez municipal. Alguien fiable, riguroso, con muchos años de residencia en la zona o buena posición.

Sin embargo, el crecimiento del suburbio de Tetuán y la progresiva transformación de los valores hegemónicos en el pueblo hicieron que el personal del juzgado tuviera que enfrentarse a situaciones de mayor envergadura. Al menos a nivel simbólico. Las disputas por lindes entre labradores o los pleitos por insultos entre vecinas dieron paso a responsabilidades como la inscripción en el registro civil de los hijos de los librepensadores o la celebración de bodas civiles. Asuntos que tocaban en lo más profundo de las creencias de algunos vecinos y que, por tanto, convertían el puesto de juez municipal en objeto codiciado por católicos y anticlericales.

En la primavera de 1891 era juez municipal de Chamartín Antonio Sánchez Carrascosa, de quien únicamente conocemos un dato: era familiar de los militantes republicanos Manuel y Enrique Sánchez Carrascosa[106]. Bajo su mandato los librepensadores siguieron celebrando actos de inscripción de los recién nacidos en el registro civil e incluso el juzgado municipal albergó las dos primeras bodas laicas de la localidad[107]. Las protagonistas fueron Luisa Moratilla y Petra Moratilla, dos de las hijas de Pedro. Llama la atención que sendas actas matrimoniales fueran excepcionalmente largas y prolijas, lo que tal vez sea síntoma de que contrayentes y allegados creían estar haciendo historia. Así lo confirmaría la presencia como testigos de figuras tan señeras del librepensamiento y el ambiente republicano madrileño como José Nakens, Nicolás Salmerón hijo o Damián Castillo[108].

Como es natural, esta exhibición de anticlericalismo y autonomía de conciencia enervó los ánimos de los feligreses, que se juntaron y pusieron también en común sus demandas, quejas o temores. Un par de meses más tarde había que proceder a la renovación de los cargos de juez y fiscal municipal. Como en otras ocasiones, se presumía que el tema podría quedar despachado en cuestión de minutos. Los concejales

[106] Manuel colaboró en la campaña republicana de las elecciones municipales de 1891. Véase AVM, Secretaría, 051-110-22. Enrique era republicano progresista. Véase *El País*, 1 de mayo de 1889.
[107] *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 4 de abril de 1891, *El Motín*, 4 de abril de 1891.
[108] Registro Civil de Madrid, Chamartín de la Rosa, Sección 2ª, t. 4-24, ff. 24 y 25. Agradezco a José Manuel López Díez, tataranieto de Pedro Moratilla, la consulta de esta documentación.

se reunirían, examinarían el perfil de los pretendientes y escogerían al industrial de turno o al médico respetable de la localidad. Esta vez, sin embargo, fue distinto. Había demasiado en juego. Los creyentes presentaron una candidatura que contaba con el aval de *La Unión Católica*: Tomás Calle Ugena, vecino de prestigio y notario en la vieja villa de Chamartín, postulaba al cargo de juez municipal, mientras que para fiscal los fieles concedieron su confianza nada más y nada menos que a Antonio Jiménez Peris, el hermano del presbítero. Ellos sabrían defender sus intereses y evitarían la celebración de actos impíos en sede judicial. Los católicos ya no se fiaban de las instituciones[109].

Nada sabemos de una candidatura alternativa ni de la decisión finalmente adoptada por el pleno, pero el solo hecho de que los católicos sintieran la necesidad de llevar al tribunal municipal a dos de los suyos es suficientemente elocuente del clima de tensión que se respiraba en Tetuán. La guerra cultural por el dominio del espacio público afectaba a todas las áreas y era preciso tomar posiciones. También debían de verlo así sus oponentes, pues solo unos años más tarde nos encontramos a Juan Nogueras o a Ángel Jiménez como jueces municipales. Nogueras era aquel antiguo concejal que había triunfado en las elecciones de 1887 gracias al trabajo de Moratilla como secretario escrutador. Como si se quisiera cerrar el círculo, como si los archivos del pasado quisieran hacernos un guiño, la documentación muestra tiempo después a Nogueras como testigo del bautizo laico de una de las nietas de Moratilla, Juana[110]. Jiménez, por su parte, había sido un estrecho colaborador de Moratilla y Ruiz. Su prestigio había saltado más allá del suburbio, pues había ocupado puestos de responsabilidad en las primeras sociedades obreras anarquistas de Madrid, condición que, al parecer, podía combinar con el cargo de juez municipal en su barriada[111].

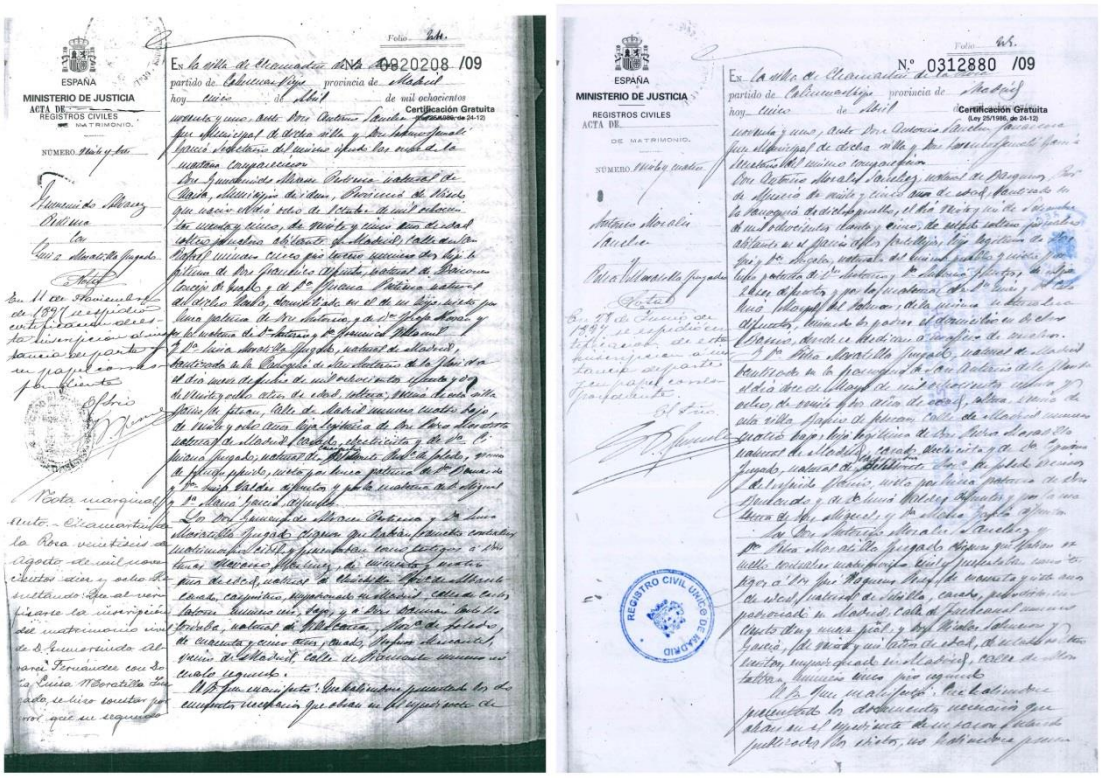
La relevancia que el juzgado municipal adquiría en lugares marginales y de rápido crecimiento como Tetuán era total. Los individuos que desempeñaban el cargo de juez o de fiscal tenían en sus manos asuntos delicados o comprometidos de la vida de sus convecinos, por lo que podían convertirse en guardianes de las costumbres o en garantes de los nuevos derechos. Ellos eran los árbitros en las disputas en el barrio y pocas había entonces que atravesaran de manera tan clara la cotidianeidad de la gente corriente como la cuestión religiosa. Personas del montón como Nogueras, Jiménez o Calle podían cuestionar roles y rutinas, denegar servicios o censurar hábitos. Y ese poder los convertía en figuras tremendamente importantes para sus vecinos. No ha de resultar extraño, entonces, que la lucha que librepensadores y católicos sostuvieron en el suburbio tuviera en esos tribunales municipales uno de sus campos de batalla. Incluso las instituciones más administrativas se veían desbordadas por las nuevas dinámicas sociales y culturales de las periferias. Había contiendas que en las afueras llevaban otros ritmos. O quizá fuera solo cuestión de oportunidad. O de contexto. Lo que estaba claro era que en los suburbios se estaba ensanchando el territorio de la política, se estaban redefiniendo las reglas del juego. Los neocatólicos, republicanos y librepensadores de Madrid lo sabían bien.

---

[109] *La Unión Católica*, 4 de junio de 1891. La profesión de Tomás Calle en AVM, Secretaría, 051-110-23.
[110] Juana era hija de Arquímedes Moratilla. Véase Registro Civil de Madrid, Chamartín de la Rosa, Sección 1ª, t. 12-24, f. 104. Agradezco a José Manuel López Díez la consulta de esta documentación.
[111] De Ángel Jiménez se hablará detenidamente en el siguiente capítulo. Baste consignar aquí que, como Ruiz, Jiménez fue miembro activo del anarquista Círculo de Trabajadores, con sede en Madrid. También fue delegado de la sección de pintores de coches. Su condición de juez en *El País*, 15 de enero de 1907.

Principales actos civiles celebrados en Tetuán en torno a 1890		
Evento	**Año**	**Observaciones**
Inscripción civil de Bakunin Ruiz	1885	
Apertura de un corralillo para entierros civiles	1886	
Inscripción civil de Giordano Vargas	1886	
Inscripción civil de Arquímedes (se desconoce apellido)	1886	
Inscripción civil de Espartaco (se desconoce apellido)	1886	
Entierro civil de Giordano Vargas	1886	Marcha de duelo y mitin
Inscripción civil de Palmira Ruiz	1887	
Entierro civil de Bakunin Ruiz	1887	Marcha al cementerio
Entierro civil de David Landaburu	1887	
Petición de rótulo oficial que diga “Cementerio Civil”	1889	
Entierro civil de Antonio Jiménez	1890	
Inscripción civil de Felisa Redención Ruiz	1890	Acto político. Participa Nicolás Salmerón hijo
Inauguración de rótulo oficial que dice “Cementerio Civil”	1890	Fiesta, marcha y acto oficial
Entierro civil de Eugenia Peña Pérez	1890	Marcha al cementerio
Entierro civil de Antonio Martín	1890	
Instancia por la ampliación del cementerio civil	1890	
Ayuntamiento aprueba creación nuevo cementerio civil	1890	En terrenos de la Duquesa de Pastrana
1 de noviembre laico en el cementerio civil	1890	
Inscripción civil de Coalición Carmen Orallo	1890	Testigos: Emeterio López y Tomás Altés
Entierro civil de Juan Nosti Cantos	1891	Marcha al cementerio
Expediente expropiación forzosa Duquesa de Pastrana	1891	Tras su negativa a ceder terrenos
Entierro de Pedro Orallo hijo en cementerio católico	1891	Marcha de protesta
Boda civil de Luisa Moratilla y Gumersindo Álvarez	1891	Testigo: Damián Castillo
Boda civil de Petra Moratilla y Antonio Morales	1891	Testigos: José Nakens y Nicolás Salmerón hijo
1 de noviembre laico en el cementerio civil	1891	Marcha y acto de homenaje
Inscripción civil de Acracia Castillo	1892	
Inscripción civil de Palmira Castillo	1892	
1 de noviembre laico en el cementerio civil	1892	Marcha y acto de homenaje
Ayuntamiento aprueba dar una calle a Giordano Bruno	1893	
Inscripción civil de Esperanza Ruiz	1893	Testigos: Pedro Moratilla y Francisco Muñoz
Boda civil de Marcelina Santos y Emilio Figueroa	1893	
Inscripción civil de Emma Orallo	1893	El juzgado deniega los nombres de Festividad y República
Entierro civil de hijo de Francisco Ruiz y Juana Gámiz	1893	Marcha al cementerio
Entierro civil de Francisco Ruiz	1893	
Entierro civil de Arquímedes Jiménez	s.f.	
Entierro civil de Giordano Bruno Jiménez	s.f.	

Tabla. Actos civiles celebrados en Tetuán en torno a 1890. Fuente: Prensa, libros de actas del Ayuntamiento de Chamartín de la Rosa y hojas de empadronamiento citadas a lo largo del capítulo.



Ilustraciones. Detalle de las actas de los matrimonios civiles de Luisa Moratilla y Petra Moratilla. Fuente: Registro Civil de Madrid, Chamartín de la Rosa, Sección 2ª, t. 4-24, ff. 24 y 25.

5. Coda. Espacio público, guerras culturales y política contrahegemónica en la periferia urbana

Los donnadie del suburbio estaban escribiendo las páginas de su propia historia. No consiguieron todo aquello que se propusieron ni lograron esculpir el modelo de sociedad que anhelaban, pero imprimieron a sus demandas un estilo inconfundible, demostraron con sus acciones que otro mundo era posible y dejaron un sedimento de radicalismo listo para ser activado en cualquier momento. Los proletarios, las amas de casa, los zapateros y los dependientes que habitaban en Tetuán metieron el miedo en el cuerpo a los reverendos de Chamartín. Bautizos laicos, marchas al cementerio, sabotajes, escritos en prensa, reuniones, repartos de propaganda o mítines contribuyeron a crear en la barriada una atmósfera particular sobre el pleito religioso. Una mirada propia de un suburbio que nació, en parte, afirmándose frente al poder del catolicismo en el espacio. Y es que la historia de Tetuán fue indesligable de una serie de conflictos entre el poder civil y el religioso, o entre las familias y la Iglesia, ante los que nadie pudo permanecer indiferente, ante los que la gente común tuvo que tomar partido.

Los ejemplos de Ruiz, Ibáñez, Moratilla y compañía no constituían una excepción. Al contrario. En Cuatro Caminos y Tetuán hubo muchos episodios como los de las misiones jesuíticas o el cementerio civil. Muchos hombres y mujeres anónimos que dejaron surcos de irreverencia en las calles de las afueras. Hemos seguido su rastro merced a un concienzudo trabajo de investigación con sumarios judiciales, noticias de prensa y documentación municipal. Gracias a ello hemos sabido que Cuatro Caminos se convirtió en los años finales del siglo XIX en el primer rincón de Madrid en alojar lo

que entonces era una novedad política, un club de obreros católicos dedicados a disputar la hegemonía sobre los trabajadores a las organizaciones de izquierdas[112]. O que las familias de la alta sociedad madrileña promovieron y sufragaron un intenso plan de recatolización del suburbio que fue capitaneado por Manuel Sánchez Capuchino, cura párroco de la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles, un enorme templo llamado a servir de punto de encuentro de todos los fieles de la periferia[113]. También hemos conocido las peripecias y sinsabores de un grupo de vecinos anarquistas y republicanos empeñados en constituir centros de enseñanza laica en Cuatro Caminos. Entre los nombres de estos pequeños políticos puestos en la piel de maestros siempre figuró el de un viejo conocido de las causas populares, Canuto González, pero también los de otros personajes asociados a la memoria colectiva del movimiento libertario en toda España, como Abelardo Saavedra, Federico Urales o Soledad Gustavo[114]. La lucha de Canuto y sus amigos estuvo jalonada por infinidad de choques con el estamento eclesiástico de la barriada. Allí donde aparecía un centro católico los librepensadores instalaban en un local contiguo una escuela racionalista. Y viceversa. Allí donde se fundaba un colegio laico, los prohombres católicos presionaban o sobornaban a los propietarios de las fincas para que rescindieran el contrato de alquiler del centro[115]. Las cuitas incluso llegaron al enfrentamiento directo y al intercambio de disparos entre fincas[116]. En los años diez la expansión del movimiento librepensador hizo que la barriada se viera inundada de colegios laicos. Entonces Enrique Sanjurjo, Venancio Escudero, Eusebio Gómez o Teodoro García tomaron el testigo de Canuto González y compañía y escribieron un guion que habrá de ser contado en otro lugar[117].

La batalla por la secularización o reconquista moral del suburbio era, ante todo, una batalla que se libraba palmo a palmo, sobre el terreno. La contienda alcanzó uno de sus puntos más álgidos en la primavera de 1917. A diario, muchos pobres de Tetuán acudían a comer sopa al colegio-convento que los jesuitas tenían en Chamartín. Entre

---

[112] Significativamente, Antonio Fernández Hidalgo, el reportero que cubriera los conflictos desatados por las misiones, era el impulsor de dicho club. Las noticias al respecto son abundantísimas. Véanse, por ejemplo, *La Unión Católica*, 5 de octubre de 1892 y 13 de enero de 1893.

[113] El papel de Sánchez Capuchino fue fundamental. Los casos aparecidos en prensa son inagotables. Véase, por citar tan solo uno, *La Época*, 7 de octubre de 1905. La construcción del gran templo católico de Nuestra Señora de los Ángeles, ubicado en la entrada misma del suburbio, a escasos metros de la glorieta de Cuatro Caminos, formaba parte de una estrategia común al catolicismo de masas de inicios del siglo XX: la de "elevar gigantescos monumentos religiosos […] que permitieran reinscribir la religión en el paisaje urbano", en especial en aquellos lugares especialmente ayunos de rastro de religiosidad. El entrecomillado procede de Diego MAURO, Francisco Javier RAMÓN SOLANS: "Dossier. Católicos en las calles. Ciudad y religión en la primera mitad del siglo XX (España, Argentina, Uruguay)", *Itinerantes. Revista de Historia y Religión*, 8 (2018), p. 8. El caso de la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles resulta particularmente interesante en la medida en que sus promotores lograron edificarlo exactamente al lado del recién creado colegio El Porvenir, de fundación protestante, y que también se alzaba imponente sobre el mar de casas bajas que era la barriada. Con razón Mauro y Ramón Solans señalan que la batalla secularizadora-religiosa de principios del siglo XX fue una "pugna por el *skyline*" de las ciudades (p. 8).

[114] Véase la introducción de esta sección de la tesis doctoral.

[115] Una muestra en *El País*, 11 de diciembre de 1910. Una descripción de la batalla por espacio público entre librepensadores y católicos de Cuatro Caminos en *El País*, 24 de junio de 1909.

[116] El tiroteo en *Tierra y Libertad*, 15 de diciembre de 1904.

[117] Una inmersión en estas historias, adornadas con ribetes originales, pero no muy distintas de las contadas en este capítulo, haría de su narración un ejercicio repetitivo. Nótese, en todo caso, que los nombres arriba citados se corresponden con los de los promotores de las ligas de inquilinos que demandaban una mayor regulación de los alquileres a los poderes públicos y que analizamos en el capítulo 2 de esta tesis. Fueron los republicanos más activos del suburbio en la década.

los anticlericales de la barriada siempre había habido rumores sobre la calidad de los alimentos que los religiosos ofrecían, pero jamás se había podido probar ninguna sospecha. El 21 de mayo de 1917, sin embargo, alrededor de 200 vecinos, la mayoría niños y ancianos, cayeron enfermos por el cardenillo de las ollas en que se preparaba la comida. Una mujer falleció. La indignación fue subiendo de temperatura en esos patios y tabernas en que siempre se habían escuchado insultos o descalificaciones hacia los jesuitas, y al caer la tarde, cuando la casa de socorro ya no daba abasto y los vecinos organizaban el salvamento de los afectados en sus propias casas, una multitud asaltó la residencia de la Compañía. La Guardia Civil tuvo que evitar que los amotinados prendieran fuego al edificio[118].

A pesar de este amplio muestrario, en el capítulo hemos decidido abordar el conflicto sobre los usos del espacio público en las afueras examinando una franja cronológica muy particular (la de finales de los años ochenta y principios de los noventa del siglo XIX) y unos grupos humanos bien concretos (los jesuitas de Chamartín y los fieles y librepensadores del arrabal). Como sucede en las aproximaciones de carácter microhistórico, el interés de los casos seleccionados no ha residido en su carácter único o excepcional, sino en su capacidad para condensar o iluminar una serie de rasgos que sabemos formaban parte de la cultura política del suburbio, es decir, de la manera que tenían muchos moradores de la periferia de observar el mundo, percibir su relación con las instituciones y participar en los asuntos colectivos. Así, la descripción densa de las prácticas, intereses y emociones de un conjunto de vecinos semidesconocidos ha resultado de gran utilidad para observar a ras de suelo algunos asuntos cruciales.

En primer lugar, el estudio de las luchas de los librepensadores de Tetuán ha permitido situar en el centro de la reflexión historiográfica la idea de una guerra cultural continua en los suburbios, una guerra de posiciones, a veces más soterrada, a veces más descarada, que formaba parte de la cotidianidad de las barriadas de extrarradio y que implicaba como principal novedad respecto a tiempos anteriores una importante movilización social. Se trataba de una contienda por hacer coincidir las ideas de una parte del vecindario con el sentido común colectivo. Como se ha tratado de subrayar a lo largo del capítulo, en Cuatro Caminos y Tetuán esta confrontación fue más cruda e impactante que en otras piezas del puzle urbano. Las propias condiciones de estos lugares, alejados del primer plano de los acontecimientos políticos, fuera del radar de las grandes instituciones de control y con toda su arquitectura social y política por edificar, facilitaban que vecinos del montón y órdenes religiosas se lanzaran a una lucha sin cuartel por imponer sus convicciones y pareceres. No era solamente cuestión de fe o pasiones ideológicas: en las nuevas periferias la disputa entre confesionalidad y secularización era inseparable del debate por la construcción desde abajo del entorno de vida y los servicios sociales básicos. Era algo que impregnaba el día a día. Así, la querella universal por el papel de la religión en las sociedades modernas adquiría en los suburbios caracteres muy concretos y singulares.

En segundo lugar, esta guerra cultural puso de manifiesto la extrema debilidad de los estilos y prácticas del liberalismo oligárquico en la periferia. La política de la Restauración, con su predilección por las formas suaves, su defensa de la participación

[118] *El País*, 22 de mayo de 1917.

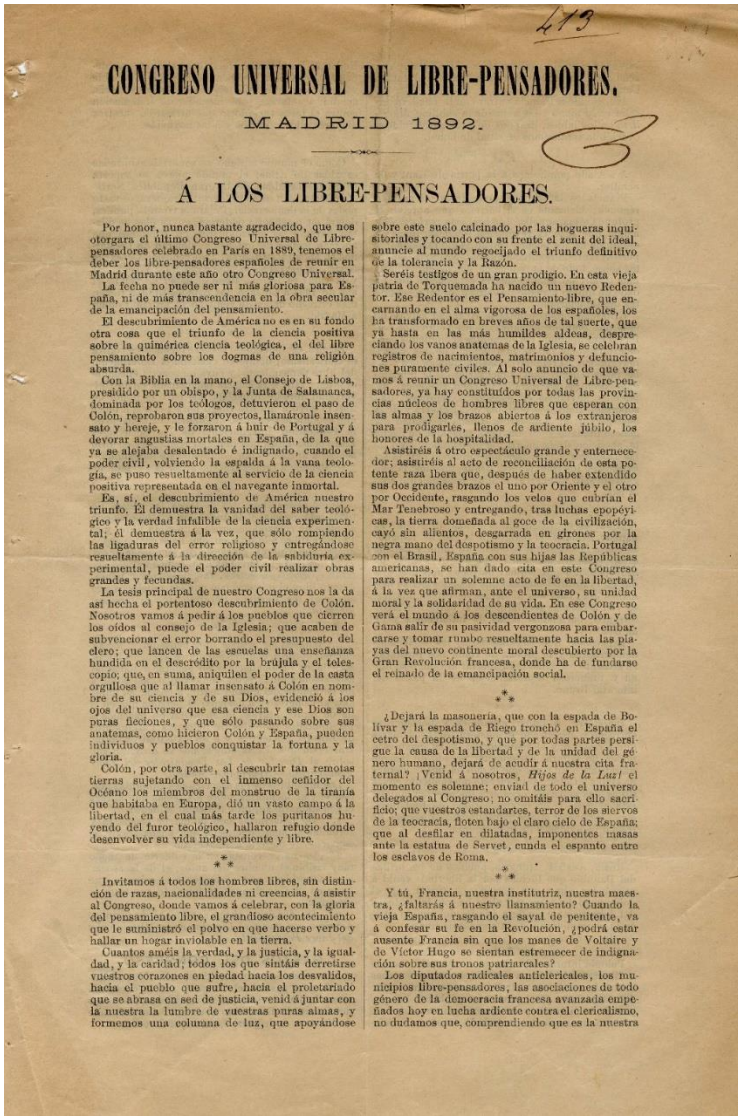
restringida y su apuesta por desterrar todo acto de disenso al más estricto ámbito de la intimidad, había naufragado en las afueras de la gran ciudad. Frente al aroma que desprendían cafés, ateneos y parlamentos, en Tetuán germinó una política multitudinaria, tumultuosa, callejera y respondona que ponía en entredicho lo que en otras latitudes eran certezas inconmovibles. Incluso las más sagradas. Pero si hablamos de guerra cultural, y no de un mero asedio de los anticlericales, es porque la falta de presencia del Estado en la periferia y la incansable actividad de los librepensadores obligó a los católicos a un rearme moral y propagandístico sin parangón.

En los suburbios no bastaba con que la Constitución de 1876 garantizara la primacía del catolicismo. En las calles destartaladas y a medio hacer del extrarradio los fieles que sentían amenazados sus símbolos se lanzaron a una tarea proselitista que con el correr del tiempo sería característica de grandes organizaciones católicas de corte moderno como la Asociación Católica Nacional de Propagandistas de Ángel Herrera Oria. Los suburbios, últimos en atenciones materiales y en tantas otras cosas, se encaramaron, en cambio, a la primera línea de la política del porvenir. Allí, los católicos que ya no confiaban en el arbitraje del Estado liberal ensayaron nuevas formas de compromiso, apostolado y manifestación pública. Salieron de los templos para tomar las calles. Faltaba aún tiempo para que aquellas estampas se volvieran frecuentes en el conjunto de la ciudad, pero precisamente por ello, por la radical diferencia que había entre lo que sucedía en unos sitios y lo que era posible ver en otros, para cualquier observador era fácil advertir que el tablero político del extrarradio contenía elementos distintivos. Ingredientes propios que lo hacían atractivo para los José Nakens y Ramón Chíes de turno, es decir, para los principales agitadores e ideólogos del librepensamiento español, pero también para quienes desde posturas confesionales apostaban por recristianizar la sociedad y movilizar a los fieles[119].

El tercer aspecto que merece la pena destacar está relacionado con la corriente democratizadora que inundaba la periferia. Los vecinos de las afueras nacieron a la vida pública lidiando con fenómenos y polémicas que no eran del todo familiares para los madrileños de finales del XIX. Si esto era así se debió a que los consensos de la política liberal no tenían el mismo peso en los suburbios que en el corazón de la Monarquía. En Cuatro Caminos y Tetuán no había temas cerrados a la discusión porque allí todo se había sometido a control del común, desde la ordenación de las calles y su nombre hasta la legitimidad de las fronteras fiscales. También el poder de la Iglesia. En ese sentido, las luchas del suburbio eran, fundamentalmente, luchas democráticas. Gracias a esas luchas, el jornalero, el electricista o el tabernero de las afueras se encontraron desempeñando roles que jamás habrían podido imaginar para su condición: directores

[119] Para esta interpretación ha resultado de utilidad el artículo de Natalia NÚÑEZ: "'La Reconquista de nuestro territorio cristiano'. Espacio urbano y religión en el Congreso Eucarístico Internacional de Madrid, 1911", *Itinerante*, 8 (2018), pp. 37-63. La autora plantea la necesidad de superar el vínculo entre urbanización y secularización que sostuvo tradicionalmente la historiografía de la religión. La autora estima que el catolicismo no sufrió a comienzos del siglo XX tanto una pérdida de posiciones como una recomposición o readaptación. La urbe moderna era el terreno donde prosperaban mensajes críticos con la religión pero también la cuna de formas de participación política de los católicos más explícitas, militantes y callejeras. Al respecto resulta fundamental David HARVEY: *París, capital de la modernidad*, Madrid, Akal, 2008, pp. 399-434. Sobre la salida de los templos y la movilización callejera de los católicos en un contexto urbano, véase Diego MAURO: *De los templos a las calles. Catolicismo, sociedad y política en Santa Fe (1900-1937)*, Rosario, Prohistoria Ediciones, 2018.

de escuelas laicas, maestros infantiles, concejales, jueces municipales, escritores de panfletos, encargados de cementerios, rivales de los curas en duelo intelectual, etc. Su responsabilidad incluso trascendió las fronteras del barrio. Pedro Moratilla, por ejemplo, fue delegado en el Congreso Universal de Librepensadores celebrado en Madrid en 1892[120]. Francisco Ruiz, por su parte, estuvo implicado en la organización de dicho encuentro y se vio salpicado por el proceso judicial que siguió a la clausura de las jornadas por el gobierno de Cánovas del Castillo[121].



CONGRESO UNIVERSAL DE LIBRE-PENSADORES.

MADRID 1892.

Á LOS LIBRE-PENSADORES.

Por honor, nunca bastante agradecido, que nos otorgara el último Congreso Universal de Librepensadores celebrado en París en 1889, tenemos el deber los libre-pensadores españoles de reunir en Madrid durante este año otro Congreso Universal.

La fecha no puede ser ni más gloriosa para España, ni de más transcendencia en la obra secular de la emancipación del pensamiento.

El descubrimiento de América no es en su fondo otra cosa que el triunfo de la ciencia positiva sobre la quimérica ciencia teológica, el del libre pensamiento sobre los dogmas de una religión absurda.

Con la Biblia en la mano, el Consejo de Lisboa, presidido por un obispo, y la Junta de Salamanca, dominada por los teólogos, detuvieron el paso de Colón, reprobaron sus proyectos, llamáronle insensato y hereje, y le forzaron á huir de Portugal y á devorar angustias mortales en España, de la que ya se alejaba desalentado é indignado, cuando el poder civil, volviendo la espalda á la vana teología, se puso resueltamente al servicio de la ciencia positiva representada en el navegante inmortal.

Es, sí, el descubrimiento de América nuestro triunfo. El demuestra la vanidad del saber teológico y la verdad infalible de la ciencia experimental; él demuestra á la vez, que sólo rompiendo las ligaduras del error religioso y entregándose resueltamente á la dirección de la sabiduría experimental, puede el poder civil realizar obras grandes y fecundas.

La tesis principal de nuestro Congreso nos la da así hecha el portentoso descubrimiento de Colón. Nosotros vamos á pedir á los pueblos que cierren los oidos al consejo de la Iglesia; que acaben de subvencionar el error borrando el presupuesto del clero; que lancen de las escuelas una enseñanza hundida en el descrédito por la brújula y el telescopio; que, en suma, aniquilen el poder de la casta orgullosa que al llamar insensato á Colón en nombre de su ciencia y de su Dios, evidenció á los ojos del universo que esa ciencia y ese Dios son puras ficciones, y que sólo pasando sobre sus anatemas, como hicieron Colón y España, pueden individuos y pueblos conquistar la fortuna y la gloria.

Colón, por otra parte, al descubrir tan remotas tierras sujetando con el inmenso ceñidor del Océano los miembros del monstruo de la tiranía que habitaba en Europa, dió un vasto campo á la libertad, en el cual más tarde los puritanos huyendo del furor teológico, hallaron refugio donde desenvolver su vida independiente y libre.

***

Invitamos á todos los hombres libres, sin distinción de razas, nacionalidades ni creencias, á asistir al Congreso, donde vamos á celebrar, con la gloria del pensamiento libre, el grandioso acontecimiento que le suministró el polvo en que hacerse verbo y hallar un hogar inviolable en la tierra.

Cuantos améis la verdad, y la justicia, y la igualdad, y la caridad; todos los que sintáis derretirse vuestros corazones en piedad hacia los desvalidos, hacia el pueblo que sufre, hacia el proletariado que se abrasa en sed de justicia, venid á juntar con la nuestra la lumbre de vuestras puras almas, y formemos una columna de luz, que apoyándose sobre este suelo calcinado por las hogueras inquisitoriales y tocando con su frente el zenit del ideal, anuncie al mundo regocijado el triunfo definitivo de la tolerancia y la Razón.

¡Seréis testigos de un gran prodigio. En esta vieja patria de Torquemada ha nacido un nuevo Redentor. Ese Redentor es el Pensamiento-libre, que encarnando en el alma vigorosa de los españoles, los ha transformado en breves años de tal suerte, que ya hasta en las más humildes aldeas, despreciando los vanos anatemas de la Iglesia, se celebran registros de nacimientos, matrimonios y defunciones puramente civiles. Al solo anuncio de que vamos á reunir un Congreso Universal de Libre-pensadores, ya hay constituídos por todas las provincias núcleos de hombres libres que esperan con las almas y los brazos abiertos á los extranjeros para prodigarles, llenos de ardiente júbilo, los honores de la hospitalidad.

Asistiréis á otro espectáculo grande y enternecedor; asistiréis al acto de reconciliación de esta potente raza ibera que, después de haber extendido sus dos grandes brazos el uno por Oriente y el otro por Occidente, rasgando los velos que cubrían el Mar Tenebroso y entregando, tras luchas epopéyicas, la tierra domeñada al goce de la civilización, cayó sin alientos, desgarrada en girones por la negra mano del despotismo y la teocracia. Portugal con el Brasil, España con sus hijas las Repúblicas americanas, se han dado cita en este Congreso para realizar un solemne acto de fe en la libertad, á la vez que afirman, ante el universo, su unidad moral y la solidaridad de su vida. En ese Congreso verá el mundo á los descendientes de Colón y de Gama salir de su pasividad vergonzosa para embarcarse y tomar rumbo resueltamente hacia las playas del nuevo continente moral descubierto por la Gran Revolución francesa, donde ha de fundarse el reinado de la emancipación social.

***

¿Dejará la masonería, que con la espada de Bolívar y la espada de Riego troncheó en España el cetro del despotismo, y que por todas partes persigue la causa de la libertad y de la unidad del género humano, dejará de acudir á nuestra cita fraternal? ¡Venid á nosotros, *Hijos de la Luz!* el momento es solemne; enviad de todo el universo delegados al Congreso: no omitáis para ello sacrificio; que vuestros estandartes, terror de los siervos de la teocracia, floten bajo el claro cielo de España; que al desfilar en dilatadas, imponentes masas ante la estatua de Servet, cunda el espanto entre los esclavos de Roma.

***

Y tú, Francia, nuestra institutriz, nuestra maestra, ¿faltarás á nuestro llamamiento? Cuando la vieja España, rasgando el sayal de penitente, va á confesar su fe en la Revolución, ¿podrá estar ausente Francia sin que los manes de Voltaire y de Victor Hugo se sientan estremecer de indignación sobre sus tronos patriarcales?

Los diputados radicales anticlericales, los municipios libre-pensadores, las asociaciones de todo género de la democracia francesa avanzada empeñados hoy en lucha ardiente contra el clericalismo, no dudamos que, comprendiendo que es la nuestra

Ilustración. Circular del Congreso Universal de Librepensadores de Madrid de 1892 hallada en casa de Moratilla. Fuente: AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556

[120] *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, 27 de mayo de 1892.

[121] Su papel en la organización puede verse en la correspondencia de Ruiz con otros organizadores, como José Matarredona y Fernando Lozano, alias *Demófilo*. La mención al proceso aparece en la correspondencia entre el mismo Ruiz y el anarquista catalán Torrents. Véase AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556. En ese mismo sumario aparecen otros ejemplos significativos de la actividad de los políticos de alcantarilla del suburbio allende sus fronteras: Francisco Ruiz y Damián Castillo, el federal del interior de la ciudad que tanto frecuentaba Tetuán, estuvieron detrás de la formación de una Sección de Propaganda Librepensadora de Madrid, para la cual llegaron a elaborar y discutir borradores y estatutos.

En barrios como Cuatro Caminos y Tetuán, movidos por unas circunstancias cotidianas extraordinarias, miles de trabajadores humildes aprendieron a ser ciudadanos empoderados que no se detenían ante ningún tabú. Con todo, el análisis requiere en este punto un mayor grado de complejidad. La guerra cultural en los suburbios facilitó el desembarco de personas corrientes en la producción y gestión de las instituciones reguladoras de la vida en común y posibilitó que sus preocupaciones y demandas adquirieran estatus político. Si tildamos de democráticas o democratizadoras las luchas por la definición del espacio público del extrarradio es precisamente por ello, porque desbordaron los cauces formales del liberalismo oligárquico. Sin embargo, al mismo tiempo huimos deliberadamente de establecer cualquier asociación entre el comportamiento político de los vecinos y la democracia entendida como una forma de gobierno representativa y pluralista. En primer lugar, por una cuestión de historicidad, pues los significados y definiciones que ha tenido el concepto de democracia han cambiado incesantemente en función del contexto y de los sujetos que lo manejaban. En segundo lugar, porque a juzgar por la documentación consultada librepensadores y neocatólicos parecían tener mucho más interés en excluir a sus adversarios y erradicar su presencia del espacio público que en fijar los términos de una convivencia tranquila y respetuosa. Por supuesto, resultaría absurdo pretender comprender las prácticas de los vecinos del suburbio con los valores y estándares de nuestro presente. Para no caer en esos errores hemos tratado de explicar los anhelos y prejuicios de los habitantes de Tetuán en sus propios términos, desde el punto de vista de los actores, atendiendo al significado que estos daban a sus actos. No obstante, el análisis a ras de suelo también implica algunos riesgos, pues la familiaridad con los sujetos estudiados sitúa al investigador ante la tentación de idealizar cualquier movilización popular sin interrogarse por sus consecuencias. En este caso, se hace necesario subrayar que si bien la guerra cultural en los suburbios ensanchó el cuerpo de asuntos que se podían discutir y tiró abajo barreras sociales, también sembró el terreno de intolerancia y legitimó o naturalizó el desprecio a la alteridad. Partiendo de concepciones intelectuales bien distintas y de posiciones de poder ciertamente desiguales, librepensadores y neocatólicos del suburbio compartían algo que se revela fundamental para entender el enconamiento político del primer tercio del siglo XX: la creencia en que el espacio público no debía permanecer neutral sino que debía ser copado y dominado por los símbolos y valores de una parte, a los que debían ajustarse o someterse los demás.

El cuarto aspecto a destacar es de naturaleza historiográfica. Con las historias de Moratilla, Ruiz, Orallo y compañía se ha tratado de resaltar una cuestión acaso ignorada o desatendida en muchos ejercicios de historia política: que los eventos o sucesos políticos con los que trabaja el investigador suelen ser, en verdad, hechos excepcionales que se sustentan sobre infinidad de actos ordinarios que rara vez dejan huella en la documentación. Con frecuencia, la historiografía preocupada por estudiar las familias políticas de los siglos XIX y XX ha puesto el acento en los discursos, valores e ideas transmitidos por tribunos, periodistas y otros miembros de la vanguardia intelectual de cada formación o movimiento. Así, cuando se hace repaso de las polémicas relacionadas con el papel de la religión en el espacio público suelen salir a escena los nombres de filósofos, cardenales, diputados, pensadores o literatos. Las fuentes favoritas al respecto son las arengas en un mitin, las alocuciones parlamentarias, las cartas pastorales, las

obras de teatro o los artículos en prensa. Sin embargo, ninguno de esos planteamientos sofisticados y bien trenzados por plumas hábiles habría encontrado eco si no conectara con un caldo de cultivo que los preexistía y que, en cierta manera, los hacía posibles. Galdós bien pudo herir la sensibilidad de miles de feligreses y movilizar a otros tantos correligionarios anticlericales con su famosa *Electra*[122]. El autor canario disponía del nombre, la publicidad y los medios para que su mensaje hiciera tambalear los cimientos de la esfera pública durante semanas. Para que los jóvenes se enfrentaran en las calles. Para que en el país no se hablara de otra cosa. Pero lo que Galdós estaba haciendo en verdad, era elevar, situar en el terreno de las creaciones geniales y el consumo masivo un conflicto que ya saltaba en lo cotidiano, que se entreveraba con los retos diarios que enfrentaba la población. Más que crear anticlericales, su obra aceleraba, visibilizaba o daba una pátina de respetabilidad a cambios de gran calado que estaban ocurriendo en lugares como los suburbios.

En ese sentido, a través de algunos casos que llamaron poderosamente la atención de los madrileños, en este capítulo se ha tratado de realizar una inmersión profunda en el conjunto de cosmovisiones y prácticas que en la tesis agrupamos bajo la etiqueta de cultura política del suburbio. Para ello se ha puesto el foco sobre algunos elementos aparentemente subterráneos, casi ocultos, que rara vez aparecen en escritos de líderes o creadores de opinión pero sin los cuales los grandes discursos no cobran sentido: automatismos, resentimientos, gestos cotidianos, normas no escritas, rituales, ansiedades, empeños, nociones básicas sobre el espacio público o los asuntos de alcoba, impresiones sobre la autoridad y el respeto que esta merecía, pareceres sobre la relación entre individuos e instituciones, etc. Materiales antropológicos que eran la brújula que guiaba a las gentes de los suburbios en el siempre pantanoso y movedizo terreno de la política de masas[123].

[122] *Electra* se estrenó el 30 de enero de 1901 en mitad de una gran expectación. La obra causó una gran conmoción en la sociedad del momento, que se polarizó en favor o en contra de Galdós, y fue fuente de incontables polémicas intelectuales y parlamentarias, así como de desórdenes callejeros.

[123] Se siguen aquí los planteamientos de María SIERRA: "La cultura política en el estudio del liberalismo y sus conceptos de representación", en Manuel PÉREZ LEDESMA, María SIERRA (coords.): *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 2010, pp. 233-261. La autora sostiene una definición de cultura política como "cartografía mental" y llama a profundizar en los "sótanos culturales" que componen las "reglas lógicas" sobre las que se asienta todo imaginario social.

CAPÍTULO 5. LA PÓLVORA Y LA SANGRE DE LOS SUBURBIOS. VIOLENCIA POLITICA Y REDES DE HUIDA A LAS PUERTAS DE MADRID

1. La bomba de la calle Serrano

A última hora de la tarde del 20 de junio de 1893 tres anarquistas merodeaban las casas ajardinadas del final de la calle Serrano. Vagaban de un lado a otro, impacientes, indecisos, cautelosos. Su atuendo y sus formas los delataban: eran forasteros en el Madrid burgués. En una zona residencial y exclusiva como esa, hábitat de abogados, propietarios y gente de negocios, no era habitual ver americanas de lana, pantalones de cuadros ni bombines raídos. Los desconocidos vestían de manera mísera aunque atildada. Eran obreros, de eso no cabía duda, pero había en su estilo un intento de distinción, un afán por camuflar la pobreza bajo una facha de artista, de bohemio. Los tres hombres se sentaron en unos desmontes próximos. Desde allí oteaban los alrededores. Fumaban compulsivamente, debatían, señalaban los edificios. Ante sus ojos se alzaba majestuoso el convento de Santo Domingo el Real. Un poquito más allá, al otro lado de la vía, estaba el palacete de Cánovas del Castillo, el arquitecto del régimen de la Restauración. Observaron durante un tiempo el panorama y, finalmente, dirigieron sus pasos hacia la vivienda de Cánovas, tantas veces presidente del consejo de ministros, y por aquel entonces jefe de la oposición. Se detuvieron junto a la verja, y en un abrir y cerrar de ojos, sin que los empleados de la finca pudieran impedirlo, uno de los sujetos sacó de su chaqueta un bulto negro y prendió la mecha con su cigarrillo. No le dio tiempo a manipular la bomba. La mecha era tan corta que el artefacto explotó antes de que pudiera arrojarlo al interior de la quinta. La tentativa de magnicidio quedó reducida a una autoinmolación, a un ensayo fallido.

El estruendo turbó la tranquilidad del lugar. Una enorme polvareda nubló el paisaje. Los tranvías que subían la calle suspendieron su marcha y los viajeros, aterrorizados, abandonaron los vagones a todo correr. De las casas inmediatas acudió considerable gentío: chóferes, jardineros, doncellas. No era para menos. La escena debía de ser impactante. El cuerpo del frustrado magnicida salió despedido a unos veinte metros de distancia, donde yacía inerte y totalmente descompuesto. Otro de sus compañeros también fue violentamente arrojado contra el pavimento. Desorientado y con la americana aún envuelta en llamas trató de escapar a tientas, pero apenas veía, por lo que pronto fue alcanzado por los sirvientes de la finca, que lo condujeron a la delegación policial más cercana. Mejor suerte corrió el tercer hombre, que aprovechó el caos que siguió a la deflagración para escabullirse entre la multitud y abandonar la zona[1].

[1] La narración procede de la prensa periódica y del sumario incoado por las autoridades: AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556. Existen otras versiones, a nuestro entender poco creíbles. Así, en algunos trabajos se señala que después de prender la mecha, el anarquista colocó el artefacto en la puerta de la vivienda y se echó a un lado a contemplar la deflagración. No obstante, al ver que se acercaban una criada o unos niños (los personajes cambian según el relato), el hombre volvió a recoger la bomba, que explotó en sus manos. Esta versión parece proceder de *El Productor*, periódico anarquista barcelonés, en su número del 29 de junio de 1893. También fue reproducida por Baroja en *Aurora Roja.* El frustrado magnicidio de Cánovas, que causó conmoción en la época, apenas ha merecido atención por parte de la literatura especializada, que a lo sumo ha dedicado al atentado unos párrafos. En ellos siempre se reproduce la mencionada versión, a medio camino entre la épica y el romanticismo, que sin embargo no concuerda con ninguno de los testimonios emitidos durante la instrucción del caso por testigos o cómplices.

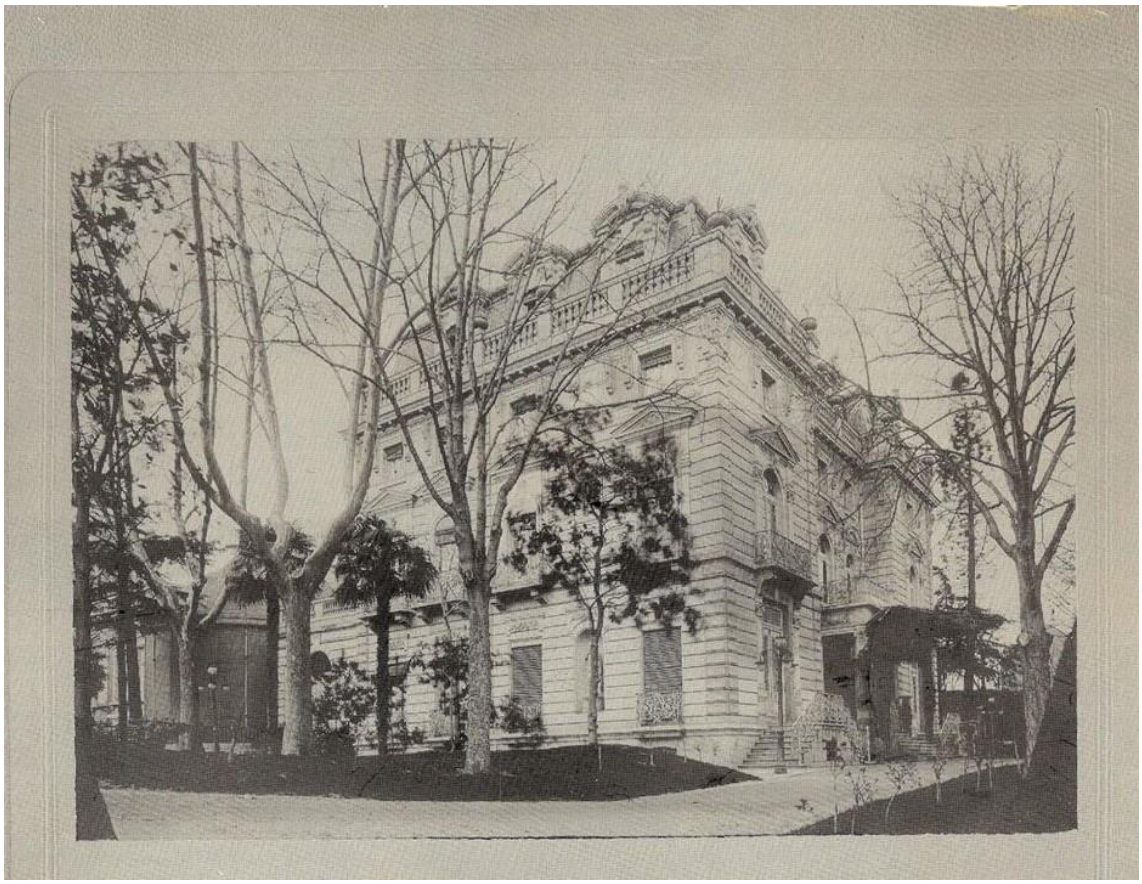


Ilustración. Palacete de "La Huerta", propiedad de Cánovas del Castillo

Las bombas por fin habían llegado a Madrid. En la capital existía desde hacía tiempo cierta psicosis con el terrorismo anarquista. Cualquier ciudadano estaba al corriente de los atentados perpetrados en los últimos años en Europa y Estados Unidos[2]. España tampoco estaba a salvo. Aunque el fenómeno aún no había adquirido las dimensiones que adoptaría poco después, los actos terroristas se habían intensificado en los últimos años[3]. Desde mediados de los ochenta habían explotado más de cuarenta bombas en Barcelona. Las estadísticas oficiales computaban al menos cinco muertos e infinidad de heridos. Solo en 1891 hubo una quincena de atentados en la ciudad catalana. A principios de 1892 se produjo una insurrección de carácter anarquista en Jerez: seiscientos campesinos ocuparon la localidad por unas horas y asesinaron a dos personas. Aquel episodio despertó una interminable espiral de represión y dinamita. Cada condena era el embrión de un nuevo atentado. Y cada atentado, el germen de nuevas leyes y

[2] Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *La razón de la fuerza. Orden público, represión y violencia política en la España de la Restauración (1875-1917)*, Madrid, Centro Superior de Investigaciones Científicas, 1998, pp. 242-267; Juan AVILÉS, Ángel HERRERÍN (eds.): *El nacimiento del terrorismo en Occidente. Anarquía, nihilismo y violencia revolucionaria*, Madrid, Siglo XXI, 2008; Juan AVILÉS: "El terrorismo anarquista como propaganda por el hecho: de la formulación teórica a los atentados de París, 1877-1894)", *Historia y Política*, 21 (2019), pp. 169-190.

[3] El momento de mayor efervescencia del terrorismo anarquista en la España de entresiglos fue entre el otoño de 1893 y 1897, sin embargo, desde los años ochenta el crecimiento exponencial de acciones violentas llevó a las autoridades a elaborar un extenso corpus legal destinado a combatir el anarquismo. Véanse, especialmente, las disposiciones contenidas en AHN, Gobernación, Serie A, Leg. 63 A, Exp. 13 y Leg. 44 A, Exp. 19.

disposiciones contra los anarquistas. En abril del mismo año la policía detuvo en Madrid a los súbditos extranjeros Jean Marie Debats y Manoel Ferreira, quienes al parecer planeaban estallar unas granadas de obús a las puertas del Congreso de los Diputados. Las autoridades presentaron el asunto como parte de una gran conspiración contra los principales edificios de poder de la capital. El caso de las bombas del Congreso alentó la histeria colectiva y sirvió como pretexto para poner coto a la actividad de los anarquistas. El Círculo de Trabajadores de la calle Cabeza, principal espacio de reunión de los libertarios madrileños, fue clausurado y muchos de sus miembros pasaron algún tiempo entre rejas. En 1893 la violencia fue en aumento. Unos días antes del atentado contra el palacete de Cánovas un petardo estalló en la plaza de Oriente y por todo Madrid circularon pasquines anónimos en los que se prometían nuevas acciones[4].

Aunque fueran pocos, los anarquistas parecían omnipresentes. Cualquier día y a cualquier hora un sujeto desconocido podía colocar una botella con pólvora cloratada en un sitio concurrido y causar estragos. Esa sensación de incertidumbre e imprevisibilidad generaba verdadero pavor. En esta ocasión, los anarquistas habían logrado atentar en el corazón de la Monarquía, en uno de los barrios más lujosos de la capital, a escasos metros de la residencia del político más famoso de la época[5]. En un primer momento las noticias eran confusas, pues entre las ropas del cadáver se hallaron diferentes documentos y cédulas de identidad. En Gobernación se hablaba de una red de preparación de explosivos extendida a lo largo y ancho de la ciudad. En los despachos oficiales se comunicaba con los delegados de La Coruña y Barcelona, dos de los principales puntos de ebullición sindical en la España de la época. Sin embargo, muy pronto las pesquisas policiales comenzaron a señalar en una única dirección, la del suburbio proletario de Tetuán de las Victorias, donde, al parecer, actuaban los tres dinamiteros: Francisco Ruiz, víctima de sí mismo cuando manipulaba el artefacto explosivo, Francisco Suárez, su compinche malherido, apresado y presentado ante las autoridades, y Joaquín Luis Olbes, el único que consiguió escapar del lugar de los hechos.

Francisco Ruiz, del que ya se ha hablado mucho anteriormente, era un producto típico de las afueras[6]. Nacido en los años cuarenta en Madrid, se instaló en Tetuán en 1860, justo cuando surgían las primeras casuchas del arrabal. De joven Ruiz había sido federal y había tomado parte en las revueltas cantonalistas. Después ingresó en las filas libertarias, entonces poco nutridas, donde destacó como eficaz organizador y propagandista. Los últimos años había sido uno de los animadores del semanario *La Anarquía*, principal vocero del movimiento en Madrid. Estaba conceptuado como uno de

[4] José DE CARVAJAL Y HUE: *Los anarquistas en Madrid. Informe oral en las sesiones del jurado de 30 de diciembre de 1893 y 2 de enero de 1894*, Madrid, Imprenta de Aleu y Compañía, 1894; Rafael NÚÑEZ FLORENCIO: *El terrorismo anarquista, 1888-1909*, Madrid, Siglo XXI, 1983, pp. 43-51; Ángel HERRERÍN: *Anarquía, dinamita y revolución social. Violencia y represión en la España de entresiglos*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2011, pp. 69-128; Juan AVILÉS: *La daga y la dinamita. Los anarquistas y el nacimiento del terrorismo*, Barcelona, Tusquets, 2013, cap. 10. Para una cronología sucinta véanse las pp. 191-197 de la obra de Núñez Florencio. Sobre el artefacto de la plaza de Oriente, véanse *La Época*, 13 de junio de 1893 y *El Imparcial*, 23 de junio de 1893. De los pasquines y el atentado se habla tiempo después en *El Motín*, 30 de noviembre de 1895.

[5] Borja CARBALLO: *El Ensanche Este. Salamanca-Retiro 1860-1931. El Madrid burgués*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2015; Miguel ARTOLA: *El fin de la clase ociosa. De Romanones al estraperlo, 1900-1950*, Madrid, Alianza, 2015.

[6] Francisco Ruiz ha sido uno de los protagonistas del capítulo cuarto de esta tesis doctoral.

los anarquistas más importantes de la capital y, a pesar de lo sucedido, la policía le tenía por "obrero ilustrado" y contrario a la utilización de la violencia con fines políticos. Lo suyo no eran los petardos sino el trabajo discreto y cotidiano en clubes, escuelas laicas y centros de trabajo. Poco más se sabía entonces del fallecido.

Francisco Suárez, por su parte, era amigo personal de Ruiz y anarquista de primera hora. No vivía en el suburbio, pero lo visitaba con frecuencia. Según su declaración, tras la desarticulación del Círculo de Trabajadores en 1892, los anarquistas madrileños habían establecido su sede oficiosa en Tetuán. Si había una reunión, lo más seguro es que fuera en el arrabal. Si llegaban periódicos de provincias o del extranjero, era fácil que se recibieran en Tetuán. Como Ruiz, Suárez trabajaba en la preparación y distribución de *La Anarquía*. El día de autos ambos salieron de la imprenta donde tiraban el semanario, establecida en un barrio popular del casco antiguo, y se dirigieron a la calle Serrano. Según afirmaba, su intención no era provocar ninguna masacre. Solo buscaban "producir alarma para que la sociedad no olvide la miseria en que yacen las clases desheredadas". Finalmente, Joaquín Luis Olbes, estudiante de Farmacia fascinado con el anarcocomunismo, era vecino de Tetuán y miembro activo del grupo de librepensadores que capitaneaba Ruiz. La tarde del atentado lucía unas prominentes patillas, rasgo que llamó la atención a los sirvientes de Cánovas y que la prensa aireó durante los días siguientes con la esperanza de que alguien diera con su paradero[7].

Ilustración. Cadáver de Francisco Ruiz. Fuente: AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556

[7] AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556, *El Heraldo de Madrid*, 21 y 22 de junio de 1893 y *La Época*, 24 de octubre de 1895.

2. Viaje al país de los anarquistas

La noticia del atentado sacudió los cimientos del orden social. ¿Cómo pudo planificarse un acto terrorista de esa magnitud a las puertas de la capital del Estado? ¿Qué sucedía en ese suburbio raquítico y abandonado para que el anarquismo campara a sus anchas? ¿Acaso el movimiento libertario era más fuerte en las afueras que en el conjunto de la ciudad? Con Ruiz muerto, Olbes fugado y Suárez tenaz en su silencio, juristas y policías peregrinaron a Tetuán en busca de respuestas. También lo hicieron los reporteros, que dejaron para la posteridad numerosas crónicas de sus excursiones a la patria de la subversión. Merced a su proceloso seguimiento del caso, día tras día, semana tras semana, los madrileños fueron poco a poco conociendo la intrahistoria del atentado.

En un principio todo parecía remontarse a una reunión que algunos elementos contestatarios tuvieron en Tetuán el domingo 18 de junio de 1893, dos días antes de la explosión[8]. *El Heraldo de Madrid* dio la voz de alarma, pues uno de sus periodistas, el bohemio Claudio Frollo, bien relacionado con los concurrentes, había cubierto el evento[9]. El encuentro fue organizado por Francisco Ruiz y se celebró en el jardín de la casa de Rufino Muñoz, otro de los anarquistas de Tetuán. Los asistentes eran personajes ilustres del ambiente revolucionario de la capital y militantes del extrarradio. Entre los primeros destacaban Damián Castillo y Eduardo García de la Pedrosa. Castillo dirigía *El Cencerro*, un semanario que hacía de puente entre libertarios y federales. Había sido miembro del Círculo de Trabajadores y, como Ruiz, estuvo en el foco de las sospechas cuando la policía descubrió las bombas del Congreso[10]. García de la Pedrosa, por su parte, era una de las figuras más prometedoras del anarquismo madrileño. Con apenas 23 años combinaba con destreza la faceta de agitador con la de intelectual. Entre los correligionarios de Tetuán figuraban algunos viejos conocidos de estas páginas, como aquel concejal librepensador llamado Pedro Moratilla o como Ángel Jiménez, que era el delegado de una de las pocas secciones sindicales que tenían los anarquistas en la capital, la de pintores de coches. Tampoco faltaron a la asamblea los dos compinches de Ruiz: Francisco Suárez y Joaquín Luis Olbes. En total los reunidos debieron de ser unos veinte.

Los asistentes comieron, bebieron y cantaron himnos en son alegre y distendido. Por la tarde llegó el momento de los brindis. Casi todos los intervinientes peroraron en favor de la libertad, la revolución social o el triunfo de la anarquía y aseguraron estar dispuestos a entregar sus vidas en pro del ideal. Aquello era una reunión de convencidos

[8] En una carta enviada a uno de los asistentes, Ruiz informaba de que el evento reuniría a "anarquistas y republicanos revolucionarios (menos adormideras)", elementos que conformaban "un grupo que muy bien pudiéramos llamar de Estudios Sociales". Véase AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556.

[9] Frollo estaba especialmente interesado en hacer una pequeña crónica de los márgenes políticos de la capital y solicitó a sus amigos le permitieran asistir al evento. Aunque se trataba de un acto privado, finalmente fue invitado a fin de que diera a conocer a los anarquistas madrileños. Un dibujante tomó retratos de los asistentes. La primera reseña de la reunión fue publicada *El Heraldo de Madrid*, 20 de junio de 1893, cuando aún no había tenido lugar el atentado. Posteriormente, Frollo fue llamado a declarar ante el juez instructor y dio explicaciones de lo visto y oído en aquella jornada en *El Heraldo de Madrid*, 23 de junio de 1893. Precisamente en ese texto Frollo hizo mención a las palabras que sirven de título a este apartado del capítulo. Al tratar de aclarar su presencia en Tetuán el día 18 de junio, Frollo aseguró que su propósito no era otro que hacer "una rápida excursión por el país de los anarquistas". El artículo llevaba por título "En el país de la anarquía", lo que sin duda es un elocuente indicador del modo en que los contemporáneos observaban los suburbios y de las conexiones inseparables que para estos había entre la geografía de extrarradio y el anarquismo. La declaración de Frollo en AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556.

[10] *La Época*, 11 de abril de 1892.

y militantes rocosos, no un acto público en el que se buscara emocionar a la audiencia o despertar conciencias dormidas. En consecuencia, los oradores se expresaron sin dobleces ni medias tintas. No necesitaban modular el tono o desechar determinadas ideas por temor al rechazo. La presencia de Frollo tampoco les cohibía. El periodista preparaba una reseña amable, pintoresca y resultona, por lo que lo más probable es que los asistentes jamás hubieran imaginado que sus palabras pudieran salir de Tetuán. De hecho, así habría sido de no ser por el fallido atentado que tuvo lugar dos días después en casa de Cánovas. Aquella tarde de sangre y pólvora Francisco Suárez aún llevaba en sus bolsillos un papel con el texto de su brindis. La policía lo requisó y fue unido al sumario judicial. Su lenguaje era meridianamente claro y dejaba poco espacio a la interpretación:

> Brindo por la destrucción del orden social presente / y por romper las cadenas de la humanidad doliente / Ya va alumbrando la luz en las conciencias humanas / para odiar a los burgueses hipócritas y canallas / Esto está tan demostrado y tiene evidencia tal / que todo el mundo presiente la revolución social.
>
> Abajo la tiranía. Mueran todos los ladrones / Guerra, muerte y exterminio. Por doquier el grito suene.
>
> Anarquistas al combate / que no quede ni una rata / de esos burgueses bribones / que nos roban y nos matan / y nos tocan los cojones[11]

Ávidas de indicios que permitieran probar la conjura contra Cánovas, las autoridades se agarraron a testimonios como el brindis de Suárez para continuar adelante con la instrucción. No obstante, lo significativo en este punto era que Tetuán, un barrio apartado del meollo de la vida urbana, ayuno de servicios básicos y poblado por apenas 1500 personas, hiciera de cuartel general de la revolución. Lo que se había celebrado aquella jornada en casa de Rufino Muñoz no era una reunión de militantes del extrarradio a los que se había sumado excepcionalmente un puñado de correligionarios del interior de la ciudad, sino una asamblea que congregaba a algunos de los federales y anarquistas más conspicuos de todo Madrid[12]. Allí se sentían cómodos sujetos que estaban en el punto de mira cada vez que el agua venía revuelta, como Damián Castillo, que llevaba a sus espaldas un impresionante historial de detenciones. O como Ernesto Álvarez, director de *Bandera Social* en los ochenta, al frente de *La Anarquía* en los noventa, habitual de las reuniones en Tetuán, y ausente en aquella ocasión por motivos personales. Álvarez tenía cierto prestigio entre los obreros madrileños. Estaba considerado el jefe de los anarquistas de la capital y, a pesar de ello, o mejor aún, quizás precisamente por ello, era común verlo pasear por las callejuelas y descampados de Tetuán[13].

---

[11] AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556. De manera significativa, nada dijo de estas amenazas e imprecaciones Claudio Frollo en su reseña, que destilaba un aroma más bien complaciente.

[12] En este capítulo se abunda en los espacios compartidos entre libertarios y federales. Analiza algunos de ellos para la primera década del siglo XX Óscar ANCHORENA: *El republicanismo en Madrid. Movilización política y formas de sociabilidad, 1874-1923*, Tesis Doctoral, Madrid, UAM, 2019.

[13] Sobre Ernesto Álvarez y, en general, sobre la prensa citada en este capítulo, puede encontrarse información en Francisco MADRID SANTOS: *La prensa anarquista y anarcosindicalista en España desde la I Internacional hasta el final de la Guerra Civil*, Tesis Doctoral, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1988-1989. Anselmo Lorenzo destacó a Ernesto Álvarez como nombre más destacado del universo propagandístico anarquista de los ochenta y los noventa. Véase Anselmo LORENZO: *El proletariado militante. Memorias de un internacional*, Madrid, Solidaridad Obrera, 2005 [1901], p. 63. Sobre los periódicos en que colaboraron Álvarez y Ruiz, puede verse Francisca BERNALTE VEGA: "Bandera Social. Semanario anárquico colectivista", en Santiago CASTILLO, Luis Enrique OTERO CARVAJAL

Al margen de miradas indiscretas, ajenos a permisos de reunión, lejos de la vigilancia oficial, en las afueras de la ciudad existía un clima propicio para los actores políticos que se sentían fuera del sistema. De manera tal vez paradójica, aquel arrabal desangelado, sobre el que recaía una pésima fama, ofrecía mayores garantías a los concurrentes que la fonda más animada de los alrededores de la Puerta del Sol, donde en teoría el continuo trajinar de gentes podía camuflar su actividad y cubrirla bajo el manto del anonimato. Al aire libre y a plena luz del día en Tetuán se sentían más seguros[14].

En esos términos, aunque física, geográfica o incluso socialmente Tetuán fuera un suburbio, no lo era en un sentido funcional. En política, y más aún en los aledaños de esa política revolucionaria, Tetuán brillaba con luz propia. No era un área dependiente de un núcleo irradiador o proveedor de recursos. Tampoco era una réplica tenue y tardía de los seísmos que sacudían Madrid. Era el mismo centro y eso se debía, entre otras razones, a que el espacio público de la periferia estaba regido por normas muy diferentes a las imperantes en Madrid. En Tetuán era posible escuchar discursos que alentaban a la insurrección o clamaban por la aniquilación de los enemigos de clase. Mientras los juzgados de Madrid instruían decenas de procesos por los llamados delitos de imprenta, la difusión de ideas disolventes salía gratis a unos cuantos kilómetros de la capital. Nadie se extrañaba de ello. Los vecinos habían dado forma a la barriada sin el concurso de la administración. Del mismo modo que habían edificado sus casas, nombrado sus calles y gestionado sus infraestructuras, se habían acostumbrado a expresar sus ideas sin cortapisas. Esto no quiere decir, obviamente, que todos los habitantes de Tetuán fueran anarquistas, ni siquiera una mayoría. No obstante, la ausencia de controles o agencias reguladoras, por un lado, y el protagonismo de los vecinos en la construcción cotidiana de su entorno de vida, por otro, facilitaron que en Tetuán todas las voces encontraran acomodo en la conversación pública, incluidas las de los vecinos anarquistas.

Estos, además, parecían proporcionalmente muchos más que los que había en Madrid. Ya a mediados de la década anterior, cuando en el arrabal residían unas ochocientas personas, existía en Tetuán una rica cantera de activistas[15]. Al respecto caben muchas interpretaciones. Desde la vieja historia social podría aducirse que la causa de esta mayor concentración de libertarios estaría vinculada con la presencia, también significativamente mayor, de jornaleros, parados, trabajadores proletarizados y otros sectores sociales en los que el anarquismo prendió con fuerza. Sin desechar esas posibles razones, en esta tesis añadimos otras relacionadas con la propia formación del barrio como ecosistema diferenciado. Allí donde no había habido excesivo rastro o huella del

(eds.): *Prensa obrera en Madrid, 1855-1936*, Madrid, Alfoz, 1987, pp. 183-155; Fernando JIMÉNEZ NÚÑEZ: "La Anarquía, 1890-1893", en Santiago CASTILLO, Luis Enrique OTERO CARVAJAL (eds.): *Prensa obrera en Madrid, 1855-1936*, Madrid, Alfoz, 1987, pp. 1917-206.

[14] Esta realidad permite establecer un contraste entre las prácticas de federales exaltados y anarquistas, por un lado, y las del socialismo marxista, por otro. Frente al exclusivismo y la voluntad (o necesidad) de permanecer al margen de los primeros, el PSOE fue fundado en el centro de la ciudad y mantuvo desde sus inicios una incansable búsqueda por la respetabilidad y la integración. En la misma época en que las corrientes obreras no marxistas se reunían clandestinamente en Tetuán, los socialistas ya participaban de alguna manera en las instituciones, ya fuera presentándose a las elecciones, ya formando parte de las sesiones de la Comisión de Reformas Sociales.

[15] La persona central del grupo era Francisco Ruiz, a quien también hemos visto compartiendo espacios con republicanos federales y librepensadores. Como ya mencionó en el capítulo anterior, entre los militantes había un nutrido grupo de mujeres que asistía a los actos y firmaba manifiestos en la prensa anarquista. Véase *Bandera Social*, 11 de octubre de 1885.

Estado y donde los vecinos habían acumulado multitud de experiencias de autoorganización, quizás fuera más sencillo que se pusieran en entredicho los dogmas, procedimientos o marcos de participación que ese mismo Estado patrocinaba (parlamentarismo, economía de mercado, sociedad de clases, recato en la acción colectiva, monopolio estatal de la violencia, planificación urbana desde arriba, operaciones de comercio y consumo reguladas legalmente, etc.) y que, no lo olvidemos, estaban entonces inventándose y distaban mucho de ser una realidad plenamente establecida o naturalizada. De la misma forma que la nación o la clase eran construcciones culturales con su propia historicidad y cauces de germinación, el Estado liberal era una estructura en formación y el sentimiento de pertenencia o de obediencia al mismo, algo en disputa o, por lo menos, bajo negociación[16]. No se trataba de que los moradores de Tetuán hubieran roto conscientemente con los valores liberales por razones ideológicas. O no solo, desde luego. Tal vez todo se redujera a algo mucho más prosaico. Quizás aquellas gentes nunca hubieran llegado a aprender o incorporar esos patrones hasta el punto de aceptarlos y darlos por sentado por no haberlos tenido presentes. Quizás la clave residiera en que en su día a día los habitantes de la periferia hubieran vivido, actuado y entendido las relaciones sociales conforme a otros criterios. Quizás sus prácticas cotidianas, hijas de la necesidad y realmente transgresoras, hubieran sido un excelente trampolín hacia otras formas de imaginar los vínculos sociales, igualmente rupturistas[17].

Con estos mimbres no ha de extrañar que el grupo anarquista de Tetuán se hubiera adscrito en un primer momento a las corrientes colectivistas, inspiradas en el pensamiento de Bakunin. El colectivismo podía resultar íntimamente familiar para aquellos vecinos que habían levantado un orden alternativo en su barriada. De entrada, los anarquistas colectivistas, igual que algunas ramas del republicanismo más exaltado, preconizaban la federación de abajo arriba de individuos y entidades como forma de organización social y desconfiaban profundamente de cualquier tipo de centralización política. El primer peldaño de esa organización eran las pequeñas localidades como Tetuán, donde los vecinos habían unido sus esfuerzos para tener empedrado, iluminación, escuelas o alcantarillado y donde habían puesto en práctica, tal vez sin pretenderlo, los principios de libre asociación, cooperación y autonomía municipal. Además, frente a los anarquistas comunistas, que miraban con simpatía la acción directa y apostaban con mayor claridad por vías violentas e insurreccionales, los partidarios de Bakunin hacían especial énfasis en la acción colectiva y la transformación gradual de la sociedad a partir de la administración de los asuntos que afectaban de modo más inmediato a los ciudadanos, algo que, como ha habido ocasión de ver en capítulos anteriores, era parte fundamental de la cultura política de la periferia. Tal vez precisamente por ello, hombres como Francisco Ruiz, representante de la ortodoxia colectivista de los primeros ochenta, colaboraron con sus vecinos federales cuando la ocasión lo requería, ya fuera en asuntos

[16] Juan PRO: *La construcción del Estado en España. Una historia del siglo XIX*, Madrid, Alianza, 2019.

[17] En este punto es pertinente señalar que algunos de los anarquistas de Tetuán compañeros de Ruiz, como Ángel Jiménez, declararon ante el juez que su amistad con el finado venía de la comunidad de experiencias en el barrio desde la juventud. La mención era parca pero resulta tentador imaginar la crianza alternativa de toda una generación de vecinos que alcanzaron la madurez vital y política teniendo que lidiar con problemas y responsabilidades bien distintas a las del ciudadano medio. Pedro Moratilla, por su parte, también era amigo de Ruiz del vecindario. Algo que iba aún más allá en el caso de Isidro Ibarra, quien también habitaba en la periferia. Ibarra señaló que Ruiz fue su mentor e introductor en las ideas anarquistas Sobre las declaraciones, véase AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556.

electorales, ya en la gestión de infraestructuras comunitarias como el cementerio civil. Estos ejemplos invitan a reflexionar sobre el modo en que tradicionalmente se ha presentado el nacimiento y genealogía de las ideas políticas. En el caso que nos ocupa, las distintas fuentes consultadas nos llevan a pensar que la etiqueta o sello de calidad bakuninista, aquel que habría sido privilegiado por historiadores y estudiosos, seguramente llegó después de que se formaran esas prácticas, experiencias y nociones comunes, o se formó y estilizó en consonancia con ellas[18].

Finalmente, los colectivistas predicaban cierto respeto a la propiedad personal. Según su visión, en la sociedad del porvenir la propiedad de los medios de producción habría de ser colectiva, más no así el fruto de la producción, que habría de ser repartido en función del trabajo realizado por cada individuo (y no en función de sus necesidades, como sostenían los comunistas anárquicos). Aquí, de nuevo, puede apreciarse la sintonía entre las experiencias ordinarias de los vecinos de Tetuán y la doctrina colectivista[19]. Aunque humildes, muchos habitantes del extrarradio eran propietarios de sus casas, que habían construido con sus propias manos. En ellas habían establecido huertos, corrales o pequeños establecimientos que les permitían completar su salario. Así, por ejemplo, Rufino Muñoz, había montado en su jardín un taller de carretería, mientras que Pedro Moratilla tenía en su hogar una pequeña fragua en la que trabajaba como electricista. Por su parte, Ángel Jiménez y Francisco Ruiz habían habilitado en el interior de sus viviendas sendos mostradores para despacho de vinos[20]. La tenencia de la casa y los ingresos extra que pudieran lograr con aquellas actividades garantizaban cierta estabilidad e independencia a los vecinos, que se libraban de ese modo del yugo del inquilinato y disponían de cierto margen de negociación para aceptar las condiciones económicas que les imponían sus patronos en sus ocupaciones principales. De esta manera, los hábitos y formas de vida de muchos habitantes del arrabal guardaban una estrecha relación con el

[18] Remitimos aquí a los clásicos de historia cultural que han estudiado el carácter fundador e inmediato de las prácticas y la importancia de las experiencias cotidianas para entender la configuración y socialización de las ideas políticas. Véanse Edward Palmer THOMPSON: *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 2000; ÍD: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Capitán Swing, 2012; Roger CHARTIER: *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*. Barcelona: Gedisa, 2003. La interacción entre nuevas ideas y prácticas arraigadas en los estilos de vida de las clases populares también aparece en Álvaro PARÍS: *Se susurra en los barrios bajos. Policía, opinión y política popular en Madrid, 1825-1827*, Tesis Doctoral, Madrid, UAM, 2015.

[19] Nuestro análisis aporta aquí una novedad significativa, pues lo habitual entre los historiadores ha sido señalar a los artesanos de taller como los receptores "ideales" del mensaje colectivista, pues este encajaba con su preocupación por garantizar el control sobre el trabajo, los ritmos de producción y el valor del producto final.

[20] Estos espacios fueron descritos en los registros ordenados por la autoridad judicial durante la instrucción del caso. Se trataba de pequeñas estancias, a veces semiclandestinas, que también podían servir para la celebración de reuniones o encuentros políticos más o menos furtivos. Véase AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556. Sobre los corrales y huertos ya se ha hablado en el segundo capítulo de esta tesis doctoral. Muchos vecinos de Tetuán aprovechaban esos espacios anexos a las viviendas para almacenar basura o chatarra, pues eran traperos o rebuscadores, o para tener algunos animales, que luego utilizaban también como traperos o en sus escaramuzas como cazadores. En todos estos casos era común que hombres y mujeres de la periferia terminaran vendiendo de manera ambulante el producto de sus actividades, por lo que puede entenderse el celo que entre esas gentes podía existir en lo referente a la libertad individual y al derecho a disfrutar de los rendimientos económicos del propio trabajo. Recuperando aquí la argumentación de la nota anterior cabe señalar que los viejos artesanos y estos trabajadores de Tetuán compartían algo fundamental: la escasa separación entre el lugar de trabajo y el de residencia.

imaginario utópico anarquista colectivista sin tener por qué haber sido teorizados o pensados como tales[21].

El panorama esbozado en el párrafo anterior se corresponde, a grandes rasgos, con la situación general del anarquismo español hasta mediados de los ochenta. Sin embargo, a partir de ese momento, el estancamiento de la Federación de Trabajadores de la Región Española, la represión y la irrupción de nuevas voces en el movimiento libertario internacional, como las de Kropotkin o Malatesta, hicieron que el colectivismo fuera poco a poco cediendo terreno ante los anarcocomunistas. Una solución intermedia, pero que en lo referente a procedimientos y estrategias de lucha ya superaba el marco anterior, fue lo que se llamó "anarquismo sin adjetivos"[22]. Hacia ese estadio transitaron algunos de los miembros del grupo de Tetuán, en especial su más firme animador, Francisco Ruiz, que después de haber estado en la redacción de las dos principales publicaciones colectivistas de los ochenta, *Revista Social* y *Bandera Social*, siguió el signo de los tiempos y empezó a propugnar la necesidad de un entendimiento por encima de diferencias doctrinales[23]. Otros siguieron su ejemplo e incluso fueron más allá. Isidro Ibarra y Joaquín Luis Olbes,

[21] Sobre los principios anarquistas, su crítica del presente, su sueño de sociedad futura y las disputas entre anarquistas colectivistas y comunistas anárquicos, véase José ÁLVAREZ JUNCO: *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 1976. Sobre la formación del anarcocomunismo en España y sus relaciones con el colectivismo entonces dominante en la Federación de Trabajadores de la Región Española, véase Francisco FERNÁNDEZ GÓMEZ: *Anarcocomunismo en España (1882-1886). El grupo de Gràcia y sus relaciones internacionales*, Tesis Doctoral, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 2017. En dicha tesis se matiza la idea del enfrentamiento doctrinal entre colectivistas y comunistas en torno a la cuestión del producto del trabajo y se dibujan otras líneas de disenso, relacionadas con los procedimientos organizativos y medios de lucha. En lo referente a Madrid, donde los grupos anarcocomunistas fueron muy poco numerosos durante los ochenta, el conflicto pareció ser menor que en otras áreas del país, donde suscitó encarnizados debates. En todo caso, la documentación hallada en los domicilios de los implicados revela que la querella doctrinal era importante para ellos. Con todo, como en otras ocasiones creemos pertinente destacar que esas divisiones doctrinales estrictas pueden resultar de utilidad para la historia de las ideas pero quizás enturbian la plena comprensión de unos sujetos que no tenían por qué adscribirse rotundamente a ninguno de los bandos, ni conocer bien las diferencias entre ambos (que, además, tampoco estaban fijadas de una vez por todas y para siempre). Francisco Suárez, por ejemplo, en algún momento de finales de los setenta y principios de los ochenta había defendido las ideas colectivistas al mismo tiempo que exaltaba la violencia y la "guerra sin cuartel contra la burguesía". Véanse los panfletos de su propia autoría hallados en su casa en AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556.

[22] El "anarquismo sin adjetivos" fue propugnado por Fernando Tarrida del Mármol, anarquista catalán. Como se indica en el cuerpo del texto, aunque la fórmula era una suerte de puente entre corrientes, para Álvarez Junco a partir de 1890 el grueso del anarquismo español había aceptado el anarcocomunismo, que salió vencedor de la disputa ideológica. Véase José ÁLVAREZ JUNCO: *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 1976, pp. 389 y ss. A buen seguro que esa fórmula de compromiso y entendimiento casaba muy bien con las prácticas de unos vecinos no tan preocupados por las taxonomías y los purismos como por las experiencias del día a día.

[23] Puede verse esta evolución en la correspondencia del propio Ruiz, en AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556. Sobre *Revista Social*, órgano oficioso de la Federación de Trabajadores de la Región Española, véase Mercedes GUTIÉRREZ SÁNCHEZ: "*Revista Social*. Eco del proletariado", en Santiago CASTILLO, Luis Enrique OTERO CARVAJAL (eds.): *Prensa obrera en Madrid, 1855-1936*, Madrid, Alfoz, 1987, pp. 167-181. *La Anarquía*, el proyecto de Álvarez y Ruiz desde 1890, ya no se reconocía en el colectivismo sino en esta fórmula intermedia del "anarquismo sin adjetivos". Véase, por ejemplo, el número del 9 de junio de 1893. Se menciona a Ruiz como representante del antiadjetivismo madrileño en Francisco FERNÁNDEZ GÓMEZ: *Anarcocomunismo en España (1882-1886). El grupo de Gràcia y sus relaciones internacionales*, Tesis Doctoral, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 2017, p. 192. En las siguientes páginas de esa tesis se afirma que a la altura de 1893 la mayoría de antiadjetivistas tenían pie y medio en el anarcocomunismo. Algo que parecería quedar confirmado por la creciente relación que Ruiz tuvo con Vicente Daza, pionero anarcocomunista en Madrid y vecino del cercano suburbio de Ciudad Lineal. Véase, a modo de ejemplo, *La Anarquía*, 19 de noviembre de 1891.

compañeros y discípulos de Ruiz en las afueras, abrazaron sin reparos el comunismo anárquico llegados los noventa, cuando la oleada terrorista arreció y los comunistas fueron quienes más se distinguieron a la hora de justificar (o directamente preconizar) esas prácticas[24].

Tetuán no permanecía al margen del cambio de paradigma que estaba gestándose a nivel internacional. No sabemos si fue ese giro hacia las formas más decididamente partidarias de la propaganda por el hecho y la violencia política lo que permite entender el complot criminal y el intento de magnicidio de Francisco Ruiz o si aquello obedeció a otras causas más difíciles de rastrear en las fuentes[25]. Sea como fuere, lo que nos interesa no es tanto conocer los pormenores de la conspiración o la nómina exacta de participantes, asuntos que, como es natural, preocuparon a jueces y policías, sino ver su relación con el sustrato cultural que había tomado forma en Tetuán. En el extrarradio existía desde hacía tiempo un *ethos* antiautoritario que bañaba todas las instancias de la vida en común. Lo habían sufrido los guardias que protegían el fielato, los policías que patrullaban las calles, los alcaldes que no prestaban la suficiente atención a los problemas de la barriada, los tenderos usureros o los misioneros que trataban de adoctrinar a las familias. A veces el desprecio hacia la autoridad o sus representantes se manifestaba en forma de burla insolente o falta de respeto. Otras, cobraba caracteres más sombríos y violentos, y venía acompañado de amenazas, asaltos, agresiones y, en algunos casos, asesinatos.

Aquellas vivencias posibilitaron que un número importante de vecinos interpretara de manera conflictiva unas relaciones que en otros lugares eran leídas en términos de deferencia, acatamiento o aceptación. Estos episodios de conflicto a pequeña escala contribuyeron a normalizar la desobediencia a cualquier tipo de autoridad, incluida la política, y ayudaron a legitimar el uso de la violencia como un medio más de intervención en el espacio público. En línea con esta argumentación, el atentado contra Cánovas, padre del régimen de la Restauración, no hacía sino cerrar el círculo de aquello que había comenzado con agentes, recaudadores de impuestos, espacios de culto y edificios representativos del poder urbano. Una vez que se había aceptado o admitido el choque con figuras próximas y conocidas, era más fácil dar el paso. Al servirse de la dinamita

[24] El carácter anarcocomunista de Ibarra puede apreciarse en sus propias notas y cartas dirigidas a Ruiz ("Tuyo y del Comunismo Anárquico"), unidas al sumario judicial en AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556. En este mismo expediente judicial se incluye una carta de Ibarra a Ruiz en que se mencionan las diferencias que ambos sostienen en cuanto a cómo "resolver el problema social". Para Olbes, véase su propia declaración en *La Época*, 24 de octubre de 1895.

[25] En algunas informaciones se subrayó que Ruiz estaba de luto por la muerte de uno de sus hijos y que estaba atenazado por el paro. Aunque vagamente, se sugirió que ambos sucesos pudieron ser determinantes en su voluntad de atentar, pues Ruiz "no era un anarquista a la francesa" (véanse, por ejemplo, los comentarios y recortes incluidos en *La Tramontana*, 30 de junio de 1893). Por nuestra parte, creemos que dichas circunstancias como mucho pudieron acelerar un cambio moral o estratégico que ya estaba en marcha y que era superior y anterior a ellas. En ese sentido, merece la pena consultar los números del semanario *La Anarquía*, impulsado por el tándem Álvarez-Ruiz, con el fin de observar el modo en que se trataban los atentados en dicha publicación. A pesar de que el periódico rechazó asesinatos como los del francés Ravachol (mitad anarquista, mitad delincuente, autor de numerosos robos, atentados y algunos homicidios), publicó textos en los que se justificaba o comprendía su actitud, e incluso alguno en el que se le tachaba de "libertador". Para más inri, entre las listas de suscriptores de *La Anarquía* era habitual encontrar a quienes firmaban con nombres tales como "Un discípulo de Ravachol", "Uno que alaba a Ravachol", "Sustituto de Ravachol" o "Compañero de Ravachol". Soledad Gustavo, que años después habitaría en los suburbios, también publicó en *La Anarquía* algunos llamamientos a una guerra sin cuartel contra las instituciones existentes. Véase, por ejemplo, *La Anarquía*, 5 de agosto de 1892.

para acabar con la vida de Cánovas, tal vez Ruiz no estuviera sino apuntando contra la cabeza visible de todo un entramado de jerarquías sociales que estimaba inasumible en su condición de anarquista, pero también en su condición de veterano del arrabal. No en vano, tal y como se ha defendido a lo largo de la tesis doctoral, las ideas y prácticas políticas adquirían significados concretos en la experiencia cotidiana y desde ahí se catapultaban al plano de lo abstracto y lo universal. En ese sentido, la federal, la colectivista o la comunista no eran más que tres banderas que ondeaban al viento de una misma cultura política, la cultura política del suburbio[26].

Dejemos a un lado estas digresiones y volvamos al relato de lo sucedido el domingo 18 de junio de 1893. Los acontecimientos que siguieron a la comida en casa de Rufino Muñoz muestran una vez más la indisoluble ligazón que se había tejido entre la geografía suburbana y el radicalismo político. Avanzada la tarde, tras los brindis y los discursos, los asistentes continuaron la jornada política en Prosperidad, otro de los barrios proletarios del Madrid del momento, ubicado en la periferia noreste de la ciudad[27]. Ruiz, Olbes, Castillo y compañía habían prometido participar en una polémica doctrinal entre anarquistas y federales en un casino obrero de la localidad. Así, concluida la reunión en Tetuán, se despidieron de quienes regresaban a Madrid o se quedaban en el arrabal, y pusieron rumbo a Prosperidad. Pronto dejaron atrás los últimos vestigios de vida urbana y se internaron en un interminable campo de cebada. En el horizonte apenas se vislumbraban algunos campanarios y edificios en construcción de la zona del ensanche.

Aunque Tetuán y Prosperidad eran dos suburbios del norte de Madrid, la comunicación por tranvía entre ambas barriadas era inexistente. Cualquier paisano que quisiera hacer el viaje debía dirigirse al interior de la ciudad y tomar allí una línea en dirección a Prosperidad. Sin embargo, los revolucionarios de las afueras, tan acostumbrados a actuar a su aire, prefirieron atravesar las huertas y sembrados que envolvían Madrid para alcanzar su destino. Más de una hora les llevó la caminata. Llegaron a Prosperidad entrada la noche y con las ropas empapadas, pues a mitad de trayecto les sorprendió la tormenta. Según Frollo, que aún acompañaba a la comitiva, Ruiz y los suyos se iban orientando como podían, combinando gritos y proclamas políticas, en una escena digna de ser vista[28].

---

[26] No se trata de negar el valor de las ideas, sino de relativizar las lecturas de la expansión del movimiento obrero o la propaganda por el hecho como resultado del apostolado de algunos profetas de la revolución, llámense Fanelli, Kropotkin o Malatesta. A buen seguro que los debates abiertos en el seno del anarquismo debieron de influir en Ruiz y sus compinches. Lejos de negar esa afirmación, lo que aquí se sostiene es que sin ese fondo antropológico previo hubiera sido mucho más difícil entrar en contacto con tales planteamientos o que dichas ideas llegaran a cuajar. A este respecto, para la interpretación de la violencia política como "coronación" de infinidad de microviolencias cotidianas han sido enormemente útiles los trabajos de Pamela SWETT: *Neighbors and Enemies. The Culture of Radicalism in Berlin, 1929-1933*, Nueva York, Cambridge University Press, 2004; Esther ALDAVE: *Violencia y sociedad en Pamplona (1876-1936)*, Tesis Doctoral, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2019. Finalmente, la insistencia en el fondo antropológico previo como factor contextual nos ha permitido huir de los modelos explicativos de la violencia como un acto marginal propio de sujetos desclasados y aislados y ha posibilitado entender la lógica de la violencia desde el punto de vista de los actores implicados.

[27] Charlotte VORMS: *Bâtisseurs de banlieue à Madrid. Le quartier de la Prosperidad (1860-1936)*, París, Creaphis, 2012.

[28] *El Heraldo de Madrid*, 20 de junio de 1893. Los socios del casino declararon, algunos de ellos sin ocultar su enfado, que los invitados de Tetuán además de empapados llegaron altamente embriagados. Véase AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556.

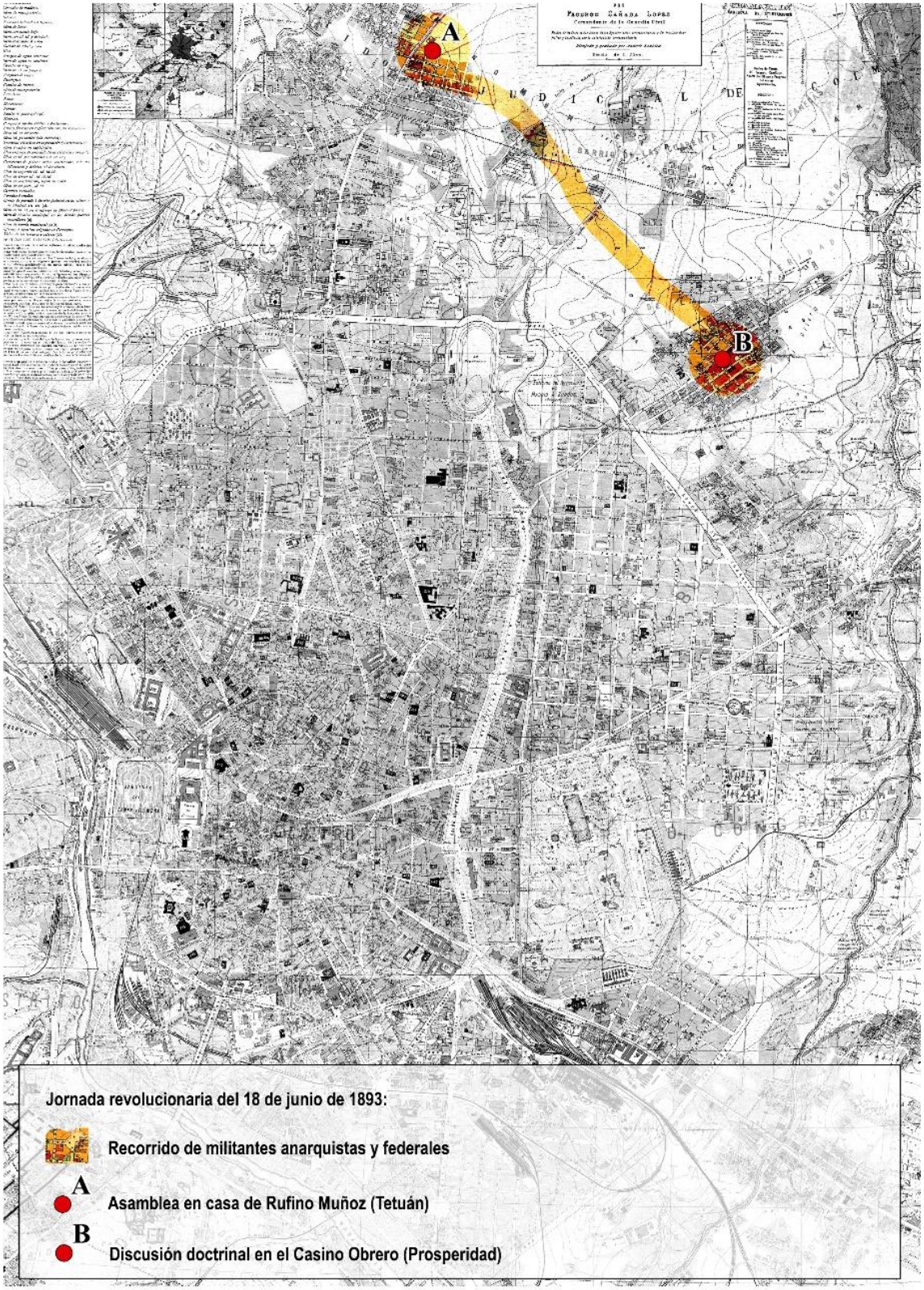


Figura. Espacios de la jornada revolucionaria del 18 de junio. Elaboración propia a partir de Facundo CAÑADA: *Plano de Madrid y pueblos colindantes al empezar el siglo XX*, Madrid, 1900.

El periplo es tremendamente ilustrativo de los espacios que conformaban el Madrid de los vecinos de las afueras, un Madrid que no pasaba por la Puerta del Sol ni por la Castellana y que parecía ser una ciudad distinta de la del interior[29]. Más elementos permiten ahondar en esta sensación. En el club obrero de Prosperidad, regentado por federales, estaban invitados los comensales de Tetuán a exponer sus puntos de vista. Los anarquistas querían hacer propaganda de sus ideas entre los socios del casino, sabedores de la buena aceptación que algunos de sus principios tenían entre la masa federal y de la porosidad doctrinal que existía entre los movimientos. Su propósito era presentarse como un federalismo desencadenado y actualizado a los tiempos. Francisco Ruiz fue el primero en hablar. El tipógrafo de Tetuán afirmó que ambas corrientes compartían sueños y anhelos, pero que solo el anarquismo podía garantizar lo verdaderamente importante, esto es: libertad sin trabas, fraternidad y autonomía individual. Tras él intervino Damián Castillo, que abogó por la república federal como paso intermedio hacia la anarquía. En su opinión, la sociedad española aún no estaba preparada para una revolución total, por lo que, a la espera de mejores condiciones, recomendaba hacer piña bajo la bandera federal. Les sucedieron otros oradores en el uso de la palabra, como el joven García de la Pedrosa, y algunos correligionarios de la localidad. Divagaron sobre la naturaleza humana, abordaron cuestiones filosóficas y discutieron acaloradamente cuando descendieron al terreno de la praxis política. En la periferia, lejos del boato de los edificios institucionales, lejos también de las sedes centrales de partidos o sindicatos, vecinos del montón y personajes destacados del ambiente revolucionario madrileño debatían acerca del camino que había de seguir el movimiento obrero no marxista de la capital[30].

El extrarradio era un mundo aparte[31]. Los suburbios de Tetuán y Prosperidad, mal conectados en lo que a transporte urbano se refiere, compartían códigos culturales y tenían sus propios canales de circulación de información. Aquello no solo era evidente para sus moradores. También lo era para esa fracción de militantes exaltados del interior de la ciudad que no encontraban en sus barrios la oportunidad de escuchar discursos radicales y habían de buscarla en la periferia. Por eso, a medida que avanzaban las pesquisas se hacía cada vez más evidente que las reuniones de aquel día habían tenido poco de excepcionales. Que era vano buscar en ellas el origen de ningún complot. Todo hacía indicar que aquel había sido un domingo cualquiera en los suburbios, un domingo de pasión y militancia, sí, pero no un domingo de sangre. Quizás fuera extraordinario para los policías que llevaban el caso, pero para los vecinos de las afueras había sido una jornada de lo más normal[32]. El atentado se había debido de fraguar en otras estancias de la historia, más lúgubres e inaccesibles. Para llegar a ellas era necesario investigar más.

---

[29] El propio Suárez se encargó de confirmarlo. En una de sus declaraciones ante el juez afirmó que en su día a día iban mucho más por la zona de Prosperidad que por la Puerta del Sol. En la noticia de prensa se dice que el acto del casino tuvo lugar en Guindalera, otro suburbio cercano, con el que al principio de la investigación se confunde Prosperidad. Esta confusión revela de manera elocuente la distancia que existía entre el Madrid central y el Madrid periférico. No es la única confusión de ese calibre. Durante los primeros días de investigación la prensa presentó continuamente datos, nombres, apellidos o localizaciones erróneas. La noticia en *El Heraldo de Madrid*, 23 de junio de 1893.

[30] *El Heraldo de Madrid*, 20 de junio de 1893.

[31] Conviene recuperar aquí el concepto de "heterotopía", ya citado en capítulos anteriores, y que fue desarrollado por Michel FOUCAULT: "Of Other Spaces", *Diacritics*, 16 (1986), pp. 22-27.

[32] Se parte del concepto de lo "excepcional normal" acuñado por Edoardo GRENDI: "Microanalisi e storia sociale", *Quaderni storici*, 7 (1972), pp. 506-520.

Principales implicados en el caso del petardo según la investigación de las autoridades		
Nombre	**Residencia**	**Observaciones**
Francisco Ruiz	Tetuán	Tipógrafo. Figura clave del anarquismo a nivel nacional. Orador, organizador, distribuidor, escritor, dinamizador. Muere en el atentado
Francisco Suárez	Madrid	Obrero. Repartidor de *La Anarquía*. Autor de panfletos. Contactos con Cartagena y Orán. Detenido al estallar el petardo. Amigo de Ruiz
Joaquín Luis Olbes	Tetuán	Estudiante. Anarcocomunista. Participa en el atentado y huye gracias a Muñoz y Espadich. Detenido en Lisboa. Colaborador de Ruiz
Rufino Muñoz	Tetuán	Constructor de carros. La reunión de Tetuán se celebró en el jardín de su casa. Relacionado con anarquistas presos. Perfil más bajo
Pedro Moratilla	Tetuán	Electricista. Federal. Asistente habitual a las reuniones en la periferia. Bien conectado con sociedades de enseñanza laica. Amigo de Ruiz
Ángel Jiménez Cantos	Tetuán	Delegado de la sección sindical anarquista de pintores de coches. Asistente habitual a las reuniones en la periferia. Se crio con Ruiz
Francisco Muñoz	Tetuán	Sereno del arrabal. Librepensador. Coopera en la huida de Olbes. Amigo de Ruiz
José Espadich	Tetuán	Barbero. Antiguo conserje del Círculo de Trabajadores. Cooperó en la huida de Olbes. Vivió una época en casa de Moratilla
Isidro Ibarra	Cuatro Caminos	Tipógrafo. Anarcocomunista. Evadido de la justicia antes del atentado. Enlace con grupos gallegos, vascos y portugueses. Amigo de Ruiz
Francisco Abraira	Prosperidad	Trapero. Cursó la invitación al encuentro de Prosperidad. El único que fue rápidamente puesto en libertad
Damián Castillo	Madrid	Empleado particular. Importante federal con un pie en el anarquismo. Director de *El Cencerro*. Íntimo colaborador de Ruiz
Ernesto Álvarez	Madrid	Tipógrafo. Figura clave anarquismo a nivel nacional. Director de semanarios. Procesado numerosas veces. Íntimo colaborador de Ruiz
Eduardo García de la Pedrosa	Madrid	Dependiente de farmacia. Anarquista. Estudioso. Ávido lector de clásicos del movimiento obrero. Asistente habitual a las reuniones de la periferia
Cecilio Fernández	Madrid	Portero. Anarquista. Relacionado con libertarios de Granada. Asistente habitual a las reuniones de la periferia. Colaborador de Ruiz

Tabla. Implicados en el caso del petardo según las autoridades. Fuente: Prensa periódica y AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556.

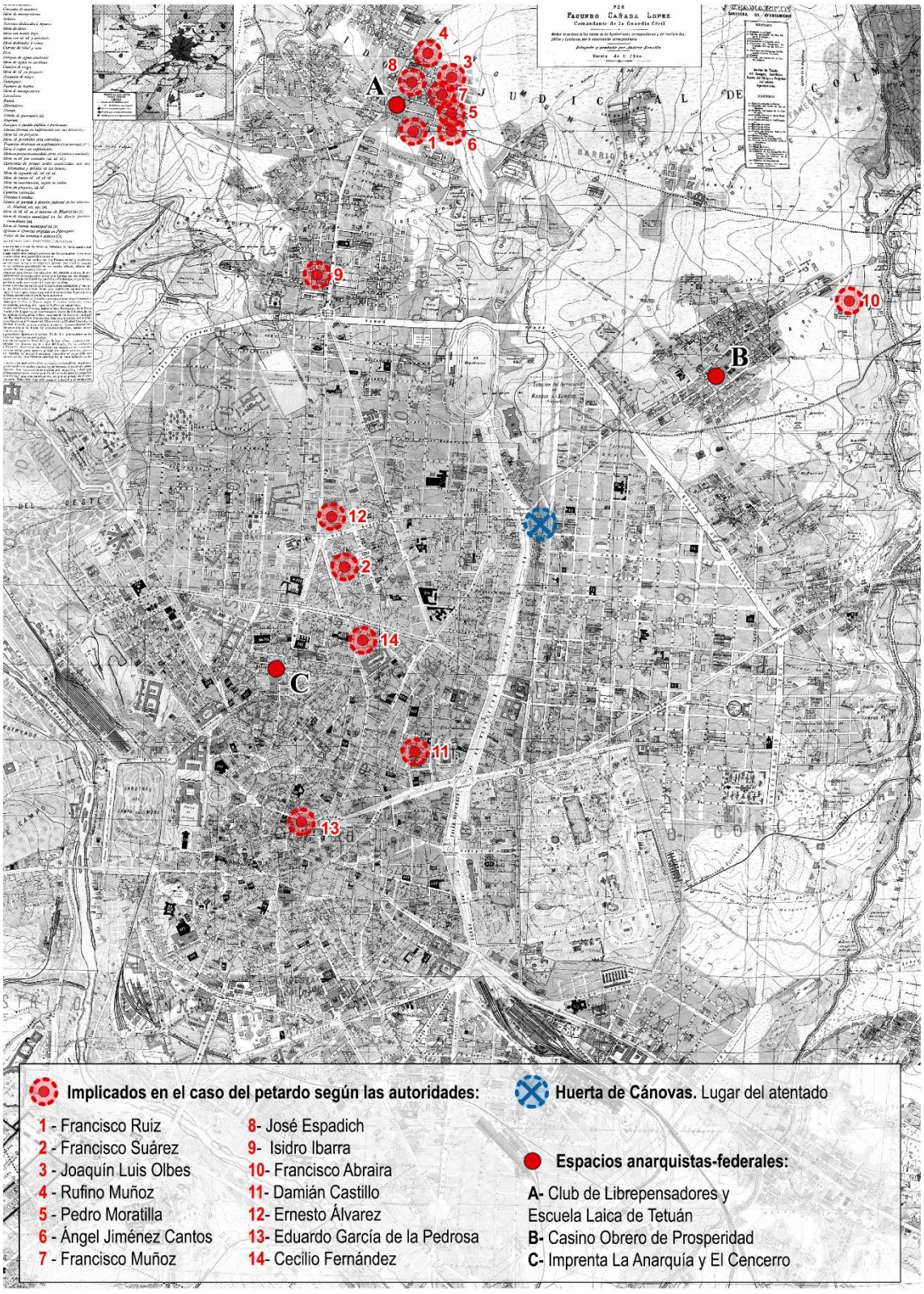


Figura. Personas y espacios relacionados con el atentado contra Cánovas según la investigación de las autoridades. Elaboración propia a partir de Facundo CAÑADA: *Plano de Madrid y pueblos colindantes al empezar el siglo XX*, Madrid, 1900.

Los días siguientes el extrarradio de Madrid fue un hervidero. Los reporteros deambulaban de un lado a otro con ánimo febril. Picaban en las puertas, interrogaban a los vecinos, tomaban dibujos. La fuerza pública recorría la zona en busca de pruebas. El juez instructor emitía ordenes de registro de infinidad de domicilios. Pedro Moratilla y Ángel Jiménez fueron sacados de sus casas de madrugada y encarcelados. Isidro Ibarra, que no estuvo en las reuniones, fue detenido cuando regresaba de La Coruña. Otros compañeros corrieron suerte pareja. El gobernador civil cruzaba telegramas con los ministros. Los periodistas hacían cábalas. La ciudad entera parecía tener sus ojos fijados en lo que sucedía en los suburbios y, a pesar de ello, el caso se perdía entre las brumas sin pistas que seguir. Nada se sabía de la conspiración. Nada se conocía de los implicados. Era como si Ruiz se hubiera llevado consigo todos sus secretos.

Las pesquisas no dieron sus frutos. Sin embargo, al poner patas arriba la periferia las autoridades se toparon con algo mucho más grande que el propio atentado, algo que desbordaba cualquier episodio de violencia política y apuntaba a la existencia de una auténtica red de activistas con conexiones nacionales e internacionales. La policía creía estar inspeccionando las viviendas de unos donnadie con intenciones incendiarias, pero en los registros encontró una masa de folletos, panfletos, cartas y otros escritos que, si bien no guardaban relación con el caso, resultaban reveladores de la importancia que habían adquirido los suburbios para la política radical. Cada domicilio parecía un santuario de la revolución: mitad oficina postal, mitad biblioteca popular[33]. La ingente documentación incautada desveló que en Tetuán operaba desde hacía tiempo un grupo bien cuajado y consolidado de militantes[34].

Como hubo ocasión de ver en el capítulo anterior, una rama de su actividad estaba consagrada a la política local, donde Ruiz, Moratilla, Jiménez y compañía se distinguieron en la lucha por la secularización de los servicios públicos y contra la influencia de los jesuitas en el arrabal. Los papeles requisados proporcionaban aún más información al respecto. Los susodichos se reunían regularmente, lanzaban manifiestos, participaban en los comicios locales y realizaban numerosos actos de solidaridad o ayuda mutua, como dar cobijo a correligionarios recién llegados a la barriada o realizar colectas para sufragar los gastos de entierros o bautizos civiles. Solamente con esa documentación ya había motivos para creer que, en efecto, el extrarradio madrileño era ese "país de los anarquistas" del que había hablado la prensa los días anteriores.

---

[33] Pensamos aquí en los hallazgos literarios y los canales de circulación que Darnton ha reconstruido para la Francia borbónica a partir de inspecciones en casa de sujetos aparentemente poco importantes que, sin embargo, hacían funcionar redes internacionales. Robert DARNTON: *Censores trabajando. De cómo los Estados dieron forma a la literatura*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014, primer capítulo.

[34] El registro de las viviendas se llevó a cabo sin contratiempos. Destaca en este punto la actitud de Juana Gámiz, mujer de Francisco Ruiz y también anarquista. Cuando la policía se presentó en su casa la mañana del día 21 de junio, Juana, que en ese momento aún no se había enterado del fallecimiento de su marido la noche anterior, relató a los agentes que Ruiz acababa de dejar el hogar familiar para hacer recados. El matrimonio estaba acostumbrado a las visitas policiales, por lo que ante una nueva inspección no dudó en cubrir a su marido. Una vez que los agentes le relataron el motivo de su visita, Juana accedió a que verificaran el registro siempre y cuando estuviera presente el alcalde de Chamartín, José Jiménez, quien era amigo de Pedro Moratilla y conocido de la familia. Junto a las decenas de periódicos, pasquines y cartas que se relatan en las siguientes páginas, en casa de Ruiz la policía también halló otros objetos de gran valor simbólico: retratos alegóricos de la República, fotos de alumnos de escuela laica, una litografía de Bakunin y una suerte de diploma que confirmaba la participación de Ruiz en distintas jornadas revolucionarias. Véanse *El Heraldo de Madrid*, 22 de junio y 26 de junio de 1893 y AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556.

Con todo, lo más jugoso de los registros estaba relacionado con la dimensión supralocal de parte del material ocupado. Los impresos en otros idiomas, los periódicos extranjeros y la correspondencia remitida desde los más diversos puntos del país ponían sobre la mesa la enorme infraestructura política que aquellas gentes habían montado en los suburbios y de la cual el atentado contra Cánovas no era más que una pequeña muestra, la punta del iceberg. El análisis de esa documentación revela una vez más lo difícil que es estudiar los márgenes de la política sin tener en cuenta los márgenes de la vida urbana y arroja nueva luz sobre los quehaceres y responsabilidades cotidianas de aquellos hombres del montón empeñados en torcer el rumbo de la historia[35].

En primer lugar, los pequeños políticos de las afueras eran unos organizadores natos. A simple vista no eran más que un puñado de electricistas, tipógrafos y pintores con escasos recursos. Como ellos había miles en el Madrid de finales de siglo. Trabajadores cuya mayor inquietud era llegar a fin de mes y evitar a toda costa caer en la proletarización. Ruiz, Moratilla y los demás también compartían esos temores y, como muchos contemporáneos, sufrieron los rigores de la pobreza, el paro o la emigración. No obstante, a aquel catálogo de preocupaciones ordinarias los militantes de Tetuán añadieron otras relacionadas con su entusiasmo revolucionario. Sus convicciones los llevaron a implicarse en la creación y administración de iniciativas políticas desde cero, desde los cimientos. No eran simples acólitos o asociados a una idea que obedecieran las directrices de sus líderes. Eran los autores y productores de los espacios políticos en que participaban. Sus artesanos. Lo habían aprendido en el día a día. Los revolucionarios de la periferia se habían fogueado en las luchas cotidianas del suburbio. Habían comprendido lo que significaba tener que sacar adelante sus casas o unir esfuerzos para dignificar su barrio cuando las instituciones les daban la espalda. Semejante experiencia los preparó para embarcarse en empresas que superaban los límites del arrabal e integraban a compañeros de toda la ciudad, de todo el país e incluso de allende las fronteras nacionales.

El caso de Ruiz era el más destacado. La pila de papeles que obraba en el juzgado mostraba un compromiso infatigable. Una de sus mayores obsesiones fue articular una comunidad militante consciente e informada. Así, desde principios de los ochenta Francisco Ruiz colaboró con Ernesto Álvarez para dar vida a distintas publicaciones anarquistas. En los noventa formaba parte del consejo de redacción de *La Anarquía*, que insertaba en sus páginas noticias del movimiento obrero y textos doctrinales. Ruiz era una suerte de hombre para todo en lo referente al semanario. Escribía tribunas, organizaba grupos de suscriptores por todo el país y se ocupaba de garantizar que cada número saliera a la calle gracias a sus contactos. En ese momento *La Anarquía* sacaba su edición en el taller de Dionisio de los Ríos, ubicado a tiro de piedra de la calle de San Bernardo, en pleno centro de la ciudad. Durante años Francisco Ruiz se había empleado como cajista en multitud de establecimientos de la capital. Fruto de sus trabajos y su buen hacer, Ruiz había trabado amistad con algunos patronos como Dionisio de los Ríos, que le permitía

[35] Antes de adentrarnos en el análisis de la documentación es preciso señalar que aquello que se va a mostrar en las siguientes páginas no es más que una foto fija de lo encontrado en las viviendas de Tetuán. Como es normal, la mayor parte del material hallado correspondía a los meses previos al registro policial. Por ello, sería un error leer la documentación como si procediera de un archivo institucional. Los papeles, folletos y cartas que van a aparecer en el relato únicamente son un indicio del tipo de actividades y vínculos que habían construido los anarquistas de las afueras, no una relación completa y acabada de los mismos. De haberse producido el registro en otro momento, seguramente se hubieran encontrado otros materiales.

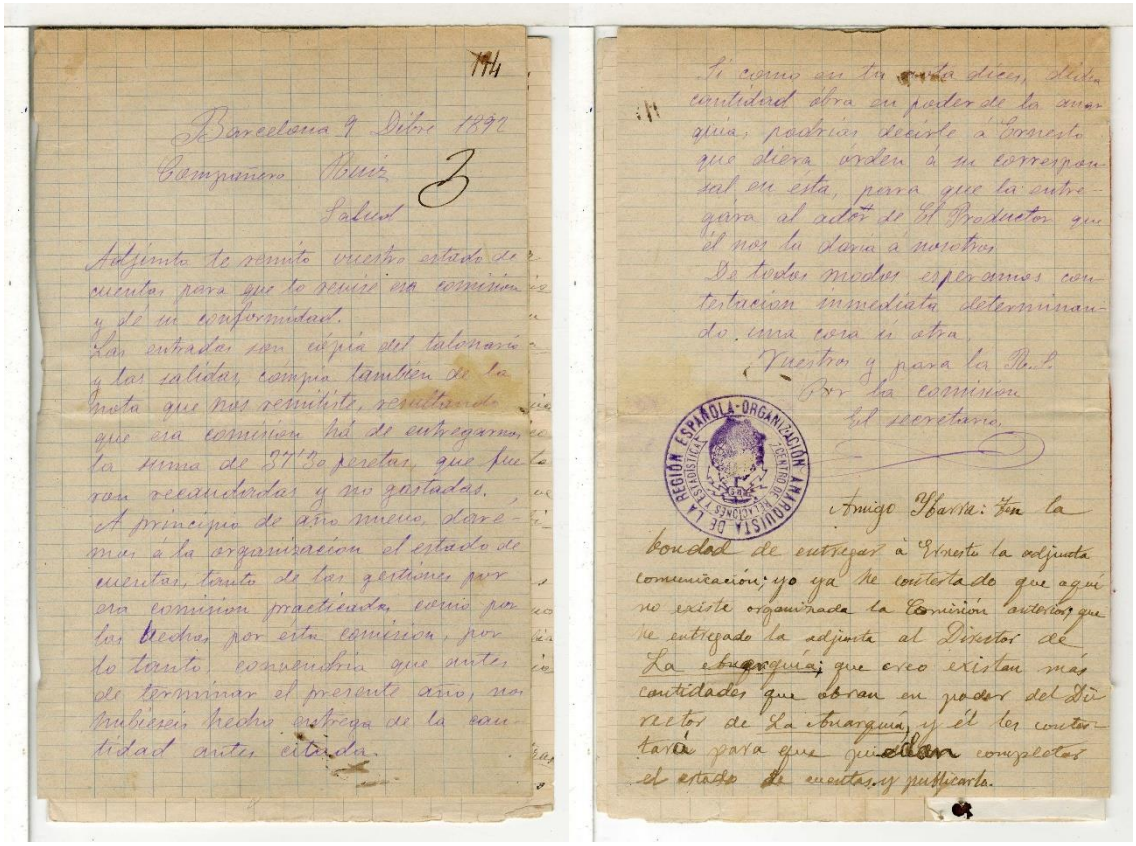
hacer tiradas a bajo coste y sin llamar la atención de las autoridades. Cualquier ciudadano interesado en recibir la prensa más combativa de la capital debía dirigir su correspondencia a nombre de un tal Francisco Ruiz, que vivía en el barrio de Tetuán[36].

Ruiz llevaba años desempeñando puestos de responsabilidad. Lo suyo era poner en marcha grupos y asociaciones. Sentar las bases para que otros pudieran militar. Ya a mediados de los ochenta fue promotor y presidente de la Asamblea de Obreros Anarquistas, una iniciativa que buscaba revitalizar la actividad libertaria en la capital[37]. En aquella época Ruiz trabajaba codo con codo con Tomás González Morago y Juan Serrano Oteiza, la flor y la nata del colectivismo madrileño[38]. Más adelante, tras la disolución de la Federación de Trabajadores de la Región Española, Ruiz fue uno de los compañeros que mantuvo encendida la llama de la revolución en la capital. A principios de los noventa formó parte del equipo fundacional del Círculo de Trabajadores de la calle Cabeza y organizó con Ernesto Álvarez, Vicente Daza y otros conspicuos correligionarios el mitin y manifestación del primer Primero de mayo[39]. Fue el pistoletazo de salida a un aluvión de eventos en los que siempre estuvo escoltado por algunos de sus colaboradores del suburbio, como Ángel Jiménez o Isidro Ibarra, fogosos oradores envueltos también en tareas de reclutamiento, encuadramiento y movilización[40]. Jiménez demostró ser un líder sindical eficaz, alguien con el carisma y las dotes organizativas suficientes como para articular una de las secciones laborales más nutridas del anarquismo madrileño, la de pintores de coches[41]. Ibarra, por su parte, evadido de la justicia por delitos de imprenta, realizó una gira como propagandista por distintos rincones de Argentina, Uruguay y Portugal y trabajó como corresponsal de *La Anarquía*. Finalmente se estableció en La Coruña, donde se implicó en la redacción del semanario libertario *El Corsario*[42].

El culmen a toda esa labor fueron las responsabilidades que Ruiz contrajo en la Comisión de Relaciones y Estadística de la Organización de Anarquistas de la Región Española (OARE), la última intentona de armar una gran sociedad libertaria a nivel nacional antes de la CNT. Entre los innumerables documentos hallados en su casa, Ruiz conservaba cartas cruzadas con compañeros de Barcelona (que significativamente escribían también desde espacios marginales de esa ciudad, como el Raval o el Paralelo[43]) en las que se hacía referencia a su papel al frente de dicha Comisión. A juzgar por el

[36] AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556. Además de *La Anarquía*, Ruiz sacaba en dicho establecimiento *El Cencerro*, el periódico que dirigía Damián Castillo y en cuya preparación también trabajaba Ruiz. La tirada de *El Cencerro* era de 4.500 ejemplares (90 reales), mientras que la tirada de *La Anarquía* debía de ser algo menor, pues costaba a Álvarez y Ruiz 70 reales. En su declaración el propio Dionisio de los Ríos confesó que Ruiz y los suyos se servían de su confianza para sacar hojas de propaganda clandestinas.
[37] *La Unión*, 16 de abril de 1883.
[38] La correspondencia con Morago en AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556. En los envíos se habla de la relación entre ambos y Oteiza. Los tres formaron parte de la redacción de *Revista Social* entre 1881 y 1884.
[39] *El Día*, 1 de mayo de 1890 y *La República*, 2 de mayo de 1890. De nuevo en aquella ocasión Francisco Ruiz fue el presidente de la asamblea que se reunió en el Liceo Rius de la calle Atocha. Él fue el encargado de iniciar y cerrar los discursos.
[40] Era tal la proyección del grupo que en cualquiera de los grandes eventos libertarios, como los homenajes a los mártires de Chicago o los aniversarios de la Comuna de París, siempre había tres o cuatro conferenciantes del extrarradio. Véanse *La Anarquía*, 19 de noviembre de 1891 y 25 de marzo de 1892.
[41] Por ejemplo, *La Anarquía*, 26 de junio de 1891.
[42] La condición de corresponsal puede apreciarse en infinidad de números de *La Anarquía*. Sus viajes como propagandista y su trabajo en la redacción de *El Corsario*, en AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556.
[43] La totalidad de cartas de Barcelona de las que sabemos la dirección del remitente procedían de esos barrios marginales. La particular geografía del anarquismo de la ciudad de Madrid no era algo excepcional.

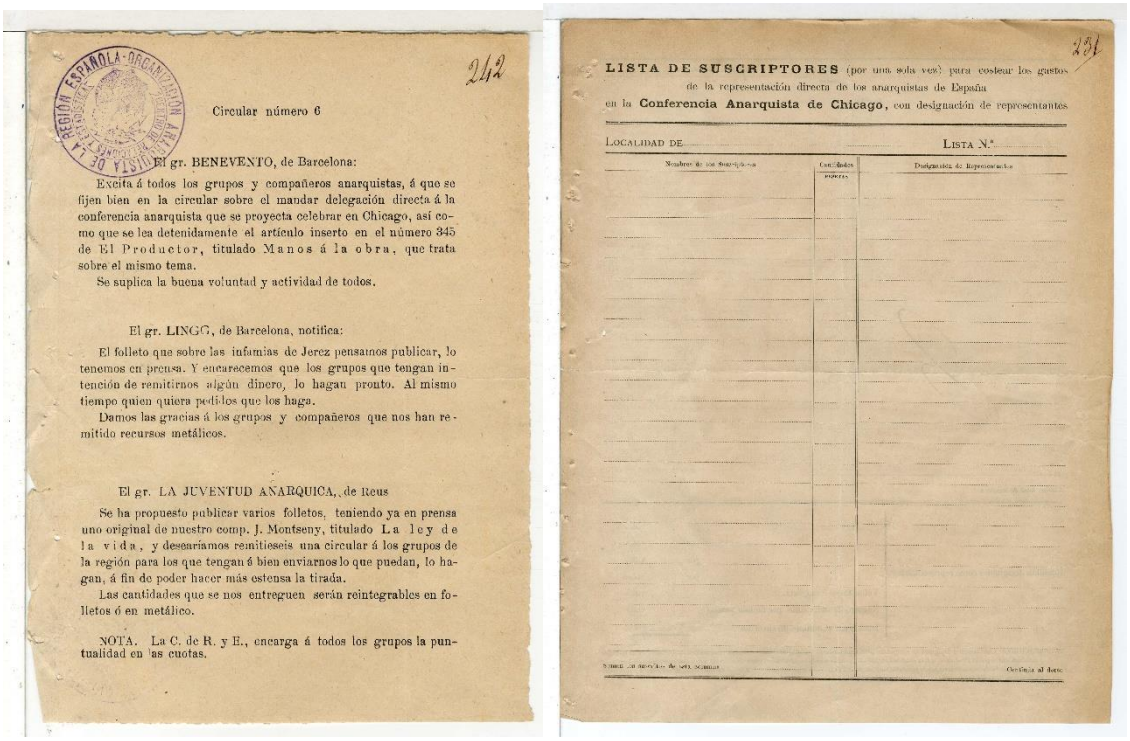
contenido de las misivas, Ruiz debió de desempeñar un rol de primera importancia en la tesorería de la OARE y debió de mediar en las cuitas y malentendidos entre la dirección del movimiento y sus sectoriales[44]. Eran tiempos difíciles, años de escisiones, debilidad organizativa, represión y brindis por la acción directa. En esa coyuntura Ruiz insistió en tejer lazos y bordar complicidades. Tal vez por ello, fue uno de los encargados de gestionar la representación española en la Conferencia Anarquista Internacional que se celebró en Chicago en septiembre de 1893, meses después de su muerte. Durante la primavera Ruiz movió las hojas de suscripción, advirtió en sus comunicaciones de su intención de acudir al evento y emborronó cuartillas con los datos de posibles participantes en la elección de delegados[45]. Una vez más, la correspondencia de militantes y sujetos interesados debía dirigirse a una pequeña casa baja del barrio de Tetuán, que sin duda empezó a resultar familiar a toda una generación de revolucionarios españoles.



Ilustraciones. Cartas de la Comisión de Relaciones y Estadística de la OARE. Fuente: AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556.

[44] AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556. En ese cargo Ruiz realizó viajes por toda España.

[45] A este respecto resultan significativos sus envíos con José Nosti, que había sido uno de los militantes más destacados del suburbio. La falta de trabajo le llevó a emigrar a Cuba, desde donde siguió intercambiando correspondencia con sus compañeros de Tetuán. En una carta fechada poco tiempo antes del atentado, Nosti confirmaba su intención de acudir también a Chicago y de encontrarse allí con su correligionario Ruiz. También hay menciones a la posible concurrencia a Chicago en las cartas remitidas por Ibarra. En este punto, merece la pena recordar que Tetuán a duras penas superaba los 1000 habitantes por aquel entonces. Toda la información en AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556. Los preparativos de la Conferencia Anarquista Internacional de Chicago suscitaron notable enconamiento entre comunistas, antiadjetivistas y el menguante núcleo colectivista. Pueden seguirse los pormenores en Francisco FERNÁNDEZ GÓMEZ: *Anarcocomunismo en España (1882-1886). El grupo de Gràcia y sus relaciones internacionales*, Tesis Doctoral, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 2017, pp. 155-160.



Circular número 6

El gr. BENEVENTO, de Barcelona:

Excita á todos los grupos y compañeros anarquistas, á que se fijen bien en la circular sobre el mandar delegación directa á la conferencia anarquista que se proyecta celebrar en Chicago, así como que se lea detenidamente el artículo inserto en el número 345 de El Productor, titulado Manos á la obra, que trata sobre el mismo tema.

Se suplica la buena voluntad y actividad de todos.

El gr. LINCE, de Barcelona, notifica:

El folleto que sobre las infamias de Jerez pensamos publicar, lo tenemos en prensa. Y encarecemos que los grupos que tengan intención de remitirnos algún dinero, lo hagan pronto. Al mismo tiempo quien quiera pedirlos que los haga.

Damos las gracias á los grupos y compañeros que nos han remitido recursos metálicos.

El gr. LA JUVENTUD ANARQUICA, de Reus

Se ha propuesto publicar varios folletos, teniendo ya en prensa uno original de nuestro comp. J. Montseny, titulado La ley de la vida, y desearíamos remitieseis una circular á los grupos de la región para los que tengan á bien enviarnos lo que puedan, lo hagan, á fin de poder hacer más estensa la tirada.

Las cantidades que se nos entreguen serán reintegrables en folletos ó en metálico.

NOTA. La C. de R. y E., encarga á todos los grupos la puntualidad en las cuotas.

LISTA DE SUSCRIPTORES (por una sola vez) para costear los gastos de la representación directa de los anarquistas de España en la **Conferencia Anarquista de Chicago**, con designación de representantes

LOCALIDAD DE ..... LISTA N.º .....

Nombres de los suscriptores	Cantidades pesetas	Designación de Representantes

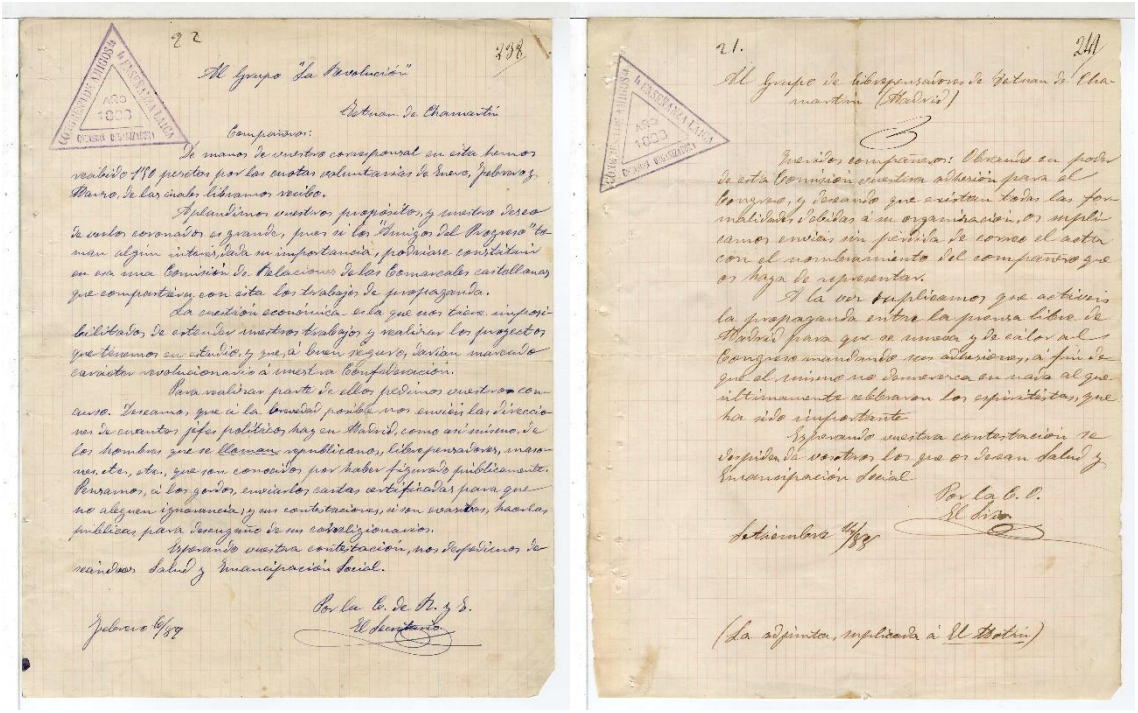
Ilustraciones. Comunicaciones de la OARE e impreso de las listas de suscriptores para la Conferencia Anarquista Internacional de Chicago. Fuente: AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556.

Ruiz también estuvo implicado en la preparación de espacios de encuentro y entendimiento con federales y anticlericales, con los que compartía no pocos puntos de su ideario. En el verano de 1890 fundó junto a Damián Castillo la Sección de Propaganda Librepensadora de Madrid. El momento no era casual. Los choques entre los ateos del suburbio y los jesuitas de Chamartín captaron la atención de toda la ciudad. Aquellos sucesos permitieron a Ruiz labrarse un capital entre los médicos, abogados y periodistas que tradicionalmente habían dirigido la lucha anticlerical en todo el país. Así, dos años después, fue miembro del comité organizador del Congreso Universal de Librepensadores de Madrid. Sus compañeros de junta no podían ser más ilustres: Odón de Buen, Ramón Chíes, Fernando Lozano o José Matarredona. Durante meses Ruiz asistió a reuniones e intercambió opiniones (y discrepancias) con los popes del librepensamiento. Llegado el otoño, su vecino de Tetuán Pedro Moratilla se incorporó como delegado a las tareas de organización del evento, que fue clausurado de manera atropellada por el gobierno[46].

Moratilla, electricista, autor de folletos y veterano del arrabal como Ruiz, también conservaba en su vivienda un arsenal de documentos que hizo las delicias de la policía. Los más significativos eran aquellos que le situaban en la vanguardia de diferentes iniciativas educativas, como la Confederación Autónoma de Amigos de la Enseñanza Laica o el Congreso de Amigos de la Enseñanza Laica, ambas con sede en Barcelona. A juzgar por lo hallado entre sus papeles, al parecer Moratilla y sus compañeros de Tetuán hicieron de enlace entre los grupos catalanes en favor de las escuelas racionalistas, bien

[46] AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556. Poco después Ruiz se vio envuelto en la fundación de la sociedad de actos civiles "La Conciencia Libre", en cuyo equipo directivo también estaba su vecino Olbes y el omnipresente Castillo. La sociedad operaba en todo Madrid. Al respecto aparece información en el ya citado sumario judicial y en *La Justicia*, 19 de mayo de 1893, entre otros.

soldados, y los acólitos y simpatizantes que el movimiento tenía en Madrid y otros lugares de Castilla, aislados y desorganizados. La sensación que se apodera del investigador a medida que se avanza en la consulta de esta documentación es que a finales del siglo XIX había redes y estructuras políticas que solo podían conectarse y levantarse con el concurso de las gentes del suburbio. Tetuán era un nodo fundamental del circuito. Un órgano vital para el funcionamiento de cualquier cuerpo político radical que se preciara[47].



Ilustraciones. Cartas remitidas por el Congreso de Amigos de la Enseñanza Laica a los anarquistas y librepensadores de Tetuán. Fuente: AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556.

Los vecinos de Tetuán se manejaban con destreza en los andamios de la política. Ideaban, organizaban, promovían, gestionaban. También eran mediadores culturales capaces de invertir su tiempo, su dinero y su esfuerzo en difundir proyectos iniciados por otros. En ese sentido, el suburbio era un excelente amplificador para empresas editoriales que se movían al filo de la ley. Buena parte de la prensa anarquista estaba asediada por la vigilancia de las autoridades. Un proceso por injurias o una denuncia por excitación a la sedición podían cerrar un periódico y arruinar el trabajo de meses. Los distintos núcleos libertarios lo sabían bien y, por ello, operaban con el mayor cuidado posible y trataban de colocar sus ejemplares por canales seguros[48]. Interesaba que los números llegaran a las fábricas y los hogares de los obreros, no a las comisarías de policía. El grupo de Tetuán desempeñó un papel fundamental en esas funciones de distribución. Los viajes de Francisco Ruiz o Isidro Ibarra organizando el movimiento habían proporcionado a ambos

[47] Los socios catalanes llegaron a pedir a Moratilla y los suyos que hicieran un censo de los potenciales interesados en sus ideas en la capital. AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556.

[48] Este celo por las vías seguras de comunicación atraviesa la mayor parte de las despedidas de las cartas unidas. En muchas de ellas se dan indicaciones acerca de dónde se deben enviar las respuestas o qué aspecto debe tener el paquete del envío. AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556.

infinidad de contactos. El nomadismo revolucionario era casi una exigencia en aquellos tiempos en que todo estaba por vertebrar[49]. En sus desplazamientos Ruiz había trabado relación con los anarquistas catalanes de *La Tramontana* y *El Productor*, dos de las cabeceras más influyentes del momento. Desde entonces, se convirtió en su hombre de confianza en la capital. A su casa llegaban continuamente paquetes con ejemplares que luego distribuía entre correligionarios de Madrid[50]. Isidro Ibarra, por su parte, mantenía estrecha comunicación con el entorno anarquista de Bilbao, y estableció también contactos para la distribución de *El Corsario* de La Coruña en la capital[51].

Más significativo todavía era que la pequeña barriada de Tetuán formara parte de una red informal de circulación de propaganda a nivel global[52]. Entre el material requisado en los registros destacaban los ejemplares del periódico anarcocomunista francés *La Révolte*, de fama internacional, los números del quincenal anarquista neoyorquino *El Despertar*, que salía en castellano, los de *El Perseguido*, de Buenos Aires, o incluso páginas sueltas de publicaciones editadas en yiddish[53]. De nuevo eran Ruiz e Ibarra los que se llevaban la palma en este terreno. Ambos debían de estar muy bien relacionados. En una carta a Ruiz, Ibarra contaba sus planes de viajar a Londres, donde, según afirmaba, abrazaría a su común amigo Errico Malatesta, uno de los pensadores anarquistas más reputados del mundo. Ibarra parecía moverse como pez en el agua de las nuevas corrientes del movimiento obrero internacional. Tal vez por ello, su compromiso iba un paso más allá. No se contentaba con recibir prensa extranjera. También trataba de encontrar traductores para los artículos más rompedores que se publicaban fuera de España. Así, por ejemplo, Joaquín Luis Olbes, el estudiante de Farmacia de Tetuán que logró escapar tras el atentado, traducía para Ibarra artículos de *La Révolte* y luego este los insertaba en *El Corsario*[54]. Con estos mimbres, resulta tentador imaginar a los militantes de Tetuán debatiendo las últimas portadas de la prensa extranjera en el jardín de Rufino Muñoz, en la barbería de José Espadich o en las pequeñas tabernas que Ruiz o Jiménez escondían en sus viviendas. O en las calles del arrabal. Quizás allí los nombres de Piotr Kropotkin, Jean Grave o el propio Errico Malatesta fueran sobradamente conocidos[55].

---

[49] Los "libreros nómadas" en Clara E. LIDA: "Organización, cultura y prácticas políticas del anarquismo español en la clandestinidad, 1873-1881", en Clara E. LIDA, Pablo YANKELEVICH (coords.): *Cultura y política del anarquismo en España e Iberoamérica*, México, Colegio de México, 2011, pp. 63-94.

[50] Las cartas de Ruiz con Torrents prueban esa función de recepción y distribución de *La Tramontana*. Las estrechas relaciones con el núcleo de *El Productor* fueron una constante. Cecilio Fernández declaró que Ruiz recibía en su casa los números del periódico y los distribuía entre la militancia. AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556. También tenía contacto con Barcelona José Espadich, quien guardaba ejemplares de *El Productor* y el folleto titulado "El crimen de Chicago", publicado por la biblioteca del citado periódico.

[51] AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556. De hecho, *La Anarquía*, *El Productor* y *El Corsario* se movieron siempre en las mismas coordenadas ideológicas-estratégicas-personales y formaron red.

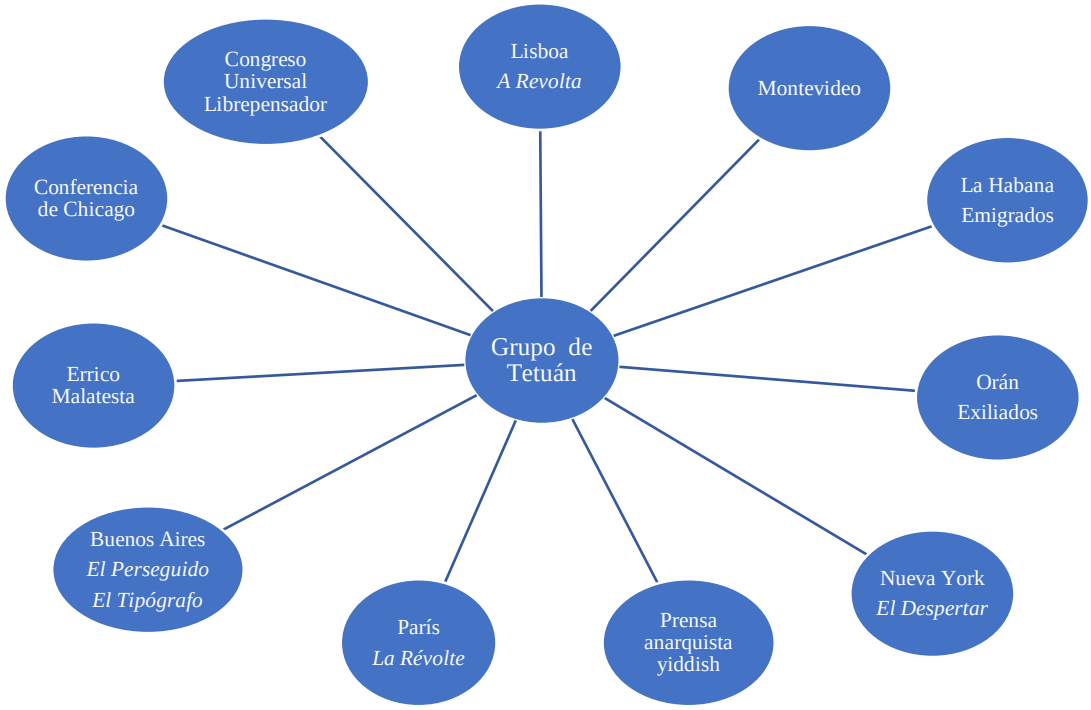
[52] Nos inspiramos en el trabajo de María Migueláñez, que ha reconstruido las enormes redes de mediación cultural anarquista a nivel transatlántico. Véase María MIGUELÁÑEZ: *Más allá de las fronteras: el anarquismo argentino en el período de entreguerras*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2018. El ya citado Francisco Fernández ha reconstruido las redes internacionales anarquistas que pasaban por el llano barcelonés en *Anarcocomunismo en España (1882-1886). El grupo de Gràcia y sus relaciones internacionales*, Tesis Doctoral, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 2017.

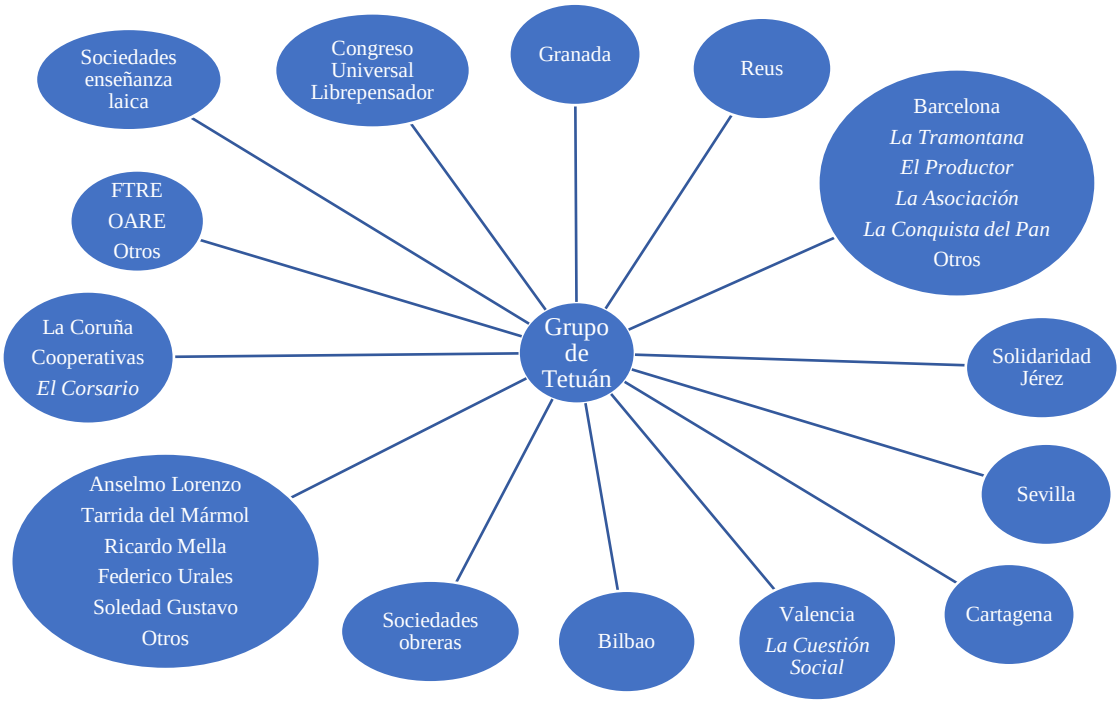
[53] Los contactos eran de ida y vuelta. Los remitentes de periódicos recibían números de *La Anarquía.*

[54] Semanas antes del atentado Joaquín Luis Olbes tradujo "La anarquía es el orden" (aparecido en *La Révolte*) para *El Corsario*. Olbes tardó más de lo previsto en la traducción e Ibarra hubo de encargársela a un compañero de Barcelona, dato que permite afirmar con mayor rotundidad las importantes redes que los anarquistas de Tetuán habían construido. AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556.

[55] AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556.

Ilustraciones. Muestra de los ejemplares hallados en las viviendas de los militantes de Tetuán. Fuente: AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556.





Diagramas. Redes nacionales y transnacionales con punto en Tetuán.
Elaboración propia a partir de AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556 y *La Anarquía* (1890-1893)

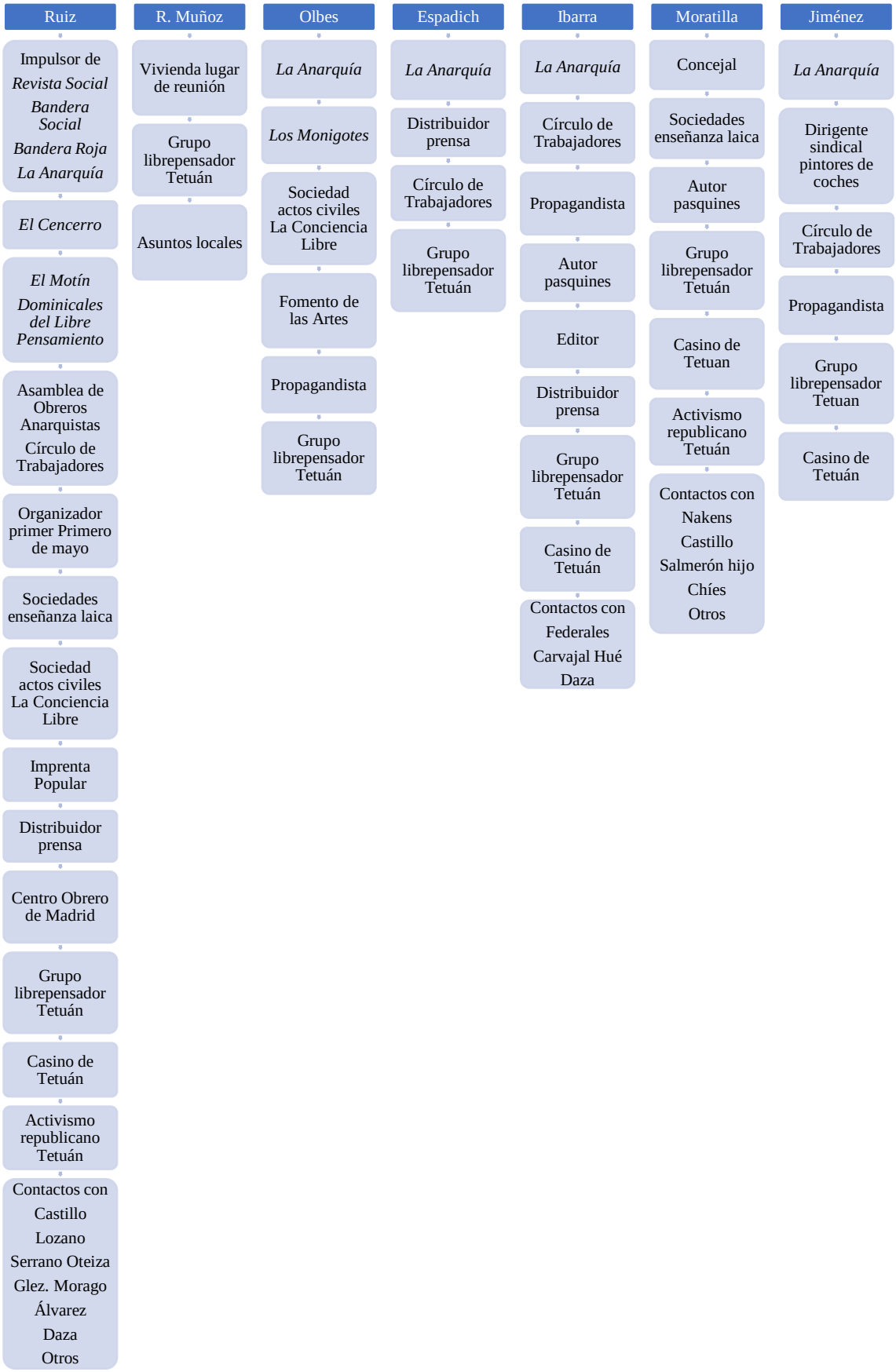


Diagrama. Relaciones madrileñas del grupo de Tetuán.
Elaboración propia a partir de AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556 y *La Anarquía* (1890-1893)

Los pequeños políticos que poblaban el suburbio también se animaron con la literatura militante. En un ambiente político tan marginal y acosado por la represión o las querellas doctrinales, era relativamente frecuente que los periódicos dejaran de salir de un día para otro o que los clubes fueran clausurados sin previo aviso. Cuando esto sucedía la propaganda quedaba en manos de figuras como Moratilla, Ibarra, Suárez y compañía, que escribían sus propios pasquines y los distribuían por debajo de la manga entre acólitos y compañeros. Moratilla, por ejemplo, era autor de un panfleto de siete páginas contra la tiranía y las desigualdades económicas. Ibarra había compuesto unas cuartillas sobre la falsa existencia de Dios. Suárez, a quien en todo momento hemos visto orbitando en torno al suburbio, era uno de los plumillas más prolíficos. En su casa la policía encontró decenas de manuscritos sobre la comuna de París, la redención de los pueblos, la emancipación de los trabajadores, proclamas incendiarias, etc. Por último, entre los papeles ocupados en casa de Ruiz emergió un libelo satírico contra los profesionales de la revolución: charlatanes, moralistas y agitadores que exigían a las masas los sacrificios que ellos eran incapaces de imponerse. Dadas las toscas condiciones de producción de los panfletos, su recorrido no debía de ser muy amplio. No obstante, estos escritos ayudaban a fijar posiciones en el entorno inmediato, hacían de pegamento entre los miembros de la comunidad y entroncaban con principios fundamentales del movimiento anarquista, como la autoorganización o el rechazo a toda jerarquía, incluida la política[56].

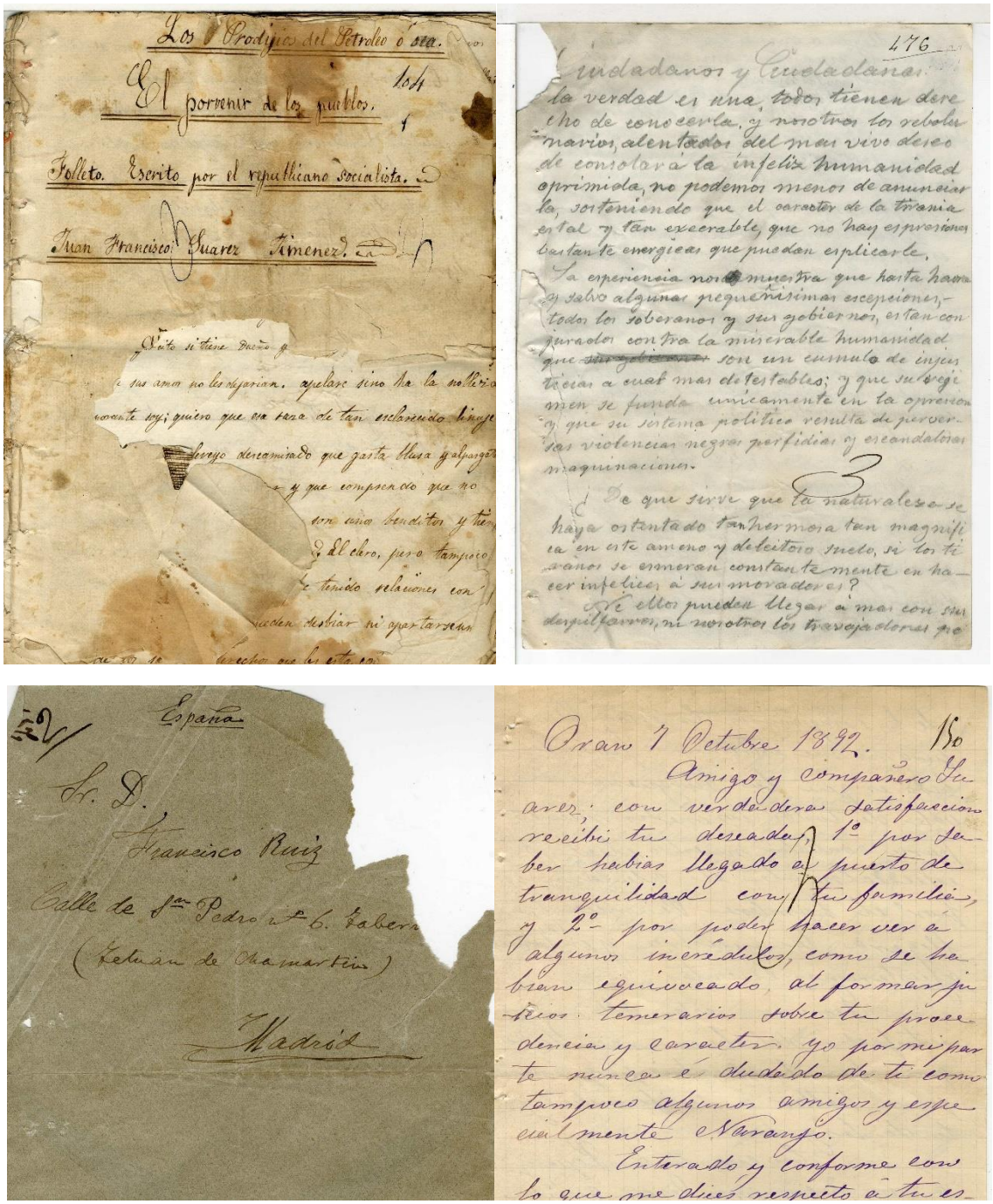
El capítulo de responsabilidades de los anarquistas de las afueras no acababa ahí. Al margen de haber actuado como fontaneros de las más diversas organizaciones políticas y de haber desempeñado distintos roles como mediadores o productores culturales, Ruiz, Jiménez, Muñoz y los demás también fueron fundamentales para el mantenimiento de vínculos afectivos y materiales con emigrados, exiliados y presos. Francisco Ruiz era una figura central para todos ellos. Especialmente para los militantes de Tetuán que dejaban la barriada temporalmente. De este modo, Ruiz fue la referencia de Isidro Ibarra mientras este estuvo en Lisboa y La Coruña. También recibía cartas asiduas de José Nosti desde La Habana[57]. Rufino Muñoz, por su parte, intercambiaba prensa y correspondencia con Juan Sánchez, recluso anarquista en Guadalajara[58]. Francisco Suárez tenía comunicación fluida con exiliados anarquistas en Orán, donde había hecho de propagandista tiempo atrás. Suárez gestionaba la suscripción de los exiliados a *La Anarquía* y les informaba de lo relativo a la formación de la delegación española para la Conferencia Anarquista de

[56] AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556. Al reconstruir la historia de estos pequeños escritores con capacidad de influencia entre las clases populares nos inspiramos en Robert DARNTON: *Los best sellers prohibidos en Francia antes de la revolución*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008; ÍD: *Censores trabajando. De cómo los Estados dieron forma a la literatura*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014; Padhraig HIGGINS: *A Nation of Politicians. Gender, Patriotism and Political Culture in Late Eighteenth-Century Ireland*, Wisconsin, University of Wisconsin Press, 2010.

[57] AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556. En esta correspondencia los remitentes confiaban siempre a Francisco Ruiz detalles sobre la organización del movimiento obrero en los lugares en que se encontraban y pedían a Ruiz diera recuerdos y saludos al resto de miembros del grupo. Estando en contacto con Ruiz, mantenían los lazos con todos sus compañeros. Significativamente, el lenguaje que manejan revela tanto la condición de amigos y vecinos como la de correligionarios. José Nosti también intercambiaba numerosas cartas con Ángel Jiménez, de quien era hermano de madre. Ibarra era el interlocutor favorito de Ruiz. Durante la estancia fuera de Madrid de Ibarra, Ruiz y él intercambiaban cartas todas las semanas. De hecho, muchas de ellas aparecían luego publicadas en *La Anarquía* como si de un corresponsal se tratara.

[58] AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556.

Chicago[59]. Finalmente, Ernesto Álvarez, en su calidad de director de *La Anarquía* recibía misivas de los presos de Jerez, cuyos informes incluía posteriormente en el semanario. Tetuán era parte fundamental de una red política alternativa de dimensiones globales[60].



Ilustraciones. Arriba: Pasquines de los pequeños políticos del suburbio. Abajo a la izquierda: La dirección a la que cualquier anarquista había de enviar sus cartas o periódicos, la de Francisco Ruiz. Abajo a la derecha: Cartas desde Orán. Fuente: AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556.

[59] Los vínculos de Suárez con el grupo de Tetuán quedan subrayados en su intercambio epistolar con Domingo Rivero y Enrique Naranjo, exiliados anarquistas en Orán. En sus cartas mencionan, entre otros, a Francisco Ruiz y José Nosti Cantos. AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556.
[60] AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556.

Los políticos de alcantarilla de las afueras conjugaban con naturalidad dos planos de actividad a menudo descritos como contradictorios: la lucha por la mejora de las condiciones de vida en el espacio primario de relación social y la lucha guiada por referentes simbólicos universales, surgidos fuera del marco de la comunidad local. Para ellos, unas y otras causas eran indesligables. En el barrio habían forjado su afinidad, habían compartido experiencias y habían construido colectivamente el significado que otorgaban a las mismas. El anarquismo, promesa de redención internacional, había sido la cobertura ideológica que había estilizado, ordenado y dado una pátina de trascendencia a sus anhelos y temores cotidianos. La cultura de barrio y los valores libertarios se habían entrelazado hasta conformar una criatura mestiza. El resultado tenía dos lecturas. De un lado, el anarquismo se alzaba como la bandera que había de defender los intereses del extrarradio. De otro, el suburbio se había convertido en cuna y motor del anarquismo. Al fundir ambas identidades, la local y la global, Ruiz, Ibarra y sus compañeros convertían en sencillas y elementales las categorías más complejas de la teoría anarquista[61].

La importancia del arrabal de Tetuán como pieza clave en los circuitos anarquistas de circulación de personas, saberes y proyectos nos sitúa ante una de las paradojas de la sociedad urbana de entresiglos. La expansión descontrolada de las ciudades supuso la aparición de coronas de barriadas pobres, mal atendidas y desgajadas de los centros económicos, políticos y administrativos. Fruto de este proceso, el espacio urbano fue segregándose entre aquellas zonas que participaban de los beneficios de la vida moderna y estaban integradas en los canales oficiales de asignación de recursos y aquellas otras que permanecían excluidas, como Tetuán. La cuestión cambia si alteramos la óptica desde la que se observa la problemática. La fragmentación geográfica vino acompañada de una recomposición de las funciones asociadas a los distintos espacios. Barrios como Tetuán, que en su día a día estaban desamparados y aparentemente no cumplían otro cometido que el de aportar la mano de obra de sus vecinos a la construcción de la ciudad, se integraron en redes alternativas de transmisión de materiales políticos y culturales. Redes transurbanas, transfronterizas, transnacionales. Por momentos, las casas bajas de Tetuán parecían estar más cerca de los suburbios de Orán, el puerto de La Coruña o el Raval de Barcelona que de la Puerta del Sol o el paseo de la Castellana. La energía revolucionaria encontraba en estos espacios liminales conductos más eficaces para su propagación y multiplicación, lo que explica que Tetuán fuera un centro receptor, nudo distribuidor y núcleo irradiador de las ideas anarquistas hacia el resto de la ciudad y no al revés[62].

[61] Es interesante pensar en los anarquistas de Tetuán a propósito de la distinción que Edward Said realizó entre la cultura de la filiación y la de la afiliación. La primera estaría caracterizada por los lazos primarios, las experiencias cercanas no elegidas, la biología, el entorno, las emociones irrefrenables. La segunda supondría un distanciamiento o ruptura con esos vínculos filiales. La afiliación residiría en la elección, la adhesión voluntaria, razonada. Una y otra revelan dos tipos de pertenencia. A nuestro juicio los anarquistas de Tetuán hibridaban ambas identidades de manera natural. Su preocupación por su entorno de vida, surgida de la filiación, era parte de su identidad política, de su afiliación. Del mismo modo, su adscripción a luchas que tenían lugar en países en los que nunca habían estado y en las que participaban personas que jamás conocerían, nacía de la propia comunidad de experiencias del barrio y el espacio inmediato. Véase Edward SAID: *El mundo, el texto y el crítico*, Barcelona, Debate, 2004.

[62] El enfoque urbano-transnacional en Nicolas KENNY, Rebecca MADGIN (eds.): *Cities Beyond Borders. Comparative and Transnational Approaches to Urban History*, Farnham, Ashgate, 2015; Shane EWEN: *What is Urban History?*, Cambridge, Polity, 2016; Claus Moller JORGENSEN: "Nineteenth-Century Transnational Urban History", *Urban History*, 44 (2017), pp. 544-563.

Y no solo era cosa de las ideas anarquistas. Los ejemplos anteriores desvelan que por aquel entonces en la periferia comenzaba a extenderse una figura que, con los años, se convertiría en característica del período de entreguerras: la figura del militante comprometido. Aquel que vive por una causa, a la cual supedita desde el trabajo hasta la familia, y por la cual está dispuesto a invertir sus mejores años, su salud y su libertad. Alguien que ha realineado sus relaciones para hacerlas coincidir con sus principios y valores. Un sujeto que ve el mundo como una lucha de trincheras en la que hay amigos y enemigos, vencedores y vencidos. Un individuo que carga sobre sus hombros con tareas colectivas y que entiende su existencia como parte de un engranaje enfocado a la transformación social o a la consecución de un bien superior. Los militantes, importante es decirlo, no eran un producto exclusivo de los suburbios. Sin embargo, su mayor concentración en estos espacios marginales invita a pensar en las experiencias antropológicas distintivas que los habitantes de las afueras afrontaban en su día a día. Antes de ser militantes políticos, muchos tuvieron que ser arquitectos y albañiles de su propio entorno, militantes del arrabal, lo que fue una escuela sin igual para el compromiso político, la adopción de responsabilidades y el involucramiento en asuntos del común[63].

Ilustración. Organizadores y delegados internacionales del Congreso Universal de Librepensadores de 1892. Francisco Ruiz aparece marcado con una "X". Fuente: Centro Documental de la Memoria Histórica, Sección Especial, Masonería, Foto 294.

El material requisado situó a la policía ante un panorama realmente desbordante. Aquel embrollo de cartas y pasquines puso sobre la mesa la enorme red que habían urdido los anarquistas de Tetuán y de la cual el frustrado magnicidio no era sino un episodio más. Las autoridades no pudieron resolver el enigma del atentado en su totalidad. Durante la instrucción se toparon una y otra vez con obstáculos insalvables, callejones sin salida y la solidaridad de quienes no querían perjudicar a los suyos. Esta solidaridad, practicada en el día a día tanto en el seno de la comunidad anarquista como en las estrechas calles del arrabal, se manifestó a través de dos vías. Por un lado, muchos de los implicados se

[63] Sobre la militancia anarquista, resulta imprescindible Juan SURIANO: *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*, Buenos Aires, Manantial, 2001.

negaron a cooperar con la investigación. Así, por ejemplo, Francisco Suárez rechazó una y otra vez todas aquellas versiones que situaban en el lugar de los hechos al fugado Joaquín Luis Olbes. El resto de compañeros minimizaron en sus declaraciones la importancia del grupo, quitaron hierro a sus actividades o incluso mostraron su sorpresa o incredulidad ante las preguntas del juez. Por otro lado, las mismas redes de apoyo mutuo y protección que habían permitido la configuración del grupo y habían hecho de argamasa entre sus miembros, se activaron las horas siguientes al atentado para permitir la huida de Olbes, la pieza que faltaba en el rompecabezas. Tras el desconcierto que siguió a la explosión en casa de Cánovas, Olbes puso pies en polvorosa y al cabo de unas horas llegó a Tetuán. Allí contó a los suyos lo sucedido y estos pusieron en marcha la maquinaria de la fuga. Francisco Muñoz, amigo de Ruiz, librepensador y sereno del arrabal, refugió en su casa a Olbes. Espadich, barbero, afeitó sus patillas y retocó su pelo de manera que aquel pudiera pasar desapercibido para testigos e informadores. Esa misma noche Olbes y Espadich se evadieron de Madrid. El barbero se entregó a las autoridades poco después. Olbes, por su parte, fue detenido en agosto cuando trataba de zarpar rumbo a América en el puerto de Lisboa. En 1895 Suárez y él fueron condenados a cinco y seis años de prisión respectivamente. El barrio salió absuelto de la causa colectiva que contra él pareció armarse aquel verano. Sin embargo, el recuerdo de aquellos días y de aquellas sospechas se proyectó en la memoria con alargada sombra y permitió que, en el futuro, los barrios del extrarradio madrileño aparecieran una y otra vez asociados a nuevas tramas de preparación de explosivos o evasión de activistas perseguidos[64].

3. El refugio de todos los perseguidos. Cobijo y redes de huida en Cuatro Caminos y Tetuán

El 31 de mayo de 1906 Madrid lucía sus mejores galas. La ocasión lo merecía. Alfonso XIII celebraba sus esponsales con Victoria Eugenia de Battenberg. La ceremonia tuvo lugar en el Monasterio de los Jerónimos, en una de las zonas más prósperas de la ciudad. Posteriormente, el cortejo nupcial recorrió las calles céntricas para recibir el cariño popular. Miles de hombres y mujeres de toda clase y condición acompañaron la comitiva entre vítores y aclamaciones. Al paso por el número 88 de la calle Mayor, ya muy cerca del Palacio Real, un individuo arrojó desde un balcón una bomba escondida en un ramo de flores. El azar quiso que el artefacto tropezara con el tendido eléctrico del tranvía y cayera sobre el público. Los reyes salieron ilesos, pero veinticuatro personas perdieron la vida y más de cien sufrieron heridas de diversa gravedad. El autor del atentado era Mateo Morral, un joven anarquista catalán de buena familia.

Morral había llegado a Madrid el 21 de mayo. Primero se instaló en el hotel Iberia, ubicado en la calle Arenal, a dos pasos de la Puerta del Sol. Allí planificó el atentado con mimo. Poco después, apercibido de un cambio en el itinerario de la comitiva, dejó su habitación y se alojó en la casa de huéspedes de la calle Mayor 88, desde donde podría ser testigo de excepción del paso de la carroza. Aquellos días de tensa espera Morral frecuentó los cafés modernistas del centro y alternó con distintos personajes del ambiente

[64] La información del párrafo procede de AGA, Justicia (07) 041.003, Caja 1556 y *El Heraldo de Madrid*, 24 de junio de 1893. La detención de Olbes en *El Correo Militar*, 9 de agosto de 1893. El juicio y la pena en *El País*, 26 de octubre de 1895.

iconoclasta de la capital. Según se dice, compartió tertulia con los hermanos Baroja (Pío y Ricardo), Valle Inclán, Federico Urales e Isidro Ibarra, el revolucionario del suburbio implicado en el caso de la Huerta de Cánovas[65]. La trama terrorista, no obstante, no se fraguó en Madrid, sino que tenía sus orígenes entre Barcelona y París y, al parecer, contaba con el concurso de distintos personajes públicos, como Francisco Ferrer y Guardia, fundador de la Escuela Moderna, donde trabajaba Morral como bibliotecario, o Nicolás Estévanez, federal, ministro en tiempos de la I República, eterno conspirador. De nuevo una red transnacional.

Ilustración. Caos tras la explosión del artefacto. Fotografía: Eugenio Mesonero Romanos

El día del atentado Morral informó de que estaba enfermo y solicitó a la dueña de la pensión que bajaran las persianas de su cuarto y le dejaran descansar. En calma y soledad, el aspirante a regicida cuidó los últimos detalles del plan y aguardó los tambores y toques de corneta del cortejo real. En el momento oportuno, cuando la calle era un hervidero de gente, lanzó al carruaje su ofrenda envenenada. Los caballos huyeron despavoridos. La multitud corrió en todas direcciones. La sangre, el miedo y los gritos se apoderaron de la escena. Jamás se había producido una masacre como esa en Madrid. En

[65] Eduardo GIL BERA: *Baroja o el miedo. Biografía no autorizada*, Barcelona, Península, 2001, pp. 201-207; Jesús María MONGE: "*Rosa de llamas.* Valle Inclán y Mateo Morral en la revista *Los Aliados*", *El Pasajero*, 2000. Disponible en http://www.elpasajero.com/MATEOMOR.htm. Consultado el 18 de marzo de 2020.

el mismo momento en que el reloj de la historia parecía detenerse, comenzó el calvario de Morral. Su fuga. El anarquista catalán dejó el edificio a toda prisa y se abrió paso entre los grupos que iban y venían comentando lo sucedido. Tal vez instintivamente, quizá como parte del plan, Morral encaminó sus pasos hacia la zona de Dos de Mayo, un barrio popular de casco antiguo en el que se encontraban algunas de las imprentas y redacciones de la prensa republicana. Allí preguntó a los transeúntes por la sede de *El Motín*, el semanario anticlerical que dirigía José Nakens[66]. Nakens, periodista revolucionario, tenía fama de ser un hombre de palabra. Alguien capaz de guardar un secreto. Años atrás había encubierto a Michele Angiolillo, el asesino de Cánovas[67]. Con estas credenciales, Morral se presentó ante Nakens y le confesó la carnicería que acababa de perpetrar. Desconcertado, Nakens, que aún no había tenido noticia de lo sucedido, prometió su ayuda al desconocido y salió a hacer unas gestiones[68]. Morral permaneció en su despacho y aprovechó para recortar su bigote y cambiar su aspecto. Al cabo de un rato Nakens regresó y juntos salieron de la redacción rumbo a la calle Fuencarral.

El periodista conocía el entorno revolucionario de la capital al dedillo. Tenía buenos amigos. Correligionarios que le debían favores. Acólitos dispuestos a partirse la cara por él. Era un hombre muy apreciado. Nakens repasó mentalmente personas, lugares, ambientes. Su intención era facilitar una vía de escape seguro a Morral. Lo más urgente era encontrar un refugio en el que esperar a que pasara la tormenta. Desde el frustrado atentado de Ruiz, Suárez y Olbes de 1893 en Madrid no había habido bombas de consideración. Si acaso alguna escaramuza o hallazgo policial que luego quedaba en nada. Esta vez, en cambio, las cosas se habían complicado. Había que tomar decisiones rápidas. En ese momento de incertidumbre, significativamente, Nakens pensó que el joven estaría a salvo en los suburbios, donde el anarquismo y la pólvora gozaban de mayor prestigio y simpatías que en el resto de la ciudad[69]. Así, el periodista y su acompañante tomaron cerca de la glorieta de Bilbao un tranvía con dirección a los Cuatro Caminos. En las afueras las cosas se verían de otra manera.

Llegados al extrarradio, Nakens y Morral se dirigieron a Villa Constancia, el merendero que regentaba Canuto González, punto de encuentro para republicanos, ácratas y librepensadores[70]. Nakens era un habitual del tugurio. Allí Morral no correría peligro.

---

[66] Sobre José Nakens, véase Manuel PÉREZ LEDESMA: "José Nakens (1841-1926). Pasión anticlerical y activismo republicano", en Isabel BURDIEL, Manuel PÉREZ LEDESMA (eds.): *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa Calpe, 2000, pp. 301-330. En el capítulo cuarto de esta tesis doctoral ya se mostraron las relaciones de amistad y camaradería que Nakens tenía con Pedro Moratilla y otros revolucionarios de Tetuán.

[67] El suceso ocurrió en 1897. Al parecer, Angiolillo confió a Nakens su propósito de matar a Cánovas. Nakens no le dio credibilidad pero declaró ante las autoridades que de haber estado al corriente del plan, tampoco habría delatado a Angiolillo. Véase Juan AVILÉS: *La daga y la dinamita. Los anarquistas y el nacimiento del terrorismo*, Barcelona, Tusquets, 2013, pp. 324-325.

[68] Morral acababa de presentarse en su despacho cuando el republicano Modesto Moyrón, colaborador de *El Motín*, irrumpió dando la noticia a gritos. Véase *Causa contra Mateo Morral, Francisco Ferrer, José Nakens, Pedro Mayoral, Aquilino Martínez, Isidro Ibarra, Bernardo Mata y Concepción Pérez Cuesta: 1906-1909*, Madrid, Sucesores de J. A. García, 1911.

[69] Como se ha visto en la introducción de esta sección de la tesis doctoral, Cuatro Caminos era uno de los polos de imantación de ácratas de toda la ciudad. Allí vivían muchos de los militantes más destacados, se editaban sus periódicos, se fundaban sus escuelas y se producían sus reuniones.

[70] Resulta elocuente que ninguno de los implicados especificó a qué Canuto se refería ni mencionó el nombre del negocio. Todos dijeron haber estado "en casa de Canuto" o "en la taberna de Canuto", lo que da muestra del importante nombre que el bodeguero se había hecho en toda la ciudad. Véase *Causa contra*

Los fugitivos se escondieron en el merendero aproximadamente una hora. Durante ese tiempo tomaron cerveza con Ricardo Yesares, bohemio y federal, Canuto González y otros parroquianos[71]. Mediada la tarde hizo su aparición otro vecino de Cuatro Caminos, Isidro Ibarra, que tras haber sido tipógrafo, tabernero y editor ganaba su sustento como inspector de tranvías. Ibarra ya no era aquel comunista anárquico discípulo de Ruiz. Con los años, había moderado sus formas y, aunque nunca había dejado de sentir pasión por las ideas revolucionarias, había trocado la bandera libertaria por la federal, y los petardos por la lucha política organizada. Canuto y él llevaban años colaborando en el círculo de obreros republicanos de Cuatro Caminos. Su aparición en Villa Constancia aquella tarde no fue casual. Al parecer, Nakens le había mandado llamar, sabedor de su lealtad y sus contactos[72]. Tras charlar un rato, Ibarra aceptó el encargo de sacar al dinamitero de la capital. Conocía gente que les podía ayudar, pero no había tiempo que perder. En Madrid la policía había empezado a hacer sus primeras averiguaciones. Por ello Nakens, Morral, Ibarra y otros dos correligionarios partieron de inmediato hacia la Ciudad Lineal, donde tenían la esperanza de encontrar cobijo para el anarquista catalán[73].

La Ciudad Lineal era un barrio de casas unifamiliares y zonas ajardinadas ubicado en la periferia noreste de Madrid. Administrativamente dependía de Chamartín, como Tetuán de las Victorias, pero su población no era tan humilde como la del arrabal. La mayor parte de sus moradores eran trabajadores manuales con ahorros, empleados y algunos representantes de la clase media. Sin duda, se trataba de un área tranquila, alejada de miradas indiscretas. Allí había construido su vivienda con mucho esfuerzo y tesón Vicente Daza, un viejo anarcocomunista, zapatero, profesor de escuela laica y compañero de andanzas de Isidro Ibarra (y también del difunto Francisco Ruiz)[74]. Aunque retirado de la vida política por su avanzada edad, Daza siempre había demostrado ser un férreo opositor al sistema. Ya de noche la comitiva de huida se presentó en su casa. En un primer momento Ibarra y Nakens hicieron pasar al sujeto embozado que los acompañaba por un extranjero recién evadido de prisión, sin embargo, los ademanes del joven y las noticias

Mateo Morral, Francisco Ferrer, José Nakens, Pedro Mayoral, Aquilino Martínez, Isidro Ibarra, Bernardo Mata y Concepción Pérez Cuesta: 1906-1909, Madrid, Sucesores de J. A. García, 1911.

[71] Según la declaración de Nakens, los contertulios charlaron animadamente sobre los sucesos de la calle Mayor sin que nadie revelara a Canuto y a los demás la identidad de su acompañante. Véase *Causa contra Mateo Morral, Francisco Ferrer, José Nakens, Pedro Mayoral, Aquilino Martínez, Isidro Ibarra, Bernardo Mata y Concepción Pérez Cuesta: 1906-1909*, Madrid, Sucesores de J. A. García, 1911.

[72] Según las declaraciones, Nakens ya había informado a Ibarra del asunto que tenía entre manos mientras Morral permanecía en la redacción de *El Motín* alterando su aspecto. Tras un fugaz encuentro se emplazaron para unas horas más tarde en el merendero de Canuto. Véase *Causa contra Mateo Morral, Francisco Ferrer, José Nakens, Pedro Mayoral, Aquilino Martínez, Isidro Ibarra, Bernardo Mata y Concepción Pérez Cuesta: 1906-1909*, Madrid, Sucesores de J. A. García, 1911.

[73] Estos dos correligionarios eran Pedro Mayoral, escritor, trabajador en *El Motín*, y socio de Nakens, y Aquilino Martínez, litógrafo. Al parecer, este último fue el encargado de llevar a Ibarra al merendero de Canuto. El relato de la fuga se ha construido a partir de las declaraciones de los distintos implicados, recogidas en *Causa contra Mateo Morral, Francisco Ferrer, José Nakens, Pedro Mayoral, Aquilino Martínez, Isidro Ibarra, Bernardo Mata y Concepción Pérez Cuesta: 1906-1909*, Madrid, Sucesores de J. A. García, 1911.

[74] En el pasado compartieron tribuna en infinidad de ocasiones, especialmente entre 1890 y 1892, cuando más activo fue el Círculo de Trabajadores de la calle Cabeza, del cual ambos, igual que Francisco Ruiz, fueron algunos de sus principales animadores. Véase a modo de ejemplo *La Anarquía*, 19 de noviembre de 1891 y 25 de marzo de 1892.

que habían circulado a lo largo del día hicieron sospechar al anciano zapatero, demasiado mayor para verse envuelto en redes de fuga y escondite[75].

La negativa de Daza trastocó los planes de Nakens e Ibarra, que hubieron de pensar en otro candidato para alojar a Morral. Pronto creyeron que sería buena idea conducir a su acompañante a la casa de Bernardo Mata, un antiguo militar desposeído de sus galones por haber estado implicado en la sublevación republicana de 1886[76]. Tras haber penado durante años en el exilio, Mata había regresado a España fruto de una amnistía, pero era tratado como un apestado en todas partes. En esa situación, Nakens le proporcionó trabajo y apoyo económico, razón por la cual Mata estaba en deuda con él. No podía decirle que no. El antiguo oficial residía con su familia en las Ventas del Espíritu Santo, un suburbio proletario crecido más allá del arroyo Abroñigal, en la periferia este de la ciudad. Mata accedió a la petición de Nakens e Ibarra. Según pactaron, Morral pasaría la noche en su casa y al alba partiría vestido con mono de obrero.

Ilustraciones. De izquierda a derecha: José Nakens, Isidro Ibarra, Vicente Daza. Fuente: *Nuevo Mundo*, 14 de junio de 1906 y 27 de septiembre de 1906.

En efecto, a la mañana siguiente Morral cambió sus ropas y abandonó el hogar de los Mata. El anarquista consiguió escapar de Madrid, pero fue reconocido por varios clientes en un ventorro próximo a Torrejón, donde pretendía tomar un tren con destino a Barcelona. Nunca pudo llegar a hacerlo. Un guardia lo apresó y lo llevaba al cuartelillo cuando se produjo un tiroteo, en el seno del cual el anarquista murió. La versión oficial indicaba que Morral se había descerrajado un tiro en el pecho tras matar a su captor. Sin embargo, diferentes autores han señalado que ni el tipo de arma con la que fue disparado el proyectil, distinta a la de Morral, ni la distancia de lanzamiento, permitían pensar en un suicidio. Sea como fuere, la desesperada huida de Morral llegó en ese punto a su fin. Lo que empezaba en ese instante era la reconstrucción judicial y policial de un caso que,

[75] *Causa contra Mateo Morral, Francisco Ferrer, José Nakens, Pedro Mayoral, Aquilino Martínez, Isidro Ibarra, Bernardo Mata y Concepción Pérez Cuesta: 1906-1909*, Madrid, Sucesores de J. A. García, 1911.
[76] Eduardo HIGUERAS: "Militares republicanos en la Restauración: de la rebelión al exilio (1883-1891)", *Trocadero*, 25 (2013), pp. 35-55.

de nuevo, volvió a tener a los suburbios en el punto de mira. Una investigación que puso sobre la mesa algunos de los rasgos del extrarradio como paisaje urbano pero también algunas de sus características como territorio de una política cotidiana alternativa que, de otra forma, habrían pasado desapercibidas[77].

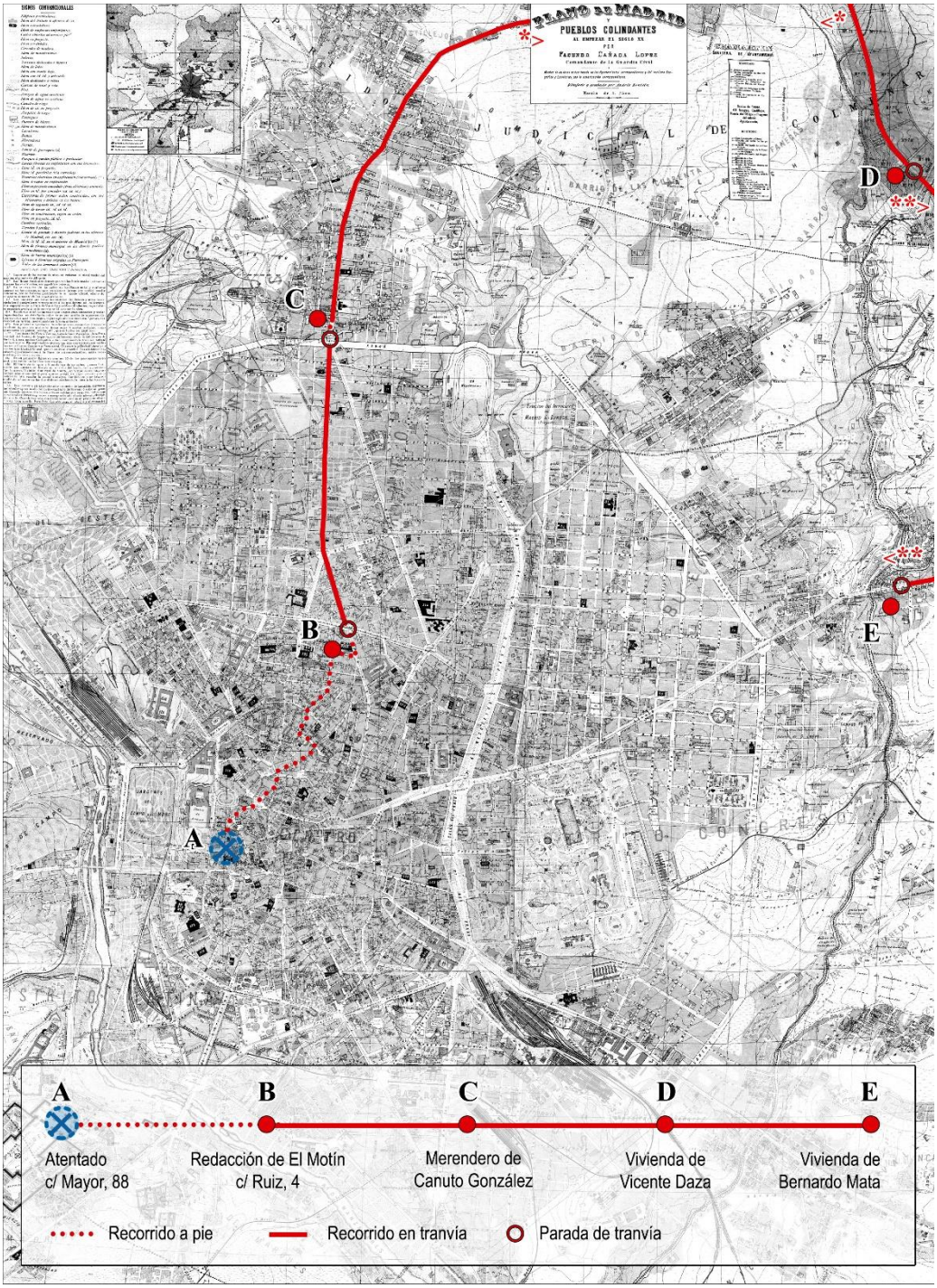


Figura. Huida de Mateo Morral. Elaboración propia a partir de Facundo CAÑADA: *Plano de Madrid y pueblos colindantes al empezar el siglo XX*, Madrid, 1900.

[77] *Causa contra Mateo Morral, Francisco Ferrer, José Nakens, Pedro Mayoral, Aquilino Martínez, Isidro Ibarra, Bernardo Mata y Concepción Pérez Cuesta: 1906-1909*, Madrid, Sucesores de J. A. García, 1911.

De tres balas que Nakens había usado, las tres apuntaban a una misma geografía. Cuatro Caminos, Ciudad Lineal, Ventas, el anillo suburbano de la capital. Los nombres de los implicados también eran los de viejos conocidos de las autoridades: Canuto González, Ricardo Yesares, Vicente Daza. Uno tras otro declararon ante el juez instructor, pero no tardaron en ser puestos en libertad. Distinta suerte corrieron Nakens, Ibarra y Mata. Nakens había sido el autor intelectual de la huida, aquel que se había prestado a amparar a Morral y había movilizado a los suyos para garantizarle una salida. Ibarra había sido su cicerone en su lastimosa procesión por la periferia. El inspector de tranvías se había criado en el extrarradio, conocía bien sus rincones y sus gentes, y además se sirvió de su profesión para facilitar el movimiento de la comitiva entre barriadas. Nadie iba a sospechar de un empleado uniformado. Finalmente, Mata pagó con creces su amistad con Nakens. Los tres fueron condenados a nueve años de prisión, aunque recibieron un indulto un año después, tras una intensa campaña en su favor[78]. Por toda España se recogieron firmas y se realizaron actos de solidaridad. Cuatro Caminos tuvo un lugar destacado en esta movilización. No en vano, entre rejas estaba uno de los suyos, Isidro Ibarra. Sus vecinos fueron mayoría en un manifiesto suscrito por republicanos y ácratas de toda la ciudad[79] y en el momento de mayor ebullición de la protesta, organizaron un gran mitin por la libertad de los presos y en denuncia de las supuestas torturas que estos habían recibido. El acto, que congregó a miles de personas, tuvo lugar en Villa Constancia, el merendero de Canuto. El círculo se cerraba[80].

La huida de Morral reforzó los peores estereotipos vinculados al extrarradio. Si los suburbios habían crecido como una especie silvestre y descontrolada al margen de los deseos de las autoridades, para muchos madrileños el anarquismo era una planta autóctona de ese ecosistema alternativo. Si alguien aún dudaba de ello, los niños y golfos que poblaban las calles de Cuatro Caminos se encargaron de recordarlo semanas después del atentado. La voz de alarma la dio un juez militar que paseaba por la barriada y no pudo menos que sobresaltarse cuando observó la naturalidad con la que decenas de mozalbetes y adolescentes jugaban a detonar latas de sardinas y pimientos al grito de "¡Viva los anarquistas!". A pesar del shock que le produjo la escena, para el togado lo peor no era el macabro juego que hacía volar por los aires botes de comida ni la candorosa exaltación de la violencia política que llevaban a cabo los muchachos. Más inadmisible que todo aquello era la despreocupación con que se tomaban el asunto progenitores y vecinos. La sangre de las víctimas de la calle Mayor aún estaba fresca. El pánico que muchos tuvieron aún podía sentirse a flor de piel. Y, sin embargo, en Cuatro Caminos nadie reprobaba ni ponía coto a las travesuras de la chiquillería. Es más. Aquello parecía el pan de cada día en una región urbana en que el extremismo, la iconoclastia política y los hábitos callejeros bañaban todas las escenas de la vida cotidiana[81].

---

[78] El indulto en *El Liberal*, 8 de mayo de 1908. La campaña puede seguirse, especialmente, en los meses de junio y julio de 1907. Participaron entidades republicanas, sociedades de trabajo, empleados de empresas, periodistas, escritores, autoridades, particulares, etc.

[79] *El País*, 7 de julio de 1907.

[80] *El País*, 27 de julio de 1907. A la salida de prisión Isidro Ibarra, que ya tenía experiencia como editor, sacó un folleto crítico con Nakens titulado *Hechos heroicos del infatigable anticlerical D. José Nakens, denunciador eterno y falso encubridor de Morral*. Véase *El Fusil*, 10 de septiembre de 1910.

[81] Narra la historia Luis DE LA CRUZ: "¡Vivan los anarquistas! Niños jugando con bombas y lucha por la ciudad", *Ser Histórico. Portal de Historia*, 2017. Disponible en https://serhistorico.net/2017/03/10/viva-los-anarquistas-ninos-jugando-con-bombas-y-lucha-por-la-ciudad/. Consultado el 19 de marzo de 2020.

Con el tiempo el caso se enfrió y la atención pública se posó sobre otros asuntos. En los suburbios, mientras tanto, siguió tomando cuerpo una cultura antagonista que se sustanciaba en mítines, escuelas laicas y protestas, pero también en prácticas ingenuas, espontáneas e inopinadas como la que se acaba de narrar[82]. Estos actos inmediatos e impremeditados eran la mejor vara de medir del diferente aroma cultural y político que se respiraba en la periferia. Con estos mimbres, no ha de extrañar que Cuatro Caminos y otras barriadas de extrarradio fueran un polo de imantación para aquellos que buscaban echar abajo el edificio capitalista y anhelaban reconstruir los vínculos sociales sobre nuevas bases. La fama del lugar se fue extendiendo rápidamente por toda España. Y así, de igual forma que los suburbios se convirtieron en refugio para Morral y su séquito de acompañantes, también fueron vistos como el lugar ideal para preparar nuevos atentados sin llamar la atención de nadie.

Eso debió de pensar Manuel Pardiñas cuando llegó a Madrid en 1912. El futuro asesino de Canalejas era un anarquista viajado. Había estado en Argentina, Estados Unidos y Francia y había formado parte de las cada vez más densas redes anarquistas transnacionales[83]. Una vez más, resulta revelador que alguien con ese mundo y esos propósitos homicidas decidiera instalar su cuartel general en los Cuatro Caminos. En concreto, Manuel Pardiñas ocupó durante meses un cuarto de la casa del pintor Emilio Coronas, en el número 3 de la calle Carlos Rubio. Después viajó por un tiempo a Francia y, finalmente, regresó a Cuatro Caminos para concluir su obra. Con todos los detalles bien planificados y tras haber seguido los pasos de Canalejas durante días, Manuel Pardiñas esperó al presidente del Consejo de Ministros cerca de la Puerta del Sol el 12 de noviembre de 1912. Cuando este se detuvo ante el escaparate de una librería, Pardiñas se acercó, disparó su *Browning* y sumó un cadáver más a la lista de monarcas, primeros

Resulta elocuente del clima del momento y del modo en que las clases respetables miraban a los suburbios la crónica que hizo de los juegos el diario integrista *El Siglo Futuro*: "Esos anarquistas en flor de los Cuatro Caminos, como los anarquistas en sazón de la calle Mayor en Madrid, y de los diferentes atentados anarquistas de Barcelona, no brotaron como los hongos, por generación espontánea, sino que los ha incubado la civilización moderna maldita y condenada, es decir, la escuela sin Dios, el Estado sin Dios y la prensa sin Dios". *El Siglo Futuro*, 21 de junio de 1906.

[82] Como ya se ha mencionado, en Cuatro Caminos tenían su residencia los Montseny y se reunían algunos de los anarquistas más conspicuos de la capital. Remitimos para esa información a las páginas introductorias de esta sección de la tesis doctoral. No obstante, cabe reseñar aquí que durante los años siguientes al atentado de Morral Cuatro Caminos y los suburbios en general continuaron siendo un espacio amable para los anarquistas o para esas fracciones del republicanismo federal o radical que se sentían próximas a las ideas libertarias. Así, en 1907, en un clima de persecución y práctica invisibilidad del anarquismo madrileño, cerrada *La Revista Blanca* y trasladada a Barcelona la edición de *Tierra y Libertad*, en el extrarradio norte se fundó un nuevo semanario anarquista titulado *Rebelión*. Casualidad o no, la administración del periódico estuvo en San Pedro 6, la misma dirección de la casa del fallecido Francisco Ruiz, y donde aún vivían su esposa e hijos. Para *Rebelión* véase Francisco MADRID SANTOS: *La prensa anarquista y anarcosindicalista en España desde la I Internacional hasta el final de la Guerra Civil*, Volumen II, Tesis Doctoral, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1988-1989, p. 503. Para los datos familiares, AVM, Secretaría, Padrón Municipal de Habitantes de Chamartín de la Rosa de 1905. Barriobero, figura liminal entre el federalismo y el anarquismo, amigo de Canuto y otros, estuvo muy presente en la barriada aquellos años. Baste como ejemplo su participación como orador en un mitin contra la represión del anarquismo que tuvo lugar en Cuatro Caminos en mayo de 1908. Véase *El País,* 22 de mayo de 1908.

[83] Susana SUEIRO: "Las redes anarquistas transnacionales en la era de los magnicidios: el asesinato de Canalejas", *Bulletin d'Histoire Contemporaine de L'Espagne*, 2014 (49), pp. 217-231.

ministros y políticos de relumbrón liquidados por los anarquistas. Y una mancha más sobre el currículum del extrarradio. O un mérito. Depende de los ojos de quien mirara[84].

Ni Morral ni Pardiñas fueron los únicos en visitar Cuatro Caminos en circunstancias aciagas. En la primavera de 1921 la policía buscaba denodadamente a los asesinos de Eduardo Dato, tiroteado en la plaza de la Independencia por unos anarquistas venidos de Barcelona. Sus nombres eran Luis Nicolau, Pedro Mateu y Ramón Casanellas. El crimen tuvo lugar el 8 de marzo. En su huida, los terroristas abandonaron algunos enseres en una casa de Prosperidad y deambulaban por los alrededores de la Ciudad Lineal cuando fueron avistados por un mulero, que dio parte a la policía. Aquella fatal coincidencia trastocó los planes de los activistas, que resolvieron separarse. Nicolau huyó a Barcelona, y de allí a Berlín, donde terminó siendo capturado y extraditado por las autoridades alemanas tiempo después. Mateu fue detenido a los pocos días. Casanellas salió mejor parado. Durante meses, gracias al concurso de una amplia nómina de cómplices, estuvo oculto en la capital. El joven anarquista se refugió en primer lugar en los barrios bajos, en casa de un compañero sindicalista. Allí permaneció escondido hasta el día 19 de marzo, cuando diversas informaciones hicieron saltar la liebre de su próxima detención y Casanellas hubo de buscar otro refugio. Asfixiado por la creciente presión policial, dio el salto al extrarradio norte de Madrid, al suburbio de Cuatro Caminos, que hacía tiempo había dejado de ser un arrabal y era por aquel entonces una gran ciudad proletaria con cifras de población superiores a las de buena parte de las capitales de provincia del país[85]. Una vivienda de la calle San Raimundo fue su guarida. Esteban Collado, metalúrgico y revolucionario, su encubridor. A finales de abril un nuevo chivatazo puso a las autoridades tras su pista, pero cuando llegaron al citado domicilio ya no quedaba rastro del anarquista. Casanellas se había evaporado.

Aquella primavera Madrid tenía la atmósfera clandestina de un filme de cine negro. Todo eran sospechas, elucubraciones, delaciones, operaciones fallidas. Tras más de dos meses invisible para la policía, Casanellas era ya un fantasma. Su captura se convirtió en obsesión. Lo significativo en este punto es seguir los pasos que las autoridades dieron en su búsqueda. Quizás fueran los mismos que los de Casanellas, a cuyo rebufo se movían. O tal vez no fueran más que una demostración de los pánicos y prejuicios que los suburbios despertaban. De un modo u otro, lo cierto es que todas las gestiones y pesquisas de aquellos días tuvieron un denominador común: la geografía periférica. Las fuerzas de seguridad peinaron Cuatro Caminos, Tetuán, Vallecas y Ventas, aunque fueron los dos

---

[84] *El asesinato de D. José Canalejas. Nueva información y juicio sobre el atentado anarquista, por los alumnos de Antropología Criminal de la Universidad de Madrid*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Juan Pérez Torres, 1912. Existe información al respecto también en Carlos HERNÁNDEZ QUERO, Luis DE LA CRUZ: "Cuando los suburbios dejaron de ser periferia. La lucha por la calle en el Madrid de los años treinta", *Rúbrica Contemporánea*, 16 (2019), pp. 67-86.

[85] Las cifras de población para 1920 son: 15.081 habitantes para el lado este de la barriada (denominado oficialmente "Cuatro Caminos") y 21.651 para el oeste ("Bellas Vistas"). A la altura de los años veinte, además, el suburbio de Cuatro Caminos y el de Tetuán conformaban ya un *continuum* espacial, por lo que a los cerca de 37.000 habitantes ya registrados habría que añadir los 21.699 de Tetuán. En total 60.000 personas habitaban las afueras norte. Los datos de Cuatro Caminos en: Instituto Nacional de Estadística: "Población de Madrid (capital) en 1920 por distritos municipales y barrios". Disponible en: http://www.ine.es/inebaseweb/pdfDispacher.do;jsessionid=CC1384979406210C12C47BAF01238BFD.inebaseweb01?td=81548. Consultado el 11 de febrero de 2019. Los datos de Tetuán proceden de: Rafael GILI RUIZ: "La conurbación de Chamartín (1840-1940)" en VV.AA.: *Chamartín. Aldea, Villa, Distrito*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 2013, p. 139.

primeros barrios los que se llevaron la palma[86]. Averiguaciones, entrevistas, detenciones, soplos. Durante semanas se sucedieron las redadas nocturnas. Una de ellas se saldó con un vivo tiroteo entre los agentes encargados del caso y cuatro anarquistas que se resistieron a la detención. Otra, efectuada en la calle Lérida, y acompañada también de una refriega a balazos, terminó con la captura de Manuel Sáiz, supuesto protector de Casanellas. También hubo registros en una pensión de la calle Abel. Y en un par de casas bajas de Tetuán, donde diversas informaciones situaban al fugitivo. Tras un tiempo sin pistas, a finales de mayo unos confidentes aseguraron haber visto a Casanellas reunido con amigos en un merendero de la Dehesa de la Villa, una enorme zona verde ubicada en los lindes de Cuatro Caminos y Tetuán. La guardia civil preparó un dispositivo de excepción. Se levantaron todas las alcantarillas de la zona y se realizaron batidas por las calles aledañas, pero, de nuevo, el resultado fue infructuoso. En el barrio se habían activado todos los lazos de solidaridad forjados a fuego lento durante décadas para hacer frente a la ciudad y sus representantes, cuya presencia, una vez más, no era bienvenida. Donde quiera que estuviera, Casanellas y sus compinches siempre iban un paso por delante. Incluso en noviembre, ocho meses después del magnicidio, la policía llevó a cabo diferentes operativos en varias casas de Cuatro Caminos. Por aquel entonces, Casanellas se encontraba en Moscú. Había conseguido escapar de Madrid en septiembre gracias a la ayuda de Óscar Pérez Solís, en aquella época secretario general del incipiente Partido Comunista de España. Solís fue el último enlace de una vasta red de colaboradores y refugios en la que brillaban con luz propia personas, lugares y calles del extrarradio[87].

4. Coda. Los márgenes de la política y la memoria del espacio

De la bomba contra Cánovas al asesinato de Dato pasaron casi treinta años. Los nombres de conspiradores, cómplices y encubridores cambiaron de una ocasión a otra. También sufrió alteraciones importantes el panorama político. La precaria organización anarquista de 1893 nada tenía que ver con la potente central sindical que era la CNT en los años veinte. La solidez y firmeza que mostraba el edificio institucional de la Restauración a finales de siglo, por su parte, se antojaba una quimera décadas después,

[86] Un mes antes, en abril de 1921, se produjo un atentado a las puertas de un taller en la calle Santa Engracia, cerca de Cuatro Caminos: huelguistas sindicados tirotearon a obreros que no habían abandonado su puesto de trabajo. Hubo un muerto y varios heridos. También entonces se produjeron los registros y las detenciones en Cuatro Caminos y Tetuán, instalados en el imaginario colectivo como el lugar en que el anarquismo y la subversión campaban a sus anchas. Véase *El Heraldo de Madrid*, 6 de abril de 1921 y *El Liberal*, 6 de abril de 1921. Meses después fueron detenidos en la periferia varios miembros de la llamada "banda roja", una organización informal de trabajadores que había estado haciendo ensayos con explosivos en los descampados de Cuatro Caminos y que luego colocaron en la sede de la patronal de peluqueros de Madrid. Véase AHN, Gobernación, Serie A, Leg. 46A, Exp. 11.

[87] La reconstrucción de la huida a partir de AHN, Audiencia Territorial Criminal de Madrid, Leg. 67, Exp. 8 y diversas publicaciones periódicas: *La Acción*, 3 de mayo de 1921, *La Voz*, 3 de mayo de 1921, *La Libertad*, 7 de mayo de 1921, *El Liberal*, 10 de mayo de 1921, *El Liberal*, 14 de mayo de 1921, *El Liberal*, 18 de mayo de 1921, *ABC*, 7 de agosto de 1921, *El Heraldo de Madrid*, 3 de noviembre de 1921. Es preciso hacer notar que durante los meses más intensos de investigación la Dirección General de Seguridad racionó la información que transmitía a la prensa, pues temía que aquella pudiera servir a Casanellas y los suyos para burlar el cerco policial. En ese tiempo los reporteros de los distintos medios hubieron de seguir sus propias pistas y tratar de obtener información a pie de calle. Significativamente, en esos días de desorientación los periodistas de los distintos medios también se dirigieron a los suburbios, prueba elocuente del nombre y fama que estos tenían a esas alturas.

cuando aquello que parecía atado y bien atado se deshilachaba a marchas forzadas. Todo había cambiado. Lo único que permanecía inmutable era el telón de fondo de los actos subversivos, el escenario sobre el que se representaba la función. Cuatro Caminos y Tetuán fueron el lugar de gestación o de fuga de todos los grandes atentados que hubo en la ciudad durante la Restauración[88]. Por su situación geográfica, por su condición fronteriza y por el abandono que aquellos barrios sufrieron por parte de la administración, Cuatro Caminos y Tetuán se alzaron como una suerte de contrasitio del orden existente. En esa vasta zona urbana, ajena a los principales circuitos de vigilancia y control, lejos también de cualquier respeto o reverencia por las premisas de funcionamiento de la esfera pública liberal, germinó un *ethos* contestatario, un magma cultural del que se sirvieron infinidad de militantes que se movían en los márgenes. Sabían que en el extrarradio nadie los miraría con recelo o extrañeza[89].

En la periferia había otro ambiente político. Los periodistas lo sabían. La policía estaba al corriente. Los activistas se sentían en casa. Después de tantas veces en que los suburbios se vieron envueltos en conspiraciones o atentados, la memoria de aquellos sucesos quedó grabada para siempre sobre el espacio. Para el paseante o el reportero resultaba relativamente sencillo recordar aquel lugar que sirvió de refugio a Morral, aquella casa en la que se prepararon los explosivos dirigidos contra Cánovas, aquella taberna en que se despachaba prensa libertaria internacional, aquellas calles tomadas por la policía día y noche. La asociación entre la geografía marginal y la política antisistema fue total. Aquello curtió el carácter de un par de generaciones de obreros que crecieron en un paisaje social en que el desprecio a la autoridad era toda una tradición y en que la violencia era contemplada por algunos como un medio más de intervención en el espacio público. También marcó de manera indeleble la mirada de los madrileños sobre los suburbios, que nunca más fue inocente. Por supuesto, no todos los vecinos de las afueras eran anarquistas. Ni siquiera una mayoría de ellos lo era. Sin embargo, ante la avalancha de casos, se produjo un acto de sinécdoque cultural y política y cada vez más gente comenzó a identificar la parte con el todo, el lugar con uno de sus fenómenos más característicos. Así, el extrarradio quedó definido como un territorio comanche, como la patria de los anarquistas[90].

---

[88] En ese sentido, es preciso señalar que los casos mencionados no son un puñado de ejemplos selectos. Son, exactamente, todos los grandes actos terroristas que hubo en Madrid en el período.

[89] La geografía volvió a repetirse cuando, a la altura de septiembre de 1928, la policía desarticuló un complot contra la Dictadura de Primo de Rivera. El caso resulta en ciertos puntos oscuro y confuso, pero puede sintetizarse de la siguiente forma: en 1928 los principales mandos del anarquismo madrileño, asociados en el denominado Ateneo de Divulgación Social, se conjuraron junto con elementos republicanos e incluso liberales para favorecer un estado de caos social que secundara la sublevación que estos últimos proyectaban para derrocar al dictador. Los anarquistas permanecerían al margen del golpe de mano, pues sus objetivos y orientaciones no casaban con el ideal libertario, pero declararían la huelga general de trabajadores con el objeto de paralizar el país y dificultar la labor represiva del Ejército. La policía pudo detener el plan puesto que mantenía vigilancia personal sobre los dos anarquistas que se reunían con los conspiradores. Estos anarquistas eran Miguel Bayón, habitante de Cuatro Caminos, y Pedro Falomir, vecino de Vallecas. Las hojas llamando a la insurrección se confeccionaron en la imprenta clandestina que había en casa de otro militante de Cuatro Caminos. Algunas de las reuniones preparatorias tuvieron lugar en otras viviendas obreras del mismo suburbio. De allí eran también la mayoría de detenidos. Véase AHN, Audiencia Territorial Criminal de Madrid, Leg. 67, Exp. 1 y Leg. 69, Exp. 2.

[90] Esta asociación ha sido brillantemente investigada en José Luis OYÓN, Juan José GALLARDO (coords.): *El cinturón rojinegro. Radicalismo cenetista y obrerismo en la periferia de Barcelona (1918-*

Los acontecimientos de los años treinta exacerbaron las dinámicas de las décadas precedentes. Por un lado, los grandes líderes del poderoso anarquismo madrileño del momento fueron hijos de los suburbios, como Cipriano Mera, Miguel Bayón, los hermanos Inestal, Pedro Falomir, Vicente García Mulsa o David Antona. Por otro, la periferia se convirtió en la indisimulada capital de los proyectos antagonistas. Y no solo en lo referente a sus espacios de sociabilidad, reclutamiento y protesta, sino también, y muy especialmente, en lo relativo a la violencia política. Durante el período republicano los grandes barrios proletarios de las afueras dieron asilo a huelguistas perseguidos, pistoleros y hombres de acción. Siempre había esperanza de encontrar cobijo en Cuatro Caminos o Tetuán. También allí la policía llevó a cabo algunas de las operaciones más espectaculares de la época, con detenciones masivas o hallazgos de depósitos de armas o dinamita en vertederos, huertos, edificios abandonados e incluso en galerías soterradas bajo las viviendas. Para entonces, la tendencia era evidente para cualquier espectador: ni los suburbios podían pensarse al margen del radicalismo, ni el radicalismo podía entenderse sin mirar a los suburbios.

Este último aserto, que tuvo enormes implicaciones para los contemporáneos, ha sido pasado por alto, sin embargo, por los historiadores del anarquismo en la capital, más interesados en reconstruir una historia institucional o militante del movimiento[91] que en abordar sus íntimas y promiscuas relaciones con la vibrante atmósfera de los barrios obreros. Para tratar de cubrir este vacío, a lo largo del capítulo se ha ensayado una primera aproximación al ambiente anarquista de entresiglos en Madrid. Tomando el caso concreto de los grupos informales surgidos en los suburbios del norte de la ciudad como ejemplo y el método microhistórico como vía de entrada al asunto, en las páginas anteriores se ha propuesto una interpretación alternativa del activismo libertario en Madrid. Esta interpretación, parcial e incompleta, se ha asentado sobre cuatro puntales. En primer lugar, se ha desplazado el foco desde el mecanicismo de clase y el énfasis en la identidad laboral hacia la cultura vivida y la experiencia cotidiana de los actores. En segundo lugar, se ha desechado lo que podríamos denominar "paradigma difusionista o evangelizador", que vinculaba el arraigo o desarrollo del anarquismo al carisma personal de apóstoles y predicadores (Fanelli, Lorenzo), y se ha preferido observar los espacios de efervescencia revolucionaria a ras de suelo, en sus propios términos, a partir de las prácticas y de los significados que daban a las mismas los sujetos que en ellos participaban. En tercer lugar, ante cierta especie de historia intelectual que presenta los discursos como paquetes cerrados y coherentes, se ha destacado el mestizaje, la impureza y la hibridación. Así, se ha tratado de poner de manifiesto la cambiante trayectoria de los actores, los giros morales o estratégicos aparentemente incomprensibles, los puntos de intersección entre distintas corrientes doctrinales y los orígenes prosaicos y pedestres de algunas de las creencias,

1939), Barcelona, Carena, 2004; José Luis OYÓN: *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras (1914-1936)*, Barcelona, Serbal, 2008.

[91] Pueden consultarse en esa dirección los trabajos de Julián Vadillo Muñoz. Véase, a modo de ejemplo, Julián VADILLO: "El anarquismo en el Madrid de la Segunda República. Perfil social, estrategias y tácticas", *Revista Historia Autónoma*, 10 (2017), pp. 123-143. El anarquismo madrileño desde el Sexenio Democrático a la Guerra Civil aún sigue pendiente de una investigación minuciosa y a ras de suelo. Sobre el período republicano pueden encontrarse valiosas observaciones, desde un punto de vista organizativo y atento a las estructuras de movilización de sindicatos y asociaciones formales, en Santos JULIÁ: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Madrid, Siglo XXI, 1984; Sandra SOUTO: *Y ¿Madrid? ¿Qué hace Madrid?*, Madrid, Siglo XXI, 2007. Luis de la Cruz prepara en la actualidad una biografía de Cipriano Mera en la que recupera y subraya la importancia de los barrios de las afueras.

rutinas o principios del anarquismo, tal y como sucede en verdad con cualquier movimiento. Finalmente, frente al estudio de organizaciones y sindicatos, se ha subrayado una vía de actuación transurbana y transnacional que era irreductible a grupos cerrados y asociaciones formales. Este último aspecto ha permitido poner de relieve un importante hallazgo: Tetuán y Cuatro Caminos fueron un nodo fundamental de las redes anarquistas globales, un lugar de creación, recepción, distribución, circulación y refugio. El punto de conexión de Madrid con la gran trama anarquista internacional.

CAPÍTULO 6. POLÍTICA POPULAR Y POLÍTICA DE CLASE EN LOS SUBURBIOS DE MADRID

Madrid experimentaba a principios del siglo XX importantes transformaciones en su organización urbana y su estructura productiva. La mejora en los servicios de transporte, distribución de agua, alumbrado y abastecimiento de alimentos contribuyeron a erradicar los peores males de décadas pasadas[1]. Los avances en asistencia médico-sanitaria hicieron de la capital un hábitat social más saludable y redujeron drásticamente las cifras de mortalidad o el impacto de las epidemias[2]. La apertura del ensanche y la remodelación del trazado viario del casco antiguo, por su parte, dieron un nuevo aspecto a la ciudad. Los bulevares de Salamanca y Chamberí, amplios y espaciosos, o los teatros y entidades financieras de la Gran Vía, eran el escaparate de un capitalismo naciente y aparentemente triunfal[3]. A juzgar por los anuncios que llenaban las páginas de los periódicos o que se alzaban luminosos sobre los edificios modernistas, Madrid parecía alejarse del estado de miseria y hacinamiento típico de los inicios de la era industrial y se configuraba poco a poco como una moderna sociedad de consumo[4].

Como todo proceso de modernización, el emprendido en Madrid también tuvo sus consecuencias desagradables e inesperadas. Sus conflictos imposibles de acallar. La mejora paulatina de las condiciones de vida y el crecimiento económico, bien visibles en algunas zonas de la ciudad, no alcanzaron a toda la geografía urbana por igual. El cinturón de suburbios que rodeaba Madrid era el mejor testimonio de ello. En estas barriadas, nacidas de la autoconstrucción, carentes de planificación y ayunas tanto de prestaciones como de perspectivas de futuro, se apiñaron miles de familias de obreros e inmigrantes pobres. Eran los desplazados de una ciudad incapaz de generar oportunidades, trabajo y techo para todos. Las dificultades financieras y el desinterés de los gobernantes condujeron a un relativo abandono del extrarradio, lo que fue fuente de innumerables disputas y conflictos. Para salvar las dificultades del día a día, los vecinos de la periferia tejieron densas redes de ayuda mutua y reclamaron otra manera de hacer ciudad, más integradora. A su vez, el descontrol administrativo y la falta de vigilancia permitieron que en los barrios de las afueras se produjera un cuestionamiento amplio de los principios fundamentales de la esfera pública liberal, desde aquellos asociados a la fiscalidad, la movilidad o el respeto a la autoridad hasta aquellos otros relacionados con la moral o las formas legítimas de participación en el espacio público.

Esta convivencia entre modernización y exclusión ha sido examinada en capítulos anteriores. Sin embargo, aún hay asuntos que requieren de análisis más profundos. Por su

[1] Luis Enrique OTERO CARVAJAL, Rubén PALLOL: "El Madrid moderno, capital de una España urbana en transformación, 1860-1931", *Historia contemporánea*, 39 (2009), pp. 541-588.
[2] Luis DÍAZ: *Los barrios bajos de Madrid, 1880-1936*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2016.
[3] Para el centro y la Gran Vía, véanse Edward BAKER: *Madrid cosmopolita. La Gran Vía, 1910-1936*, Madrid, Marcial Pons, 2009; Santiago DE MIGUEL: *La Gran Vía de Madrid. Historia social de una ciudad extinta (1860-1936)*, Madrid, ACCI, 2017. Sobre el desarrollo material, social y económico de las tres zonas de ensanche: Rubén PALLOL: *El Ensanche Norte. 1860-1931. El Madrid moderno*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2015; Borja CARBALLO: *El Ensanche Este. Salamanca-Retiro 1860-1931. El Madrid burgués*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2015; Fernando VICENTE: El *Ensanche Sur, Arganzuela (1860-1931): los barrios negros*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2015.
[4] Nuria RODRÍGUEZ: *La capital de un sueño. Madrid en el primer tercio del siglo XX*, Madrid, CEPC, 2015; José María BEASCOECHEA, Luis Enrique OTERO CARVAJAL (eds.): *Las nuevas clases medias urbanas. Transformación y cambio social en España, 1900-1936*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2015.

alta concentración de trabajadores manuales, por el desorden de su trama viaria, por la ínfima calidad de sus viviendas o por el apego de sus gentes a la vida callejera y las prácticas comunitarias, lugares como Cuatro Caminos o Tetuán (pero también otros como Vallecas, Carabanchel o Ventas) eran la quintaesencia de la ciudad proletaria. El reverso de esa ciudad liberal, planificada, saneada e interclasista que Madrid ambicionaba ser. Igual que sucedió en las afueras de otras grandes urbes occidentales, en la periferia de Madrid tomó cuerpo una cultura obrera orgullosa, solidaria y combativa. Dicha cultura, labrada en lo cotidiano, tuvo ocasión de expresarse y manifestarse en revueltas tras accidentes laborales, en protestas por la readmisión de empleados despedidos, en algaradas en demanda de mayor dignidad en los puestos de trabajo, en marchas festivas en los espacios verdes del extrarradio o en huelgas que pusieron en jaque a toda la ciudad[5].

Resulta difícil resumir la cantidad de conflictos obreros que tuvieron lugar en los suburbios de Madrid a principios del siglo XX. Todos ellos suscitaron temor, respeto o esperanza entre sus contemporáneos y ayudaron a dar a los barrios periféricos nombre y fama en toda España. No obstante, sería proceloso y reiterativo armar un relato que recogiera todos esos casos de insumisión y crisis. Por ello, en línea con la estrategia de aproximación microhistórica que viene ensayándose a lo largo de esta tesis doctoral, se han seleccionado aquellos conflictos que dejaron mayor huella en la memoria colectiva y que mejor permiten entender tanto la cosmovisión y prácticas de los moradores del suburbio como su conflictiva relación con las elites dirigentes del movimiento obrero. En primer lugar, se analizarán unas jornadas de protesta, rebeldía y enfrentamiento callejero que siguieron al mayor accidente laboral de la historia de Madrid, el ocurrido en abril de 1905 en el Tercer Depósito del Canal de Isabel II, en las inmediaciones de la glorieta de Cuatro Caminos. En segundo lugar, se abordará el papel protagonista que los suburbios del norte de Madrid tuvieron en la primera huelga general revolucionaria habida en España, la de agosto de 1917. En uno y otro momento, los vecinos de las afueras protestaron con furia contra las autoridades urbanas y estatales, lucharon cuerpo a cuerpo con los representantes del orden por el control de las calles y pugnaron con los líderes de los sindicatos y partidos que trataban de situarse al frente de la protesta. En ambos casos, los madrileños en particular, y los españoles en general, descubrieron que en aquellos barrios de casas bajas, lodo y callejuelas mal asfaltadas se estaba produciendo un auténtico desborde físico, social y político. Un desafío para las viejas elites rectoras de la ciudad y un reto para el movimiento obrero organizado. No en vano, aunque en origen aquellos episodios parecieran manifestaciones de una política de clase, típicamente proletaria, las motivaciones que nutrieron sendas protestas iban más allá del trabajo y combinaban en una misma aleación reivindicaciones laborales con demandas locales

[5] James E. CRONIN: "Labor Insurgency and Class Formation. Comparative Perspectives on the Crisis of 1917-1920 in Europe", *Social Science History*, 4 (1980), pp. 125-152; Jean Paul BRUNET: *Saint-Denis la ville rouge, 1890-1939*, París, Hachette, 1980; Annie FOURCAUT: *Bobigny, banlieue rouge*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1986; Tyler STOVALL: *The Rise of the Paris Red Belt*, Berkeley, University of California Press, 1990; John H. MERRIMAN: *The Margins of City Life: Explorations on the French Urban Frontier*, Nueva York, Oxford University Press, 1991; Louise A. TILLY: *Politics and Class in Milan, 1881-1901*, Oxford University Press, Nueva York, 1992; José Luis OYÓN: "Historia urbana e historia obrera: reflexiones sobre la vida obrera y su inscripción en el espacio urbano, 1900-1950", *Historia Contemporánea*, 24 (2002), pp. 11-58; ÍD: *La quiebra de la ciudad popular: espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 2008.

relacionadas con el derecho a la ciudad y la defensa de la comunidad ante las imposiciones de un orden extraño.

1. El hundimiento del Tercer Depósito. Una historia de dos ciudades

A primera hora del sábado 8 de abril de 1905 los habitantes de Cuatro Caminos se preparaban para una nueva jornada de trabajo. Entonces no lo sabían, pero aquel día marcaría un antes y un después para muchos de ellos. A las seis de la mañana sonaron los despertadores en los hogares de los obreros. Poco después, el suburbio era un hervidero de jornaleros en busca de colocación. Hombres dispuestos a todo a cambio de un mísero salario. Leopoldo Zamora era uno de ellos. Desde hacía tiempo engrosaba las filas de ese ejército silencioso y sufrido que se amontonaba en las afueras de Madrid. Tenía 28 años y vivía con su mujer y su tío en un cuartucho de la calle Ticiano, una estrecha vereda crecida al este de Bravo Murillo. Entre los tres pagaban 8 pesetas de alquiler. La cantidad, irrisoria, contrastaba vivamente con el valor del suelo en otros puntos de la ciudad. Los hogares de la clase media rondaban las 60 o 70 pesetas al mes, mientras que en las zonas más lujosas del centro los alquileres se disparaban por encima de las 150 o las 200 pesetas mensuales. En la calle de Leopoldo Zamora, sin embargo, aquellas cantidades parecían de ensueño. Allí todos eran de su estirpe. Peones, albañiles, braceros, trabajadores eventuales o criadas que servían en Madrid[6].

La mañana transcurría en la más insulsa normalidad, ignorante de cuanto estaba por venir. Pasadas las seis y media, Leopoldo dejó su morada y se lanzó a la caza de sustento. Enseguida se topó con Cayetano Bragado, habitante del número 10 de Ticiano, zapatero. Charlaron animadamente y subieron juntos hasta Bravo Murillo, donde pasaron a formar parte, sin apenas percibirlo, de la enorme corriente de transeúntes que se movía hacia la ciudad. Las calles aledañas, donde ellos vivían, eran una suerte de afluentes que daban al gran río de Bravo Murillo, cuyas aguas habían de navegar todos aquellos que buscaban trabajo o pan en Madrid. La escena se repetía en todos los rincones del suburbio. Por la calle Hernani, donde tenía su sede la escuela laica de la barriada, llegaba a Bravo Murillo un nutrido grupo de hombres ataviados con mono, tirantes y botas de faena. Entre otros, integraban la cuadrilla Cecilio San Pedro, Ignacio Gil, Juan Ferriz o Lucio Martín. Leopoldo los conocía bien. Se había empleado por épocas en las obras del Tercer Depósito del Canal de Isabell II, donde Cecilio, Ignacio y compañía se ganaban la vida como albañiles. Las obras, ubicadas en las inmediaciones de la glorieta de Cuatro Caminos, daban trabajo temporal a cientos de vecinos de la zona norte. Era lo que en la época se conocía como *un gran tajo*. Una gran obra de ingeniería. Allí se juntaban mozalbetes imberbes como Ignacio Gil, que tenía 14 años, con obreros experimentados como Juan Ferriz, que superaba la cuarentena. A pesar de la diferencia de edad, ambos compartían similares condiciones de vida. En casa de Ignacio se pagaban 7,50 pesetas de alquiler. En la de Juan, 7,25. Ninguno de los dos sabía leer ni escribir. Cecilio y Lucio, que sí sabían, también abonaban una cantidad ínfima como inquilinos. Uno pagaba 7,50; el otro, 6,50. Ese era el perfil social del Madrid proletario.

[6] Los datos de Leopoldo Zamora y los del resto de personas que se citan en este inicio de capítulo proceden de AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1905.

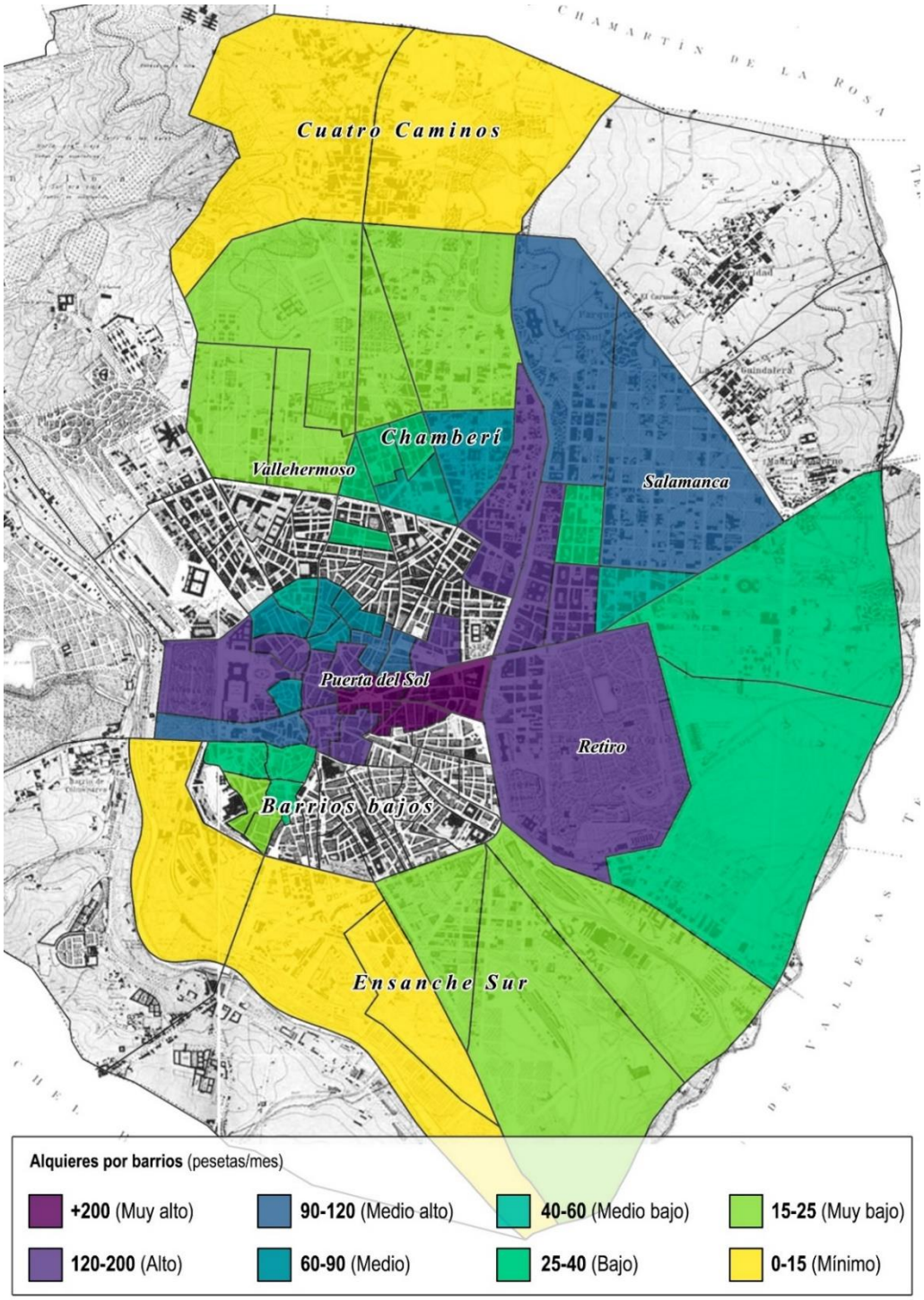


Figura. Plano de alquileres de Madrid en 1905. Elaboración propia a partir de Pedro NÚÑEZ GRANÉS: *Plano de Madrid y su término municipal*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1910 y AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1905[7].

[7] Los datos de Cuatro Caminos han sido recabados por el autor. Los datos de la zona centro proceden de Santiago DE MIGUEL: *Madrid, sinfonía de una metrópoli europea*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2016. Los datos de ensanche proceden de Borja CARBALLO, Rubén PALLOL, Fernando VICENTE: "Oferta de vivienda de alquiler en el Madrid del primer tercio del siglo XX", en Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO, Antonio ORTEGA SANTOS, Manuel MARTÍNEZ MARTÍN (eds.): *Ciudad y modernización en España y México*, Granada, Universidad de Granada, 2013, pp. 161-180. Para dibujar los barrios sobre el plano de Núñez Granés se ha utilizado el plano de AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Información sobre la ciudad. Año 1929. Memoria*, Madrid, Imprenta y Litografía Municipal, 1929.

En el gran caudal de la calle Bravo Murillo todo eran rostros familiares e inercias hechas tradición. Los traperos con sus burros, los empleados del fielato, la apertura de comercios. Poco antes de desembocar en la glorieta, en la esquina de Bravo Murillo con Doctor Santero, los caminantes se cruzaron con Canuto González, que colocaba a esas horas las mesas de su negocio y contemplaba el panorama. Cada día Leopoldo le saludaba desde la distancia. Hacía tiempo que coincidían en reuniones, veladas o manifestaciones. Sin ir más lejos, la semana anterior Leopoldo Zamora había tomado la palabra en un mitin nocturno celebrado en Villa Constancia, el merendero de Canuto, y unos días atrás ambos fueron elegidos miembros de la junta directiva de los republicanos de la barriada. Eran estrechos colaboradores[8].

Tras atravesar la glorieta que separaba la ciudad planificada del extrarradio, los grupos de obreros comenzaron a dispersarse. La mayoría tomó el camino de Madrid. Otros fueron desviándose a medida que se acercaban a sus lugares de trabajo. Leopoldo, que figuraba entre los primeros, se despidió de sus conocidos a las puertas del Canal y observó indiferente cómo se desvanecían sus siluetas en el horizonte. Cecilio, Ignacio, Juan, Lucio. Unos minutos después, cuando aún dirigía sus pasos hacia los mercados de trabajo del centro, escuchó a sus espaldas un enorme estruendo y comprobó con espanto cómo se elevaban sobre el cielo densas columnas de polvo y ceniza. Eran las siete y cuarto de la mañana. La techumbre del Tercer Depósito del Canal de Isabel II se había desplomado sepultando a cientos de peones que trabajaban en su construcción[9].

La noticia del hundimiento corrió como la pólvora por toda la zona norte de la ciudad. De todas partes llegaron trabajadores alarmados, ciudadanos curiosos y familiares de los obreros del Canal, que se temían lo peor. A ellos se unieron militares, guardias civiles, bomberos, médicos, enfermeros y estudiantes de distintos establecimientos de enseñanza próximos al lugar de la catástrofe, como el colegio protestante El Porvenir o la Escuela de Ingenieros de Minas. En Madrid los obreros de las fábricas abandonaron su faena, recién iniciada, y acudieron al Tercer Depósito prestos a ayudar. Pronto comenzaron las labores de salvamento. Las cadenas humanas para rescatar a los heridos. Los lamentos bajo los cascotes. El desescombro. Unos sanitarios sacaron a Ignacio Gil de entre las ruinas. El muchacho presentaba algunas heridas de consideración, pero su vida no corría peligro. Al ponerlo en la camilla arreciaron los aplausos de los espectadores. Crecía la esperanza. Instantes después otros compañeros encontraron a Juan Ferriz, que tenía la cabeza totalmente ensangrentada y estaba semiinconsciente. Pero vivo. Los hallazgos milagrosos fueron la nota dominante durante la primera hora de rescate. Los heridos eran enviados a la casa de socorro de Cuatro Caminos y otras instituciones sanitarias próximas, pero ante la saturación, las casas de los alrededores terminaron por convertirse en improvisados hospitales de campaña y sus inquilinos hubieron de prestar a los afectados los primeros auxilios. Cada uno ayudaba con lo que podía, con lo que tenía o con lo que sabía. No obstante, con el tiempo la lógica se impuso y los rescates de supervivientes fueron poco a poco dando paso al descubrimiento de cadáveres. Cuerpos mutilados, cráneos aplastados, rostros desfigurados, trozos de masa encefálica. Uno de

[8] El mitin en *El País*, 1 de abril de 1905. La comisión directiva en *El País*, 5 de abril de 1905.

[9] La narración a partir de la experiencia de Leopoldo Zamora es una licencia narrativa. El relato ha sido completado con los datos personales obtenidos de las hojas de empadronamiento municipal y de artículos de prensa sobre las rutinas del barrio en una jornada de trabajo.

los muertos era Lucio Martín, que dejaba a una mujer y una hija de 8 años. Le siguieron muchos más. En total, las autoridades contabilizaron 30 fallecidos y al menos 54 heridos de gravedad, algunos de los cuales quedaron totalmente incapacitados para el trabajo.

Afectados por el derrumbe del Tercer Depósito		
Nombre	**Estado**	**Condiciones de vida**
Saturnino Otero	Fallecido	Jornalero. 64 años. Vivía en Pamplona 8. Sin datos de alquiler
Vicente Pérez	Fallecido	Jornalero. 24 años. Vivía en Hernani 5. Sin datos de alquiler
Lucio Martín	Fallecido	Jornalero. 36 años. Vivía en Cicerón 4. Pagaba 6,50 pesetas de alquiler
Julián Manzanares	Fallecido	Albañil. 35 años. Vivía en Carolinas 15. Sin datos de alquiler
Toribio Manzanares	Fallecido	Jornalero. 67 años. Vivía en Bravo Murillo 92. Sin datos de alquiler
Benito Pereira	Fallecido	Oficial carpintero. 28 años. Vivía en Dulcinea 7. Sin datos de alquiler
Vicente Cecilia	Fallecido	Oficial carpintero. 27 años. Vivía en Dulcinea 7. Sin datos de alquiler
Manuel López	Fallecido	Jornalero. 15 años. Vivía en Bravo Murillo 68. Sin datos de alquiler
Jorge de la Torre	Fallecido	Jornalero. Vivía en un solar entre Castilla y Santa Juliana. Sin datos de alquiler
Juan López	Fallecido	Capataz. 28 años. Vivía en Oviedo 6. Pagaba 8 pesetas de alquiler
Esteban Sebastián	Fallecido	Albañil. 50 años. Vivía en José Calvo 3. Sin datos de alquiler
Ricardo Rico	Fallecido	Peón. 19 años. Vivía recogido en Bravo Murillo 57. Sin datos de alquiler
José Pérez	Fallecido	Peón. 34 años. Vivía en Bravo Murillo 49. Sin datos de alquiler
Ricardo Escrivese	Fallecido	Electricista. Vivía en Bravo Murillo 49. Sin datos de alquiler
Daniel Sánchez	Fallecido	Jornalero. Vivía en Santa Engracia 100. Sin datos de alquiler
Ciriaco Pérez	Fallecido	Jornalero. Vivía en Bravo Murillo 92. Sin datos de alquiler
Cesáreo López	Fallecido	Jornalero. 33 años. Vivía en Santa Engracia 117. Sin datos de alquiler
Jesús Navarro	Herido	Jornalero. 21 años. Vive en Hernani 5. Paga 10 pesetas de alquiler
Emilio Álvarez	Herido	Jornalero. 16 años. Vive en los Altos de Amaniel. Sin datos de alquiler
José Ramos	Herido	Jornalero. 53 años. Vive en Almenara (Tetuán). Sin datos de alquiler
Ignacio Gil	Herido	Jornalero. 14 años. Vive en Oviedo 6. Paga 7,25 pesetas de alquiler
Juan Andrés Pérez	Herido	Jornalero. 20 años. Vive en Artistas 2. Paga 8,75 pesetas de alquiler

Juan Ferriz	Herido	Albañil. 41 años. Vive en Dulcinea 12. Paga 7,50 pesetas de alquiler
Ángel García	Herido	Jornalero. 27 años. Vive en Lugo 4. Paga 10 pesetas de alquiler
Claudio Argüeso	Herido	Jornalero. 15 años. Vive en Alvarado 4. Sin datos de alquiler
Ulpiano Arquero	Herido	Jornalero. 33 años. Vive en Cicerón 7. Sin datos de alquiler
Gumersindo Gracia	Herido	Jornalero. 21 años. Vive en Carolinas 18. Sin datos de alquiler
Mariano Martín	Herido	Jornalero. 24 años. Vive en Bravo Murillo 100. Sin datos de alquiler
Fernando Torres	Herido	Albañil. 41 años. Vive en Esquilache 10. Sin datos de alquiler
José Fariñas	Herido	Jornalero. 20 años. Vive en Camino de Aceiteros. Sin datos de alquiler
Antonio Ramón Puyo	Herido	Jornalero. 35 años. Vive en Villaamil 4. Sin datos de alquiler
Luciano Jimeno	Herido	Jornalero. 20 años. Vive en Artistas 9. Sin datos de alquiler
Ramón López	Herido	Jornalero. 39 años. Vive en Covadonga 7. Sin datos de alquiler
Pedro López	Herido	Jornalero. 30 años. Vive en Covadonga. Sin datos de alquiler
Felipe Nicasio	Herido	Jornalero. 39 años. Vive en Orden 3. Sin datos de alquiler
Ramón López	Herido	Peón. Vive en Castilla 30. Sin datos de alquiler
José Pastrana	Herido	Jornalero. 14 años. Vive en Cuatro Caminos 1. Paga 12,50 ptas. de alquiler
Juan Fernández	Herido	Jornalero. Vive en Hernani 2. Sin datos de alquiler
Francisco Santamaría	Herido	Jornalero. 19 años. Vive en Ticiano 12. Paga 8 pesetas de alquiler
Salvador Manzanares	Herido	Albañil. 25 años. Vive en Bravo Murillo 76. Sin datos de alquiler
Pablo Sáez	Herido	Jornalero. 25 años. Vive en Bravo Murillo 61. Sin datos de alquiler
Alfredo Sánchez	Herido	Albañil. 27 años. Vive en Carolinas 17. Sin datos de alquiler
Pedro Hita	Herido	Jornalero. 27 años. Vive en Carolinas 17. Sin datos de alquiler
Andrés Moragas	Herido	Jornalero. 16 años. Vive en Maudes 1. Sin datos de alquiler
Julián Sanz	Herido	Jornalero. Vive en San Raimundo 15 Sin datos de alquiler

Tabla. Afectados por el derrumbe del Tercer Depósito. Se incluyen aquellos casos que hemos podido localizar en la zona norte de Madrid. Existen muertos y heridos de los cuales no se tiene información sobre su lugar de residencia. Otros, los menos, habitaban en otros puntos de la ciudad. Fuente: *El Liberal*, 9 de abril de 1905 a 16 de abril de 1905 y AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1905.

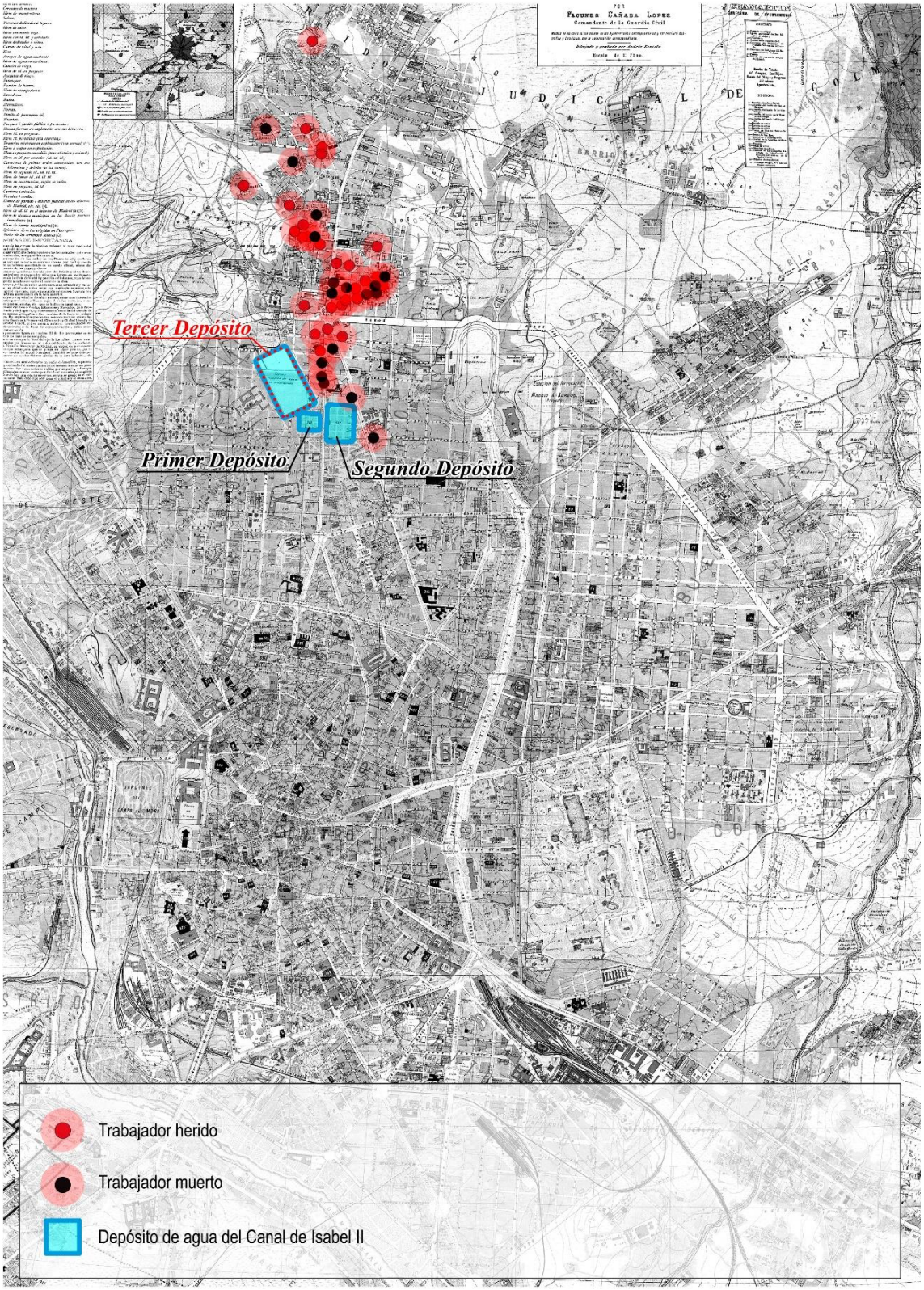


Figura. Ubicación de las viviendas de los afectados por el derrumbe del Tercer Depósito del Canal de Isabel II. Elaboración propia a partir de Facundo CAÑADA: *Plano de Madrid y pueblos colindantes al empezar el siglo XX*, Madrid, 1900.

La historia del Tercer Depósito del Canal de Isabel II parecía marcada por la ironía. Por una parte, los trabajos de construcción de la nave se desarrollaban en un terreno contiguo al que antaño ocupó el cementerio sacramental de San Martín. Años después de la desaparición de la necrópolis, la suerte quiso que el Tercer Depósito se convirtiera en una inmensa tumba de obreros. Por otra parte, las obras del Tercer Depósito tenían como objeto ampliar la capacidad de almacenamiento y distribución de agua potable en la ciudad. En las décadas anteriores, la construcción de los dos primeros depósitos había permitido solucionar el problema de la falta de agua en la capital y había garantizado el consumo diario de los madrileños. Sin embargo, el brutal crecimiento de población de finales del siglo XIX llevó a técnicos e ingenieros municipales a promover la construcción de un nuevo depósito. La paradoja residía en que los obreros que trabajaban en la edificación de la nave eran vecinos de Cuatro Caminos y Tetuán, dos barrios en los que el agua era un bien escaso. En el extrarradio el suministro de agua dependía de una vieja máquina elevadora que a duras penas conseguía abastecer las fuentes del lugar. Los cortes, las averías, la falta de presión y la insuficiencia de agua en los meses de verano formaban parte de la cotidianidad del suburbio. Como ya se vio en otros capítulos, los problemas en la provisión del servicio motivaron un alud de cartas de queja, colectas comunitarias y algún que otro motín tras algún incendio descontrolado. Tras todas aquellas experiencias de protesta, el hundimiento del Tercer Depósito parecía ser la metáfora que mejor compendiaba la relación de los vecinos de la periferia con el agua. El símbolo de la desigualdad de trato entre los suburbios y el resto de la ciudad[10].

Las obras del Tercer Depósito habían comenzado en 1897. Desde el primer momento el proyecto sufrió continuos problemas que demoraron la edificación. Los más importantes fueron los relativos a la construcción de los pilares y la cubierta. Ante el retraso en los plazos de ejecución, "las autoridades decidieron modificar el plan original y optaron por utilizar hormigón armado, un material constructivo novedoso y poco utilizado hasta entonces, que combinaba el potencial del cemento con la flexibilidad del hierro"[11]. En 1902 se llevó a cabo el concurso internacional para la adjudicación de las obras. El Tercer Depósito sería un laboratorio de pruebas. La propuesta elegida fue la presentada por el ingeniero Eugenio Ribera, director de la Compañía de Construcciones Hidráulicas y Civiles, y uno de los introductores del hormigón armado en España. Los trabajos de construcción de pilares y techumbre empezaron enseguida[12]. Con ellos también aparecieron las primeras quejas de los albañiles allí empleados, que protestaron por la falta de seguridad en las obras o por la mala calidad de los materiales utilizados. Su preocupación fue tal que incluso llegaron a enviar un escrito de denuncia a los diputados en Cortes por Madrid. El asunto debió de quedar en agua de borrajas y las operaciones siguieron su curso. Unas semanas antes del derrumbe se iniciaron las pruebas

[10] Sobre el agua y la geografía suburbana, véase Luis DE LA CRUZ: "La periferia urbana madrileña: algo más que un ámbito subsidiario de la ciudad. Reconstruyendo su identidad (1868-1917)", en Sandra BLASCO, Carlos ADÁN, Alfonso BERMÚDEZ (eds.): *Identidades en transición,* Zaragoza, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Zaragoza, 2019, pp. 566-571.

[11] Luis DÍAZ: *La conquista de la modernidad: Madrid, 1880-1936. Un estudio aplicado al sector suroeste del casco antiguo*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2015, p. 334.

[12] Para la historia del Tercer Depósito y cuestiones técnicas, véanse Alejandro BURGOS NÚÑEZ: "El desastre del Tercer Depósito, cien años después", *Revista de Obras Públicas,* 3458 (2005), pp. 25-48; Enrique DÍAZ PAVÓN: *Investigación sobre las causas que pudieron originar el hundimiento de la cubierta del Tercer Depósito del Canal de Isabel II en 1905*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Politécnica de Madrid, 2015.

de resistencia de la cubierta. Al parecer, los obreros volvieron entonces a manifestar su intranquilidad, pues dichas pruebas se efectuaron al mismo tiempo que los trabajadores continuaban con su faena bajo la techumbre. Sus temores parecían justificados, pues esos días se hundieron varias bovedillas. Afortunadamente, no hubo víctimas que lamentar[13]. Aquellos acontecimientos fueron el preludio de todo lo que iba a suceder la mañana del 8 de abril y fijaron la interpretación que vecinos y medios de comunicación harían del accidente como resultado de la precariedad laboral y la avaricia del contratista[14].

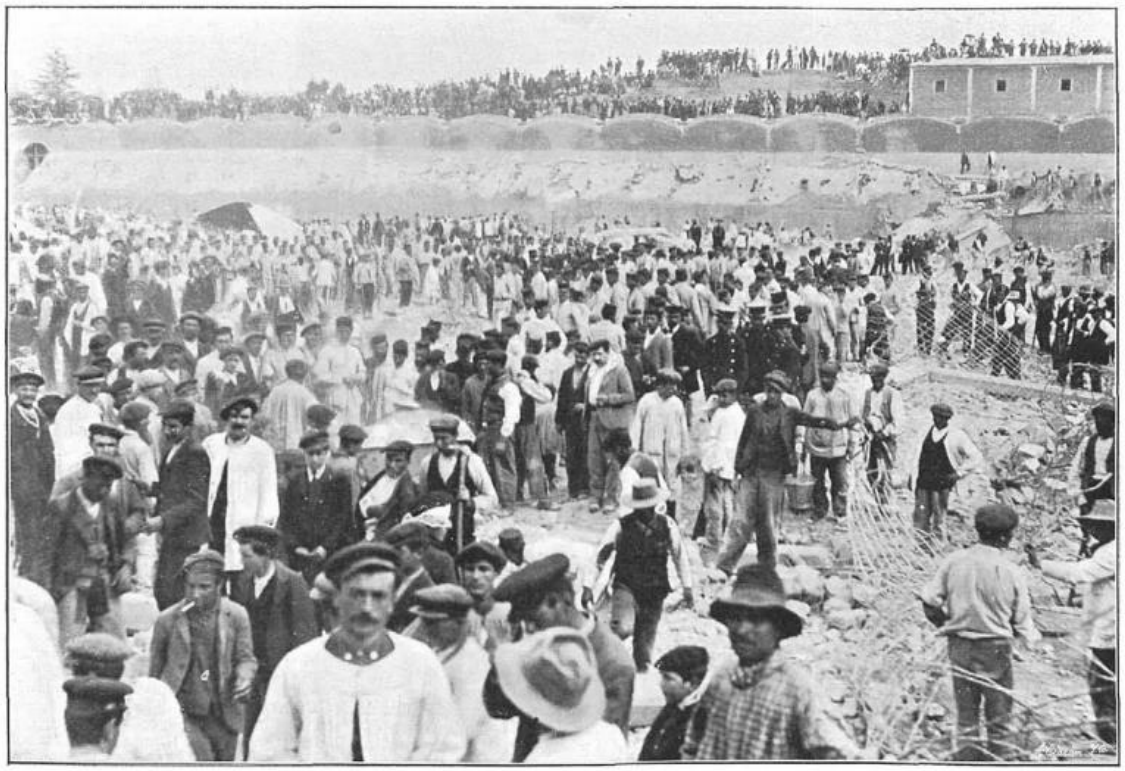


Ilustración. Trabajos de salvamento. Fuente: *La Ilustración Española y Americana*, 15 de abril de 1905.

[13] Los antecedentes en *El País*, 9 de abril de 1905, 10 de abril de 1905 y 11 de abril de 1905.

[14] Las causas de la catástrofe aún se discuten más de un siglo después. En el juicio que siguió al hundimiento, peritos y partes sacaron a relucir posibles motivos: fallos en los materiales, desconocimiento de las propiedades del hormigón armado, errores durante la construcción, vicios ocultos en la ejecución, defectos en el diseño de la estructura, etc. Finalmente terminaría imponiéndose una interpretación: que la causa del fallo de la estructura fue su dilatación por la altas temperaturas de aquellos días, lo que despertaría las iras de afectados y medios de comunicación, que se mostraron muy beligerantes contra la administración y Eugenio Ribera, el contratista. Enrique Díaz Pavón ha estudiado en profundidad las causas en su tesis doctoral. En su opinión: "La gravedad del accidente del cuarto compartimento del Tercer Depósito se debió a una configuración de su estructura muy sensible ante cualquier rotura local, haciendo que una vez ocurriera esta, el fallo se extendiera a la totalidad de la cubierta. Sin embargo, con la investigación realizada no hemos podido determinar de forma inequívoca qué inició dicho fallo, aunque sí hemos podido comprobar la probable influencia del proceso constructivo. Superado este, se habría obtenido una estructura totalmente segura en ausencia de acciones accidentales". Véase Enrique DÍAZ PAVÓN: *Investigación sobre las causas que pudieron originar el hundimiento de la cubierta del Tercer Depósito del Canal de Isabel II en 1905*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Politécnica de Madrid, 2015, p. 365. Para las intenciones de este capítulo, lo importante, en todo caso, no reside en conocer las causas últimas del hundimiento sino en tener presentes las razones y juicios que emitieron al respecto los vecinos, pues fue con esos materiales, y no con otros de carácter técnico, con los que encendieron la mecha de la protesta.

A medida que avanzaba la jornada la expectación era mayor. En las primeras horas se activaron las densas redes de solidaridad tejidas en los suburbios. Las labores de desescombro de los vecinos, que no contaban más que con sus propios brazos y algunas herramientas de trabajo, recordaban a aquella época en que los obreros de la barriada se ayudaban unos a otros y participaban en la construcción de sus propias casas o en el delineamiento de sus calles. Las cadenas para llevar agua a quienes trabajaban en el salvamento, los pasillos humanos para facilitar el transporte de los heridos o la asistencia sanitaria improvisada en viviendas y establecimientos cercanos apuntaban a esa práctica tan extendida en los suburbios de cubrir de manera autónoma las carencias estructurales del entorno de vida. Desde antaño las colectas populares habían sido un instrumento habitual para paliar los efectos de un incendio, un accidente o una epidemia. También en esta ocasión los vecinos echaron mano de dicho recurso y comenzaron a recabar fondos para socorrer a las familias de los afectados. No era algo excepcional. Aquellos hábitos y costumbres presidían la vida cotidiana de los habitantes de las afueras. Con todo, aún faltaba por asomar un elemento cardinal de la cultura del suburbio: la protesta colectiva.

A mediodía, mientras los grupos se afanaban en el rescate y toda la zona era un continuo ir y venir de gentes, se personaron en las inmediaciones del Canal las primeras autoridades, que fueron recibidas de manera hostil por la multitud. Algunas voces exigieron responsabilidades por la catástrofe. Otras empezaron a lanzar *mueras* a los dirigentes. También se produjeron algunas escenas de tensión cuando la fuerza pública acordonó el Depósito e impidió el paso a compañeros, familiares y allegados. A partir de ese momento las obras de salvamento correrían a cargo de guardias civiles, sanitarios y bomberos. La decisión no gustó nada a los allí presentes, que respondieron con una lluvia de piedras y ladrillos sobre los uniformados. Los vecinos desconfiaban de las autoridades. No entendían que en una situación como aquella se prescindiera de su concurso. Tampoco comprendían que los militares se estuvieran desplegando por el barrio para evitar posibles desórdenes cuando aún quedaban decenas de cuerpos bajo los escombros.

Seguramente fue entonces cuando se gestó la idea de la manifestación. Según la crónica periodística, después de que Alfonso XIII visitara el lugar de la hecatombe, miles de personas tomaron la glorieta de Cuatro Caminos ataviadas con banderas negras y con carteles en los que se pedía justicia y mano dura con los contratistas. Formaban el grueso del grupo las mujeres. Lavanderas, obreras, vendedoras ambulantes, amas de casa. Ellas habían llevado la voz cantante en infinidad de actos de protesta habidos en el suburbio, como las jornadas de insumisión fiscal del verano de 1897 o los choques con los tranvías y automóviles que invadían el espacio de reunión y disfrute de las personas del montón. A ellas se unieron albañiles, traperos, zapateros, desempleados, estudiantes y una legión de chiquillos. El número de manifestantes crecía por momentos. Tanto, que la fuerza pública se mostró incapaz de contenerlos. La concentración entonces se desbordó por las calles aledañas. Los revoltosos recorrieron Bravo Murillo dando *mueras* a los ingenieros y a los responsables de las obras. Las tiendas echaron el cierre en señal de duelo. La comunidad entera cerró filas con sus hijos. Para el conjunto del vecindario los enemigos eran extraños al barrio, ya fueran miembros de una administración corrupta, ya empresarios ávidos de ganancias, ya los guardias y policías que sostenían a unos y otros.

Mediada la tarde, la fuerza pública se retiró del lugar de la catástrofe. Los paisanos se quedaron solos. A partir de ese momento la algarada se volvió incontrolable. En todos

los rincones del suburbio se registraron episodios de cólera popular y escaramuzas con agentes del orden, cuya autoridad ya venía siendo discutida en el día a día. Una nutrida manifestación de mujeres y obreros marchó en silencio por las calles del vecindario con enseñas negras. Un grupo de trabajadores penetró en las obras del Tercer Depósito y desplegó una gran pancarta en la que podía leerse: "Luto a todos los compañeros". Allí, entre cascotes y sangre seca, algunos trabajadores tomaron la palabra y animaron a los congregados a dirigirse en manifestación hacia el Ministerio de la Gobernación. La consigna parecía clara. Una vez tomado el extrarradio, es decir, el entorno de vida de afectados, era preciso aumentar el eco de la protesta. Había que descender sobre Madrid. Sobre esa ciudad a la que abastecían de agua los trabajadores de la zona norte. La misma ciudad que negaba tan preciado líquido a los vecinos de las afueras y permitía que perecieran víctimas de la avaricia de los patronos y la inseguridad laboral.

Capitaneaban la marcha algunos de los vecinos más famosos de la barriada. Viejos conocidos de estas páginas, como el tabernero Canuto González, el antiguo anarquista Isidro Ibarra, que había sido tipógrafo, camarero, editor e inspector de tranvías, o el electricista y escritor bohemio Ricardo Yesares. Los acompañaba Eduardo Barriobero, *el abogado de los pobres*. Barriobero era un jurisconsulto muy popular en la época. Aunque su fe era republicana, se movía en ese terreno liminal entre el ideal libertario y las promesas de emancipación federales. Quizás por ello, Barriobero era un habitual de los actos políticos en Villa Constancia. También era común verle en las meriendas y tertulias que la juventud bohemia realizaba en Cuatro Caminos. Desconocemos si en algún momento llegó a habitar en el extrarradio norte. Lo que sí sabemos es que en aquellos primeros compases de su trayectoria política (nació en 1875), Eduardo Barriobero, que llegaría a ser diputado en diferentes ocasiones y ocuparía puestos de responsabilidad en los años treinta, fue uno más de esa camada de políticos de alcantarilla que proliferaban en las afueras. En esa condición, Barriobero se puso al frente de la protesta junto con otros compañeros del suburbio[15].

La marcha avanzó por la calle de Santa Engracia hacia el corazón de la ciudad. Los manifestantes llegaron hasta la Puerta del Sol, donde se situaba el Ministerio de la Gobernación. Protestaron ante los poderes públicos y repartieron panfletos entre los viandantes. Después los grupos realizaron un pasacalles por los principales puntos de sociabilidad burguesa de la capital. Las salas de espectáculos fueron uno de sus principales objetivos. Teatro por teatro los manifestantes exigieron el cese de todas las funciones en señal de homenaje a los muertos del Depósito. A las puertas del Teatro Real se produjeron algunas escenas violentas que llevaron a la apertura de un sumario judicial contra los instigadores de la concentración. También hubo coacciones sobre los embajadores de Francia y Alemania, que paseaban por la calle Arenal, y a los cuales se obligó a quitarse el sombrero como muestra de duelo. Si el luto no era respetado, se imponía. Más tarde los grupos se dirigieron a distintos clubes de la alta sociedad para

[15] José Luis CARRETERO: *Eduardo Barriobero. Las luchas de un jabalí*, Móstoles, Queimada, 2017. Huellas del activismo de Barriobero en Óscar ANCHORENA: *El republicanismo en Madrid. Movilización política y formas de sociabilidad, 1874-1923*, Tesis Doctoral, Madrid, UAM, 2019. Barriobero formaba parte a principios del XX de un conjunto de "republicanos revolucionarios que no parecían estar conformes del todo con ninguna de las grandes familias" y basculaban en torno a Ernesto Bark. Algunos de estos militantes terminaron engrosando las filas radicales años después y adoptaron el discurso más obrerista y rupturista de las facciones republicanas. Véase pp. 448 y ss.

reclamar que pusieran en sus balcones colgaduras negras y dieran por concluidas sus actividades. El Círculo de Bellas Artes, el Casino de Madrid o el Círculo de la Gran Peña formaron parte de su recorrido. La *visita* a este tipo de espacios de influencia social y poder simbólico era todo un clásico en las protestas de los obreros de los suburbios de las principales ciudades europeas. En el West End, centro financiero, comercial y recreativo del Londres victoriano, el pánico que estas marchas dejaban en los miembros de clubes y sociedades era físico pero, sobre todo, espacial. La irrupción de las gentes del East End en sus espacios de reunión y esparcimiento era vivida como la transgresión de una frontera simbólica, como un acto político[16].

Los indignados vecinos del suburbio terminaron su paseo por Madrid (apréciese en este punto su contraposición con las excursiones de reporteros curiosos por la periferia) visitando las redacciones de las principales cabeceras de prensa. Los manifestantes entregaron a los directores de los medios un documento en el que llamaban a una gran movilización para el día siguiente[17]. El folleto, firmado por una veintena de ciudadanos del suburbio y redactado en Villa Constancia, era elocuente en sus demandas:

> "A los obreros y al pueblo de Madrid en general:
>
> Ciudadanos: La avaricia del capitalismo y la incalificable tolerancia de nuestros gobernantes, han proporcionado un día de luto a esta población. No pueden alegar ignorancia los culpables de tan inmensa catástrofe y sus amparadores, pues la Prensa ha anunciado más de una vez la proximidad de la catástrofe. Es tan inmensa ésta, que nuestro corazón apenado y nuestra inteligencia ofuscada no encuentran frases con que expresarlas, porque no tenemos más que llanto en los ojos e indignación en el alma. Indignación, sí, y tan grande, que nos hace pensar en las grandes reivindicaciones sociales y en el momento que se haga valer la vida de un hombre más que un miserable puñado de pesetas. No hay que acusar al acaso, no hay que inquirir las causas de tan inmensa catástrofe porque ésta era inminente, necesaria, fatal; porque no era posible de ninguna manera que una obra realizada e inspirada por la avaricia, por el afán de lucro, tuviera la consistencia necesaria.
>
> ¡Asombraos! ¡En vez de cemento se ha usado cal y arena para realizar una obra de tal importancia, una obra que su mismo nombre lo indica, "cemento armado", debiera haberse hecho con cemento y de buena calidad!
>
> Esta es la más grande acusación que se puede lanzar al rostro de esos infames explotadores del pueblo. Hay que protestar y que pedir el inmediato castigo de los culpables y para ello os citamos hoy domingo, a las tres de la tarde, en la Glorieta de Cuatro Caminos, para ir en correcta manifestación a pedir justicia a los poderes públicos"[18]

[16] El West End londinense sufrió varias *invasiones*, siendo la más sonada la revuelta de febrero de 1886. Véase Amy MILNE-SMITH: "The Importance of Space and Place. Clubland and the Divided Capital", en *London Clubland. A cultural history of gender and class in Late Victorian Britain*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2011, pp. 167-199. En Madrid las autoridades temían este tipo de marchas desde antaño. En los primeros actos del Primero de mayo los gobernantes ya dieron órdenes estrictas de salvaguardar el interior de la ciudad y concentrar retenes en el límite entre ensanche y extrarradio (en ocasiones en los propios fielatos). Véase Archivo General Militar de Madrid (AGMM), Orden Público, 5853.7. El rechazo a demostraciones obreras en el centro de la ciudad en AHN, Gobernación, Serie A, Leg. 63A, Exp. 12.
[17] El relato en *El Liberal*, 9 de abril de 1905, *El País*, 9 de abril de 1905 y *La Época*, 11 de abril de 1905.
[18] *El Liberal*, 9 de abril de 1905.

Como Canuto o Yesares, algunos de los firmantes eran republicanos. Como Ibarra, otros sentían simpatía por las ideas anarquistas. La mayoría eran vecinos sin adscripción política conocida. Nombres del montón, como Cecilio San Pedro o Cayetano Bragado. Todos parecían de acuerdo. No era momento de símbolos de parte. Aquella había de ser una protesta del barrio en su conjunto. Quizás por ello, no se indicó en ningún lado la filiación política de los signatarios del manifiesto. Tampoco lo supieron los directores de los periódicos, que se limitaron a reproducir en sus ediciones del día siguiente el documento que habían recibido de unos vecinos desconocidos. De puertas afuera, los convocantes eran simples habitantes del suburbio. Trabajadores de las obras. Allegados de muertos y heridos. De cara al interior del barrio, la cuestión de los apellidos políticos tampoco importaba demasiado. Los republicanos y anarquistas de Cuatro Caminos que se colaron en el manifiesto seguramente se parecieran más al vecino medio del extrarradio que a sus correligionarios del resto de la ciudad. Las gentes de la periferia compartían experiencias, costumbres y una manera similar de leer los acontecimientos públicos o mirar a Madrid. Si participaban de esos valores, el resto era secundario.

Ilustración. Vecinos de Cuatro Caminos por el centro de Madrid. Fuente: *El País*, 10 de abril de 1905.

Aquí reside uno de los puntos de disenso con la actuación de las organizaciones políticas y sindicales afincadas en el centro de la ciudad. El caso más claro fue el de los socialistas, que también movieron ficha en aquellos momentos de desconcierto y rabia[19]. Poco después de tener noticia de lo sucedido, una comisión de vocales de la sociedad de albañiles El Trabajo, afiliada a UGT, se acercó al lugar de la catástrofe y se entrevistó con algunos peones para recabar información sobre sus condiciones laborales. Esa misma

[19] Centramos aquí toda la atención en los socialistas pues fueron ellos quienes más activos se mostraron. Es preciso mencionar, no obstante, que también los distintos partidos republicanos establecidos en Madrid, así como numerosas entidades privadas, socorrieron a las víctimas. Véanse *El País*, 9 y 10 de abril de 1905.

noche, mientras los vecinos aún buscaban cuerpos bajo los escombros, se reunieron en el centro de la calle Relatores, precursor de la Casa del Pueblo, las principales entidades obreras de la capital. Necesitaban trazar un plan de acción. No estaban acostumbrados a lidiar con situaciones de esa magnitud. Desde hacía tiempo los socialistas se habían especializado en las pequeñas huelgas. Conflictos laborales de baja intensidad en los que volcaban todos sus esfuerzos y llevaban las de ganar. Su *modus operandi* siempre era el mismo: objetivos concretos, prudencia sindical, presión sobre los patronos, victoria segura. Esta vez la situación era distinta. No tenían la sartén por el mango ni estaban en condiciones de proclamar una huelga o abrir una negociación. La iniciativa había partido de individuos anónimos. Donnadies de la periferia que no solo entendían la protesta en términos laborales o de clase, sino que también lo hacían movilizando otros recursos ajenos al horizonte de referencias de los socialistas, como el barrio y la desigualdad de trato entre áreas urbanas. Los vecinos que habían copado las concentraciones de primera hora tenían sus propios objetivos. Muchos de ellos, además, estaban poco familiarizados con las tácticas societarias, pues eran muchachos sin ocupación, amas de casa, vendedoras ambulantes, taberneros o jornaleros. Sujetos que se sentían cómodos en las calles, sin liderazgos rígidos ni estrategias depuradas que obedecer[20].

Los socialistas tenían que fijar su propia posición si no querían verse arrastrados por el torrente popular. Así, tras la reunión en el centro de Relatores las juntas directivas de las distintas sociedades obreras visitaron al gobernador civil y le trasladaron su propósito de organizar una manifestación de homenaje a los afectados para el martes 11 de abril, una vez que se hubieran calmado los ánimos de las primeras protestas. El gobernador accedió a sus propósitos y juntos, autoridades y líderes del movimiento obrero, determinaron el itinerario de la marcha. La concentración arrancaría de la plaza del Progreso, junto al centro de la calle Relatores, y recorrería distintas vías del interior de la ciudad hasta terminar en el cementerio del Este. Ni rastro de los suburbios. Encabezarían la manifestación los representantes de las distintas sociedades obreras afiliadas a UGT y el mismísimo gobernador civil, el Conde de San Luis. El acto contaba, pues, con el beneplácito de los poderes públicos[21]. Conseguido el permiso, los socialistas lanzaron un manifiesto dirigido a todos los madrileños:

> Ciudadanos:
>
> Os invitamos a la manifestación que hemos organizado para el martes próximo con el exclusivo objeto de expresar públicamente el inmenso dolor que ha producido a

[20] Sobre la acción política y sindical de los socialistas, véanse Antonio ELORZA: "Socialismo y agitación popular en Madrid (1908-1920)", *Estudios de historia social*, 18-19 (1981), pp. 229-261; Michel RALLE: "Socialistas madrileños (De los orígenes de la agrupación a 1910)", *Estudios de historia social*, 22-23 (1982), pp. 321-358; ÍD: "Cultura obrera y política socialista: los primeros decenios del PSOE", *Ayer,* 54 (2004), pp. 49-70; ÍD: "Disciplinar la huelga. Iglesias y la 'defensa económica'. ¿No solo un modelo sindical?", en Carmen FERNÁNDEZ (coord.): *Estudios sobre Pablo Iglesias y su tiempo*, La Coruña, Universidade da Coruña, 2013, pp. 211-238; Santiago CASTILLO: "El socialismo madrileño hace un siglo. Un anhelo de reforma", *Arbor*, 666 (2001), pp. 411-430; Antonio ELORZA, Michel RALLE: *La formación del PSOE*, Barcelona, Crítica, 1989; Francisco SÁNCHEZ PÉREZ: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid 1901-1923*, Madrid, Cinca, 2005.

[21] Las autoridades civiles miraban con tranquilidad la actuación de los socialistas desde hacía tiempo. Así, una circular de Gobernación fechada en 1902 indicaba: "ya están acostumbradas las sociedades obreras al ejercicio pacífico y tranquilo de los derechos de reunión y asociación, por lo que no hay que mirar esto con recelo ni mostrar desconfianza hacia un acto [el Primero de mayo] que más bien tiende a moralizar y educar a las clases obreras". Véase AHN, Gobernación, Serie A, Leg. 44, Exp. 20.

> cuantos abrigan en su pecho sentimientos honrados la tremenda catástrofe ocurrida en el Depósito de las Aguas, y de llevar a los obreros que perecieron en ella varias coronas donadas por diversas entidades.
>
> Pretendemos que esta manifestación revista la seriedad que tienen todos los actos que celebramos, y que su grandiosidad corresponda al fin que persigue: honrar a los infelices hermanos nuestros que murieron en el trabajo.
>
> Aquellos que piensan que los actos de esta naturaleza deben ir acompañados del desorden y del tumulto, conviene, para bien de todos, que no concurran a la manifestación, porque sus palabras solo servirían para dar origen a polémicas y cuestiones que quizás la desvirtuasen y empequeñeciesen.
>
> A esta solemne muestra de duelo, es preciso que acudamos desprovistos de pasiones y malquerencias, olvidando, momentáneamente, que hay que depurar responsabilidades y exigir el castigo de los culpables. A la manifestación debemos ir -tal es nuestro criterio- con el ánimo entregado al recuerdo de quienes tratamos de honrar, de los desgraciados proletarios que cayeron envueltos en el santo sudario.
>
> Rogamos a los comerciantes madrileños, y en nuestro ruego les advertimos que no hay la menor sombra de imposición ni de amenazas, que se asocien al duelo que aflige a todos los que sienten las desgracias de sus prójimos, cerrando los establecimientos situados en las calles que ha de recorrer la manifestación durante el tiempo que esta desfile.
>
> […]
>
> ¡Ciudadanos! ¡Trabajadores! ¡Acudid a la manifestación y testimoniad con vuestra presencia el sentimiento que os ha producido la muerte de tantos buenos compañeros, que solo los que cumplen estos deberes son los que saben obligar, por todos los medios, a los poderes públicos que castiguen con mano dura a los causantes de las desgracias que hoy lamentamos![22]

Los socialistas estaban convencidos de que su causa solo crecería si lograba parecer respetable a ojos del gran público. Por ello no había en el documento referencias al capitalismo ni al resto de mantras que formaban el panteón marxista. La retórica era amable. De consenso. El texto, además, estaba repleto de censuras a las movilizaciones que siguieron a la catástrofe. En primer lugar, los socialistas aparcaban por el momento el asunto de las responsabilidades y se limitaban a honrar tributo a los muertos. Lo contrario que los vecinos, que habían silbado a las autoridades y apedreado a sus representantes en las inmediaciones del Depósito y luego habían exigido la cabeza de los contratistas a las puertas del Ministerio de Gobernación. En segundo lugar, los socialistas pedían orden a los concurrentes. No podían volver a repetirse los choques con la fuerza pública. El socialismo era un movimiento serio. Con aspiraciones. Quienes asistieran a la manifestación deberían someterse a unas normas de conducta. El documento, además, se cerraba con el orden que había de seguir la comitiva. Todo estaba perfectamente calculado. Desde la primera bandera hasta el último hombre. Con esos mimbres, aquella marcha sería de todo menos un acto abierto a la libre expresión popular. Finalmente, los socialistas dedicaron unas líneas a tranquilizar a los dueños de negocios del centro,

[22] *El Liberal*, 10 de abril de 1905.

atemorizados tras el carrusel de coacciones vivido la tarde anterior, cuando los vecinos del suburbio invadieron la ciudad e impusieron el luto por doquier[23].

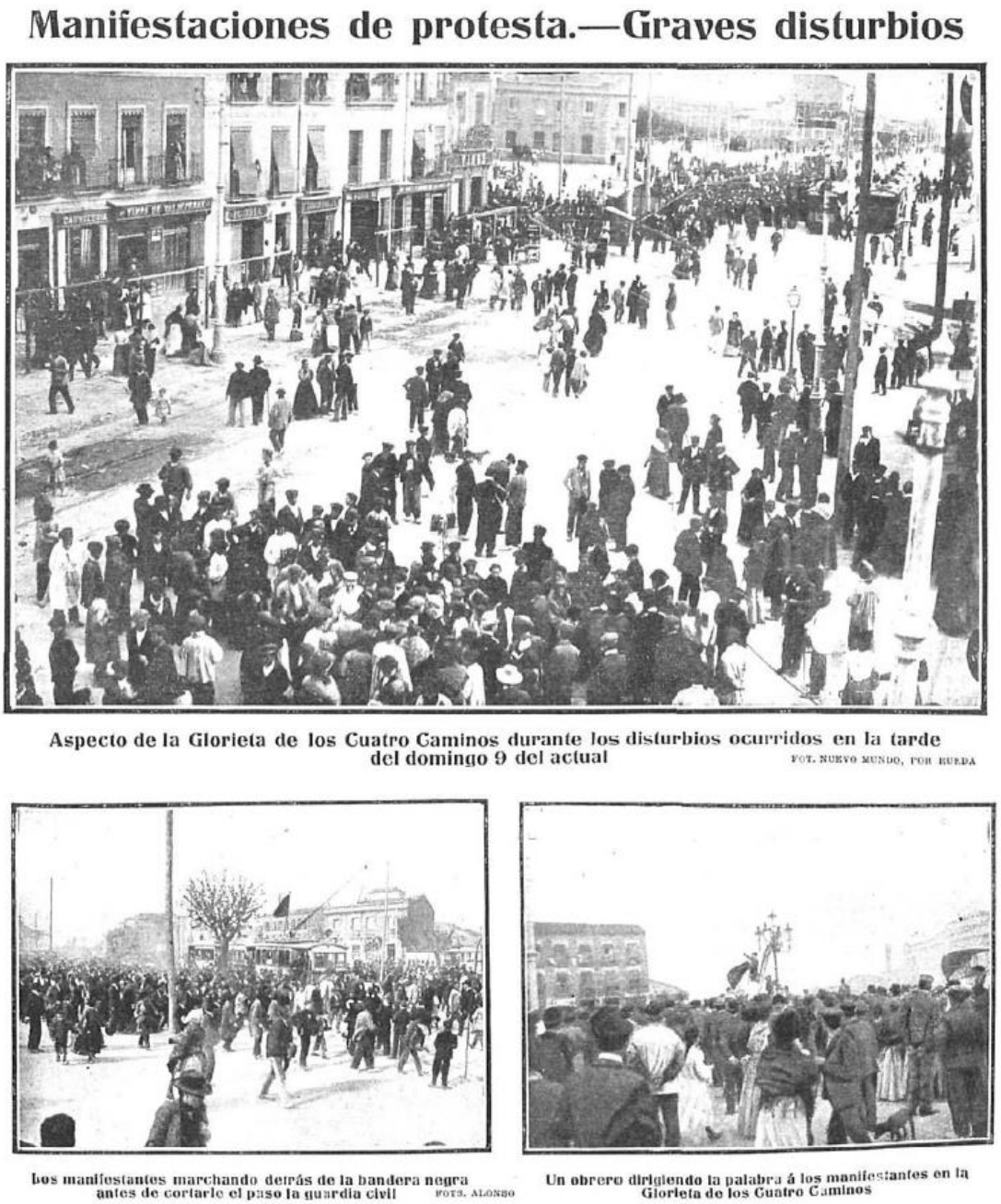
Para mayor contraste, el documento vio la luz a la misma hora en que estaba fijada la manifestación de los vecinos. Poco antes de las 3 de la tarde la glorieta de Cuatro Caminos presentaba un aspecto imponente. Fuerzas a caballo y a pie patrullaban la zona. Decenas de agentes esperaban órdenes en unos puestos montados para la ocasión. Otros permanecían agazapados en las casillas de los empleados de consumo, tan odiados por las gentes de las afueras. Los guardias al mando estaban al corriente de lo acordado entre los socialistas y el gobernador civil, por lo que trataron de dispersar a los grupos y avisaron de que la única manifestación legal y autorizada era la convocada por el centro de sociedades obreras de la calle Relatores. Si alguien quería honrar a los muertos, tendría oportunidad de hacerlo en la gran marcha cívica del martes. Aquellas órdenes, no obstante, chocaban con la experiencia cotidiana de los vecinos, acostumbrados a un uso desregulado y bullicioso del espacio público. En las afueras nunca se había esperado el *nihil obstat* de las autoridades. Tampoco el de los líderes del movimiento obrero. Así, desoyendo todas las advertencias, los grupos trataron de iniciar la manifestación. Ibarra, Yesares, Barriobero y otros vecinos salieron del merendero de Canuto con una gran bandera negra. En ese instante, "dos secciones de guardias arremetieron sable en mano contra el núcleo más grueso, aquel en que iba la famosa bandera negra, cuya posesión se hizo cuestión de honra para los agentes gubernativos". Un capitán consiguió arrebatársela al obrero que la portaba. Los grupos intentaron recuperar la enseña, lo que motivó nuevas cargas, persecuciones y desbandadas. Los agentes sacaron a punta de pistola a los vecinos refugiados en las tabernas próximas. Tras esas escenas, los guardias se replegaron sobre sus posiciones, confiados en que los manifestantes cejarían en su empeño. No fue así.

Al poco rato numerosos grupos cercaron los puestos en actitud amenazante, como antaño se cercaba la casa de socorro o la delegación de policía en el curso de un motín. Las mujeres gritaban indignadas. Una de ellas, descrita por la prensa como una *Louise Michel* local, anunció que no se retirarían hasta que no les fuera entregada la enseña[24]. Avasallado, el coronel Elías, jefe del dispositivo, terminó devolviendo la bandera a uno de los hombres que más se distinguía en sus presiones, Leopoldo Zamora, aquel jornalero con tantos amigos sepultados entre los cascotes. La multitud lo celebró enfervorecida. Barriobero tomó la palabra: "Vamos ante los poderes públicos a pedir que haya castigo para todos los culpables y socorros para todas las víctimas". Tras su alocución, Zamora ondeó la bandera recuperada desde lo alto de una escalera y arengó a los presentes. La

[23] Los socialistas se esforzaron por marcar distancias con las acciones radicales. Un ejemplo de ello fue lo sucedido en marzo de ese mismo año. Miguel García Abajo, obrero, falleció en un accidente laboral. El día del entierro se registraron incidentes entre los miembros del cortejo fúnebre, que pretendían marchar por el centro de la ciudad, y la policía, que tenía órdenes de impedirlo. Los agentes dispararon sobre la multitud, lo que desató una batalla campal. En un acto en que hablaron Vicente Barrio y Pablo Iglesias, los oradores, muy críticos con la actitud de la policía, censuraron también la reacción de los compañeros del difunto. Véase *El País*, 10 de abril de 1905. No pensaban lo mismo los obreros que tomaron parte en aquel suceso. Uno de ellos escribió una carta elocuente: "Si acometimos a los polizontes fue en legítima defensa. Si se promueven nuevos tumultos, del Gobierno será la culpa. Si es necesario que nos defendamos, lo haremos hasta en la agonía de la muerte". Sobre la muerte y entierro de García Abajo, véase Luis DÍAZ: *La conquista de la modernidad: Madrid, 1880-1936. Un estudio aplicado al sector suroeste del casco antiguo*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2015, pp. 342-345.

[24] La prensa subrayó el liderazgo femenino. *El Heraldo de Madrid* señaló que las mujeres increpaban a los hombres que no participaban y les daban ánimos para luchar. Véase su edición de 10 de abril de 1905.

manifestación se puso en marcha. Los grupos avanzaron hacia la capital ocupando la calle Bravo Murillo. No llegaron muy lejos. Pronto salieron a su encuentro decenas de guardias. Volvieron entonces los forcejeos. Las pugnas cuerpo a cuerpo. Los enfrentamientos. Los agentes dispararon sobre la multitud. Hombres y mujeres de todas las edades cayeron acribillados. El fuego duró más de 20 minutos y fue acompañado de cargas de caballería. Los manifestantes respondieron lanzando adoquines, piedras y otros proyectiles. El resultado fue estremecedor. Un obrero murió y hubo decenas de heridos, como Cecilio San Pedro, compañero de Zamora y firmante del manifiesto vecinal. Numerosos guardias hubieron de ser atendidos en dependencias sanitarias. Fue el particular domingo sangriento de los suburbios madrileños.



Ilustraciones. Protestas en Cuatro Caminos. Arriba, en primer plano, manifestantes a las puertas del merendero de Canuto. Abajo, imágenes de los disturbios. Fuente: *Nuevo Mundo*, 13 de abril de 1905.

Horas después de la refriega la calle Bravo Murillo parecía un campo de batalla. Pavimento levantado. Sangre en el suelo. Camillas con enfermeros. Humo por todas partes. Para garantizar definitivamente el orden, el gobierno civil mandó desplegar lanceros en todo el terreno que iba de la glorieta de Quevedo a la de Cuatro Caminos. Ellos guardarían la frontera y conseguirían limitar a los suburbios el impacto de la protesta. Madrid quedaría a salvo. Los ánimos, en todo caso, aún seguían caldeados. Tuvo ocasión de comprobarlo el marqués de Vadillo, titular de la cartera de Obras Públicas. El ministro visitó a última hora las inmediaciones del Depósito con la intención de observar los daños sufridos en la edificación, pero hubo de desistir de su propósito. Los grupos destrozaron su carruaje y huyó escoltado hacia la ciudad. Era uno de los últimos coletazos del conflicto[25].

Canuto, Ibarra, Yesares, Zamora y otros vecinos fueron detenidos. Al día siguiente las plazas del centro aparecieron enarenadas en previsión de nuevos altercados que nunca llegaron. Desde aquel momento la batalla se libró en la prensa, especialmente la republicana, que utilizó un lenguaje virulento para calificar lo sucedido. Según *El País*, los obreros de los suburbios eran víctimas de "ladrones" (la administración y los contratistas) y "asesinos" (los guardias). Los mandos policiales reaccionaron airados. Para el coronel Elías, en línea con algunos de los mitos con que se caricaturizaba en la época la protesta popular, lo ocurrido en Cuatro Caminos era obra de la incultura y el vino: "La chusma, compuesta por mujeres y hombres completamente borrachos, quería celebrar una manifestación pública tomando como pretexto un trapajo negro que llevaban a guisa de bandera. No hicimos más que cumplir nuestra misión, deshaciendo una manifestación no autorizada"[26]. El gobernador civil, por su parte, decidió suspender la manifestación que las sociedades de trabajadores habían convocado para el martes 11. Según adujo, resultaba imposible "evitar que en la manifestación proyectada puedan mezclarse con los elementos sanos que organizan el acto, y de cuya seriedad y corrección no hay ningún motivo para dudar, esos otros elementos perturbadores que pretenden sacar partido hasta de las mayores desgracias para producir motines y algaradas". Había una protesta lícita y comedida y otra inaceptable e insolente[27].

Los socialistas parecían compartir su diagnóstico. Aunque guiados por otras motivaciones, relacionadas con la disputa que las distintas organizaciones de izquierdas tenían por ganar el favor de las clases populares de la capital, los socialistas quisieron marcar una frontera clara entre sus métodos y los de los manifestantes del suburbio[28]. La crónica de los sucesos recogida en *El Socialista* no escatimaba en reproches al comportamiento de los vecinos, a quienes veía, también en sintonía con distintos tópicos de la época, como víctimas de demagogos, manipuladores y explotadores de la ignorancia obrera. Sus argumentos coincidían, en lo esencial, con los movilizados aquellos días por los defensores del orden social. En opinión de los socialistas, o al menos de quienes se encargaban de marcar la línea editorial del semanario, los que intentaron manifestarse en Cuatro Caminos eran "seudorrevolucionarios" y "elementos republicanos" "de esos que

[25] El relato en *El Liberal*, 10 de abril de 1905 y *El País*, 10 de abril de 1905.
[26] Las calificaciones en *El País*, 10 y 11 de abril de 1905. Las palabras de Elías en el número del día 11.
[27] *El País*, 10 de abril de 1905.
[28] La competencia entre el republicanismo más popular y los socialistas por conquistar los barrios obreros en Óscar ANCHORENA: *El republicanismo en Madrid. Movilización política y formas de sociabilidad, 1874-1923*, Tesis Doctoral, Madrid, UAM, 2019, pp. 325-327.

constantemente sueñan con pescar en aguas revueltas". Ellos habrían sido los responsables de las desgracias ocurridas el domingo. Según la narración, la manifestación habría sido una "ridícula exhibición", un "procedimiento incomprensible" que habría "causado un grave daño a la clase trabajadora". La actuación de aquel día, además, habría brindado una ocasión de oro a policías y gobernantes para reprimir a los trabajadores y criminalizar la única convocatoria legítima, que había de ser "de recogimiento y duelo" y no de enfrentamiento. Para los socialistas aquellos días estaba en juego algo mucho más grande que el propio accidente laboral: la dignidad de la clase obrera en su conjunto y la justeza de sus reivindicaciones. Por ello la protesta había de estar sujeta a una serie de pautas que garantizaran su éxito y no mancharan su imagen ante el gran público[29].

La táctica socialista fue criticada acerbamente por *La Revista Blanca*, el semanario anarquista que editaban en Cuatro Caminos Federico Urales y Soledad Gustavo. En el número del 15 de abril se decía que los socialistas andaban negociando en los despachos mientras los obreros eran fusilados en Cuatro Caminos. El artículo hacía bromas con la obsesión de los socialistas por el orden en la manifestación ("como si fuera Semana Santa", "exigencia ritual de la secta", "protestar para ellos es pasear") y tachaba a los líderes de UGT y PSOE de ser "castradores de las energías populares")[30]. La acción pública de los libertarios del suburbio, igual que la de los republicanos, seguramente pasó confundida o inadvertida entre las manifestaciones del vecindario. Los anarquistas de la capital, por su parte, organizaron un mitin de protesta en su local de Costanilla de los Ángeles, en pleno centro de la ciudad. En él peroraron algunos vecinos de Cuatro Caminos, como Abelardo Saavedra, profesor de la escuela laica del barrio y uno de los principales agitadores de la lucha inquilinaria en los suburbios. Significativamente, este mitin también fue reprimido por la policía, que detuvo al obrero Bermejo, otro habitual de esos mítines que congregaban a federales y libertarios en Villa Constancia[31].

Tras unas semanas de tensión y negociaciones, finalmente la marcha oficial, pactada y acordada entre las sociedades obreras afiliadas a UGT y el gobierno civil terminaría celebrándose el domingo 23 de abril. Aquel día los socialistas establecieron su propio servicio de seguridad, que veló para que no se produjera ningún incidente. La procesión fúnebre transcurrió con total tranquilidad y acabó, tal y como estaba previsto, en el cementerio del Este, donde Pablo Iglesias realizó el único discurso de la jornada. Los periódicos de orden elogiaron la actitud y disciplina de los socialistas, que por fin consiguieron su objetivo: honrar a los muertos y ganarse el favor de la opinión pública. Al lado de los agitadores que chocaron con la policía durante días en Cuatro Caminos, los líderes socialistas parecían pacíficos, prudentes y respetables. Gente de fiar. Políticos que perseguían la consecución de mejoras sustantivas dentro de la ley[32].

---

[29] *El Socialista*, 14 de abril de 1905. Más adelante los socialistas denunciaron que los que protestaron contra la fuerza pública una vez que se decidió acordonar el Tercer Depósito no eran "elementos genuinamente obreros […] sino esos otros ganosos de aprovechar todas las ocasiones, por extemporáneas que sean, para hacer gala de su mal gusto y de su escasa perspicacia". Véase *El Socialista*, 21 de abril de 1905.

[30] *La Revista Blanca*, 15 de abril de 1905.

[31] *El Liberal*, 12 de abril de 1905. Sobre Bermejo, próximo a Barriobero, Canuto y Yesares, véase *El País*, 6 de septiembre de 1903. De Saavedra ya se habló en el segundo capítulo de esta tesis doctoral.

[32] Para el papel de los socialistas en la protesta, véase Rubén PALLOL: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2011, pp. 534-535.

Principales implicados en las protestas tras el derrumbe del Tercer Depósito		
Nombre	**Participación**	**Condiciones de vida**
Leopoldo Zamora	Firmante del manifiesto vecinal. Líder de las protestas. Detenido	Jornalero. Vive en Ticiano 13. Paga 8 pesetas de alquiler
Canuto González	Firmante del manifiesto vecinal. Líder de las protestas. Detenido	Tabernero. Vive en Bravo Murillo 73. Paga 150 pesetas de alquiler
Isidro Ibarra	Firmante del manifiesto vecinal. Líder de las protestas. Detenido	Jornalero. Vive en Almansa 3. Paga 20 pesetas de alquiler
Ricardo Yesares	Firmante del manifiesto vecinal. Líder de las protestas. Detenido	Electricista. Vive en Almansa 16. Sin datos de alquiler
Cecilio San Pedro	Firmante del manifiesto vecinal. Herido grave en las protestas	Jornalero. Vive en Oviedo 5. Paga 7,50 pesetas de alquiler
José Jiménez Martín	Firmante del manifiesto vecinal	Jornalero. Vive en Bravo Murillo 51. Sin datos de alquiler
Cayetano Bragado	Firmante del manifiesto vecinal	Zapatero. Vive en Ticiano 10. Paga 7,50 pesetas de alquiler
Andrés M. Díaz	Firmante del manifiesto vecinal	Jornalero. Vive en Cuatro Caminos 1. Paga 12,50 pesetas de alquiler
Antonio García	Firmante del manifiesto vecinal	Obrero. Vive en Artistas 9. Paga 15 pesetas de alquiler
Agustín Perosanz	Firmante del manifiesto vecinal	Jornalero. Vive en Carolinas 15. Paga 8 pesetas de alquiler.
Marcelino Ruiz	Firmante del manifiesto vecinal	Jornalero. Vive en Manuel Luna 5. Paga 7,50 pesetas de alquiler
Juan Alonso	Firmante del manifiesto vecinal	Jornalero. Vive en Carlos Latorre 7. Paga 12 pesetas de alquiler
Luis Cámara	Firmante del manifiesto vecinal	Albañil. Vive en Bravo Murillo 77. Paga 10 pesetas de alquiler
Ángel Gil	Firmante del manifiesto vecinal	Empleado público. Vive en Artistas 1. Paga 22,50 pesetas de alquiler
Santos Riesgo	Firmante del manifiesto vecinal	Jornalero. Vive en Almansa 15. Paga 15 pesetas de alquiler
Blas de los Reyes	Firmante del manifiesto vecinal	Zapatero. Vive Bravo Murillo 90. Entre dos familias pagan 25 ptas. de alquiler
Facundo Urraca	Asesinado en las protestas	Obrero. Vivía en Don Quijote 10. Sin datos de alquiler
Luciano Bergón	Herido en las protestas	Jornalero. Vive en Artistas 11. Paga 9 pesetas de alquiler
Isabel Gómez	Herida en las protestas	Ama de casa. Vive en Berruguete 7. Sin datos de alquiler
Paula Mauras	Herida en las protestas	Ama de casa. Vive en Castillejos 6. Sin datos de alquiler.
Aniceto Elvira	Herido en las protestas	Jornalero. Vive en Istúriz 2. Paga 10 pesetas de alquiler
Doroteo Laza	Herido en las protestas	Jornalero. Vive en Orense 1. Paga 8 pesetas de alquiler
Jesús Simón	Detenido en las protestas	Jornalero. Vive en Hernani 9. Paga 9 pesetas de alquiler
Juan Cebrián	Detenido en las protestas	Jornalero. Vive en Artistas 2. Paga 8,75 pesetas de alquiler

Tabla. Implicados en las protestas. Fuente: Prensa y AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1905.

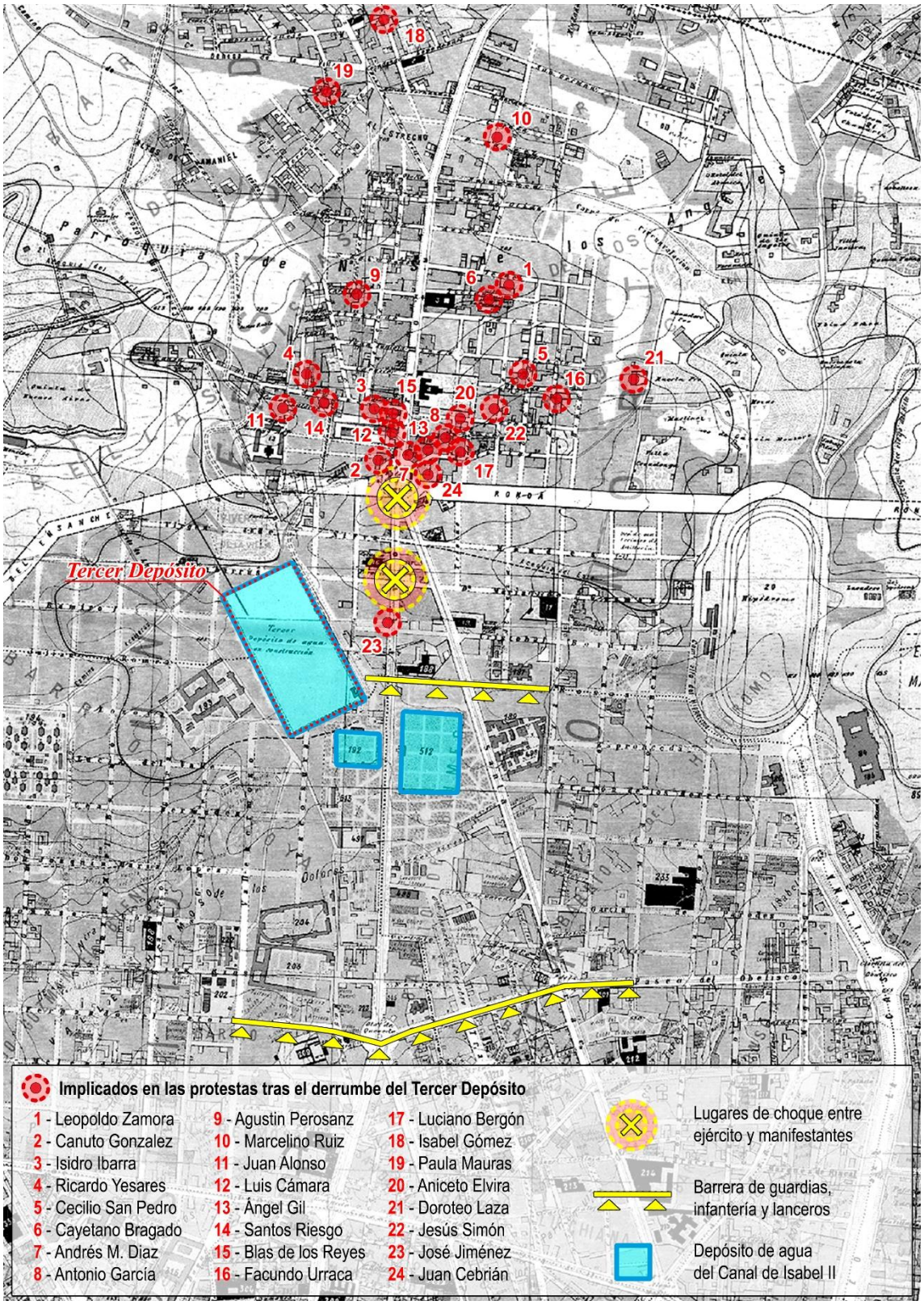


Figura. Espacios de la protesta y domicilio de los vecinos implicados en los disturbios tras el derrumbe. Elaboración propia a partir de Facundo CAÑADA: *Plano de Madrid y pueblos colindantes al empezar el siglo XX*, Madrid, 1900.

Al tiempo que eso sucedía, Canuto, Ibarra, Zamora y el resto de vecinos que se habían destacado en la protesta seguían en la Cárcel Modelo. Para ellos no había alabanzas ni parabienes. A unos se les imputaba haber sido los organizadores de las coacciones y violencias cometidas a las puertas del Teatro Real la tarde del derrumbe. A otros se les acusaba de haber tratado de burlar el cordón policial y de haber agredido a la fuerza armada al día siguiente en los Cuatro Caminos. Algunos estaban procesados en ambas causas. La hecatombe dejó una huella enorme en la barriada. Lechos vacíos. Huérfanos. Viudas embarazadas. Familias sin más ingresos que la caridad de los ricos de la ciudad y la solidaridad de los vecinos del suburbio[33]. En junio las mujeres de los presos se movilizaron para conseguir la libertad bajo fianza de sus maridos. Escribieron a la prensa y se entrevistaron con el nuevo gobernador civil, Ruiz Jiménez, proclive a poner fin a la situación de cautiverio. Las mujeres actuaban con la legitimidad que les daba el ser las garantes de la economía familiar. Ellas habían comandado los disturbios y ellas se ponían ahora al frente de otros formatos de protesta con el fin de restablecer el orden cotidiano en la barriada y en sus hogares. Gracias a sus gestiones, los presos fueron liberados en julio, tres meses después del desastre[34].

2. Radiografía del conflicto. Autonomía vecinal y lucha de clases en las protestas de 1905

Los sucesos de abril de 1905 en Cuatro Caminos constituyen un excelente mirador desde el que observar algunos elementos característicos de la cultura política del suburbio. En primer lugar, el hundimiento del Tercer Depósito marcó con sangre las abismales diferencias que había entre la ciudad oficial y el extrarradio, esto es, entre la capital de España y la capital del Madrid proletario. Estas diferencias, fácilmente reconocibles en lo cotidiano, normalizadas en las estadísticas sociales y demográficas, se volvieron extraordinarias en la coyuntura del desastre. Una aplastante mayoría de los muertos y los heridos eran vecinos de la periferia. También eran habitantes de la zona los que participaron en las labores de salvamento, cura, traslado o solidaridad con los afectados. Los que organizaron la protesta. Los que impusieron el luto en los espacios de sociabilidad del centro. Los que fueron atendidos en la casa de socorro tras la manifestación ilegal. Los que dieron con sus huesos en la cárcel. Cuatro Caminos demostró entonces por qué la historia de ese Madrid crecientemente complejo y heterogéneo podía ser aún la historia de dos ciudades. Aquello no era flor de un día. Las coyunturas singulares como la abierta tras el derrumbe simplemente posibilitaban que aquellos comportamientos, hábitos y principios que regían el día a día en los suburbios afloraran y funcionaran a la vista de todos.

En segundo lugar, los enfrentamientos entre vecinos y policías grabaron sobre el espacio la frontera que separaba un Madrid de otro. Para los gobernantes fue imposible domesticar la revuelta en el extrarradio, territorio comanche desde tiempo atrás. En 1905,

[33] Las mujeres en la esfera pública en Temma KAPLAN: "Female Consciousness and Collective Action. The Case of Barcelona, 1910-1918", *Signs. Journal of Women in Culture and Society*, 7 (1982), pp. 545-566; Carlos GIL ANDRÉS, *Protesta popular y orden social en La Rioja de fin de siglo, 1890-1905*, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 1995, pp. 93-101; Víctor LUCEA: "Amotinadas: las mujeres en la protesta popular de la provincia de Zaragoza a finales del siglo XIX", *Ayer*, 47 (2002), pp. 185-208.
[34] *El Imparcial*, 7 de julio de 1905.

igual que pasara en 1897 con los motines antifiscales, el suburbio fue tomado por los manifestantes. Otra cosa bien distinta era lo que pudiera suceder en el resto de la ciudad. La marcha de los vecinos del suburbio por las calles céntricas la tarde del desastre causó pavor entre la mesocracia de la capital. Pero fue una excepción. Una suerte de carnaval sociopolítico. Al día siguiente las autoridades estaban apercibidas y los guardias civiles impidieron a tiros y sablazos que el virus de las afueras infectara el conjunto del cuerpo urbano. La geografía de la protesta no era inocente. Tampoco la de la defensa de la ciudad. El escenario dibujado aquellos días sería una constante en las décadas siguiente. Por un lado, en los suburbios se convirtió en tradición el tratar de descender sobre Madrid para protestar contra las desigualdades entre barrios o entre ciudadanos. Por otro lado, las elites urbanas extrajeron una importante lección de aquellas jornadas y ensayaron en conflictos sucesivos vías de contención o represión de los disturbios que salvaguardaran los espacios representativos del poder y los barrios habitados por las clases medias.

La pugna por desbordar la ciudad liberal nos lleva al tercer elemento que puede destacarse de aquellos días. La protesta de los vecinos de Cuatro Caminos no solo puso en apuros a las autoridades urbanas. También entró en conflicto con los planes de los líderes del movimiento obrero organizado. Este asunto, pasado por alto en los distintos estudios que han analizado las revueltas de 1905, exige abordar un examen profundo de la movilización. Aunque el desastre fue un accidente laboral, las manifestaciones de denuncia de las condiciones de trabajo y en demanda de prisión para los contratistas tuvieron desde el primer momento un inconfundible aroma a protesta de barrio. Los muertos y heridos eran obreros del Canal. Pero eran, en su mayoría, trabajadores eventuales. Unos días se empleaban en el Depósito, otros días hacían de mozos de cuerda y otros sacaban algunas pesetas de la venta ambulante de verduras o de la recogida de basura en las calles *bien* de la Villa. Su profesión no venía definida por la regularidad o la cualificación, sino por la temporalidad y la ausencia de conocimientos especializados[35]. Estos condicionantes impidieron que muchos de ellos echaran raíces en su entorno laboral y se asociaran a los sindicatos de UGT, que se nutrían por aquella época de artesanos cualificados como los tipógrafos, litógrafos o panaderos. Entre los socialistas también había obreros de la construcción, pero estos eran trabajadores con habilidades técnicas, como los carpinteros o los fundidores, o albañiles integrados en cuadrillas y con lugar de trabajo estable. Justo lo contrario de lo que sucedía en los tajos del Tercer Depósito[36].

La actuación de los socialistas tras el derrumbe confirma esta hipótesis. Del centro de Relatores partió hacia el Canal una comisión que tenía por objeto conocer el número

[35] Las hojas de empadronamiento así lo indican. La mayor parte de los afectados afirmaban ser jornaleros. Solo dos de los trabajadores del Canal localizados en el extrarradio señalaban su trabajo en las obras del Tercer Depósito. Véase AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1905. Apuntan en la misma dirección las historias de vida recogidas en prensa. En la mayoría de los casos, los afectados habían conseguido recientemente el trabajo en las obras del Canal. Véanse *El Liberal*, 9 al 16 de abril de 1905.

[36] Michel RALLE: "Socialistas madrileños (De los orígenes de la agrupación a 1910)", *Estudios de historia social*, 22-23 (1982), pp. 321-358. No todo era blanco o negro. Uno de los fallecidos en el desastre era Manuel Arboledas, dirigente de la sociedad de carpinteros de armar, afiliada a UGT. Significativamente, Arboledas era uno de los pocos afectados que no residía en el extrarradio norte, sino que lo hacía en los barrios populares del sur del casco antiguo, concretamente en la calle Amparo. Es pertinente señalar que la afiliación a las sociedades de trabajo de UGT era mucho mayor que la militancia en el PSOE y que muchos de sus asociados ni siquiera eran socialistas. Véase Alejandro TIANA: *Maestros, misioneros y militantes. La educación de la clase obrera madrileña, 1898-1917*, Madrid, CIDE, 1992, pp. 107 y ss.

de trabajadores empleados en las obras y sus condiciones laborales. Datos que habitualmente figuraban en los libros de actas de las sociedades obreras. A principios de siglo los socialistas se manejaban con soltura en fábricas medianas y pequeños talleres. También comenzaban a despertar simpatías entre oficinistas y empleados. Las grandes obras públicas, en cambio, eran su talón de Aquiles. Tal vez por ese motivo, las protestas tuvieron como protagonistas no solo a compañeros de las víctimas, sino también a amas de casa, muchachos de la calle, desempleados, pequeños tenderos o jornaleros. Sobre todo jornaleros. Ellos componían el grueso del mercado laboral del extrarradio y ellos fueron quienes marcaron el tono de la movilización. Eran el 66% de los varones en edad de trabajar en las afueras. Casi el doble que en el resto de la ciudad, donde los trabajadores manuales eventuales alcanzaban el 37%. La diferencia era aún mayor si se incluía a las mujeres en el cálculo. Jornaleros y jornaleras suponían un 62% de la población activa de Cuatro Caminos, mientras que tan solo llegaban al 27% en el conjunto de Madrid.

Clasificación sociolaboral de Cuatro Caminos en 1905

Categorías profesionales	% Hombres	% Mujeres	% Total
Profesionales liberales	1,59	1,09	1,55
Empresarios	0,2	1,09	0,27
Empleados y funcionarios	2,34	0	2,15
Comerciantes y dependientes	4,13	6,01	4,29
Servicios personales, domésticos y de seguridad	6,23	59,56	10,68
Agricultura	1,64	2,73	1,73
Trabajadores manuales no eventuales	17,28	9,29	16,61
Trabajadores manuales eventuales	66,58	20,22	62,71

Tabla. Clasificación sociolaboral de Cuatro Caminos en 1905. Trabajadores mayores de 14 años. Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1905

Clasificación sociolaboral de Madrid en 1905

Categorías profesionales	% Hombres	% Mujeres	% Total
Profesionales liberales	7,92	2,61	6,44
Empresarios	1,56	0,71	1,32
Empleados y funcionarios	9,10	0,22	6,63
Comerciantes y dependientes	11,64	3,53	9,38
Servicios personales, domésticos y de seguridad	13,90	82,68	33,09
Agricultura	0,87	0,17	0,67
Trabajadores manuales no eventuales	17,54	7,68	14,84
Trabajadores manuales eventuales	37,46	2,39	27,63

Tabla. Clasificación sociolaboral de Madrid en 1905. Trabajadores mayores de 14 años. Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1905[37].

[37] Los datos del conjunto de la ciudad proceden de Rubén PALLOL, Santiago DE MIGUEL, Luis DÍAZ: "HISCO en Madrid: una propuesta metodológica para el estudio de los mercados laborales en el pasado", *Revista de Demografía Histórica*, 32 (2014), pp. 103-144.

Existía, además, un factor que distorsionaba la estadística en las afueras. La calle Bravo Murillo y la glorieta de Cuatro Caminos albergaban algunas edificaciones de calidad, lo que atrajo a un puñado de empleados, patronos y artesanos cualificados que difuminaron el dominio abrumador de los jornaleros. Sin contar con dichas vías, el número de trabajadores eventuales se acercaba al 90% en muchas zonas del suburbio. El viejo caserón de Artistas 2, uno de los más antiguos y humildes de la barriada, y hábitat tanto de algunos heridos en la catástrofe, como de algunos detenidos en las protestas, sirve para ejemplificarlo. El inmueble, repartido en dos alturas, alojaba a 73 familias. En todo el edificio había 96 varones en edad de trabajar, de los cuales 80 eran jornaleros. Algo similar ocurría en el número 5 de la calle Hernani, hogar de dos afectados por el derrumbe, Vicente Pérez, que terminó muriendo, y Jesús Navarro, herido de gravedad. Entre sus puertas habitaban 24 hombres con empleo: 21 trabajadores eventuales, un carpintero, un albañil y el dueño de una modesta carbonería.

Clasificación sociolaboral del inmueble de Artistas 2

Categorías profesionales	N.º Hombres	% Hombres
Profesionales liberales	1	1,04
Empresarios	0	0
Empleados y funcionarios	0	0
Comerciantes y dependientes	1	1,04
Servicios personales, domésticos y de seguridad	3	3,12
Agricultura	1	1,04
Trabajadores manuales no eventuales	10	10,41
Trabajadores manuales eventuales	80	83,33

Tabla. Clasificación sociolaboral del inmueble ubicado en la calle Artistas 2. Trabajadores varones. Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1905

Aquellas edificaciones no solo destacaban por su extraordinaria concentración de jornaleros. También lo hacían por el elevado número de inmigrantes que se alojaba tras sus puertas. En sus patios y escaleras se escuchaban acentos de toda España. A principios del siglo XX Madrid era una ciudad de inmigrantes. En el ensanche norte, por ejemplo, los varones en edad de trabajar nacidos fuera de Madrid alcanzaban el 68%[38]. Los barrios populares del casco antiguo, como Dos de Mayo, presentaban cifras idénticas. En el extrarradio las proporciones eran ligeramente superiores (71%). Las diferencias afloran, en cambio, si observamos con el microscopio las calles de las que salieron los heridos, los fallecidos y los implicados en los disturbios. En casa de Leopoldo Zamora, en la calle Ticiano, los cabezas de familia forasteros alcanzaban el 87,50%. Un porcentaje muy similar al que presentaba el bloque de viviendas de Hernani 5 reseñado más arriba. En la misma calle, en el caserón de Hernani 9, donde tenía su morada Jesús Simón, detenido por su papel en las protestas, todas las familias eran inmigrantes[39].

[38] Rubén PALLOL: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2011, p. 374.
[39] AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1905.

Estas diferencias resultan importantes no por considerar que existiera una correlación entre determinados rasgos sociales y determinadas posturas políticas, sino por el tipo de articulación social que se daba en cada uno de estos lugares. Los inmigrantes, y en particular los inmigrantes recientes, como los que se arremolinaban en las afueras de la gran ciudad, eran individuos menos integrados en el mercado laboral que los nativos. Solo los forasteros con alto grado de cualificación laboral o con densas redes de parentesco o paisanaje en la ciudad podían aspirar a un empleo fijo al llegar a Madrid. Los demás andaban de un lado a otro en busca de ocupación[40]. La irregularidad en el trabajo, además, derivaba en una menor inserción de estos sujetos en los circuitos sindicales, hijos, en parte, de la estabilidad y las rutinas corporativas. Cuando todo en sus vidas cambiaba, desde su salario hasta su ocupación, el suburbio, en el que muchos habían recalado originalmente por no poder costearse un cuarto en el interior de la ciudad, era su único elemento de permanencia. Su ancla. Residir en las afueras era su condena. Pero también su tabla de salvación. En la periferia los inmigrantes pobres habían tenido su particular integración urbana. Allí habían forjado numerosos vínculos con sus vecinos, a quienes les unían temores, preocupaciones y condiciones de vida y con quienes se habían embarcado en multitud de iniciativas de ayuda mutua. También allí habían aprendido a pensarse y designarse en común. Ante la precariedad del día a día y el abandono de la administración, el barrio se convirtió en el principal espacio de solidaridad para muchos inmigrantes recién llegados y para otros, madrileños o no, que no tenían más remedio que habitar en las afueras. Sus experiencias de protesta eran más urbanas que laborales[41].

Cabezas de familia inmigrantes en los hogares de los afectados por el derrumbe

Inmuebles de afectados y manifestantes	% Inmigrantes
Artistas 2	83,56
Oviedo 5	81,82
Oviedo 6	81,63
Cicerón 4	86,66
Hernani 5	86,37
Hernani 9	100
Lugo 4	88,89
Don Quijote 10	83,33
Ticiano 13	87,50

Tabla. Cabezas de familia inmigrantes. Hombres y mujeres. Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1905

[40] Fernando VICENTE, Borja CARBALLO: "Ser inmigrante en Madrid (1860-1930)", en Miguel Ángel DEL ARCO, Antonio ORTEGA, Manuel MARTÍNEZ (eds.): *Ciudad y modernización en España y México*, Granada, Editorial de la Universidad de Granada, 2013, pp. 441-464.

[41] Analiza este fenómeno Tyler STOVALL: *The Rise of the Paris Red Belt*, Berkeley, University of California Press, 1990. Para Stovall la solidaridad entre inmigrantes y las rutinas compartidas de la vida comunitaria fueron la base del despegue comunista en el cinturón rojo parisino, y no el conflicto industrial o la lucha de clases. El barrio como espacio primario de la vida obrera en José Luis OYÓN: "Historia urbana e historia obrera: reflexiones sobre la vida obrera y su inscripción en el espacio urbano, 1900-1950", *Historia Contemporánea*, 24 (2002), pp. 11-58.

A primera vista, las revueltas de 1905 fueron la mayor expresión de lucha de clases habida en la ciudad de Madrid hasta el momento. Los enfrentamientos cuerpo a cuerpo con la policía, la interrupción de la vida comercial y recreativa en los espacios de sociabilidad de la burguesía y el imponente reguero de sangre y barrotes que dejaron aquellas jornadas así parecían atestiguarlo. El liderazgo que los socialistas alcanzaron en las negociaciones con el gobierno por la realización de la marcha de duelo y el hecho de que finalmente esta se celebrara bajo las banderas del partido y las sociedades obreras también parecía confirmarlo. Sin embargo, si descendemos de los titulares al escenario del conflicto es posible realizar otra interpretación. Vistos a ras de suelo, los de abril de 1905 fueron unos disturbios callejeros protagonizados por jornaleros, inmigrantes y mujeres y no por obreros con una férrea conciencia de clase o una impecable cultura sindical. La procedencia social, en todo caso, no determinaba ningún tipo de acción. Como mucho establecía, ensanchaba o estrechaba condiciones de posibilidad. Pero no más. No había una protesta de jornaleros y otra de proletarios. Lo que hizo singular la movilización obedecía a factores culturales, antropológicos. Al *ethos* del lugar. A sus costumbres. A la autopercepción de sus habitantes. Así, al acercar la lupa, aquellas jornadas se nos revelan como un episodio más de lucha comunitaria frente al desamparo institucional. Una protesta del barrio en su conjunto[42].

Fue así desde el primer momento. No por casualidad, los firmantes del manifiesto eran todos vecinos del suburbio. En Cuatro Caminos estaban acostumbrados a esa práctica, pues con frecuencia dirigían escritos de queja a las autoridades o sumaban sus nombres a colectas para montar una escuela, empedrar una calle o constituir una sociedad de baile. Eran duchos en la materia. Por eso no esperaron a recibir las consignas de los líderes políticos o sindicales del centro de la ciudad ni las acataron cuando estos trataron de marcar una hoja de ruta. En su lugar, organizaron las acciones a desarrollar por su cuenta, conforme a sus intereses y valores. Como habían hecho siempre.

En ese sentido, los vecinos de la afueras que tomaron parte en las protestas movilizaron los recursos culturales y simbólicos que habían forjado en su día a día y que habían dado forma a su identidad, desde la solidaridad, la autonomía o la horizontalidad hasta la lucha por el control del espacio. Sin aquellos recursos labrados a fuego lento durante décadas habría sido imposible que los vecinos levantaran de la noche a la mañana una revuelta capaz de desafiar a las elites urbanas y a los dirigentes obreros por igual. La clave, a nuestro entender, no residió en la fuerza de una organización o grupo de vanguardia, sino en la existencia de tres ingredientes que hicieron de soporte a la movilización: la solidez de los vínculos creados en el vecindario; el inagotable sentimiento de agravio que había cundido en las afueras y que permitía leer la desgracia del Canal con los mismos marcos con que se habían entendido otros casos de maltrato institucional; y el aprendizaje de autoorganización de unos sujetos acostumbrados a resolver sus problemas por sí mismos[43].

[42] En ese sentido, seguimos algunas ideas de David C. Wright, quien propone abandonar cualquier análisis exclusivamente materialista-determinista-obrerista de la formación de los "cinturones rojos" en los suburbios europeos. Véase David C. WRIGHT: "How the Paris 'Red Belt' Became Red", *French Politics and Society*, 10 (1992), pp. 74-81.

[43] La insistencia en los factores antropológicos, la experiencia y la interpretación común de los acontecimientos puede verse en Alberto MELUCCI: "Getting involved. Identity and Mobilization in Social Movements", *International Social Movement Research*, 1 (1988), pp. 329-348; Daniel CEFAÏ: "Otro

La protesta se desarrolló en un clima de fraternidad y confianza. Para el habitante medio del extrarradio era relativamente sencillo sumarse a la revuelta. No tenía que seguir las directrices de unos líderes lejanos o desconocidos. Tampoco debía obedecer consignas extrañas. Solo tenía que unirse a sus vecinos. La ausencia de emblemas de parte, además, debió de facilitar el acceso a los sujetos más alejados de posicionamientos políticos radicales pero igualmente sensibilizados con lo sucedido. Cualquiera podía situarse tras una enseña negra. Muchos de los convocantes gozaban de legitimidad y prestigio en el interior de la comunidad. Conocían la dinámica de la protesta. Tenían una experiencia previa como activistas por los derechos e intereses del suburbio. Canuto, Ibarra, Yesares y compañía habían figurado en mil y una causas de la barriada. Su trayectoria les avalaba. Otros aparentemente más desconocidos, como José Jiménez Martín, uno de los primeros firmantes del manifiesto, se habían destacado en las algaradas antifiscales de 1897. La continuidad de nombres se trasladaba también a los lugares. El documento que llamaba a la concentración ilegal se había escrito en Villa Constancia, igual que tantos otros en el pasado, y los grupos que tomaron parte en la manifestación al día siguiente se reunieron en dicho merendero para ultimar detalles[44]. El disturbio, además, tuvo lugar en las calles, que desde antaño se había convertido en el cuadrilátero en que los vecinos de las afueras resolvían sus disputas (Bravo Murillo, glorieta de Cuatro Caminos)[45]. Finalmente, la protesta compartía códigos con otras acciones colectivas del suburbio. El protagonismo femenino en los primeros enfrentamientos recordaba a los motines por la falta de agua, en denuncia de algún atropello de tranvía o contra los excesos de los empleados del fielato. La exigencia de reparación inmediata y la personificación de los culpables en los poderes del centro de la ciudad parecía seguir el guion de las manifestaciones tumultuosas camino del Ayuntamiento en 1897, las comisiones vecinales en demanda de tal o cual servicio o las impertinentes cartas de queja enviadas a los periódicos. Incluso los intentos por traspasar la frontera que separaba su entorno de vida de la ciudad liberal engarzaban con hábitos bien arraigados en el ritual de protesta del suburbio.

Tomando en consideración todas estas variables podemos afirmar que las revueltas de abril de 1905 estuvieron presididas por la familiaridad y la costumbre. Los hilos que unían los disturbios con experiencias de conflicto anteriores o con vivencias cotidianas permiten entender aquellas jornadas como una muestra más de la política popular que venía desarrollándose en las afueras desde hacía tiempo. Solo las circunstancias hicieron de aquel episodio un evento excepcional. Del mismo modo que las acciones de los socialistas tenían una firma particular y una puesta en escena concreta, que podía verse en su visión disciplinada y prudente de la huelga o en las intervenciones de sus vocales

enfoque de la cultura política. Repertorios de identidad y marcos de interacción, formatos narrativos de los acontecimientos públicos, regímenes de negociación y arreglos sindicales", *Foro Internacional*, 147 (1997), pp. 150-16; Doug McADAM, John McCARTHY, Mayer N. ZALD (coords.): *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Istmo, 1999, pp. 21-46; Sidney TARROW: *El poder en movimiento*, Madrid, Alianza, 2004.

[44] La continuidad en los lugares de encuentro e interpretación de acontecimientos fue crucial. Han examinado este fenómeno, para distintas latitudes, Christina PAROLIN: *Radical Spaces. Venues of Popular Politics in London, 1790-c. 1845*, Canberra, ANUP, 2010; Katrina NAVICKAS: *Protest and the Politics of Space and Place*, 1789-1848, Manchester, Manchester University Press, 2016.

[45] La calle como cuadrilátero de la lucha sociopolítica de la gente corriente en Leif JERRAM: *Streetlife. The Untold History of Europe's Twentieth Century*, Oxford, Oxford University Press, 2011.

en la Comisión de Reformas Sociales, también había un patrón de actuación reconocible en las protestas del barrio[46].

Así, por la falta de arraigo de los socialistas entre los trabajadores eventuales, por la masiva concentración de jornaleros e inmigrantes en el suburbio y por la activación de lógicas de protesta que solo podían entenderse desde dentro de la barriada (y que privilegiaban las causas colectivas del extrarradio sobre el conflicto de clase), la revuelta de 1905 escapó al control de los socialistas o supuso al menos un desafío a su concepto de movilización proletaria. Con todo, la disyuntiva entre una política popular aislada de ideologías y una política formal representada por los socialistas resulta reduccionista y poco matizada. Los libertarios y republicanos de la barriada se hicieron notar en las protestas. Lo hicieron a título individual. Sin sacar sus emblemas. Sin consultar a nadie en Madrid. Canuto, Ibarra, Yesares o Zamora eran, antes que nada, hombres de las afueras. A pesar de sus querencias políticas, su ámbito de actuación casi siempre se había circunscrito al extrarradio, donde se habían manejado con autonomía, al margen de jerarquías rígidas, objetivos de fondo o liderazgos fuertes como los que sí había en el PSOE. Su discurso, además, estaba teñido de reminiscencias populistas, de una fe en la acción esclarecida de la multitud (o de una pretensión de confundir la parte con el todo y presentar su causa como *la causa del pueblo*) que chocaba con las tácticas socialistas y entroncaba a la perfección con la política callejera y desregulada de la periferia[47].

Tal y como hubo ocasión de analizar en el capítulo anterior, en los suburbios se había formado un espacio común de radicalismo popular, demagogia antielitista, solidaridad barrial y suspicacia hacia los políticos profesionales en el que se movían como peces en el agua algunos federales y libertarios. No en vano, sus principios y valores se fueron cincelando y entallando al calor de las luchas cotidianas de la periferia. Canuto, Ibarra y el resto de compañeros seguramente compartieran más entre sí y con cualquiera de sus vecinos que con sus correligionarios del resto de la ciudad. Así, no se trata de negar u ocultar la filiación republicana o libertaria de algunos implicados en las protestas sino de insistir en que todas esas sensibilidades devenían secundarias en el magma común de la cultura política del suburbio, que funcionaba como una suerte de mapa con el que los vecinos se orientaban o como un idioma con el que estos se entendían[48].

Esto no quiere decir que los socialistas residentes en Cuatro Caminos no comprendieran ese idioma o se perdieran mirando aquellas cartografías. Ellos bien podían participar de esa cultura o incluso haberse involucrado en las manifestaciones. La cultura política era un patrimonio socialmente disponible sujeto a usos creativos o a reformulaciones. Era un ámbito de actividad práctica, no una norma a obedecer o un

[46] La política popular y las formas políticas ordinarias en Claire JUDDE DE LARIVIERE, Julien WEISBEIN: "Dire et faire le commun. Les formes de la politisation ordinaire du Moyen Âge à nos jours", *Politix*, 119 (2017), pp. 7-30; Malcolm CHASE: "Popular politics", en David BROWN, Robert CROWCROFT, Gordon PENTLAND (eds.): *The Oxford Handbook of Modern British Political History*, 1800-2000, Oxford, Oxford University Press, 2018, pp. 48-66.

[47] José ÁLVAREZ JUNCO (comp.): *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1987; ÍD: *El Emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Madrid, RBA Libros, 2011.

[48] La metáfora de la cartografía procede de María SIERRA: "La cultura política en el estudio del liberalismo y sus conceptos de representación", en Manuel PÉREZ LEDESMA, María SIERRA (coords.): *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 2010, pp. 233-261.

principio a ejecutar. Sin embargo, el estilo y las prácticas que marcaron la movilización casaban mal con el horizonte político y estratégico de Pablo Iglesias y el resto de dirigentes obreros. Desde los primeros tiempos de la Agrupación Socialista Madrileña, los marxistas de la capital se habían caracterizado por la prudencia respecto a la acción colectiva. La revolución requería tiempo, preparación y dirección. La hora de los trabajadores llegaría. Mientras tanto había que formar al proletariado, educarlo en la lucha laboral y mejorar sus condiciones de vida participando en las instituciones. Solo cuando la clase obrera hubiera cobrado conciencia de su misión y su destino podría hablarse de revolución. En opinión de los primeros apóstoles socialistas, la llegada de esa coyuntura era un axioma inexorable. Solo había que esperar la marcha del tiempo: la propia evolución del capitalismo llevaba en su vientre las condiciones de su desaparición. La fe en el cumplimiento de estas premisas había llevado a los líderes socialistas a abominar, tanto en público como en privado, de la violencia callejera y los enfrentamientos abiertos, que no serían otra cosa que demostraciones estériles e ineficaces de una fuerza popular sin rumbo ni objetivos. Frente al espontaneísmo y la inmediatez de los disturbios, los socialistas abogaban por encuadrar a la militancia, mimar la organización, hacer un cálculo cuidadoso de las oportunidades políticas y definir de manera precisa la finalidad de sus acciones. Aunque el día de la emancipación obrera estuviera lejano, no podían dilapidarse esfuerzos en batallas inútiles que solo acarrearían represión y frustración. Faltaba mucho para que los socialistas abrazaran la revolución como procedimiento legítimo para derribar el orden existente, algo que no llegaría, al menos discursivamente, hasta la crisis de la Restauración[49].

Del mismo modo que los suburbios hicieron añicos las previsiones de técnicos e ingenieros municipales con su abrupta aparición y desbordaron los usos y estilos de la cultura política liberal con sus demandas y reivindicaciones, en abril de 1905 las gentes del extrarradio desbordaron las estrategias y técnicas de movilización de los líderes del movimiento obrero. En las afueras de Madrid había tomado cuerpo una realidad que resultaba incontenible incluso para aquellos que se preciaban de representar los intereses de los trabajadores. La frontera urbana funcionaba en dirección de ida y vuelta. Fijaba sobre el terreno las distinciones sociales y culturales, pero también señalizaba los límites que encontraban las diferentes elites urbanas en el ejercicio del poder, incluidas las socialistas. Los dirigentes sindicales estaban habituados a manejarse en las distancias cortas de una negociación con un patrono, en los espacios reducidos de un taller o en el cara a cara de una reunión societaria en algunos de los salones del centro de la calle Relatores. Siempre en espacios cerrados y privados. Frente a esa tradición de recato en la movilización, los vecinos de la periferia habían hecho de la calle el coso central de la vida en común y estaban acostumbrados a batirse el cobre por su disfrute o su control con guardias o policías[50].

[49] La concepción socialista de la violencia y la lectura teleológica del capitalismo en Santos JULIÁ: *Violencia política en la España del siglo XX*, Madrid, Taurus, 2000, pp. 145-190. El paulatino deslizamiento de la crítica a los procedimientos insurreccionales hacia su justificación en Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: "El socialismo español ante la violencia política y la revolución (1879-1923)", en Carmen FERNÁNDEZ (coord.): *Estudios sobre Pablo Iglesias y su tiempo*, La Coruña, Universidade da Coruña, 2013, pp. 239-270.

[50] Aunque en abril de 1905 los socialistas no tuvieran representación municipal, cualquier madrileño conocía a Iglesias, Largo Caballero, Barrio o García Quejido. Constituían la aristocracia del movimiento obrero, sobre el que se arrogaban un papel director. Es en ese sentido en el que los incluimos en la categoría

En Cuatro Caminos el modelo socialista de entender la acción colectiva y la práctica política chocó de plano con otro bien distinto. La diferencia de pareceres fue total. Mientras unos ocuparon el espacio público en busca de un resarcimiento inmediato, otros se reunieron una y otra vez con los poderes urbanos para organizar una manifestación con permiso de la autoridad. Sería un error, no obstante, querer ver en dicha oposición dos bloques monolíticos sin puntos de contacto. Que muchos vecinos del suburbio se hubieran sumado a las revueltas o que estas tuvieran un parentesco claro con otras habidas por esos lares no implicaba que en el extrarradio reinara la unanimidad. Había quienes no veían con buenos ojos las algaradas. Quienes preferían los procedimientos templados y se fiaban más de la consecución de mejoras graduales mediante la lucha sindical. O quienes, sencillamente, tenían una profunda fe socialista. Igualmente, podía haber vecinos convencidos de la utilidad de la protesta callejera o suspicaces ante el tacticismo socialista que, llegada la hora, no dudaran en apoyar al PSOE en las urnas por creer que eran quienes mejor podían representar sus intereses, por estar de acuerdo con determinados puntos de su programa o por cualquier otra razón.

Resulta interesante terminar esta radiografía de lo sucedido tras el derrumbe con un somero análisis de las elecciones municipales celebradas en Madrid ese otoño[51]. Aquellos fueron unos comicios singulares. Chamberí acababa de configurarse como distrito, por lo que la lucha por conquistar las cinco concejalías en juego fue encarnizada. Todos los partidos presentaron candidatura (cada opción podía proponer hasta tres nombres). También quisieron probar suerte un puñado de candidatos independientes o escindidos de las grandes agrupaciones. Los socialistas, que ya en 1901 se habían quedado cerca de conseguir representación en otros distritos, prepararon las elecciones al detalle. Presentaron un programa que atendía las necesidades cotidianas de los vecinos más pobres del distrito. Su manifiesto electoral combinaba las preocupaciones laborales, como la fijación de un salario mínimo o la reivindicación de la jornada de ocho horas en las obras municipales, con asuntos de índole urbana o residencial, como la creación de cantinas escolares y baños públicos, el control de la higiene de las viviendas o el establecimiento de un sistema de asistencia médica gratuita. Los socialistas parecían haber tomado nota de lo sucedido en abril, cuando su insistencia en la clase y el trabajo les separó de la masa jornalera que poblaba la zona, e incorporaron en su programa algunas de las demandas más habituales del vecindario. Los candidatos también parecían cuidadosamente seleccionados: junto a Pablo Iglesias, máximo dirigente del partido, figuraba Largo Caballero, estuquista y vecino del arrabal de Chamberí, y Rafael García Ormaechea, abogado, residente en la zona más lujosa del ensanche. Su presencia era un guiño tranquilizador para las clases medias[52].

---

de "élites". La calle como coso central de la vida en común en Chris EALHAM: "La calle como memoria y conflicto (Barcelona, 1914-1923)", *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 34 (2005), pp. 113-134.

[51] El fracaso de sociólogos, politólogos y otros analistas a la hora de entender las motivaciones de los electores en situaciones en las que se disponía de abundante información demoscópica, como el Brexit, el referéndum por la paz en Colombia o el ascenso de Donald Trump al poder, debe servir para subrayar los límites de cualquier aproximación historiográfica que pretenda ver en el comportamiento electoral de los agentes del pasado la manifestación de un sistema de ideas y preferencias fijo, cerrado y coherente.

[52] Ha trabajado sobre estas elecciones y ha analizado el papel de los socialistas en Chamberí Rubén PALLOL: "Socialistas en el Madrid jornalero. La conquista electoral socialista en el Chamberí de 1905", en José María ORTÍZ DE ORRUÑO, Javier UGARTE, Antonio RIVERA (coords.): *Movimientos sociales en la España contemporánea*, Madrid, Abada, 2008, pp. 327-328.

Los republicanos, por su parte, se presentaban más fragmentados que nunca. No obstante, entre las diversas candidaturas de este signo brillaba un nombre con luz propia. El de Canuto González. En octubre los líderes de Unión Republicana visitaron la barriada y dieron un mitin en el teatro Hernani, junto a la escuela laica que Canuto había ayudado a montar. Los afiliados de Unión Republicana en Chamberí ya habían elegido a dos de sus candidatos: José Moirón y Evaristo Fernández, residentes en la zona del ensanche[53]. El partido, no obstante, había guardado una plaza para integrar en la lista a una figura con predicamento en el suburbio. En el transcurso del acto algunos concurrentes entregaron a los organizadores hojas de firmas en las que se pedía que Unión Republicana incluyera en su candidatura a distintos vecinos del extrarradio. Canuto González era uno de ellos. Su nombre fue el más aclamado por la asamblea cuando los oradores leyeron en voz alta las propuestas, lo que convenció a los prohombres de Unión Republicana de su idoneidad. Él sería el tercer candidato del partido[54]. A la altura de 1905 la práctica habitual entre los republicanos era la selección de candidatos en antevotaciones o la designación de los mismos por la cúpula del movimiento. En esta ocasión, y sabedores del peso demográfico, y por tanto electoral, que el suburbio empezaba a tener en el conjunto del distrito, los republicanos dejaron a un lado sus procedimientos tradicionales y aceptaron presentar como aspirante a un sujeto con arraigo y apoyos firmes entre los electores (y no solo entre los militantes, como sucedía en las antevotaciones)[55].

La elección de Canuto González, entusiasta, colectiva y por aclamación (véase aquí la distancia entre esta práctica y el voto secreto e individual), era la última esperanza de los republicanos, que temían ser superados en las urnas por los socialistas, más unidos y mejor organizados, y por los partidos del turno, que podían echar mano de la compra de votos o podían valerse de las habituales presiones sobre comerciantes y empleados públicos. Ante esta situación, Canuto era un candidato sólido. Los pliegos de firmas ratificaban su prestigio entre los jornaleros, los albañiles y los pequeños tenderos de la barriada. La fama de su merendero estaba fuera de discusión. De cara a la campaña, además, Canuto se rodeó de sus colaboradores más íntimos, como Leopoldo Zamora, que tomó la palabra en un mitin electoral, o como Blas de los Reyes, un zapatero implicado en las protestas de abril que hizo de interventor en las mesas electorales y movilizó el voto por las callejuelas de la barriada. También apoyaron su candidatura Barriobero y Yesares, dos de sus compañeros en las marchas que siguieron al desastre. Más que una candidatura republicana, parecía una lista de implicados en los tumultos de abril[56].

El veredicto de las urnas fue claro: liberales y socialistas fueron los más votados en el conjunto del distrito. Los primeros, en el gobierno, consiguieron hacerse con dos de las concejalías en juego. Los segundos, que desarrollaron una campaña que destacó por su buena organización y cercanía con el electorado, hicieron pleno y lograron colocar a Pablo Iglesias, Francisco Largo Caballero y Rafael García Ormaechea en el consistorio. Los republicanos fueron los grandes derrotados de la jornada. Canuto quedó a más de 200

[53] *El Liberal*, 23 de octubre de 1905.
[54] *El País*, 22 de octubre de 1905.
[55] Sobre las prácticas electorales de los republicanos madrileños, véanse Santiago DE MIGUEL: "La Unión Republicana en el corazón de la monarquía. El triunfo electoral de 1903", *Historia Contemporánea*, 53 (2016), pp. 553-591; Óscar ANCHORENA: *El republicanismo en Madrid. Movilización política y formas de sociabilidad, 1874-1923*, Tesis Doctoral, Madrid, UAM, 2019.
[56] AVM, Secretaría, 17-120-1, *El País*, 22 de octubre de 1905, *El Imparcial*, 15 de diciembre de 1905.

votos de distancia de los candidatos del partido obrero. La existencia de diversas papeletas republicanas terminó siendo un obstáculo insalvable para el tabernero. Por primera vez desde la fundación del PSOE los socialistas superaron a los republicanos y accedieron a las instituciones madrileñas.

El cuadro ganaba en matices y complejidad si nos aproximamos a las diferentes secciones electorales en que se encontraba dividido el distrito. El apoyo a los socialistas ascendió hasta el 19,46% en todo Chamberí. Aquellas cifras, no obstante, habrían sido mucho mayores de no ser por el escaso número de votos que los socialistas recogieron en los colegios electorales cercanos a la calle Almagro, hábitat de la burguesía de los negocios. Iglesias, Largo Caballero y García Ormaechea consiguieron sus mejores resultados en los antiguos terrenos del arrabal de Chamberí, en torno a la plaza de Olavide, donde aún había una notable concentración de talleres artesanales y pequeñas fábricas[57]. Aquel parecía su electorado natural. Sin embargo, la eficaz campaña de propaganda de los socialistas y la cuidadosa preparación de su programa electoral, dirigido, fundamentalmente, a los jornaleros y los inmigrantes recientes, hizo que los apoyos al partido se dispararan en secciones como la 22, que integraba algunas calles sueltas de Cuatro Caminos y otras correspondientes al extremo norte del ensanche, donde los solares, las fincas vacías y las casas bajas eran la nota dominante. Su porcentaje de apoyo en dicha sección rozó el 40%. 1905 había sido un año de maduración para los socialistas. La estrategia *responsable* tras el desastre había hecho ganar respeto y consideración a los de Pablo Iglesias entre sectores pertenecientes a las clases medias. A la vez, los socialistas habían aprendido la lección de abril. Los límites que entonces encontraron para atraerse el apoyo de las familias y vecinos de los afectados sirvieron en otoño para modular sus propuestas y buscar otras vías de acercamiento a la enorme masa de votantes que poblaba Cuatro Caminos. Todas aquellas experiencias permitieron al PSOE convertirse en un partido polifacético, capaz de representar y conjugar distintos intereses[58].

El análisis a ras de suelo de los apoyos republicanos también permite mostrar algunos fenómenos interesantes. Canuto González quedó lejos de ser escogido concejal, pero ello no se debió únicamente a la mencionada fragmentación del voto republicano o a la irrupción de los socialistas en sus tradicionales viveros electorales. También se debió a la desigual distribución del voto que cosecharon sus candidatos en el distrito. Canuto González tuvo muy modestos apoyos en la mayor parte de colegios electorales ubicados en el ensanche, donde siempre fue un lastre para sus compañeros de lista, bien por ser un candidato desconocido, bien por la fama que pesaba sobre él tras su participación en los disturbios y algaradas de abril. Era difícil que alguien respetable diera su confianza a quien había pasado tantas noches entre barrotes. Su porcentaje de voto en esta parte del distrito apenas alcanzó el 10%. Las tornas cambiaban en Cuatro Caminos. Allí el apoyo a Evaristo Fernández y José Moirón se desvanecía y junto a los socialistas emergía como gran figura Canuto González. No por casualidad el día de los comicios el barrio amaneció con un gran grupo escultórico que algunos vecinos anónimos dedicaron al popular

[57] La descripción de las zonas de Chamberí en Rubén PALLOL: *El Ensanche Norte. 1860-1931. El Madrid moderno*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2015.
[58] Rubén PALLOL: "Socialistas en el Madrid jornalero. La conquista electoral socialista en el Chamberí de 1905", en José María ORTÍZ DE ORRUÑO, Javier UGARTE, Antonio RIVERA (coords.): *Movimientos sociales en la España contemporánea*, Madrid, Abada, 2008, pp. 327-328.

tabernero[59]. En la sección 18, que incluía las casas y comercios de la calle Bravo Murillo, Canuto González superó a los socialistas y rozó el 25% de los sufragios. Algo similar ocurrió en la sección 23, en la que votaban los vecinos de las calles Artistas, Dulcinea, Istúriz, Orden y Hernani. Allí tenían su vivienda muchos de los afectados por el hundimiento del Tercer Depósito y también muchos de los que tomaron parte en las protestas, como Julio Simón o Juan Cebrián. A pesar de la distancia que los vecinos tenían que recorrer para votar, pues el colegio electoral estaba ubicado junto a la plaza de Olavide, y a pesar de que los anarquistas del barrio predicaron la abstención, el apoyo a Canuto en dicha sección fue masivo. Fue el candidato más votado, a distancia considerable de los socialistas y, sobre todo, de sus compañeros de papeleta, a quienes triplicó en votos. Finalmente, en la sección 24, ubicada también en Cuatro Caminos, Canuto quedó en segunda posición, a rebufo de los socialistas. Años de luchas vecinales habían permitido al tabernero amasar un gran capital social, lo que llevó a la candidatura republicana a obtener sus mejores resultados en el distrito. De haberse votado únicamente en Cuatro Caminos, Canuto González habría salido escogido de manera holgada. En cierto modo, sus vecinos parecían refrendar en las urnas su papel al frente de los disturbios y la estrategia de enfrentamiento callejero con la policía.

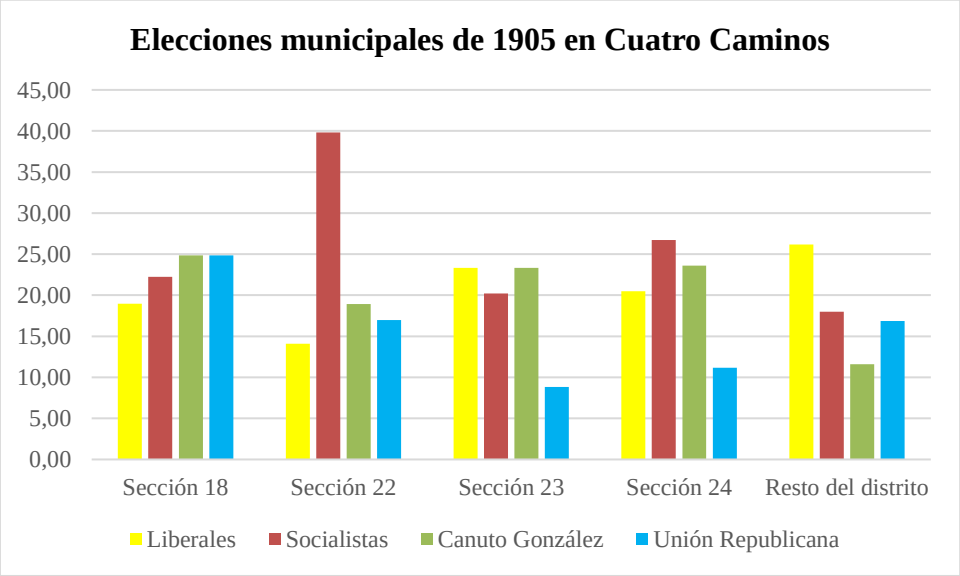


Gráfico. Elecciones municipales de 1905 en Cuatro Caminos. Cada ciudadano podía votar un máximo de tres candidatos. El porcentaje de voto hace referencia al mejor resultado cosechado por cada candidatura. En el caso de Unión Republicana, se comparan los resultados de Canuto con los de Evaristo Fernández, el más votado de la papeleta. Sección 18: calle Bravo Murillo. Sección 22: Alenza, Alonso Cano, Bretón de los Herreros, Cristóbal Bordiú, Espronceda, Guadalajara, Málaga, María de Guzmán, Ríos Rosas, Virtudes (pertenecientes al extremo norte del ensanche) y Cicerón, Don Quijote, Jaén, Lambea Serra, Lugo, Nueva de Guinot y Orense (pertenecientes a Cuatro Caminos). Sección 23: Artistas, Dulcinea, Istúriz, Orden y Hernani. Sección 24: Hipódromo, Nueva y Maudes (pertenecientes al extremo norte del ensanche) y Cuenca, Huesca, Coruña, Ávila, Córdoba, Logroño, Palencia, Lérida, Oviedo, Teruel, Ticiano, Juan de Olías, Lazaga, San Enrique, San Germán y San Pedro (pertenecientes a Cuatro Caminos). Fuente: Elaboración propia a partir de AVM, Secretaría, 17-120-1 (resultados electorales) y *Apéndice al Boletín Oficial del Ayuntamiento de Madrid*, 6 de noviembre de 1905 (correspondencia de secciones).

[59] *La Época*, 12 de noviembre de 1905.

El examen combinado de los tumultos de primavera y las elecciones de otoño ha permitido poner el foco sobre algunos elementos que habían pasado inadvertidos hasta el momento y que consideramos, con Ginzburg, indicios capaces de revelar información sobre algunas de las querellas que dividían a los sectores contrarios al orden establecido[60]. La marcha de los vecinos del suburbio por los espacios de sociabilidad del centro de la ciudad, las piedras contra la policía en la glorieta de Cuatro Caminos, los obstáculos que encontró el PSOE para controlar la protesta o el apoyo electoral cosechado por Canuto González en tiempos en que el republicanismo se hundía en las urnas, son rastros de una gran disputa que, con los años, iría ganando cuerpo hasta eclosionar definitivamente en el período de entreguerras. Incluso el mero hecho de que los socialistas hubieran de modular su discurso y abrazar las políticas urbanas para entrar en el consistorio madrileño resulta enormemente elocuente. Los sucesos de 1905 evidenciaron las distintas posturas que existían en la izquierda europea en torno a la concepción del espacio público, los medios lícitos de participación política, el grado de autonomía popular frente a las organizaciones obreras o la oposición entre calles e instituciones[61]. Estos enfrentamientos, que muchas veces se materializaron físicamente en una fractura entre la ciudad oficial y la ciudad del extrarradio, no tenían únicamente que ver con los apellidos ideológicos o las motivaciones estratégicas de las distintas familias políticas. Tampoco pueden entenderse como una tensión entre las formas arcaicas de protesta, desreguladas, caóticas y en cierto modo reacias a cualquier tipo de transacción o participación en las instituciones, y las formas modernas y organizadas propias de un repertorio de clase o cosmopolita. El análisis a ras de suelo de lo sucedido en los suburbios permite poner en entredicho el valor de dichas categorías interpretativas, típicas de la sociología de la acción colectiva y aplicadas en ocasiones de manera teleológica sobre los comportamientos del pasado. Para los vecinos de Cuatro Caminos no había una forma de protestar desfasada y otra a la altura de los tiempos, sino códigos, prácticas y hábitos íntimamente cosidos a la vida en común, cuyos significados eran conocidos y, en muchos casos, compartidos, en las calles del suburbio. Los donnadie de la periferia se movilizaban por aquellos asuntos y con aquellos recursos que formaban parte de su cotidianidad. Habrá ocasión de verlo con más detenimiento a propósito de la huelga de agosto de 1917, el año de la revolución[62].

[60] Carlo GINZBURG: "Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales", en *Mitos, emblemas e indicios. Morfología e historia*, Barcelona, Gedisa, 1989, pp. 185-239.

[61] Para retratar la tensión entre la política popular y las formas más organizadas nos hemos inspirado en Malcolm PETRIE: *Popular Politics and Political Culture: Urban Scotland, 1918-1939*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2018. Trazas de esa tensión también en Chris EALHAM: *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto, 1898-1937*, Madrid, Alianza Editorial, 2005.

[62] A nuestro modo de ver, en la España de principios de siglo existían diversas culturas de protesta. Sin embargo, creemos que estas no pueden ser resumidas en una cultura popular-comunitaria-informal y otra cultura clasista-laboral-sindical-formalizada. Tal vez para un retrato general o para un balance global del período estas categorías puedan ser de utilidad. En cambio, cuando se acomete una aproximación micro sobre un ecosistema sociocultural concreto, creemos que estas herramientas pierden fuste explicativo y son demasiado rígidas para facilitar una comprensión de los fenómenos que ponga en primer plano las experiencias y lógicas de los sujetos implicados en las protestas. Indica la existencia de estas dos culturas Rafael CRUZ: *Protestar en España, 1900-2013*, Madrid, Alianza Editorial, 2015. Con todo, al margen de esquemas y clasificaciones, nuestro análisis es deudor de muchas de las interpretaciones del autor.

3. 1917: la protesta sin control. Los suburbios y la invención de la huelga general revolucionaria

Por su condición de trauma o esperanza, la revolución rusa marcó el horizonte mental de millones de personas en todo el mundo durante décadas. La importancia de los sucesos de 1917, considerados el acta de nacimiento de una nueva época, se ha estirado a lo largo del tiempo y ha tenido también su impacto entre los historiadores, que en cierto modo han querido buscar en las múltiples revueltas habidas aquel año en Occidente, los ecos de cuanto tuvo lugar en Moscú y San Petersburgo. En este esquema, el levantamiento bolchevique ocuparía un puesto de vanguardia en la evolución histórica, mientras que el resto de protestas, conflictos y conatos insurreccionales de Europa y América serían réplicas tenues de una revolución que solo habría triunfado en Rusia. El caso español, cuyas elites gozaban de mejor salud que las zaristas y cuyo proletariado no estaba aún maduro para empresas de alto voltaje, sería un ejemplo de esta carrera revolucionaria en dos velocidades. A esta interpretación de carácter general cabría añadir algunos rasgos propios de la historiografía política de la Restauración, eminentemente institucional y atenta al impacto de los grandes acontecimientos en la arena política nacional. En estos moldes, la huelga general revolucionaria de 1917 ha sido analizada como una manifestación más de la crisis que sacudió España en 1917. Según el esquema canónico, las autoridades de la Restauración hubieron de hacer frente entre junio y agosto de 1917 a tres desafíos sucesivos que, a pesar de que amenazaron con tumbar el régimen, terminaron por reforzarlo. Primero hubo un movimiento militar, las juntas de defensa, que presionaron sobre el Ejecutivo. Tras un momento inicial de tensión, las demandas castrenses fueron aceptadas por los gobernantes y las juntas se integraron en el sistema. A continuación tuvo lugar un movimiento de reforma democrática, protagonizada por republicanos y regionalistas y domesticado sin complicaciones. Finalmente, en agosto se produjo un movimiento social: la huelga convocada por socialistas y anarquistas, rápidamente sofocada por el Ejército. Como tercer episodio de un fracaso colectivo, la huelga general revolucionaria de agosto habría sido un acto de ingenuidad de los líderes del movimiento obrero. Una suerte de autoinmolación. El colofón a una suma de debilidades[63].

A nuestro juicio, el peso de las teorías difusionistas de la revolución y los condicionantes de la historiografía política española del período han empobrecido la explicación de la huelga general revolucionaria de 1917. Así, durante años, los avances en esta materia se han centrado en el estudio de la historia de las ideas, las organizaciones

[63] Fernando SOLDEVILLA: *Tres revoluciones (apuntes y notas). Las Juntas de defensa. La Asamblea parlamentaria. La Huelga general*, Madrid, Imprenta y Encuadernación de Julio Cosano, 1917; José BUXADÉ: *España en crisis. La bullanga misteriosa de 1917*, Barcelona, Bauzá, 1917; Mauro BAJATIERRA: *Desde las barricadas. Una semana de revolución en España. Las jornadas de Madrid en agosto de 1917*, Tortosa, Monclús, 1918; Andrés SABORIT: *La huelga de agosto de 1917*, México, Pablo Iglesias, 1967; Juan Antonio LACOMBA: *La crisis española de 1917*, Madrid, Ciencia Nueva, 1970; Francisco J. ROMERO: *España, 1914-1918. Entre la guerra y la revolución*, Barcelona, Crítica, 2002; ÍD: "«España no era Rusia». La revolución española de 1917: anatomía de un fracaso", *Hispania Nova*, 15 (2017), pp. 416-442; Miguel MARTORELL LINARES: "«No fue aquello solamente una guerra, fue una revolución». España y la Primera Guerra Mundial", *Historia y Política*, 26 (2011), pp. 17-45; Francisco J. ROMERO, Ángel SMITH (eds.): *La agonía del liberalismo español: de la revolución a la dictadura (1913-1923)*, Granada, Comares, 2014; Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA (coord.): *Anatomía de una crisis. 1917 y los españoles*, Madrid, Alianza, 2017.

y las implicaciones que aquellos conflictos tuvieron para la estabilidad del sistema político y el desarrollo de la oposición. No son los únicos análisis disponibles. Diversos historiadores sociales han estudiado 1917 como un momento de umbral o transición entre diferentes repertorios de acción colectiva de las clases populares[64]. No obstante, la atención sobre todos estos elementos ha dejado otros campos a la espera de ser cultivados. Así, aunque fallida o frustrada, la huelga general revolucionaria de 1917 fue también una expresión de la importancia creciente que iban ganando los espacios suburbanos, auténticos protagonistas de la revuelta en las grandes ciudades[65]. En Madrid, barrios como Cuatro Caminos, Tetuán o Puente de Vallecas aportaron el combustible humano de la insurrección. No solo tuvieron en jaque a las autoridades durante días. También desplegaron prácticas y reivindicaciones que iban más allá de las proclamas y objetivos de los líderes del movimiento obrero. Para poder comprender este fenómeno en toda su hondura es preciso complementar los análisis de alta política y los estudios de las formas de movilización con otros que permitan observar el funcionamiento de la vida cotidiana en las afueras aquellos años. Solo poniendo en un primer plano la experiencia de los hombres y mujeres de la periferia se podrá entender su papel en la huelga general revolucionaria de 1917. Adentrémonos en sus calles para verlo[66].

Las revueltas de 1905 tras el hundimiento del Tercer Depósito supusieron la confirmación de un fenómeno que los madrileños venían apreciando desde finales del XIX: el paulatino desplazamiento de la geografía de la protesta desde los barrios populares del casco antiguo hacia las zonas de extrarradio. Con la entrada del nuevo siglo, Cuatro Caminos, Tetuán, Prosperidad o Guindalera tomaron el testigo de Maravillas, Lavapiés y el Rastro, escenarios tradicionales del conflicto, y se alzaron a ojos de cualquier observador como la cuna de una ciudad alternativa al Madrid de la Restauración. Los años siguientes no hicieron sino acentuar esta dinámica. El historial de altercados habidos en Cuatro Caminos y Tetuán fue interminable. Un puñado de ejemplos bastará para corroborarlo.

En 1907 y 1914 estallaron sendos motines contra la subida de los precios del pan. Las presiones a las puertas de las tahonas se extendieron por toda la ciudad. Desde hacía tiempo las protestas por el encarecimiento de las subsistencias se habían convertido en todo un ritual. Los grupos señalaban públicamente a los tahoneros especuladores y destrozaban su género si se negaban a rebajar las tarifas. La violencia siempre era selectiva y terminaba tan pronto como la multitud conseguía imponer un precio *justo* para las subsistencias. Por lo general, tanto la prensa como las autoridades miraban con simpatía a los grupos *reguladores* y denunciaban la codicia del gremio de tahoneros. En

[64] Antonio ELORZA: "Socialismo y agitación popular en Madrid (1908-1920)", *Estudios de historia social*, 18-19 (1981), pp. 229-261; Joan SERRALLONGA: "Motines y revolución. España, 1917", *Ayer*, 4 (1991), pp. 169-192; Francisco SÁNCHEZ PÉREZ: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid 1901-1923*, Madrid, Cinca, 2005, pp. 74-79; Óscar HERNÁNDEZ CHINARRO: "La huelga de 1917 en Madrid", *Hispania 2.0.*, 6 (2013), pp. 109-131.

[65] Francisco Sánchez Pérez, en el estudio citado en la nota anterior sí destaca este protagonismo, aunque no lleva a cabo un análisis pormenorizado de las razones que permiten entenderlo, pues escapa de los objetivos de su investigación.

[66] Hemos trabajado sobre el papel del extrarradio madrileño en la huelga de 1917 en Carlos HERNÁNDEZ QUERO, Rubén PALLOL: "Suburbios rebeldes. Fragmentación y desborde social en la huelga de 1917 en Madrid", *Historia Social*, 94 (2019), pp. 47-69. En dicho trabajo están expuestas muchas de las ideas y conceptos que se desarrollan en este apartado.

1907 y 1914, sin embargo, el conflicto del pan adquirió otro cariz en la periferia, donde se vivieron escenas de violencia física contra los tenderos. Los guardias, acostumbrados a tutelar desde la distancia el *juego* de reprobación y perdón entre clientes y comerciantes, hubieron de patrullar a caballo en Cuatro Caminos y Tetuán. En 1914, incluso, cuando los grupos habían regresado a sus hogares en el resto de la ciudad, en el extrarradio continuaron los apedreamientos, asaltos e incendios de tahonas. En Huerta del Obispo, una de las zonas más míseras de Tetuán, hubo enfrentamientos entre los vecinos y las fuerzas de seguridad, que llegaron a apuntar con los fusiles a la multitud. El salto cualitativo era importante[67].

Otro ejemplo lo constituye la huelga de obreros de la construcción de 1911, donde también aparecieron prácticas características de la cultura política del suburbio. En primavera de ese año, un millar de peones reunidos en un merendero de Cuatro Caminos acordaron parar el trabajo en los dos principales tajos de la ciudad: el Hospital de Jornaleros, situado a unos metros de la glorieta de Cuatro Caminos, en el límite entre el extrarradio y el ensanche, y la Casa de Correos, en Cibeles. Fijado el paro laboral en la asamblea, los huelguistas marcharon sobre Madrid hasta que fueron interceptados por la policía en las inmediaciones de la calle San Bernardo, donde se produjeron duros enfrentamientos que se saldaron con más de 30 heridos y numerosos detenidos. Otro aviso[68].

Finalmente, cabría citar un último episodio de otro conflicto que se desbordó en las afueras. A lo largo de los años los redactores de los principales medios de comunicación se acostumbraron a cubrir la disputa que enfrentaba a librepensadores y fieles de la barriada por el control del espacio público. En una zona en que las escuelas públicas brillaban por su ausencia, anticlericales y neocatólicos entablaron una aguda batalla por la educación de los niños de la periferia[69]. La lucha, no obstante, iba más allá de la

---

[67] Francisco SÁNCHEZ PÉREZ: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid 1901-1923*, Madrid, Cinca, 2005, pp. 33-105. El autor subraya la diferencia entre el ritual en los barrios populares del casco antiguo y el extrarradio. En su opinión, la clave residía en la "experiencia colectiva". En los primeros la gente común estaba acostumbrada a confraternizar con los vendedores. Tácitamente, unos y otros aceptaban el *juego* y las presiones en los momentos de alza de los precios. En el extrarradio, la menor articulación social y la reciente creación de las barriadas había derivado en una menor institucionalización de dicha liturgia colectiva. Puede verse esta explicación, en la p. 46 de la obra. Los enfrentamientos en Huerta del Obispo en *El País*, 30 de junio de 1914. Resulta significativo que al día siguiente la prensa periódica informara, erróneamente, del asesinato de varios tahoneros en Cuatro Caminos. Véase *El País*, 1 de julio de 1914. Un año después, en julio de 1915, volvió a haber conflictos por el peso del pan en los barrios extremos de la ciudad. Las mujeres de Cuatro Caminos marcharon en manifestación por las calles de la barriada portando panecillos clavados en paraguas. Hubo conatos de asalto a las tahonas, protegidas por los guardias. Finalmente, las mujeres del suburbio descendieron sobre la ciudad y protestaron a las puertas del Gobierno Civil. Véase *El Liberal*, 11 de julio de 1915. Poco después, en agosto de 1915, se dio un nuevo conato de motín por el alza de los precios en las tahonas. Véase *El País*, 28 de agosto de 1915.

[68] Luis DE LA CRUZ: "La periferia urbana madrileña: algo más que un ámbito subsidiario de la ciudad. Reconstruyendo su identidad (1868-1917)", en Sandra BLASCO, Carlos ADÁN, Alfonso BERMÚDEZ (eds.): *Identidades en transición,* Zaragoza, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Zaragoza, 2019, pp. 566-571.

[69] Los librepensadores llegaron a tener cuatro escuelas laicas funcionando al mismo tiempo. Los neocatólicos, por su parte, se lanzaron a la conquista de la calle, abrieron numerosos colegios y hostigaron a los propietarios de los locales en que los librepensadores impartían clase. Algunos picos de esta disputa en *El País*, 24 de junio de 1909, *El País*, 13 de octubre de 1909, *El País*, 3 de julio de 1910, *El País*, 27 de

enseñanza, y atravesaba cualquier instancia de la vida cotidiana. Hubo ocasión de verlo en mayo de 1917. Entonces, 200 vecinos del extrarradio cayeron enfermos tras ingerir la comida que los jesuitas de Chamartín daban a los pobres. Por la barriada siempre habían circulado chismes sobre la mala calidad de los alimentos que allí servían. En las calles y tabernas de Tetuán se rumoreaba que los religiosos envenenaban la comida dirigida a los más necesitados. En el contexto de mayo de 1917 la avalancha de afectados pareció confirmar los prejuicios del vecindario. Una turba asaltó y trató de prender fuego a la residencia de la Compañía de Jesús en Chamartín[70].

Aquellos años los nombres de Cuatro Caminos y Tetuán estuvieron en boca de todos. Políticos, periodistas, empresarios, gente del común. Las fuerzas de orden público, que antaño apenas visitaban la periferia, se acostumbraron a realizar operaciones en la zona. El extrarradio norte fue tomado militarmente en diversas ocasiones con motivo de elecciones, tumultos o detenciones de delincuentes, militantes o presuntos terroristas[71]. A su vez, espacios como Villa Constancia o el teatro Hernani, que en un primer momento habían surgido como puntos de sociabilidad vecinal, ganaron fama entre los madrileños y acogieron infinidad de actos de dimensión urbana o, incluso, nacional[72]. Por aquel entonces, seguramente aún existieran muchos ciudadanos que jamás hubieran puesto un pie en las afueras. Sin embargo, merced al alud de noticias referentes al extrarradio, pocos debían de ser los que no tuvieran una idea más o menos formada del tipo de sucesos que allí tenían lugar. Así, en el imaginario colectivo se fue instalando un tópico cada vez más difícil de rebatir, aquel que sostenía que en los suburbios la política se sentía, se practicaba o se vivía de una manera diferente[73].

---

septiembre de 1910, *El País*, 11 de diciembre de 1910, *El País*, 18 de diciembre de 1910, *El País*, 26 de julio de 1911, *El Motín*, 20 de marzo de 1913. El hombre clave de los librepensadores era Enrique Sanjurjo.

[70] *El País*, 22 de mayo de 1917. El suceso avanzaba lo que sería una realidad en toda la geografía urbana en mayo de 1931, cuando decenas de conventos e iglesias fueron invadidos y destrozados por la multitud.

[71] En el verano de 1909, por ejemplo, el extrarradio norte fue tomado por la policía tras unos incidentes ocurridos durante un mitin republicano en la calle Bravo Murillo. Véase *El País*, 26, 27 y 30 de junio de 1909. En marzo de 1913 se produjo un gran despliegue policial en la barriada con motivo de las elecciones. Significativamente, entre las personas que la prensa recoge lideraron los disturbios callejeros, se encontraban Ricardo Yesares y Eduardo Barriobero. Véase *El País*, 15 de marzo de 1913. Ejemplos de control policial en la barriada consecuencia de redadas pueden verse en el capítulo 5.

[72] De los mítines en Villa Constancia ya se ha hablado mucho en esta tesis doctoral. El teatro Hernani, que primero fue sede de las escuelas laicas establecidas por anarquistas y republicanos de la barriada, terminó siendo un gran espacio (pese a sus pequeñas dimensiones y destartalado aspecto) de reunión política. Algunos de los actos allí celebrados ejemplifican la creciente importancia que ganaba el extrarradio en la lucha política. Baste citar dos ejemplos de julio de 1914, cuando mauristas primero, y republicanos después, convocaron dos eventos de masas en el teatro Hernani. De manera significativa, ambos mítines terminaron en disturbios. Véanse *El Globo*, 18 de julio de 1914, *La Correspondencia de España*, 20 de julio de 1914, *La Correspondencia Militar*, 20 de julio de 1914, *El Imparcial*, 20 de julio de 1914, *El País*, 24 de julio de 1914, *El Mentidero*, 1 de agosto de 1914. Nótese que estos enfrentamientos tuvieron lugar unas semanas después de los habidos en todo el extrarradio norte con motivo de los motines por el encarecimiento del pan, lo que da una imagen certera de la conflictividad social que se vivía en la periferia aquellos años.

[73] Dan buena muestra de ello las crónicas periodísticas de los principales altercados habidos en la zona y también el modo en que los redactores cubrían los sucesos que afectaban al conjunto de la ciudad. En esas noticias siempre había una sección al margen en que se recogía lo acaecido en la periferia, como si de un espacio diferente se tratara. Un ejemplo de estudio de imaginario político sobre los suburbios en Annie FOURCAUT: *Bobigny, banlieue rouge*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1986. En los dos primeros capítulos la autora muestra la construcción del mito del suburbio rojo y confronta dichos estereotipos con la realidad política.

El perfil contestatario de la periferia se exacerbó en los años de la Gran Guerra, cuando la nueva situación económica agravó los problemas que arrastraba la ciudad. Por una parte, la inflación multiplicó el problema de los precios de las subsistencias. Por otra, la industrialización acelerada para responder a la demanda externa provocó un endurecimiento de las condiciones laborales y desató nuevos e inesperados flujos migratorios que presionaron, si cabe aún más, sobre unas infraestructuras ya precarias[74]. La llegada masiva de hombres y mujeres procedentes del campo llevó al colapso del mercado de alquileres de la capital[75]. Finalmente, el inicio de las obras de la Gran Vía supuso el derribo de algunas de las calles y edificaciones más modestas del Madrid antiguo, aquellas que daban alojamiento a los últimos en el escalafón social[76]. En tal situación, la oferta de vivienda asequible se concentró cada vez más en el extrarradio, que vio multiplicada su población[77]. Los 17.000 vecinos que habitaban en Cuatro Caminos y Tetuán en 1905 se convirtieron en casi 60.000 en 1920[78].

El crecimiento descontrolado de la periferia acentuó los rasgos que la habían definido como un hábitat jornalero, migrante y ayuno de las dotaciones más básicas. Sin un plan que ordenara el enorme desarrollo de la zona, el extrarradio fue dejado a su suerte[79]. Aquellos años Cuatro Caminos encabezó las estadísticas más dramáticas. Sus indicadores demográficos hicieron del suburbio una de las áreas con mayor mortalidad infantil y una de las más golpeadas por la tuberculosis[80]. Las fotografías de sus viviendas,

---

[74] INSTITUTO DE REFORMAS SOCIALES: *Encarecimiento de la vida durante la Guerra. Precios de las subsistencias en España y en el extranjero, 1914-1918*, Madrid, Sobrinos de M. Minuesa, 1918.

[75] Mariano GARCÍA CORTÉS: *Diversas medidas para paliar los efectos de la crisis de la vivienda y de trabajo en Madrid*, Imprenta Municipal, Madrid, 1922. La crisis de alquileres en el conjunto de la ciudad en Santiago DE MIGUEL: *Madrid, los retos de la modernidad. Transformación urbana y cambio social (1860-1931)*, Tesis Doctoral, Madrid, UCM, 2015, pp. 809-828.

[76] Santiago DE MIGUEL: *La Gran Vía de Madrid. Historia social de una ciudad extinta (1860-1936)*, Madrid, ACCI, 2017.

[77] El crecimiento de los suburbios como consecuencia de la crisis de la vivienda en el interior de la ciudad y el éxodo de los trabajadores a la periferia fue común a la mayor parte de capitales europeas del momento. Véase Tyler STOVALL: *The Rise of the Paris Red Belt*, Berkeley, University of California Press, 1990.

[78] Como se ha mencionado ya, a lo largo de la tesis se utiliza el genérico "Cuatro Caminos" para hacer referencia a los barrios administrativos de Cuatro Caminos y Bellas Vistas. En concreto la población del primero en 1920 era de 15.081 y, la del segundo, de 21.651. Por su parte, Tetuán y sus barriadas administrativas (entonces Tetuán, Huerta del Obispo, Pinos, Ventilla, Progreso y Castillejos) alcanzaban los 21.699 habitantes. Un dato significativo, habida cuenta que la población total del municipio en que se integraba, Chamartín, era de 23.050 personas (los núcleos no integrados en Tetuán eran la propia villa histórica de Chamartín de la Rosa, parte de la Ciudad Lineal y la urbanización de profesionales de la cultura denominada Las Cuarenta Fanegas). Los datos de Cuatro Caminos en: Instituto Nacional de Estadística: "Población de Madrid (capital) en 1920 por distritos municipales y barrios". Disponible en: http://www.ine.es/inebaseweb/pdfDispacher.do;jsessionid=CC1384979406210C12C47BAF01238BFD.inebaseweb01?td=81548. Consultado el 6 de mayo de 2019. Los datos de Tetuán proceden de: Rafael GILI RUIZ: "La conurbación de Chamartín (1840-1940)" en VV.AA.: *Chamartín. Aldea, Villa, Distrito*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 2013, p. 139.

[79] Aquellos años fueron los de mayor debate en torno a un plan de urbanización para el extrarradio (el plan Núñez Granés). Sin embargo, como hubo ocasión de ver, todo quedó en agua de borrajas. Los principales textos al respecto en Pedro NÚÑEZ GRANÉS: *Proyecto de urbanización del extrarradio de dicha Villa*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1910; ÍD: *El problema del Extrarradio de dicha Villa desde los puntos de vista técnico, económico, administrativo y legales*, Madrid, Imprenta Municipal, 1920.

[80] César CHICOTE: *La vivienda insalubre en Madrid. Memoria presentada al Excmo. Sr. Vizconde de Eza*, Madrid, 1914, pp. 27-28; José BRAVO RAMÍREZ, Alberto LEÓN PERALTA: *Escasez, carestía e higiene de la vivienda en Madrid*, Madrid, Imprenta Municipal, 1926, p. 42. Cuatro Caminos también estaba a la cabeza de los barrios con mayor número de vecinos sin instrucción o los barrios con mayor número de

muchas de ellas construidas deprisa y corriendo, aparecieron retratadas en los informes municipales sobre hacinamiento y falta de condiciones higiénicas[81]. La situación era aún más calamitosa en Tetuán, donde en los años diez surgieron nuevos poblados que, como Ventilla, no eran más que una colección desperdigada de chabolas y tugurios de ínfima calidad constructiva. En 1920 Tetuán contaba con 5.054 familias repartidas en tan solo 2.876 inmuebles, lo que revela que en muchos casos dos, tres o incluso cuatro familias compartían un mismo habitáculo[82]. La expansión acelerada del extrarradio también reforzó su identidad combativa y callejera. Los escritos de queja a la prensa y las comisiones vecinales en demanda de servicios se dispararon. La movilización contra la regulación, privatización y motorización de las vías públicas de la periferia, tradicional espacio de relación del vecindario, alcanzó su cénit en aquellos años[83]. Las fisuras comunitarias del día a día se volvieron una enorme brecha que separaba la forma de vida suburbana de las condiciones vigentes en el resto de la ciudad.

Con esas credenciales, los suburbios se asemejaban a un volcán al borde de la erupción. Solo había que esperar una circunstancia propicia para que todas las energías contenidas se desbordaran. Dicha circunstancia llegó en el verano de 1917. Tras los movimientos de las juntas de defensa y la Asamblea de Parlamentarios, los dirigentes socialistas, siempre tan cautos, creyeron esta vez que al proletariado español le había llegado la hora de subirse a lomos de la historia y cabalgar la revolución. UGT y CNT, las dos grandes centrales sindicales, habían acercado posturas en el último año y se habían mostrado proclives a ensayar una huelga general cuando se presentara la ocasión. La presión de las bases, los ecos de cuanto sucedía en Rusia y los síntomas de debilidad que, a su juicio, había mostrado el Estado los meses precedentes, terminaron de decidir a los líderes del movimiento obrero, que declararon el inicio de la huelga general revolucionaria para el 13 de agosto de 1917. Julián Besteiro, Andrés Saborit, Francisco Largo Caballero y Daniel Anguiano, todos ellos socialistas, integraron el comité de huelga, que lanzó un manifiesto a la opinión pública. En él pidieron un "cambio fundamental de régimen político" y anunciaron su propósito de extender el paro laboral hasta la formación de un gobierno provisional que convocara elecciones a Cortes Constituyentes. La insurrección, sin embargo, fue un rotundo fracaso[84].

En la capital el movimiento fue sofocado en poco tiempo. Por un lado, la infraestructura de la huelga fue totalmente desarticulada. La Casa del Pueblo fue clausurada el primer día. Esa noche los principales dirigentes sindicales de la ciudad fueron recluidos en la Cárcel Modelo. Al día siguiente el comité director de la huelga fue hallado escondido en una casa de la calle Desengaño, en el corazón del Madrid viejo. Dos registros policiales permitieron descubrir el local en que se tiraba la propaganda (calle Belén) y un listado con las señas personales de los socialistas implicados en la insurrección (calle Oso). Al igual que sucediera con la Casa del Pueblo o el refugio del

vivienda barata. Véase AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Datos obtenidos del empadronamiento general de habitantes de diciembre de 1915*, Madrid, Imprenta Municipal, 1917, pp. 30 y ss. y 72 y ss.

[81] César CHICOTE: *La vivienda insalubre en Madrid. Memoria presentada al Excmo. Sr. Vizconde de Eza*, Madrid, 1914.

[82] Rafael GILI RUIZ: "La conurbación de Chamartín (1840-1940)" en VV.AA.: *Chamartín. Aldea, Villa, Distrito*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 2013, p. 167.

[83] Las peticiones vecinales y la lucha por la calle han sido analizadas en capítulos anteriores de esta tesis.

[84] Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA (coord.): *Anatomía de una crisis. 1917 y los españoles*, Madrid, Alianza, 2017.

comité de huelga, las calles de los registros estaban situadas en los barrios populares del casco antiguo. Por otro lado, las autoridades estaban particularmente alarmadas por el carácter pretendidamente perenne de la huelga, por lo que no escatimaron medidas. A las pocas horas de iniciarse el movimiento, el Gobierno suspendió las garantías constitucionales y proclamó el estado de guerra. A partir de ese momento la eficaz actuación del Ejército acabó con cualquier esperanza para los huelguistas. Las calles del centro fueron enarenadas. Los militares aseguraron el abastecimiento de pan y se hicieron cargo de transportes y suministros. Los pocos choques que hubo fueron aplastados. Por último, la finalidad política del movimiento confundió a la clase obrera madrileña, cuya experiencia se limitaba, después de tantos años de prédicas en ese sentido, a las huelgas laborales de duración acotada y objetivos concretos. Solo los tipógrafos y los albañiles interrumpieron el trabajo de manera masiva. Descabezada la vanguardia revolucionaria, controlado el orden público y difuso el punto de mira para los agitadores, el potencial subversivo de la huelga parecía quedar completamente desactivado[85].

Esta concatenación de *desgracias* frustró el movimiento tal y como había sido concebido por los líderes obreros, pero creó las condiciones para que el volcán social del suburbio entrara en erupción y sus habitantes se adueñaran de la insurrección. Sin ordenes ni referencias claras, los huelguistas anónimos dispusieron de una inusual libertad para actuar a su manera y renegociar los términos del paro colectivo, incorporando pretensiones surgidas desde los márgenes, desde la experiencia del suburbio. No en vano, mientras en toda la urbe la huelga solo prendió con intensidad el primer día para ir remitiendo a réplicas cada vez más tenues en determinados espacios simbólicos del casco histórico, el aliento subversivo se mantuvo en la corona de barriadas exteriores que apretaba cada vez más fuerte sobre la ciudad liberal. Así, pronto todas las miradas se dirigieron a la periferia. Allí se resolvería la pugna entre los huelguistas y los militares. El propio ministro de Gobernación, José Sánchez Guerra, se encargó de confirmarlo. Según sus palabras, Cuatro Caminos era el foco primordial de los enfrentamientos. También lo veía así la prensa, que destacaba en sus ejemplares una sección para no perder detalle de los acontecimientos: "Lo de los Cuatro Caminos"[86].

El extrarradio norte se encontraba aislado del resto de la ciudad desde el inicio de la insurrección. Los vecinos de la periferia cortaron la comunicación con Madrid el primer día de huelga. Hombres, mujeres y niños tendieron sobre las vías del tranvía postes telegráficos, cableado telefónico y traviesas de madera. Incluso, según Miguel Maura, los

[85] Francisco SÁNCHEZ PÉREZ: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid 1901-1923*, Madrid, Cinca, 2005, pp. 74-79.

[86] *El Liberal*, 15 de agosto de 1917. Una sección parecida llevaba en sus ejemplares *El Heraldo de Madrid* ("La tarde en los Cuatro Caminos"). Véase *El Heraldo de Madrid*, 16 de agosto de 1917. Resulta particularmente elocuente contrastar esta información con la contenida en los archivos judiciales. A pesar de que el protagonismo de la insurrección recayó en los suburbios de manera indiscutible, los sumarios judiciales abiertos por coacciones o protestas en las primeras horas de lucha (cuando aún no se había decretado el estado de guerra y, por tanto, la justicia militar no se había hecho cargo de los procesos) remitían siempre a calles o espacios del ensanche y el casco antiguo. Lejos de ser un síntoma de una mayor conflictividad, es un reflejo de la geografía que fue domesticada y la que no, de los barrios en los que la presencia de las figuras de la autoridad permitió garantizar el orden y de los barrios en los que reinó el descontrol. Véanse AHN, Audiencia Territorial Criminal de Madrid, Leg. 4, Exp. 45; Leg. 23, Exps. 49, 50, 51, 52, 53, 54; Leg. 30, Exp. 15; Leg. 19, Exp. 36; Leg. 95, Exp. 24; Leg. 143, Exp. 9; Leg. 172, Exps. 18, 19; Leg. 174, Exp. 3; Leg. 175, Exps. 2, 3

revoltosos llegaron a tender bebés sobre los raíles del tranvía[87]. Los pocos tranvías que lograron circular fueron apedreados y sus conductores resultaron heridos de diversa consideración[88]. No contentos con ello, los grupos quisieron asegurar la independencia y desconexión de la barriada respecto del conjunto de la ciudad y atacaron las cocheras del tranvía, ubicadas a escasos metros de la glorieta de Cuatro Caminos. Allí se produjeron algunas escenas sangrientas. Los empleados de la empresa de transportes defendieron el depósito a tiros y la multitud lo tomó por asalto, piedra en mano. También participaron en la refriega fuerzas de infantería y caballería. Hubo numerosos heridos y decenas de máquinas quedaron inutilizadas. Tras diversos asaltos los insurrectos consiguieron encerrar todos los tranvías[89]. La periferia quedó incomunicada[90].

Aquellos acontecimientos estaban cargados de significado para los vecinos. En aquellos días de conquista popular de la calle los tranvías resultaban, más que nunca, elementos ilegítimos y blancos fáciles para niños, jornaleros o vendedoras ambulantes. El desconcierto de la huelga brindaba a las víctimas habituales de los atropellos una oportunidad de desagravio. Eran muchos los que se la tenían guardada a los tranvías. El aislamiento voluntario del suburbio, decretado por sus propios habitantes, no se limitó al boicot a los transportes. También hubo barricadas para dificultar el paso de las autoridades. Algunas fueron confeccionadas con muebles de las casas y sillas y mesas de tabernas o negocios cercanos. Otras fueron edificadas con adoquines de las obras del Metropolitano, donde los huelguistas se hicieron fuertes. Unas y otras simbolizaban un episodio más de ese orden alternativo o de ese urbanismo heterodoxo que había cundido en la periferia fruto del abandono institucional[91].

Al separar su barriada del resto de Madrid, los habitantes de las afueras cortocircuitaron la comunicación fluida en la ciudad, los flujos comerciales y el libre tránsito de vehículos, asuntos que, como se recordará, habían sido algunas de las obsesiones de la gubernamentalidad liberal. La paralización de la vida urbana no solo era funcional a la huelga, también era una revancha de los vecinos de la periferia contra el ramillete de normativas y regulaciones de la ciudad liberal[92].

---

[87] Así se lo describió Miguel Maura a su hermano Gabriel en una carta. Véase Gabriel MAURA, Melchor FERNÁNDEZ ALMAGRO: *Por qué cayó Alfonso XIII*, Madrid, Alderabán, 1999 [1947], pp. 408-409. El mismo relato aparece también en Mauro BAJATIERRA: *Desde las barricadas. Una semana de revolución en España. Las jornadas de Madrid en agosto de 1917*, Tortosa, Monclús, 1918. Bajatierra, al que citaremos en más ocasiones en la siguientes páginas, era un sindicalista anarquista de renombre en Madrid.

[88] *El Liberal*, 14 de agosto de 1917.

[89] Así lo recoge Mauro BAJATIERRA: *Desde las barricadas. Una semana de revolución en España. Las jornadas de Madrid en agosto de 1917*, Tortosa, Monclús, 1918.

[90] Desde entonces los periodistas tuvieron que llegar hasta Cuatro Caminos caminando. Así lo recoge *El Liberal*, 15 de agosto de 1917.

[91] *El Imparcial*, 14 de agosto de 1917, *La Nación*, 15 de agosto de 1917 y Mauro BAJATIERRA: *Desde las barricadas. Una semana de revolución en España. Las jornadas de Madrid en agosto de 1917*, Tortosa, Monclús, 1918.

[92] Véanse Patrick JOYCE: *The Rule of Freedom. Liberalism and the Modern City*, Londres, Verso Books, 2003; Simon GUNN: *Historia y teoría cultural*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2011, pp. 115-117 y 124-127.

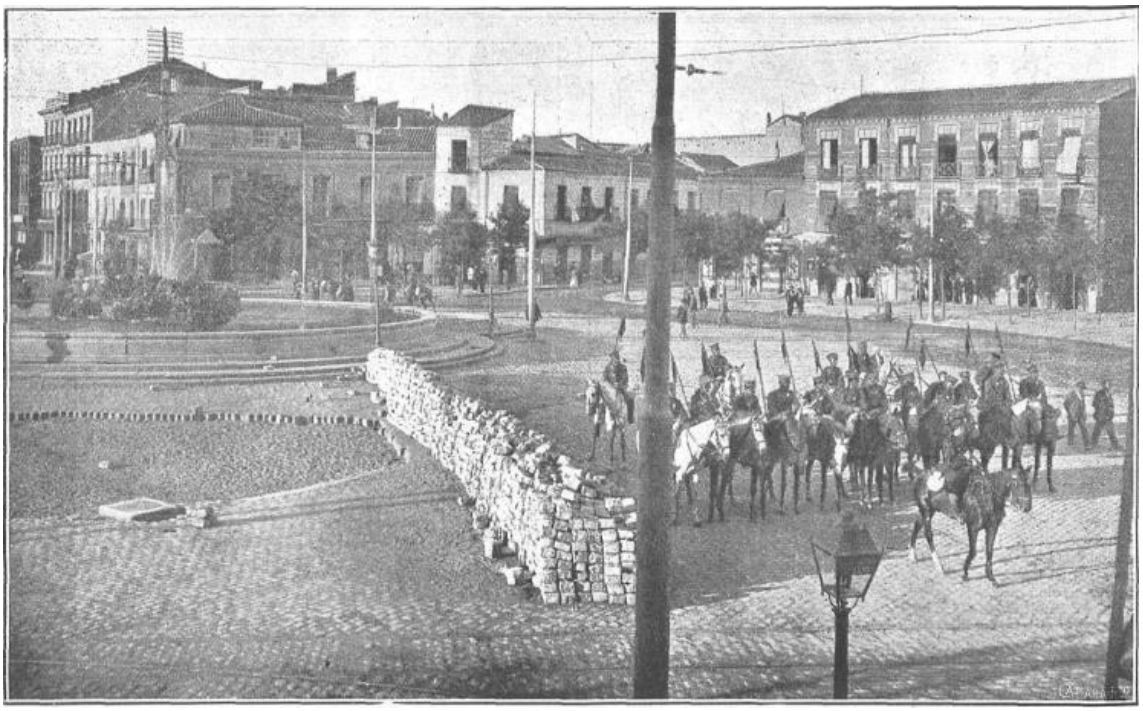


Ilustración. Fuerzas de caballería junto a una barricada en la glorieta de Cuatro Caminos. Fuente: *Mundo Gráfico*, 22 de agosto de 1917.

El extrarradio también se encontraba aislado por la acción de las autoridades, que trazaron su propia frontera y dejaron en cuarentena los barrios más combativos: Cuatro Caminos, Tetuán, Puente de Segovia, Puente de Toledo, Carabanchel, Vallecas, Guindalera, Prosperidad. Para las elites siempre había sido importante impedir que el veneno de los suburbios se desparramara por las arterias principales de la ciudad. En esta ocasión, una vez pacificado el interior, el Ejército y la Guardia Civil se desplegaron en los bordes que marcaban el límite entre el ensanche y el extrarradio, entre el Madrid oficial y su reverso. En estos puntos se instalaron auténticos campamentos militares con ingentes dotaciones de caballería e infantería y con ametralladoras que apuntaban a los caseríos insurrectos. De entre todos, fue el de Cuatro Caminos el que más dio que hablar. Ya la primera noche las fuerzas de infantería hicieron una primera incursión por la barriada. El avance de la expedición dio pie a duros enfrentamientos. Al parecer, los soldados fueron tiroteados desde algunas casas y desmontes de la calle Artistas, a lo que los uniformados replicaron con descargas cerradas[93]. Los incidentes se reprodujeron en cada esquina del suburbio[94]. En algunos puntos, por ejemplo, los huelguistas apedrearon los faroles (aquellos faroles que tanto esfuerzo había costado conseguir) y aprovechando la oscuridad intentaron arrollar a la tropa[95]. Ante la gravedad de la situación, el mando militar decidió fijar una suerte de toque de queda nocturno con patrullas de lanceros que exigían a los transeúntes demostrar su condición de vecinos para así evitar la afluencia de huelguistas del resto de la ciudad[96].

[93] *El Liberal*, 14 de agosto de 1917.
[94] *El Heraldo de Madrid*, 14 de agosto de 1917.
[95] *El Liberal*, 14 de agosto de 1917.
[96] *El Liberal*, 15 de agosto de 1917.

Establecida la frontera y aislado el extrarradio de cuanto sucedía en el resto de la ciudad, los días siguientes se produjeron infinidad de choques sangrientos, cargas y algaradas. El martes 14, después de que los grupos apedrearan comercios y tahonas en Cuatro Caminos, Millán Astray, acompañado de un importante séquito, hizo repartos de pan en la barriada[97]. Fue un espejismo, pues durante toda la jornada las calles fueron un hervidero. A cualquier hora Bravo Murillo y las vías aledañas presentaban una animación extraordinaria. Los manifestantes distribuían panfletos, portaban banderas, retaban a los militares en la distancia y hacían demostraciones de fuerza. En Tetuán se produjeron importantes actos de sabotaje. Por un lado, los grupos impidieron el sacrificio de reses en el matadero que abastecía a la capital[98]. Por otro, los huelguistas boicotearon los conductos del Canal de Isabel II que surcaban los confines de la localidad y llevaban a Madrid el agua que Madrid les negaba[99]. También en Tetuán socios de la Cruz Roja que prestaban servicio en la zona ampararon al coadjutor de la parroquia del barrio, que huía perseguido por la multitud[100]. La situación estaba totalmente descontrolada en los suburbios. A la misma hora, en cambio, la policía detenía en Madrid al comité de huelga y se daba por finiquitado el movimiento[101].

Desprovistos de manos recias que sujetaran las riendas de la insurrección, la huelga general indefinida se erigió en la periferia como un significante vacío que fue completado con las diversas fibras y racionalidades que componían las luchas del suburbio. Como se ha visto, algunas remitían a la relación conflictiva que los vecinos de estas barriadas tenían con las infraestructuras municipales, convertidas con los años en objeto de deseo y fuente de aversión comunitaria. Otras estaban relacionadas con la pugna, nunca extinguida, por la definición del espacio público de las afueras. Finalmente, otras daban testimonio tanto del bagaje de desacato allí labrado como del uso extenso de las calles que había caracterizado los suburbios. Hubo ocasión de verlo la tarde del martes. En torno a las cinco, la actividad de los grupos era incesante. Las escaramuzas se sucedían por todo el barrio. Los huelguistas acordaron descender sobre Madrid. Sin embargo, desde el campamento militar ubicado en la glorieta se dio orden de pasar a la ofensiva y ganar la calle Bravo Murillo. Tras un avance en guerrilla, las fuerzas de caballería e infantería lograron despejar por unos minutos la avenida central del suburbio, aunque poco después los grupos volvieron a hacer acto de presencia. Al parecer, entonces numerosas mujeres formaron barreras humanas para impedir el tránsito de los militares y restablecer el dominio popular en las calles[102]. Algunos periódicos incluso informaron de una sentada de más de dos mil vecinos frente a las ametralladoras de la glorieta. En el día a día la calle se había revelado como la sala de estar de la gente corriente. Tal vez por ello, lo que para la prensa era una irreverencia intolerable, para los manifestantes no fuera más que la

[97] *La Acción*, 15 de agosto de 1917.
[98] AGMM, Orden Público, 5862.32.
[99] *La Acción*, 15 de agosto de 1917.
[100] AGMM, Orden Público, 5862.32.
[101] *El Liberal*, 15 de agosto de 1917. Desde entonces en el interior de la ciudad apenas hubo conflictos. Sí se produjo una insurrección de los presos comunes en el interior de la Cárcel Modelo, pero las causas originales de aquella eran ajenas al enfrentamiento huelguístico. Véase Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA (coord.): *Anatomía de una crisis. 1917 y los españoles*, Madrid, Alianza, 2017.
[102] *La Acción*, 15 de agosto de 1917.

defensa improvisada de la puerta de entrada de su espacio de convivencia frente a las intromisiones de una autoridad no reconocida[103].

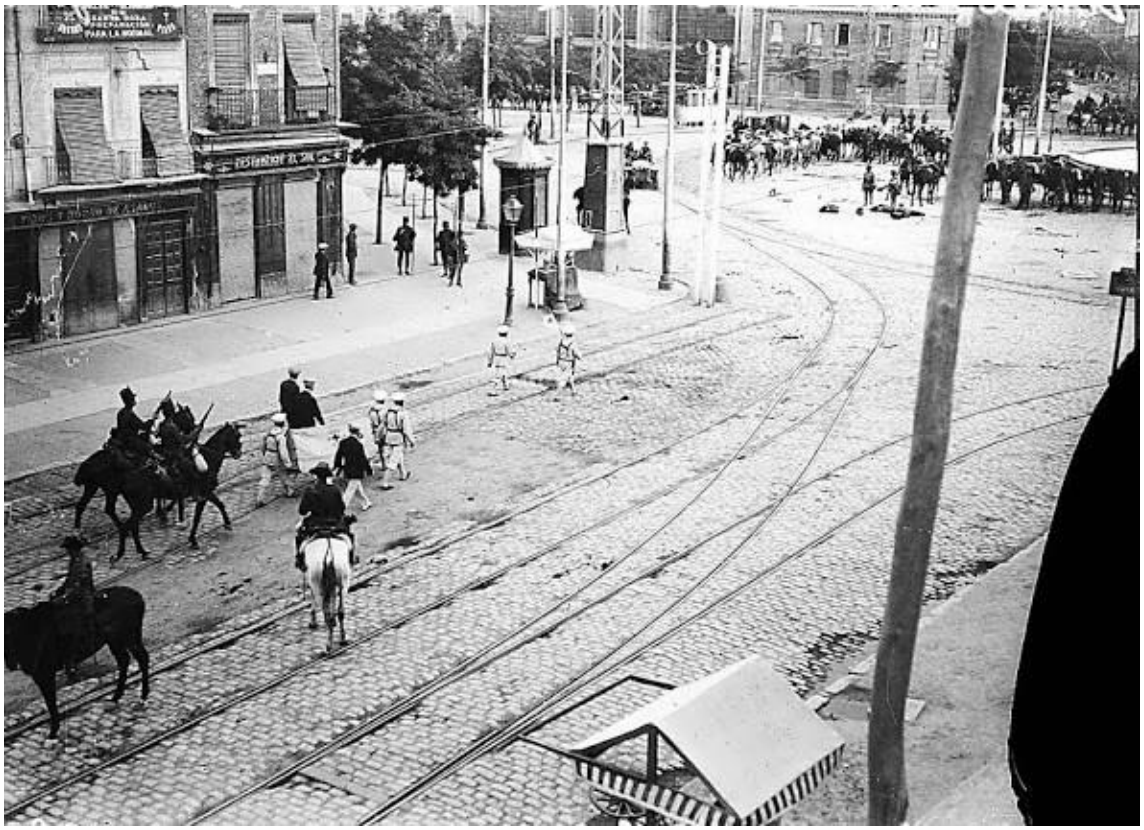


Ilustración. Camilleros de la Cruz Roja conducen a un herido en la confluencia entre Bravo Murillo y la glorieta de Cuatro Caminos. Fotografía: Alfonso. AGA.

El desafío popular terminó de colmar la paciencia del mando militar. La tropa ubicó entonces las ametralladoras apuntando hacia la calle Bravo Murillo. Primero tiraron al aire, pero, ante la firmeza de los huelguistas, dispararon sobre la multitud[104]. El caos fue espectacular. Los revoltosos huyeron despavoridos en busca de refugio y la fuerza pública volvió a cargar a caballo. Desde las ventanas, los solares y las esquinas los huelguistas disparaban o arrojaban piedras a los uniformados. Las calles de Orense, Hernani, Doctor Santero, Almansa, Guipúzcoa, Artistas, Carnicer, Carolinas o Juan Pantoja se convirtieron en reductos de resistencia y desobediencia[105]. Los enfrentamientos llegaron

[103] *El Imparcial*, 15 de agosto de 1917.

[104] Francisco Sánchez Pérez ha hecho hincapié en el desconcierto que supuso para el conjunto de la población, y especialmente para los manifestantes, la represión militar. Los madrileños estaban acostumbrados a una respuesta mucho más comedida. Francisco SÁNCHEZ PÉREZ: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid 1901-1923*, Madrid, Cinca, 2005. No en vano, esta interpretación, que aquí compartimos, parte del análisis del comportamiento de la fuerza pública en los motines de subsistencias en el centro de la ciudad y no contempla la conflictiva relación que en las afueras se había establecido entre los vecinos y los guardias. Sobre las políticas de orden público del momento, véase Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *El Máuser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración, 1917-1931*, Madrid, CSIC, 1999.

[105] Mauro BAJATIERRA: *Desde las barricadas. Una semana de revolución en España. Las jornadas de Madrid en agosto de 1917*, Tortosa, Monclús, 1918.

hasta Tetuán, donde la fuerza pública practicó infinidad de detenciones, la mayoría de mujeres[106]. Cuando después de una hora reinó la tranquilidad, la calle Bravo Murillo ofrecía un aspecto desolador. Decenas de heridos yacían sobre la calzada. También había algunos cadáveres, como el de un muchacho sordomudo que fue aplastado por los caballos[107].

Tras la refriega no llegó la calma. Como mucho, una calma chicha. Para garantizar el orden los militares patrullaron las calles, decretaron el cierre de tabernas en la barriada (pues en ellas encontraban cobijo y se abastecían de piedras los manifestantes) y tomaron los tejados y balcones de algunas casas señaladas (pues durante las cargas había habido lanzamiento de tiestos y otros objetos a los militares). También instalaron nuevos puntos de disparo en la unión entre Cuatro Caminos y Tetuán. Las medidas causaron sarpullido en las afueras. Esa misma noche volvieron los insultos, las trifulcas aisladas y los ataques al amparo de la oscuridad. Miguel Maura contó a su hermano Gabriel que un cabo fue apuñalado por la espalda mientras hacía su turno en una calle del suburbio[108]. Para muchos vecinos, o al menos para aquellos que ya rechazaban de ordinario la vigilancia policial, las tácticas desplegadas por los militares eran propias de un Ejército de ocupación y, quizás por ello, merecían una respuesta contundente y colectiva similar a la que en las afueras se daba a los empleados de consumos o a los alguaciles que se extralimitaban en su cometido[109].

Las escenas de conflicto se repitieron en el resto de barrios que conformaban la corona metropolitana de la capital. En Puente de Toledo y Puente de Segovia hubo enfrentamientos entre paisanos y militares. En Vallecas se realizaron numerosas detenciones. En Carabanchel no cesaron las cargas contra mujeres y niños. En Vallehermoso se formaron barricadas y hubo algunos tiroteos. No obstante, únicamente en Prosperidad y Ventas hubo un baño de sangre parejo al de Cuatro Caminos y Tetuán. En Prosperidad la represión contra los grupos que levantaban los raíles del tranvía fue indiscriminada y se saldó con dos muertos. En Ventas, por su parte, la destrucción de mobiliario urbano y los asaltos a tahonas fueron contestados con el fuego de las ametralladoras. En todos estos lugares la protesta tuvo un sello común: los conflictos no guardaban relación con las tradicionales coacciones a esquiroles o los choques a la entrada

[106] *El Heraldo de Madrid*, 15 de agosto de 1917.
[107] *El Imparcial*, 15 de agosto de 1917, *El Liberal*, 15 de agosto de 1917, *La Acción*, 15 de agosto de 1917, *La Nación,* 15 de agosto de 1917. Mauro Bajatierra recoge la existencia de al menos cuatro muertos en la calle Bravo Murillo: Baldomero Ortega (el niño sordomudo), Dionisio Sanz, Pablo Heras y un paisano sin identificar. Véase Mauro BAJATIERRA: *Desde las barricadas. Una semana de revolución en España. Las jornadas de Madrid en agosto de 1917*, Tortosa, Monclús, 1918. Los heridos en AGMM, Orden Público, 5862.32. El cuadro más común fueron los heridos por máuser y los aquejados de histerismo. Incluso hubo algunos que sufrieron "mudez emocional".
[108] Gabriel MAURA, Melchor FERNÁNDEZ ALMAGRO: *Por qué cayó Alfonso XIII*, Madrid, Alderabán, 1999 [1947], pp. 408-409.
[109] AGMM, Orden Público, 5862.32, *El Liberal*, 15 de agosto de 1917, *La Acción*, 15 de agosto de 1917, *La Época*, 15 de agosto de 1917, *El Heraldo de Madrid*, 15 de agosto de 1917, Mauro BAJATIERRA: *Desde las barricadas. Una semana de revolución en España. Las jornadas de Madrid en agosto de 1917*, Tortosa, Monclús, 1918.

de las fábricas o los comercios que osaban abrir, sino que tenían que ver, como en Cuatro Caminos y Tetuán, con la lucha por el control de la calle[110].

Ilustración. Despliegue de fuerzas de caballería e infantería en la calle Bravo Murillo. Fotografía: Alfonso. AGA.

A la mañana siguiente, 15 de agosto, los madrileños habían olvidado las revueltas y disfrutaban en los barrios bajos de las fiestas en honor de la Virgen de la Paloma, patrona de la capital. Significativamente, aquellos barrios que antaño habían protagonizado los disturbios y motines dieron la espalda a una protesta que, a esas alturas, había perdido su contenido original y se articulaba conforme a las necesidades y expectativas de los vecinos de la periferia. Mientras unos se solazaban entre kermeses y organillos, otros se batían el cobre con el Ejército[111].

[110] Las noticias en *El Liberal*, 15 de agosto de 1917, *La Acción*, 15 de agosto de 1917 y Mauro BAJATIERRA: *Desde las barricadas. Una semana de revolución en España. Las jornadas de Madrid en agosto de 1917*, Tortosa, Monclús, 1918.

[111] Para el diario maurista *La Acción* los madrileños que disfrutaban de las fiestas de la Virgen de la Paloma eran el "buen pueblo de Madrid" que "había sabido sustraerse a las insanas sugestiones del ambiente revolucionario". Véase *La Acción*, 15 de agosto de 1917. La diferencia entre los barrios populares de la zona sur y los suburbios era cada vez más acusada (y evidente también para aquellos sectores que, dentro del conservadurismo, apostaban por un acercamiento a las reivindicaciones de los más desfavorecidos).

Los días siguientes en Cuatro Caminos y Tetuán volvieron a formarse manifestaciones multitudinarias y algaradas. En el informe sobre su actuación en el extrarradio norte, la Cruz Roja dio cuenta de nuevos enfrentamientos, disparos contra la fuerza pública o palizas a faroleros[112]. Los militares hubieron de emplearse a fondo otra vez. Por toda la calle Bravo Murillo hubo choques, cargas de infantería y caballería y decenas de heridos. En la Dehesa de la Villa, en el extremo occidental de Cuatro Caminos, el jueves 16 hubo una gran concentración de huelguistas que fue suspendida a sablazos por la policía. La madrugada del viernes se produjeron numerosos registros en viviendas de Cuatro Caminos y Tetuán. Al principio la prensa informó de que allí había sido prendido un segundo comité de huelga. Después se supo que los arrestados eran algunos de los vecinos que habían encabezado los tumultos en la zona[113]. El fin de semana la protesta fue completamente reducida. Tras unos días de insumisión, muerte y lágrimas, la llama de la revuelta se apagó y el extrarradio volvió a la normalidad que ya respiraba el centro de la ciudad. Como anotó en sus memorias el guardia civil Ladera, "lo de los Cuatro Caminos fue una resistencia obcecada"[114]. Una resistencia obcecada que, pese a todo, no sorprendía a sus contemporáneos[115].

Los coletazos de la huelga general de 1917 en la periferia no subvirtieron las relaciones de poder en la ciudad. Igual que la revolución frustrada que habían emprendido los líderes socialistas, la agitación del extrarradio fue sofocada por las fuerzas que sostenían la Monarquía y garantizaban su hegemonía en el sistema político español. Sin embargo, esto no debe llevar a despreciar el significado ni la trascendencia histórica (e historiográfica, en tanto que nos permite hacer aflorar una cultura política en formación) de las revueltas en las afueras, que revelaban quizás mucha mayor profundidad y recorrido que esa otra vertiente de la insurrección, la comandada por los sindicatos en el

---

Resulta interesante reseñar, igualmente, que también fueron instalados puestos de ametralladora en dos plazuelas de los barrios bajos: Antón Martín y Progreso. Ambos habían sido puntos de levantamiento de barricadas durante las revoluciones del siglo XIX o de choque entre manifestantes y fuerza pública en motines de verduleras. En esta ocasión, sin embargo, apenas se registraron enfrentamientos en la zona y no fue necesario utilizar las ametralladoras.

[112] AGMM, Orden Público, 5862.32. Las palizas a los empleados encargados del alumbrado público también son recogidas en el relato del anarquista Bajatierra, quien las caracteriza como actividades de "caza de traidores". Véase Mauro BAJATIERRA: *Desde las barricadas. Una semana de revolución en España. Las jornadas de Madrid en agosto de 1917*, Tortosa, Monclús, 1918.

[113] *El Liberal*, 16, 17, 18 y 19 de agosto de 1917, *La Nación*, 16, 17 y 18 de agosto de 1917, *La Acción*, 17 y 18 de agosto de 1917. Los sucesos se repitieron en el resto de barrios que conformaban la corona suburbana de Madrid, especialmente en Vallecas (donde hubo ametrallamientos) y en Guindalera, donde la fuerza pública fue apedreada por vecinos huelguistas. Resulta significativo que a lo largo de esos días en que la protesta siguió viva en los suburbios y había desaparecido por completo del interior de la ciudad, tanto la prensa como algunos involucrados dieron testimonio del movimiento hacia la periferia de madrileños afines a la huelga. Puede corroborarse también por la presencia de algunos vecinos de Chamberí entre los detenidos en los conflictos en Cuatro Caminos y Tetuán. Véase Mauro BAJATIERRA: *Desde las barricadas. Una semana de revolución en España. Las jornadas de Madrid en agosto de 1917*, Tortosa, Monclús, 1918.

[114] LADERA: *Fechas de sangre. Dos semanas de anarquía en España. Historia, comentarios y sucesos culminantes de la rebelión de 1909 y de la huelga general revolucionaria de 1917*, Madrid, Renacimiento, 1917, p. 276.

[115] Hay numerosos testimonios que confirman esa impresión. Por ejemplo, el diario conservador *La Nación*, consciente del desborde social que allí se habían producido, hablaba con tono apocalíptico de los disturbios: "Compuesto el vecindario en su mayoría de obreros necesitados, entre los que hace mucho tiempo vienen haciendo una labor persistente y tenaz los socialistas y las logias masónicas unidas a los protestantes, no es raro que allí se encuentre el principal foco de la huelga". Véase *La Nación*, 15 de agosto de 1917.

centro urbano, que ha recibido atención prioritaria por parte de los investigadores. Son varias las razones que permiten justificar dicho aserto. Por un lado, la revuelta en los suburbios representaba un eslabón más dentro de una cadena de conflictos que se habían ido dando en aquellos espacios urbanos desde años atrás: protestas por el precio del pan, reacciones violentas contra los accidentes de tranvía, motines contra el fielato, manifestaciones tras accidentes laborales, peticiones vecinales en demanda de servicios, enfrentamientos con los agentes de la ley, etc. En Cuatro Caminos y Tetuán existían unas rutinas, unos tiempos y unos significados asociados a la protesta. Las prácticas que los vecinos desplegaron aquellos días de lucha eran una expresión más de la cultura política del suburbio. Por otro lado, frente a esa realidad, la revuelta indefinida planteada por los socialistas era una acción puntual que respondía a una estrategia de lucha sin tradición en la ciudad de Madrid: la huelga general revolucionaria.

En ese contexto, tras el desmoronamiento de la infraestructura que había tras la insurrección, en mitad del caos, los habitantes de los suburbios hicieron suya la protesta y dotaron de contenido al significante entonces vacío que era la huelga general revolucionaria, un concepto muy repetido en los cenáculos obreros pero que nadie sabía a ciencia cierta a qué hacía referencia. Los vecinos de la periferia inventaron lo que era paralizar la ciudad por tiempo ilimitado y añadieron a la reivindicación de alta política y al paro laboral otros elementos que tenían que ver con prácticas, símbolos, actitudes o reivindicaciones que gozaban ya de predicamento en el suburbio: las turbulencias por una ciudad más inclusiva e integradora, la expresión de un sentido comunitario frente a la intromisión de un orden extraño, la acción por costumbre, la lucha cuerpo a cuerpo por el espacio, el protagonismo de mujeres, niños y jornaleros, la irreverencia antipolicial, el resentimiento contra la capital, etc. No en vano, desde hacía mucho tiempo los donnadie de las afueras estaban acostumbrados a organizarse y apoyarse sin esperar el permiso ni la autorización de nadie. Para ellos no era algo nuevo tener que inventar desde abajo sus herramientas de lucha.

La huelga general revolucionaria de 1917 fue un episodio más (el más destacado hasta la fecha) de la dinámica de atracción y desbordamiento que la política popular de los suburbios mantenía con el movimiento obrero hegemónico. Por una parte, los vecinos de las afueras fueron los más comprometidos en el cumplimiento del paro. El apoyo a lo que, sobre el papel, era una protesta contra el *establishment* político de la Restauración fue masivo en los suburbios. Por otra parte, con su comportamiento aquellos días de lucha, y muy especialmente una vez que el conflicto había remitido en el resto de la ciudad, los habitantes del extrarradio fueron mucho más allá de las instrucciones y directrices del comité de huelga y se apropiaron de la protesta hasta hacer de ella una suerte de revuelta de los barrios periféricos contra la ciudad.

Con esta interpretación, en todo caso, no tratamos de afirmar que la demanda de reforma institucional que latía tras el manifiesto de huelga fuera secundaria para los vecinos de los suburbios sino que estos daban sentido a los acontecimientos políticos generales a partir de sus experiencias y expectativas cotidianas. Imaginaban el mundo y las relaciones de poder desde las calles de Cuatro Caminos y Tetuán. La importancia del factor local en las protestas puede corroborarse a partir de un último elemento. Meses después de las revueltas, en noviembre, llegaron las elecciones municipales. Por aquel entonces, los dirigentes obreros que formaron parte del comité de huelga estaban

encarcelados en el penal de Cartagena. Habían sido condenados a cadena perpetua. En las calles y en la prensa la presión en favor de su libertad era ensordecedora. Para muchos, los reclusos socialistas eran una suerte de mártires del pueblo. La cabeza visible de una represión que había sacudido a los barrios más pobres de la ciudad. Por ese motivo, la Alianza de Izquierdas (la suma de republicanos, socialistas y reformistas) decidió presentar a los condenados como cabezas de lista por algunos distritos de la ciudad: Julián Besteiro por Universidad, Daniel Anguiano por Hospital, Francisco Largo Caballero por Inclusa, y Andrés Saborit por Chamberí, donde se integraba la zona de Cuatro Caminos. Todos ellos confiaban que el veredicto de las urnas cambiara su suerte y les permitiera acceder a un indulto. Esta vez, la respuesta de los madrileños estuvo a la altura de lo esperado por los líderes obreros. En toda la ciudad el respaldo a los revolucionarios fue rotundo. Los cuatro candidatos salieron victoriosos. Madrid estaba con los huelguistas[116].

En Chamberí las diferencias fueron muy amplias. Andrés Saborit fue el candidato más votado, con 2309 votos. A distancia considerable le seguían sus compañeros de papeleta Andrés Calzado y Miguel Tato, ambos republicanos. Aún más lejos estaban los candidatos de los partidos dinásticos. Juan Manuel García Miranda, maurista, sumaba poco más de 1500 votos, mientras que Martín Rosales, liberal demócrata, alcanzaba los 1400. Tras ellos había toda una pléyade de candidatos entre los que destacaba Ramón Pulido, aquel vecino de Cuatro Caminos que tanto se destacara en el envío de cartas de queja por las pésimas condiciones de vida en los suburbios. Desde 1910 Ramón Pulido era el presidente de la Asociación de Propietarios, Industriales y Vecinos de Cuatro Caminos. Socialmente, Pulido era una *rara avis* en el suburbio. No habitaba en las afueras por necesidad, sino por deseo. Pulido era un pintor de la Academia de Bellas Artes. Un profesional liberal. Su vivienda, ubicada en un hotelito de la calle Ávila, una de las más lujosas del barrio, contrastaba vivamente con las casas bajas y los patios de corredor en que se hacinaban sus vecinos. Políticamente, Ramón Pulido era socio del Círculo Instructivo Liberal de Cuatro Caminos. Era un hombre de orden. Alguien a quien seguramente habían horrorizado las escenas de agosto, cuando los huelguistas anónimos hicieron y deshicieron a su antojo antes de ser derrotados por el Ejército. En noviembre de 1917 fue en la lista electoral de los liberales romanonistas por el distrito de Chamberí, pero no logró ser escogido concejal, debido, sobre todo, a los pocos apoyos que su candidatura concitó lejos de Cuatro Caminos. En su barrio, en cambio, fue el candidato más votado, por encima del socialista Andrés Saborit. El análisis del recuento por secciones es sumamente elocuente.

Cuatro Caminos había sido feudo socialista y republicano al menos desde 1905. Sin embargo, en noviembre de 1917 muchos votantes del extrarradio rompieron su fidelidad de voto y, en lugar de introducir en las urnas la candidatura íntegra de las izquierdas, marcaron en sus boletos electorales los nombres de Saborit, uno de sus compañeros de papeleta y Pulido. Los viejos albañiles que jamás habían dejado de trabajar, los recién llegados de provincias o los jóvenes parados sin porvenir ni esperanza bien podían simpatizar con la emancipación proletaria o la causa federal, pero sabían que a la hora de conseguir escuelas para sus hijos o pavimentos y luz para sus calles pocas voces podían resonar tan fuerte en la Casa de la Villa como la de Ramón Pulido. A pesar de la distancia

[116] No obstante, los presos hubieron de esperar en Cartagena hasta la primavera de 1918, cuando otro nuevo triunfo electoral (en las elecciones a Cortes de 1918), fue su pasaporte definitivo para la libertad.

socioeconómica y política, Pulido era uno de los suyos en lo relativo a la lucha por el barrio. No importaba que Pulido no hubiera estado con ellos en las barricadas. Tal vez ni siquiera fuera relevante lo que opinara de aquellos sucesos. Sus decenas de escritos de queja eran a ojos de los vecinos la mayor garantía de que no les dejaría tirados. Su prestigio en la barriada queda fuera de toda duda si se cotejan sus apoyos con los conseguidos por el resto de aspirantes romanonistas. En algunas mesas electorales de Cuatro Caminos Pulido superaba los 100 sufragios mientras sus compañeros de papeleta ni siquiera llegaban a los 50. Una diferencia abismal. La diferencia entre unos nombres extraños con un mensaje distante y un vecino conocido y consciente, aunque fuera por su condición de propietario, de todo aquello que faltaba allí donde se acababa Madrid.

Resultados de las elecciones municipales de 1917 en Chamberí

Candidato	Adscripción política	TOTAL DISTRITO	CUATRO CAMINOS
Andrés Saborit	Socialista (AI)	2.309	449
Álvaro Calzado	Radical (AI)	1.883	355
Miguel Tato	Republicano (AI)	1.803	353
Juan Manuel García Miranda	Maurista	1.539	165
Martín Rosales	Demócrata	1.441	166
Ramón Pulido	Romanonista	1.369	500

Tabla. Resultados de las elecciones municipales de 1917. Comparativa entre los resultados del total del distrito de Chamberí y los del barrio de Cuatro Caminos. AI: Alianza de Izquierdas. Elaboración propia a partir de AVM, Secretaría, 21-152 a 21-155 y *Boletín Oficial de la Provincia de Madrid*, 14 de noviembre de 1917.

La revolución en las afueras no entendía tanto de corpus doctrinales cerrados como de solidaridad comunitaria, horizontalidad, autoorganización y demanda de mejores servicios para la barriada. Por ello, los vecinos más radicales, aquellos que disparaban a los militares y atentaban contra los tranvías, podían votar al mismo tiempo a un héroe sindical como Saborit y a un burgués que no conocía lo que eran las estrecheces económicas. Pulido no era de su clase, no. Pero sí era de su barrio. Y con eso, seguramente, bastaba. Aunque los pobladores de Cuatro Caminos eran obreros, habitaban en un suburbio que era, antes que nada, un lugar de residencia y vida.

4. Coda. Las raíces populares de las expresiones de clase

En las páginas anteriores se ha tratado de hacer una aproximación a ras de suelo a algunos de los episodios más famosos de la protesta obrera en Madrid. Estos episodios, más o menos conocidos por los historiadores políticos y los sociólogos de la acción colectiva, demandaban nuevas interpretaciones más atentas a la realidad suburbana en que tomaron cuerpo y que los hizo comprensibles. A partir de un minucioso análisis de las revueltas que siguieron en 1905 al hundimiento de la techumbre del Tercer Depósito del Canal de Isabel II y de las jornadas de revolución social de agosto de 1917, a lo largo de este capítulo se ha abordado el progresivo fenómeno de desborde social del extrarradio

sobre la ciudad liberal así como la tensa relación que los díscolos habitantes de la periferia tuvieron con quienes se postulaban como los más fieles representantes de sus intereses, los líderes del movimiento obrero organizado. La descripción densa de sendas protestas ha permitido evaluar la importancia de las rutinas y objetivos de la política popular de los suburbios y el peso que estos elementos tuvieron para la participación de la multitud en manifestaciones, revueltas y algaradas que, hasta el momento, se reputaban expresiones máximas de una política de clase o proletaria.

Lejos de ser un asunto que pueda solventarse adscribiendo estos episodios a unos u otros tipos de acción política, los sucesos de 1905 y 1917 fueron un ejemplo del creciente solapamiento que se fue dando entre las formas de comportamiento político surgidas de la experiencia suburbana y la ascendencia que el movimiento obrero organizado comenzó a disfrutar en la ciudad de Madrid durante el primer tercio del siglo XX. La política popular adquirió nuevos matices y dimensiones al calor de su contacto con la práctica institucional y las reivindicaciones de partidos y sindicatos. Estos, a su vez, alteraron sus modos y se contagiaron de unos estilos, pautas de actuación y esquemas mentales que, en principio, no formaban parte de su tradición sino que tenían unos orígenes prosaicos y pedestres. La interacción entre la cultura labrada en los barrios y la política de clase no se extinguió, sino que fue ramificándose y haciéndose cada vez más compleja hasta que en los años treinta los suburbios se convirtieron, por una parte, en el principal baluarte de las distintas corrientes de la izquierda revolucionaria, y, por otra, en el escenario de sus mayores disputas, desencuentros y violencias.

Las revoluciones del primer tercio del siglo XX dejaron huella en los vecinos de las afueras. Igual que los volcanes dejan en la lava petrificada memoria de sus pasadas erupciones, las algaradas de 1905 y, sobre todo, el estallido de 1917, quedaron grabados en la constitución social de Cuatro Caminos y Tetuán como suburbios. En primer lugar, lejos de sanarse, la brecha que se había abierto entre la ciudad y sus barrios periféricos se fue profundizando cada vez más, por lo que los motivos para nuevos estallidos tampoco desaparecieron. Es más, aumentaron. Así, en los años siguientes las protestas obreras, políticas y por el derecho a la ciudad se reprodujeron en la zona que ahora pasaba a ser la frontera de innovación en el conflicto social, desbancando a unas calles céntricas antaño protagonistas. Lo demuestra que menudearan en los años siguientes en estos barrios las protestas por el precio de las subsistencias o contra los automóviles, que las fiestas del Primero de Mayo abandonaran las calles del centro para alojarse en la Dehesa de la Villa o que luego en los años republicanos fueran los grandes solares desocupados de las afueras los que albergaron reuniones clandestinas y grandes mítines obreros. También fueron los barrios exteriores escenario privilegiado de la huelga anarquista de 1933, la huelga revolucionaria de 1934 o la gran huelga de la construcción de 1936, como luego lo serían de la organización miliciana en la Guerra Civil.

En segundo lugar, fechas como 1917 se incorporaron de inmediato al santoral laico y al memorial de agravios de todo revolucionario. En los años treinta fueron continuas las menciones a los fusilamientos de Cuatro Caminos en cualquier periódico a la izquierda del arco social o parlamentario. Una generación de obreros surgió a la vida pública con el recuerdo de esos acontecimientos míticos en la memoria. Si importantes fueron aquellos sucesos para el imaginario de los militantes de todo el país, mayor hubo de ser su repercusión para los propios vecinos. Muchos acabaron entre barrotes. Otros, heridos.

Y los más, casi todos, tenían a algún conocido que, de algún modo u otro, estuvo implicado en los sucesos. Para todos ellos fue un aprendizaje que, a buen seguro, no olvidaron[117].

En tercer y último lugar, 1917 marcó un punto de no retorno en la relación entre una parte de la población descontenta con el sistema social y económico y las elites gobernantes. Las vivencias de agosto convencieron a algunos trabajadores de la legitimidad de la violencia como vía de intervención en política. En la periferia, las barricadas y los ametrallamientos terminaron de desconectar emocionalmente a muchos hombres y mujeres del común que ya vivían el día a día separados físicamente de la ciudad, que desconfiaban de las instituciones y que habían naturalizado la desobediencia, el desacato o el rechazo a las pautas, procedimientos y reglas de la sociedad liberal. Esta desconexión, además, sentó las bases de la esfera pública de los años treinta en los suburbios: fragmentada, conflictiva, tensionada y sangrienta[118].

[117] Pueden encontrarse traumáticos testimonios de vecinos posteriormente célebres (como José Bardasano o Luisa Carnés) en la biografía que Luis de la Cruz prepara sobre Cipriano Mera, otro vecino del barrio al que los sucesos de 1917 no debieron de dejar indiferente.

[118] Pamela SWETT: *Neighbors and Enemies. The Culture of Radicalism in Berlin, 1929-1933*, Nueva York, Cambridge University Press, 2004; Chris EALHAM: *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto, 1898-1937*, Madrid, Alianza Editorial, 2005; Molly LOBERG: *The Struggle for the Streets of Berlin. Politics, Consumption and Urban Space, 1914-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 2018.

EPÍLOGO. AÑOS TREINTA. TIEMPO DE EXTREMOS EN EL EXTRARRADIO

"La calle no es de nadie aún. Vamos a ver quién la conquista"

Ramón J. Sender[1]

"La calle se ha convertido de golpe en la característica de la política moderna. Quien conquista la calle, conquista a las masas; y quien conquista a las masas, conquista también el Estado"

Joseph Goebbels[2]

Desde finales del siglo XIX y a lo largo del primer tercio del XX en los suburbios de Madrid cobró vida una cultura política fronteriza, callejera y contestataria que desafiaba las normas de funcionamiento de la esfera pública liberal. Los vecinos de las barriadas de extrarradio, o al menos una parte significativa de ellos, imaginaban el mundo y las relaciones sociales de manera similar, como si se orientaran en el espacio público siguiendo una misma brújula o como si observaran cuanto los rodeaba con unas lentes teñidas del mismo color. Compartían experiencias, lenguajes, temores, esperanzas, resentimientos o explicaciones sobre el orden social y el devenir de los acontecimientos. Su cultura se asentaba sobre una serie de pilares fácilmente reconocibles. Algunos, como la solidaridad, la horizontalidad, la autogestión o la inclinación por la vida callejera, eran consustanciales a la propia sociabilidad vecinal en las afueras de la gran ciudad. Otros, como la defensa de la acción directa, la desconfianza hacia algunas de las principales instituciones de la sociedad liberal (el régimen parlamentario, el sistema judicial, la religión, la planificación urbanística, la propiedad privada, la policía) o la irreverencia ante los líderes del movimiento obrero, remitían a la conflictiva relación que los habitantes del extrarradio habían establecido con las elites de la ciudad.

El progresivo fortalecimiento de la cultura política de los suburbios hizo de la periferia un mundo aparte cuya obediencia siempre resultó costosa para los poderes públicos. Con el tiempo, los motines, las peticiones colectivas, los sabotajes y las huelgas de los vecinos de las afueras contribuyeron a erosionar la ascendencia y la legitimidad de la clase dirigente de la Restauración entre amplias capas sociales. Sin los barrios periféricos jamás habría podido entenderse la quiebra del modelo de gobierno liberal. Con sus luchas de décadas, los donnadie de Cuatro Caminos y Tetuán prepararon el terreno para la llegada de la democracia. Sus prácticas y reivindicaciones tenían un inequívoco aroma rupturista. Con todo, el momento de máxima ebullición de la cultura política labrada en el extrarradio llegó en los años treinta, cuando los suburbios, geográficamente en los márgenes, pasaron a ocupar el centro mismo de la vida política de la ciudad y, en algunos momentos, del país. Nunca los hombres y mujeres que habitaban en las afueras

[1] Ramón J. SENDER: *Siete domingos rojos*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2009 [1932].
[2] Joseph GOEBBELS: *La conquista de Berlín*, Buenos Aires, Castella, 1975 [1938].

fueron tan relevantes. Nunca Cuatro Caminos o Tetuán estuvieron ligados a sucesos tan decisivos. Algunos de los estilos, demandas o posicionamientos más radicales de la época nacieron en el extrarradio o encontraron en sus calles el mejor cauce para propagarse. La pujanza revolucionaria de los suburbios fue un ingrediente fundamental de la inestabilidad que caracterizó el período republicano. Tanto fue así, que podríamos concluir que si la democracia de los años treinta fue, en parte, hija de los suburbios, del impulso de sus habitantes en favor de un espacio público más integrador, igualitario y participativo, también fue, en parte, víctima de sus excesos, sus pasiones y sus prejuicios.

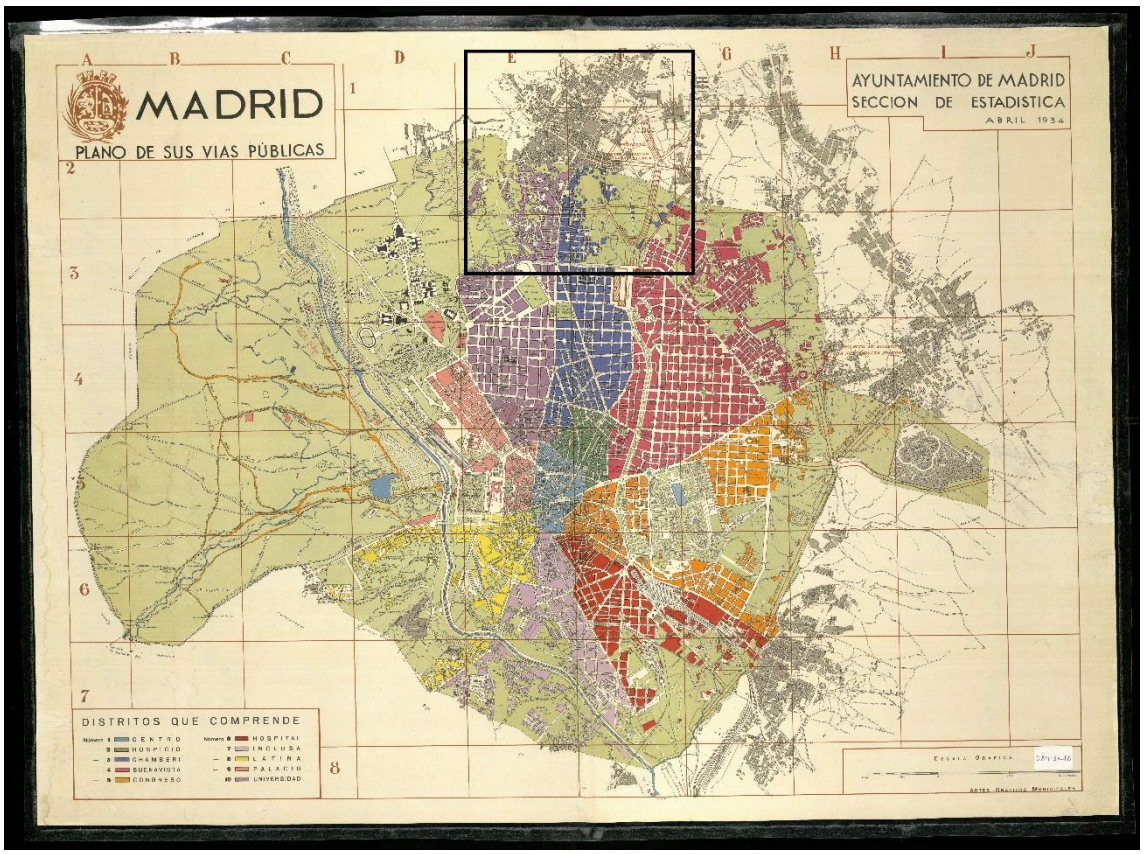


Figura. Madrid en los años treinta. En el recuadro aparecen los suburbios de Cuatro Caminos (violeta y azul) y Tetuán (gris). Elaboración propia a partir de AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Madrid: plano de sus vías públicas*, Madrid, Imprenta de las Artes Gráficas Municipales, 1934.

En los años de la Segunda República el extrarradio fue un hervidero de mítines, manifestaciones, huelgas, enfrentamientos, asaltos a comercios, atentados y represión. La agitación, los disparos, las detenciones o los registros estuvieron a la orden del día. Tanto era así, que en aquel momento resultaba imposible alcanzar la hegemonía política en la ciudad sin antes haberlo logrado en las calles de los suburbios. El fenómeno era común a toda Europa. En los márgenes de las grandes aglomeraciones urbanas florecían formas alternativas de comprender los vínculos sociales, nuevas maneras de vivir en comunidad o modos rupturistas de relacionarse con las autoridades. En los barrios proletarios de las afueras de París, Barcelona o Berlín, las distintas fuerzas políticas libraban una gran

batalla por modelar la sociedad del futuro y, por esa razón, se convirtieron en el ruedo por excelencia de la política de masas[3].

La intensa movilización que se vivió en los suburbios madrileños antes de la Guerra Civil contrasta con la escasa atención que los investigadores han dispensado al asunto. La cuestión causa cierta sorpresa. En primer lugar, un análisis de los actores de renombre o los grandes acontecimientos no habría de tener problemas en encontrar numerosas referencias para su estudio en las calles de los suburbios, donde se habría topado insistentemente con las figuras de Francisco Largo Caballero, José Díaz, Margarita Nelken, Miguel de Unamuno, Eduardo Ortega y Gasset, David Antona o José Antonio Primo de Rivera, por citar solo un puñado de casos. En los coliseos, cines y teatros de las afueras, como el Europa, el Metropolitano, el Victoria o el Monumental, vertieron algunos de sus discursos más famosos algunas de las principales figuras de la política española y se produjeron algunas de las concentraciones de masas más espectaculares. Por ilustrarlo con un solo ejemplo, merece la pena mencionar que en las elecciones de 1936, tan atendidas por la historiografía, no hubo un solo partido que no hiciera uno de sus actos centrales de campaña en Cuatro Caminos o Tetuán. En segundo lugar, tampoco resulta sencillo entender el olvido que los suburbios han tenido en un género muy cultivado por los estudiosos de los años treinta, la biografía. Más aún si tenemos en cuenta la tremenda impronta que las experiencias en la periferia dejaron en la cosmovisión de algunos de sus más famosos vecinos, como Cipriano Mera, Wenceslao y Santiago Carrillo o Ramiro Ledesma. En tercer lugar, un rápido recorrido por la hemeroteca o los archivos permite ver la importancia que los suburbios tuvieron para algunas organizaciones políticas o sindicales llamadas a cambiar el rumbo de los tiempos. Así sucedió con el comunismo y el anarquismo, cuyo crecimiento y desarrollo difícilmente puede ser comprendido en toda su hondura al margen del extrarradio de Madrid. Incluso la historia del socialismo está íntimamente unida a la de suburbios como Tetuán o Vallecas, donde el PSOE vivió sus primeras experiencias de gobierno municipal. Finalmente, si avanzamos hacia otros terrenos, más concurridos por los historiadores sociales, nuestra impresión es la misma. La historia de la acción colectiva o la historia de la violencia política, incluida la anticlerical, son inseparables de los suburbios de Madrid, escenario principal de los grandes movimientos huelguísticos del período, los enfrentamientos callejeros entre militantes de distinto signo, los atentados contra comerciantes y tenderos o los ataques más sonados contra los símbolos y los representantes de la religión católica[4].

[3] Jean Paul BRUNET: *Saint-Denis la ville rouge, 1890-1939*, París, Hachette, 1980; Annie FOURCAUT: *Bobigny, banlieue rouge*, París, Les Editions Ouvrieres, 1986; Tyler STOVALL: *The Rise of the Paris Red Belt*, Berkeley, UCP, 1990; Pamela SWETT: *Neighbors and Enemies. The Culture of Radicalism in Berlin, 1929-1933*, Nueva York, Cambridge University Press, 2004; José Luis OYÓN: "Historia urbana e historia obrera: reflexiones sobre la vida obrera y su inscripción en el espacio urbano, 1900-1950", *Historia Contemporánea*, 24 (2002), pp. 11-58; ÍD: *La quiebra de la ciudad popular: espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 2008; Jesús CASQUETE: "Vecinos a muerte. S.A. y violencia política en Berlín-Kreuzberg, 1929-1933", *Historia y Política*, 33 (2015), pp. 155-182.

[4] En términos generales, la historiografía de la Segunda República ha prestado poca atención a la relación entre espacio y política. Los estudios sobre el Madrid republicano han seguido esa misma tónica. Existen trabajos que analizan algunos fenómenos o expresiones típicas de los suburbios (como la movilización revolucionaria en los años inmediatos a la Guerra, o como el ascenso y organización del anarquismo madrileño) en los que los nombres de Cuatro Caminos y Tetuán se mencionan únicamente de pasada como meros telones de fondo o contenedores de un proceso ajeno a las condiciones de vida, la cultura o las

Para llenar este vacío sería necesario llevar a cabo un análisis integral y a ras de suelo que escapa de los intereses y las posibilidades de esta investigación. La ciudad de los años treinta no era la misma que la de décadas anteriores. Los cambios que la capital experimentó en su estructura demográfica, su paisaje residencial o en las relaciones entre sus habitantes fueron tan drásticos que exigirían una aproximación específica a su naturaleza y sus particularidades. Los suburbios encarnaron mejor que ninguna otra zona de la ciudad los efectos de esa transformación. Entre 1920 y 1935 Cuatro Caminos y Tetuán pasaron de ser dos barrios periféricos que sumaban alrededor de 60.000 habitantes y estaban distanciados por amplios vacíos urbanos a convertirse en un imponente *continuum* proletario poblado por cerca de 120.000 personas[5]. Tampoco la política de los treinta se parecía a la de unos años atrás. Había cambiado todo: los actores, las doctrinas, la arquitectura institucional, las técnicas de comunicación, las estrategias de movilización, los rituales, la retórica o las oportunidades para la acción. El calado de unas y otras transformaciones justifica que en esta tesis nos hayamos centrado en el período de formación de la cultura política de los suburbios y hayamos dejado para futuros trabajos un examen minucioso del extrarradio en los años treinta. Con todo, el relato hasta aquí presentado quedaría mutilado si no abordáramos un ensayo, siquiera epidérmico, de las interacciones entre el espacio suburbano y la política radical en tiempos de la República, cuando los pasos de los moradores de las afueras resonaron en toda España y para

relaciones humanas establecidas en esos espacios. Pueden verse ejemplos de ello en Francisca BERNALTE VEGA: *La cultura anarquista en la República y la Guerra Civil. Los Ateneos Libertarios en Madrid*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1991; Sandra SOUTO: *"¿Y Madrid? ¿Qué hace Madrid?" Movimiento revolucionario y acción colectiva (1933-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 2004; Julián VADILLO: "El anarquismo en el Madrid de la Segunda República. Perfil social, estrategias y tácticas", *Historia Autónoma*, 10 (2017), pp. 124-142. La investigación de Fernando Jiménez Herrera sobre el Ateneo Libertario de Puente de Vallecas, por su parte, aborda cuestiones educativas o relacionadas con el funcionamiento de dicho ateneo pero no se interesa por las particularidades y la cultura popular del extrarradio. Podríamos decir que el autor realiza una historia de un ateneo en Vallecas más que una historia de un ateneo de Vallecas. Véase Fernando JIMÉNEZ HERRERA: *Los comités madrileños en 1936. Un análisis microhistórico de la represión*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2018, pp. 279-293. Aunque buen conocedor de la historia de la capital, los trabajos de Francisco Sánchez Pérez sobre los años treinta se han centrado en el análisis de los repertorios de acción colectiva y el desarrollo de las organizaciones políticas, objetivos para los que ha tomado la ciudad como un todo. Véanse Francisco SÁNCHEZ PÉREZ: "Madrid, capital de la protesta: de agosto de 1917 a julio de 1936", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. Extraordinario (2007), pp. 301-312; ÍD: "Las protestas del trabajo en la primavera de 1936", *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 41 (2011), pp. 77-101. Del mismo autor, un trabajo algo más atento a las divisiones de comportamiento político en el seno de la ciudad: "Clase obrera y conflictividad social en el Madrid del Frente Popular (febrero-julio de 1936)", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 13 (1991), pp. 47-61. En los ya clásicos estudios de Santos Juliá sobre el Madrid de los treinta puede apreciarse una mayor preocupación por la importancia de los suburbios para la política de la época, si bien su aproximación resulta marcadamente sociológica o estructuralista. Véanse Santos JULIÁ: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Madrid, Siglo XXI, 1984; ÍD: "De revolución popular a revolución obrera", *Historia Social*, 1 (1988), pp. 29-43; ÍD: "¿Feudo de la UGT o capital confederal? La última huelga de la construcción en el Madrid de la República", *Historia Contemporánea*, 6 (1991), pp. 207-222.

[5] Los datos de Cuatro Caminos en AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1920 y de 1935, Censos de Población del Instituto Nacional de Estadística de 1920 y 1930. Los datos de Tetuán en Rafael GILI RUIZ: "La conurbación de Chamartín (1840-1940)" en VV.AA.: *Chamartín. Aldea, Villa, Distrito*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 2013, p. 139 y AVM, Secretaría, Padrón Municipal de Habitantes de Chamartín de la Rosa de 1935.

cualquiera se hizo evidente que existía un filtro de lectura e interpretación de la realidad con capital en los suburbios[6].

Ilustración. Imagen aérea del suburbio de Tetuán. Años treinta.

Muchos serían los asuntos susceptibles de aparecer en un epílogo como este. No obstante, hemos creído conveniente centrar nuestra atención en la que seguramente fuera la expresión más característica de los suburbios en los años treinta: la lucha por el control de la calle. En ella participaron vecinos de distintas ideologías, habitantes de otros puntos de la ciudad, fuerzas de orden público y algunos de los políticos más célebres de la época. Todos ellos bregaron por determinar (o imponer) qué era legítimo afirmar en el espacio público, qué símbolos o emblemas eran respetables, quiénes tenían derecho a participar del debate colectivo o qué voces, por el contrario, debían ser acalladas. Lejos de responder a dinámicas o problemáticas de carácter local, el estudio de la lucha por el control de la calle del extrarradio resulta una fabulosa vía de entrada a algunos de los fenómenos más significativos de la historia de la Segunda República, los relacionados con la

[6] Hemos realizado una primera aproximación en Carlos HERNÁNDEZ QUERO, Luis DE LA CRUZ: "Cuando los suburbios dejaron de ser periferia. La lucha por el control de la calle en el Madrid de los años 1930", *Rubrica Contemporánea*, 16 (2019), pp. 57-76. En dicho trabajo están expuestos algunos de los temas que se desarrollan en el epílogo. El interés por los suburbios del norte de Madrid en los años treinta nos ha movido a colaborar en otros proyectos de divulgación. Además, Luis de la Cruz prepara en la actualidad una biografía de Cipriano Mera en la que el examen de la forma de vida y la política suburbanas adquiere un rol fundamental.

intransigencia política, el respeto por el adversario, las dificultades de institucionalización de la democracia o los apetitos totalitarios de parte de la ciudadanía[7].

Por el poco peso que la cultura liberal había tenido en las afueras, el extrarradio se convirtió en campo abonado para los extremos políticos. En un primer apartado analizaremos los conflictos desatados en el seno de la izquierda por el creciente ascendiente que anarquistas y comunistas, insatisfechos con la labor de gobierno de los socialistas, empezaron a disfrutar en el vecindario. En los suburbios se vivió una pugna cuerpo a cuerpo entre las diferentes familias obreras y una tensión perenne entre las lógicas políticas callejeras y las institucionales. En un segundo apartado estudiaremos cómo las calles de la periferia se convirtieron en objeto de deseo para las nuevas derechas de la época, que trataron de esparcir su mensaje en una región urbana que las organizaciones revolucionarias consideraban propia. La incesante propaganda falangista en Cuatro Caminos y Tetuán fue el origen de enfrentamientos sangrientos con vecinos de signo opuesto y contribuyó al deterioro de la convivencia en el barrio. En ambos tipos de conflicto afloraron prácticas, discursos e imágenes que habían formado parte del universo popular del extrarradio desde finales del siglo XIX, por lo que su análisis nos permite, también, trazar una panorámica general sobre la evolución y desarrollo de la cultura política de los suburbios.

1. Entre amor y odio. El *auténtico pueblo* y los socialistas

En los años treinta el socialismo madrileño alcanzó su punto máximo de ebullición gracias a viveros de apoyo como Cuatro Caminos y Tetuán. En 1931, los habitantes del extrarradio votaron con entusiasmo a la Conjunción Republicano-Socialista, que obtuvo más del 80% de los sufragios en la zona y llegó a elevarse por encima del 90% en bastantes colegios electorales de Tetuán. Allí fue escogido alcalde el socialista Manuel Horcajada, antiguo maestro de la Casa del Pueblo de la localidad[8]. Dos años después, rota la alianza que había traído la República, en las elecciones a Cortes de 1933 los socialistas arrasaron a sus antiguos socios de gobierno en los suburbios. En Tetuán el PSOE cosechó 4.615 votos, por 1.531 de los republicanos radicales y 206 de las candidaturas de izquierda republicana. Los comunistas alcanzaron 729 sufragios. Las derechas, por su parte, sumaron 1.302 votos[9].

El predominio de los socialistas era abrumador. No obstante, una cosa era ser, de largo, el partido más votado en los suburbios y otra bien distinta era gozar de una adhesión

[7] Han utilizado la lucha por la calle como vía de entrada a grandes cuestiones políticas Chris EALHAM: *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto, 1898-1937*, Madrid, Alianza Editorial, 2005; Mark WILD: *Street Meeting: Multiethnic Neighborhoods in Early Twentieth-Century Los Angeles*, Berkeley, UCP, 2005; Leif JERRAM: *Streetlife. The Untold History of Europe's Twentieth Century*, Oxford, Oxford University Press, 2011; Chris MILLINGTON: "Street-fighting Men. Political Violence in Interwar France", *The English Historical Review*, 538 (2014), pp. 606-638; Molly LOBERG: *The Struggle for the Streets of Berlin. Politics, Consumption and Urban Space, 1914-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 2018; Malcolm PETRIE: *Popular Politics and Political Culture. Urban Scotland, 1918-1939*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2018.

[8] Los colegios electorales en *Apéndice al Boletín del Ayuntamiento de Madrid*, 5 de enero de 1931. Los resultados en *Boletín Oficial de la Provincia de Madrid*, 16 de abril de 1931.

[9] *Boletín Oficial de la Provincia de Madrid*, 24 de noviembre de 1933. En el conjunto de Chamartín los resultados fueron: PSOE 6.813, radicales 2.032, republicanos de izquierda 525, PCE 993, derecha 2.172.

inquebrantable y sin fisuras en unos barrios que también eran cuna de la izquierda alternativa. En Cuatro Caminos y Tetuán había muchos vecinos que veían la República como una etapa transitoria que había de conducir a otros estadios sociales y políticos. Los propios resultados mostraban que el Partido Comunista, insignificante en Madrid, gozaba de un brío notable en las afueras. En algunas secciones, incluso, llegó a ser la segunda candidatura más votada[10]. Los libertarios, por su parte, reacios al juego electoral, eran omnipresentes en los suburbios. Hablar de anarcosindicalismo en el Madrid de los treinta era hablar del cinturón periférico que envolvía la ciudad. Fue en los centros de sociabilidad de Tetuán donde los albañiles libertarios consumaron la ruptura con UGT y dieron forma a lo que, con el correr del tiempo, sería el Sindicato Único de la Construcción de la CNT[11]. También fue en los suburbios donde los anarquistas tenían sus imprentas, la administración de sus periódicos, sus ateneos más combativos o la vivienda de buena parte de sus dirigentes más destacados (Cipriano Mera, David Antona, Teodoro Mora, los hermanos González Inestal, Felipe Sandoval, Miguel Bayón etc.). En buena lógica, allí fue donde más eco encontraron las huelgas que los libertarios convocaron durante el primer bienio republicano, cuando el PSOE controlaba la cartera de Trabajo[12].

Gracias a su fuerza, los comunistas y anarquistas del extrarradio se erigieron en custodios de las esencias populares y sometieron a una constante fiscalización la labor de gobierno de los socialistas. Esta fiscalización se manifestó en mítines de denuncia de las tácticas sindicales de UGT, en marchas ante el Ayuntamiento de Chamartín o en una intensa producción de panfletos, carteles y pasquines críticos con la deriva de la Republica. Los muros, las paredes y las esquinas de la periferia clamaban contra los socialistas, igual que antaño habían ondeado en las calles las banderas de "Muera Canuto" o las sábanas con lemas contra los comerciantes conchabados con la administración. En los suburbios siempre se había puesto un sambenito a los traidores. Y eso, traidores, es lo que eran los socialistas a ojos de muchos anarquistas y comunistas de las afueras.

Tres vecinos libertarios de Tetuán fueron detenidos en mayo de 1931 cuando portaban hojas en que se tachaba de "indignos" y "contrarrevolucionarios" a los "mangoneadores de la Casa del Pueblo". En ellas también se afirmaba que "la masa está divorciada de los socialistas", que "los trabajadores están convencidos de que los socialistas sostienen al régimen burgués" y que "los socialistas no tienen escrúpulos ni conciencia, siempre a la caza de un cargo retribuido o una prebenda"[13]. En una asamblea que los anarquistas de Cuatro Caminos y Tetuán tuvieron el 11 de diciembre de 1932, los oradores, vecinos de los suburbios, pusieron de manifiesto su rechazo al rumbo que tomaba la República. Uno de ellos veía "el Parlamento como la casa de los enchufes y el

[10] Mientras en Madrid los resultados del PCE no alcanzaban el 3% de los sufragios emitidos, en bastantes colegios de Tetuán sus papeletas sobrepasaban el umbral del 10%. Lo que era posible ver en Tetuán, un triunfo del aún minúsculo PCE sobre las derechas y las distintas listas republicanas de izquierda, era, en cambio, una quimera en el conjunto de la capital. Véase *Boletín Oficial de la Provincia de Madrid*, 24 de noviembre de 1933. Los resultados de los comunistas en Madrid capital en Roberto VILLA: *La República en las urnas. El despertar de la democracia en España*, Madrid, Marcial Pons, 2011, pp. 531 y ss.

[11] *La Libertad*, 29 de julio de 1930, *La Libertad*, 5 de noviembre de 1930, *La Libertad*, 7 de abril de 1931 y *La Tierra*, 14 de noviembre de 1931. Información detallada al respecto en Luis DE LA CRUZ: "Mera, hombre de las afueras", texto inédito. Agradezco a su autor su consulta.

[12] *La Tierra*, 22 de enero de 1932 y *La Tierra*, 10 de mayo de 1933. La geografía de estos primeros conatos huelguísticos anarcosindicalistas era, en realidad, un calco de lo ocurrido en la huelga revolucionaria de 1917, rápidamente aplastada en el interior de la urbe y costosa y violentamente dominada en su periferia.

[13] AHN, Audiencia Territorial Criminal de Madrid, Leg. 122/1, Exp. 2.

Registro Civil como ficha policial". Ese mismo sujeto afirmó que los miembros del Ateneo Libertario de la localidad "no tenían nada que ver con la República", y que estaban frente a ella, en defensa de la revolución social. Otro vecino dijo que "el Parlamento era un timo". El último interviniente calificó de "parásitos, piojos, chinches y langostas" a los gobernantes socialistas e hizo un llamamiento a tirar el régimen "por la fuerza"[14]. En otro mitin en la barriada, en julio de 1933, los vecinos anarquistas pidieron se aplicara "la Ley de Vagos y Maleantes a los 450 diputados de las Cortes que cobran por no hacer nada" y tacharon a los socialistas de "traidores"[15]. Por su parte, en las imprentas y kioskos comunistas de la periferia se distribuían folletos y hojas en las que se tachaba de "contrarrevolucionarios" y "burgueses" a los socialistas o se les consideraba "alcahuetes y amparadores de la peste negra del fascismo"[16].

C. N. T.

SINDICATO UNICO DE LA CONSTRUCCION

Al pueblo trabajador y en particular a los trabajadores de la Construcción de Madrid

Trabajadores, salud: Tenemos el deber, no obstante, saberos enterados de la titánica lucha que 1.500 trabajadores, hermanos vuestros, sostienen desde hace cinco semanas con la fascista y soberbia empresa Hormeche; de recordároslo, de marcar posiciones y de dar la voz de alerta, pues consideramos que ni el Sindicato de la Construcción ni la clase trabajadora pueden permanecer con los brazos cruzados ante este conflicto.

La huelga de Hormeche tiene varios aspectos; uno de orden moral, y otros de orden material. No precisamos estos últimos porque entendemos que no es lo fundamental, pero sí queremos reseñar, para que no dé lugar a dudas los de orden moral.

Hace siete semanas, los representantes de la Federación Local de la Edificación plantearon a la Empresa unas determinadas reclamaciones, entre las cuales se destacaba la admisión de varios compañeros despedidos; pues bien, conseguido esto, llega el momento de reintegrarse al trabajo los despedidos, y cual no sería la decepción de los compañeros cuando vieron que se les hacía objeto de una miserable burla, pues la empresa no admitía a trabajar a dos de los despedidos que más se habían significado por la organización y que precisamente eran los que por practicar la jornada de seis horas fueron despedidos. Ante tamaña injusticia, ante esta burla denigrante, los 1.500 trabajadores de Hormeche declararon la huelga, huelga que fué refrendada por el Sindicato sin la menor dilación.

Desde el primer momento, la empresa ha tratado por todos los medios de desorientar a los compañeros, empleando desde la carta particular, hasta la visita del ingeniero acompañado de agentes policíacos, coaccionando a los trabajadores, para sembrar la cizaña, pensando que los trabajadores en huelga no tienen conciencia de sus actos, desconociendo los sentimientos de estos trabajadores juramentados a no cejar en la lucha hasta tanto no hayan sido aceptadas las condiciones que en justicia imponen para volver al trabajo y sobre todo hasta conseguir que esta empresa no pueda señalar a dos compañeros, condenándolos al hambre de una forma cruel y caprichosa.

Los trabajadores en huelga, con unanimidad que les honra, han desechado todas las insidias, todas las asechanzas, todas las maniobras de Hormeche y de sus defensores lacayos de la Federación Local de la Edificación, que a pesar de sus protestas jesuíticas trasiegan en la sombra y si hubiera encontrado ambiente habría organizado la traición como es costumbre. Hoy, y al cabo de cinco semanas, los trabajadores están más fuertes que el primer día y en sus rostros demacrados por el hambre se ve la decisión de vencer, aunque les cueste la existencia y las de sus familiares.

¡Esta es la situación, camaradas todos de la Construcción! ¡Reflexionad! ¡Estudiad serenamente el problema, comprended que el triunfo de la empresa Hormeche sobre los trabajadores significaría sentar el precedente de que las empresas puedan despedir caprichosamente a aquellos que más se significan, y que en estas condiciones, perdida la dignidad y la fuerza, no hay conquistas posibles, que todo lo firmado, todo lo pactado no tiene ningún valor, pues a las empresas se las deja como absolutos árbitros para cumplir lo pactado al consentir los despidos de aquellos que querían llevar los pactos y las bases a la práctica.

No queremos amenazar ni lanzar plataformas ultrarradicales; damos la voz de alerta. No sería digno dejar abandonados a su propia suerte a los compañeros huelguistas si no responde al principio de solidaridad sobre el que está cimentada la organización confederal, ni al espíritu de sacrificio y de lucha que la clase trabajadora madrileña ha demostrado siempre.

Desde este momento el Comité del Sindicato Unico de la Construcción propugna la conveniencia de declarar LA HUELGA GENERAL DE TODOS LOS OBREROS AFECTOS A ESTA INDUSTRIA, EN SOLIDARIDAD CON LOS HUELGUISTAS DE HORMAECHE. Hemos tratado de dar una solución a este conflicto y los huelguistas no han desdeñado ocasión ni oportunidad para entrevistarse con la empresa, y siempre por nuestra parte, hemos estado dispuestos a discutir y rectificar, si preciso fuera, alguna de las ba-

NORTE ROJO

Organo de los Radios Comunistas del Norte y Chamartín

Octubre 1934

¡Solidaridad con los obreros y campesinos de Asturias!

Contra la pena de muerte, condenas monstruosas, destierros, rebaja de salarios y Sindicatos fascistas.

¡FRENTE ÚNICO!! ¡¡FRENTE ÚNICO!! ¡¡FRENTE ÚNICO!!

NO HEMOS SIDO VENCIDOS

...hemos sido vencidos. Los criterios de la Prensa fascista ...cantando ya por anticipado ...equipos de asesinos para que ...su política de terror.

...están seguros, piden sangre y ...sangre, exigen penas de muerte, ...anuncios de que el equipo actual de gobernantes es incapaz de ...para la revolución, preparan rápidamente un equipo militar, Franco, ...Baird y López Ochoa son los ...llamados a una nueva etapa primorriverista, pero más dura, más brutal, ...con las fuerzas de la revolución ...hemos hoy seriamente la dominación de los militares y banqueros, ...de terratenientes y curas.

...ha sido vencido el proletariado ...Madrid, su heroica huelga general de nueve días, en la que el engaño no pudo hacerse a base de ...los arrancados de las filas de la ...revolución, demuestra que el proletariado de Madrid no ha sido vencido y no será vencido porque rápidamente se orienta en la política de clase, auténtica de clase, que supo dar el ...a los obreros y campesinos ...se orienta hacia la Internacional Comunista y hacia su sección ...España, el Partido Comunista. Y ...hora en que los vacilantes ...pendan, en que los cobardes se ...ante los esfuerzos que la lucha ...recordamos a los trabajadores de la barriada unas palabras ...Lenin: Todo el que no se prepara ...ello, debe ser echado implacablemente de las filas de los partidos de la revolución, echados al ...de sus adversarios, de los ...y de los cobardes». No hemos vencidos; los ataques de la ...revolución serán rechazados ...proletariado, que en estos momentos sabrá, dirigido por el Partido Comunista, levantar los sindicatos de clase, ganar para la revolución a todas las capas de la población trabajadora, que SABRÁ ORGANIZAR LA LUCHA POR EL PODER a través de la creación de los Comités de fábrica, de los Comités de barriada, de la Alianza Obrera y Campesina, y que a través de estos crear los órganos decisivos para la conquista y defensa del Poder, LOS SOVIETS.

No hemos sido vencidos. Mienten los periódicos fascistas, mienten los elementos que, ajenos a nuestra propia clase, lanzan en las filas del proletariado sus concepciones derrotistas. Y en estos momentos en que capas del proletariado influenciadas aun por elementos exentos de una teoría revolucionaria ...nasta vacilan, nosotros recordamos las palabras de Lenin después de las jornadas del 3 en Rusia: «El movimiento surgido de la huelga política general, se ha elevado al grado superior, ha forzado a la reacción a ir hasta el fin en su resistencia y por eso mismo ha aproximado, formidablemente el momento en que la revolución desplegará también hasta el fin sus medios de ofensiva. La reacción no puede ir más allá después del bombardeo de las barricadas, de las cases y de la muchedumbre. La revolución tiene todavía donde ir, mucho más allá de los equipos de Moscú, tanto en intensidad como en profundidad, y la revolución ha hecho ya camino después de Diciembre. La crisis revolucionaria tiene ahora una base infinitamente más amplia; no hay más que afilar el coñac».

Y las palabras de Lenin son hoy un grito al proletariado de nuestra barriada que siente más que nunca su liberación.

¡Por el Gobierno Obrero y Campesino!

SALUDO

El Radio Norte y el de Chamartín de la Rosa, lanzan su valiente órgano «Norte Rojo».

Su primer número sale desafiando la ola de terror más brutal que ha conocido el proletariado español.

Ninguna organización obrera queda en pie. Todos los locales proletarios han sido clausurados. Pero el gobierno de las clases dominantes sólo de momento puede cantar victoria. La lucha no ha terminado. Puede decirse que es ahora cuando entra en sus fases más interesantes.

«Norte Rojo» defenderá los intereses de los obreros y campesinos, de las masas populares de nuestras barriadas.

«Norte Rojo» saluda a los trabajadores y especialmente a los obreros y campesinos asturianos que supieron marcar al proletariado español con sus actos de audacia y heroísmo sin límites, cual es el camino del triunfo.

«Norte Rojo» saluda a los obreros catalanes por su voluntad de lucha contra el imperialismo español y contra su propia burguesía nacionalista.

«Norte Rojo» saluda a los obreros vascos, ¡bravos mineros!, a los trabajadores madrileños y particularmente a los jóvenes socialistas, quienes vivieron con intensidad revolucionaria las jornadas últimas esperando en vano la entrega de las armas. En vuestra espera lograba el gobierno cedista-lerrouxista sus objetivos antiproletarios.

«Norte Rojo» luchará por la unidad obrera revolucionaria.

Los Comités de los Radios Comunistas del Norte y Chamartín.

HERMANOS DE ASTURIAS, ¡OS VENGAREMOS!

Os vengaremos, camaradas.

Fuisteis los mejores guerrilleros de la revolución; hicisteis de las fábricas fortalezas, de vuestros hogares barricadas, de cada uno de vosotros un héroe de la revolución.

Os vengaremos, camaradas.

Fuisteis los mejores guerrilleros de

Ilustraciones. Carteles y pasquines contrarios al PSOE y UGT repartidos en los suburbios por vecinos radicales. A la izquierda: Hoja del Sindicato Único de la Construcción de la CNT. A la derecha: Ejemplar de *Norte Rojo*, órgano de propaganda de los comunistas de Cuatro Caminos y Tetuán. Fuente: Archivo Histórico Nacional, Audiencia Territorial Criminal de Madrid, Leg. 27/2, Exp. 14 y Leg. 53/1, Exp. 15.

Para los vecinos más radicales existía una fuente de legitimidad mayor que la que emanaba de las instituciones democráticas: la surgida de la calle, verdadero parlamento

[14] AHN, Audiencia Territorial Criminal de Madrid, Leg. 91/2, Exp. 36 y Leg. 80/1, Exp. 1.
[15] AHN, Audiencia Territorial Criminal de Madrid, Leg. 221/2, Exp. s/n.
[16] Véanse AHN, Audiencia Territorial Criminal de Madrid, Leg. 182/1, Exp. 6, Leg. 4/2, Exp. 43 y Leg. 181/1, Exp. 4.

de los de abajo. Por ese motivo, al margen de la propaganda, comunistas y anarquistas aprovecharon cualquier ocasión para confrontar a los socialistas en el espacio público[17]. Veámoslo con una serie de ejemplos. El 12 de abril de 1932 los comunistas de Tetuán habían convocado un mitin en el Monumental Cinema. El objeto de la reunión era protestar por los actos que el Ayuntamiento de Chamartín había organizado para conmemorar el primer año de existencia de la República. En opinión de los convocantes, la crisis de trabajo que asolaba la periferia hacía de aquellos festejos algo inmoral. El mitin fue anunciado a bombo y platillo, pero las autoridades denegaron el permiso para la celebración del evento. A las puertas del cine se vivieron algunos momentos de tensión entre la fuerza pública y los asistentes. Los grupos entonces se desplazaron a una explanada próxima y trataron de celebrar allí el mitin, aunque, de nuevo, los policías impidieron la asamblea. Ante esta situación, los comunistas se dirigieron al Ayuntamiento, tomaron el edificio por asalto y lo prendieron fuego con ayuda de unos bidones de gasolina. Los trabajadores que había en el interior salieron despavoridos. Hubo algunos heridos y numerosos detenidos. Tras quince minutos de lucha infatigable contra las llamas, los bomberos consiguieron controlar el incendio. La sede del poder municipal había resistido. Las marcas de las llamas, no obstante, quedaron grabadas en el edificio y en la memoria colectiva como un terrible recordatorio. Como una llamada al orden. En el extrarradio los gobernantes obedecían y el pueblo mandaba[18].

El incendio del Ayuntamiento enlazaba con el magma contrainstitucional e iconoclasta que se había formado en los suburbios a lo largo de las décadas. Socialistas y republicanos de izquierda disfrutaban de una cómoda mayoría en los plenos municipales. Sus papeletas eran las preferidas por los electores los días de votación. La policía, la odiada policía, garantizaba el cumplimiento de sus medidas y dictámenes. No obstante, para los vecinos más extremistas las lógicas individuales o los lentos procedimientos institucionales no tenían cabida en la barriada, donde el apoyo o el rechazo a los gobernantes se medía de manera colectiva, inmediata y por aclamación.

La noche del 20 de octubre de 1933 el PSOE celebraba un gran mitin en el cine Europa, el coliseo más famoso de la periferia. En el cartel figuraban Fernando de los Ríos, Trifón Gómez, Indalecio Prieto y Francisco Largo Caballero. El encuentro de la flor y la nata del socialismo español con los proletarios de Cuatro Caminos tuvo un toque mucho más amargo de lo que cupiera pensar a primera vista. Los socialistas estaban prevenidos. Sabían que Cuatro Caminos era una de sus plazas fuertes, pero también que allí había germinado una acerva crítica, por la izquierda, contra su obra de gobierno. Tal vez por eso, quisieron hacer del acto un encuentro más íntimo y privado. *La Tierra*, altavoz oficioso de los libertarios, dejó una crónica mordaz del mitin para sus lectores:

> Por invitación, adoptándose todo género de precauciones, cerrando cuidadosamente las puertas del local -demostración fehaciente del miedo de los líderes al auténtico pueblo-, dio ayer comienzo, en el cinema Europa, la campaña electoral de los

[17] Anarquistas y comunistas no compartían estrategia ni espacios de sociabilidad. Ambos se combatieron duramente en la propaganda y en los mítines. En este epilogo los tomamos de manera conjunta por ser ambos críticos acérrimos de los socialistas y rivales de los mismos por la hegemonía callejera. Una muestra de la animadversión entre comunistas y anarquistas en AHN, Audiencia Territorial Criminal de Madrid, Leg. 260/1, Exp. s/n. Los libertarios de los suburbios llamaban a los comunistas "víboras inmundas", mientras que para estos, apenas había diferencia entre los anarquistas y las "bandas fascistas de las JONS".
[18] *Ahora*, 13 de abril de 1932 y *La Libertad*, 13 de abril de 1932.

> socialistas […] En la puerta, en los alrededores, en toda la calle de Bravo Murillo hasta la glorieta de Cuatro Caminos, se situaron fuertes retenes de guardias de Asalto y Seguridad. Las puertas del cine fueron cerradas herméticamente tan pronto penetraron los individuos invitados expresamente. Las juventudes socialistas, armadas con grandes porras de fresno guardaban el orden dentro del teatro. Pero, a pesar de todo, la voz del pueblo se hizo oír […] A la entrada y a la salida del mitin, al cruzar rápido por las calles adyacentes en sus magníficos automóviles, cientos de voces les gritaron, con todo su desprecio, una frase: "¡Casas Viejas! ¡Casas Viejas!" Los guardias hubieron de dar repetidas cargas para despejar los alrededores. Hubo pedradas, cristales rotos y tres heridos. Y los líderes, que salieron por una puerta lateral largo tiempo después de terminado el acto, huyeron a todo correr, temerosos de que las masas trabajadoras fueran tras ellos[19]

Aunque seguramente los anarquistas de la barriada tomaran parte en los desórdenes, o incluso los dirigieran, el tumulto tenía todas las trazas de la política popular que venía funcionando en los suburbios desde el momento mismo de su aparición, en las últimas décadas del siglo XIX. El desprecio absoluto hacia la política profesional que transcurre en lugares cerrados a espaldas de la ciudadanía, la irreverencia ante la policía, el señalamiento público del traidor a la comunidad o el castigo de la pérdida de confianza mediante un apedreamiento virtuoso y reparador, eran componentes habituales de las prácticas políticas de los vecinos del barrio. Se trataba de unos modos ya asentados en la política popular, nunca domesticados durante la Restauración, y que fueron hibridados y resignificados en la coctelera de las subculturas obreras del período de entreguerras.

En los suburbios muchos hacían responsable al PSOE de la represión del movimiento obrero y campesino, de la militarización del orden público y de la ley de jurados mixtos. Tres rupturas unilaterales del contrato implícitamente sellado con el *auténtico pueblo* que le había ayudado a encaramarse al poder en 1931. Por ello, porque era una cuestión de confianza truncada, aquellos disturbios contra los líderes recordaban a los juicios populares contra los comerciantes que querían sacar tajada de la frontera fiscal o los tahoneros especuladores que jugaban con la miseria del vecindario. Como esos tenderos y panaderos, como Canuto, los socialistas habían sido miembros respetados de la comunidad, personas distinguidas que habían defraudado las expectativas de los suyos al postergar la revolución y convertirse en unos *socialenchufistas* irreconocibles. En una cultura política comunitaria y callejera como la de los suburbios la confianza recíproca lo era todo. Los socialistas habían incumplido su pacto de sangre con el vecindario y, por ello, habían de ser desenmascarados[20].

[19] *La Tierra*, 21 de octubre de 1933.

[20] Los anarquistas de la barriada ya habían mostrado su animadversión a republicanos y socialistas por la gestión de Casas Viejas. En un mitin celebrado en el Monumental Cinema en julio de 1933 la multitud llamó "invertido" a Azaña y exclamó "¡Hay que matarlos!" en referencia a los miembros del gobierno de coalición. El destacado anarcosindicalista Melchor Rodríguez cerró la velada con un discurso que hizo las delicias del auditorio: "Todos recordáis la frase pronunciada por el señor Azaña cuando en el Parlamento se le denuncio por primera vez lo ocurrido en Casas Viejas: «En Casas Viejas no ha pasado más que lo que tenía que pasar» […] Puede haber un día en que, despertados por el ruido de la multitud lanzada a la calle, nos echemos a ella, y a los pocos pasos de nuestro domicilio nos encontremos con una gran pira y, en ella, quemándose los putrefactos cadáveres de los Azañas, los Casares, los Largos Caballeros, los Galarzas, y que, parodiando aquella frase, digamos nosotros esta otra: «En España pasó lo que tenía que pasar»". Véase AHN, Audiencia Territorial Criminal de Madrid, Leg. 221/2, Exp. s/n.9.

Ilustración. Disturbios a la salida de un mitin en el Cinema Europa.

Cuatro Caminos y Tetuán encarnaban de manera sin igual las tensiones latentes en el seno de la izquierda. Por un lado, la participación en las instituciones y la apuesta por la transformación efectiva desde el gobierno, sin prisa pero sin pausa. Por otro, el radicalismo callejero y maximalista que despreciaba a los políticos profesionales por charlatanes, reformistas, burócratas o embaucadores. Mientras este conflicto adoptaba tonos más suaves en otras zonas de la ciudad o del país, el riesgo de desborde parecía inminente en los suburbios. Un par de semanas más tarde la escena de boicot se repitió en Tetuán. Rafael Henche y Margarita Nelken hablaban en el teatro Victoria y allí acudió también una comitiva de anarcosindicalistas de la barriada. Pese a que los socialistas cerraron las puertas al público que se congregaba a la entrada del recinto, algunos grupos lograron acceder al interior, donde "se dedicaron a interrumpir a los oradores, prorrumpiendo en amenazas e imprecaciones". Los insultos pronto dieron paso a la violencia, primero entre los rivales políticos, y luego con la Guardia de Asalto, que hubo de penetrar en el salón para apaciguar a los contendientes[21].

Aquel otoño de campaña electoral los ánimos estaban especialmente caldeados. No obstante, los ataques contra los actos socialistas estaban a la orden del día desde hacía tiempo en el suburbio. En febrero de 1933, por ejemplo, con la sangre de los muertos de Casas Viejas aún fresca en la retina, los jóvenes anarquistas de Tetuán boicotearon hasta tres mítines socialistas. El 16 de febrero visitaba el teatro Victoria una de las figuras que

[21] *ABC*, 7 de noviembre de 1933.

más aversión generaba entre la izquierda alternativa, Manuel Cordero, héroe popular devenido villano por unos turbios asuntos relacionados con la gestión de las subsistencias durante su última etapa de concejal en el Ayuntamiento de Madrid. La reacción no se hizo esperar. *La Tierra*, que no disimulaba su satisfacción con el sabotaje, lo narraba así:

> Al salir al escenario Cordero y Acero [alcalde socialista de Vallecas] se quedaron sorprendidos por el magnífico aspecto de la sala. ¿Sería posible que ellos despertaran todavía tanta expectación? Pronto salieron de dudas. Aquellos cientos de hombres que estaban allí no querían otra cosa que dar a los dos audaces socialfascistas una gran lección y demostrarles plenamente que ya no es posible seguir en el camino -para ellos hasta ahora tan fácil y cómodo- de las deslealtades y las traiciones al proletariado. Los gritos de indignación y de verdades que fueron lanzados a la cara de los dos enchufistas durante una hora bastan para señalar de forma patente las "simpatías" de estos diputados que se dicen del pueblo. ¡Ayer fue el pueblo el que les dio su merecido![22]

Impedir la celebración de un acto o injuriar a los oradores parecía una cuestión de honor para aquellos que se habían sentido políticamente ultrajados. Una defensa de la pureza. La pasión política de los treinta teñía con nuevos acentos y significados prácticas populares ideadas en un momento en que partidos y organizaciones sindicales tenían raíces mucho menos sólidas en el vecindario. A pesar de ello, el trasfondo antropológico del ritual de rechazo, si bien bañado por intransigencias doctrinales, seguía siendo esencialmente el mismo y era completamente funcional a la lucha política por el control de las calles del barrio. No es que las corrientes de extrema izquierda, y particularmente el anarcosindicalismo, fueran un mero remedo de la política popular de principios de siglo. Es que bajo un manto de sofisticación ideológica y hermandad universal bullía todo un mundo de referencias culturales comunes: la territorialidad barrial, la autoorganización, la acción directa sin aparente liderazgo, la protesta desenvuelta en la calle, la denuncia de los tacticismos, la valoración moral del adversario, la desconfianza hacia los representantes del Estado o la legitimación de la violencia punitiva.

Seguramente fuera esta simbiosis cultural, y no tanto una súbita socialización del evangelio anarquista entre los pobres y desocupados, lo que permita entender por qué el movimiento libertario prendió tan bien en los suburbios y por qué estos espacios se convirtieron en la primera ola de un tsunami que desafiaba la hegemonía socialista sobre los trabajadores. Fue la combinación de las formas políticas populares con las ideas postliberales o antiliberales lo que hizo de los suburbios espacios potencialmente explosivos. Y probablemente también fuera esa cercanía de estilos y experiencias entre la política popular de siempre y el universo libertario lo que llevara a *La Tierra* a confundir deliberadamente en sus noticias al pueblo con los anarquistas como si de una misma cosa se tratara. Tal vez para sus lectores no fuera ningún misterio desvelar la identidad política que se ocultaba tras el rótulo de *auténtico pueblo* o la etiqueta de *obreros honrados*.

La hostilidad contra los socialistas alcanzó su punto álgido solo unos días después. Cordero y sus camaradas no estaban dispuestos a pasar por traidores ante el resto del proletariado, por lo que la agrupación socialista del barrio organizó un mitin de desagravio para el día 23, esta vez en el Monumental Cinema. El aspecto de las

[22] *La Tierra*, 17 de febrero de 1933.

inmediaciones era impresionante. Fuera, a la entrada del cine, ocho camiones de la Guardia de Asalto escoltaban la llegada de Cordero entre los gritos de sus adversarios. Junto a ellos, numerosos efectivos de la Cruz Roja y los bomberos aguardaban preparados el devenir de los acontecimientos. Ya dentro del local volvieron a producirse los insultos y gritos de "asesinos" contra los oradores, formándose una verdadera batalla campal que requirió la intervención de la policía y que se saldó con numerosos heridos. Al término del acto centenares de obreros esperaban beligerantes la salida de los políticos socialistas, que tuvieron que ser protegidos y acompañados hasta Madrid por los guardias en una imagen que, a buen seguro, reafirmó a los anarquistas en sus creencias antiautoritarias. Ya era noche cerrada, por lo que los militantes socialistas de la localidad se dispusieron a regresar a sus casas convencidos de que la protesta no iba con ellos, de que los odios y resentimientos solo tenían en el punto de mira a los grandes líderes. Esos que solo parecían ir a Tetuán en visitas relámpago y excursiones de ida y vuelta. Eusebio Parra, entonces concejal socialista en Tetuán (en 1936 sería alcalde), caminaba rumbo a su vivienda cuando "un grupo de diez sindicalistas se abalanzó sobre él agrediéndole con piedras y palos". Tras darse a la fuga los agresores, el edil fue atendido de sus lesiones en la casa de socorro. Aquel ataque a un concejal y conciudadano era un símbolo de hasta dónde podía llegar la cultura de la irreverencia contra aquellos que eran considerados enemigos del pueblo[23].

Ilustración. Detención de un vecino en Cuatro Caminos. Anarquistas y comunistas acusaron a los socialistas de connivencia en la militarización del orden público y la supervisión policial de la propaganda política, lo que derivó en arrestos, noches en comisaría y procesos judiciales para muchos militantes.

[23] La narración de los sucesos en *La Tierra*, *La Libertad* y *El Socialista* del 24 de febrero de 1933.

En la comunidad barrial y política anhelada por los comunistas o los anarcosindicalistas no había cabida para medias tintas ni para promesas incumplidas. De unas y otras ya sabían mucho en unos suburbios abandonados por la administración durante décadas. Que los socialistas estuvieran ahora al frente de las instituciones no era motivo para que los vecinos más radicales dulcificaran su actitud ante las mismas. Al contrario. En la medida en que en el pasado socialistas, comunistas y anarquistas habían podido estar en el mismo barco, la exigencia de igualdad de trato y de respeto a las demandas de los donnadie de las afueras fue mayor que nunca. Muchos de los vecinos anónimos que participaron en los *escraches* habían sido responsables de que el barrio saliera adelante merced a infinidad de prácticas solidarias y horizontales. Se sentían los dueños de la ciudad proletaria y, en consecuencia, se creían con la autoridad moral suficiente para discernir quién tenía derecho a pregonar sus ideas y quién no o para decidir qué símbolos merecían ser respetados y cuáles habían de ser pasto de las llamas. Las retóricas de intransigencia que presidieron la agitada vida de la República y la concepción patrimonial y unívoca que muchos actores políticos tenían de lo común (España, la clase obrera, el pueblo, los fieles, Cataluña, la República) daban una pátina de legitimidad a las prácticas de los vecinos de la periferia[24].

Del mismo modo que antaño las elites de la Restauración habían ido a rebufo de las lógicas vecinales de producción del espacio suburbano, en los treinta, cuando más duramente arreciaba la crisis económica y el desempleo hacía estragos, los líderes socialistas se revelaron incapaces de domesticar los ánimos subversivos de una importantísima fracción de los obreros del extrarradio. Cuatro Caminos o Tetuán no eran una muestra representativa del conjunto del país. Había muchas otras Españas. Los vecinos más radicales eran conscientes de esa realidad. Precisamente por ello, tenían claro que en su barrio, por ser distinto, por estar regido por otras normas, no podían reproducirse las relaciones de poder que se daban en el resto del país. Paradójicamente, quienes habían sido excluidos de la ciudad liberal buscaban la inclusión social de los más desfavorecidos tratando de levantar un ideal de comunidad que se caracterizaba por el destierro, el señalamiento y la exclusión de una parte de sus conciudadanos.

Resulta interesante contrastar la práctica institucional y la actividad callejera de los socialistas. Los vecinos anarquistas y comunistas entendían que las calles del barrio eran suyas, y que en ellas había poco espacio para otras ideas o formas de concebir la vida en común, como las socialistas. De manera pareja, en algunos momentos los socialistas entendieron que la República no podía existir si no era bajo un gobierno de la coalición triunfante en 1931. Comunistas y anarquistas de los suburbios miraban a los socialistas de manera no muy distinta a cómo estos concebían a sus rivales centristas o derechistas en sus periódicos, en iniciativas parlamentarias como la Ley de Defensa de la República o en mítines electorales como los de 1933 o 1936. Unos no cabían en el barrio, otros no cabían en la República. Las prácticas de exclusión y rechazo del pluralismo que se vivieron en las instituciones tenían hondas raíces antropológicas en la vida diaria de los

[24] El exclusivismo, la demonización del otro, convertido en enemigo, y la sacralización de la política fueron tres características transversales a buena parte de los actores políticos de los años treinta. Véase Fernando DEL REY (dir.): *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española*, Madrid, Tecnos, 2011; Manuel ÁLVAREZ TARDÍO, Fernando DEL REY (eds.): *El laberinto republicano. La democracia española y sus enemigos (1931-1936)*, Barcelona, RBA, 2012.

barrios, donde quizá se produjo antes la deshumanización del adversario o la brutalización de los hábitos políticos[25].

Ilustración. Carreras y disturbios en Cuatro Caminos a la salida de un mitin socialista. Fuente: *ABC*, 4 de octubre de 1933.

Muchas son las razones que llevaron a buena parte del PSOE a recorrer el camino de la radicalización según avanzaban los años treinta. Centrados en la política institucional, algunos historiadores han puesto el acento en la creciente polarización del país, el descontento ante las lentas realizaciones del primer bienio, las facciones existentes en el seno del partido obrero, el miedo a perder el poder, la entrada de ministros de la CEDA en los gobiernos del segundo bienio, las noticias llegadas de Austria y Alemania o la represión de la huelga revolucionaria de octubre de 1934. Sin pretender discutir ni contrariar esas versiones, el estudio de la lucha por la calle en los suburbios, con su catálogo de actos de boicot y presiones violentas, permite complementar desde abajo algunas de estas lecturas. A lo largo de la breve historia de la Segunda República, anarquistas y comunistas fueron ganando terreno sobre los socialistas en los suburbios. El riesgo de desborde por su izquierda y el temor a perder la hegemonía sobre el proletariado pudieron terminar de inclinar hacia la revolución a numerosos militantes y cuadros socialistas que venían coqueteando con ella, al menos a nivel discursivo, desde 1933, y que atesoraban ya en su bagaje la insurrección de 1934. No en vano, a la altura de 1936 eran muchos los socialistas que hacían suyos, sin cambiar de partido ni trocar de bandera, algunos de los mitos e imágenes que los vecinos de los suburbios habían movilizado contra ellos en los años anteriores (el desprecio por el adversario, el repudio

[25] Sobre intransigencia política socialista y cerco institucional al adversario, véase Fernando DEL REY: "La República de los socialistas", en Fernando DEL REY (dir.): *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española*, Madrid, Tecnos, 2011, pp. 158-225. Análisis micro que permiten observar el arraigo de las prácticas de exclusión en Pamela RADCLIFF: *De la movilización a la Guerra Civil. Historia política y social de Gijón (1900-1937)*, Barcelona, Debate, 2004; Fernando DEL REY: *Paisanos en lucha. Exclusión política y violencia en la Segunda República española*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008.

del marco constitucional, el cuestionamiento de la credibilidad del sistema, la caracterización de la oposición en bloque como fascista, las llamadas a la fuerza y la autoorganización obrera). Siguiendo el impulso incontenible de la periferia, la República se convirtió para cada vez más socialistas en el último peldaño hacia otro tipo de régimen, uno en que el mandato popular no se viera encorsetado por leyes burguesas, tramitaciones parlamentarias o deferencias con la oposición.

Quizá por ello no deba causar sorpresa que en los primeros meses de 1936 Francisco Largo Caballero, Margarita Nelken y otros líderes socialistas que habían huido de los apedreamientos de los vecinos de los suburbios, proclamaran en el Cinema Europa la necesidad de avanzar hacia la dictadura del proletariado[26] o que fuera también en espacios de la periferia donde se escenificara la unificación de las juventudes socialistas y comunistas apetecida por el sector caballerista del PSOE, ya mayoritario y renuente a seguir cooperando con el Frente Popular[27]. De igual forma, tampoco puede generar asombro que esa primavera los albañiles de UGT colaboraran con los libertarios (y se plegaran a sus procedimientos y manera de entender el conflicto social) en la movilización más impresionante habida hasta la fecha en la ciudad de Madrid, la huelga general de la construcción, cuya proclamación y evolución fueron decididas en sucesivas asambleas multitudinarias en Cuatro Caminos y Tetuán[28].

[26] Los ejemplos son inagotables: *La Libertad*, 11 de enero de 1936, *La Libertad*, 26 de marzo de 1936, *El Sol*, 11 de abril de 1936. Centrémonos únicamente en la intervención de Nelken en el mitin del 25 de marzo, en la que hizo repetidas llamadas a la dictadura del proletariado, "paso forzoso e inicial del socialismo". Nelken también habló de "encauzar una insurrección armada del proletariado para conseguir imponer el socialismo en España" e hizo algunas consideraciones sobre el Poder Judicial: "Un régimen burgués que sustituye a un régimen burgués, no es un régimen revolucionario. Como en Rusia, antes que un magistrado monárquico, es preferible un panadero que sepa lo que es la revolución, aunque no sepa las leyes". Cerró su intervención señalando que "la República tiene que ser para servirnos, no para servirla. La Republica burguesa, para los burgueses, y la República proletaria, para los obreros. Sin respeto a nada ni a nadie".

[27] El proceso de acercamiento entre las juventudes socialistas y comunistas fue facilitado por infinidad de actos de "unidad antifascista" en los años 1934 y 1935. Algunos de esos actos, especialmente los más multitudinarios, se celebraron en el Stadium Metropolitano, ubicado en el extrarradio norte. El mitin de unificación formal se produjo en la plaza de toros de Madrid, en la periferia este, el 5 de abril de 1936. Resulta significativo también que en todo ese proceso de acercamiento jugaran un papel clave Santiago Carrillo y Enrique Puente, líderes de las juventudes socialistas y vecinos de Cuatro Caminos, donde habían podido tomar bien el pulso a la calle. Sobre el caballerismo y la renuencia a colaborar con el Frente Popular, véase Julio ARÓSTEGUI: *Largo Caballero. El tesón y la quimera*, Barcelona, Debate, 2013. La cercanía entre las juventudes socialistas y comunistas en Sandra SOUTO: *Paso a la juventud. Movilización democrática, estalinismo y revolución en la República Española*, Valencia, Universitat de València, 2013.

[28] La huelga fue declarada por el Sindicato Único de la Construcción, de la CNT, y la Federación Local de Obreros de la Edificación, de UGT y mantuvo paralizado Madrid durante semanas. Por primera vez UGT y CNT firmaron un manifiesto en el que se llamaba a todos los obreros madrileños al paro. Las bases de la huelga se debatieron en una reunión conjunta en el Cinema Europa y posteriormente fueron ratificadas por más de 60.000 trabajadores en una gran asamblea que tuvo lugar en la nueva plaza de toros de Madrid, en el barrio de Ventas. Allí tomaron la palabra, entre otros, Cipriano Mera y David Antona, cabecillas del Sindicato Único de la Construcción de la CNT y vecinos de Tetuán de las Victorias y Cuatro Caminos, respectivamente. A lo largo del mes de junio surgieron las primeras grietas en el bloque sindical. La UGT se inclinó por aceptar la mediación que ofrecía el Gobierno y sus asociados votaron en referéndum la vuelta a las obras. Sin embargo, los 15.000 trabajadores que secundaron la consulta eran solamente una porción de los que se encontraban movilizados en la calle aquellos días. Mera, Antona y los suyos, partidarios de profundizar el conflicto, convocaron una asamblea magna en un solar de la calle Bravo Murillo, en Cuatro Caminos. Allí, de manera colectiva y tumultuosa, sin censos ni carnés, por aclamación, una multitud entusiasta apostó por seguir adelante con la huelga. La imagen era soberbia: la multitud de los suburbios estaba tomando decisiones que afectaban a los trabajadores y a la economía de toda la ciudad. Véase al respecto Santos JULIÁ: "¿Feudo de la UGT o capital confederal? La última huelga de la construcción en

Ilustración. Asamblea de albañiles libertarios en Cuatro Caminos. Fuente: *Ahora*, 25 de junio de 1936.

Mítines, unificación y huelgas parecían dar la razón a los vecinos díscolos e irreverentes de las afueras. La política revolucionaria tomaba cuerpo en espacios físicos, sociales, culturales y simbólicos bien concretos. Liberados de la losa de la gestión y el gobierno, restañadas las heridas recientes por el mito movilizador antifascista, los socialistas volvieron, al fin, al seno del pueblo. Y el pueblo, el *auténtico pueblo*, los recibió con los brazos abiertos, igual que en el pasado ocurriera con los comerciantes concertados con la administración una vez que reconocían su error (como Canuto) o con los tahoneros que, tras recibir su ración de escarnio y burla, bajaban los precios y se congraciaban con sus clientes. En las afueras, a veces solo hacía falta un poco de acción directa para recordar a cada cual su sitio en la comunidad. La máxima de la cultura política de los suburbios era tan rotunda como difícil de casar con un régimen de pluralismo político: *Vox populi, suprema lex.*

el Madrid de la República", *Historia Contemporánea*, 6 (1991), pp. 207-222. Las huelgas de la construcción no fueron las únicas que evidenciaron el liderazgo cenetista en la lucha sindical y la marcha a rebufo de los asociados a UGT. A finales de junio, también en Cuatro Caminos, los ferroviarios vinculados a CNT convocaron una asamblea para ir a la huelga. La prensa republicana señaló en ese momento que UGT estaba "subordinada espiritual y tácticamente a la CNT". Ante las dudas de la UGT en torno a avanzar en la huelga o aceptar un jurado mixto, la CNT sacó un manifiesto en el que hizo público que la UGT dejaba a un lado los mecanismos legales y había decidido entregarse a la táctica libertaria de la acción directa. La respuesta de la UGT ante estas presiones fue la de plegarse y aceptar una lucha por los objetivos máximos. Véase *El Sol*, 26 de junio de 1936.

2. Una historia de fronteras. Camisas azules en el Madrid rojo

Una célebre fotografía del 2 de febrero de 1936 muestra a José Antonio Primo de Rivera, Julio Ruiz de Alda, Manuel Mateo y otros camaradas en la calle Bravo Murillo, la *Gran Vía* del suburbio. Los falangistas caminaban con paso firme rumbo al cine Europa, donde minutos después tendría lugar un importante mitin de propaganda electoral. En la instantánea se puede observar a algunos de los miembros de la comitiva con la mano en la pechera, gesto que con frecuencia se ha interpretado como una actitud, entre intimidatoria y defensiva, de prevención ante un ambiente que les era hostil. El ademán de buscar el tacto de la pistola dentro del gabán no resultaba descabellado. Los falangistas estaban cruzando en ese momento los Cuatro Caminos, donde había derecho de admisión. A diferencia de los socialistas, que eran vistos como traidores, los camisas azules eran percibidos como extranjeros. Su presencia, igual que sucediera en su día con los misioneros jesuitas o los policías, no era bien recibida.

Ilustración. Falangistas rumbo al Cinema Europa, febrero de 1936. Sonriente, y con un cigarro entre los dedos, Julio Ruiz de Alda. En el centro de la imagen, José Antonio Primo de Rivera. En primer plano, con la mano en la pechera, Camilo Olcina, antiguo cenetista. A la derecha, Rafael Sánchez Mazas.

La geografía urbana de los actos de Falange había pasado hasta 1936 por el centro de la ciudad. Al fundacional mitin del teatro de la Comedia de 1933 le siguieron otros en los cines Madrid, Bilbao, Novedades, Rialto o Progreso, ubicados todos ellos en el entorno de la Gran Vía y la Puerta del Sol. También allí estuvieron algunos de los lugares que configuraban el Madrid de los jóvenes fascistas, desde la sede del partido, emplazada en la Cuesta de Santo Domingo, a las redacciones de sus principales publicaciones,

pasando por un puñado de selectos cafés y restaurantes en que se reunía la *corte literaria* de José Antonio[29].

En febrero de 1936, en cambio, la mirada de los falangistas se posó sobre los suburbios. Las negociaciones para integrar a Falange en la gran candidatura contrarrevolucionaria fracasaron. El país se encaminaba a un choque electoral entre dos bloques, lo que dejaba escaso margen de maniobra a un partido minoritario como el que acaudillaba Primo de Rivera. Si los camisas azules querían representar una tercera vía entre el Frente Popular y la derecha tradicional debían actuar con cierta audacia. Tal vez por ello, los falangistas se decidieron a romper el cerco imaginario que separaba la ciudad respetable y ordenada, donde obtenían sus mejores resultados las fuerzas conservadoras, de la ciudad obrera e insumisa que era bastión del sindicalismo de clase. Para el primer domingo de campaña los falangistas planificaron dos mítines: el primero tuvo lugar en el cine Padilla, ubicado en la calle del mismo nombre, en una de las zonas más caras de Madrid; el segundo, en el Europa. La puesta en escena incluía el traslado de José Antonio y su séquito de un cine a otro o, lo que era lo mismo, del burgués barrio de Salamanca al suburbio proletario de Cuatro Caminos. Aunque anecdótico, el episodio es ilustrativo de la relevancia que Falange concedía a la masa de trabajadores que habitaba la periferia.

La estampa de Primo de Rivera, Ruiz de Alda y otros miembros de Falange atravesando Cuatro Caminos estaba cargada de simbolismo. Aquella mañana de febrero, asistidos por fuertes medidas de seguridad, los falangistas cumplieron un anhelo que se les resistía desde hacía tiempo: cruzar el barrio de cabo a rabo para espolvorear su mensaje y desplegar sus banderas en el corazón del Madrid proletario. Como si hubieran reservado sus mejores galas para la ocasión, los espectadores que acudieron aquella mañana al cine Europa fueron los primeros en escuchar los versos de un himno que sería familiar para todos los españoles durante décadas: el entonces recién creado *Cara al Sol*. El canto de sus estrofas en el mismo lugar donde tantas veces habían perorado comunistas, socialistas y anarcosindicalistas debió de tener un aroma de indescriptible desquite para aquella primera generación de falangistas que una y otra vez había chocado con las organizaciones de izquierda cuando trataban de vender sus periódicos, repartir sus panfletos o pegar sus carteles en la barriada. Para los jóvenes de camisa azul durante años la glorieta de Cuatro Caminos había sido una frontera imposible de superar.

Desde que el nacionalsindicalismo tomara cuerpo, bajo distintas fórmulas y organizaciones, en 1931, la propaganda de sus ideas entre los medios obreros se convirtió en la más indisimulada obsesión de un movimiento que no se manejaba mal en los ambientes universitarios pero que ansiaba ensanchar su base con legiones de trabajadores de cuello azul. Emparedados entre las numerosas ofertas de derecha canónica, los falangistas buscaron un respiradero social e ideológico que los salvara de ser una mera fuerza de choque de la reacción. Para lograrlo se fijaron, igual que tantos fascistas europeos, en el gran contingente obrero que rebosaba los entornos de las ciudades. Ya las primeras campañas de Ramiro Ledesma tuvieron como principales destinatarios a los

[29] Pablo CARBAJOSA, Mónica CARBAJOSA: *La corte literaria de José Antonio*, Barcelona, Crítica, 2003; José Luis JEREZ RIESCO: *El Madrid de la Falange*, Madrid, Actas, 2006.

cenetistas en huelga contra Telefónica[30]. Y ya entonces Ledesma dejó su impronta en el líder anarcosindicalista Nicasio Álvarez de Sotomayor, que con el correr del tiempo pasaría a engrosar las filas fascistas[31]. Empleado de Correos y licenciado en Filosofía y Letras, Ramiro Ledesma veía agotadas y desfallecientes las democracias y creía que el mundo del futuro sería el fruto de una batalla postliberal entre fascistas y revolucionarios de izquierda[32]. Ni que decir tiene, Ledesma confiaba en nacionalizar para esa batalla a numerosos anarcosindicalistas y comunistas como los que habitaban en Cuatro Caminos[33]. El joven zamorano los conocía bien, pues vivía en territorio comanche. Desde que emigró a la capital siempre había residido en el número 3 de la calle Santa Juliana, también en el suburbio de Cuatro Caminos, y a escasos metros del coliseo en el que sus ex-camaradas continuaban su obra de seducción de sus antónimos políticos[34].

Ilustración. Mitin de Falange Española de las JONS en el Cinema Europa. Junto al yugo y las flechas figuran los nombres de los *caídos* falangistas. En la columna de la derecha, en primer lugar, aparece el nombre de José García Vara, panadero y antiguo dirigente sindical de UGT. Fotografía: Santos Yubero. Fuente: Archivo Regional de la Comunidad de Madrid

[30] *La Conquista del Estado*, mayo y junio 1931. *La Conquista del Estado* fue el primer semanario de orientación nacionalsindicalista en España. Significativamente, buena parte de los números del semanario se tiraron en imprentas ubicadas en Cuatro Caminos (imprenta de la editorial Albero y Gráfica Literaria).
[31] *La Conquista del Estado*, 23 de mayo de 1931.
[32] Ferran GALLEGO: *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*, Madrid, Síntesis, 2005.
[33] *JONS*, 8 de enero de 1934.
[34] Ramiro Ledesma abandonó la disciplina de Falange en enero de 1935. Ledesma estaba convencido de que los fascistas tenían mucho más en común con los revolucionarios de izquierda como los que vivían en Cuatro Caminos que con los católicos, monárquicos, centristas o republicanos reformistas. Comunistas, anarquistas, socialistas revolucionarios y fascistas compartían, según el zamorano, un rechazo a las instituciones burguesas, una seducción por la acción directa y un desprecio profundo hacia los procedimientos típicos del Estado liberal, al que todos ellos aspiraban a derribar y superar.

Aquella mañana de febrero el discurso fue claro: ante la atenta mirada del público, José Antonio Primo de Rivera habló de "desmontar el capitalismo", avisó de que Falange no acataría el veredicto de las urnas y denunció que el programa económico de las izquierdas era propio "del más cicatero conservatismo"[35]. Según sus palabras, solo los falangistas sabían interpretar los sueños de transformación social de los trabajadores. Para atestiguarlo le acompañaba en el estrado uno de esos tránsfugas que habían hecho el camino desde el comunismo a la revolución nacionalsindicalista, Manuel Mateo, un antiguo secretario de organización del PCE en Madrid que cambió las banderas rojas por el yugo y las flechas tras un viaje a la URSS en 1933[36].

No es esta, sin embargo, una historia de dirigentes sino de prácticas políticas y de su relación con el espacio urbano, por lo que analizaremos algunas estrategias desplegadas por los falangistas para disputar la hegemonía que sindicatos y partidos de izquierda disfrutaban en las calles de los suburbios. Dos fueron los tipos de acciones más repetidas por los jóvenes de camisa azul en Cuatro Caminos: labores de propaganda y venta de los semanarios fascistas y operaciones de entrismo sindical en los grandes tajos de la periferia controlados por UGT y CNT. Una amalgama de prácticas políticas indisociables de la propia naturaleza física y social del extrarradio madrileño y que casi siempre fueron acompañadas de grandes dosis de violencia en esa *democracia de la Star* que parecían ser las calles de las afueras en los años treinta[37].

El 16 de marzo de 1933, en un clima presidido por el ascenso de Hitler al poder en Alemania, vio la luz *El Fascio*, semanario dirigido por Manuel Delgado Barreto, incesante animador de iniciativas editoriales de derecha radical. En la revista participaban algunas de las cabezas visibles del incipiente movimiento nacionalsindicalista español, como Ramiro Ledesma, José Antonio Primo de Rivera, Rafael Sánchez Mazas, Ernesto Giménez Caballero o Juan Aparicio, que antes había sido comunista. Los grupos que se reivindicaban fascistas en España entonces eran sumamente raquíticos. Sin embargo, ante el temor a un contagio, la Dirección General de Seguridad ordenó la incautación de las planchas y ejemplares del primer y único número, que apenas llegó a pisar las calles[38]. Solo una cantidad muy reducida de copias logró burlar la censura y el boicot declarado por los vendedores de periódicos. Pertrechados de los pocos ejemplares supervivientes, de manera significativa los propagandistas de *El Fascio* se dirigieron a la glorieta de Cuatro Caminos para vocear la nueva revista. Mas no les fue franqueada la entrada en las puertas de la ciudad obrera. Pronto los repartidores se vieron envueltos por un gentío de vecinos y transeúntes que terminaron arrebatándoles los números del semanario e

[35] *Arriba*, 6 de febrero de 1936.

[36] Erik NORLING: *La Falange obrera*, Barcelona, Ediciones Nueva República, 2009. Una historia de trasvases entre líderes y cuadros de la extrema izquierda y la extrema derecha en Steven FORTI: *El peso de la nación. Nicola Bombacci, Paul Marion y Óscar Pérez Solís en la Europa de entreguerras*, Santiago de Compostela, Publicacions da Cátedra Juana de Vega, 2014. El trasvase fue limitado. A pesar de ello, aún está pendiente abordar una microhistoria de los militantes radicales de segunda fila (o de aparente segunda fila) que hicieron el tránsito de una orilla a otra e intentaron seducir a muchos de sus antiguos camaradas en entornos bien concretos como los suburbios.

[37] La expresión *democracia de la Star* hace referencia a la famosa pistola *Star* que portaban muchos militantes y activistas políticos en los años treinta.

[38] Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: "La prensa carlista y falangista durante la Segunda República y la Guerra Civil (1931-1937)", *El Argonauta Español*, 9 (2012).

hicieron con ellos una gran pira. Fue el primero de muchos intentos fallidos por difundir en los suburbios de Madrid las promesas de redención de un nacionalismo radical con ribetes sociales[39].

Acceder a las calles del suburbio no era un capricho para los jóvenes falangistas. La glorieta de Cuatro Caminos y sus adyacentes vías de Raimundo Fernández Villaverde y Pablo Iglesias (nombre dado durante el período republicano a la avenida de Reina Victoria) marcaban el *limes* físico, arquitectónico y simbólico entre el Madrid proletario, ayuno de servicios y caóticamente organizado, y el Madrid nacido del plan de ensanche de la ciudad, cuidadosamente preparado por la burguesía de los negocios del XIX. Más allá de la estación de Metro de Cuatro Caminos se abría un espacio heterotópico en lo social y en lo cultural, un apetitoso caramelo para nuevas fuerzas recién llegadas a la arena política. Un objeto de deseo para los vástagos de la ciudad mesocrática y comercial de la Restauración, aquella que nunca había sido capaz de domesticar o integrar a los suburbios.

Unos meses después de la constitución de Falange, en enero de 1934, las escuadras fascistas acudieron a Cuatro Caminos a repartir panfletos y octavillas. De nuevo, la reacción ante lo que muchos consideraban una provocación adquirió tintes violentos y los falangistas tuvieron que huir bajo una lluvia de piedras que dejó unos cuantos heridos[40]. Negándose a dar por perdida la batalla en sus primeras escaramuzas, los fascistas regresaron a Cuatro Caminos la siguiente semana dispuestos a pregonar su semanario, *F.E.* El saldo de aquella nueva visita recordaba a las anteriores: grupos comunistas disolvieron con piedras a los propagandistas y la policía detuvo a veinticinco jóvenes de distintas filiaciones[41]. Como ha habido ocasión de apreciar en esta tesis, e incluso en este mismo epílogo, apedreamientos y hogueras formaban parte del repertorio que a lo largo de los años se había acuñado en los suburbios para rechazar a la policía y los guardias del fielato, para protestar contra los tranvías que no se sumaban al paro en una jornada de huelga o para castigar a los vehículos que surcaban el barrio a gran velocidad ocasionando accidentes. Para señalar e identificar a aquellos que eran percibidos como extraños.

Los falangistas no cejaron en su empeño y en los siguientes meses la prensa dio cuenta de un rosario de enfrentamientos que, de manera reveladora, tuvieron lugar en las calles anteriores a la glorieta de Cuatro Caminos, como Alenza, Maudes o María de Guzmán, calles humildes pero aún pertenecientes a la zona de ensanche. Los falangistas trataban de hacer propaganda en la barriada pero eran expulsados antes incluso de llegar a la misma. La defensa de la glorieta frente a aquellos elementos que eran considerados ajenos al barrio o a sus valores tenía significados bien concretos en la memoria colectiva del lugar. Así había sucedido, por ejemplo, durante las protestas obreras por el hundimiento del Tercer Depósito del Canal de Isabel II, en 1905, o durante las jornadas de huelga revolucionaria de 1917. En una y otra ocasión los vecinos se batieron contra la fuerza pública en un intento de impedir que la misma penetrara hacia el caserío y se hiciera con el control del suburbio. En los treinta, cuando los suburbios parecían casi una república independiente, la plaza marcaba, más que nunca, una cancela para los sujetos no bienvenidos, que para entrar al extrarradio se encontraron con las mismas dificultades

[39] *El Sol*, 17 de marzo de 1933.
[40] *La Tierra*, 3 de enero de 1934.
[41] *La Tierra*, 12 de enero de 1934.

que sus habitantes habían enfrentado durante décadas para salir del mismo y descender sobre la capital

Para toda una generación de obreros nacidos en aquel espacio de desobediencia, la presencia falangista en las calles de la periferia era una intolerable intromisión. Más aún cuando su mensaje empezaba a encontrar adeptos en los Cuatro Caminos. Suceso tras suceso las señas personales de los falangistas heridos o detenidos que recogía la prensa dibujaban un perfil muy concreto: joven, estudiante, de clase media, habitante del ensanche. Sin embargo, no tardaron en aflorar nuevos rostros que complejizaban este puzzle social. En julio de 1934, por ejemplo, el joven de 14 años Cecilio Cumplido Manzanedo, vecino de Bravo Murillo 191, fue herido con pistolas y navajas cuando se dirigía a su trabajo después de haber adquirido el semanario *F.E.* a unos muchachos que lo voceaban por el barrio[42]. Ese mismo mes, tras un registro en las oficinas de Falange con motivo de una reunión ilícita, la policía arrestó a 66 militantes. La mayoría de los detenidos tenía su domicilio en zonas de ensanche como Chamberí y Salamanca o en barrios interclasistas del casco antiguo de la ciudad, pero no faltaban los residentes en zonas mucho más degradadas y alejadas del centro, como Eduardo Gutiérrez Pola, un metalúrgico de 21 años con vivienda en Francos Rodríguez (Cuatro Caminos) o Ramón Cobeta Moreno, tipógrafo de 32 años que habitaba en la calle Igualdad de Tetuán. El caso de este último es particularmente interesante. Anarquista al menos hasta 1931, fichado por la DGS por coacciones a esquiroles, enfrentamiento con la policía y posesión de explosivos, Ramón Cobeta cambió la revolución social por la nacional y admitió sin reservas (cosa que no hicieron algunos de sus camaradas) su filiación falangista ante el juez instructor de la causa por reunión clandestina de 1934[43].

El último ejemplo que utilizaremos para hablar de propaganda falangista entre los trabajadores tuvo lugar el 29 de agosto de 1934 y nos sirve, a su vez, para dar el salto al segundo tipo de acciones programadas por los fascistas madrileños en su intento de diseminar su mensaje entre las masas obreras, las prácticas de *entrismo* sindical. Aquella tarde de verano unos cuantos camisas azules apostados en la boca de Metro de Cuatro Caminos repartían hojas dirigidas a los parados. Las hojas llevaban la firma de la Central Obrera Nacional Sindicalista (CONS), asociada a Falange[44]. La noticia corrió como la pólvora por la barriada y pronto más de veinte individuos del Radio Comunista de Cuatro Caminos acudieron dispuestos a expulsar a los falangistas. Viéndose en total desventaja, estos emprendieron la huida hacia la zona de ensanche perseguidos por un grupo cada vez más numeroso de comunistas que amenazaban con lincharlos. A la altura de la calle María de Guzmán, cuando iba a ser alcanzado, uno de los fascistas efectuó un disparo sobre el grupo y cayó herido de muerte el joven de 27 años Joaquín de Grado. De Grado era miembro del Comité Central de la Unión de Juventudes Comunistas de España y uno de los tres jefes de grupo que el Partido Comunista tenía en Madrid. Paradójicamente, este

[42] *La Tierra*, 7 de julio de 1934.
[43] La causa judicial por la reunión ilícita de los falangistas en AHN, Audiencia Territorial Criminal de Madrid, Leg. 163/1, Exp. 3. El pasado anarquista de Cobeta, entre otros, en *El Heraldo de Madrid*, 28 de septiembre de 1931.
[44] Juan Antonio LLOPART (comp.): *La Central Obrera Nacional-Sindicalista. Textos de y sobre los primeros sindicatos falangistas (1934-1937)*, Tarragona, Ediciones Fides, 2017.

escultor decorador del barrio tenía su vivienda en la calle Francisco Salas 11, a solo dos manzanas de la casa que habitaba Ramiro Ledesma[45].

Más allá de las versiones contradictorias de aquel suceso y de que nunca pudiera hallarse al autor del disparo sobre Joaquín de Grado, el episodio es ilustrativo de la violencia que rodeaba las incursiones falangistas[46] y de la política sindical que los seguidores de José Antonio trataron de desarrollar en las zonas extremas de la ciudad, donde no solo se amontonaban los obreros sin trabajo, sino también los grandes tajos que surtían de empleo al proletariado de la capital, como los de la Ciudad Universitaria, el Hospital Clínico o los Nuevos Ministerios. Sabedores de que en Cuatro Caminos y Tetuán había un número imponente de parados forzosos e inmigrantes recién llegados en busca de colocación, los falangistas volcaron sobre estos sectores *desprotegidos* todos sus esfuerzos.

Ilustración. Entierro de Joaquín de Grado. Fuente: *El Socialista*, 1 de septiembre de 1934.

La UGT apenas prestaba atención a los sin trabajo. Y los albañiles de la construcción de la CNT, comandados por Cipriano Mera, David Antona y otros dirigentes del suburbio, acudían a las obras donde no estaban contratados para ponerse a la labor y luego exigir el pago del jornal. La audaz táctica de los libertarios, sin embargo, con frecuencia terminaba en los calabozos de comisaría y con visitas mensuales al juzgado,

[45] *La Libertad*, 31 de agosto de 1934 y AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de Madrid de 1930. Las hermanas de Joaquín de Grado, Enriqueta y Manuela, fueron dos de las instigadoras y autoras del incendio del Ayuntamiento de Chamartín del que se ha hablado más arriba.

[46] En otra ocasión, ante la negativa de los kioskeros del suburbio a vender los ejemplares de *Arriba*, los falangistas quemaron el punto de venta de *El Heraldo de Madrid* y *El Liberal* y dejaron que se acusara de dicho acto a los anarquistas. Véase Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: "La prensa carlista y falangista durante la Segunda República y la Guerra Civil (1931-1937)", *El Argonauta Español*, 9 (2012).

por lo que no podía ser tomada como una solución permanente al paro estructural. Ante esta situación, la CONS, encabezada por un triunvirato de renegados de la izquierda como eran los más arriba mencionados Nicasio Álvarez de Sotomayor y Manuel Mateo, y el ex cenetista Francisco Guillén Salaya, optó por hacer valer ante los trabajadores los buenos contactos que la directiva de Falange guardaba con algunos patronos. Frente a las distintas estrategias de lucha de clases, el falangismo trataba de llegar hasta el tuétano mismo del sindicalismo madrileño apelando a la cooperación virtuosa entre empleados y empleadores. En ocasiones algunos patronos deseosos de paz social en sus obras acordaban con Falange la incorporación de un séquito de trabajadores apuntados en la bolsa de empleo de la CONS. Pero otras veces, cuando los falangistas no lograban imponer su influencia, se sucedían las coacciones sobre los empresarios. Como cuenta María Silvia López Gallegos, primero se hacía un estudio de las obras existentes, después los falangistas escribían a sus gerentes "*aconsejando* contratar a los obreros" y finalmente se distribuían volantes entre los parados afiliados a la CONS para que se presentaran en las distintas obras y consiguieran se les diera empleo[47].

Algo así debió de suceder el 3 de septiembre de 1934 en las obras de los Nuevos Ministerios, ubicadas a tiro de piedra de la glorieta de Cuatro Caminos. A las 8 de la mañana un nutrido grupo de obreros ataviados con el mono de trabajo y los volantes suministrados por la CONS exigió a los patronos que "sin ningún género de excusas emplearan en sus trabajos a veinte cuadrillas de trabajadores y a quince peones sueltos". Ante la negativa de los encargados, los falangistas produjeron un alboroto y entre gritos de "¡Viva el fascio!" trataron de penetrar en el interior de las obras. Entonces, a la negativa de los patronos se sumó el rechazo frontal de los trabajadores pertenecientes a UGT y CNT, que no consentían las imposiciones de los fascistas y afirmaban que nunca habría trabajo para quienes se dejaran "embaucar por sus enemigos de siempre". Tras una acalorada discusión el altercado se cerró con un tiroteo entre los grupos. Cuando la policía llegó pudo detener a algunos de los causantes de los disturbios. De nuevo, significativamente, dos de los tres obreros falangistas arrestados habitaban en el extrarradio, en este caso en Tetuán, en la parte más pobre del suburbio. Ante el revuelo que estos acontecimientos causaron en toda la ciudad, Falange sacó a las calles un manifiesto en el que se culpaba del paro a la patronal y a las organizaciones de clase y se fijaba como meta imponer "el trabajo para todos a costa de quien sea". La comunidad nacional que ambicionaban los seguidores de José Antonio no entendía de fronteras sociales y eso pasaba por tirar abajo los muros que separaban a los patronos y empresarios que residían en el Madrid burgués de los trabajadores que se agolpaban en ese otro Madrid que había crecido de espaldas a la ciudad oficial. Aunque algunos obreros se sumaron a su causa, para otros resultaba imposible borrar de un plumazo tantas experiencias de

[47] María Silvia LÓPEZ GALLEGOS: "El proyecto de sindicalismo falangista: de los sindicatos autónomos a la creación de las centrales obreras y de empresarios nacionalsindicalistas (1931-1938)", en Ferran GALLEGO, Francisco MORENTE (eds.): *Fascismo en España*, Barcelona, Viejo Topo, 2005, p. 51. Con esa táctica trataron de atraer a las filas fascistas a numerosos obreros José Olalla y Sinforiano Moldes, que antes de ser falangistas habían sido hombres fuertes del Sindicato Único de la Construcción de la CNT. Olalla había sido uno de los artífices de la ruptura de los albañiles libertarios con UGT. Moldes fue uno de los más afamados sindicalistas falangistas. Los suyos le hacían responsable de haber conseguido la afiliación a la CONS de casi 12.000 obreros.

desigualdad y maltrato al otro lado de la frontera física que era la glorieta de Cuatro Caminos[48].

Con estas y otras acciones Falange trató de romper el cordón informativo que los partidos y sindicatos de izquierda habían impuesto sobre el máximo exponente del fascismo en España. El objeto de su estrategia política en los suburbios fue siempre llamar la atención en un ambiente manifiestamente hostil en el que sus apariciones eran tomadas casi unánimemente como provocaciones. Para los militantes falangistas el extrarradio era un campo de expansión, socialización, conversión (pues de eso iban aquellas visitas que tanto tenían de misión religiosa) y encuentro violento con los adversarios ideológicos. Un espacio en disputa donde exhibir músculo, fidelizar a inmigrantes pobres aún no afiliados a las organizaciones de clase y minar las bases de sus antagonistas políticos tratando de sustraerles apoyos. Pero también un escaparate con el que ganar prestigio entre los jóvenes más intrépidos de las formaciones conservadoras, aquellos que miraban aterrados la formidable fuerza proletaria que tomaba cuerpo en los muros mismos de la capital del Estado y veían cada vez con mejores ojos un golpe de mano que terminara con la República. No por casualidad, la revista satírica de derechas *Gracia y Justicia* comentó en referencia al mitin de José Antonio y sus camaradas en el cine Europa: "No hay quien les achante. ¿Ven ustedes cómo no es tan fiero el león? Pero hay que meterse en la jaula para que se convenza de que no hay miedo". La jaula, claro está, era ese suburbio que conformaban Cuatro Caminos y Tetuán. Los leones eran sus moradores. Y los aspirantes a domadores, los nuevos mesías que en el flanco derecho del arco social y político surgían, igual que en su anverso, con el objeto de alcanzar un Estado sin margen para el diálogo, el debate o el pluralismo[49].

3. Conclusiones

A la altura de los años treinta los suburbios ocupaban una posición nuclear en el esquema político de la ciudad. Lo que sucedía en sus calles y plazas era absolutamente central para las diferentes organizaciones que pugnaban por ser hegemónicas en la capital. Aquella importancia, sin embargo, no brotó de la nada. Durante décadas de olvido institucional y autoorganización vecinal los barrios de Cuatro Caminos y Tetuán se habían configurado como el principal baluarte de un Madrid antagonista y contestatario, regido por sus propias normas sociales, y alejado de los referentes culturales del liberalismo. Ese magma de política popular resulta imprescindible para comprender en toda complejidad la fuerza que socialistas, libertarios, comunistas o falangistas disfrutaron en los suburbios en los años treinta. Entonces las formas y ritmos liberales sufrieron un descrédito sin parangón en todo el continente. En esa coyuntura los barrios periféricos, donde casi todo estaba aún por hacer, se revelaron como uno de los mejores campos de pruebas para los movimientos que aspiraban a construir desde cero una comunidad política postliberal o antiliberal. Los sueños y los prejuicios que inspiraron a dichos movimientos no fueron el resultado de un eficaz apostolado ideológico ni tampoco la consecuencia mecánica de

[48] *La Libertad*, 4 de septiembre de 1934

[49] *Gracia y Justicia*, 8 de febrero de 1936. La imagen del león y los domadores refuerza la realidad fronteriza. Los leones estaban dentro de la jaula que era el suburbio. Los domadores, aunque querían entrar, procedían, en su mayoría, del resto de la ciudad. La entrada en los suburbios, con el fin de conquistarlos, seguía siendo, así, un deseo perenne de los sectores mesocráticos del centro de la ciudad.

alguna suerte de determinismo socioeconómico. Lo que muestra el análisis desde abajo, desde las prácticas y desde los conflictos de supuesta baja intensidad es que los hábitos políticos populares y los significados que la gente daba a los mismos se hibridaron y actualizaron al calor de las nuevas promesas de emancipación colectiva. Las fronteras, el uso de la calle o la unidad comunitaria, asuntos que siempre habían preocupado a los moradores de las afueras, se revelaron más importantes que nunca al confundirse con las banderas de los nuevos tiempos. Esta simbiosis cultural acentuó la naturaleza singular y distintiva de los suburbios y modificó también las estrategias de unos partidos y sindicatos que no operaban sobre el vacío.

El examen abordado, a su vez, permite entender, desde la empatía y la comprensión, sin apriorismos ni negaciones, la racionalidad de los militantes radicales, sujetos de carne y hueso a los que la historiografía no siempre ha acertado a retratar como tales. Falangistas, comunistas, socialistas o anarquistas de los suburbios eran hijos de los políticos de alcantarilla que desde finales del siglo XIX y durante el primer tercio del siglo XX habían protagonizado la vida social de la periferia. Tenían preocupaciones, temores, ansiedades, esperanzas, costumbres y maneras de mirar el mundo que solo pueden entenderse en el contexto espacial, social y cultural concreto en que tomaron cuerpo y, sobre todo, en que adquirieron significados compartidos.

De igual forma que no puede entenderse el desborde de la ciudad liberal sin el concurso de los suburbios, tampoco puede comprenderse el fracaso de la primera experiencia democrática española sin conocer la pulsión populista, maximalista, revolucionaria y antipluralista que cundió en la periferia. Este fracaso, claro está, no estaba escrito en el firmamento. Hasta el último momento pudo haber otros futuros que ahora serían pasados. Con todo, los moradores de los suburbios contribuyeron con sus creencias y con sus prácticas a que el deterioro de la conversación entre los distintos fuera, al menos, uno de los escenarios posibles.

CONCLUSIONES

Las últimas décadas del siglo XIX presenciaron la aparición de un nuevo espacio para la vida en común: los suburbios. En los alrededores de todas las grandes ciudades occidentales, fruto de la falta de planificación urbanística, de la quiebra de las viejas formas de relación social o de la irrupción de dinámicas migratorias incontenibles, se fueron configurando cinturones de barriadas pobres y mal acondicionadas. A estas periferias semi abandonadas fluyeron, casi siempre, los últimos del escalafón social: jornaleros, parados, traperos, sirvientas, vendedoras ambulantes o artesanos proletarizados. Algunos habían sido expulsados del interior de las ciudades. Otros, los más, procedían del medio rural, de donde habían llegado huyendo de la miseria. En los suburbios, no obstante, tampoco encontraron una arcadia feliz. El extrarradio de las grandes urbes de Europa y América estuvo marcado por una trágica suma de carencias: precariedad laboral, falta de oportunidades, ausencia de servicios, olvido administrativo. En contrapartida, los barrios periféricos pronto quedaron asociados al desarrollo de una política obrera contestataria. En las afueras de París, Berlín, Milán o Barcelona las privaciones parecieron plantar las semillas de la revolución.

Madrid no permaneció al margen de este fenómeno. A mediados del siglo XIX, el hacinamiento, las epidemias y la masiva llegada de familias procedentes del campo pusieron de manifiesto la necesidad de ampliar el suelo urbano edificable. Por aquel entonces la capital de España aún conservaba la fisonomía de una ciudad del Antiguo Régimen. Una cerca levantada en tiempos de Felipe IV señalizaba los límites de la población. Puertas y portillos dispuestos en los extremos de la tapia controlaban la entrada y salida de personas, transportes y mercancías. Para solucionar los problemas de salubridad, movilidad y habitación que esta situación generaba, y para terminar de emparentar Madrid con otras capitales europeas, las élites liberales diseñaron un ambicioso proyecto de ensanche de la ciudad, el plan Castro. El ensanche supondría el derribo de la cerca centenaria y la multiplicación por tres de la superficie urbana. En el norte, en el este y en el sur se construirían barrios de nueva planta. La memoria original del ingeniero Castro contemplaba la proyección de una ciudad higiénica y racional capaz de canalizar el empuje demográfico y la demanda de alojamiento asequible para los siguientes cien años. Una ciudad moderna en la que los distintos grupos sociales tuvieran su hábitat y en la que el comercio y la industria protagonizaran la vida económica.

La realidad pronto se divorció del deseo de los urbanistas. La lentitud en la edificación y el alza de los precios del suelo frustraron el proyecto. A finales de los sesenta, cuando aún se discutían en las oficinas del Ayuntamiento los pormenores del plan Castro, comenzaron a levantarse casas más allá del terreno destinado al ensanche. Fuera de lo que entonces era el perímetro de la ciudad liberal. Al principio no eran más que tímidos arrabales como Cuatro Caminos, Tetuán, Prosperidad o Guindalera. Muy pronto, sin embargo, se convirtieron en auténticos suburbios obreros. Gobernantes, arquitectos y técnicos se mostraron incapaces de encauzar el fenómeno. Siempre fueron dos pasos por detrás de los colonizadores de las afueras. A principios del siglo XX el anillo exterior de Madrid albergaba una población considerable. La periferia norte, formada por Cuatro Caminos y Tetuán, los dos barrios en los que se centra esta investigación, superaba por aquel entonces los 15.000 habitantes, mientras que el ensanche presentaba enormes vacíos que tatuaban sobre el espacio el fracaso del modelo

liberal de reforma urbana. Poco después, la Gran Guerra llevó al paroxismo las dinámicas de décadas precedentes. La inflación hizo estragos. Encontrar un cuarto barato en el ensanche o en el casco antiguo se volvió misión imposible. En esa coyuntura, el extrarradio se convirtió en la principal válvula de escape para alojar a las legiones de inmigrantes que tocaban la puerta de la ciudad en busca de techo y trabajo. En 1920 Cuatro Caminos y Tetuán rozaban los 60.000 residentes. Quince años después sendos barrios conformaban una imponente ciudad proletaria poblada por más de 120.000 personas. Una ciudad construida por sus propios habitantes en la que no había ni asomo de planificación. El reverso de la capital que habían soñado los urbanistas del siglo XIX.

Con todo, las transformaciones más descollantes que tuvieron lugar en los suburbios de finales del siglo XIX y principios del XX no tenían tanto que ver con la demografía o el paisaje material como con los estilos de vida, los comportamientos y las formas de relación social de sus moradores. En las afueras de Madrid, igual que en los alrededores de otras grandes urbes occidentales, se forjó una cultura política radical, combativa, comunitaria y callejera que desafiaba las normas de funcionamiento de la esfera pública liberal y apostaba por organizar la sociedad sobre nuevas bases. Barrios como Cuatro Caminos, Tetuán, Ventas o Vallecas se labraron desde finales del siglo XIX una fama de espacios insumisos y difíciles de domesticar. Sus nombres copaban las portadas de los periódicos cada vez que había disturbios, algaradas, huelgas u operaciones policiales de relumbrón. En el extrarradio los movimientos contrarios al régimen de la Restauración disfrutaban de un tirón sin igual. Allí tenían sus espacios de sociabilidad, las viviendas de sus líderes o los graneros más fieles de votantes o afiliados. Los suburbios, periféricos en términos geográficos, fueron ocupando paulatinamente un lugar cada vez más central en el tablero político de la ciudad. Su protagonismo terminó siendo crucial para entender la quiebra del sistema. Del mismo modo que el abrupto surgimiento del extrarradio hizo añicos el proyecto de urbanización liberal, su pujanza revolucionaria contribuyó a erosionar la legitimidad de las instituciones y desbordó los cauces formales y los estilos políticos del liberalismo de orden.

Revueltas, protestas, motines o resultados electorales eran solo manifestaciones puntuales o expresiones superficiales de un sustrato cultural bien arraigado en el extrarradio. Los contemporáneos lo vieron claro. Los vecinos de los barrios periféricos, o al menos una parte significativa de ellos, imaginaban el mundo y las relaciones sociales de manera similar, como si se orientaran en el espacio público siguiendo una misma brújula, o como si observaran cuanto los rodeaba con unas lentes teñidas del mismo color. Los donnadie de los suburbios compartían experiencias, lenguajes, anhelos, resentimientos o explicaciones sobre el devenir de los acontecimientos, los derechos políticos o el orden social. Esta comunidad de pareceres hundía sus raíces en los hábitos y en las costumbres de los vecinos. En sus chismes. En sus prejuicios. En sus rutinas. En sus definiciones sobre lo moral o lo legítimo. En la densa malla de la vida cotidiana de los suburbios. En la cultura en su acepción más próxima a la antropología.

En los suburbios cundió una manera particular de ser y de estar en el espacio público. Esta sensibilidad no se correspondía con una bandera ideológica determinada, ni se sustanciaba en un programa de gobierno o en un inventario de recetas de futuro. Era algo mucho más profundo. Un ambiente. Un *ethos*. Una burbuja. Para comprender el fenómeno en toda su hondura ha sido preciso abandonar los esquemas que vinculan la

identidad política de las personas a la existencia de una estructura material determinada y dejar también a un lado los análisis que aspiran a entender el comportamiento político de los sujetos del pasado a partir del estudio de los discursos, los símbolos o los conceptos acuñados por la vanguardia intelectual de un movimiento. La alta concentración de trabajadores manuales que había en barrios como Cuatro Caminos o Tetuán explica muy poco sobre cómo pensaban o actuaban. De la misma forma, las alocuciones parlamentarias de un líder, las palabras vertidas en un mitin o los argumentos más repetidos en los editoriales de un periódico apenas nos permiten acceder al sentir mayoritario de las gentes de las afueras. Ni los análisis estructuralistas ni las propuestas de autonomía de la política brindan una respuesta satisfactoria a las grandes cuestiones de fondo. ¿Cómo se formó esa manera de entender el mundo que era tan característica de la periferia? ¿Por qué la corona metropolitana de Madrid terminó convirtiéndose en el cinturón rojo? ¿Por qué lo que sucedió en los suburbios no cuajó en otros ecosistemas de la ciudad?

Para tratar de responder a estos interrogantes hemos analizado la cultura política de los suburbios desde sus entrañas. Si una cultura política es un edificio, los manifiestos, los discursos, las representaciones o los resultados electorales son su fachada. Aquello que puede apreciar sin mayores problemas un observador externo. No obstante, para que el edificio se mantenga en pie, hacen falta unos sólidos cimientos. Una obra arquitectónica lenta, trabajosa, anónima. En esta tesis doctoral nos hemos interesado por los rincones más profundos del edificio. Nuestro viaje nos ha llevado a internarnos en los sótanos del inmueble en busca de las raíces de la cosmovisión suburbana. También hemos analizado la composición y la resistencia de sus pilares para encontrar el sentido a las prácticas, los rituales y las referencias que manejaban los vecinos de la periferia. De esta manera, hemos podido entenderlos en sus propios términos y hemos evitado la tentación de explicar sus temores o sus esperanzas como una mera reproducción de lo que los tribunos o los líderes decían en cafés, ateneos, parlamentos o casas del pueblo.

Este ejercicio de empatía o comprensión exigía algunos giros de carácter metodológico. Así, en primer lugar, junto a las tradicionales fuentes de la historia política, hemos trabajado con padrones de habitantes, documentación municipal, cartografías, peticiones vecinales, cartas de queja a los periódicos, declaraciones en comisaría, sumarios judiciales, material incautado en registros policiales y un amplio catálogo de noticias rescatadas de la prensa del momento. La atención sobre este tipo de fuentes nos ha hecho preocuparnos por experiencias cotidianas y conflictos aparentemente banales que, sin embargo, resultaron materiales de primera calidad para la construcción del edificio, pues permitieron a los hombres y mujeres de los suburbios identificarse como parte de un mismo sujeto colectivo, de un *nosotros.* El descubrimiento ha sido claro: fuera del foco de la alta política, en las calles, en los patios y en los merenderos de las afueras, se fue formando durante décadas un marco de interpretación, lectura y significación de la realidad. El suburbio fue una escuela de aprendizaje político para varias generaciones de obreros y sus familias.

En segundo lugar, y dado el carácter colectivo, compartido y desregulado de ese filtro de percepción del mundo, nos parecía importante tratar de recrear su genealogía estudiando a aquellos actores que lo fueron moldeando y estilizando en el día a día. De este modo, los protagonistas de la tesis doctoral han sido cientos de hombres y mujeres

de Cuatro Caminos y Tetuán que hicieron de albañiles, de artesanos o de fontaneros de las causas del suburbio. Ellos siempre vivieron entre bastidores, en los andamios de la política. Sin sus prácticas y sin sus prédicas jamás habría podido llegar a erigirse el edificio robusto que ha sido objeto de análisis en esta investigación. Sus nombres son tan desconocidos para la gran historia como importantes debieron de ser para sus vecinos.

Finalmente, en tercer lugar, para transmitir nuestros hallazgos y reflexiones escogimos una estrategia narrativa propia de la microhistoria. A pesar de haber realizado una minuciosa investigación que abarca desde los años ochenta del siglo XIX hasta los años treinta del XX, en los distintos capítulos de la tesis doctoral hemos optado por observar la cultura política de los suburbios a través de una serie de casos que encontrábamos particularmente significativos: historias de vida de diferentes personajes, descripciones densas de algunos conflictos, repasos por la trayectoria de lugares o grupos, franjas cronológicas muy particulares, etc. Como sucede en las aproximaciones de carácter microhistórico, el interés de los casos seleccionados no ha residido en su carácter único o excepcional, sino en su capacidad para condensar o iluminar una serie de rasgos que formaban parte de la cultura política de la periferia, es decir, de la manera que los vecinos de las afueras tenían de ordenar el mundo, contarse lo que sucedía y tomar parte en los asuntos colectivos. Cada uno de los ejemplos y coyunturas escogidas ha sido una vía de entrada a un sistema de significados que tuvo evidentes implicaciones para el devenir político de la ciudad y del país.

La investigación en torno a la cultura política de los suburbios se ha estructurado en dos partes. En la primera, "Ciudadanos sin ciudad", hemos tratado de reconstruir aquellas luchas cotidianas y exclusivas de la periferia que debieron afrontar sus moradores y que terminaron curtiendo su carácter. En esta sección hemos analizado los fundamentos más prosaicos (pero a la vez más firmes y persistentes) del magma cultural contrahegemónico que cundió en el extrarradio: su naturaleza fronteriza, el protagonismo de los vecinos en la construcción y organización del suburbio, y la concepción de la calle como solar comunitario en que imperaba el mandato popular.

Los barrios como Cuatro Caminos y Tetuán fueron, antes que nada, barrios fronterizos. Espacios surgidos más allá de los límites de la ciudad liberal. En el momento de su nacimiento estaban separados de los terrenos destinados al ensanche por unos fosos y un fielato que servían de barrera fiscal. Aunque la intención original de quienes diseñaron este sistema de cerramiento fue la de gravar las mercancías que llegaban a la capital, en la práctica, los mayores afectados fueron los vecinos del extrarradio. A ellos no les quedó más remedio que acostumbrarse a los cacheos, los decomisos y los controles. Era el peaje que debían soportar cada vez que se desplazaban a Madrid con víveres en el morral, algo que muchos habitantes de Cuatro Caminos y Tetuán hacían todos los días. Cada requisa, cada cobranza, cada detención arbitraria, dejaba un poso de indignación. El conflicto fue a más a medida que aumentaba la población y el consistorio se negaba a modificar en lo esencial el sistema de cobro. Así, los rencores cotidianos dieron paso a un rosario de disturbios y choques sangrientos que catapultaron incesantemente a la barriada a la primera página de los periódicos: agresiones, asesinatos, manifestaciones, asaltos, comisiones vecinales, tumultos, motines. El conflicto resultó crucial en términos de experiencia. Por un lado, cada choque se convirtió en un plebiscito sobre la legitimidad de la frontera. Cada enfrentamiento ponía de manifiesto el distanciamiento emocional que

los moradores de la periferia sentían respecto a las autoridades. Los vecinos tomaron conciencia de estar fuera de la ciudad. Por otro lado, las restricciones a la libre circulación en su entorno de vida fueron percibidas como una agresión que exigía una respuesta colectiva contundente, reparadora y, en ocasiones, violenta. Finalmente, la agitación constante de los vecinos de los suburbios en torno al fielato supuso un desafío a los cánones liberales de movilidad, orden público, fiscalidad o planificación urbana. La gubernamentalidad liberal hacía aguas en el extrarradio.

La disputa por el espacio era reflejo de la profunda brecha que separaba a los madrileños que vivían en el interior de los que habitaban más allá de los fosos. Con todo, la sensación de estar físicamente excluidos no fue la única experiencia distintiva que hubieron de afrontar en su día a día los habitantes de Cuatro Caminos y Tetuán. Un segundo elemento que contribuyó a forjar la idea de habitar un mundo aparte fue el hecho de que los vecinos levantaran con sus propias manos su barrio. Sin haberlo deseado o pretendido, los moradores del extrarradio se encontraron diseñando desde cero un modelo de ciudad alternativo. Ante el abandono de las instituciones, ellos fueron los responsables de señalar alineaciones y rasantes, de perfilar las manzanas, de erigir las casuchas bajas en las que vivían o de poner nombre a las calles. Varias generaciones de habitantes de las afueras se foguearon políticamente teniendo que reclamar derechos al municipio: recogieron firmas por las tabernas, organizaron comisiones, enviaron cartas de queja a la prensa y constituyeron, ya desde finales del siglo XIX, las primeras asociaciones de vecinos. Con estas y otras prácticas, además, aprendieron a pensarse (y designarse) en común. Surgió, así, una forma de hablar sobre los agravios y perjuicios que sufrían los vecinos que en esta investigación hemos denominado "lenguajes de extrarradio". Merced a su insistencia, en ocasiones los habitantes consiguieron que las autoridades llevaran a Cuatro Caminos y Tetuán las infraestructuras deseadas, algo que, por sí solo, ya suponía una inversión de roles tremendamente significativa. En muchos otros casos, ante la desidia de la administración, fueron los propios vecinos los que se juntaron y procuraron con su trabajo los equipamientos que faltaban en sus calles. Así sucedió, por ejemplo, con el suministro de agua, el empedrado de las vías, las escuelas, los economatos, el servicio de extinción de incendios o las sociedades de ocio. Las actividades de ayuda mutua empoderaron a los habitantes de las afueras y posibilitaron que allí germinara un fuerte sentimiento de solidaridad horizontal que estuvo en la base de posteriores actuaciones políticas. La experiencia de autoorganización, por su parte, fue una escuela de ciudadanía para los vecinos. Sujetos del montón se encontraron en la piel de maestros, escritores de panfletos, miembros de comisiones que se entrevistaban con el alcalde, suscriptores de colectas, candidatos a concejales o arquitectos de su entorno. Los vecinos se acostumbraron a actuar por su cuenta, sin pedir permiso a nadie. De manera algo irónica, el régimen de la Restauración creó, con su dejadez, las condiciones oportunas para una democratización de la esfera pública y brindó a los sujetos socialmente excluidos la posibilidad de ensayar vías alternativas de organización de la vida en comunidad. Los vecinos politizaron un asunto, el de la gestión de la ciudad, que según las cabezas pensantes del liberalismo debía permanecer al margen de las luchas ideológicas y había de recaer en manos de técnicos y expertos.

La lucha por un barrio digno de tal nombre trastocó los modos de hacer política y las nociones de urbanismo dominantes en la época. Como consecuencia de ello, en el extrarradio las relaciones entre las elites de la capital y los vecinos fueron más confusas

y tirantes que en ningún otro lugar. Esto se manifestó en un tercer elemento que hemos considerado singular de la vida en los suburbios. En Cuatro Caminos y Tetuán, facilitado quizás por la falta de presencia institucional, provocado por las pésimas condiciones de habitabilidad de las viviendas, pero también como expresión de una ley no escrita aunque tácitamente reconocida por todos, se asistió a un uso extenso de las calles que chocaba con la cada vez mayor regulación del espacio público que se daba en Madrid. En la calle de la periferia los vecinos vendían, compraban, se reunían, se divertían y protestaban. Era su sala de estar. La inclinación de las gentes de las afueras por la vida callejera fue motivo de numerosas disputas con las figuras del orden. Por una parte, los vecinos se sentían dueños de una barriada que habían alzado colectivamente y sin ayuda de nadie. Durante años apenas había habido rastro del Estado o de la municipalidad en las calles de Cuatro Caminos y Tetuán, por lo que los hábitos y preferencias de los vecinos se habían hecho ley sobre el terreno. Por otra, el creciente peso demográfico y social del extrarradio convirtió el gobierno de sus calles en asunto importante para las autoridades de la ciudad. El aumento de efectivos policiales y normativas que trataban de prohibir o encauzar prácticas consuetudinarias del vecindario (como la venta ambulante, los juegos callejeros o el consumo de alcohol) dio pie a motines impregnados por un fuerte aroma irreverente y antiautoritario. Para los donnadie de la periferia los guardias carecían de legitimidad para patrullar sus calles. El rechazo a la policía se podía ver en las comparecencias en comisaría, en las declaraciones en sede judicial, en los insultos y prejuicios que afloraban en el momento de una detención o en las mismas prácticas vecinales de apropiación del espacio. El policía, como representante de un orden urbano tenido por lejano, encarnó la imagen del otro, del extraño. Frente a la ley en la calle, una parte de los vecinos oponía la ley de la calle, aquella que se ajustaba a sus demandas, a las estrecheces de su economía o a sus deseos y costumbres. Nadie les iba a decir cómo debían vivir.

La presencia de policías no fue la única novedad percibida como intromisión por los habitantes de la periferia. El aumento de los intercambios comerciales y la configuración de Madrid como una auténtica red metropolitana trajeron consigo una explosión del tráfico rodado. Las calles de toda la ciudad fueron progresivamente invadidas por tranvías, primero, y automóviles, después. En los barrios periféricos, puntos de entrada y salida de Madrid para toda clase de vehículos, los nuevos cambios tuvieron consecuencias dramáticas para sus habitantes. La electrificación de las vías del suburbio y la lenta pero constante irrupción de automóviles alteró las formas de vida en las afueras. Traperos, vendedores ambulantes, niños, parados o amas de casa fueron paulatinamente desplazados hacia los márgenes de unas calles que habían sido suyas durante décadas. La revolución de los transportes, hito de la modernización capitalista de la ciudad, tuvo para los vecinos mucho de expropiación o privatización del común. Los frecuentes atropellos y accidentes dieron paso a una rabiosa contestación social que se materializó en el apedreamiento o quema ritual de automóviles o tranvías. Lo que para algunos era el progreso, para otros era un ataque intolerable a sus modos de vida. En ese sentido, las disputas con la policía y los choques con los transportes revelan que en Cuatro Caminos y Tetuán existía una concepción alternativa o contrahegemónica de las funciones que había de tener el espacio público. En virtud de ella, los vecinos plantearon una lucha sin cuartel por el control de la calle.

Estas experiencias, estas prácticas, estos rituales y estas imágenes mentales fueron configurando una cultura política solidaria, autónoma, tumultuosa, enraizada en el terreno

y antagonista de los valores y procedimientos típicos de la política liberal. Para poder hablar de cultura política, no obstante, no basta con señalar que en Cuatro Caminos y Tetuán existía una manera común de entender la vida en sociedad. Ese *ethos* o esa identidad habían de resultar evidentes no solo para los que participaban de esos atributos y valores sino también para cualquier observador ajeno a los mismos. Lo que hacía que una cultura política como la del suburbio adquiriera verdadera entidad era, precisamente, la identificación social: que sus rasgos básicos fueran fácilmente reconocibles por el ciudadano medio. Los madrileños comenzaron a tomar conciencia de la importancia de los suburbios cuando estos se convirtieron en el escenario principal de las querellas políticas más candentes de la época. De este modo, en la segunda sección de la tesis doctoral, "La cuna de todas las utopías", nos hemos ocupado de distintos conflictos que alcanzaron su punto máximo ebullición en el extrarradio: las guerras culturales que sostuvieron librepensadores y católicos, los episodios de violencia política y terrorismo, y las manifestaciones más radicales de protesta obrera. Se trataba de disputas universales que encontraron en la periferia su mejor campo de expansión y que dieron a barrios como Cuatro Caminos o Tetuán notoriedad entre los contemporáneos. Para algunos, los suburbios eran un símbolo esperanzador. El contexto en el que las utopías podían hacerse realidad. Para otros, el extrarradio era un rincón siniestro que infundía temor o respeto. Fuera lo que fuese aquello que se pensara, lo que estaba claro a finales del siglo XIX y comienzos del XX era que los suburbios tenían algo especial o distintivo.

En la medida en que los barrios apartados como Cuatro Caminos o Tetuán eran zonas de reciente creación, todo estaba por hacer allí. Todo aquello que se daba por sentado en la urbe ya consolidada, como la existencia de escuelas, iglesias, juzgados o cementerios, era una tarea pendiente en los suburbios y, en consecuencia, fue materia de debate y confrontación entre los vecinos. Desde el nacimiento de estas barriadas, paisanos librepensadores, paisanos católicos y órdenes religiosas asentadas en la periferia se enzarzaron en una guerra cultural por alcanzar la hegemonía en el espacio público. Dicha guerra se libró en numerosos frentes: pequeñas escaramuzas por el nombre dado a los hijos, actos de *bautismo civil* de los recién nacidos, sabotajes de eventos religiosos, comisiones de fieles dedicadas a investigar las parejas que vivían arrejuntadas, batallas por la construcción de un cementerio civil, cambios en los nombres de las calles, enlaces civiles, creación de colegios laicos, polémicas por la designación de los jueces municipales, etc. Estas disputas hundían sus raíces en el protagonismo que los propios vecinos habían adquirido en el diseño de sus barrios y en la organización de sus servicios. A pesar de ese origen aparentemente pedestre, las guerras culturales de las afueras resultaron verdaderamente encarnizadas. Los ecos del conflicto pronto llegaron a Madrid. Republicanos, libertarios y anticlericales de toda la ciudad siguieron de cerca las pugnas que tenían lugar en los suburbios y las sintieron como propias. Lo mismo ocurrió con neocatólicos y otros elementos que aspiraban a una reconquista moral de los barrios obreros. El extrarradio ofrecía a estos movimientos aquellas posibilidades de transformación que veían negadas en la gran ciudad. Cuatro Caminos y Tetuán se convirtieron en un laboratorio político. Así, desde los años ochenta del siglo XIX se sucedieron en los suburbios las manifestaciones y mítines que reunían a las principales figuras del librepensamiento, las misiones de apostolado jesuita, la formación de los primeros círculos de obreros católicos o los episodios más destacados de violencia anticlerical. La movilización por la cuestión religiosa no alcanzaría un grado de ebullición

similar en Madrid hasta décadas más tarde. Las guerras culturales pusieron de manifiesto la extrema debilidad del liberalismo en la periferia y mostraron a todos los madrileños que allí donde acababa la capital el espacio público estaba regido por otras normas.

La guerra por la secularización o recristianización de los suburbios comenzó a situar en el mapa a barrios como Cuatro Caminos y Tetuán. No obstante, no fue la única disputa que encontró en las afueras un cauce sin igual para expandirse. A finales del siglo XIX y principios del XX Madrid vivió sus primeros episodios de violencia política anarquista. Líderes de los principales partidos del régimen de la Restauración o miembros de la familia real fueron objeto de atentados. Algunos, como el dirigido contra la casa de Cánovas del Castillo en 1893 o el sufrido por Alfonso XIII y Victoria Eugenia de Battenberg en 1906, no alcanzaron a sus objetivos. Otros, en cambio, terminaron con el magnicidio de importantes figuras políticas: Canalejas en 1912 y Dato en 1921. Todos aquellos casos tuvieron un mínimo común denominador: o bien los ataques fueron concebidos y preparados en Cuatro Caminos o Tetuán, o bien aquellos barrios apartados fueron el lugar de refugio o evasión de los activistas tras perpetrar los atentados. El examen de sumarios judiciales y otra documentación vinculada a estos sucesos nos ha mostrado, sin embargo, que aquellos acontecimientos eran únicamente la punta del iceberg. Cuatro Caminos y Tetuán eran desde los años ochenta y noventa del siglo XIX un nodo fundamental de las redes anarquistas nacionales e internacionales: cantera de activistas, cuna de asociaciones, punto de creación, recepción, distribución y circulación de prensa, propaganda y otras iniciativas culturales, y lugar de acogida y refugio de militantes. Para muchos observadores de la época, el anarquismo era una especie autóctona de la periferia. Décadas de ayuda mutua, autoorganización, desacato ante cualquier autoridad y acción directa habían sembrado el terreno para que creciera la planta. Ni los suburbios podían pensarse al margen del radicalismo político, ni este podía entenderse sin mirar a los suburbios.

Finalmente, el extrarradio también fue célebre por ser el espacio por excelencia de la protesta obrera: revueltas tras accidentes laborales, disturbios por la readmisión de empleados despedidos, algaradas en demanda de mayor dignidad en los puestos de trabajo, celebraciones del Primero de mayo o huelgas que pusieron en jaque a toda la ciudad. Dentro de ese historial de insumisión hubo dos momentos en los que los nombres de Cuatro Caminos y Tetuán brillaron con mayor intensidad y asaltaron las portadas de los periódicos de todo el país: las jornadas de enfrentamiento callejero que siguieron al mayor accidente laboral de la historia de Madrid, el ocurrido en abril de 1905 en el Tercer Depósito del Canal de Isabel II, y la primera huelga general revolucionaria habida en España, la de agosto de 1917. En una y otra ocasión, los vecinos de las afueras protestaron con furia contra las autoridades y chocaron con la fuerza pública a la puerta de sus casas. Ambos episodios resultan especialmente importantes por dos motivos. Por una parte, las movilizaciones de 1905 y 1917 estuvieron marcadas por el protagonismo indiscutible de la corona suburbana de Madrid. Mientras la protesta apenas encontró eco en el interior de la ciudad, los enfrentamientos se desbordaron durante días en las afueras. Lejos de ser una anécdota o una casualidad, los sucesos de 1905 y 1917 prefiguraron la geografía del conflicto social de los años veinte y treinta. Madrid ya nunca volvería a ser como antes. La capital liberal estaba cada vez más avasallada por el cinturón de barriadas periféricas. Era la revancha de los ciudadanos sin ciudad, de aquellos que habían hecho su vida al otro lado de la frontera. Por otra parte, hasta la fecha sendos episodios habían sido

descritos por los historiadores como dos de las muestras más elocuentes del creciente ascendiente que PSOE y UGT disfrutaban sobre los trabajadores madrileños. Nuestra investigación, sin embargo, nos ha llevado a cuestionar dicha interpretación y ha revelado que los vecinos involucrados en las protestas tenían objetivos distintos a los de los dirigentes socialistas. Los rituales y las prácticas que desplegaron aquellos días de esperanza y sangre guardaban mayor relación con el *ethos* del extrarradio que con las rígidas estrategias de una organización obrera. Los hombres y mujeres anónimos de los suburbios tomaron las riendas de ambas movilizaciones y las hicieron suyas. Fueron ellos los que en 1917 dotaron de contenido al significante vacío "huelga general revolucionaria". Todos estos hallazgos nos han obligado a revisar algunas narrativas sobre el auge del movimiento obrero organizado y nos han conducido a plantear la ambivalente relación que tuvieron la política popular surgida en los barrios y la política de clase estructurada en partidos y sindicatos.

Entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX en los suburbios de Madrid cobró vida una cultura política callejera, comunitaria, radical e iconoclasta. El progresivo fortalecimiento de esa cultura política hizo de la periferia un mundo aparte cuya obediencia siempre resultó costosa para los poderes públicos. Con el tiempo, los motines, las peticiones, las manifestaciones, los sabotajes y las huelgas de los vecinos de las afueras terminaron formando una enorme ola que desbordó la ciudad liberal y arrasó también los estilos, los consensos y los principios de la política liberal. Desde luego, no fue la única ola que contribuyó al naufragio del régimen de la Restauración o a la zozobra de sus prácticas de gobierno urbano. Sí fue, eso sí, una de las olas más grandes del tsunami colectivo que hizo posible la llegada de la democracia. Con todo, la realidad era compleja y ambivalente. Las prácticas, reivindicaciones e imaginarios surgidos en la periferia tenían un inequívoco aroma antielitista, igualitario y participativo, pero la cultura política de los suburbios también integraba componentes, fibras y pulsiones difíciles de armonizar con un régimen de pluralismo político. Algunos de los sueños, prejuicios o rencores de sus vecinos eran incompatibles con los procedimientos legales, la negociación entre contrarios, la política institucional o el respeto al adversario. Tal vez por ello, en los años treinta la periferia se convirtió en campo de pruebas para los movimientos que aspiraban a construir desde cero una comunidad política postliberal o antiliberal. La Segunda República fue un tiempo de extremos en el extrarradio. Si la democracia había sido, en parte, hija de los suburbios, las dificultades que encontró en su camino fueron también, en parte, hijas de las pasiones, los anhelos y los odios de sus habitantes.

En esta tesis doctoral hemos analizado las experiencias, los hábitos, los valores y las creencias de los vecinos del extrarradio de Madrid en un momento de vertiginoso cambio social. Descontentos con las herramientas disponibles, hemos optado por trabajar con unas fuentes, una teoría y una metodología poco utilizadas en España para estudiar fenómenos de índole política. A pesar de los riesgos que entrañaba la operación, el análisis a ras de suelo del contexto, la vida cotidiana, las prácticas informales y los sujetos del montón nos ha permitido acceder a los pilares básicos de una manera de entender el mundo que fue sumamente influyente en su época. Sin ese ejercicio a medio camino entre la historia cultural de la política y la historia urbana habría resultado imposible comprender por qué los suburbios fueron durante décadas el mayor vivero de contestación social de la capital y uno de los puntos más conflictivos del país.

CONCLUSIONS

The last decades of the 19th century witnessed the appearance of new spaces for the community life: the suburbs. In the outskirts of most of the occidental big cities appeared belts of poor neighbourhoods where people lived in bad conditions. This phenomenon occurred because of the lack of urban planning, the rupture of the traditional ways of social relation, or because of the appearance of new uncontainable and overwhelming migration dynamics. The people going to these slums were, in most cases, the last ones on the social pyramid: day labourers, unemployed people, rag and bone men and women, servants, street vendors, or craftsmen. While most of them were coming from the rural life, escaping from misery, a small amount of them came from inside the cities where they had been rejected from. However, they were not able to find their safe heaven in the suburbs. In Europe and America, the big cities' outskirts were distraught by a tragic combination of scarcities: job insecurity, lack of opportunities, absence of municipal services, and administrative abandonment. On the other hand, these suburbs were quickly associated with the development of new anti-establishment politics. In the outskirts of Paris, Berlin, Milano or Barcelona the scarcities seemed to sow the seeds of the revolution.

Madrid was no stranger to this phenomenon. The need to increase the urban building land in the city was already noticeable in the 1850s due to the overcrowding, the epidemics, and the massive arrival of families from the countryside. At that time, the Spanish capital still had the features of an Ancient Regime city. The town limits were defined by a fence built in the 17th century. Doors and wicked gates monitored the movement of people and goods traffic. In order to solve health, mobility and shelter problems that were caused by this situation, the liberal elites designed an ambitious project to expand the city (the *Ensanche*), the Castro's plan. This plan would also pair Madrid with other European capitals. The *Ensanche* would mean the demolition of the centenary fence, the increase of the urban surface and the construction of new urban quarters in the North, East and South of Madrid. The engineer Castro envisioned a rational and hygienic city, which would be able to channel the new demographic trends and to guarantee affordable accommodation for the next hundred years. He wanted to build a modern, industrial, and commercial city where all social groups could find their place and their function.

Soon the reality made impossible to fulfil the urban planner's desire. The project was frustrated by the slow edification and the ground prices' rise. In the late 1860s, while in the town hall Castro's plan was still under discussion, new houses were built outside of the *Ensanche* land originally agreed, outside of the perimeter of the liberal city. At the beginning, they were only small slums such as Cuatro Caminos, Tetuán, Prosperidad, or Guindalera, but soon they became authentic working-class suburbs. Nobody was able to control this phenomenon, nor governors, nor architects, nor technicians, as they were always two steps behind the outskirts' settlers. At the beginning of the 20th century, the outskirts belt accommodated an important amount of population. While the *Ensanche* area had blank wholes that showed the failure of the liberal urban reform, the northern periphery, shaped by Tetuán and Cuatro Caminos (the neighbourhoods we have chosen as case studies), had over 15,000 people living there. Shortly after, on account of the First World War, those dynamics were accented to the extreme. The inflation caused major

troubles. Being able to find a cheap room to live in in the *Ensanche* area or in the old town became and impossible mission. Under this situation, the crowds of immigrants that were ringing the city bell, looking for a bed and a job, found in the outskirts their main outlet. In 1920 the suburbs of Tetuán and Cuatro Caminos almost had 60,000 residents. Only fifteen years later both neighbourhoods already constituted an imposing working-class city with more than 120,000 residents. It was a city built by its own inhabitants, without any sort of planning. It was the opposite of the 19th century urban planners' dream.

Nevertheless, the most outstanding transformations that took place in the suburbs at the end of the 19th century and the beginning of the 20th century, had very little to do with the demography and the material landscape, and a lot to do with the inhabitants' lifestyles, behaviours and social relations. In Madrid outskirts, as well as in the surroundings of other big occidental cities, a new radical, combative, and street-based political culture was born. This new political culture wanted to organize the society under new basis and defied the rules and styles of the liberal public sphere. Since the last years of the 19th century, neighbourhoods such as Cuatro Caminos, Tetuán, Ventas, or Vallecas, carved for themselves the fame of rebellious spaces that were hard to domesticate. Every time there were strikes, disturbances, riots, or police operations. Their names made the front page of every newspaper. In the outskirts, the movements against the Restoration regime had a special power. They had there their headquarters, their social spaces, their leader's houses or the most important of part of their supporters and voters. Even though the suburbs were located in the geographical outskirts, they slowly became the centre of the urban political life. We cannot understand the Restoration breakdown without understanding the main role the suburbs payed in it. The same way as the abrupt city growth destroyed the original liberal urban project, their revolutionary spirit contributed to damage the legitimacy of the institutions and overflowed the formal ways and political styles of the liberal order.

Riots, protests, mutinies, or electoral results were only punctual demonstrations or frivolous expressions of a cultural background firmly rooted in the outskirts. The contemporaries saw it clearly. Most of the neighbours of the suburbs imagined the world and the social relations in the same way, as if they oriented themselves through the public space with the same compass, or as if they looked at everything that surrounded them through the same colour lenses. The ordinary people from the suburbs shared experiences, languages, hopes, resentments, and explanations about the social order, the community life, or their political rights. These similarities sank their roots into the neighbours' habits and traditions. Into their rumours. Into their prejudices. Into their routines. Into their definitions of what was moral and fair. Into the thick net of the suburban everyday life. Into the culture, considering culture in an anthropological way.

A new lifestyle was born in the suburbs. This way of feeling or behaving did not correspond to any particular ideology. It was something much deeper. An environment. An *ethos*. In order to be able to fully understand this phenomenon, we have abandoned the theories that link people's political identity with their social status, and we also have leaved aside the analysis that tries to understand people's political behaviour by studying the speeches, the symbols or the concepts used or coined by the intellectual avant-garde of a political movement. The enormous concentration of manual labourers that lived in

neighbourhoods such as Tetuán or Cuatro Caminos, explains very little about the way they thought or acted. In the same vein, we can hardly understand how this people lived by looking at the words said in speeches, allocutions pronounced in parliament sessions, or editorials written in newspapers. None of these analyses give us a satisfying answer to the main questions: How did this unique way of living and understanding the world appear? Why did Madrid outskirts become the red belt? Why this phenomenon did not occur in other parts of the city?

In order to answer all these questions, we decided to analyse suburban political culture from its insides. If we understand the political culture as a building, then the manifestos, the speeches, the riots, and the electoral results are its façade. However, a building also needs strong foundations. A slow and laborious architectural construction. In this doctoral thesis we have dug in the most profound corners of the building. Our journey has taken us to the building basement looking for the roots of the suburban world view. We have also studied its pillars resistance and composition in order to understand the neighbours' practices, rituals, and references. Doing this, we have been able to understand them in their own terms, avoiding to explain their fears or hopes as a mere consequence of what was said by the political leaders in cafes, parliaments, athenaeums or in the headquarters of parties and trade unions.

This exercise of empathy required some methodological turns. Therefore, first of all, along with the traditional archival sources of political history, we have worked with population census, municipal documents, cartographies, protest letters sent to newspapers, neighbours' petitions, police records, judicial summaries, local contemporary news, and materials seized in police investigations. Paying attention to this kind of sources made us think about the everyday experiences and ordinary conflicts of the inhabitants of the suburbs. These may seemed to be meaningless at first, but turned out to be first class construction materials for our building. These experiences allowed these citizens to identify themselves as members of one common political subject: *we the people that live in the suburbs*. Our discovery has been clear: far from the high political sphere, for decades, a new way of interpreting and reading life was arising in the streets and playgrounds of the outskirts. The suburbs became political schools for many labourers and their families.

Secondly, we considered important to study the making of the suburban political culture from the perspective of those who built it. Thus, the main characters of this thesis have been hundreds of men and women who were the artisans or the plumbers of the suburban political struggles. They always lived offstage, in the foundations of politics. Without them, the construction of the robust building that we have been studying, would have been impossible to accomplish. Even though their names are unknown to the big history, they were decisive to their neighbours.

Finally, we decided to choose the narrative strategies used in microhistory to communicate our discoveries and thoughts. Even though we have done a thorough research into the community life of the suburbs from the late 19th century and to 1930, we decided to observe, via the different thesis' chapters, the suburban political culture through a series of cases that we found particularly significant: biographies or ordinary politicians of the suburbs, thick descriptions of conflicts, political grassroots or spaces,

particular conjunctures, etc. As always happens in microhistory, the importance of these cases was not associated with their uniqueness. Those cases were important because of their ability to show us the way the inhabitants of the suburbs organized the world in their minds, the way they told each other what happened around them or the way they got involved in collective matters. Every single one of the examples we have chosen has been a route to understand the suburban political culture as a system of meaning.

We have divided this study in two parts. In the first one, "Citizens without a city", we tried to reproduce those ordinary and exclusive fights that took place in the suburbs and that ended up leaving a mark on their inhabitants. To do so, we have analysed the most profound and vulgar foundations of this counter-hegemonic political culture: its border identity, the role common citizens played in the construction and organization of the suburb and its community life, and the popular concept of the streets as a shared space where the people's mandate ruled.

Neighbourhoods such as Tetuán and Cuatro Caminos were, first and foremost, border neighbourhoods. Spaces located outside the liberal city limits. At the beginning, they were separated from the *Ensanche* by trenches and a *fielato* (duty post) that worked as tax barriers. Even though the original idea was to levy the goods coming into the city, the most affected of this tax system were the inhabitants of the suburbs. They had to get used to checkpoints and body searches. They had to bear with that every time they wanted to get into the city, which for most of them occurred daily. Ordinary inspections and arbitrary arrests left a resentment mark in them. The conflict escalated as the population grew and the consistory refused to change their tax policy. The everyday bitterness evolved into a riot series and bloody conflicts that always ended up in the newspapers' front page: aggressions, murders, marches, mutinies, assaults, etc. Every conflict taught the neighbours a lot. The ordinary disputes drove them to question the border legitimacy. Every battle showed the emotional distance between the authorities and the citizens of the outskirts. The neighbours felt as if they were not part of the city. Furthermore, free mobility restrictions were seen as aggressions that should be answer in a collective and, occasionally, violent way. Finally, all the disturbs around the *fielato* challenged the liberal governmentality canons of mobility, public order, and urban planning.

The struggle through and for the suburban space showed the huge rifts that existed between the citizens from inside Madrid and the ones outside the tax barriers. However, being physically excluded from the city was not the only experience these inhabitants had to bear with in their everyday life. The second fact that made them feel they live in a different world was that they had to build their neighbourhoods with their own hands. Without having wanted or planned it, citizens of the outskirts found themselves outlining from scratch an alternative city model. Being neglected by the institutions, they had to design the layouts, build their small houses and name their new streets. The first political experience of these neighbours was the struggle for the *right to the city*: they collected signatures, organized committees, sent protest letters to the press or the authorities, and constituted the first neighbour's associations. Doing all this, they learnt to think themselves as members of a common political subject. In this doctoral thesis we have explored the birth of what we have called "languages of the suburbs". Because of their perseverance, the neighbours of Cuatro Caminos sometimes made the authorities built them the infrastructures they reclaimed, which was per se a huge accomplishment. In the

other occasions that the city council did not provide them the services they demanded, which were the most, the neighbours had to work together to build them. This was the case of the water supply, the streets paving, the schools, the food cooperatives, the fire extinction, and the leisure societies. The mutual help activities made them stronger and made it possible for them to grow a solidary spirit that would be present in future politic acts. Normal citizens found themselves taking responsibilities that they were not trained for: being teachers, architects, speakers, political candidates, writers of collective petitions of protest letters, etc. They got used to act without asking for permission. Ironically, the Restoration regime gave these excluded citizens the chance to test or practise alternative ways of social organisation and created the appropriate conditions for a democratization of the public sphere. While the liberal leaders thought that the city management should be taken care of by technicians and experts, aside from ideological fights, these neighbours made it a political matter of concern.

The fight for a decent neighbourhood changed established assumptions on political participation and the liberal visions of urban planning. As a result of that, the relations between the city elites and the neighbours of the outskirts were more confusing and tense than ever. This was shown in a third element that we found unique of the suburban political culture. In Cuatro Caminos and Tetuán, as a consequence of the bad housing conditions and popular costumes, the streets were used in an extensive and social way that was opposed to the increasing regulation of public space that ruled in Madrid. In the streets of the outskirts, the neighbours sold and bought their products, gathered together, had fun and protested. The streets were their living rooms. Their love for the street life brought them face to face with the law enforcement. On one hand, the neighbours felt as if they were the owners of the suburbs (that they had built by their own, without any kind of help). Municipal abandonment permitted that the habits and the preferences of the neighbours became law in the streets. On the other hand, the social and demographic increasing importance of the suburbs made the control of the crowds in the streets a political matter of concern. As the police presence and the regulations started to appear in the neighbourhood, the riots became more popular. Policemen prohibited suburban costumes such as street selling, street gambling and alcohol consume. For the neighbours, the police officers had no right to patrol their streets. We can see the popular animosity against police in the statements neighbours gave on trials or in the insults they dedicated to the officers when they patrolled the streets. Policemen seemed to be foreigners. Against the formal law, the neighbours followed the street law, the one thar answer their requests, demands, and wishes. Nobody was going to tell them how they should live in the suburbs.

The presence of the police was not the only novelty non-accepted by the inhabitants of the suburbs. The increasing commercial flows and the establishment of Madrid as a metropolitan city cause a road traffic explosion. Step by step the streets were filled by tramways first, and cars later. This had tragic consequences for the neighbour's lifestyle as the suburbs were the city entrance and exit points. Rag and bone men, unemployed citizens, street vendors, kids, and maids were pushed to the streets' sides because of the traffic. The transports revolution made the neighbours felt as if they were expropriated from what was theirs. The constant accidents drove to a riotous reaction in the neighbourhood. In response, they used to stone and burn cars and trams. In the suburb the new transports were seen as an attack to their lifestyles more than as a sign of progress.

The struggle against the police officers and the struggle against tramways and cars revealed that people in Cuatro Caminos and Tetuán had a different conception of the functioning of public space.

All these rituals, experiences and behaviours were creating a solidary, autonomous and spatial-based political culture opposed to the liberal procedures and values. However, to be able to talk about political culture it is not enough to point that in Cuatro Caminos and Tetuán there were a specific lifestyle. That *ethos*, that identity, had to be noticeable not only by those who took part of it, but also for those who were strangers to it. What made that political culture gained real magnitude was, precisely, the social identification or recognition by any citizen. Madrid citizens became aware of the suburbs' importance when those started to be the centre of the political struggles of that time. Therefore, in the second part of this doctoral thesis, called "The cradle of every political utopia", we have studied the conflicts that reached their peak in the outskirts: culture wars between free-thinkers and Catholics, political violence and terrorist episodes, and the most radical working-class protests. There were universal issues that found in Cuatro Caminos and Tetuán the perfect scenario for their expansion and made them famous between the people of that time. For some Madrid citizens, the suburbs were an inspiring symbol, where the impossible could become reality. For others, these neighbourhoods were dangerous and frightening places. Despite of how everybody felt about them, it was clear that by the end of the 19th century and the beginning of the 20th century, these suburbs had something special and distinctive.

As these neighbourhoods were recently created, everything needed to be done there. Things that were part of the everyday life in the city, there had to be built from scratch. Neighbours had to build schools, churches, cemeteries, municipal courts, etc. From the origins of these suburbs, free-thinkers inhabitants, Catholic inhabitants and religious orders fought for the hegemony in the public space. This war was fought in numerous fronts: civil baptism acts, religious acts' sabotages, struggles for the construction of a civil cemetery, changes of the names of the streets, civil marriages, constructions of secular schools, committees of catholic neighbours that looked after the traditional values, etc. These struggles deepened their roots in the role played by the inhabitants as designers and organizers of the neighbourhoods. The culture wars were quite fierce that soon Madrid got the news about them. Republicans, anarchists and anticlerical citizens followed closely these battles and made them theirs. This same situation happened with the *neocatólicos* (a kind of social and political Catholicism), who wanted to re-conquer for the faith those working-class neighbourhoods. The outskirts gave the chance to those political movements to achieve things that would have always been denied inside the city. Cuatro Caminos and Tetuán became a political laboratory: free-thought meetings and demonstrations, Jesuit missions, first catholic labour unions, and constant episodes of anticlerical violence. The culture wars around the secularization of public life did not explode in Madrid until few decades after. The liberal concept of public space as a neutral space was especially fragile in the outskirts.

Even though it was not the only battle taking place there, the culture wars made Tetuán and Cuatro Caminos noticeable and famous. At the end of the 19th century and the beginning of the 20th century Madrid witnessed its first anarchists' violent activities. Members of the royal family and political leaders were victims of terrorists' attacks. Some

of them, such as the one against Cánovas del Castillo's home in 1893, and the one against Alfonso XIII and Victoria Eugenia de Battenberg in 1906 failed. Others ended up killing important political figures: Canalejas in 1912 and Eduado Dato in 1921. All these attacks had something in common: they either had been conceived and planned in Cuatro Caminos or Tetuán, or these neighbourhoods functioned as a shelter for the ones performing the attacks. After a thorough study of judicial records and police investigations, we have arrived to the conclusion that these attacks were only the tip of the iceberg. Since the last two decades of the 19th century, Cuatro Caminos and Tetuán were essential nodes for national and international anarchist cultural, editorial, and political networks. Anarchism seemed to be inseparable from suburban geography. Decades of self-organization of public services, mutual help and direct action against police officers, transports or tax collectors set the environment that allowed this ideology to grow. We could not understand the suburbs without looking at the political radicalism and the other way round.

Finally, the outskirts were also the space for the working-class protests: riots after work accidents, labour rights' fights, strikes that shook the entire city, May Day labour demonstrations, etc. In between all these conflicts and struggles, there were two episodes that shone brighter: the protests after the biggest work accident that Madrid has ever witnessed, in April 1905 at the Third Deposit of the *Canal de Isabel II*, and the first Spanish revolutionary general strike in August 1917. In both occasions the protests were fierce. Neighbours fought at their home doors. Both episodes were important for two main reasons. On one hand, both protests had their centre in the suburbs. While inside the city people barely took part in the conflicts, in the suburbs the fights lasted for days. Far from being a coincidence, these events prelude the geography of social conflict in the 20s and 30s. Madrid would never be the same. The liberal capital was more and more asphyxiated by the suburban belt. It was a revenge of the citizens without city. On the other hand, historians have described both episodes as samples of the ascendant power that the PSOE (Socialist Party) and the UGT (Socialist Trade Union) had over the workers of Madrid. However, our research has challenged this interpretation, and has shown that neighbours' interests were quite different from the socialist leaders' ones. The riots and protests of those days had more to do with the outskirts' spirit, worldview, and lifestyles than with the rigid strategy of the workers' organisations. The inhabitants of Cuatro Caminos and Tetuán took the control of both mobilisations and made them theirs. They were the ones who gave full meaning to the words "revolutionary general strike". All these discoveries made us review the information we had about this matter and helped us conclude that there was an ambiguous relationship between the suburban political culture and class politics structured in parties and trade unions.

In the last decades of the 19th century and the first ones of the 20th century in the suburbs of Madrid appeared a radical, street-based, and combative political culture. The suburbs were always hard to tame. In time, riots, mutinies, strikes, boycotts, and petitions shaped an enormous wave that overflowed the liberal city and devastated liberal political styles, consensus, and values. Even though this was not the only reason for the Restoration regime's fall or for the failure of liberal governmentality, the suburban political culture was one of the most important waves of the big tsunami that brought democracy in 1931. However, the reality was particularly complex. While the requests and demands born in the suburbs were anti-elitist, participatory, and equalitarian, the political culture born

there also had components that combined badly with pluralism and parliamentarism. Some of the dreams or prejudices of the inhabitants of the suburban belt were incompatible with legal procedures, political agreements and negotiations, or the respect to the adversary. Maybe that is the reason why, during the third decade of the 20th century, the outskirts were the testing ground for the movements that tried to build a new anti-liberal or post-liberal political community. The Second Republic was a radical time in the suburbs. The 1931 democracy had been, in some ways, a daughter of the suburban struggles, and the difficulties it had to face were also daughters from passions, hopes and hates of their inhabitants.

In this thesis we have analysed the experiences, habits, and values of the neighbours of the outskirts. Unpleased with the available tools we had for analysing the phenomenon, we decided to work with a theory, a methodology and some archival sources hardly used in Spain to study political matters. Regardless of the risks we were taking, the thorough and from below analysis we have made of everyday life, urban context and informal practices of common citizens made it possible for us to access to the roots of a very influential world view of that time. Without doing the study of both sides, cultural history of politics and urban history, it would have been impossible to understand why the suburbs were, for decades, the most troubled area of the city and one of the most conflictive spots in Spain.

ESBOZO BIOGRÁFICO DE LOS POLÍTICOS DE ALCANTARILLA DEL SUBURBIO[1]

Antonio Alcolado Martín (sin fechas). Vecino de Tetuán en las primeras décadas del siglo XX. De ideas federales. Fue autor de distintas cartas de denuncia de las prácticas caciquiles del Ayuntamiento de Chamartín. Su mayor preocupación fue la construcción de una casa de socorro digna de tal nombre. Utilizó siempre un tono irreverente y desafiante contra el alcalde de Chamartín, Basiliso González Redondo.

Tomás Altés (1858-sin fecha). Alguacil del Ayuntamiento de Chamartín. Tuvo su vivienda en el arrabal de Tetuán. En los años ochenta y noventa del siglo XIX se movió en el ambiente revolucionario del suburbio, en el que republicanos, librepensadores y anarquistas compartían espacios de actuación. Participó en varias suscripciones solidarias y fue testigo de distintos actos de afirmación antirreligiosa (enlaces, inscripciones en el registro civil).

Juana Arroyo (sin fechas). Ama de casa. Tuvo su vivienda en la calle Artistas. A finales del siglo XIX fue una de las más acerbas críticas de la negociación que algunos comerciantes del extrarradio entablaron con la administración que recaudaba el impuesto de consumos. En el verano de 1897 tuvo un papel determinante en las protestas contra el arriendo del impuesto. Lideró los grupos que penetraron en casa de Canuto González y otros tenderos favorables al concierto con el Ayuntamiento.

Ramón Bajauli (sin fechas). Fabricante de grasas animales en Tetuán de finales del siglo XIX. Vivió en Huerta del Obispo, uno de los barrios más pobres de las afueras y famoso por ser morada de traperos y vendedores ambulantes. Tomó parte en distintas iniciativas republicanas y anticlericales en Tetuán, donde era conocido por ser un "obrero ilustrado". Fue tesorero del comité republicano de la localidad y habló en los ciclos de conferencias librepensadoras que Pedro Moratilla, Francisco Ruiz y compañía organizaron en la sede de *La Revolución.* Se involucró también en distintas actividades solidarias de la barriada (socorro víctimas epidemia, construcción de un comedor económico).

Miguel Bayón (1897-sin fecha). Escribiente de la Casa Standard. Anarquista. En los años veinte y treinta vivió en distintas direcciones de Cuatro Caminos (primero en la calle Juana de Osma, después en Joaquín Arjona). Se codeó con los libertarios más famosos de la capital. En los últimos años de la Dictadura de Primo de Rivera fue presidente del Ateneo de Divulgación Social, espacio de encuentro de libertarios y federales con sede en el número 3 de la calle San Marcos. En 1928 se vio envuelto en una extraña trama para

[1] Se muestran las biografías de aquellos sujetos de los que tenemos más información. Otros políticos de alcantarilla cuyos nombres aparecen a lo largo de la tesis, pero de los que apenas tenemos datos, no aparecen en este listado.

derrocar al dictador. Según el sumario judicial, elementos republicanos y liberales darían un golpe de mano. Por su parte, los anarquistas declararían la huelga general. Las hojas llamando a la insurrección se confeccionaron en la imprenta clandestina que había en casa de otro militante de Cuatro Caminos. Algunas de las reuniones preparatorias tuvieron lugar en otras viviendas obreras del suburbio. En 1931 fue detenido en una asamblea de la huelga de Telefónica.

Feliciano Bermejo (1883-sin fecha). Jornalero de Cuatro Caminos. Vivió en la calle Oviedo, donde pagaba 8 pesetas de alquiler por un cuartucho que compartía con sus padres. En ese mismo edificio, una enorme casa de corredor, también habitaban otros familiares. Sensibilizado con el problema del inquilinato, tomó parte en las ligas de inquilinos que en la década de los diez presionaron a los caseros de Cuatro Caminos y solicitaron la intervención de los poderes públicos para que pusieran coto a las abusivas subidas de renta.

Santos Bermejo (1881-sin fecha). Jornalero de Cuatro Caminos. Vivió en la calle Oviedo, donde pagaba 8 pesetas de alquiler por un cuartucho en una enorme casa de corredor en la que también habitaban otros familiares. Sensibilizado con el problema del inquilinato, tomó parte en las ligas de inquilinos que en la década de los diez presionaron a los caseros de Cuatro Caminos y solicitaron la intervención de los poderes públicos para que pusieran coto a las abusivas subidas de renta.

Cayetano Bragado (1864-sin fecha). Zapatero. A finales del siglo XIX y principios del siglo XX habitó en distintas viviendas del suburbio (calle Ticiano primero, calle Navarra después). Colaboró en diferentes iniciativas republicanas. Habitual de Villa Constancia, fue uno de los vecinos que llamó a la movilización tras el hundimiento del Tercer Depósito con un manifiesto incendiario.

Mateo Caballero (1842-sin fecha). Pequeño comerciante de Tetuán. Llegó al suburbio en 1873 y pronto se implicó en la vida comunitaria. En los años ochenta del siglo XIX fue una de las figuras centrales del comité republicano de la barriada. Colaborador de Pedro Moratilla. En 1885 fue escogido concejal en el Ayuntamiento de Chamartín. En la década de los noventa siguió participando como interventor o apoderado en distintas citas electorales locales. En 1897 volvió a ser elegido concejal.

Tomás Calle (1863-sin fecha). Notario de Chamartín de la Rosa. Vecino de prestigio. Católico. Desde joven participó en las disputas que religiosos y librepensadores sostuvieron por la definición del espacio público del extrarradio. En 1891, en pleno apogeo del conflicto, postuló al cargo de juez municipal en una candidatura en la que le acompañaba como aspirante a fiscal Antonio Jiménez Peris, hermano del presbítero de Tetuán.

Juan Calvo Lé (sin fechas). Jornalero de Tetuán. Librepensador. Autodidacta. Colaborador de Pedro Moratilla, Francisco Ruiz y compañía. En los años ochenta y noventa del siglo XIX se movió en el ambiente revolucionario del suburbio, en el que republicanos, librepensadores y anarquistas compartían espacios de actuación. Participó como vocal en el primer comité republicano de Tetuán. Fue miembro del grupo informal *La Revolución*. Como militante de dicha asociación se involucró en las *guerras culturales* que tuvieron lugar a finales de los ochenta y principios de los noventa entre los vecinos librepensadores y los jesuitas de Chamartín. Propugnó la unidad de los revolucionarios de la localidad. En 1890, gracias a las presiones de Pedro Moratilla en el Ayuntamiento, entró en la junta local de primera enseñanza del suburbio, en la que siempre habían desempeñado un rol fundamental el párroco y los notables de Chamartín. En 1893 fue interventor republicano en las elecciones municipales. En 1895 fue miembro de la junta directiva del Fomento de Tetuán, una sociedad local dedicada a promover la mejora del suburbio y la instrucción de sus habitantes. A pesar de todo ello, las cartas que Juan Calvo enviaba a Francisco Ruiz con cavilaciones en torno a la libertad de pensamiento, el culto religioso o la historia de España muestran a un hombre llano que a duras penas sabía escribir.

Padre Camacho (sin fechas). Uno de los primeros párrocos de Tetuán. Participó de las *guerras culturales* por la definición del espacio público de los suburbios en los años ochenta del siglo XIX. Muy crítico con las conductas irreligiosas. Fue víctima de la ira del vecindario, que organizó una cencerrada, mitad burlona, mitad violenta, a la puerta de su casa.

Francisco Carrillo (sin fechas). Vecino de Cuatro Caminos en la segunda década del siglo XX. Republicano. Participó en eventos de los radicales y federales de la barriada. Fue secretario de la liga de inquilinos que presentó batalla contra los caseros especuladores del suburbio y presionó para lograr inspecciones oficiales y una reforma de la legislación referente al inquilinato.

Manuel Castillo (1857-sin fecha). Curtidor. Librepensador. Llegó al arrabal de Tetuán en 1871, por lo que era uno de los vecinos más antiguos del lugar. Tuvo su vivienda en la calle Castillejos 15. En los años ochenta y noventa del siglo XIX se movió en el ambiente revolucionario del suburbio, en el que republicanos, librepensadores y anarquistas compartían espacios de actuación. Participó en varias suscripciones solidarias del periódico *La Anarquía.* Llevó su pasión política a su vida familiar, pues dio el nombre de Palmira y Acracia a sus dos hijas.

Juan Cebrián (1870-sin fecha). Jornalero. Vivió con su esposa y sus tres hijos en un cuartucho de Artistas 2, la mayor casa de corredor del suburbio. Sensibilizado por la catástrofe del Tercer Depósito, tomó parte en los duros enfrentamientos que vecinos y

policías sostuvieron en torno a la glorieta de Cuatro Caminos. Fue detenido y pasó varios meses en prisión como consecuencia de aquellos altercados.

Mateo Cenamor (sin fechas). Vecino de Cuatro Caminos en las primeras décadas del siglo XX. Republicano radical muy activo. Colaboró con Canuto González en la constitución del primer centro republicano del suburbio. En los años diez fue candidato a concejal, sin éxito. Ostentó la presidencia honorífica de distintos clubes de obreros. Se implicó en la movilización de los inquilinos contra la especulación de los caseros y en demanda de una regulación de las tarifas de alquiler.

José Cernuda (sin fechas). Carnicero de Cuatro Caminos. Junto con Canuto González, fue miembro de las ligas de industriales que buscaron negociar con el Ayuntamiento un concierto fiscal. En el verano de 1897, cuando el conflicto alcanzó su punto más álgido, su tienda fue asaltada por la multitud.

Esteban Collado (sin fechas). Metalúrgico. Revolucionario. Vecino de Cuatro Caminos en el primer tercio del siglo XX. Bien relacionado con los ambientes anarquistas de la capital. En la primavera de 1921, Ramón Casanellas, asesino de Eduardo Dato, se ocultó durante un mes en su casa, ubicada en la calle San Raimundo. Cuando las pesquisas llevaron a la policía ante su vivienda, Ramón Casanellas se había evaporado.

Mariano Collado (1849-sin fecha). Impresor. Republicano. Era uno de los vecinos más antiguos del arrabal de Tetuán, donde ya participaba de la vida comunitaria a finales de los setenta del siglo XIX. Entre los años ochenta y 1910 formó parte de distintas iniciativas republicanas y anticlericales en el suburbio. También fue interventor y apoderado en diversas citas electorales de carácter local. Fue colaborador de Luis López de Castro, Juan Calvo Lé, Julián Dávila, Santiago Serrano o Mateo Caballero.

Inocencio Crisol (1871-sin fecha). Jornalero. Vecino del viejo pueblo de Chamartín, donde nació. Estuvo involucrado en la vida comunitaria. Fue autor de numerosas cartas de queja por las condiciones de vida en las afueras. En un primer momento estuvo implicado en distintas iniciativas republicanas. Más tarde, sin embargo, destacó por su militancia maurista, hasta el punto de ser nombrado secretario del centro maurista de Tetuán en 1916. Participó en comisiones para la incorporación de Chamartín a Madrid en los años diez (la anexión no llegaría hasta 1948).

José Daribas (1876-sin fecha). Jornalero. Dueño de su propia vivienda en el número 10 de la calle Don Quijote. Estuvo involucrado en la vida comunitaria. Fue autor de cartas de queja y peticiones vecinales en demanda de servicios para la barriada. En particular,

una de sus mayores preocupaciones fue la falta de luz y urbanización en algunas de las calles del núcleo originario de Cuatro Caminos.

Julián Dávila (1850-1926). Herrero de Tetuán. Republicano. Llegó al suburbio a mediados de los años setenta, por lo que fue un pionero de Tetuán. Tuvo su vivienda en distintos emplazamientos de la barriada (en la carretera, primero, en la calle Gonzalo Sandino, después). En los años ochenta comenzó a tomar parte en la vida política local. En 1890 fue uno de los miembros del comité republicano de Tetuán. En 1893 fue interventor del candidato republicano Santiago Serrano, que resultó escogido concejal. Consuegro de Pedro Moratilla.

Francisco de José (1844-sin fecha). Jornalero. Republicano. Vivió en Cuatro Caminos en las primeras décadas del siglo XX. Se involucró en las campañas republicanas en la barriada y participó en la movilización de los inquilinos contra los caseros especuladores y en demanda de una regulación de las tarifas de alquiler.

Blas de los Reyes (1856-sin fecha). Zapatero republicano. Vivió realquilado en un pequeño cuartucho de la calle Bravo Murillo, muy cerca de la glorieta de Cuatro Caminos. Llegó a la barriada en 1900. En 1903, junto con otros políticos de alcantarilla como Canuto González, Leopoldo Zamora o Isidro Ibarra, fue uno de los promotores del centro republicano del suburbio. Su nombre aparece vinculado a distintas iniciativas republicanas, así como a suscripciones en Villa Constancia. En 1905 fue uno de los firmantes del manifiesto vecinal en denuncia de la catástrofe del Tercer Depósito y tomó parte en las posteriores protestas. En otoño de 1905 trabajó como interventor para la candidatura de Canuto González a concejal.

Vicente Daza (sin fechas). Zapatero anarcocomunista. Tuvo su vivienda en la Ciudad Lineal. Fue la principal figura del comunismo anarquista madrileño desde la década de los ochenta. Fue miembro del Círculo de Trabajadores de la calle Cabeza, donde coincidió con los libertarios de Tetuán. Con Ruiz y otros organizó el primer Primero de Mayo anarquista. A mediados de los noventa renegó de la acción directa y se dedicó a promover la creación de escuelas laicas. Accionista de la Compañía Madrileña de Urbanización. Escribió para *La Revista Blanca*, que el matrimonio Urales-Gustavo editaba en Cuatro Caminos. También destinó parte de su producción a la reflexión sobre el desarrollo urbanístico. En 1906 Ibarra y Nakens solicitaron su ayuda para esconder al fugitivo Morral, que venía de atentar contra los reyes de España, pero se encontraron con la negativa de Daza.

José Dumont (1855-sin fecha). Jornalero de Huerta del Obispo, una de las zonas más deprimidas de Tetuán. Partidario de la acción directa y la revolución, en la última década del siglo XIX y primera del XX fue una de las principales figuras del republicanismo del

extrarradio. Desempeñó prácticamente todos los cargos posibles en los comités republicanos de la barriada. Desplegó una intensa actividad anticlerical.

Fructuoso del Toro (1864-sin fecha). Tabernero de Cuatro Caminos. Llegó a la barriada en los años ochenta y se involucró en la vida de la comunidad. Fue organizador de festejos, tomó parte en comisiones de industriales y fue miembro, con Canuto González, de las ligas de comerciantes que trataron de alcanzar un concierto fiscal con el Ayuntamiento. Como consecuencia de esto último, en el verano de 1897, cuando se negociaba el arriendo del impuesto de consumos, su taberna fue saqueada por la multitud. A principios del siglo XX se asoció a los primeros círculos monárquicos que aparecieron en el suburbio. En 1905 promovió diversos actos de caridad con los afectados por el hundimiento del Tercer Depósito. En los años diez su nombre aparece vinculado al semanario local independiente *El Norte de Madrid*, relacionado con el Partido Liberal. En 1919 desaparece su rastro de la documentación.

Venancio Escudero (sin fechas). Petaquista de Cuatro Caminos. Republicano federal muy activo en las primeras décadas del siglo XX. Tuvo su vivienda en la calle Almansa 11. En 1907 presidió la junta que promovía la creación de escuelas laicas y en la cual figuraban también Canuto González y Eduardo Barriobero. El colegio terminó abriendo a finales de ese año en la calle Artistas. Aunque siempre se identificó como federal, militó a principios de los años diez, como otros federales de la barriada, en el Partido Radical, donde coincidió con Isidro Ibarra. Desempeñó distintos cargos al frente del centro radical de Cuatro Caminos, que abría todas las noches de 9 a 11 en un intento por adaptarse a las largas jornadas de trabajo de los vecinos de las afueras. En 1913 promovió distintas asambleas para lograr la unidad de todos los republicanos de la barriada, sin distinción de matices (llegó a afirmar que si las altas esferas no transigían, montarían un partido local autónomo). En 1914 participó en la movilización de los inquilinos de Cuatro Caminos en demanda de un mayor control a las prácticas abusivas de los caseros. A finales de la década de los diez regresó a la disciplina federal con otros militantes del suburbio como Teodoro García, José Forcén o Robustiano Reyes.

José Espadich (1851-sin fecha). Barbero en Tetuán. Anarquista. Vivió en distintas casas del arrabal (primero en el hogar de Pedro Moratilla, quien le reservó una habitación, después en el número 34 de la carretera de Francia). Participó en diversas actividades del grupo informal *La Revolución.* Fue conserje del Círculo de Trabajadores de la calle Cabeza. Distribuidor de prensa libertaria. Se vio salpicado por el atentado de Ruiz, pues tomó parte en una reunión con él y otros anarquistas de Tetuán dos días antes del ataque. Además, cooperó en la huida de Joaquín Luis Olbes, otro de los dinamiteros, a quien Espadich, hábil con las tijeras, ayudó a cambiar su aspecto para poder huir de la policía.

Bautista Fauró (1857-sin fecha). Jornalero. Republicano progresista. Desde los años ochenta vivió en el viejo arrabal de Tetuán. Trabajó por la unidad de los republicanos de

la barriada en las últimas décadas del siglo XIX. Participó en distintas actividades del ambiente revolucionario del suburbio: manifiestos, recogidas de firmas, suscripciones solidarias, etc.

José Fauró (sin fechas). Matarife. Republicano progresista. Hermano del anterior. Desde los años ochenta vivió en el viejo arrabal de Tetuán. Trabajó por la unidad de los republicanos de la barriada en las últimas décadas del siglo XIX. Participó en distintas actividades del ambiente revolucionario del suburbio: manifiestos, recogidas de firmas, suscripciones solidarias, etc.

Lucas Fernández (1857-sin fecha). Tendero de Cuatro Caminos. Fue un pionero del comercio en la barriada, donde tuvo dos negocios de comestibles, Punta Brava y Las Carolinas. Desde fecha muy temprana se implicó en la vida comunitaria del suburbio. Su nombre figura repetidas veces en comisiones vecinales y grupos promotores de festejos. En 1890 su vivienda fue sede circunstancial del partido republicano en la barriada. Junto con Canuto González, fue miembro de las ligas de industriales que buscaron negociar con el Ayuntamiento un concierto fiscal. En el verano de 1897, cuando el conflicto alcanzó su punto más álgido, sus establecimientos de comestibles fueron apedreados y saqueados por la multitud. En los años siguientes siguió tomando parte de actividades vecinales. En cuanto al activismo político, en esa época se advierte un paulatino alejamiento del republicanismo y una creciente toma de contacto con los círculos monárquicos que aparecieron en Cuatro Caminos a principios del siglo XX. Durante esos años se destacó como opositor a la ley de descanso dominical. En opinión de muchos tenderos de las afueras dicha ley dañaba gravemente la industria en Cuatro Caminos, que vivía, en buena medida, de las visitas y excursiones que los madrileños del centro hacían los festivos por la periferia. En 1905 promovió diversos actos de caridad con los afectados por el hundimiento del Tercer Depósito. En 1909 fue candidato a las elecciones municipales en una lista de comerciantes e industriales apoyada por los gremios de Madrid. No salió elegido. Su compañero de cartel, Juan Manuel García Miranda, sería años después importante cargo del Partido Maurista.

Antonio Fernández Hidalgo (sin fechas). Reportero católico que cubrió el conflicto desatado por las misiones jesuitas en Tetuán. Locuaz y cercano a posturas integristas dio la batalla discursiva a los vecinos librepensadores e irreverentes. Interesado en la recristianización de los suburbios, en 1892 fue uno de los fundadores del primer centro de obreros católicos de Madrid, el abierto en la calle Juan de Olías, en pleno barrio de Cuatro Caminos.

José Forcén (1884-sin fecha). Jornalero de Cuatro Caminos. Republicano. Tuvo su vivienda en distintos lugares del suburbio (primero en Lugo 20, luego en Cuenca 2). Aunque siempre se identificó como federal, militó a principios de los años diez, como otros federales de la barriada, en el Partido Radical. Estuvo muy implicado en la

organización de los republicanos de Cuatro Caminos. Sufrió un caso de abuso por parte de su casero que motivó una intensa protesta de inquilinos contra los propietarios especuladores, en favor de inspecciones en las casas de la barriada y en demanda de una reforma de la legislación referente al inquilinato. En 1913 firmó el manifiesto que los republicanos radicales del barrio hicieron para desautorizar a Lerroux y pidió el voto para la Conjunción. A finales de los años diez volvió a la disciplina federal.

Juana Gámiz (1854-sin fecha). Ama de casa de Tetuán. Junto con Francisco Ruiz formaba un matrimonio anarquista que dio mucho que hablar en aquella barriada. Algunos de sus hijos portaron nombres eminentemente políticos (Bakunin Ruiz, Felisa Redención, Palmira Ruiz). En los años ochenta capitaneó un grupo de mujeres anarquistas, librepensadoras y republicanas en Tetuán. Recogían firmas y enviaban manifiestos a la prensa revolucionaria, a veces por separado, a veces con los hombres. Habitual de los mítines en el suburbio. Participó en distintas suscripciones solidarias. Tras la autoinmolación de Francisco Ruiz en 1893 tuvo que sacar adelante ella sola su familia. En la primera década del siglo XX se editaba e imprimía el periódico libertario *Rebelión* en la misma dirección en que vivían Juana Gámiz y sus hijos (calle San Pedro, en el viejo arrabal de Tetuán).

Teodoro García (1879-sin fecha). Tabernero de Cuatro Caminos. Republicano federal. Tuvo su vivienda y su negocio en la calle Artistas. Desde su juventud estuvo implicado en asuntos del suburbio. Ya en 1903 fue uno de los organizadores de los festejos de la barriada. En 1907 su taberna fue pasto de las llamas en un terrible incendio que también afectó a viviendas colindantes. Teodoro se alzó como héroe colectivo al salvar la vida de varios de sus vecinos. En Cuatro Caminos se recogieron firmas para que se le concediera la Cruz de Beneficencia. En 1910 fue parte del grupo fundador de la escuela laica de la calle Artistas. En la década de los diez desplegó un activismo infatigable. A pesar de sus simpatías federales, como otros militantes del extrarradio, se integró en el Partido Radical. Junto con Venancio Escudero o José Forcén fue uno de los agitadores que desautorizó a Lerroux y pidió el voto para la Conjunción en 1914. Ese mismo año se embarcó en la movilización de los inquilinos del barrio contra las prácticas abusivas de los caseros y en demanda de una regulación de la subida de los alquileres. Como comerciante se asoció a otros de Cuatro Caminos y fundó una plataforma de defensa de los intereses mercantiles llamada La Viña. A finales de la década volvió a la disciplina federal. Siguió activo al menos hasta la llegada de la Dictadura de Primo de Rivera, momento en el que su rastro desaparece de la documentación.

Tiburcio García (1840-sin fecha). Jornalero de Cuatro Caminos. Republicano. Vivió recogido en casa de su hijo, Teodoro García, en la calle Artistas. Aunque de edad avanzada, participó en diversas acciones de los republicanos radicales y federales de la barriada durante las dos primeras décadas del siglo XX. Se involucró en el asociacionismo de inquilinos contra las prácticas abusivas de los caseros y solicitó la intervención de los poderes públicos para resolver el conflicto.

Timoteo García (sin fechas). Zapatero. Republicano federal. Anticlerical. A principios del siglo XX vivió en la calle Dulcinea 14, en la parte más antigua de Cuatro Caminos. En la primera década del siglo colaboró con Canuto González y otros vecinos en favor del establecimiento de escuelas racionalistas en la barriada. Desde ese momento y hasta los años veinte fue uno de los militantes más activos de Cuatro Caminos. Su nombre aparece una y otra vez en proclamas o juntas directivas de los distintos centros republicanos que hubo en la barriada. A pesar de sus simpatías federales, ingresó en el Partido Radical, donde tuvo algunos cargos de responsabilidad y trabajó codo con codo con Barriobero. En 1913 firmó el manifiesto que los republicanos radicales del barrio hicieron para desautorizar a Lerroux y pidió el voto para la Conjunción. También se implicó en el asociacionismo de inquilinos del suburbio.

Eusebio Gómez (1878-sin fecha). Jornalero de Cuatro Caminos. Republicano federal. Anticlerical. Tuvo su vivienda en la calle Artistas 10. A principios de la década de los diez desempeñó distintos cargos al frente del centro federal de la barriada. Fue promotor de escuelas racionalistas. Llevó su pasión política a su vida privada: en 1913 celebró el bautismo laico de su hija, a la que puso el nombre de Armonía. El acto, celebrado un viernes santo, fue muy comentado en Cuatro Caminos. Ese mismo año tomó parte en las asambleas de militantes del suburbio en favor de la unidad republicana desde la base, sin importar los apellidos ideológicos o lo que opinara la jefatura de cada partido. En 1914 se unió a la movilización de los inquilinos del suburbio contra los abusos de los caseros y en demanda de intervención de los poderes públicos en los alquileres. A finales de la década participó en diversas iniciativas federales.

Canuto González (1860-1907). Tabernero republicano afincado en Cuatro Caminos desde la infancia. Comenzó trabajando en la bodega de su yerno, donde fue ascendiendo peldaños en el oficio de servir, hasta que finalmente montó su propio merendero, llamado Villa Constancia. Desde su juventud se implicó en los asuntos del barrio: lideró las protestas contra la frontera fiscal, aleccionó a los tenderos de las afueras en defensa de sus derechos, organizó los festejos del suburbio y formó parte de las primeras asociaciones de vecinos de Cuatro Caminos. En representación de estas asociaciones Canuto se entrevistó en numerosas ocasiones con las autoridades urbanas, a las que presentó una y otra vez las demandas de infraestructuras y servicios de los habitantes de las afueras. A su vez, su merendero se convirtió en lugar de deliberación de asuntos del común. Allí se recogían fondos para causas colectivas, se firmaban peticiones vecinales y se organizaban mítines. Republicano convencido, fue promotor de escuelas laicas en Cuatro Caminos y figuró en distintas ocasiones al frente del centro instructivo de obreros de la barriada. Por todos estos méritos, para sus vecinos fue casi siempre un referente. Casi siempre, porque en 1897, en pleno enfrentamiento de los suburbios con el Ayuntamiento de Madrid a cuenta de la frontera fiscal y el impuesto de consumos, Canuto quiso entenderse con la administración que recaudaba dicho tributo y buscó enriquecerse con el mismo. Entonces despertó las iras de sus antiguos compañeros, que asaltaron su vivienda y celebraron un entierro ficticio del otrora popular tabernero. Poco duró esta

situación, pues Canuto dejó a un lado sus ansias de navegar en solitario y se sumó de nuevo al barco común del vecindario. En 1905 encabezó las algaradas en protesta por el hundimiento del Tercer Depósito, asunto que le llevó a pasar unos meses en prisión. Poco después se presentó candidato a concejal. No salió elegido. El voto en su favor en Cuatro Caminos fue tan rotundo como su falta de apoyos en el resto del distrito por el que se presentaba, Chamberí. Por su merendero desfilaron los principales espadas de la izquierda madrileña del momento y fue objeto de diversas persecuciones. Villa Constancia incluso fue uno de los puntos de refugio de Mateo Morral en su desesperada carrera por huir de Madrid tras el atentado contra los reyes de España. Murió a los 47 años de una pulmonía. Su entierro congregó una impresionante multitud.

Antonio Ibáñez (sin fechas). Jornalero. Librepensador. Vivió en Tetuán en los años ochenta y noventa del siglo XIX. Miembro del grupo informal *La Revolución*, tuvo un papel protagonista en el conflicto por la secularización del espacio público del suburbio. Tomó la palabra en mítines, instruyó a los suyos en conferencias (era tenido por un "obrero ilustrado" y autodidacta), participó en las manifestaciones en torno al cementerio civil y lideró, junto con Pedro Moratilla y Francisco Ruiz, los actos de boicot a las misiones jesuitas. Irreverente y pasional, siempre buscó la confrontación dialéctica con los religiosos, a los que retó una y otra vez a controversias públicas ante el vecindario. A principios de los noventa su rastro en la documentación se desvanece.

Isidro Ibarra (1868-1913). Jornalero, tipógrafo, inspector de tranvías, editor, tabernero. En sus primeros años fue federal. Después, anarcocomunista. Finalmente, republicano. Y siempre, anticlerical. Tuvo su vivienda en la calle Almansa 3, a escasos metros de la glorieta de Cuatro Caminos. Desde finales de los años ochenta del siglo XIX y hasta el momento de su muerte fue una figura central de la política del suburbio. Uno de los vecinos más famosos del extrarradio. En su juventud fue discípulo de Francisco Ruiz, al que conocía del barrio, y se movió por los ambientes anarquistas de Tetuán. Entonces abandonó el credo federal. No obstante, las fronteras entre las distintas familias políticas eran muy porosas. Participó en los actos librepensadores del grupo informal *La Revolución*. Colaboró con *La Anarquía* y fue enlace de diversas publicaciones libertarias en Madrid. Fue miembro destacado del Círculo de Trabajadores de la calle Cabeza y un orador habitual en sus mítines. Perseguido por la Justicia por delitos de imprenta, marchó a Sudamérica. Después viajó por Portugal y Galicia. Su nomadismo le llevó a conocer a importantes personalidades del anarquismo internacional como Errico Malatesta. En La Coruña, donde estaba organizando grupos anarquistas y se encargaba de la publicación de *El Corsario*, le sorprendió el atentado de Ruiz y compañía contra Cánovas (1893). Ibarra intercambiaba correspondencia frecuente con Ruiz, por lo que fue detenido y pasó algún tiempo en prisión. Tras estos sucesos Ibarra se alejó de las posturas más violentas del anarquismo y condenó los atentados. A finales de siglo abrió una taberna en la calle Almansa. En ella, además de servir bebidas, editó a algunos de los principales referentes intelectuales libertarios del momento como Ricardo Mella (1901). Pese a ello, el desembarco de Ibarra en el republicanismo era cada vez más evidente. En 1903 fue uno de los promotores del centro republicano de Cuatro Caminos junto con Canuto González

y Ricardo Yesares. Por aquellos años montó también el Grupo Obrero de la Federación Revolucionaria. Bajo distintas siglas, participó en multitud de mítines, iniciativas para el establecimiento de escuelas racionalistas, recogidas de firmas, suscripciones solidarias, etc. En abril de 1905 fue uno de los detenidos por organizar los disturbios que siguieron al hundimiento del Tercer Depósito. Como tal, volvió a pasar cierto tiempo en prisión. Un año después se vio involucrado en otro suceso de renombre. Ibarra, entonces inspector de tranvías, guio a José Nakens y Mateo Morral en su huida por la periferia tras el fallido atentado contra los reyes de España. Por ello volvió a visitar la prisión, donde afirmó haber sido torturado. En sus últimos años de vida militó en el Partido Radical. Nunca abandonó su pasión por los periódicos y la impresión. En 1910 editó la traducción de *Rabelais* al castellano a cargo de uno de sus más queridos correligionarios, Eduardo Barriobero. Poco después abandonó el suburbio y abrió una nueva taberna en la plaza de San Marcial. Falleció de una pulmonía en 1913. La prensa publicitó su entierro en el cementerio civil.

Ángel Jiménez Cantos (1859-sin fecha). Pintor de carros. Llegó a Tetuán en su más tierna infancia y allí forjó su carácter. Tuvo su vivienda en la calle Chamartín 3. Anarquista y miembro muy activo del grupo de librepensadores *La Revolución*. Fue hermano de José Nosti Cantos y Juan Nosti Cantos. Llevó a su vida personal su pasión política, pues puso a sus hijos los nombres de Arquímedes Jiménez y Giordano Bruno Jiménez. Amigo íntimo de Francisco Ruiz. Participó en todas las iniciativas revolucionarias habidas en Tetuán en los años ochenta y noventa del siglo XIX (tuvo un papel destacado en el conflicto por el cementerio civil). Fue socio del casino de Tetuán. Su prestigio saltó más allá de las fronteras del suburbio. Con Ruiz y otros militantes de las afueras fue una figura descollante del Círculo de Trabajadores de la calle Cabeza. Peroró en numerosos mítines libertarios y destacó como organizador sindical de las primeras sociedades obreras anarquistas de Madrid (fue delegado de la sección de pintores de coches). Fue promotor de la enseñanza laica. Participó en diversas suscripciones solidarias con presos anarquistas y con los ejecutados tras los sucesos de Jerez. En 1893 se vio indirectamente implicado en el atentado contra Cánovas, debido a su amistad y común militancia con Ruiz y el resto de dinamiteros. Por ello pasó cierto tiempo en prisión. A principios del siglo XX, y a pesar de su ideología anarquista, fue escogido juez municipal de Chamartín.

José Jiménez Martín (sin fechas). Jornalero. Tuvo su vivienda en las inmediaciones de la glorieta de Cuatro Caminos. Muy activo en las calles. Su nombre figura entre los protagonistas de los desórdenes antifiscales de 1897, que tuvieron como episodio estelar el asalto y saqueo de numerosos comercios. En 1905 participó en las protestas tras el hundimiento del Tercer Depósito en 1905.

Antonio Jiménez Peris (sin fechas). Vecino de Tetuán. Hermano del párroco que solicitó acudieran a la barriada las misiones jesuitas. En 1891, en pleno apogeo del conflicto por la secularización del espacio público, postuló al cargo de fiscal municipal en una

candidatura en la que le acompañaba como aspirante a juez Tomás Calle, notario de Chamartín.

Esteban Jiménez Peris (sin fechas). Párroco de Tetuán que solicitó acudieran a la barriada las misiones jesuitas. Por su cargo, tomó parte en las *guerras culturales* que vecinos anticlericales y religiosos sostuvieron en el arrabal en los años ochenta y noventa del siglo XIX.

Emeterio López (1850-sin fecha). Jornalero de Tetuán. Republicano y librepensador. Vivió en la entrada al suburbio, en el número 1 de la carretera, justo en el límite con Cuatro Caminos. Participó en diversas actividades del ambiente revolucionario de Tetuán en los años ochenta y noventa del siglo XIX. Cercano a Pedro Orallo, fue testigo de la inscripción civil de su hija Coalición Carmen Orallo.

Luis López de Castro (1856-sin fecha). Tipógrafo. Republicano. Llegó a Tetuán en 1883. Allí vivió en distintas casas del viejo arrabal (calle Santa Cecilia, primero, calle Santa María, después). Luis López de Castro conformó con Francisca Lugea un matrimonio de fuertes convicciones políticas. A finales del siglo XIX fue interventor y apoderado republicano en los comicios locales. A principios del siglo XX estuvo al frente de distintas iniciativas anticlericales y desempeñó distintos cargos en el círculo republicano de Tetuán.

Francisca Lugea (1848-sin fecha). Ama de casa. Republicana. Llegó a Tetuán en 1883. Allí vivió en distintas casas del viejo arrabal (calle Santa Cecilia, primero, calle Santa María, después). Francisca Lugea conformó con Luis López de Castro un matrimonio de fuertes convicciones políticas. En los años ochenta del siglo XIX fue parte de un grupo de mujeres anarquistas, librepensadoras y republicanas en Tetuán. Recogían firmas y enviaban manifiestos a la prensa revolucionaria, a veces por separado, a veces con los hombres.

Manuel Luhaces (1852-sin fecha). Tendero. Republicano. Llegó a Tetuán en 1880. Allí estableció su vivienda y su negocio en una de las primeras edificaciones de la carretera de Francia. Pronto se interesó por la vida política de la localidad. En 1888 fue uno de los fundadores, con Pedro Orallo y Pedro Moratilla, entre otros, del comité de coalición republicana de Tetuán. Sin derecho a voto por sus bajos ingresos, batalló por ser incluido en el censo electoral, cosa que finalmente consiguió en vísperas de las elecciones en las que Pedro Moratilla logró ser escogido concejal. Los republicanos sabían bien que en un arrabal como el de Tetuán la elección era cuestión de unos pocos votos.

Toribio Manzanares (1838-1905). Jornalero. Republicano progresista. A finales del siglo XIX estuvo afincado en el arrabal de Tetuán, donde participó de la boyante vida asociativa republicana. Firmó manifiestos, contribuyó con suscripciones y asistió a eventos. En algún momento se mudó con parte de su familia a Bravo Murillo 92, en Cuatro Caminos. A pesar de su avanzada edad trabajó hasta su muerte, que tuvo lugar el 8 de abril de 1905. Toribio era uno de los obreros empleados en la construcción de la techumbre del Tercer Depósito del Canal de Isabel II y, como tal, fue víctima del hundimiento. Aquel día también falleció su hijo Julián.

Teresa Mañé (1865-1939). Maestra, editora y escritora libertaria. Conocida como *Soledad Gustavo.* Una de las figuras más destacadas del anarquismo español de las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX. Su historia es sobradamente conocida. En lo que aquí nos interesa es preciso señalar que en los ochenta y noventa se codeó con algunos de los libertarios de las afueras como Francisco Ruiz, Isidro Ibarra o Vicente Daza. En la primera década del XX editó, junto con su marido, Juan Montseny, *Tierra y Libertad* y *La Revista Blanca* en su casa de los Cuatro Caminos. Ambos tuvieron relación con la escuela racionalista que ayudaron a montar, entre otros, Abelardo Saavedra y Canuto González. Su hija Federica Montseny, nacida en la periferia, llegaría a ser ministra de la República durante la Guerra Civil.

Guillermo Martín (sin fechas). Obrero de Tetuán. Participó en diversas actividades del ambiente librepensador de Tetuán a finales del siglo XIX. En 1890 enterró civilmente a su hijo Antonio. En un momento de máxima tensión entre los vecinos descreídos y las autoridades religiosas, el sepelio del pequeño Antonio se convirtió en una manifestación librepensadora.

Román Martín Urosa (1849-sin fecha). Comerciante y propietario del Juego de Pelota, principal punto de sociabilidad política de republicanos, anarquistas y librepensadores de Tetuán. Llegó al arrabal en 1878. En 1888 constituyó, junto con Pedro Moratilla o Pedro Orallo, el comité republicano sin distinción de matices de Tetuán. Participó activamente en las actividades de dicho comité y cedió el frontón de su propiedad para la celebración de infinidad de actos, como el de rechazo de las misiones jesuitas. En 1891 fue escogido concejal. Como edil centró su actividad en las obras públicas y el matadero municipal. A mediados de los noventa desaparece su rastro de la documentación.

Manuel Méndez (1851-sin fecha). Pescadero de Tetuán. Republicano. Fue elegido concejal en 1891. En el Ayuntamiento de Chamartín conformó, junto con Pedro Moratilla y Román Martín Urosa, un sólido bloque de oposición. Como edil se encargó de las cuestiones relacionadas con el cementerio civil en un momento en que la disputa entre librepensadores y religiosos estaba en su punto máximo de ebullición. Participó en mítines de rendición de cuentas de su trabajo como concejal ante los electores en el Juego de Pelota.

Mariano Minayo (sin fechas). Reportero. Vivió en Cuatro Caminos en el primer tercio del siglo XX. Tuvo su residencia en el número 2 de la calle Don Quijote. El edificio cobró cierta relevancia, pues fue uno de los inmuebles en que la propiedad llevó a cabo prácticas más abusivas para forzar el desalojo de los antiguos inquilinos y conseguir elevar la renta de los alquileres. Con sus denuncias Mariano Minayo capitaneó la lucha de los vecinos de Don Quijote 2. El conflicto no solo encontró una vía de resolución a través de la Justicia. El administrador de la propiedad también encontró algún tiro de revolver por parte de los inquilinos cuando acudió a coaccionarles para abandonar el inmueble.

Gregorio Molina (sin fechas). Vecino de Tetuán en el primer tercio del siglo XX. Estuvo muy implicado en los asuntos de la barriada, especialmente en aquellos relacionados con el transporte, elemento crucial para aquellos que no podían permitirse vivir en Madrid. En 1925, cansado de las prácticas abusivas de la Sociedad General de Autobuses, comenzó una campaña de propaganda y llevó a los tribunales a la empresa. Molina empapeló las calles de Tetuán con manifiestos contra las subidas de precios en los primeros autobuses de la mañana, precisamente aquellos que iban abarrotados de hombres y mujeres que se dirigían a sus lugares de trabajo. La Justicia le dio la razón.

Juan Montseny (1864-1942). Sindicalista y pedagogo libertario. Conocido como *Federico Urales*. Una de las figuras más destacadas del anarquismo español de las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX. Su historia es sobradamente conocida. En lo que aquí nos interesa es preciso señalar que en los ochenta y noventa se codeó con algunos de los libertarios de las afueras como Francisco Ruiz, Isidro Ibarra o Vicente Daza. En la primera década del XX editó, junto con su marido, Juan Montseny, *Tierra y Libertad* y *La Revista Blanca* en su casa de los Cuatro Caminos. Ambos tuvieron relación con la escuela racionalista que ayudaron a montar, entre otros, Abelardo Saavedra y Canuto González. Su hija Federica Montseny, nacida en la periferia, llegaría a ser ministra de la República durante la Guerra Civil.

Petra Montejo (1867-sin fecha). Ama de casa. Tuvo su vivienda en la calle Nuestra Señora del Carmen, en Huerta del Obispo, la zona más pobre de Tetuán. A finales del siglo XIX fue una de las más acerbas críticas de la negociación que algunos comerciantes del extrarradio entablaron con la administración que recaudaba el impuesto de consumos. En el verano de 1897 tuvo un papel determinante en las protestas contra el arriendo del impuesto. Lideró los grupos que penetraron en casa de Canuto González y otros tenderos favorables al concierto con el Ayuntamiento.

Vicente Morata (sin fechas). Carnicero de Tetuán. Apodado *El Guerrillero*. Junto con Canuto González, fue miembro de las ligas de industriales que buscaron negociar con el Ayuntamiento un concierto fiscal. En el verano de 1897, cuando el conflicto alcanzó su punto más álgido, su tienda fue saqueada por la multitud, ante lo cual Morata respondió

con disparos de pistola. La Guardia Civil impidió que fuera linchado por los grupos de vecinos.

Arquímedes Moratilla (1874-1936). Carpintero de Tetuán. Hijo de Pedro Moratilla. Republicano federal y librepensador. A rebufo de su padre y sus amigos, Arquímedes se movió en el ambiente revolucionario de Tetuán de finales de siglo. Su nombre aparece vinculado a algunos actos como mítines o suscripciones en favor de presos anarquistas. En la primera década de siglo emigró a Guecho, donde siguió vinculado a iniciativas políticas de izquierdas.

Pedro Moratilla (1838-1916). Electricista de Tetuán. Republicano federal y librepensador. Socio del Fomento de las Artes. Se estableció en el suburbio en 1874. Vivió con su mujer, Cipriana, y sus hijos, Luisa, Nieves, Petra y Arquímedes, en una casa baja de la calle Madrid, en el núcleo originario de Tetuán. Los primeros pasos de los Moratilla en las afueras no fueron fáciles, pero a la altura de 1887 Pedro por fin consiguió ser incluido en el censo de ciudadano con derecho a voto. Ese año fue escogido secretario escrutador en las elecciones municipales y desempeñó un papel fundamental para el triunfo de la candidatura de su compañero Juan Nogueras. En ese momento las huellas de su activismo no paran de crecer. En 1888 fue socio fundador del comité republicano de coalición de Tetuán. Al frente del mismo organizó mítines y charlas. En ese mismo momento constituyó el grupo *La Revolución*, espacio de encuentro de anarquistas, librepensadores y republicanos federales de la periferia. Se inmiscuyó en la lucha por un cementerio civil y participó en decenas de actos de afirmación anticlerical (bautismos laicos, marchas al cementerio, solicitudes de ampliación o visibilización del mismo, entierros civiles, mítines, conferencias, fundación de escuela racionalista, etc.). Fue la china en el zapato de los religiosos de las afueras. En 1889 fue escogido concejal del Ayuntamiento de Chamartín. Como edil se encargó de supervisar el matadero municipal, organizar las fiestas de la barriada o vigilar los precios del pan. Se hizo popular por los decomisos de pan adulterado que luego repartía entre los pobres. En 1890 lideró los grupos que boicotearon las misiones jesuitas en Tetuán. En 1891 sus hijas fueron las primeras vecinas de Tetuán en celebrar una boda civil. Como ya sucediera con otros eventos de la movilización laica auspiciada por Moratilla, sendos enlaces contaron con la presencia de la flor y la nata del librepensamiento madrileño: José Nakens, Damián Castillo, Nicolás Salmerón hijo, etc. En 1892 fue delegado en el Congreso Universal de Librepensadores. En 1893 se vio indirectamente implicado en el fallido atentado contra Cánovas del Castillo organizado por Francisco Ruiz y otros anarquistas de Tetuán. Moratilla era íntimo amigo de Ruiz y había estado con él en una reunión poco antes del atentado, por lo que pasó algún tiempo en prisión. Durante los noventa y la primera década del nuevo siglo mantuvo su activismo y participó como interventor o movilizador del voto en distintas citas electorales. Tampoco cejó en su compromiso con eventos librepensadores o en favor de la secularización de los servicios públicos. Su casa fue siempre una biblioteca de la revolución. A lo largo de su vida mantuvo contacto con grupos promotores de enseñanza racionalista de todo el país. También fue un escritor político autodidacta. Falleció en 1916.

Francisco Muñoz (1845-sin fecha). Sereno del arrabal de Tetuán. Librepensador. Fue miembro del grupo informal *La Revolución.* Como tal, participó en numerosas actividades anticlericales. En 1893 se vio implicado indirectamente en el fallido atentado contra Cánovas del Castillo organizado por Francisco Ruiz y otros anarquistas de Tetuán. Muñoz era íntimo amigo de Ruiz y había estado con él en una reunión poco antes del atentado, por lo que pasó algún tiempo en prisión. Además, ayudó en su huida a Joaquín Luis Olbes, otro de los dinamiteros. Tras el atentado sus huellas desaparecen de la documentación.

Rufino Muñoz (1855-sin fecha). Constructor de carros de Tetuán. Vivió en el jardinillo de la carretera de Francia, donde tenía su taller. A principios de los años noventa del siglo XIX se movió en el panorama anarquista-republicano-librepensador de Tetuán. Tuvo relación con algunos libertarios presos. Participó en diversas actividades del asociacionismo local. Los miembros más destacados del ambiente revolucionario del suburbio se reunieron en su casa el 18 de junio de 1893, dos días antes del fallido atentado de Francisco Ruiz contra Cánovas del Castillo, razón por la cual estuvo en el blanco de todas las miradas y pasó cierto tiempo en prisión.

Juan Nogueras (1853-sin fecha). Empleado de Tetuán. Republicano. Tuvo su vivienda en la calle San Martín, en el arrabal original de Tetuán. En los años ochenta del siglo XIX fue una de las principales figuras del comité republicano local. Colaborador de Pedro Moratilla. En 1887 fue escogido concejal del Ayuntamiento de Chamartín. Durante su tiempo como edil se preocupó especialmente por asuntos de urbanización, alumbrado público y alivio de la pobreza. Más adelante fue elegido juez municipal. Fue testigo del bautismo civil de la nieta de Pedro Moratilla.

José Nosti Cantos (sin fechas). Jornalero. Anarquista. Miembro muy activo del grupo de librepensadores *La Revolución*. Hermano de Juan Nosti Cantos y Ángel Jiménez Cantos. Amigo íntimo de Francisco Ruiz. Vivió en la calle San José 4, en el corazón del viejo arrabal de Tetuán, donde se familiarizó con las ideas revolucionarias desde joven. Participó en distintas suscripciones solidarias con presos libertarios. La falta de trabajo le llevó a emigrar a Cuba, desde donde se mantuvo al tanto de lo que hacían sus compañeros de Tetuán merced a la correspondencia. Debió de tener un papel relevante más allá de las fronteras del suburbio. En 1893 quiso haber acudido a la Conferencia Anarquista Internacional que se iba a celebrar en Chicago. La autoinmolación de Ruiz, a quien esperaba ver en dicho encuentro, le hizo cancelar sus planes.

Juan Nosti Cantos (1850-1891). Obrero de la Casa de la Moneda. Republicano. Miembro muy activo del grupo de librepensadores *La Revolución.* Hermano de José Nosti Cantos y Ángel Jiménez Cantos. Vivió en la calle San José 4, en el corazón del viejo arrabal de Tetuán. Horas antes de morir firmó ante sus correligionarios su deseo de ser

inhumado civilmente. Su entierro, que tuvo lugar en el momento álgido de la movilización en favor de la ampliación del cementerio civil (o su sustitución por uno de nueva planta), se convirtió en una enorme manifestación de pasión anticlerical.

Joaquín Luis Olbes (sin fechas). Estudiante de Farmacia. Anarcocomunista. Tuvo su vivienda en la calle Castillejos 6, en pleno arrabal de Tetuán. Participó en las actividades del grupo informal *La Revolución*. Junto con Francisco Ruiz, Nicolás Salmerón hijo y el federal madrileño Damián Castillo constituyó la sociedad de actos civiles *La Conciencia Libre*. Fue socio del Fomento de las Artes y escribió para *Los Monigotes* y *La Anarquía*. Fue traductor de textos anarquistas en francés. Activo propagandista en la barriada, tomó parte en la merienda en casa de Rufino Muñoz en la cual, según la policía, se planificó el atentado contra Cánovas del Castillo. Dos días después, acompañó a Francisco Ruiz y Francisco Suárez a la verja de la casa del antiguo presidente del Gobierno. Allí Ruiz trató de lanzar una bomba que le estalló en las manos y acabó con su vida. En ese momento Olbes emprendió la huida. Sus compañeros de Tetuán Francisco Muñoz y José Espadich le ayudaron a fugarse. Fue detenido cuando iba a coger un barco rumbo a América en Lisboa. Fue condenado a seis años de cárcel.

Pedro Orallo (1842-sin fecha). Fabricante de cuerdas en Tetuán. Republicano federal partidario de la acción directa. Tuvo su vivienda y su taller en la carretera de Francia. A finales de los años ochenta y principios de los noventa del siglo XIX fue una de las figuras más destacadas del ambiente republicano y librepensador del suburbio. Presidió el centro republicano de la localidad y tomó parte en infinidad de iniciativas en favor de la secularización de los servicios públicos de Tetuán. Como tal, fue autor de peticiones vecinales en demanda de la creación y ampliación del cementerio civil. Participó en mítines en el Juego de Pelota y en numerosas marchas a la necrópolis. Mantuvo un duro enfrentamiento con las autoridades municipales y religiosas después de que su hijo, no bautizado, fuera enterrado en el camposanto destinado a la inhumación de los católicos contra su propia voluntad. Igual que otros militantes de Tetuán, dio a sus hijos nombres cargados de mensaje político (Coalición Carmen Orallo y Emma Orallo – antes el juzgado le había denegado permiso para llamarlas República o Festividad). En 1895 fue miembro de la junta directiva del Fomento de Tetuán, una sociedad local dedicada a promover la mejora del suburbio y la instrucción de sus habitantes. A mitad de la década de los noventa su nombre desaparece de la documentación.

Silvestre Orozco (1846-sin fecha). Jornalero de Tetuán. Republicano progresista. Vivió en el número 11 de la calle San José, en pleno epicentro del arrabal. Trabajó por la unidad de los republicanos de la barriada en las últimas décadas del siglo XIX. Participó en distintas actividades del ambiente revolucionario del suburbio: manifiestos, recogidas de firmas, suscripciones solidarias, etc. Fue interventor republicano en diversas citas electorales de los años noventa.

Francisco Pérez (1853-sin fecha). Jornalero de Cuatro Caminos. Tuvo su vivienda en la calle Palencia 4, en la zona más antigua del barrio. Pagaba 6 pesetas de alquiler, uno de los alquileres más bajos del suburbio, que ya de por sí tenía las casas más humildes de toda la ciudad. Sensibilizado con el problema del inquilinato, tomó parte en las ligas de inquilinos que en la década de los diez presionaron a los caseros de Cuatro Caminos y solicitaron la intervención de los poderes públicos para que pusiera coto a las abusivas subidas de renta.

Antonio Pérez Morro (1897-sin fecha). Vendedor ambulante de Tetuán. Tuvo su vivienda en la calle Garibaldi. En 1922 su detención por la policía produjo unos disturbios entre vendedores ambulantes y representantes de la ley. Como tal fue detenido. En las declaraciones que él y sus compañeros prestaron durante la instrucción del caso se pudo apreciar un *ethos* irreverente con las autoridades, tenidas por extranjeras o ilegítimas para regular la vida callejera de la barriada.

Ángel Puech (1862-sin fecha). Tendero de Tetuán. Llegó con su familia a la barriada cuando solo tenía 3 años y terminó convirtiéndose en un personaje muy querido en el vecindario. A finales de siglo fue tesorero del Fomento de Tetuán, una sociedad local dedicada a promover la mejora del suburbio y la instrucción de sus habitantes. En los años diez, junto a otros setenta vecinos, aportó un pequeño capital para conseguir que Hidráulica Santillana surtiera de agua a Tetuán. A pesar de que tenía su vivienda en la antigua carretera de Francia, su pequeño negocio le permitió ahorrar lo suficiente como para comprar una finca en el límite occidental del suburbio, al final de la calle Marqués de Viana. Con el tiempo aquellos terrenos, parcelados, se convirtieron en las calles de Ángel Puech, Andrea Puech (su hija) y Vicente Olmos (su yerno) y, seguramente, también en un lugar de memoria para sus allegados.

Ramón Pulido (1867-1936). Pintor de la Real Academia de Bellas Artes. Socialmente, era una *rara avis* en el suburbio. Vivió en un hotelito en la calle Ávila, una de las más caras de Cuatro Caminos. Sus intereses como propietario le llevaron a involucrarse de lleno en la vida de la barriada. Fue fundador y presidente de diversas asociaciones de vecinos y a lo largo de los años produjo casi un centenar de cartas de queja por las pésimas condiciones en que se hallaba el extrarradio. En estos escritos, publicados frecuentemente en *El Liberal*, Pulido se centró en la escasa higiene del lugar, en la ausencia de escuelas públicas o en la necesidad de diseñar y ejecutar un plan de urbanización de la periferia. Cercano a distintas iniciativas católicas en la barriada, fue una persona de orden, un notable del suburbio. Actuó como benefactor e impulsor de festejos. Utilizó sus buenos contactos con la elite de la capital para conseguir que las autoridades hicieran visitas a la barriada y se comprometieran a destinar recursos a la misma. En la década de los diez fue uno de los organizadores del círculo liberal de Cuatro Caminos. En 1917 fue promotor del periódico local *Los Cuatro Caminos.* Ese mismo año se presentó candidato a concejal en la lista del conde de Romanones. Fue el más votado en los suburbios, pero apenas

dispuso de apoyo en el resto del distrito. A la altura de los años treinta aún seguía escribiendo peticiones en demanda de servicios e infraestructuras.

Robustiano Reyes (1879-sin fecha). Barbero. Tuvo su vivienda y su negocio en la glorieta de Cuatro Caminos. Participó en diversas iniciativas republicanas federales en las dos primeras décadas del siglo XX. Estuvo vinculado al desarrollo de escuelas laicas en la barriada. Se implicó en las ligas de inquilinos republicanos que presionaron a caseros y autoridades. Fue miembro de la asociación de vecinos del suburbio y se involucró en la organización de los festejos.

Gabriel Roa (1875-sin fecha). Jornalero. Vivió como realquilado en el número 11 de la calle Artistas. En 1897 se destacó entre los grupos que apedrearon y saquearon las tiendas de los comerciantes que buscaron un concierto fiscal con la administración que recaudaba el impuesto de consumos. Como tal fue detenido. Años después, en 1909, pidió el voto en las calles de la barriada para el Partido Conservador y trabajó como interventor de esa candidatura en los colegios electorales de Cuatro Caminos.

Agustín Romera (1836-sin fecha). Dependiente de comercio en Tetuán. Republicano progresista partidario de la acción directa. Decano del arrabal. Hermano de Andrés Romera. En las últimas décadas del siglo XIX desplegó una intensa actividad en comités y clubes republicanos del arrabal. En 1897, año caliente en el conflicto fiscal de los suburbios con la ciudad, fue juzgado por llamar "estafador" y "usurpador" al arrendatario de consumos. Participó en numerosos mítines republicanos. Fue interventor republicano en diversas ocasiones.

Andrés Romera (1835-sin fecha). Tablajero de Tetuán. Republicano progresista partidario de la acción directa. Decano del arrabal. Hermano de Agustín Romera. En las últimas décadas del siglo XIX desplegó una intensa actividad en comités y clubes republicanos del arrabal. En 1890, gracias a las presiones de Pedro Moratilla en el Ayuntamiento, entró en la junta local de primera enseñanza del suburbio, en la que siempre habían desempeñado un rol fundamental el párroco y los notables de Chamartín. Su entrada en dicho organismo (al que también accedió Juan Calvo Lé) permitió a los librepensadores de Tetuán establecer un contrapoder educativo en el momento de máxima tensión de las *guerras culturales* del suburbio. Participó en numerosos mítines republicanos. Fue interventor republicano en diversas ocasiones.

Francisco Ruiz (1848-1893). Tipógrafo. Decano del arrabal de Tetuán. Junto con Juana Gámiz conformó un matrimonio que dio mucho que hablar en aquella barriada. Algunos de sus hijos portaron nombres eminentemente políticos (Bakunin Ruiz, Felisa Redención, Palmira Ruiz). De joven fue federal y tomó parte en las revueltas cantonalistas. Después ingresó en las filas libertarias, entonces poco nutridas, donde destacó como eficaz

organizador y propagandista (Asamblea de Obreros Anarquistas, Círculo de Trabajadores de la calle Cabeza). Se codeó con lo más granado del movimiento libertario español de primera hora, como Serrano Oteiza o González Morago. Hizo viajes de propaganda por todo el país y estableció relaciones fluidas con los grupos colectivistas de Barcelona. Junto con otros sujetos de la periferia, como Vicente Daza, fue organizador del primer Primero de mayo anarquista. Participó en todas las iniciativas editoriales anarquistas de Madrid: *Revista Social*, *Bandera Social*, *Bandera Roja* y *La Anarquía*. Siempre de la mano de Ernesto Álvarez. Fue distribuidor de periódicos libertarios de toda España e incluso del extranjero. Mantuvo correspondencia fluida con exiliados y presos anarquistas. También colaboró con la prensa librepensadora, lo que le hizo trabar relación con José Nakens, Ramón Chíes o Fernando Lozano. En 1892 fue organizador del Congreso Universal de Librepensadores, celebrado en Madrid, donde coincidió con anticlericales, masones, republicanos y anarquistas de todo el mundo. En 1893 constituyó la sociedad de actos civiles La Conciencia Libre. Fue detenido en numerosas ocasiones. En Tetuán organizó junto con Pedro Moratilla y otros compañeros el grupo informal *La Revolución*. Fue mentor político del joven Isidro Ibarra. Tuvo un rol esencial en las *guerras culturales* en torno a la definición del espacio público del suburbio en los últimos años de la década de los ochenta y los primeros de la década de los noventa. Participó en infinidad de mítines, boicots a las misiones jesuitas, conferencias, bautismos laicos, etc. A pesar de su militancia anarquista, se involucró de lleno en las campañas electorales municipales de Moratilla y el resto de amigos republicanos. La policía lo tenía conceptuado como un "obrero ilustrado" sin inclinaciones hacia la violencia. De hecho, representó en Madrid las posturas más reacias a la acción directa. Pese a ello, en junio de 1893, junto con dos militantes más del suburbio, Francisco Suárez y Joaquín Luis Olbes, planificó atentar contra Cánovas del Castillo. Cuando Ruiz encendió la mecha del petardo, este le estalló en la mano. Ruiz murió. Para sus allegados comenzó entonces un largo penar entre el juzgado y la prisión.

Josefa Ruiz (sin fechas). Estudiante. Hija de Francisco Ruiz y Juana Gámiz, creció en un hogar antiautoritario. De pequeña fue una habitual en los mítines y actos políticos en el suburbio. En los años ochenta integró un grupo de mujeres anarquistas, librepensadoras y republicanas en Tetuán. Recogían firmas y enviaban manifiestos a la prensa revolucionaria, a veces por separado, a veces con los hombres. Participó en distintas suscripciones solidarias con presos libertarios.

Vicenta Ruiz (sin fechas). Estudiante. Hija de Francisco Ruiz y Juana Gámiz, creció en un hogar antiautoritario. De pequeña fue una habitual en los mítines y actos políticos en el suburbio. En los años ochenta integró un grupo de mujeres anarquistas, librepensadoras y republicanas en Tetuán. Recogían firmas y enviaban manifiestos a la prensa revolucionaria, a veces por separado, a veces con los hombres. Participó en distintas suscripciones solidarias con presos libertarios.

Victoria Ruiz (1870-sin fecha). Estudiante. Hija de Francisco Ruiz y Juana Gámiz, creció en un hogar antiautoritario. De pequeña fue una habitual en los mítines y actos políticos en el suburbio. En los años ochenta integró un grupo de mujeres anarquistas, librepensadoras y republicanas en Tetuán. Recogían firmas y enviaban manifiestos a la prensa revolucionaria, a veces por separado, a veces con los hombres. Participó en distintas suscripciones solidarias con presos libertarios.

Abelardo Saavedra (1860-1938). Pedagogo anarquista andaluz. A principios del siglo XX se instaló en la barriada de Cuatro Caminos donde se convirtió en profesor de la escuela laica libertaria La Educación del Porvenir, con sede en la calle Hernani 5. Colaboró, entre otros, con Canuto González e Isidro Ibarra, y ayudó a Eduardo Barriobero en sus traducciones de *Rabelais*. En Cuatro Caminos se convirtió en altavoz de la lucha de los inquilinos frente a los caseros especuladores y también predicó la huelga general revolucionaria. Escribió para *Tierra y Libertad*, periódico anarquista editado en el suburbio por Federico Urales y Soledad Gustavo. Tuvo numerosos sumarios judiciales abiertos por delitos de imprenta. Su actividad al frente de la escuela laica libertaria le ocasionó enfrentamientos con frailes de la barriada. Participó en un mitin en protesta por el hundimiento del Tercer Depósito. Un año después, en 1906, fue detenido tras el atentado de Mateo Morral. Realizó numerosas giras de propaganda por España y el extranjero. A finales de los años diez se instaló en Barcelona, donde vivió hasta su muerte, en 1938. Antes, en 1936, marchó voluntario al frente de Aragón.

Manuel Sáiz (sin fechas). Jornalero. Revolucionario. Vecino de Cuatro Caminos en el primer tercio del siglo XX. Bien relacionado con los ambientes anarquistas de la capital. En la primavera de 1921 fue acusado de acoger y proteger en su vivienda, ubicada en la calle Lérida, a Ramón Casanellas, asesino de Eduardo Dato. Casanellas había estado escondido previamente en otros rincones del suburbio. Cuando la policía llegó a casa de Sáiz, este trató de evitar la detención a balazos.

José Salvador (sin fechas). Vecino republicano. Vivió en Cuatro Caminos en las primeras décadas del siglo XX. Se involucró en las campañas republicanas en la barriada y participó en la movilización de los inquilinos contra los caseros especuladores y en demanda de una regulación de las tarifas de alquiler.

Cecilio San Pedro (1859-sin fecha). Jornalero. Tuvo su vivienda en la calle Oviedo. Pagaba uno de los alquileres más bajos del suburbio. Fue uno de los vecinos más activos tras el hundimiento del Tercer Depósito. Firmó el manifiesto incendiario que llamaba a la movilización en la barriada y se distinguió en los choques con la policía en la glorieta de Cuatro Caminos, donde cayó herido.

Manuel Sánchez Capuchino (sin fechas). Primer cura párroco de la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles, en Cuatro Caminos. Emprendió numerosas campañas de recristianización del suburbio y estuvo implicado en cuantas iniciativas hubo de crear centros de obreros católicos o escuelas que disputaran el espacio público a los colegios racionalistas. Amigo personal de Ramón Pulido, que pintó los frescos de la iglesia, se involucró también en distintas actividades comunitarias, especialmente las relativas a los festejos, ocasión de exhibición de los símbolos y el poder del catolicismo en la barriada.

Enrique Sanjurjo (sin fechas). Vecino de Cuatro Caminos en las primeras décadas del siglo XX. Republicano. Fue el impulsor por excelencia de escuelas laicas en la barriada tras la muerte de Canuto González. Colaboró con Eduardo Barriobero y presidió el centro republicano del suburbio (más adelante, en los diez, hizo lo propio con los centros de Conjunción). Su incesante actividad en favor de la enseñanza librepensadora le hizo tener distintos enfrentamientos con los elementos neocatólicos del barrio, que trataron de impedir la apertura de escuelas laicas coaccionando a los caseros de los colegios. Pese a ello, llegó a tener más de 200 alumnos matriculados por curso y promovió una intensa campaña anticlerical en las calles de Cuatro Caminos. Dejó huella de su labor en sus escritos y cartas de queja publicados por *El País.*

Carlos Santaella (sin fechas). Zapatero de Tetuán. Republicano progresista. Vivió en la carretera de Francia 32. Trabajó por la unidad de los republicanos de la barriada en las últimas décadas del siglo XIX. Participó en distintas actividades del ambiente revolucionario del suburbio: manifiestos, recogidas de firmas, suscripciones solidarias, etc.

Antonio Sanz (1886-sin fecha). Jornalero de Cuatro Caminos. Tuvo su vivienda en la calle Don Quijote 6, en la zona más antigua del barrio. Pagaba 7,50 pesetas de alquiler, uno de los alquileres más bajos del suburbio, que ya de por sí tenía las casas más humildes de toda la ciudad. Sensibilizado con el problema del inquilinato, tomó parte en las ligas de inquilinos que en la década de los diez presionaron a los caseros de Cuatro Caminos y solicitaron la intervención de los poderes públicos para que pusiera coto a las abusivas subidas de renta.

Baltasara Sanz (sin fechas). Verdulera. Tuvo su vivienda junto a la glorieta de Cuatro Caminos. A finales del siglo XIX fue una de las más acerbas críticas de la negociación que algunos comerciantes del extrarradio entablaron con la administración que recaudaba el impuesto de consumos. En el verano de 1897 tuvo un papel determinante en las protestas contra el arriendo del impuesto. Lideró los grupos que penetraron en casa de Canuto González y otros tenderos favorables al concierto con el Ayuntamiento.

Julián Sanz (1857-sin fecha). Comerciante de ultramarinos en Cuatro Caminos. Junto con Canuto González, fue miembro de las ligas de industriales que buscaron negociar con el Ayuntamiento un concierto fiscal. En el verano de 1897, cuando el conflicto alcanzó su punto más álgido, su tienda fue asaltada por la multitud. A principios de siglo XX se vinculó a los primeros círculos monárquicos que aparecieron en la barriada. En 1905 promovió diversos actos de caridad con los afectados por el hundimiento del Tercer Depósito.

Pablo Sanz (1864-sin fecha). Jornalero. Propietario de su propia vivienda en el número 4 de la calle Don Quijote. Estuvo involucrado en la vida comunitaria. Fue autor de cartas de queja y peticiones vecinales en demanda de servicios para la barriada. En particular, una de sus mayores preocupaciones fue la falta de luz y urbanización en algunas de las calles del núcleo originario de Cuatro Caminos.

Eleuterio Saornil (sin fechas). Dependiente de comercio y propietario. Republicano. Desde edad temprana se vio obligado a buscarse la vida como aprendiz en distintos comercios del centro de Madrid. Pasó su juventud a la sombra de patronos huraños y celosos de su escaso tiempo libre. Fue ahorrando un modesto caudal que, con el tiempo, le permitió comprar un solar en Cuatro Caminos, donde levantó su vivienda e intervino en la vida pública del extrarradio. Fue miembro de diferentes asociaciones de vecinos de la zona, montó y presidió una escuela laica, promovió actividades teatrales y fue autor de numerosas cartas de protesta por el abandono de Cuatro Caminos. Los temas que más le preocupaban eran la pobreza, el alcoholismo, los excesos policiales y la falta de agua. En 1913 fue candidato de la Conjunción Republicano-Socialista en las elecciones municipales, pero se quedó con la miel en los labios. Como pasara con Canuto González o Ramón Pulido, apenas fue votado fuera del suburbio. En 1917 volvió a probar suerte por la Alianza de Izquierda y esta vez sí logró alcanzar la concejalía. Desde ese momento su rastro en las afueras desaparece.

Santiago Serrano (1835-sin fecha). Tendero de Huerta del Obispo, una de las zonas más pobres de Tetuán. Destacó por su activismo republicano y anticlerical a finales del siglo XIX. En 1893 y 1897 fue elegido concejal del Ayuntamiento de Chamartín de la Rosa.

Jesús Simón (1876-sin fecha). Jornalero. Vivió en Hernani 9 con la familia de su hermana. Sensibilizado por la catástrofe del Tercer Depósito, tomó parte en los duros enfrentamientos que vecinos y policías sostuvieron en torno a la glorieta de Cuatro Caminos. Fue detenido y pasó varios meses en prisión como consecuencia de aquellos altercados.

Francisco Suárez (1841-sin fecha). Jornalero. Aunque habitó en Madrid, desarrolló su actividad política anarquista en Tetuán. Amigo personal de Francisco Ruiz. Fue repartidor

de *La Anarquía* y escritor de panfletos políticos de tono insurreccional. Fue miembro del Círculo de Trabajadores de la calle Cabeza y se codeó con lo más granado de la intelectualidad anarquista madrileña. Tenía contactos con libertarios de otros puntos de España y con los exiliados en Orán. En junio de 1893 acompañó a Francisco Ruiz y Joaquín Luis Olbes a lanzar una bomba contra la casa de Cánovas del Castillo. Fue detenido tras la explosión. Fue condenado a cinco años de prisión.

José Uguet (sin fechas). Vecino de Tetuán a finales del siglo XIX. Propietario de una pequeña parcela en el viejo arrabal. Fue el responsable de la construcción de sumideros y alcantarillas en las calles Madrid y San José.

José Vázquez (sin fechas). Platero de Cuatro Caminos. Republicano radical muy activo en la segunda década del siglo XX. Vivió en la calle Lugo. Propagandista. Desempeñó distintos cargos en las sociedades republicanas de la barriada. Además, fue promotor y tesorero de las escuelas laicas "Ciencia y Progreso", que tuvieron dos sedes en Cuatro Caminos (una para niñas, en Juan Pantoja 13, y otra para niños y adultos en Carolinas 7).

Ricardo Yesares (1883-sin fecha). Electricista y escritor bohemio. Republicano federal. Vivió en el número 16 de la calle Almansa. Fue miembro del grupo de bohemios *La Gente Nueva*, donde coincidió con Alejandro Sawa, Joaquín Dicenta, Mariano de Cavia, Ernesto Bark o los hermanos Baroja. Su nombre aparece vinculado a las principales iniciativas republicanas de Cuatro Caminos a principios del siglo XX. Fundó y presidió distintos clubes de obreros, llegó a ser maestro de una de las escuelas laicas que operaba en la barriada y tomó parte (e incluso fue represaliado por ello) en infinidad de mítines en distintos espacios del suburbio, como el Teatro Hernani o Villa Constancia. Fue asiduo colaborador de Canuto González e Isidro Ibarra. Su prestigio entre los federales de Madrid le llevó a presidir la junta federal de Chamberí. Fue uno de los detenidos por organizar los disturbios que siguieron al hundimiento del Tercer Depósito. Poco después colaboró en la campaña electoral de la frustrada candidatura a concejal de Canuto González. Junto al tabernero, tomó una cerveza con José Nakens y Mateo Morral la tarde que este huía de Madrid tras el atentado contra los reyes de España. Mantuvo su actividad republicana durante los años diez.

Leopoldo Zamora (1877-sin fecha). Jornalero republicano y anticlerical. Tuvo su casa en la calle Ticiano, donde pagaba uno de los alquileres más irrisorios del suburbio. Colaboró con Canuto en la organización del círculo republicano del vecindario. Orador fogoso y exaltado, tomó la palabra en diversos mítines en el merendero de su correligionario. En 1905 adquirió un rol protagonista en los disturbios tras el hundimiento del Tercer Depósito. Firmó el manifiesto de protesta, integró la manifestación de obreros que impuso el luto en los espacios de sociabilidad de las clases altas y arengó a los grupos en la glorieta de Cuatro Caminos poco antes de que chocaran con la policía. Por todo ello

pasó varios meses en prisión. En otoño de 1905 participó en la campaña electoral de Canuto González para concejal.

ARCHIVOS Y BIBLIOTECAS

Archivo de Villa de Madrid

- Estadística

- Secretaría

- Documentación del antiguo municipio de Chamartín de la Rosa (integrada en Secretaría)

Archivo Fotográfico Nuestra Señora del Recuerdo

Archivo Fundación Telefónica

Archivo General de la Administración

- Justicia

- Estudio Fotográfico Alfonso

Archivo General Militar de Madrid

- Orden Público

Archivo Histórico Nacional

- Gobernación

- Audiencia Territorial Criminal de Madrid

Archivo Regional de la Comunidad de Madrid

Biblioteca Digital de la Comunidad de Madrid

Biblioteca Digital Memoria de Madrid

Biblioteca Municipal de Madrid

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Regional de la Comunidad de Madrid

Biblioteca Pública Arús

Centre de Documentació Antiautoritari i Llibertari

Centro Documental de la Memoria Histórica

Fundación Anselmo Lorenzo

Fundación Pablo Iglesias

Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España

Hemeroteca Municipal de Madrid

Instituto Geográfico Nacional

Instituto Nacional de Estadística

Registro Civil de Madrid

PUBLICACIONES PERIODICAS

ABC

Ahora

Apéndice al Boletín del Ayuntamiento de Madrid

Arriba

Bandera Social

Bandera Federal

Boletín Oficial de la Provincia de Madrid

Boletín Oficial del Ayuntamiento de Madrid

Diario Universal

El Correo Militar

El Corsario

El Despertar

El Día

El Fusil

El Globo

El Heraldo de Madrid

El Imparcial

El Intransigente

El Liberal

El Mentidero

El Motín

El Norte de Madrid

El País

El Productor

El Pueblo Vasco

El Radical

El Siglo Futuro

El Socialista

El Sol

Gaceta de Madrid

Germinal

Gracia y Justicia

La Acción

La Anarquía

La Asociación

La Ciudad Lineal

La Conquista del Estado

La Correspondencia de España

La Correspondencia Militar

Las Dominicales del Libre Pensamiento

La Época

La Iberia

La Ilustración Española y Americana

La Justicia

La Libertad

La Luz

La Nación

La República

La Revista Blanca

La Révolte

La Tierra

La Tramontana

La Unión Católica

La Voz

Las Regiones

Los Cuatro Caminos

JONS

Mundo Gráfico

Norte Rojo

Nuevo Mundo

Rebelión

Tierra y Libertad

FUENTES CONTEMPORÁNEAS

ÁLVAREZ DE CÁNOVAS, Josefina: *Maribel. La niña de suburbios*, Madrid, Casimiro Morcillo, 1944.

ARTETA, Aurelio: *Plaza de Cuatro Caminos*, h. 1917-1919.

AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Lista de los señores concejales del Excmo. Ayuntamiento de esta M. H. Villa y Corte de Madrid constituido con los elegidos en noviembre de 1905 y mayo de 1909*, Madrid, Imprenta Municipal, 1909.

AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Guía de las vías públicas de Madrid*, Madrid, Imprenta Municipal, 1916.

AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Datos obtenidos del empadronamiento general de habitantes de diciembre de 1915*, Madrid, Imprenta Municipal, 1917.

AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Información sobre la ciudad. Año 1929. Memoria*, Madrid, Imprenta y Litografía Municipal, 1929.

AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Madrid: plano de sus vías públicas*, Madrid, Imprenta de las Artes Gráficas Municipales, 1934.

BAJATIERRA, Mauro: *Desde las barricadas. Una semana de revolución en España. Las jornadas de Madrid en agosto de 1917*, Tortosa, Monclús, 1918.

BAROJA, Pío: *La dama errante*, Madrid, Caro Raggio, 2008.

BAROJA, Pío: *Aurora roja*, Madrid, Cátedra, 2011.

BERNALDO DE QUIRÓS, Constancio, LLANAS AGUILANIEDO, José María: *La mala vida en Madrid. Estudio psicosociológico con dibujos y fotografías del natural*, Madrid, Rodríguez Sierra, 1901.

BLASCO IBÁÑEZ, Vicente: *La horda*, Valencia, Barataria, 2013.

BRAVO RAMÍREZ, José, LEÓN PERALTA, Alberto: *Escasez, carestía e higiene de la vivienda en Madrid*, Madrid, Imprenta Municipal, 1926.

BUXADÉ, José: *España en crisis. La bullanga misteriosa de 1917*, Barcelona, Bauzá, 1917.

CAÑADA, Facundo: *Plano de Madrid y pueblos colindantes al empezar el siglo XX*, Madrid, 1900.

Causa contra Mateo Morral, Francisco Ferrer, José Nakens, Pedro Mayoral, Aquilino Martínez, Isidro Ibarra, Bernardo Mata y Concepción Pérez Cuesta: 1906-1909, Madrid, Sucesores de J. A. García, 1911.

CHICOTE, César: *La vivienda insalubre en Madrid. Memoria presentada al Excmo. Sr. Vizconde de Eza*, Madrid, 1914.

Comisión extraparlamentaria para la transformación del impuesto de consumos, Madrid, Sucesora de Minuesa de los Ríos, 1906.

DE CARVAJAL Y HUE, José: *Los anarquistas en Madrid. Informe oral en las sesiones del jurado de 30 de diciembre de 1893 y 2 de enero de 1894*, Madrid, Imprenta de Aleu y Compañía, 1894.

DE CASTRO, Carlos María: *Ensanche de Madrid. Anteproyecto. Plano general de la zona de Ensanche y del emplazamiento y distribución del nuevo caserío*, 1857.

DE CASTRO, Carlos María: *Memoria descriptiva del Ante-Proyecto de Ensanche de Madrid*, Madrid, Imprenta de José de la Peña, 1860.

DE RÉPIDE, Pedro: *Las calles de Madrid*, Madrid, La Librería, 1995.

El asesinato de D. José Canalejas. Nueva información y juicio sobre el atentado anarquista, por los alumnos de Antropología Criminal de la Universidad de Madrid, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Juan Pérez Torres, 1912.

Escritura de arrendamiento por dos años económicos y lo que resta del presente, de los derechos de consumos y arbitrios municipales de esta capital, otorgada en 28 de agosto de 1897 por el Excmo. Sr. D. Joaquín Sánchez de Toca y Calvo, Madrid, Imprenta Municipal, 1897.

Expediente instruido en el Excmo. Ayuntamiento de Madrid sobre el arriendo de la cobranza del impuesto de consumos en el término municipal, Madrid, Imprenta y Litografía Municipal, 1897.

GARCÍA CORTÉS, Mariano: *Diversas medidas para paliar los efectos de la crisis de la vivienda y de trabajo en Madrid*, Imprenta Municipal, Madrid, 1922.

GOEBBELS, Joseph: *La conquista de Berlín*, Buenos Aires, Castella, 1975.

GONZÁLEZ E IRIBAS, Álvaro: *Guía práctica de Madrid*, Madrid, R. Velasco, 1906.

GUTIÉRREZ SOLANA, José: *Madrid. Escenas y costumbres*, Madrid, Trieste, 1984.

HERMOSO DE MENDOZA, Antonio: *Monografía Geográfico-Histórica de Chamartín de la Rosa*, Madrid, 1929.

IBÁÑEZ DE IBERO, Carlos: *Plano parcelario de Madrid*, Madrid, Instituto Geográfico y Estadístico, 1874.

INSTITUTO DE REFORMAS SOCIALES: *Encarecimiento de la vida durante la Guerra. Precios de las subsistencias en España y en el extranjero, 1914-1918*, Madrid, Sobrinos de M. Minuesa, 1918.

JARDIEL PONCELA, Enrique: *Amor se escribe sin H: novela casi cosmopolita*, Buenos Aires, Editorial Juventud, 1956.

LADERA: *Fechas de sangre. Dos semanas de anarquía en España. Historia, comentarios y sucesos culminantes de la rebelión de 1909 y de la huelga general revolucionaria de 1917*, Madrid, Renacimiento, 1917.

LORENZO, Anselmo: *El proletariado militante. Memorias de un internacional*, Madrid, Solidaridad Obrera, 2005.

MAURA, Gabriel, FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor: *Por qué cayó Alfonso XIII*, Madrid, Alderabán, 1999 [1947].

MORALES PARRA, Félix: *Tetuán de las Victorias*, Madrid, Gráficas Onofre Alonso, 1960.

NÚÑEZ GRANÉS, Pedro: *Vías públicas del Interior, Ensanche y Extrarradio. Memoria relativa a los trabajos efectuados en dichas vías los años 1904 y 1905*, Madrid, Imprenta Municipal, 1906.

NÚÑEZ GRANÉS, Pedro: *Proyecto de urbanización del extrarradio de dicha Villa*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1910.

NÚÑEZ GRANES, Pedro: *Plano de Madrid y su término municipal*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1910.

NÚÑEZ GRANÉS, Pedro: *El problema del Extrarradio de dicha Villa desde los puntos de vista técnico, económico, administrativo y legales*, Madrid, Imprenta Municipal, 1920.

Plano de Chamartín de la Rosa, 1885.

Reglamento provisional para la administración y exacción del impuesto de consumos, Madrid, Imprenta y Litografía Municipal, 1896.

SABORIT, Andrés: *La huelga de agosto de 1917*, México, Pablo Iglesias, 1967

SENDER, Ramón J.: *Siete domingos rojos*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2005.

SIMMEL, Georg: *El individuo y la libertad (Ensayos de crítica de la cultura)*, Barcelona, Península, 1986.

SOLDEVILLA, Fernando: *Tres revoluciones (apuntes y notas). Las Juntas de defensa. La Asamblea parlamentaria. La Huelga general*, Madrid, Imprenta y Encuadernación de Julio Cosano, 1917.

VALLINA, Pedro: *Mis memorias*, Madrid, Libre Pensamiento, 2000.

WIRTH, Louis: "El urbanismo como modo de vida", en VV. AA.: *Antología de sociología urbana*, México D. F., Universidad Nacional Autónoma de México, 1988 (1938), pp. 162-183.

ZAMACOIS, Eduardo: *El seductor*, Madrid, Renacimiento, 1916.

ZAMACOIS, Eduardo: *Punto negro*, Barcelona, Ramón Sopena Editor 1920.

BIBLIOGRAFÍA

ALDAVE, Esther: *Violencia y sociedad en Pamplona (1876-1936)*, Tesis Doctoral, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2019.

ALPUENTE, Moncho: "Orgullo de casta", *El País*, 16 de marzo de 1994.

ÁLVAREZ JUNCO, José: *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 1976.

ÁLVAREZ JUNCO, José, PÉREZ LEDESMA, Manuel: "Historia del movimiento obrero. ¿Una segunda ruptura?", *Revista de Occidente*, 12 (1982), pp. 19-42.

ÁLVAREZ JUNCO, José (comp.): *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1987.

ÁLVAREZ JUNCO, José: *El Emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Madrid, RBA Libros, 2011.

ÁLVAREZ TARDÍO, Manuel, DEL REY, Fernando (eds.): *El laberinto republicano. La democracia española y sus enemigos (1931-1936)*, Barcelona, RBA, 2012.

ANCHORENA, Óscar: "La geografía republicana en Madrid, 1875-1890. Movilización política, organización y espacio urbano", en ALDEA, José Manuel, LÓPEZ, Carmen, ORTEGA, Paula, DE SOTO, María de los Reyes, VICENTE, Francisco José: *Los lugares de la Historia*, vol. 3, Salamanca, Antema, 2013, pp. 363-388.

ANCHORENA, Óscar: "La redacción militante: el papel de los periodistas en el republicanismo madrileño a comienzos de la Restauración (1874-1885)", en CABALLERO, José Antonio, MÍNGUEZ, Raúl, RODRÍGUEZ-FLORES, Vega (coords.): *Culturas políticas en la contemporaneidad: discursos y prácticas desde los márgenes a las elites*, Valencia, Universitat de València, 2015, pp. 79-83.

ANCHORENA, Óscar: *El republicanismo en Madrid. Movilización política y formas de sociabilidad, 1874-1923*, Tesis Doctoral, Madrid, UAM, 2019.

ANDERSON, Benedict: *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

ANDERSON, Perry: *The H-Word. The Peripeteia of Hegemony*, Londres, Verso Books, 2017.

ANDREU, Xavier: "'El pueblo y sus opresores': populismo y nacionalismo en la cultura política del radicalismo democrático, 1844-1848", *Historia y Política*, 25 (2011), pp. 65-91.

ARÓSTEGUI, Julio: *Largo Caballero. El tesón de la quimera*, Madrid, Debate, 2013.

ARTOLA, Miguel: *El fin de la clase ociosa. De Romanones al estraperlo, 1900-1950*, Madrid, Alianza, 2015.

AVILÉS, Juan: *La daga y la dinamita. Los anarquistas y el nacimiento del terrorismo*, Barcelona, Tusquets, 2013.

AVILÉS, Juan: "El terrorismo anarquista como propaganda por el hecho: de la formulación teórica a los atentados de París, 1877-1894)", *Historia y Política*, 21 (2019), pp. 169-190.

AVILÉS, Juan, HERRERÍN, Ángel (eds.): *El nacimiento del terrorismo en Occidente. Anarquía, nihilismo y violencia revolucionaria*, Madrid, Siglo XXI, 2008.

AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Memoria de mujeres en el callejero*, s.f.

BAKER, Edward: *Madrid cosmopolita. La Gran Vía, 1910-1936*, Madrid, Marcial Pons, 2009.

BAKER, Keith Michael: *Inventing the French Revolution. Essays on French Political Culture in the Eighteenth Century*, Cambridge, CUP, 1990.

BARRETO VARGAS, Carmen Marina: *El carnaval de Santa Cruz de Tenerife: un estudio antropológico*, Tesis Doctoral, Santa Cruz de Tenerife, Universidad de la Laguna, 1993.

BASCUÑÁN, Óscar: *Protesta y supervivencia. Movilización y desorden en una sociedad rural: Castilla La Mancha 1875-1923*, Valencia, Centro Francisco Tomás y Valiente, 2008.

BASCUÑÁN, Óscar: "Justicia popular. El castigo de la comunidad en España, 1895-1923", *Hispania*, 263 (2019), pp. 699-725.

BAUMAN, Zygmunt: *La posmodernidad y sus descontentos*, Madrid, Akal, 2001.

BEASCOECHEA, José María, OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *Las nuevas clases medias urbanas. Transformación y cambio social en España, 1900-1936*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2015.

BEIK, William: *Urban Protest in Seventeenth Century France*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

BEIK, William: "Violence of the French Crowd from Charivari to Revolution", *Past and Present*, 197 (2007), pp. 75-110.

BERNALTE VEGA, Francisca: "Bandera Social. Semanario anárquico colectivista" en CASTILLO, Santiago, OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *Prensa obrera en Madrid, 1855-1936*, Madrid, Alfoz, 1987, pp. 183-155.

BERNALTE VEGA, Francisca: *La cultura anarquista en la República y la Guerra Civil. Los Ateneos Libertarios en Madrid*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1991.

BERSTEIN, Serge: "L'historien et la culture politique", *Vingtième siècle*, 35 (1992), pp. 67-77.

BERSTEIN, Serge: "La cultura política", en RIOUX, Jean Pierre, SIRINELLI, Jean François (eds.): *Para una historia cultural*, México, Taurus, 1997, pp. 389-407.

BONET, Antonio (ed.): *Plan Castro*, Madrid, Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, 1978.

BORDERÍAS, Cristina: "La reconstrucción de la actividad femenina en Cataluña circa 1920", *Historia Contemporánea*, 44 (2012), pp. 17-47.

BOURDIEU, Pierre: *El sentido práctico*, Madrid, Taurus, 1991.

BOURDIEU, Pierre: *Razones prácticas. Sobre la Teoría de la Acción*, Barcelona, Anagrama, 1997.

BOURDIEU, Pierre: *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1998.

BOURDIEU, Pierre: *Homo Academicus*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2008.

BRANDIS, Dolores, MAS, Rafael: "La Ciudad Lineal y la práctica inmobiliaria de la Compañía Madrileña de Urbanización, 1894-1931", *Ciudad y Territorio*, 3 (1981), pp. 41-76.

BRODIE, Marc: "«Jaunty individualists» or labour activists? Costermongers, trade unions, and the politics of the poor", *Labour History Review*, 66 (2001), pp. 147-164.

BRUNET, Jean Paul: *Saint-Denis la ville rouge, 1890-1939*, París, Hachette, 1980.

BURGOS NÚÑEZ, Alejandro: "El desastre del Tercer Depósito, cien años después", *Revista de Obras Públicas*, 3458 (2005), pp. 25-48.

BURGUERA, Mónica: "La política de los paisajes campesinos en la ciudad: mujeres, niños y resistencia familiar en la Valencia de la segunda mitad del siglo XIX" en BURGUERA, Mónica, SCHMIDT-NOVARA, Christopher (eds.): *Historias de España Contemporánea: cambio social y giro cultural*, Valencia, Publicaciones de la Universitat de València, 2008, pp. 81-114.

BURLEIGH, Michael: *Poder terrenal. Religión y política en Europa de la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial*, Madrid, Taurus, 2005.

BUTLER, Judith: *Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea*, Barcelona, Espasa, 2017.

CABRERA, Miguel Ángel: *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Madrid, Cátedra, 2001.

CABRERA, Miguel Ángel: *Postsocial History. An Introduction*, Maryland, Lexington Books, 2004.

CABRERA, Miguel Ángel, DIVASSÓN, Blanca, DE FELIPE, Jesús: "Historia del movimiento obrero. ¿Una nueva ruptura?", en BURGUERA, Mónica, SCHMIDT-NOWARA, Christopher (eds.): *Cambio social y giro cultural*, Valencia, PUV, 2008, pp. 45-80.

CABRERA, Miguel Ángel: "La investigación histórica y el concepto de cultura política", en Manuel PÉREZ LEDESMA, María SIERRA (eds.): *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, IFC, 2010, pp. 19-85.

CAGIAO, Jorge (coord.): *Desde los márgenes. Culturas políticas de izquierda en la España contemporánea*, Granada, Comares, 2018.

CANAL, Jordi, MORENO LUZÓN, Javier (eds.): *Historia cultural de la política contemporánea*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010.

CARBAJOSA, Pablo, CARBAJOSA, Mónica: *La corte literaria de José Antonio*, Barcelona, Crítica, 2003.

CARBALLO, Borja: *El Ensanche Este. Salamanca-Retiro 1860-1931. El Madrid burgués*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2015.

CARBALLO, Borja, PALLOL, Rubén, VICENTE, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Ediciones Complutense, 2008.

CARBALLO, Borja, PALLOL, Rubén, VICENTE, Fernando: "Oferta de vivienda de alquiler en el Madrid del primer tercio del siglo XX", en DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel, ORTEGA SANTOS, Antonio, MARTÍNEZ MARTÍN, Manuel (eds.): *Ciudad y modernización en España y México,* Granada, Universidad de Granada, 2013, pp. 161-180.

CARRETERO, José Luis: *Eduardo Barriobero. Las luchas de un jabalí*, Móstoles, Queimada Ediciones, 2017.

CASQUETE, Jesús: "Vecinos a muerte. S.A. y violencia política en Berlín-Kreuzberg, 1929-1933", *Historia y Política*, 33 (2015), pp. 155-182.

CASTILLO, Santiago: "La irrupción en sociedad de la agrupación socialista madrileña", en BAHAMONDE, Ángel, OTERO, Luis Enrique (eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, 2 vols., Madrid, Alfoz-Comunidad Autónoma de Madrid-UCM, 1986, pp. 35-69.

CASTILLO, Santiago: "El socialismo madrileño hace un siglo. Un anhelo de reforma", *Arbor*, 666 (2001), pp. 411-430.

CASTRO, Demetrio: “Protesta popular y orden público: los motines de consumos”, en GARCÍA DELGADO, José Luis (ed.): *España entre dos siglos, 1875-1931. Continuidad y cambio,* Madrid, Siglo XXI, 1991, pp. 109-123.

CASTRO, Demetrio: “Sobre líderes, elites y cultura(s) política(s)”, *Ayer,* 65, 2010, pp. 295-313.

CEFAÏ, Daniel: “Otro enfoque de la cultura política. Repertorios de identidad y marcos de interacción, formatos narrativos de los acontecimientos públicos, regímenes de negociación y arreglos sindicales”, *Foro Internacional*, 147 (1997), pp. 150-162.

CEJUDO, Juan: “Síntesis de la biografía de Fermín Salvochea”, *CNT Puerto Real*, 2012.

CHARTIER, Roger: *Espacio público, crítica y desacralización. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*, Barcelona, Gedisa, 2003.

CHASE, Malcolm: “Popular politics”, en BROWN, David, CROWCROFT, Robert, PENTLAND, Gordon (eds.): *The Oxford Handbook of Modern British Political History, 1800-2000*, Oxford, Oxford University Press, 2018, pp. 48-66

CHAUNCEY, George: *Gay New York. Gender, Urban Culture and the Making of the Gay Male World, 1890-1940*, Nueva York, Basic Books, 1994.

CHEVALIER, Louis: *Classes laborieuses et clases dangereuses à Paris pedant la première moitié du XIX siècle*, París, Plon, 1958.

CHEVALIER, Louis: *Montmartre du plaisir et du crime*, París, La Fabrique, 1980; Dominique KALIFA: *Crime et culture au XIX siècle*, París, Perrin, 2005.

CHURCHILL, David: “«I am just the man for Upsetting you Bloody Bobbies»: popular animosity towards the police in late nineteenth century Leeds”, *Social History*, 39 (2014), pp. 248-266.

CLARK, Christopher, KAISER, Wolfram (coords.): *Culture Wars. Secular-Catholic Conflict in Nineteenth Century Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.

CORBIN SIES, Mary: “North American Suburbs, 1880-1950. Cultural and Social Reconsiderations”, *Journal of Urban History*, 27, 3, 2001, pp. 313-346.

CORDERO GÓMEZ, José Ignacio: *La obra literaria de Eduardo Zamacois*, Madrid, Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense de Madrid, 2007.

COUDROY DE LILLE, Laurent: “Los ensanches españoles vistos desde fuera: aspectos ideológicos de su urbanismo” en VV. AA.: *Cerdá y su influjo en los ensanches de poblaciones*, Madrid, Ministerio de Fomento, 2004.

CRAMER, Kathy: *The Politics of Resentment. Rural Consciousness in Wisconsin and the Rise of Scott Walker*, Chicago, University of Chicago Press, 2016.

CRONIN, James E.: “Labor Insurgency and Class Formation. Comparative Perspectives on the Crisis of 1917-1920 in Europe”, *Social Science History*, 4 (1980), pp. 125-152.

CRUZ, Rafael: “La cultura regresa al primer plano”, en CRUZ, Rafael, PÉREZ LEDESMA, Manuel (coords.): *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 13-34.

CRUZ, Rafael: *Repertorios. La política de enfrentamiento en el siglo XX*, Madrid, CIS, 2008.

CRUZ, Rafael: *Protestar en España, 1900-2013*, Madrid, Alianza, 2015.

CRUZ ARTACHO, Salvador: *Caciques y campesinos. Poder político, modernización agraria y conflictividad rural en Granada 1890-1923*, Madrid, Ediciones Libertarias-Ayuntamiento de Córdoba, 1994.

DARNTON, Robert: *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

DARNTON, Robert: *Los best sellers prohibidos en Francia antes de la revolución*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008.

DARNTON, Robert: *Censores trabajando. De cómo los Estados dieron forma a la literatura*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014.

DAVIS, Natalie Z.: *El regreso de Martin Guerre*, Madrid, Akal, 2013.

DE DIEGO, Javier: “Ramón Chíes (1845-1893), librepensamiento y cultura en la España de la Restauración”, en CASAS, José Luis, DURÁN, Francisco (coords.): *Historia y biografía en la España del siglo XX: II Congreso sobre el republicanismo*, Córdoba, Patronato Niceto Alcalá Zamora, 2003, pp. 441-460.

DE DIEGO, Javier: "El concepto de cultura política en ciencia política y sus implicaciones para la historia", *Ayer*, 61 (2006), pp. 233-266.

DE DIEGO, Javier: *Imaginar la República. La cultura política del republicanismo español, 1876-1908*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008.

DE FELIPE, Jesús: *Trabajadores. Lenguaje y experiencia en la formación del movimiento obrero español*, Murcia, Genueve, 2013.

DE LA CRUZ, Luis: “Librepensadores y anarquistas de Tetuán en el Madrid de la Restauración: juntos y revueltos”, *Tetuán Combativo*, 2015.

DE LA CRUZ, Luis: “Lo que las fiestas de Bellas Vistas y Cuatro Caminos de hace un siglo nos cuentan de un barrio en construcción”, *Tetuán Combativo*, 2017.

DE LA CRUZ, Luis: “¡Vivan los anarquistas! Niños jugando con bombas y lucha por la ciudad”, *Ser Histórico. Portal de Historia*, 2017.

DE LA CRUZ, Luis: “Entre el ocio y la reivindicación: las jiras socialistas del Primero de Mayo en la Dehesa de la Villa (Madrid)”, *Ser Histórico*, 2019.

DE LA CRUZ, Luis: “La periferia urbana madrileña: algo más que un ámbito subsidiario de la ciudad. Reconstruyendo su identidad (1868-1917)”, en BLASCO, Sandra, ADÁN, Carlos, BERMÚDEZ, Alfonso (eds.): *Identidades en transición*, Zaragoza, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Zaragoza, 2019, pp. 536-572.

DE LA CRUZ, Luis: “Política de merendero y descampado. La construcción social del extrarradio madrileño”, en MORENO, Mónica, FERNÁNDEZ, Rafael, GUTIÉRREZ, Rosa Ana (eds.): *Del siglo XIX al XXI. Tendencias y debates*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2019, pp. 1085-1098.

DE LA CRUZ, Luis: “Los motines por el arriendo de consumos en 1897”, texto inédito.

DE LA CRUZ, Luis: “Mera, hombre de las afueras”, texto inédito.

DE LA CUEVA, Julio: *Clericales y anticlericales. El conflicto entre confesionalidad y secularización en Cantabria (1875-1923),* Santander, Universidad de Cantabria, 1994

DE LA CUEVA, Julio: “Movilización política e identidad anticlerical, 1898-1910”, *Ayer*, 27 (1997), pp. 101-126.

DE LA CUEVA, Julio: “Cultura y movilización en el movimiento católico de la Restauración (1899-1913)”, en Manuel SUÁREZ CORTINA (coord.): *La cultura española en la Restauración,* Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1999, pp. 169-192

DE LA CUEVA, Julio: “Católicos en la calle: la movilización de los católicos españoles, 1899-1923”, *Historia y Política*, 3 (2000), pp. 55-80.

DE MATEO, Elías: “Apogeo del clericalismo a principios del siglo XX. El caso de Málaga”, *Ayer*, 27 (1997), pp. 127-148.

DE MIGUEL, Santiago: *Madrid, los retos de la modernidad. Transformación urbana y cambio social (1860-1931),* Tesis Doctoral, Madrid, UCM, 2015.

DE MIGUEL, Santiago: “La Unión Republicana en el corazón de la monarquía. El triunfo electoral de 1903”, *Historia Contemporánea*, 53 (2016), pp. 553-591.

DE MIGUEL, Santiago: *Madrid, sinfonía de una metrópoli europea*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2016.

DE MIGUEL, Santiago: *La Gran Vía de Madrid. Historia social de una ciudad extinta (1860-1936),* Madrid, ACCI, 2017.

DE MIGUEL, Santiago: *Republicanos y socialistas. El nacimiento de la acción política municipal en Madrid (1891-1909),* Madrid, Los Libros de la Catarata, 2017.

DE MIGUEL, Santiago: *Madrid. Un laboratorio de socialismo municipal, 1900-1936,* Madrid, Los Libros de la Catarata, 2019.

DE PEDRO, Cristina: “La nueva sonrisa de Cabaret. El impacto de la modernización urbana en los espacios de placer. La calle Santa Brígida, un estudio de caso (1900-1936)”, *Crisol*, 5 (2019), pp. 126-161.

DEL ARCO, Miguel Ángel, FUERTES, Carlos, HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio, MARCO, Jorge (eds.): *No solo miedo. Actitudes políticas y opinión popular bajo la dictadura franquista (1936-1977),* Granada, Comares, 2013.

DEL REY, Fernando: *Paisanos en lucha. Exclusión política y violencia en la Segunda República española*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008.

DEL REY, Fernando (dir.): *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española*, Madrid, Tecnos, 2011.

DÍAZ, Luis: *La conquista de la modernidad: Madrid, 1880-1936. Un estudio aplicado al sector suroeste del casco antiguo*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2015.

DÍAZ, Luis: *Los barrios bajos de Madrid, 1880-1936*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2016.

DÍAZ PAVÓN, Enrique: *Investigación sobre las causas que pudieron originar el hundimiento de la cubierta del Tercer Depósito del Canal de Isabel II en 1905*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Politécnica de Madrid, 2015.

DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1986.

EALHAM, Chris: *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto, 1898-1937*, Madrid, Alianza Editorial, 2005.

EALHAM, Chris: "La calle como memoria y conflicto (Barcelona, 1914-1923)", *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 34 (2005), pp. 113-134.

EALHAM, Chris: "«La lucha por la calle»: la venta ambulante, la cultura de la protesta y la represión en Barcelona (c. 1930-1936)", *Ayer*, 81 (2011), pp. 173-205.

ELEY, Geoff, NIELD, Keith: "Why does social history ignore politics?", *Social History*, 5 (1980), pp. 249-271.

ELEY, Geoff, NIELD, Keith: *El futuro de la clase en la historia. ¿Qué queda de lo social?*, Valencia, PUV, 2010.

ELORZA, Antonio: "Socialismo y agitación popular en Madrid (1908-1920)", *Estudios de historia social*, 18-19 (1981), pp. 229-261.

ELORZA, Antonio, RALLE, Michel: *La formación del PSOE*, Barcelona, Crítica, 1989.

ESTEBAN, José: "Eduardo Zamacois y su literatura memorialística (una impagable aportación a la no escrita historia de la bohemia madrileña)", *Monteagudo*, 12 (2007), pp. 55-66.

EWEN, Shane: *What is Urban History?*, Cambridge, Polity Press, 2016.

FERNÁNDEZ GÓMEZ, Francisco: *Anarcocomunismo en España (1882-1886). El grupo de Gràcia y sus relaciones internacionales*, Tesis Doctoral, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 2017.

FIORINA, Morris P., ABRAMS, Samuel J., POPE, Jeremy C.: *Culture War. The Myth of a Polarized America*, Nueva York, Longman, 2010.

FORTI, Steven: *El peso de la nación. Nicola Bombacci, Paul Marion y Óscar Pérez Solís en la Europa de entreguerras*, Santiago de Compostela, Publicacions da Cátedra Juana de Vega, 2014.

FOUCAULT, Michel: "Of Other Spaces", *Diacritics*, 16 (1986), pp. 22-27.

FOUCAULT, Michel: "Governmentality" en BURCHELL, Graham, GORDON, Colin, MILLER, Peter (eds.): *The Foucault Effect. Studies in Governmentality*, Chicago, University of Chicago Press, 1991, pp. 87-104.

FOURCAUT, Annie: *Bobigny, banlieue rouge*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1986.

FRAILE, José Manuel: "Peleles y coplas del carnaval madrileño", *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 62 (2007), pp. 207-228.

FRANK, Thomas: *What's the Matter with Kansas? How Conservatives Won the Heart of America*, Nueva York, Metropolitan Books, 2004.

GALLEGO, Ferran: *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*, Madrid, Síntesis, 2005.

GABRIEL, Pere: "Sobre la cultura política popular i obrera a Catalunya al segle XIX. Algunes consideracions", *Cercles*, 8 (2005), pp. 15-42.

GARCÍA BALAÑÀ, Albert: *La fabricació de la fábrica. Treball i política a la Catalunya cotonera, 1784-1874*, Barcelona, PAM, 2004.

GARCÍA BALAÑÀ, Albert: "Clase, pueblo y patria en la España liberal: comunidades polisémicas y experiencias plebeyas en la Cataluña urbana, 1840-1870", en MOLINA, Fernando (ed.): *Extranjeros en el pasado. Nuevos historiadores de la España contemporánea*, Bilbao, UPV, 2009, pp. 97-128.

GARCÍA MONERRIS, Encarnación, MORENO, Mónica, MARCUELLO, Juan Ignacio: (eds.): *Culturas políticas monárquicas en la España liberal. Discursos, representaciones y prácticas (1808-1902)*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2013.

GARRIOCH, David: *The Making of Revolutionary Paris*, Berkeley, University of California Press, 2002.

GEERTZ, Clifford: *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1992.

GEERTZ, Clifford: *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*, Barcelona, Paidós, 1994.

GIL ANDRÉS, Carlos: *Protesta popular y orden social en La Rioja de fin de siglo, 1890-1905*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1995.

GIL ANDRÉS, Carlos: "Protesta popular y movimientos sociales en la Restauración: los frutos de la ruptura", *Historia Social*, 23 (1995), pp. 121-135.

GIL ANDRÉS, Carlos: *Echarse a la calle: amotinados, huelguistas y revolucionarios (La Rioja, 1890-1936)*, Zaragoza, Publicaciones de la Universidad de Zaragoza, 2000.

GIL BERA, Eduardo: *Baroja o el miedo. Biografía no autorizada*, Barcelona, Península, 2001, pp. 201-207.

GILI RUIZ, Rafael: "La conurbación de Chamartín (1840-1940)", en VV.AA.: *Chamartín. Aldea, Villa, Distrito*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 2013.

GINZBURG, Carlo: "Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales", en *Mitos, emblemas e indicios. Morfología e historia*, Barcelona, Gedisa, 1989, pp. 185-239.

GINZBURG, Carlo: *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Muchnik Editores, 1999.

GÓMEZ RODA, J. Alberto, SAZ, Ismael (eds.): *El franquismo en Valencia: formas de vida y actitudes sociales en la posguerra*, Valencia, Episteme, 1999.

GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo: *La razón de la fuerza. Orden público, represión y violencia política en la España de la Restauración (1875-1917)*, Madrid, Centro Superior de Investigaciones Científicas, 1998.

GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo: *El Máuser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración, 1917-1931*, Madrid, CSIC, 1999.

GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo: "La prensa carlista y falangista durante la Segunda República y la Guerra Civil (1931-1937)", *El Argonauta Español*, 9 (2012).

GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo: "El socialismo español ante la violencia política y la revolución (1879-1923)", en FERNÁNDEZ, Carmen (coord.): *Estudios sobre Pablo Iglesias y su tiempo*, La Coruña, Universidade da Coruña, 2013, pp. 239-270.

GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo (coord.): *Anatomía de una crisis. 1917 y los españoles*, Madrid, Alianza, 2017.

GRENDI, Edoardo: "Microanalisi e storia sociale", *Quaderni storici*, 7 (1972), pp. 506-520.

GRIBAUDI, Maurizio: *Paris, ville ouvrière. Une histoire occultée, 1789-1848*, París, Découverte, 2014.

GUILLUY, Christophe: *La France périphérique. Comment on a sacrifié les classes populaires*, París, Flamarion, 2014.

GUNN, Simon: "The spatial turn: changing histories of space and place", en GUNN, Simon, MORRIS, Robert: *Identities in Space. Contested terrains in the Western City since 1850*, Ashgate, Aldershot, 2001, pp. 1-15.

GUNN, Simon: *Historia y teoría cultural*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2011.

GUNN, Simon: "Los poderes de la ciudad: nuevas perspectivas en Historia Urbana", *Urban*, 6 (2013), pp. 101-110.

GUTIÉRREZ SÁNCHEZ, Mercedes: "*Revista Social*. Eco del proletariado", en CASTILLO, Santiago OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *Prensa obrera en Madrid, 1855-1936*, Madrid, Alfoz, 1987, pp. 167-181.

HALL, Stuart, Jefferson, Tony (eds.): *Rituales de resistencia. Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de postguerra*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2014.

HARVEY, David: *París, capital de la modernidad*, Madrid, Akal, 2008.

HARVEY, David: *Ciudades rebeldes. Del derecho a la ciudad a la revolución urbana*, Madrid, Akal, 2013.

HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio: *Franquismo a ras de suelo. Zonas grises, apoyos sociales y actitudes durante la dictadura (1936-1976)*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2013.

HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio: "Tiempo de experiencias. El retorno de la *Alltagsgeschichte* y el estudio de las dictaduras de entreguerras", *Ayer*, 113 (2019), pp. 303-317.

HERNÁNDEZ CHINARRO, Óscar: "La huelga de 1917 en Madrid", *Hispania 2.0.*, 6 (2013), pp. 109-131.

HERNÁNDEZ QUERO, Carlos: "El voto de la costumbre. Culturas políticas y crisis urbana en Madrid a comienzos del siglo XX", *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, 35 (2017), pp. 369-403.

HERNÁNDEZ QUERO, Carlos: "Cuerpos bajo el metal, piedras contra el tranvía. Tráfico rodado, cultura de barrio y conflicto en los suburbios del Madrid de entreguerras", *Crisol*, 5 (2019), pp. 85-112.

HERNÁNDEZ QUERO, Carlos: "La política en su contexto. Reflexiones para una historia cultural de la política hace cien años", *Historia Contemporánea*, aceptado pendiente de publicación en 2021.

HERNÁNDEZ QUERO, Carlos, DE LA CRUZ, Luis: "Cuando los suburbios dejaron de ser periferia. La lucha por la calle en el Madrid de los años treinta", *Rúbrica Contemporánea*, 16 (2019), pp. 67-86.

HERNÁNDEZ QUERO, Carlos, DE MIGUEL, Santiago: "De las calles a las instituciones. Protesta popular y conquista del poder municipal en Madrid (1909)", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 40 (2018), pp. 245-273.

HERNÁNDEZ QUERO, Carlos, PALLOL, Rubén: "Suburbios rebeldes. Fragmentación y desborde social en la huelga de 1917 en Madrid", *Historia Social*, 94 (2019), pp. 47-69.

HERNÁNDEZ QUERO, Carlos, PALLOL, Rubén: "La política desde los márgenes. Heterotopías urbanas y culturas políticas en el Madrid moderno, 1860-1936", en Manuel MONTERO (ed.): *La ciudad y el progreso. La construcción de la modernidad urbana*, Granada, Comares, 2020, pp. 145-163.

HERRERÍN, Ángel: *Anarquía, dinamita y revolución social. Violencia y represión en la España de entresiglos*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2011.

HIGGINS, Padhraig: *A Nation of Politicians. Gender, Patriotism and Political Culture in Late Eighteenth-Century Ireland*, Wisconsin, University of Wisconsin Press, 2010.

HIGUERAS, Eduardo3: "Militares republicanos en la Restauración: de la rebelión al exilio (1883-1891)", *Trocadero*, 25 (2013), pp. 35-55.

HOCHSCHILD, Arlie Russell: *Strangers in Their Own Land: Anger and Mourning on the American Right*, Nueva York, The New Press, 2016.

HOULBROOK, Matt: *Queer London. Perils and Pleasures in the Sexual Metropolis, 1918-1957*, Chicago, UCP, 2006.

HUBBARD, Phil: *Cities and Sexualities*, Nueva York, Routledge, 2012.

HUMPHRIES, Jane, SARASÚA, Carmen: "Off the Record: Reconstructing Women's Labor Force Participation in the European Past", *Feminist Economics*, 18 (2012), pp. 39-67

HUNT, Lynn: *Politics, culture and class in the French Revolution*, Berkeley, UCP, 1984.

JACOBS, Jane: *Muerte y vida de las grandes ciudades*, Madrid, Capitán Swing, 2011.

JANKIEWICZ, Stephen: "A Dangerous Class: The Street Sellers of Nineteenth-Century London", *Journal of Social History*, 46 (2012), pp. 391-415.

JARAMILLO, Jorge: "La cultura y la política en la cultura política", *Nueva Antropología*, 86 (2017), pp. 101-119.

JEREZ RIESCO, José Luis: *El Madrid de la Falange*, Madrid, Actas, 2006.

JERRAM, Leif: *Streetlife. The Untold History of Europe's Twentieth Century*, Oxford, Oxford University Press, 2011.

JERRAM, Leif: "Space. A useless category for historical analysis?", *History and Theory*, 52 (2013), pp. 400-419-

JIMÉNEZ HERRERA, Fernando: *Los comités madrileños en 1936. Un análisis microhistórico de la represión*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2018.

JIMÉNEZ NÚÑEZ, Fernando: "La Anarquía, 1890-1893" en CASTILLO, Santiago, OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *Prensa obrera en Madrid, 1855-1936*, Madrid, Alfoz, 1987, pp. 1917-206.

JONES, Gareth Stedman: *Outcast London. A Study in the Relationship Between Classes in Victorian Society*, Oxford, OUP, 1971.

JONES, Gareth Stedman: *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982)*, Madrid, Siglo XXI de España, 2014.

JORGENSEN, Claus Moller: "Nineteenth-Century Transnational Urban History", *Urban History*, 44 (2017), pp. 544-563.

JOYCE, Patrick: *Visions of the People. Industrial England and the Question of Class, c. 1848-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

JOYCE, Patrick: *Democratic subjects. Studies in the History of the Self and the Social in Nineteenth Century England*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.

JOYCE, Patrick: *The Rule of Freedom. Liberalism and the Modern City*, Londres, Verso, 2003.

JUDDE DE LARIVIÈRE, Claire, WEISBEIN, Julien: “Dire et faire le commun. Les formes de la politisation ordinaire du Moyen Âge à nos jours”, *Politix*, 119 (2017), pp. 7-30.

JULIÁ, Santos: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Madrid, Siglo XXI, 1984.

JULIÁ, Santos: “De revolución popular a revolución obrera”, *Historia Social*, 1 (1988), pp. 29-43.

JULIÁ, Santos: “¿Feudo de la UGT o capital confederal? La última huelga de la construcción en el Madrid de la República”, *Historia Contemporánea*, 6 (1991), pp. 207-222.

JULIÁ, Santos: *Violencia política en la España del siglo XX*, Madrid, Taurus, 2000.

JUTGLAR, Antoni: *Pi y Margall y el federalismo español. Vol. II*, Madrid, Taurus, 1976.

KAPLAN, Temma: “Female Consciousness and Collective Action. The Case of Barcelona, 1910-1918”, *Signs. Journal of Women in Culture and Society*, 7 (1982), pp. 545-566.

KENNY, Nicolas, MADGIN, Rebecca (eds.): *Cities Beyond Borders. Comparative and Transnational Approaches to Urban History*, Farnham, Ashgate, 2015.

LACLAU, Ernesto: *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.

LACOMBA, Juan Antonio: *La crisis española de 1917*, Madrid, Ciencia Nueva, 1970.

LANDAU, Matías: *Gobernar Buenos Aires. Ciudad, política y sociedad, del siglo XIX a nuestros días*, Buenos Aires, Prometeo, 2018.

LAWRENCE, Jon: *Speaking for the People. Language and Popular Politics in England, 1867-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.

LEFEBVRE, Henri: *La producción del espacio*, Madrid, Capitán Swing, 2013.

LEFEBVRE, Henri: *El derecho a la ciudad*, Madrid, Capitán Swing, 2017.

LIDA, Clara E.: “Organización, cultura y prácticas políticas del anarquismo español en la clandestinidad, 1873-1881”, en LIDA, Clara E., YANKELEVICH, Pablo (coords.): *Cultura y política del anarquismo en España e Iberoamérica*, México, Colegio de México, 2011, pp. 63-94.

LIPSET, Seymour M., ROKKAN, Stein: “Estructuras de división, sistemas de partidos y alineamientos electorales”, en BATLE, Albert (ed.): *Diez textos básicos de ciencia política*, Barcelona, Ariel, 1992, pp. 231-273.

LLOPART, Juan Antonio (comp.): *La Central Obrera Nacional-Sindicalista. Textos de y sobre los primeros sindicatos falangistas (1934-1937)*, Tarragona, Ediciones Fides, 2017.

LOBERG, Molly: *The Struggle for the Streets of Berlin. Politics, Consumption and Urban Space, 1914-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 2018.

LÓPEZ GALLEGOS, María Silvia: "El proyecto de sindicalismo falangista: de los sindicatos autónomos a la creación de las centrales obreras y de empresarios nacionalsindicalistas (1931-1938)", en GALLEGO, Ferran, MORENTE, Francisco (eds.): *Fascismo en España*, Barcelona, Viejo Topo, 2005.

LOUZAO, Joseba: "Catholicism Versus Laicism: Culture Wars and the Making of Catholic National Identity in Spain, 1898-1931", *European History Quarterly*, 43 (2013), pp.657-680.

LUCEA, Víctor: "Amotinadas: las mujeres en la protesta popular de la provincia de Zaragoza a finales del siglo XIX", *Ayer*, 47 (2002), pp. 185-208.

LUCEA, Víctor: "El orden del caos: los motines antifiscales en Aragón. 1890-1911", en PEIRÓ, Ignacio, RÚJULA, Pedro (coords.): *En construcción: historia local contemporánea*, Zaragoza, Instituto Fernando El Católico, 2003, pp. 247-266.

LUCEA, Víctor: *El pueblo en movimiento: la protesta social en Aragón (1885-1917)*, Zaragoza, Publicaciones de la Universidad de Zaragoza, 2009.

LUCEA, Víctor: "La protesta popular antifiscal en Aragón. 1890-1915", *Librería Cazarabet*, s.f.

LÜDTKE, Alf: "Polymorphous Synchrony: German Industrial Workers and the Politics of Everyday Life", *International Review of Social History*, 38 (1993), pp. 39-84.

MADRID, Francisco: *La prensa anarquista y anarcosindicalista en España desde la I Internacional hasta el final de la Guerra Civil*, Tesis Doctoral, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1988-1989.

MARTÍNEZ DE PISÓN, Eduardo: "El barrio de Cuatro Caminos", *Estudios Geográficos*, 95 (1964), pp. 193-251.

MARTORELL LINARES, Miguel: *El santo temor al déficit. Política y hacienda en la Restauración*, Madrid, Alianza Editorial, 2000.

MARTORELL LINARES, Miguel: "«No fue aquello solamente una guerra, fue una revolución». España y la Primera Guerra Mundial", *Historia y Política*, 26 (2011), pp. 17-45.

MARTORELL LINARES, Miguel: "«Desagradable es siempre el escándalo promovido sobre un ataúd»: la privación de sepultura eclesiástica en la Restauración", comunicación presentada al *XII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Madrid, 2014.

MARTORELL LINARES, Miguel: *Duelo a muerte en Sevilla. Una historia española del Novecientos*, La Coruña, Ediciones del Viento, 2016.

MAS, Rafael: "Los orígenes de la propiedad inmobiliaria en el extrarradio norte de Madrid", *Ciudad y Territorio*, 1 (1979), pp. 77-86.

MAS, Rafael: *El barrio de Salamanca. Planeamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*, Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1982.

MAURE, Miguel Ángel: *La Ciudad Lineal de Arturo Soria*, Madrid, Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, 1991.

MAURO, Diego: *De los templos a las calles. Catolicismo, sociedad y política en Santa Fe (1900-1937)*, Rosario, Prohistoria Ediciones, 2018.

MAURO, Diego, RAMÓN SOLANS, Francisco Javier: "Dossier. Católicos en las calles. Ciudad y religión en la primera mitad del siglo XX (España, Argentina, Uruguay)", *Itinerantes. Revista de Historia y Religión*, 8 (2018), pp. 5-16.

McADAM, Doug, McCARTHY, John, ZALD, Mayer N. (coords.): *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Istmo, 1999.

MCMANUS, Ruth, ETHINGTON, Philip J.: "Suburbs in transition. New approaches to suburban history", Urban History, 34, 2, 2007, pp. 317-337.

MELUCCI, Alberto: "Getting involved. Identity and Mobilization in Social Movements", *International Social Movement Research*, 1 (1988), pp. 329-348.

MERRIMAN, John H.: *The Margins of City Life: Explorations on the French Urban Frontier*, Nueva York, Oxford University Press, 1991.

MIGUEL GONZÁLEZ, Román: *La Pasión Revolucionaria. Culturas políticas revolucionarias y movilización popular en la España del siglo XIX*, CEPC, Madrid, 2007.

MIGUEL GONZÁLEZ, Román: "Historia, discurso y prácticas sociales: una contribución a los futuros debates sobre el republicanismo decimonónico y las culturas políticas", *Historia Contemporánea*, 37 (2008), pp. 373-408.

MIGUELÁÑEZ, María: *Más allá de las fronteras: el anarquismo argentino en el período de entreguerras*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2018.

MILLÁN, Jesús, ROMEO, María Cruz: "Was the liberal revolution important to modern Spain? Political Cultures and Citizenship in Spanish History", *Social History*, 29 (2004), pp. 284-300.

MILLINGTON, Chris: "Street-fighting Men. Political Violence in Interwar France", *The English Historical Review*, 538 (2014), pp. 606-638.

MILNE-SMITH, Amy: *London Clubland. A cultural history of gender and class in Late Victorian Britain*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2011.

MONCLÚS, Francisco Javier, OYÓN, José Luis: "Transporte y crecimiento urbano en España, mediados s. XIX-finales s. XX", *Ciudad y territorio. Estudios territoriales*, 107-108 (1996), pp. 217-240.

MONGE, Jesús María: "*Rosa de llamas.* Valle Inclán y Mateo Morral en la revista *Los Aliados*", *El Pasajero*, 2000.

MORADIELLOS, Enrique: "Evangelios fascistas y culturas políticas franquistas", *Revista de Libros*, 24 de noviembre de 2014 [reseña de *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*].

MORENO LUZÓN, Javier: "La corrupción en Madrid. Crisis política y regeneracionismo antes del Desastre (1888-1898)", en FUSI, Juan Pablo, NIÑO, Antonio (eds.): *Antes del Desastre. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1996, pp. 99-100.

MURILLO, Irene: *En defensa de mi hogar y mi pan: estrategias femeninas de resistencia civil y cotidiana en la Zaragoza de posguerra, 1936-1945*, Zaragoza, PUZ, 2013.

MOUFFE, Chantal: *En torno a lo político*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007.

NAVICKAS, Katrina: *Protest and the Politics of Space and Place, 1789-1848*, Manchester, Manchester University Press, 2016.

NICOLAIDES, Becky M.: "The neighbourhood politics of class in a working-class suburb of Los Angeles, 1920-1940", *Journal of Urban History*, 30 (2004), pp. 428-451.

NIETO, José A.: *Historia del Rastro. Los orígenes del mercado popular de Madrid, 1740-1905*, Madrid, Vision Net, 2004.

NIETO, José A.: *Historia del Rastro II. La forja de un símbolo de Madrid, 1905-1936*, Madrid, Vision Net, 2007.

NORLING, Erik: *La Falange obrera*, Barcelona, Ediciones Nueva República, 2009

NÚÑEZ, Natalia: "'La Reconquista de nuestro territorio cristiano'. Espacio urbano y religión en el Congreso Eucarístico Internacional de Madrid, 1911", *Itinerante*, 8 (2018), pp. 37-63.

NÚÑEZ FLORENCIO, Rafael: *El terrorismo anarquista, 1888-1909*, Madrid, Siglo XXI, 1983.

OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, PALLOL, Rubén: "El Madrid moderno, capital de una España urbana en transformación, 1860-1931", *Historia contemporánea*, 39 (2009), pp. 541-588.

OTTER, Chris: *The Victorian Eye. A Political History of Light and Vision in Britain, 1800-1910*, Chicago, University of Chicago Press, 2008.

OYÓN, José Luis: "Historia urbana e historia obrera: reflexiones sobre la vida obrera y su inscripción en el espacio urbano, 1900-1950", *Historia Contemporánea*, 24 (2002), pp. 11-58.

OYÓN, José Luis: *La quiebra de la ciudad popular: espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 2008.

OYÓN, José Luis, GALLARDO, Juan José (coords.): *El cinturón rojinegro. Radicalismo cenetista y obrerismo en la periferia de Barcelona (1918-1939)*, Barcelona, Carena, 2004

PALACIOS CEREZALES, Diego: “El movimiento social como forma política: el caso portugués (1834-1910)”, *Revista Online do Museu de Lanifícios da Universidade da Beira Interior*, 2 (2013), pp. 91-108.

PALACIOS CEREZALES, Diego: “Ejercer derechos. Reivindicación, petición y conflicto”, en SIERRA, María, ROMEO, María Cruz (eds.): *La España liberal, 1833-1874* (vol. II de *Historia de las culturas políticas en España y América Latina*), Madrid, Marcial Pons, 2014, pp. 253-287.

PALACIOS CEREZALES, Diego: “Re-imagining Petitioning in Spain (1808-1823)”, *Social Science History*, 43 (2019), pp. 487-508.

PALLOL, Rubén: “Socialistas en el Madrid jornalero. La conquista electoral socialista en el Chamberí de 1905” en ORTÍZ DE ORRUÑO, José María, UGARTE, Javier, RIVERA, Antonio (coords.): *Movimientos sociales en la España Contemporánea*, Madrid, UPV, 2008.

PALLOL, Rubén: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2011.

PALLOL, Rubén: *Una ciudad sin límites. Transformación urbana, cambio social y despertar político en Madrid, 1860-1875*, Madrid, Catarata, 2013.

PALLOL, Rubén: *El Ensanche Norte. 1860-1931. El Madrid moderno*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2015.

PALLOL, Rubén: “Conquistar, democratizar y domesticar la noche en la ciudad moderna. Modernización, desigualdad y conflicto en Madrid a comienzos del siglo XX”, *Registros. Revista de Investigación Histórica*, 13 (2017), pp. 149-165.

PALLOL, Rubén: “Deudas pendientes de la historia urbana en España”, *Ayer*, 107 (2017), pp. 287-302.

PALLOL, Rubén: “La lucha por la respetabilidad en el espacio urbano. Madrid, 1900-1936: clase media, ocio popular y control del espacio público”, comunicación presentada al *IX Congreso de la Asociación de Historia Social*, Oviedo, 2019.

PALLOL, Rubén, DE MIGUEL, Santiago, DÍAZ, Luis: “HISCO en Madrid: una propuesta metodológica para el estudio de los mercados laborales en el pasado”, *Revista de Demografía Histórica*, 32 (2014), pp. 103-144.

PALLOL, Rubén, DE PEDRO, Cristina: “Madrid Nightlife, Between the Cosmopolitanism and Leisure Globalization and Social Transgression”, comunicación presentada a la *European Association of Urban History 2018*, Roma, 2018.

PALLOL, Rubén, VICENTE, Fernando, HERNÁNDEZ QUERO, Carlos: “Metropolitización y transformación del espacio urbano y de los rasgos sociales en Madrid entre 1900 y 1936” en OTERO, Luis Enrique, PALLOL, Rubén (eds.): *La sociedad urbana en España, 1900—1936*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2017, pp. 99-131.

PARÍS, Álvaro: *Se susurra en los barrios bajos. Policía, opinión y política popular en Madrid, 1825-1827*, Tesis Doctoral, Madrid, UAM, 2015.

PARÍS, Álvaro: "Politización popular contrarrevolucionaria en la Europa meridional: reflexiones cruzadas entre Madrid, el Midi de Francia y Nápoles (1789-1850)", en AMELANG, James et al. (coords.): *Palacios, plazas, patíbulos. La sociedad española moderna entre el cambio y las resistencias*, Valencia, Tirant Humanidades, 2018, pp. 313-326.

PAROLIN, Christina: *Radical Spaces. Venues of Popular Politics in London, 1790-c. 1845*, Canberra, ANUP, 2010.

PÉREZ LEDESMA, Manuel: "«Cuando lleguen los días del cólera» (Movimientos sociales, teoría e historia)", *Zona Abierta*, 69 (1994), pp. 51-120.

PÉREZ LEDESMA, Manuel: "La formación de la clase obrera. Una creación cultural", en CRUZ, Rafael, PÉREZ LEDESMA, Manuel (coords.): *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 201-233.

PÉREZ LEDESMA, Manuel: "José Nakens (1841-1926). Pasión anticlerical y activismo republicano", en BURDIEL, Isabel, PÉREZ LEDESMA, Manuel (coords.): *Liberales, agitadores y conspiradores: biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa Calpe, 2000, pp. 301-330.

PÉREZ LEDESMA, Manuel, SIERRA, María (eds.): *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 2010.

PÉREZ LEDESMA, Manuel, SAZ, Ismael (eds.): *Historia de las culturas políticas en España y América Latina*. 6 volúmenes, Madrid – Zaragoza, Marcial Pons – Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014-2016.

PETRIE, Malcolm: *Popular Politics and Political Culture. Urban Scotland, 1918-1939*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2018.

PICKERING, Paul A.: *Unrespectable Radicals? Popular Politics in the Age of Reform*, Aldershot, Ashgate, 2008.

PORTER, Lindsay: *Popular Rumour in Revolutionary Paris, 1792-1794*, London, Palgrave, 2017.

POZO ANDRÉS, María del Mar: "Desarrollo del proceso de escolarización en una gran ciudad: el ejemplo madrileño del barrio de Cuatro Caminos en el primer tercio del siglo XX", en VV. AA.: *Escolarización y sociedad en la España contemporánea (1808-1970)*, Valencia, Editorial Rubio, 1983, pp. 347-363.

PRO, Juan: *La construcción del Estado en España. Una historia del siglo XIX*, Madrid, Alianza, 2019.

RADCLIFF, Pamela: *De la movilización a la Guerra Civil. Historia política y social de Gijón (1900-1937)*, Barcelona, Debate, 2004.

RALLE, Michel: "Socialistas madrileños (De los orígenes de la agrupación a 1910)", *Estudios de historia social*, 22-23 (1982), pp. 321-358.

RALLE, Michel: "Cultura obrera y política socialista: los primeros decenios del PSOE", *Ayer*, 54 (2004), pp. 49-70.

RALLE, Michel: "Disciplinar la huelga. Iglesias y la 'defensa económica'. ¿No solo un modelo sindical?", en FERNÁNDEZ, Carmen (coord.): *Estudios sobre Pablo Iglesias y su tiempo*, La Coruña, Universidade da Coruña, 2013, pp. 211-238.

RAMÓN ROS, Jorge: "«Revoluciones» en la plaza del Mercado de Valencia. Usos políticos y producciones sociales del espacio (1882-1902)", texto inédito.

RAMÓN SOLANS, Francisco Javier: "'El catolicismo tiene masas'. Nación, política y movilización en España, 1868-1931", *Historia Contemporánea*, 51 (2015), pp. 427-454.

RANCIÈRE, Jacques: *La noche de los proletarios. Archivos del sueño obrero*, Buenos Aires, Tinta de Limón, 2010.

RAPPAPORT, Erika: *Shopping for Pleasure. Women in the Making of London´s West End*, Princeton, PUP, 2001.

REDONDO CARDEÑOSO, Jesús Ángel: *Culturas de protesta y violencia de los campesinos de Tierra de Campos (1900-1923)*, Tesis Doctoral, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2010

ROBLES EGEA, Antonio: "Formación de la conjunción republicano-socialista de 1909", *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)*, 29 (1982), pp. 145-161.

ROBLES EGEA, Antonio: "La Conjunción Republicano-Socialista: una síntesis de liberalismo y socialismo", *Ayer*, 54 (2004), pp. 97-127.

RODRÍGUEZ, Nuria: *La capital de un sueño. Madrid en el primer tercio del siglo XX*, Madrid, CEPC, 2015.

RODRÍGUEZ, Nuria: "En una población moderna hay que saber andar. Debates en torno a la regulación del tráfico peatonal en Madrid, 1900-1936", *Registros*, 13 (2017), pp. 166-179.

RODRÍGUEZ, Nuria: "La aparición del 'problema de la circulación' y los orígenes de la gestión del tráfico urbano en España, 1900-1936", *Historia Contemporánea*, 55 (2017), pp. 483-516.

RODRÍGUEZ, Carlos, ROJO, Enrique F.: *Chamartín. Álbum de fotos*, Madrid, Temporae, 2015.

ROMERO, Francisco J.: *España, 1914-1918. Entre la guerra y la revolución*, Barcelona, Crítica, 2002.

ROMERO, Francisco J.: "«España no era Rusia». La revolución española de 1917: anatomía de un fracaso", *Hispania Nova*, 15 (2017), pp. 416-442.

ROMERO, Francisco J., SMITH, Ángel (eds.): *La agonía del liberalismo español: de la revolución a la dictadura (1913-1923)*, Granada, Comares, 2014

ROMERO, Juanjo: *La construcción de la cultura del oficio durante la industrialización. Barcelona, 1814-1860*, Barcelona, Icaria, 2005

ROSE, Nikolas: *Powers of Freedom. Reframing Political Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.

RÚJULA, Pedro: "La densificación del universo político popular durante la Guerra de la Independencia", en RÚJULA, Pedro, CANAL, Jordi (coords.): *Guerra de ideas. Política y cultura en la España de la Guerra de la Independencia*, Zaragoza, IFC-Marcial Pons, 2011, pp. 173-190.

RÚJULA, Pedro, RAMÓN SOLANS, Francisco Javier (eds.): *El desafío de la revolución. Reaccionarios, antiliberales y contrarrevolucionarios (siglos XVIII y XIX)*, Granada, Comares, 2017.

SAID, Edward: *El mundo, el texto y el crítico*, Barcelona, Debate, 2004.

SALOMÓN CHÉLIZ, María del Pilar: *Anticlericalismo en Aragón: protesta popular y movilización política (1900-1939)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2002.

SALOMÓN CHÉLIZ, María del Pilar: "Las mujeres en la cultura política republicana: religión y anticlericalismo", *Historia Social*, 53 (2005), pp. 103-118.

SALOMÓN CHÉLIZ, María del Pilar: "Devotas mojigatas, fanáticas y libidinosas. Anticlericalismo y antifeminismo en el discurso republicano a fines del siglo XIX", en Ana M. AGUADO, María Teresa ORTEGA (coords.): *Feminismos y antifeminismos: culturas políticas e identidades de género en la España del siglo XX*, Valencia, PUV, 2011, pp. 71-98.

SÁNCHEZ, Raquel, GUILLÉN, José Antonio (coords.): *La cultura de la espada. De honor, duelos y otros lances*, Madrid, Dykinson, 2019.

SÁNCHEZ GONZÁLEZ, Juana María: *Gustavo Fernández Balbuena en la cultura urbanística madrileña*, Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Politécnica de Madrid, 1999.

SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: "La cuestión de los alquileres y el movimiento asociativo vecinal (1918-1923). El ideario de la clase media madrileña y sus problemas", en VV. AA.: *Estudios históricos. Homenaje a los Profesores José María Jover Zamora y Vicente Palacio Atard*, Madrid, 1990, vol. II, pp. 167-201.

SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: "Clase obrera y conflictividad social en el Madrid del Frente Popular (febrero-julio de 1936)", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 13 (1991), pp. 47-61.

SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid 1901-1923*, Madrid, Cinca, 2005.

SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: "Madrid, capital de la protesta: de agosto de 1917 a julio de 1936", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. Extraordinario (2007), pp. 301-312; ÍD: "Las protestas del trabajo en la primavera de 1936", *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 41 (2011), pp. 77-101.

SCHORSKE, Carl: *La Viena de fin de siglo. Política y cultura*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2011.

SCOTT, James C.: *Weapons of the weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*, New Haven and London, Yale University Press, 1985

SCOTT, James C.: *Los dominados y el arte de la resistencia*, Tafalla, Txalaparta, 2003.

SERRALLONGA, Joan: "Motines y revolución. España, 1917", *Ayer*, 4 (1991), pp. 169-192.

SEWELL JR, William H.: "The Concept(s) of Culture", en BONNELL, Victoria E., HUNT, Lynn: *Beyond the Cultural Turn. New Directions in the Study of Society and Culture*, Berkeley, UCP, 1999, pp. 35-61.

SIERRA, María: "La cultura política en el estudio del liberalismo y sus conceptos de representación", en PÉREZ LEDESMA, Manuel, SIERRA, María (coords.): *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 2010, pp. 233-261.

SIERRA, María, PEÑA, María Antonia, ZURITA, Rafael: *Elegidos y elegibles. La representación parlamentaria en la cultura del liberalismo*, Madrid, Marcial Pons, 2010.

SIRINELLI, Jean François: "El retorno de lo político", *Historia Contemporánea*, 9 (1993), pp. 25-36.

SIRINELLI, Jean François: "Del hogar al ágora. Para una historia cultural de lo político", *HUMHA*, 1 (2015), pp. 74-82.

SOJA, Edward: *Thirdspace. Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagined Places*, Oxford, Blackwell, 1996.

SOMERS, Margaret: "¿Qué hay de político o cultural en la cultura política y en la esfera pública? Hacia una sociología histórica de la formación de conceptos", *Zona Abierta*, 77-78 (1996), pp. 31-94.

SOUTO, Sandra: *Y ¿Madrid? ¿Qué hace Madrid?*, Madrid, Siglo XXI, 2007.

SOUTO, Sandra: *Paso a la juventud. Movilización democrática, estalinismo y revolución en la República Española*, Valencia, Universitat de València, 2013.

SORIANO, Ignacio C., MADRID, Francisco: *Antología documental del anarquismo español. Bibliografía del anarquismo en España, 1868-1939*, Madrid, 2016.

STANSELL, Christine: "Women, Children and the Uses of the Streets: Class and Gender Conflict in New York City, 1850-1860", *Feminist Studies*, 8 (1982), pp. 309-335.

STOVALL, Tyler: *The Rise of the Paris Red Belt*, Berkeley, University of California Press, 1990.

SUÁREZ CORTINA, Manuel (coord.): *La redención del pueblo. La cultura progresista en la España liberal*, Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, 2006.

SUEIRO, Susana: "Las redes anarquistas transnacionales en la era de los magnicidios: el asesinato de Canalejas", *Bulletin d'Histoire Contemporaine de L'Espagne*, 2014 (49), pp. 217-231.

SWETT, Pamela: *Neighbors and Enemies. The Culture of Radicalism in Berlin, 1929-1933*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004.

SWIDLER, Ann: "Culture in Action: Symbols and Strategies", *American Sociological Review* 51 (1984), pp. 273-286.

SURIANO, Juan: *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*, Buenos Aires, Manantial, 2001.

TARROW, Sidney: *El poder en movimiento*, Madrid, Alianza, 2004.

THOMPSON, Edward Palmer: *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 2000.

THOMPSON, Edward Palmer: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Capitán Swing, 2012.

TIANA, Alejandro: *Maestros, misioneros y militantes. La educación de la clase obrera madrileña, 1898-1917*, Madrid, CIDE, 1992.

TILLY, Louise A.: *Politics and Class in Milan, 1881-1901*, Oxford University Press, Nueva York, 1992.

TRAPIELLO, Andrés: "Presentación. El otro", en Alejandro SAWA: *Iluminaciones en la sombra*, Madrid, Nórdica Libros, 2013.

UGARTE, Javier: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva-Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, 1998.

ULLÁN DE LA ROSA, Francisco Javier: *Sociología urbana. De Marx y Engels a las escuelas posmodernas*, Madrid, CIS, 2014.

URQUIJO GOITIA, José Ramón: *La revolución de 1854 en Madrid*, Madrid, Centro Superior de Investigaciones Científicas, 1985.

VADILLO, Julián: "El anarquismo en el Madrid de la Segunda República. Perfil social, estrategias y tácticas", *Revista Historia Autónoma*, 10 (2017), pp. 123-143

VALLEJO POUSADA, Rafael: "El impuesto de consumos y la resistencia antifiscal en la España de la segunda mitad del siglo XIX. Un impuesto no exclusivamente urbano", *Revista de Historia Económica*, 14 (1996), pp. 339-370.

VERNON, James: *Politics and the People. A Study on English Political Culture, c. 1815-1867*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

VERNON, James: *Distant Strangers. How Britain Became Modern*, Berkeley, University of California Press, 2014.

VICENTE, Fernando, CARBALLO, Borja: "Ser inmigrante en Madrid (1860-1930)", en DEL ARCO, Miguel Ángel, ORTEGA, Antonio, MARTÍNEZ, Manuel (eds.): *Ciudad y modernización en España y México*, Granada, Editorial de la Universidad de Granada, 2013, pp. 441-464.

VICENTE, Fernando: “Barrios negros, barrios pintorescos. Realidad e imaginario social del submundo madrileño (1860-1930), *Hispania Nova*, 12 (2014).

VICENTE, Fernando: El *Ensanche Sur, Arganzuela (1860-1931): los barrios negros*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2015.

VICENTE, Fernando: “La modernidad deformada. El imaginario de bajos fondos en el proceso de modernización de Madrid (1860-1930)”, *Ayer*, 101 (2016), pp. 213-240.

VILLA, Roberto: *La República en las urnas. El despertar de la democracia en España*, Madrid, Marcial Pons, 2011.

VIÑAS VALLE, Carlos: “Santiago Ramón y Cajal en Cuatro Caminos”, *Madrid a fondo*, 2013.

VORMS, Charlotte: *Bâtisseurs de banlieue à Madrid. Le quartier de la Prosperidad (1860-1936)*, París, Creaphis, 2012.

VORMS, Charlotte: “La urbanización marginal del extrarradio de Madrid: una respuesta espontánea al problema de la vivienda. El caso de La Prosperidad (1860-1930), *Scripta Nova*, 146 (2013).

WACQUANT, Loïc: *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*, Buenos Aires, Siglo XXI Editora Iberoamericana, 2007.

WALKOWITZ, Judith: *Nights Out. Life in Cosmopolitan London*, New Haven, Yale University Press, 2012.

WARDHAUGH, Jessica: *In Pursuit of the People. Political Culture in France, 1934-1939*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2009.

WILD, Mark: *Street Meeting: Multiethnic Neighborhoods in Early Twentieth-Century Los Angeles*, Berkeley, UCP, 2005.

WRIGHT, David C.: “How the Paris ‘Red Belt’ Became Red”, *French Politics and Society*, 10 (1992), pp. 74-81.